

**Mario Roso de Luna**

**EL SIMBOLISMO DE LAS  
RELIGIONES DEL MUNDO  
Y EL PROBLEMA DE LA FIDELIDAD**

*1925*



**Comentarios a “LA DOCTRINA SECRETA”,  
De H. P. Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica**

**Digitalización y Arreglos  
BIBLIOTECA UPASICA  
Colección “Mario Roso de Luna”**

## ÍNDICE

**Prólogo**, *página 3.*

**Introducción**, *página 5.*

**Capítulo Preliminar**

**La Palabra Sagrada, el Libro y la Biblioteca**, *página 10.*

**Notas al Capítulo Preliminar**, *página 24.*

**I. La Humanidad Primitiva y sus Padres o «Pitris»**, *página 26.*

**Notas al Capítulo I**, *página 36.*

**II. La Religión Jaína**, *página 38.*

**Notas al Capítulo II**, *página 55.*

**III - V. Jaínismo – Zoroastrismo**, *página 63.*

**Notas a los Capítulos III – V**, *página 69.*

**VI. Jaíno – Hinduismo**, *página 71.*

**Notas al Capítulo VI**, *página 88.*

**VII. El Sabeísmo Caldeo**, *página 94.*

**Notas al Capítulo VII**, *página 107.*

**VIII. El Escondido Egipto**, *página 113.*

**Notas al Capítulo VIII**, *página 154.*

**IX. El Mexicano Anahuac**, *página 166.*

**Notas al Capítulo IX**, *página 200.*

**X. El «Espiritismo Oriental», Chino Tibetano, o Shamano – Jainismo**, *página 212.*

**Notas al Capítulo X**, *página 229.*

**XI. Los Iberos o Vascos y su Culto Ofita**, *página 240.*

**Notas al Capítulo XI**, *página 266.*

**XI.- ¡Siempre y Por Siempre el Problema de la Magia!**, *página 274.*

**Notas al Capítulo XI**, *página 318.*

## PROLOGO

**H**e dicho repetidas veces que Mario Roso De Luna ha sido el Platón de nuestro tiempo por su mentalidad de contextura Platónico-Pitagórica. Nació en Logrosán, provincia de Cáceres, donde en sus primeros años ejerció su profesión de abogado.

Nos contó él mismo, que volviendo un día a su pueblo, al pasar por un humilladero que hay a poca distancia, sorprendió un nuevo astro que él no conocía y resultó ser un cometa. Telegrafió seguidamente a los observatorios de Berlín y Londres, que le confirmaron la primacía de su descubrimiento y por consiguiente el derecho que tenía a que el nuevo astro llevase su nombre.

Roso De-Luna conocía el cielo con un detalle que puede llamarse fabuloso, y más tarde descubrió a simple vista desde la terraza de su casa en Madrid (calle del Buen Suceso, 18) algunas estrellas variables y una de ellas, precisamente en el aniversario de Helena Petrovna Blavatsky, diciéndonos al día siguiente: “— Ved; la Maestra me ha obsequiado con una estrella”.

Puede decirse que toda la obra literaria de Roso De Luna es un constante comentario a la obra de Blavatsky. Y todo está avalado por su memoria prodigiosa, porque, efectivamente, cuando se le pedía una conferencia, no ponía otra condición sino que se le dejase meditar sobre el tema quince minutos. Y es más asombroso todavía que él no tenía biblioteca particular en su casa, excepto la obra de Chavero: **MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS**.

La primera vez que fui a visitarle a su casa de la calle del Buen Suceso, me abrió la puerta una visitante, que sin más preámbulos me introdujo en el despacho del Maestro, y éste me recibió con una chaqueta que tenía los codos rotos, y escribiendo sobre una tabla sujeta con unos alambres al marco de la ventana, diciéndome: “— Vea usted: estoy estudiando en mis propias obras porque a veces no sé lo que he escrito; parece como si me lo dictase algún ente espiritual extraño a mí”.

Roso De Luna escribía en una pequeña habitación donde no había más objeto que una mesa camilla y una silla. Allí pasaba toda la mañana ensartando cuartillas que escribía con gran celeridad, como si le dictasen, según se ha dicho.

Después de comer daba un paseo con su esposa hasta el atardecer, y entonces marchaba caminando desde su casa al Ateneo de Madrid, donde era el punto fuerte de la famosa tertulia literaria denominada “La Cacharrería”. Allí, cuando hablaba Roso De Luna, todo el mundo callaba, no obstante que en ella había otros cerebros eminentes. Un día, retirase más apresuradamente que de costumbre encontrándose en la escalera con una señora que venía en su busca, y al preguntarle ésta si era don Mario Roso De Luna y qué profesión tenía, éste le respondió: “— Yo, señora, soy teósofo y ateneísta”.

Roso De Luna fundó en Madrid, en la calle del Factor, 7, el Ateneo Teosófico que llevó su nombre, donde hablaba todos los domingos, acudiendo tal cantidad de gente que tenía que quedarse en la escalera. Durante la semana nos turnábamos otros oradores,

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

algunos de ellos eminentes, como Mateo Hernández Barroso, Guadalupe de Joseph, el maestro Antonio Ribera, insuperable Wagneriano, y el más modesto de todos, el que esto escribe, que explicaba la doctrina teosófica del Maestro, quien en la dedicatoria de uno de sus libros me llama su “heredero espiritual”.

La verdadera iluminación que recibe de la doctrina teosófica, fue por conducto de la obra del Maestro Wagner, Mitólogo y Ocultista, que conozco hasta en sus mayores detalles.

Muchas veces íbamos con el Maestro a la primera fila del “paraíso” del Teatro Real y éste nos explicaba en los entreactos los secretos de los Misterios Wagnerianos.

Roso De Luna marchó a Sudamérica a propagar su doctrina, pero antes quiso ver en París a la señora Annie Besant (presidenta sucesora de Blavatsky en la Sociedad Teosófica) y al pedirla su consejo, ésta se limitó a decirle: “— Rien, rien”. Estuvo Roso De Luna dando conferencias en la República Argentina, Chile y Brasil ante multitudinarios y selectos auditorios, siendo el resumen de todo ello los dos tomos de conferencias teosóficas en América del Sur que hoy no se encuentran. De éstos me decía el ilustre escritor argentino Arturo Capdevila que los temas sacados por Roso De Luna *Pliegos de Cordel* y de los mitos españoles era lo mejor que habrá salido de su pluma y que merecían compilarse aparte, cosa que aún no ha podido hacerse.

A nuestro Ateneo Teosófico de la calle del Factor acudía puntualmente el gran poeta de la bohemia romántica madrileña Emilio Carrere, quien nos decía una vez: “— Ustedes son santos porque predicán y practican todas las virtudes, pero yo soy una especie de demonio porque tengo todas las pasiones”. No obstante, Emilio Carrere, a su muerte, nos dio la sorpresa y el ejemplo de ser un excelente padre de familia. Muchas veces le encontrábamos en el café de “Várela” oyendo a Corvino, acompañado de dos “musas” desconocidas del viejo Madrid con las que cruzábamos tristemente las calles llenas de luna y el hambre bailaba una zarabanda en nuestra mente.

Y digo yo:

“El amor y la muerte desfilaban por sus versos,  
remedando la gesta de Isolda y de Tristán,  
sus poemas nos pintan carátulas de muertos  
que se ríen sarcásticas del alma de Don Juan.  
Poeta nocheriego que cuando caes exhausto en tu lecho,  
velado por las musas, vendes tu alma a Satán;  
dime si eres don Juan, Tristán o el doctor Fausto,  
dime si eres un santo oculto bajo el manto de un fingido galán”.

Doctor Eduardo Alfonso.  
Madrid, julio de 1977.

## INTRODUCCIÓN

**A**l tratar en los dos tomos de nuestra obra *La Doctrina Secreta* de la Cosmogonía y de la Evolución del Hombre — dice la maestra H. P. B. (Iniciales con las que los teósofos solemos designar a la maestra Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica) — nos ha sido necesario demostrar que ninguna religión, desde la más antigua a la más moderna, se ha fundado jamás en una completa ficción; que ninguna ha sido objeto de revelación especial, y que sólo el dogma es el que siempre se ha encargado de dar muerte a la verdad primordial; finalmente, que ninguna doctrina de humano nacimiento, ninguna creencia por más santificada que esté por la costumbre y por el tiempo, puede compararse en santidad con la religión de la Naturaleza. La llave de la Sabiduría que abre las macizas puertas que conducen a los arcanos de los más recónditos santuarios, sólo puede encontrarse en su oculto seno y este seno se halla en los países señalados por el gran vidente del siglo XVII: Emanuel Swedenborg. Allí se halla el Corazón de la Naturaleza, esa urna santa de donde salieron las primeras razas de la Humanidad primitiva y que es la cuna del hombre *físico*.

Y como la Magia ha seguido en todo tiempo a la Religión como la sombra al cuerpo, estos conceptos finales de *La Doctrina Secreta*, tienen su complemento en las primeras palabras de otra obra maestra de H. P. B., la titulada *Isis sin Velo, clave de los Misterios religiosos antiguos y modernos*, donde la misma autora cuidó de expresar sus sentimientos y su ciencia diciendo claramente al comenzar el prefacio: “No creemos en Magia alguna que exceda del poder y de la capacidad de la humana inteligencia, ni en milagro alguno, ya sea divino o diabólico, si ello ha de implicar una trasgresión de las leyes naturales instituidas desde la eternidad, aunque admitimos la opinión del sabio autor del *Festus* cuando afirma que el corazón humano todavía no se ha revelado completamente a sí mismo, ni nosotros hemos alcanzado a comprender siquiera toda la magnitud de sus poderes, ¿Sería exagerado creer — añade — que el hombre puede desplegar nuevas facultades sensitivas y adquirir una relación mucho más íntima con la Naturaleza? La lógica de la evolución se encarga de decírnoslo cuando es llevada hasta sus más legítimas conclusiones. Si recorriendo la línea ascensional, desde el vegetal o la ascidia hasta el hombre más perfecto, el alma ha evolucionado llegando a adquirir las elevadas facultades intelectuales que hoy posee, en manera alguna será desacertado inferir que en el hombre se está desarrollando igualmente una facultad de percepción que le permite indagar hechos y verdades aún más allá de los límites de su visión ordinaria. Con todo, no vacilamos en admitir la afirmación de Biffé, según la que, lo esencial es siempre lo mismo, y ora procedamos hacia dentro cercenando el mármol para descubrir la estatua encerrada en su masa, ora procedamos hacia fuera amontonando piedra sobre piedra para construir el templo, nuestro *nuevo* resultado no será nunca otra cosa que *una antigua idea*. La última de las eternidades encontrará en la primera su alma gemela.”

La Religión de la Naturaleza, tronco único de cuantas religiones ha inventado el hombre, véase hoy encubierta tras los velos sucesivos que sobre ella han ido echando estas

religiones, y la Verdad Primitiva, el Templo sepultado que diría Maeterlinck, yace oculta tras de esos múltiples velos o *re-velaciones*, como la yema del árbol bajo su pérula invernal, o como la verdad trascendente bajo el simbolismo que la recubre. De aquí la importancia que entraña para la Filosofía Natural el estudio crítico y desapasionado de los simbolismos de las religiones conocidas y de aquí también el objeto de este libro, segundo de la serie de comentarios que bajo el nombre de **BIBLIOTECA POLIGRAFICA BLAVATSQUIANA** venimos consagrando a la obra de la Maestra.

Desde el altísimo punto de vista de la Religión de la Naturaleza, las religiones más antiguas y venerandas: paganismo primitivo, jainismo, zoroastrismo, brahmanismo, buddhismo, mosaísmo, sintoísmo, cristianismo y mahometismo, son *meras fábulas morales*, dadas como ejemplo de conducta a la masa humana, al «gran rebaño», por sus «pastores» o sacerdotes, a título de un simbolismo, oculto tras la trama fabulosa, y que encierra siempre en una u otra forma *una verdad natural*, una enseñanza científica llamada a salir de nuevo a la luz del día por el esfuerzo del teósofo o sea, como dicen también las primeras líneas de otra obra de H. P. B.: *La Clave de la Teosofía*, de aquel investigador ecléctico, armonista, analogista, «filaleteo» o amante de la verdad, que, aspirando ya a levantar con su esfuerzo aquellos velos de las religiosas *velaciones y re-velaciones*, — *Velo de Isis* — busque, como buen filósofo, la verdad primitiva y perdida que antaño fuera ocultada bajo «rosados cuentos de niños», como los llama la Maestra, y después monopolizada por los sacerdocios como arma de dominación y de necromantes egoísmos.

Infinitos ejemplos pueden ser ofrecidos al lector acerca de esto, y ellos irán surgiendo en el transcurso de este libro. La Biblia, igual que el Corán, al preceptuar ciertos ritos religiosos, tales como la prohibición por Dios del uso de carne de cerdo y demás animales «de pezuña hendida,» no hacía sino establecer con carácter obligatorio ciertos dogmas de la higiene natural, los cuales, como tales principios científicos, estaban por encima de la comprensión ordinaria de las masas para las que se dieron. La famosa busca de la planta hoy llamada «Verbena de San Juan» en las madrugadas estivales, envolvía quizá un consejo médico para el aprovechamiento de los elementos radiactivos del rocío matutino con que era cogida, a la manera de aquel tesoro escondido por el viejo musulmán en el huerto familiar y consistente sólo en un pergamino que decía: «al buscarme, azada en mano, has hallado el tesoro de la fecundidad de la tierra que removiste.» Los simbólicos «doce trabajos del Hércules» o «doce reyes vencidos por Sigfredo», del poema religioso nórdico alemán de *Los Nibelungos*, no son, en clave astronómica, sino los doce aspectos de la climatología del año, vencida y llevada adelante bajo el efluvio fecundo del astro-rey, del mismo modo que, en clave geométrica, son el simbolismo de los doce vértices del dodecaedro pentagonal como uno de los dos «sólidos pitagóricos femeninos» que diría Soria y Mata, base de todas las formas cristalinas de la Naturaleza. El culto mariolátrico actual en el que está cayendo a toda prisa el catolicismo romano, no es sino una variante de *La gran Madre*, de ciertos buddhistas y neo-buddhistas como el moderno filósofo Ramakrishna, y ambos a su vez del culto isíaco egipcio e ibérico de la Diosa Isis (Ataecina, Persefona, Astarté, etc.) que no es en suma sino una de las variantes del culto de la Luna o sea de la Naturaleza en su aspecto visible, material o femenino, culto que se ve a través de toda la antigüedad, desde el de Jano, *Io-anas*, o «la Diosa de las Aguas» (Mare, Mará, María), o bien la Calchihuitl-cueye, «la Diosa de la Enagua Azul», mexicana primitiva, hasta el elemento femenino jehováico mosaico y el griego culto *ió-nico* o «corintio» de los

aqueos mediterráneos.

Precisamente los pasajes más difíciles de *La D. S.* son aquellos que, por ocuparse la Maestra de la cabala occidental base del mosaísmo de Pentateuco, hace deducciones numérico-geométricas derivadas del valor de las letras hebreas que componen los nombres de los diversos personajes que juegan en la sublime fábula bíblica (Jehovah, Adonai, Elohim, Abraham, Isaac, Jacob, etc.), y de las cuales surgen valores tales como el de la razón de la circunferencia al diámetro, el valor de los lados y ángulos del triángulo equilátero, las áreas y volúmenes de varios sólidos, etc. etcétera, valores que igualmente aparecen en las «medidas del Templo de Salomón en Jerusalén» y en los elementos de la Gran Pirámide egipcia según comprobase Piazzzi Smith.

Porque, de la misma manera que tras el vulgar «hombre de carne» con quien nos codeamos en la calle, está el «hombre de pensamiento, de sentimiento y de acción», detrás de cada cosa visible hay algo superior, simbólico e invisible, ya que este mundo «de tres dimensiones» que hoy nos aprisiona no es sino la proyección, sombra o imagen de otro superior invisible, «el otro mundo de las religiones, el «mundo superliminal» de la ciencia, visto siempre a través de aquel mundo como tras un velo, es decir, visto como emblema y como símbolo.

Del mundo, pues, de la llamada «realidad» concreta o visible, al invisible mundo abstracto y superior del Símbolo, pasamos constantemente, sin que de ello nos demos cuenta en todos los momentos de nuestra vida. Los dedos ensangrentados de un viejo conde catalán tiñendo con cuatro barras el escudo de un guerrero pasaron un buen día a constituir el símbolo o escudo de Cataluña. Unos viles trapos de colores de los que empleamos en mil prosaicos menesteres domésticos, pasan, en ciertas condiciones de lugar y tiempo, merced al mágico poder del Símbolo, a constituir las respectivas enseñas o emblemas de las diversas naciones y por el honor de ellas llegan hasta a matarse a millares los hombres, como las vibraciones sonoras de unos cuantos alambres pasan bajo la magia musical a constituir las portentosas creaciones pianísticas de un Beethoven, un Chopín o un Listz y del mismo modo acaeció con Galileo, al mirar por vez primera en el anteojo de su invención al planeta Saturno y verse sorprendido por la presencia de un anillo contorneándole, pues, ante el temor de comprometerse en una aserción aventurada o de perder por el contrario el descubrimiento, encerróle a éste en un famoso anagrama o símbolo, en el que vino a decir veladamente lo que no se atrevió a proclamar de un modo paladino, recordando quizá la jerga incomprensible de los alquimistas, quienes bajo el velo también de un lenguaje de reacciones químicas materiales ocultaban las más de las veces los secretos simbólicos de la Magia o Alquimia del Pensamiento, de la Voluntad y del Sentimiento, práctica seguida aún en estos nuestros tiempos de mayor libertad de pensar ora con las claves diplomáticas, ora con los símbolos de la Química y de las demás ciencias, ora, en fin, con las reticencias y precauciones empleadas, por ejemplo, en los días de Bolai con los primeros atisbos de las geometrías no-euclidianas, cuando se temía que ello «causase escándalo en la Moral»: ¡en la moral de nuestra imperfecta ciencia!...

*Ligo, ligas, ligare*, es atar o ligar, en lengua latina y *re-ligo, religas, religare*, «ligar dos veces», la pura etimología de nuestra palabra *religión*. Es, por lo tanto *religioso* todo lo que liga, e *irreligioso*, cuanto separa o desune. Por eso *Brahmá*, no el supuesto dios brahmánico, sino el símbolo ario-hindú de la creación, la formación, el crecimiento, (de la raíz sánscrita «brig», dilatarse o extenderse) es el símbolo religioso por excelencia de los

indostanos, otro tanto que de la irreligión o la maldad lo es, valga la frase, el símbolo destructor y necromante de Siva y en tal concepto hay una verdadera religión detrás de cada vínculo con el que nos ligamos unos con otros los hombres, como la hay asimismo detrás de cada manifestación del Amor, del Arte o de la Ciencia, cosa entrevista por Goethe cuando dijo que quien tiene un arte ya no necesita de otra religión alguna que su arte misma, y también por Wagner en su decantado y rebelde **Credo artístico**, aquel que comienza: «¡Creo en Dios Padre, en Mozart y en Beethoven y en todos sus discípulos y continuadores!...»

Tamañas consideraciones trascendentes nos retornan hermosamente al punto de partida, porque lo que más nos liga desde el momento de nuestra aparición en la Tierra con el nacimiento hasta nuestra desaparición con la muerte (si es que en verdad con ella desaparecemos) son las llamadas **Leyes Naturales**, y el sabio que investiga acerca de ellas hasta llegar a dominarlas en los términos categóricos con que las vemos formuladas luego en los respectivos libros de Astronomía, de Física, Química, etc., es un legislador religioso a su manera. Y un Guttemberg al inventar la imprenta, un Newton al proclamar la Ley de la Gravitación, o un lord Kelvin al formular los principios básicos de lo que hoy es la Radio-telefonía con la que hablamos de un confín a otro del planeta, son tan inspirados legisladores a su modo como Moisés o Licurgo, y tan fundadores de religión como ellos, pues que hacen desaparecer otras tantas barreras que atentaban inertes a los vínculos naturales que **ligan** y **religan** a los hombres sin distinción de razas, credo, sexo, casta o color como establece el primer objeto de la Sociedad Teosófica.

Hojas de un mismo árbol: el simbólico **Árbol del mundo**, norso; facetas ínfimas de una gran joya, la **Semaia** o simbólica piedra de la corona del Sumo Sacerdote rabino; notas múltiples de una misma lira, la Lira del Apolo Deífico, que como la palabra del Buddha bajo el árbol de Bodhi o del conocimiento, extasiaba por igual a dioses, demonios y hombres, hay la religión del hombre a hombre o sea la humana **Fraternidad** por encima de las pasiones animales que constantemente nos dividen como la serpiente Tiphón dividía en pedazos al sagrado cuerpo de Osiris, y es la única **religión visible**, la de los tres principios del Derecho Romano, de vivir honestamente o ser según las leyes de la naturaleza, no dañar a otro y dar a cada uno lo suyo de tal modo a como nosotros querríamos de él recibirlo. Semejante «religión visible» es el alma que informa a todas las religiones conocidas en la parte que llamar podemos esencial, eterna o divina, alma que, ahuyentada por el dogma inerte, la obediencia ciega y la excomuniación nefasta, las va dejando luego como otros tantos cuerpos sin vida en la senda triunfal de la Humanidad a lo largo de la Historia a la manera de las partes leñosas de los árboles que antes fueran células vitales y vasos transmisores luego de una **savia** fecunda.

Pero hay que añadir algo que por natural reacción suele olvidar nuestro espíritu de crítica religiosa cuando se le exagera, y es el hecho indudable de que entre hoja y hoja, rayo y rayo, nota y nota, hay un algo común y oculto que más que el hecho de la convivencia o coexistencia, constituye la efectiva y religiosa **ligadura**. Desconocerlo es tanto como creer que a los vértices de la base de un triángulo no les liga más que esta base misma, siendo así que ellos se hallan además ligados cada uno por su lado con un tercer vértice o **altura**, y esto es lo que no vio la demoledora e indispensable crítica religiosa del siglo XVIII o de **La Enciclopedia**, por natural reacción agnóstica contra la fe ciega y el dogma cerrado del medioevo, pero que se encarga de hacernos ver la moderna **Teosofía**, no en su falsa

---



acepción vulgar de «ciencia de Dios» (ciencia que sería tan absurda como lo es la Teología, pues que Dios es Incognoscible), sino en su legítima acepción etimológica griega y mágica de «los dioses, de los semidioses, y de los héroes» o «ciencia de los superhombres», «ciencia de la Magia o superciencia», «ciencia de lo Oculto», ciencia del Mañana Resplandeciente, en suma, y también ciencia del Ayer perdido, dada la simétrica regularidad y reciprocidad de todos los fenómenos naturales, entre ellos del más inefable de todos que es el de la Evolución, la cual nos hiciera caer de nuestro prístino estado de dioses y nos habrá de hacer retornar a él en el último día de los tiempos.

Semejante algo oculto al que aludimos es ese mismo vínculo simbólico, es decir ultrareal y efectivo, que nos liga, como partes del gran Todo, con el Todo mismo, a través del Logos o Manifestación de lo siempre Incognoscible y eficiente en el eterno devenir al que llamamos Vida, porque somos como «hoja», «rayo», «forma» o «nota», meras unidades de un sistema de numeración natural (a base de siete, de diez, o de otro Número Secreto), que nos va ligando en esas sucesivas síntesis tan admirablemente simbolizadas en los árboles genealógicos o de ascendencia, y también en esos otros árboles de genealogía natural que llamamos clasificaciones en las ciencias, clasificaciones que nos muestran respectivamente el lugar que el hombre ocupa, por ejemplo, por su cuerpo físico se entiende, en el mundo animal, el de grado más alto que ocupa este mundo animal entre los demás de nuestra Tierra, el que ésta por su parte, ocupa como astro de un sistema, que a su vez es uno de los innumerables sistemas solares del firmamento... Y esto sí que es Religión trascendente también, que nos lleva hasta la altísima concepción ideológica de que «todo conspira» hacia un Plan asombroso, por encima del estado actual de nuestras inteligencias, pero en el que también ellas son colaboradoras, al modo como una simple cien millonésima agregada al número 999.999.999.999, le hace pasar del orden del primer millón al segundo...

Y esto que nuestra cultivada razón comprende de un modo siempre yerto e imperfecto, lo abarca inefablemente el Sentimiento Místico, a la manera como la emoción musical que nos causa una sinfonía de Beethoven es algo tan divino que se halla muy por cima del panorama consciente de la intensidad tono y timbre físico de todas las vibraciones de los diversos instrumentos que han aportado a su tiempo y razón su tributo al mágico conjunto orquestal por nuestra alma atesorado en su pleno concepto armónico o sea de la infinita variedad sonora y la Suprema Unidad o Verbo de su conjunto, efectiva Ascua de Oro del Rhin surgida como por encanto en el seno de las dormidas Aguas de nuestro vivir vulgar y cotidiano.

Las consideraciones precedentes alusivas al elemento de efectiva sublimidad que entraña toda emoción verdaderamente mística surgida de la contemplación natural, del Arte o de la Ciencia, dejarán entrever que en el fondo de toda emoción de lo sublime se mezcla un agridulce excepcional, un indefinible claro oscuro de dolor y de placer, que es el Fuego Místico, propiamente dicho, crisol purificador de nuestras almas, en demanda de lo Eterno, que en su *liga aleadora* de las impresiones más contrapuestas, nos hace más felices en un sentido y más infelices en otro...

Tal es la razón del subtítulo que lleva asimismo nuestra obra, porque el anhelo religioso y el nativo sentimiento de una felicidad perdida que ansiamos recobrar por nuestro esfuerzo, son una cosa misma.

M. R. de L.

## CAPÍTULO PRELIMINAR

### LA PALABRA SAGRADA, EL LIBRO Y LA BIBLIOTECA

*La mente y los libros. — El hogar intelectual del hombre es su biblioteca. — La biblioteca de la Raza es el hogar del Pueblo. — El triángulo iniciático. — Palabra sagrada. — Libro y Biblioteca. — Ejemplos históricos. — El nombre inefable. — Un pasaje de la «Pistis-Sophía». — El Poder espiritual siempre activo. — Las ideas, efímeras «plantas» del mundo de la Idea. — La idea-germen y los precursores o Maestros. — Nada hay nuevo bajo el Sol — Hacer la genealogía de las ideas es hacer la de los Maestros. — Los libros-cumbres. — La maestra H. P. B. y el libro-cumbre de «Dzyan» la gran obra secreta primitiva. — Lo que de este último se nos dice en «La Doctrina Secreta». — Un aserto unánime de las Escuelas Esotéricas. — Promesas para el futuro.*

**S**iendo la mente la facultad más preciosa, por lo mismo que a ella se debe hasta el nombre de *Manú o Pensador* que el hombre lleva en casi todas las lenguas sabias, natural es que los instrumentos que la mente emplea para vencer al tiempo y al espacio, o sean los libros, tengan para la humanidad importancia capitalísima, sobre todo en esos verdaderos tesoros acumulados del saber de las edades que se llaman «Bibliotecas», de «biblos», libro, y también de «Biblos», la antiquísima ciudad siria déla primitiva biblioteca caldea, junto a la desembocadura del Lita, uno de los tres ríos que con el Jordán y el Orontes nacen de esa misteriosa meseta del Líbano donde antaño se asentara la ciudad del Sol o Heliópolis, hoy Baal-bek, y a la que tantas veces llevamos aludido en nuestros trabajos. (*El Tesoro de los lagos de Somiedo*, pág. 14).

Un buen libro es la flor más preciada, el fruto más maduro y eterno que puede dejar un hombre a su paso fugaz por la vida terrestre. Por eso un eximio escritor, bajo el seudónimo de *Malatesta*, nos enseña en inimitable «crónica» *Lo que dicen los libros*, en conceptos que no podemos menos de transcribir:

“Mi familia son los libros, mi hogar, cualquiera biblioteca. Quisiera que la Humanidad hubiese hablado un idioma en todos los tiempos, para leer los libros de todos los pueblos. La pasión por el libro me ha proporcionado días de inefables goces y de pesares sin cuento. Porque un libro, como una mujer, ama como aborrece, se entrega o se resiste, es fiel o inconstante, acaricia o maltrata hace reír o llorar, y, a veces, dormir profundamente”.

“En mi primera edad amé todos los libros, sin distinción de sexos ni categorías. Algunos, los de literatura, correspondieron a mi entrañable afecto, me amaron: con otros, como los de matemáticas..., no pudimos entendernos nunca. Romeo y Julieta gozaron de

una paz octaviana en sus amores, comparando sus desdichas con las que a mí me han proporcionado otros Capuletos y Montescos no menos tenaces y testarudos. Primero, mis parientes, los cuales ponían el grito en el cielo siempre que me hallaban con un libro en las manos, luego mis amigos, que nunca me dejaron gozar de ellos tranquilamente, y por último, las mujeres, cuya afición a la lectura no traspasa los límites del folletín. ¡Qué de herejías me han hecho! ¡Cómo me cosieron con sus burlas! En muchas ocasiones fue la desigualdad de fortuna la que me impidió gozar del objeto amado. Como el célibe, que aburrido de las cuatro paredes de su casa, busca en la de un amigo la alegría y el calor que en la suya le faltan, así yo, en mis épocas de penuria, he recurrido a las bibliotecas de mis compañeros. Eran estas lecturas de libros ya conocidos, como renovación y recuerdo de antiguos amores, los cuales, muchas veces, terminaban en crueles desengaños”.

“¿Quién no ha visto a uno de tantos amantes, la mirada fija en un punto y el alma en los ojos, inmóvil bajo un balcón, pasar largas horas en semejante actitud, lo mismo en los ardientes días del estío que en los nevados del invierno? De igual modo han pasado para mí días, meses y aun años a pie quieto, frente a los escaparates de las librerías. Esta clase de espectáculos me ha cautivado en todas ocasiones mucho más que la contemplación de la Naturaleza. La luz del mechero de gas o de la lámpara eléctrica, reflejándose en las cubiertas de colores impresas, me atrae y da vértigo como si me asomara a un abismo”.

“La última edición de un libro antiguo es la vuelta do la primavera: florece de nuevo. Ante las obras impresas en idioma para mí desconocido me quedo largo tiempo en éxtasis; son mis amores platónicos. Cuando a través del cristal no alcanzo a leer un título o un nombre, siento el suplicio de Tántalo; ¡Una frase de amor perdida!. Obra nueva. Este anuncio, colocado entre las páginas de un volumen, me produce efectos extraordinarios: los ojos se me agrandan, la inteligencia se me esclarece, los nervios no me dejan en paz; me agito, me muevo, bailo, salto, gesticulo y río como un idiota. ¡Obra nueva!. ¡Un libro más que leer!. Para mí no hay alegría semejante; todo lo demás desaparece a mis ojos; todo menos la nueva obra, que se ofrece a mis miradas, hermosa, provocativa, deslumbrante, como si el sol, bajando a la tierra, se hubiera hecho libro”.

“El libro es hijo del papel y de la tinta. ¡La negrura de la tinta expresando la claridad de la inteligencia!. Así debió salir el mundo del caos. ¡Los sentimientos del hombre confiados a la debilidad del papel!. ¿Quién duda que el amor es heroico? El libro en manos de un librero es un esclavo; los libros no deberían venderse: deberían solicitarse, y su autor ser considerado como hijo de los dioses. El libro en manos inexpertas es un mártir; a toda persona que se le enseña a leer convendría enseñarle antes a tratar a los libros, como se educa a los niños al propio tiempo que se les instruye. Prestar un libro es ser cómplice de adulterio; el que lo roba efectúa un rapto; quien lo vende lo prostituye”.

“El libro en el escaparate es una joya; envuelto en un papel, una mercancía; en el bolsillo un recurso; sobre una mesa, un enfermo; en el suelo, un cadáver; en la biblioteca, una momia, y en la mano, ¡Ah! en la mano, es un libro. Un libro antiguo infunde respeto; viejo, mueve a compasión; sucio, parece un apestado; roto, hace llorar, y nuevo, se le ve sonreír. Los libros creados por el fuego de la inteligencia sería conveniente, en sus postrimerías, entregarlos al fuego de la Naturaleza; la madre ama a sus hijos; ¿por qué no devolvérselos?. Sería un triple *fiat lux*: el de la creación, el de la vida y el de la muerte. Un libro cerrado es una noche estrellada; cuando se abre, amanece; el acto de cortar sus páginas tiene algo de alumbramiento o desfloración; quien lo hojea, lo acaricia, lo besa;

leerlo es orar; comprenderlo es fortalecerse. El libro mal cosido es una persona mal vestida; se parece a una mujer fea si está mal impreso; con erratas, es una hermosa tela con remiendos viejos y de distinto color; con dobleces, parece un mendigo; cuando la estampación es desigual, toma formas horribles, semejándose a un hombre que, a la vez que tuerto, fuese cojo, manco, jorobado y sin dientes ni pelo. Cuanto más bellas condiciones tipográficas tiene un libro, tanto más gana el texto; la letra clara y holgada da claridad a los pensamientos; nos habla en voz alta cuando los caracteres de imprenta son grandes, y muy bajita cuando son pequeños. La cubierta de un libro es su fisonomía; su papel, lo que la ropa blanca a las mujeres, que cuanto más limpia y más planchada más seduce y enamora. El cuerpo del libro es la margen; el alma, lo impreso; su edad, la paginación; el título, su nombre. Los grabados son la vanidad; parece que, antes que lo leáis, están ya diciendo: «¡Mira qué buen mozo soy!. ¡Qué bellezas poseo!. ¡Qué cosas tan lindas digo!»). Los con grabados son los seres más indiscretos, más inoportunos y más impertinentes que conozco; no tienen seriedad ni educación. Revelan antes de tiempo secretos que al lector únicamente toca descubrir; involucran los sucesos; desfiguran a los personajes y dan en tierra con el interés de la narración. Quien no sepa ver con el entendimiento, que cierre el libro. El que ve con la fantasía lo que lee, siempre se lo imagina más perfecto y acabado que el lápiz y el buril puedan hacerlo. Leer es pensar y sentir, no mirar. Los libros con grabados son buenos para los niños y las mujeres... Los libros grandes me inspiran tanto miedo y temor, que los pondría en un atril, como en un altar, y leería sus páginas con el sombrero en la mano. El libro en rústica es el libro por excelencia. El hospital de los libros es el taller del encuadernador. Un libro en pergamino es un icterico; un volumen manuscrito es una flor de trapo; los libros de lujo son la nobleza de la clase; los de escuelas y universidades apenas son libros. Un libro encuadernado en pasta es como un ser enterrado en vida; sus tapas son como la losa del sepulcro, entre las cuales y en letras doradas, se lee su epitafio. No hay nada tan semejante a un cementerio como una biblioteca de libros empastados. El libro en rústica es comunicativo y espontáneo; en dondequiera que se le deja os sonrío, y por entre sus blancas márgenes deja escapar alguna palabra, os enseña una frase, con la cual os provoca y atrae. El libro en pasta, metido en sí mismo, se halla siempre cerrado a piedra y lodo; os muestra una superficie dura y compacta como una piedra; no tiene expresión ni dice nada; parece que está vuelto de espaldas, que lo desdeña todo; tiene cara de pocos amigos. Un libro en rústica es flexible, se adapta a vuestros gustos; parece que las palabras están saltando del papel, que las hojas se vuelven por sí mismas, que desea agradaros y ser vuestro, vuestro hasta la última gota de su sangre. Uno en pasta se va de entre las manos; está siempre queriendo escapar; al menor descuido se cierra y os deja con la palabra en la boca; no podéis llevarle a parte alguna sin grandes molestias y dificultades. El libro en rústica es el libro de mis amores, mi amigo inseparable; dondequiera que voy me acompaña; unas veces en el bolsillo, otras en las manos, nunca debajo del brazo; lo llevo conmigo y me habla a todas horas; duerme a mi lado, come a mi mesa, hacemos juntos visitas y por la calle, en medio de la red de coches, tranvías, carros, autómnibus y personas que la cruzan en todos los instantes del día, lo tengo ante mis ojos y leo tranquilamente palabra por palabra, línea por línea y hoja tras hoja”.

“Mi ambición, mi ideal, es poseer una biblioteca en un jardín. ¡Flores y libros! ¡Perfumes y sentimientos! ¡Ideas y colores!”.

“Temo la muerte porque vendrá a interrumpir mis lecturas. ¡Cuántos libros se

publicarán después que yo haya dejado de existir!. ¡Qué buenas y bellas cosas se imprimirán que yo no he de leer! Esto me desespera”.

“¡Oh mis queridos libros, vuestros serán mi corazón, mi inteligencia y mi voluntad! No me habléis de mujeres, de fortuna ni de honores; dadme libros, más libros, siempre libros. Cuando la hora de mi muerte haya llegado y comience mi agonía, no me digáis palabras de consuelo, no lloréis; si me amáis, si queréis que muera dichoso, y la eterna sombra se ilumine, y el reino de la muerte me sea querido, abrid los *Diálogos* de Platón, y con voz clara, vibrante y sonora, leedme el de Phedon sobre la inmortalidad del alma”.

No hay hombre bueno y grande — dice el aforismo oriental — que no haya criado un hijo, plantado un árbol y transmitido sus ideas a la posteridad escribiendo un libro que es algo así como su testamento mismo.

En medio de las negruras de la vida, el hogar intelectual y moral de cada hombre es su biblioteca, y por eso cuentan los biógrafos de Isaac Newton, que este descubridor de la ley de la gravitación universal, «a quien el cielo abrió sus secretos» según reza su epitafio, estuvo aturdido, casi alelado, durante los dos o tres meses que siguieron al incendio de su biblioteca. Después de ello... el gran físico pasó a místico y se dedicó a comentar el *Apocalipsis*. Hombre cuyos papeles y libros estén desordenados, es que tiene también todo un caos en sus ideas, y nada hará si antes no las pone en orden, porque un lazo misterioso une al libro con el frondoso árbol de nuestra imaginación creadora, que no parece sino que tiene una raíz grande o pequeña en los múltiples pasajes de los libros que hemos leído y de los que aquella se representa a veces hasta el lugar que en la respectiva página ocupan.

Si el hogar mental de cada hombre es su biblioteca, el hogar divino de cada pueblo es la biblioteca de su raza, ese Sancta Sanctorum donde yacen escondidos, como en la lira famosa de Bécquer, ideas trascendentes de un pasado, que estaría irremisiblemente muerto si no viviese una vida astral y misteriosa en las *hojas* de sus libros. *Biblos* es así toda Siria, Caldea y Palestina; *Pérgamo* es toda Grecia; *Alejandro* es todo Oriente y Occidente; Roma, por su *Biblioteca Vaticana* es todo el Ocultismo de Occidente; Londres por su *British Museum* es todo nuestro mundo... El incendio, la destrucción *casual* de tales centros sublimes del pasado, marcan algo así como el fin de una época y el comienzo de una era nueva, casi siempre peor- que las anteriores en su espiritualidad, aunque mejor en cuanto a las apariencias intelectivas.

Si toda iniciación ocultista se basa en la *Palabra Sagrada* respectiva, las Palabras Sagradas, iniciáticas a su vez, se desarrollan en las múltiples ideas que sucesivamente van derivando de ellas hasta construir un *Libro*. Los sucesivos libros que vienen luego así unos de otros a partir de uno fundamental y primitivo de cada pueblo — su Libro Sagrado respectivo — acaba constituyendo una *Biblioteca*, cual aquellas bibliotecas troncales de las que nos venimos ocupando como suma y pináculo de toda la iniciación. *Palabra Sagrada*, *Libro* y *Biblioteca* son, pues, tres vértices del Triángulo Iniciático en cuyo centro se halla la *Mente humana* cuando despierta a la vida de lo suprasensible, y estos tres vértices, como la circunferencia del círculo que al Triángulo circunscribe, pueden ser igualmente recorridos en el sentido que les hemos dado y también en el opuesto de *Biblioteca*, *Libro* y *Palabra*, según que procedamos por análisis o por síntesis. Unos cuantos ejemplos aclararán esta idea.

El análisis, dice el excelente *Tratado de Geometría Elemental* de E. Rouché y Ch.

---

de Comberousse, es el método de invención: haciendo uso de él se descubre el El. Salvo para aquellas cuestiones que por su extrema sencillez se resuelven inmediatamente, se procede siempre por *sustituciones sucesivas*, reduciéndose el problema propuesto a otro que a su vez se reduce a un tercero y así sucesivamente hasta llegar a un problema conocido. Dicho método no es geométrico tan sólo, sino la marcha natural del espíritu cuando trata de establecer una proposición cualquiera cuya evidencia no es inmediata. Así para probar la verdad de una proposición A, se reduce ella a otra B, que a su vez se reduce a una tercera C, y así sucesivamente, hasta que se llegue a una proposición M, anteriormente establecida o evidente ya por sí misma. Mas para la exactitud del razonamiento se requiere la *reciprocidad* entre dos proposiciones consecutivas cualesquiera de la serie o, en otros términos, la verdad de cada una de las proposiciones que se considere debe implicar la de la que le precede y la de la que le sigue. Cuando luego se ha formado la cadena de proposiciones, la demostración se puede exponer de dos maneras: o siguiendo el mismo orden A, B, C,... M de la invención, o reconociéndolas todas en orden inverso. Por la primera manera se hace *el análisis* del problema, por la segunda la síntesis.

Observando Lamarck y Darwin la pasmosa seriación de las formas orgánicas de la Naturaleza, la palabra mágica de *Evolución* resonó súbitamente en su oído, revelándoles algo que antes no vieran, es a saber, la ley de seriación por virtud de la cual la *Vida Universal* y *Ocultas*, o sea la *Naturaleza misma*, se manifiesta.

Pero si los pueblos son sus *Bibliotecas*, racional es que haya entre unas y otros cierta seriación, una como escala de categorías, y que esta escala siga la ley universal de derivación e importancia de los pueblos mismos.

Así ha podido decir la Maestra que de Platón acá todo es Platón en nuestra más excelsa ideología. Todo lo escolástico medieval es aristotélico, o sea con cargo a los libros de Aristóteles; todo lo verdaderamente cristiano es de Cristo o de su Evangelio, y hasta el más ínfimo adorno de la granadina Alhambra es el Corán mismo... ¡Siempre, a la cabeza de cuanto hay de grande en la humanidad, aparece en efecto un hombre, una Gran Alma o Mahatma, y su libro o el de sus discípulos, si es que aquél no escribió, como generalmente les acaece a todos!.

Porque las ideas son efímeras plantas del Mundo de la Idea, que tiene una realidad aún mayor que la del mundo físico. Pero si las ideas son *plantas*, por fuerza han de tener su semilla, fruto de una planta pasada y germen a su vez de otra planta futura. ¿Quién puede seguir la genealogía augusta de las ideas hasta el Logos mismo o Anima Mundi, que es Voz, Palabra, Pensamiento, síntesis de todos los pensamientos mientras el mundo es mundo?. Ved esos monumentos que la humanidad ingrata ha levantado después a sus genios, en vida incomprendidos. Ved la *Biblioteca de Beethoven*, en Bonn; la *Sala Cervantina*, la de Velázquez y la del *Greco* en Madrid, o las demás consagradas a los genios-cumbres. Todo es en ello el Hombre hecho Idea, después de haber felizmente abandonado su perecedero cuerpo físico. Pero aquel respectivo hombre que parece llenarlo todo con su gloria, no es sino el fruto de una idea-germen que en su fecunda mente sembró su Precursor, su Maestro...

A partir de semejante momento, la ciega y casuística ciencia anterior tomó un aspecto armónico y unitario completamente nuevo dentro de la variedad infinita de las formas naturales que antes nos despistaba con la *maya* de un atrayente polimorfismo. Hízose entonces verdadero una vez más, — aunque sólo en su primera parte, por desgracia

— el viejo axioma cabalista de que un átomo crece y forma el cristal mineral; el mineral evoluciona transformándose en planta; la planta en animal; el animal en hombre; el hombre en un superhombre, o sea *lah-mâ* o *espíritu* y el *espíritu* en un dios. ¡Todo por la tal *Palabra Sagrada*, «que no es palabra tan sólo, sino la síntesis de un mundo de ideas más bien», y que, dilatándose *brahamánicamente*, como todo germen (de la palabra sánscrita *brahmâ*, el germen que se dilata y extiende), pasó a ser el libro, *un tanto materialista todavía*, que se llamó *Los orígenes de las especies!*.

Observa Newton las leyes geométricas que presiden el giro operado mensualmente por la Luna en torno de la Tierra y ve que en los triángulos semejantes formados respectivamente el uno por el radio que une a los dos astros en un momento dado y por la tangente a la órbita en dicho punto o momento, y el otro por las dos coordenadas (seno y coseno *métricos*) de un segundo *punto o momento ulterior* y nota que la proyección de dicho segundo punto sobre aquel radio primero marca en él una como efectiva caída. Al preguntarse entonces si por acaso semejante *caída* de la Luna sobre la Tierra es de la misma índole que la de los cuerpos todos sobre la superficie de ésta, una Palabra harto *mágica y sagrada* — la de *Gravitación Universal* — resuena en su Intuición u *Oído trascendente*, y sobre esta palabra se edifica no ya todo un *libro* y una inacabable *Biblioteca*, sino que el mismo sistema de los mundos o *Cosmos*, en el pleno concepto armónico de su *Unidad Suprema* y de su mayávida *Variedad Infinita*, se le revela en su conjunto, hasta el punto de que no pudo ya en lo sucesivo oír el nombre de Dios — nombre que para él ya no significaba lo que suele significar para la ignorante turba de tantos hipócritas y gazmoños que dicen creer en Él — sin descubrirse.

En otro orden de ideas, el literario y el artístico, vemos a Beethoven componer sobre el mero ritmo de tres golpes breves y uno largo — la letra V del Morse — toda su *Quinta Sinfonía* — no sin decir antes, cuenta un biógrafo: «así llama el Destino a nuestra puerta», como si para esa su *Obra-Cumbre*, hubiese previamente oído, a guisa de *mantram*, tema o *Palabra Sagrada*, la avasalladora del *Karma, Némesis* o *Destino*, que de un modo inevitable siempre preside a toda su dicha sinfonía o *libro*. Vemos de igual modo a un dramaturgo español — Feliu y Codina — componer toda una tragedia del despecho a base de aquella copla zaragozana que empieza: «Si vas a Calatayud... » y que al ser pronunciada con funesta intención calumniadora, a guisa de tema de ludibrio, causa la muerte del mismo que la pronuncia... ¿Qué es en suma, todo título de libro, sino la «palabra sagrada» supletoria de la verdadera, que acaso ha de leerse entre líneas, y que constituye así el libro mismo? ¿Qué es, en fin, el *nombre* de las cosas y el de las personas, con o sin apellidos, sino una *Palabra Sagrada* por donde empieza toda llamada, todo recuerdo, toda historia y hasta la averiguación policiaca más ínfima? De aquí la importancia que aun en nuestros días conceden las supersticiones populares al *petit-nomme*, que dicen los franceses, el que el pueblo hebreo ha concedido siempre al de Jehovah, el que los propios brahmanes conceden a la manera mágica de recitar y cantar los himnos litúrgicos de los Vedas.

Leyendo la *Pistis Sophia*, a la luz del *Bhagavad Gita*, del *Anu gita* y otros, podemos comprender todo el alcance de la frase de Jesús en el dicho Evangelio gnóstico, donde se expresa que: «hay un Nombre Inefable en el cual están contenidos todos los nombres, todas las Luces y todos los cuarenta y nueve Poderes. Cuando un hombre llega a conocer este Nombre, si se aparta de su cuerpo material (bien por la muerte, bien por el samadhi o *éxtasis místico*), ningún *humo* (es decir, ninguna sombra o ficción teológica),

ninguna obscuridad, ni Poder, ni Gobernante de la Esfera del Destino (o sea ningún Genio *Personal* o Espíritu Planetario), podrá retener al Alma que conoce este Nombre... Si lo pronuncia ante el fuego, la obscuridad huirá, y si lo pronuncia ante las Potestades Celestes, incluso ante el propio Barbelo (uno de los tres excelsos Dioses Invisibles), todos gritarán lanzados unos sobre otros: «¡Oh Luz de toda luz, Luz de luces, acuérdate también de nosotros y purifícanos!».

Fácil es ver lo que significa este Nombre y esta Luz, a saber el Nombre del Fuego Interior Supremo del Hombre y la Luz de la Iniciación, no un Nombre propiamente dicho, sino un Poder Espiritual activo siempre y más elevado aún que el verdadero «Dios Invisible», pues semejante Poder es *Ello mismo*, es decir, lo Abstracto, la Nada-Todo Absoluto.

Pero si el hábil autor de *Gnostics and theirs Remains* no ha comprendido el espíritu de la alegoría ni el misticismo del antedicho pasaje de *Pistis Sophia*, otros orientalistas lo han hecho aún peor, pues desprovistos de la percepción intuitiva y oriental de los gnósticos y sin comprender todo el significado de sus «joyas» han disparatado de lo lindo acerca de ello, empezando por Wilson y concluyendo por el dogmático Weber. Otros, como M. Monier Williams muestra el más decidido desdén hacia nosotros los teósofos, que jamás hemos incurrido en los groseros errores suyos, confundiendo con un personaje vivo, hasta un ciclo cronológico.

Unas breves notas de un tristísimo pasaje de la Sonata 31 de Beethoven es el tema nada menos que para todo el *Parsifal* de Wagner; dos simples teoremas geométricos de Pappus, el matemático alejandrino del IV, exhumados por modo casi milagroso, forman en la mente fecundada de un Charles toda la moderna geometría de posición o «por partida doble»...

Y así, del *Pérsiles* y *Segismunda* de Cervantes, pasamos por ley de germinación ideológica a su semilla en la novela toscana, de ésta a la novela griega de *Las Aventuras de Clareo y Florisea y los trabajos de Iseo*, hasta perdernos en el precedente etíope de las *Aventuras de Teógenes y Cariclea*. Esta obra, por su parte, está ligada acaso, ora con el antiquísimo *Libro de Enoch*, precedente etíope también del *Apocalipsis*, ora con múltiples cuentos de *Las mil y una noches*, ora, en fin, con simbólicas leyendas relativas al divino consorcio del alma humana con su Supremo Espíritu, como aquella que sirviese de germen a Apuleyo en su *Asno de Oro* para la *Leyenda de Psiquis*, obra más oriental que grecorromana y que a su vez, según Bonilla San Martín (*El mito de Psiquis*), ha sido el germen de docenas de obras teatrales y novelescas de todo género.

Esta senda de los precedentes sucesivos nos podría llevar desde la idea más ínfima hasta el Logos mismo. Fuente original de la *Idea Una*, al par que justifica de paso el dicho salomónico de que nada nuevo hay debajo del sol, nos conduce a una conclusión profunda: la de que cabe teóricamente hacer la genealogía de las ideas y de los Maestros a la manera como los semitas se complacen en hacerla de los hombres y aun de los caballos de sangre. Tal libro tiene siempre en otro u otros su precedente germinativo-ideológico; éstos, a su vez, en otros en serie prodigiosa, hasta llegar así en lo que alcanzar puede nuestra exploración a un *libro-básico*, troncal, sintético, del que derivan infinitos otros y que vienen a ser así, para aquella parte de la humanidad, un efectivo LIBRO-CUMBRE, un Sol, del cual todos los demás, no son sino planetas, satélites o cometas, cuando no míseros aerolitos, átomos o electrones invisibles.



Y es lo curioso, dentro de la ley natural o ley química de Prouts de que «la materia y la energía inteligente están siempre en razón inversa», que cada uno de los tales LIBROS-CUMBRES guardan con todos los demás que de él derivan una relación infinitesimal de volumen, como la que guarda también la última semilla con el árbol gigante que de la semilla deriva, cosa que despista siempre en su estudio a los ignorantes o *profanos*, habituados a juzgar constantemente las cosas *por su volumen prefiriendo*, por tanto, el verde y abundoso trigal que se pierde de vista en la llanura, a aquel ínfimo grano de trigo que en *La isla misteriosa*, de Julio Verne, les dio pan a unos naufragos allí donde trigo no había, o aquel otro grano conservado durante varios milenios en la tumba de uno de los Faraones, y que pudiera darnos de nuevo el trigo, si por una de tantas catástrofes humanas o terrestres lo hubiésemos perdido.

Estos *libros-cumbres*, además, guardan entre sí una filiación secreta, ignorada hasta del vulgo docto que los estudia, como la guardan las respectivas Religiones que de ellos nacieron, y así los confundimos, como confundimos con el nombre genérico de *abuelos* a la interminable serie de nuestros antepasados desde el primer día de la humanidad. No obstante, entre aquellos existe toda una jerarquía, que hace del *Corán*, por ejemplo, un mero apéndice de los libros mosaicos, por ser sus tradiciones otras tantas leyendas bíblicas que no están en nuestra *Biblia*; de los *Evangelios* una efectiva y no demasiado rica paráfrasis de la doctrina budista siglos antes llevada al Líbano; de los *Diálogos* de Platón otros tantos comentarios de lo doctrina pitagórica tradicional que Pitágoras recibiera de Mochus, a base de las enseñanzas de Sócrates y de los meros *Fragmentos* de Philolao y Architas tarentino; de las *Brahmanas* y *Puranas* induistas otros tantos más o menos felices comentarios de los *Cuatro Vedas*, cuando no del *Rig - Veda*, sólo, el que a su vez, sintetizó y codificó por decirlo así, infinitas leyendas arias iniciáticas muchísimo más antiguas, no de otro modo a como la *Iliada* codificó en su tiempo otras ya de fecha inmemorial y como los *Naskas* parsis hicieron con las leyendas vascas aportadas de la Atlántida y de España hasta Persia en el simbólico e histórico éxodo de Io, o sea del viaje del pueblo elegido que escapara de la catástrofe que sepultó al Cuarto Continente hace siglos.

Natural es, pues, que cuando se trate de hacer lo que intentó H. P. B. con su *Doctrina*, o sea de sintetizar en una obra la *Primitiva Sabiduría* de todos los libros-cumbres, hay que recurrir al más «cumbre» de los conocidos. Este libro originario, en lo que hoy es dable alcanzar, es el misterioso *Libro de Dzyan*, primero de una serie de libros-cumbres desconocidos.

Los papeles de apuntes que al morir dejó inéditos la Maestra y con los que pensaba componer el tercer tomo de su D. S. nos suministran sobre dicho libro las más preciosas indicaciones, pues que nos dicen (D. S. t. III, secc. 47) que el lama Teshude Tjigadje parece que guarda en el más inviolable secreto la gran obra esotérica primitiva titulada *Libro de la Secreta Sabiduría de las Edades*, verdadero Digesto de todas las ciencias ocultas, libro que a pesar de tener las dimensiones de un folleto, da lugar con los glosarios y comentarios que lo complementan a diez gruesos volúmenes. Estos *Comentarios* y sus correspondientes anotaciones hechas por efectivos Iniciados forman hoy 14 libros. Hace tan sólo un millar de años que de dichos antiquísimos y secretos *Comentarios* se hubieron de formar para uso de los profanos los 35 volúmenes del *Kiuti*, obra exotérica o pública que pueden verse en cualquier biblioteca de los lamas geluggpas del Tibet y que pudieron considerarse como una *versión popular de la D. S.* El *Libro de Dzyan*, por el contrario, es el primer tomo de

aquellos Comentarios a los siete volúmenes troncales secretos del *Kiuti* originario, escritos algunos de ellos en *cilindros* como los del pueblo asirio. La relación, pues, que pueda haber entre el *Kiuti* original y sus primitivos *Comentarios* de un lado, y el *Kiuti* actual en 35 volúmenes por otro, es como la que media entre la *Kabalah* originaria o caldeo-hebrea, y los *Libros de Moisés*, que Esdras refundió después de la cautividad de su pueblo. En cuanto al nombre de *Dzyan*, es equivalente a los de «yoga», «meditación mística» y otros, al tenor de su sánscrita etimología.

El Libro de *Dzan* o de *Dzyan*, se dice en la Introducción a la D. S. que es completamente desconocido por nuestros bibliófilos o al menos bajo semejante nombre. Pero el cuerpo principal de sus doctrinas se encuentra esparcido en millares de manuscritos sánscritos, algunos traducidos ya, por lo cual todo hombre de ciencia tiene medios de comprobar sus afirmaciones y citas. Aun las mismas enseñanzas orales a él relativas están insinuadas en los casi innumerables volúmenes de los templos brahmánicos, tibetanos y chinos. Además, los miembros de varias escuelas esotéricas cuyo centro se halla más allá de los Himalayas, y cuyas ramificaciones pueden encontrarse en China, Japón, India, Tibet y aun Siria y América del Sur, aseguran que tienen en su poder *la suma total* de las obras sagradas y filosóficas, tanto manuscritas como impresas, de cuantas se han escrito en cualesquiera lenguajes o caracteres desde que comenzó el arte de la escritura, jeroglíficos inclusivos, hasta el alfabeto de Cadmo y el Devanâgari.

El párrafo transcrito es decisivo porque alude a los principales centros iniciáticos derivados de la Gran Logia Blanca del Tibet o más bien del país de Kalkas, al Norte del Desierto de Gobbi, añadiendo que esta verdadera capitalidad del planeta, situada precisamente en la cima o cúspide de la gran pirámide orográfica del viejo continente, (1) *posee la totalidad de cuantos libros se han escrito en el mundo desde los orígenes hasta nuestros días*, es decir, que atesoran el *Libro de los libros* y cuentan con la *Biblioteca de las bibliotecas...*

¿Ha de tomarse esto *ad-pedem literae* o como un mero simbolismo?. Lo primero en sí no tiene dificultad intrínseca para las artes de la Magia o gran ciencia, si se admiten, como la Maestra nos enseña, la existencia de Seres superiores y espirituales, que pudieran llamarse hiperdimensionales en el moderno lenguaje de las geometrías no euclídeas, Mahatmas, Genios o Jinas, de aquellos Centros, de cuyos poderes transcendentales tantas evidencias dan en la vida de la Maestra misma. El reunir todas y cada una de dichas obras les es un juego de niños mucho más fácil que le es el hacer sus colecciones al naturalista. Infinitamente *más en pequeño* lo hemos visto además acaecer en los tiempos modernos con las obras heterodoxas expurgadas por la Inquisición y aparentemente quemadas, mientras que en realidad iban unas tras otras a enriquecer el tesoro ocultista que yace en el Vaticano, fuera del alcance no sólo de los profanos sino hasta del conocimiento de papas poco o nada versados en las artes negras de un Hildebrando o de un Borgia, maestros del siniestro Ocultismo eclesiástico.

Las leyes de la *Luz astral* cabalística o del *Akasha* induista nos enseñan además que todo cuanto acontece en el mundo físico y aun nuestros pensamientos mismos actúan sobre la *Luz* y en ella imprimen de un modo indeleble su acción, a la manera de lo que acontece con la cámara fotográfica, la retina humana, el cilindro gramofónico o la clásica huella de nuestros pies en el suelo y de nuestros dedos en todo cuanto tocan para ser evidenciado luego al tenor de la ciencia dactilográfica. Semejante *Libro de la Vida o del Karma*, que se

dice llevado simbólicamente por los excelsos *Lipika* o «Kali-pi», (del Viejo Círculo de los Altos Devas), registra en verdad hasta los más nimios detalles de la vida, cuanto más las grandes obras del humano pensamiento y sus sublimes anhelos a los que llamamos «libros».

La Maestra, por otra parte, sigue en la *Introducción* dándonos preciosos detalles acerca de las *supuestas* destrucciones de las bibliotecas antiguas.

«Constantemente, dice, han afirmado las Escuelas Esotéricas o *Logias*, que desde la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, todas las obras que por su carácter hubieran podido conducir a los profanos al descubrimiento final y comprensión de algunos de los misterios de la Ciencia Sagrada han sido buscadas con diligencia por los esfuerzos combinados de los miembros de las Fraternidades, y una vez encontradas fueron todas destruidas, salvo tres ejemplares que fueron guardados cuidadosamente. En la India los últimos de estos inestimables manuscritos fueron guardados en sitio oculto durante el reinado de Mobar; y Max Müller declara que ni el soborno ni las amenazas de éste fueron capaces de arrancar a los brahmanes el texto original de los *Vedas*, no obstante lo cual se jacta en vano de que los orientistas europeos los poseen (*Introduction to the Science of Religion*, p. 23), cuando acaso el porvenir les reserve sorpresas deprimentes. Se añade asimismo que todos los dichos libros sagrados cuyo texto no está bastante velado por el simbolismo o que contienen referencias a los antiguos Misterios fueron cuidadosamente copiados en caracteres criptográficos capaces de desafiar al más hábil y destruidos después hasta el último ejemplar. Durante el reinado de Akbar, algunos cortesanos fanáticos, disgustados por la excesiva curiosidad del emperador respecto a las religiones de los infieles, ayudaron por sí mismos a los brahmanes a ocultar sus manuscritos. Uno de ellos fue Badaoni, quien escribe en su *Muntakhab at Tawarich* (obra secreta que no se publicó hasta el reinado de Jahangir):

«Como los shramanes y brahmanes sobrepujan a todos los sabios en sus tratados acerca de la moral, la religión y la física y alcanzan un altísimo grado en su conocimiento del porvenir, como en perfecciones y en poder espiritual, han presentado tales razones y testimonios e inculcado tan firmemente sus doctrinas, que ningún hombre podía ser capaz de dar lugar a que su Majestad dudase, aun cuando las montañas se convirtieran en polvo o se desgarrasen los cielos. S. M. se permitió investigar acerca de estos infieles cuyo número no puede ser contado y que poseen un sin fin de libros revelados».

¿Dónde y cómo se conservan estos libros?

En realidad, merced a la eterna ley de que nada se crea ni nada se destruye sino que simplemente se transforma apareciendo y desapareciendo cual nubecilla que se condensa y desvanece alternativamente sobre la altura, tales libros no han desaparecido porque su alma y casi siempre lo más esencial de su texto aparece en otros libros *filiales* sucesivos. Así, gracias a las desdichadas impugnaciones de los cristianos, como Orígenes contra Celso, se ha podido reconstruir lo más fundamental del texto del terrible libro de Celso, hoy ya perdido, contra el Cristianismo. Gracias también a un viejo palimpsesto medieval pudo reconstituirse todo el *Breviario de Aniano* o *Código hispano-romano de Alarico*.

Y cuando no es el texto en cuestión lo que así va desafiando los siglos, es la doctrina, alma del texto mismo, la que pasa de mente en mente y de libro en libro. Porque ¿no es, en efecto, una verdadera maravilla el que así nos hayan llegado a través de la noche del medioevo, las obras más preciadas de la antigüedad? ¡Cuántas además no habrán de

llegarnos en lo futuro cuando nos abran de par en par sus secretos las bibliotecas de Oriente, de la que continúa diciendo H. P. B.:

«En todas las grandes y ricas lamiserías existen criptas subterráneas y bibliotecas excavadas en las montañas por los Gonpa y Lhakhang. Más allá del Tsaydam occidental, en los solitarios pasos de Kuen-lun, existen varios de estos sitios ocultos. A lo largo de las cumbres de Altyn-tag, cuyo suelo no ha hollado jamás planta europea, existe una reducida aldea perdida en una profunda garganta. Es un pequeño grupo de casas, más bien que un monasterio, con un templo de miserable aspecto, y un lama anciano, un ermitaño que vive próximo a él para cuidarlo. Dicen los peregrinos que sus galerías y aposentos subterráneos contienen una colección de libros, cuyo número, según las cifras, no cabría en el Museo Británico. Según la misma tradición, las regiones hoy desoladas y áridas del Tarim, verdadero desierto en el corazón del Turkeistán, estaban cubiertas en la antigüedad de ricas y florecientes ciudades. Hoy sólo algunos oasis rompen la monotonía de su terrible soledad. Uno de estos, bajo cuya arena yace sepultada una ciudad enorme, no está habitado por nadie, pero es visitado con frecuencia por mogoles y budistas. La misma tradición habla allí de anchas galerías llenas de escrituras cuneiformes».

Estos misteriosos visitantes, a nuestro juicio, no son otros que los «todas», los «shamanos» y demás seres humanos quizá en su naturaleza, pero superhumanos en cuanto a su elevación intelectual y espiritual.

«Tales verdaderos *Bodhisattvas*, enseña la Maestra, son hermanos llenos de sabiduría» o Mahatmas, son «los *Yang-Chhub*, espíritus ya de perfecta sublimidad que ayudan e instruyen a los hombres elevados y a cuyo jefe supremo o Mahâ-Chohan, aluden en sus tristes burlas las *Memorias* del monge Della Penna citadas por Narkhan en su obra *El Tibet*, con cargo a las partes más exóticas o vulgares relatos del *Kiu-ti* popular ya dicho de los 35 volúmenes, únicos a los que pudo referirse, pues que ningún explorador occidental ni misionero cristiano jamás han tenido ni vislumbres de aquellos libros secretos. Ellos son, en fin, «los grandes Maestros de la Montaña Nevada» (o el Himalaya), únicos poseedores de aquel primitivo y verdadero Conocimiento, al que se refiere la obra *Avatumsaka Sûtra* cuando enseña que «debido a que, desde un principio, todas las criaturas conscientes repudiaron la Verdad y abrazaron el error, se creó el Oculto Conocimiento (o Conocimiento Iniciático) que en Oriente se llama *Alaya Vijñana* o *Gupta-Vidya*» y en Occidente Gnosis o Conocimiento. «Cuando Buda predicó en la India, y antes de que los mismos brahmanes se estableciesen en las orillas del Indo, ya dichos Maestros residían en las cuevas y demás lugares secretos donde ahora residen y de las que no se alejan sino para visitar brevemente las diversas lamiserías. Más de uno de estos ascetas y Brahmanes arios enseñaron a hombres de histórico renombre los puntos culminantes o fundamentales de su doctrina con la que éstos luego han deslumbrado al mundo. Por supuesto, sólo un estudiante muy adelantado puede sacar provecho alguno de la lectura de obras exóticas como dichos 35 volúmenes del Kiu-tí, pues nada son ellos sin las claves que proporcionan los dichos tomos *Comentarios*, a cuya cabeza figura el Libro de Dzyan, o bien con las que proporcionan otras obras relativamente modernas, tales como el *Cosmos* del bonzo budista Jin-chon, de Pekin, el *Shing Tan-hi* o «Memorias de la iluminación del Tathâgata», el *Hisai Sûtra* o «Libro de la Creación», etc».

Semejantes claves iniciáticas irán siendo conquistadas poco a poco por la Humanidad, así que vuelva confiada los ojos hacia el pasado sabio y su primitiva Religión-

Sabiduría y se esfuerce por asimilársela en un verdadero y único culto por la Naturaleza: la Sagrada *Vaca*, *Io* o *Isis*, la *Gran Madre* de todo cuanto existe, y por el Supremo Espíritu o *Sol* que a la Naturaleza fecunda y anima. De aquí el que la Introducción continúe diciéndonos:

«Los estudios de Filología Comparada y de Ciencia de las religiones han hecho comprender a los orientalistas que un incalculable número de manuscritos y aun impresos que se sabe han existido, no se encuentran en la actualidad, ni han dejado rastro. La mayor parte de ellos contenían las verdaderas claves de obras existentes en la actualidad y que son enteramente incomprensibles para casi todos sus lectores sin aquellos volúmenes adicionales de comentarios».

«Tal sucede, por ejemplo, con las obras de Lao-tse, el predecesor de Confucio. Se dice de él que escribió 930 libros sobre ética y religión y 70 sobre magia, o sea *un millar*. Su gran obra el *Tao-ti-king*, el corazón de su doctrina y la escritura sagrada del *Tao-tsi* contiene, como demuestra Estanislao Julien, unas cinco mil palabras en una docena escasa de páginas. Sin embargo, el profesor Max Müller encuentra que el texto es ininteligible sin comentarios, de tal modo que Julien tuvo que consultar a más de 60 comentadores con motivo de su traducción, el más antiguo de ellos del año 163 antes de J. C. Además durante los cuatro y medio siglos que a éste precedieron hubo tiempo más que suficiente para ocultar la verdadera doctrina de Lao-tse a los no iniciados. Los japoneses, entre los que se encuentran hoy los más sabios sacerdotes y secuaces de Lao-tse, se ríen ante los disparates de los eruditos en el chino, y la tradición afirma que los comentarios que nuestros sinólogos han consultado no son los verdaderos documentos ocultos, sino de intencionados velos, pues que los textos y verdaderos comentarios hace tiempo que se perdieron para los profanos. El profesor Max Müller confiesa que el confucianismo está fundado en los cinco *King* y en los cuatro *Slur*, en sí mismos de extensión considerable, acompañados de comentarios voluminosos sin los cuales ni aun los más eruditos pueden aventurarse en las profundidades de canon sagrado, como lo deploró en París en 1881 uno de los más sabios de aquellos».

«En cuanto a Caldea: ¿Qué es lo que encuentran nuestros eruditos en las escrituras caldeas, las hermanas mayores y maestras ya que no el origen de la Biblia mosaica en que se apoya el cristianismo?. ¿Qué queda tampoco, de las antiguas religiones babilónicas, de los vastos ciclos de observaciones astronómicas de los magos caldaicos para que podamos envanecernos de conocer su literatura espléndida y eminentemente oculta?. Solamente unos míseros fragmentos que, *según se dice*, son de Beroso, fragmentos falsificados además por Eusebio, obispo de Cesárea».

«Beroso, sacerdote de Belo, apoyándose en los anales astronómicos conservados durante 200,000 años por los sacerdotes de aquel tiempo, escribió para ilustración de Alejandro, una obra que se ha perdido. Alejandro Polyhistor en el siglo I hizo unos extractos de ella, hoy perdidos también, y sobre los que Eusebio (270 - 340) se apoyó para escribir su *Chronicon*. La casi identidad entre las Escrituras hebreas y caldeas (demostrada hoy por George Smith en su *Chaldean Account of Génesis*), convertían a estas últimas en un verdadero peligro para las absurdas cronologías de la nueva fe, por lo cual es casi seguro que Eusebio no las perdonó, como tampoco a las tablas sincrónicas egipcias de Manetton, hoy estudiadas por Bunsen en su *Egypt's Place in History*, quien le acusa a Eusebio precisamente de ésta y otras desvergonzadas mutilaciones, no menos que ya en el siglo VIII

le acusó Sincello vice- patriarca de Constantinopla».

«Con excepción, pues, de los tan sospechosos fragmentos de Beroso, toda la literatura sagrada de los caldeos ha desaparecido de la vista de los profanos tan por completo como la Atlántida». (2).

«Sólo unos pocos hechos de aquellos, sin embargo, arrojan una gran luz acerca de los Ángeles caídos, es decir, de Bel y del Dragón».

Seguidamente nos dice la Maestra lo siguiente acerca del Budismo:

«No obstante los 325, o mejor dicho, los 333 volúmenes del *Kanjur* y del *Tanjur* de los budistas del Norte, cada uno de cuales volúmenes se dice pesan dos kilos, nada se conoce del verdadero lamaísmo. Spencer Hardy en su *The leyends and theories of the Buddhistes* dice que el canon sagrado de éstos contiene más de 29 millones de letras, o sea, prescindiendo de comentarios, cinco o seis veces el texto de la Biblia que, según Max Müller, tan sólo contiene 3.567.180 letras. Las versiones de aquellos dos libros, dice E. Schlangintweit en su *Buddhisme in Tibet*, distan enormemente de ser correctas».

«Teniendo en la reverencia que los budistas tienen por toda línea escrita acerca del Buda y de su Ley, la pérdida de cerca de 76.000 tratados de los 80 u 84 mil que comprende el canon budista, resulta poco creíble (J. Edkins *Chinese Buddhisme*). Tales textos están perdidos para Occidente porque los pueblos asiáticos poseen la no igualada entereza de conservar sus más sagrados anales fuera del alcance de la profanación europea».

«Los Arhates budistas, según Lassen (*Ind. Althersumkunde*, 11, 1072), comenzaron su éxodo con el fin de propagar la nueva fe más allá de Cachimira y de los Himalayas en el año 300 antes de J. C, y llegaron a China el 61 de nuestra Era cuando Kashyapa, invitado por el emperador Ming-ti fue allá para enseñar al «Hijo del Cielo», los dogmas del budismo».

«Un eminente sacerdote cingalés aseguró a la autora que era bien sabido que los principales tratados budistas del canon sagrado *permanecían guardados en países y lugares inaccesibles a los eruditos europeos*, y lo mismo declaró respecto a las antiguas obras brahmánicas el sanscritista más insigne de la época, el svâmi Dayanand Sarasvati, quien se rió del dicho de Max Müller relativo a que era hoy poco defendible la teoría de que ha existido una revelación sobrenatural y primitiva hecha a los patriarcas de la raza humana. «Si Max Müller fuese brahmán — dijo — podría yo llevarle a una cripta o *gupta* cerca de *Okhee-Math* en los Himalayas y allí vería que los que han cruzado las negras aguas del Kâlapani (o el Océano), han sido sólo fragmentos de copias desechadas, relativos a algunos pasajes tomados de nuestros libros sagrados. *Ha existido una revelación primitiva y se conserva todavía: ella, lejos de perderse para el mundo, reaparecerá en el día oportuno*, aunque, por supuesto, los mlechchhas (europeos) tendrán que aguardar aún».

Este «reaparecerán en día oportuno» es toda una revelación consoladora, dotada para nosotros de una evidencia matemática, porque, dentro de la ley teosófica de la analogía o «clave de Hermes» de que «lo que está arriba es como lo que está abajo» y que lo grande sigue las mismas leyes que lo pequeño, nada tiene de extraño que acontezca para la Humanidad en conjunto lo que a diario vemos que suele acontecer con cada uno de nosotros, corroborando el dicho de Cicerón de que todo en el mundo, aun lo que parece más adverso, sucede para nuestro bien. Haga en efecto, cada cual un examen de conciencia y verá que a lo largo de su vida siempre se le ha presentado casualmente el libro que debería leer, como si un Poder superior o «Providencia» que en el fondo no es sino la *ley kármica*

*de la causalidad*, se hubiese encargado de proporcionárselo.

Nuestra experiencia personal cuenta con infinitos casos de esto. Mil veces en el curso de nuestros bien intencionados libros ha venido en la ocasión oportuna el tomo anhelado, el recorte de periódico o la conversación adecuada a la finalidad en aquellos perseguida, sin que nuestra voluntad consciente haya puesto para ello ninguna diligencia concreta, fuera del vago e inconsciente anhelo de aportar al acervo social una enseñanza y una ayuda para los hombres. Noventa y nueve veces de cada ciento, la ayuda ha venido por si sola, con arreglo a la doctrina evangélica «¡pedid, y se os dará; buscad y hallaréis!», aforismo que en religión comparada resulta equivalente a la «invocación a las musas» de los poetas paganos, porque todo en el Cosmos es según una ley de sexualidad trascendente (clave inferior de las siete del Misterio), que precisa para la Manifestación, Verbo o Logos, de algo fecundable, que es nuestra mente, y de algo fecundador, que es el descenso sobre ella del Divino Espíritu, en términos del alto simbolismo religioso.

Vendrán, pues, a su tiempo debido los libros instructores, como a su tiempo debido vienen también los propios Instructores, y esta «promesa» es tan antigua como el mundo mismo, en el que la Humanidad se ha debatido siempre entre el dolor de una pobre realidad presente de míseros caídos (símbolo de *Prometeo*) y de una idealidad de consoladoras esperanzas (símbolo de *Epimeteo*) idealidades que tarde o temprano han de realizarse todas. (3).

Entretanto, pues, que vienen las nuevas revelaciones y los nuevos libros reveladores, estudiemos con creciente fervor los libros antiguos, base de todas las religiones que han acabado por no comprenderlos, ya que no por olvidarlos, como olvidado tiene el catolicismo actual el puro y teosófico libro de *Los Evangelios*. El problema de la felicidad actual, y sobre todo el de nuestra felicidad allende la tumba, se cifra por completo en ello, ya que este mundo en sus contrasentidos, aberraciones y absurdos es inexplicable sin un mundo pasado y un mundo futuro, o, como diría *Allán Kardec*, sin un ayer de la cuna y un mañana del sepulcro.

## NOTAS AL CAPÍTULO PRELIMINAR

(1) La simple inspección de un mapa-mundi o de una esfera terrestre evidencia que, de la meseta de Pamir, irradian en cuatro direcciones las alineaciones de las grandes cordilleras del planeta, formando una como pirámide truncada (pirámide de iniciática en la que la humanidad desarrolla su vida), a saber: las que se dirigen al S. E. (Himalaya, montañas de la Indo-China, hasta Malaca y aun Australia y Nueva Zelanda); las del S. O. (Paropamisos, Sur de la Persia, Arabia, Abisinia, el Ruvenzori, hasta el cabo de Buena Esperanza); las del N. O. (montañas de Persia, Cáucaso, Cárpatos, Alpes y Pirineos hasta Finisterre) y las de N. E. (montes Tian-Chan, Stanovoy y Iablokoi, hasta el estrecho de Bering, prolongándose luego por las tres Américas hasta el cabo de Hornos). La pirámide egipcia e iniciática, como las de México, eran meros remedos de esta orográfica disposición. Las alineaciones de las montañas del casquete boreal demarcan otra más antigua con el centro en el Polo Norte, de las que no nos podemos ocupar.

(2) Pero su gran tesoro, decimos nosotros, se conserva de un modo tan salvador como maravilloso en la iniciación matemática que desde los tiempos del Maestro Pitágoras, late ocultamente en las mentes de los grandes pensadores europeos. Este tesoro tiene una palabra mágica de clave reveladora la palabra *Chalchis*, *Calcis*, o *Kalkas*, palabra que es algo así como la también mágica de *It* o *Ti* para chinos, japoneses, mexicanos y demás pueblos anteriores a los *kalkas*, *celtas* o *caldeos*, palabra, en fin, merecedora de una larga nota ya que no de un grueso libro.

(3) A esta doctrina tradicional de las edades, no le corresponde un título mejor que el de *Mesianismo* o «doctrina de los enviados» (hombres o libros) y no hay país ni tiempo en que no reaparezca. «Siempre que el mundo decae en religiosidad o idealidad, yo me manifiesto», dice el Buddha. «Las cadenas que aherrojan al mártir Prometeo, serán rotas por Epimeteo, el hijo amado de un padre enemigo», canta en inimitables versos griegos el *Prometeo* de Esquilo. *Parsifal*, el puro, el ungido, el enviado, salvará de su decadencia al Santo Grial en todos los mitos nórdicos y caballerescos que culminan en el *Parsifal* de Wagner. Los hebreos esperan un Mesías desde luengos siglos ha, Mesías que para los cristianos ya vino, y una dulce lady Stagnope del *Viaje a Oriente* es presentada por el clásico francés esperando a dicho Mesías en plena edad moderna con la burrita ricamente enjaezada que él había de montar, esperando, decimos, con la misma noble ilusión con que se esperó también en tiempos de Fernando IV de Castilla otro Mesías que vino en forma de Literatura Caballeresca, no en forma de instructor alguno, o de la fe con que algunos teósofos de la llamada *Orden de la Estrella de Oriente* (institución completamente distinta de la Sociedad Teosófica, pues que ésta se consagra al estudio crítico de las religiones y de las ciencias comparadas, no a su práctica devota) esperan la llegada de un Instructor nuevo de la Doctrina Eterna en que brillaron los Instructores del pasado, ninguno de los cuales fundó, como se dice, religión alguna, limitándose sólo a dar enseñanzas científicas de la



Sabiduría Primitiva, que cayeron luego en forma degenerada o religiosa en manos de sus menos documentados discípulos, ganando en prosélitos lo que perdía en su concepción originaria de doctrina de síntesis, doctrina *blanca*, que luego se coloreaba en manos de los sucesores en los tonos ora claros, ora grises y sombríos de los que desaprensivos la explotaron acaso.

El «Mesianismo», característico de los países semitas, llámense griegos o modernos, es un algo fundado en la realidad de la historia ya que «de arriba» nunca nos dejan solos nuestros «padres» o «jinas» cariñosos, pero no se puede abusar de él, como no se debe abusar de las medicinas heroicas, porque, exagerado, conduce al fatalismo, a la esterilidad y a la abulia, como quizá nos esté aconteciendo ya a los teósofos, al olvidar que tenemos que recorrer por nuestro propio esfuerzo heroico la mitad por lo menos del Sendero que hacia Ellos conduce y que en la eterna ley de los contrarios filosóficos, tenemos que combinar la acción energética con la esperanza inerte y enervadora; la fiereza guerrera con la mansedumbre; la humildad, con la dignidad espléndidamente soberbia del que se halla consciente de su misión de lucha y de esfuerzo en el mundo, y, en una palabra, todas las virtudes enervantes y discutibles, o al menos, mal comprendidas de las diferentes sectas cristianas, con la energética maravillosa y genuinamente aria del incomprendido y glorioso Paganismo primitivo, no del decadente y vicioso que en Grecia y Roma agonizó.

Por supuesto que esta doctrina nuestra es para los pocos que aun comprenden bien el espíritu librepensador, super-religioso y hasta masónico que animó a los fundadores de la Sociedad Teosófica tan en peligro hoy de esterilidad por mezclarse en pequeñeces pseudoreligiosas de esta o la otra religión positiva nueva o vieja, *no del estudio crítico de todas ellas* como otros tantos velos que ellas son de la primitiva Religión de la Ciencia, hoy perdida.

## CAPÍTULO I

### LA HUMANIDAD PRIMITIVA Y SUS PADRES O “PITRIS”

*Las estrellas y el Espíritu del Hombre. — La sublime enseñanza de Plutarco sobre el Sol, la Luna, la Tierra y el Hombre. — Cadenas planetarias, Globos, Rondas y Razas. — La cuarta Ronda actual y los Pitris Lunares. — Los Pitris Solares y Venustos. — La raza tercera. — ¡Padres y Maestros!. — Los dones que debemos a los Instructores primeros. — Mente, sexo y responsabilidad. — La diosa Isis o la Luna «Virgen primitiva». — Verdadero significado de la Palabra «deva» o «dios». — Más interesantes detalles sobre estos particulares fundamentalísimos.*

Un Comentario antiguo de las *Estancias de Dzyan* citado en *La D. S.* dice que «la doctrina de quienes afirman que mientras el hombre desarrolla aquí abajo en la tierra su vida física, su espíritu está en las estrellas, es una enseñanza perfectamente ocultista».

En efecto, las mónadas humanas como enseña Plutarco (1) vienen del Sol, la estrella de nuestro sistema, y al Sol vuelven tras cada encarnación terrestre, a guisa de verdaderos cometas; pero, dentro de la ley serial y teosófica de las analogías, aquellas reencarnan sucesivamente en el planeta Tierra que tiene su Espíritu Planetario el cual está sometido a su vez a un ciclo inmensamente más amplio de reencarnaciones, ciclo resumido en la doctrina oriental llamada de las Cadenas, los Globos, las Rondas, las Razas y las Subrazas, como unidades septesimales de diferentes órdenes que diría un matemático. Por eso, la historia de la Tierra y de la Humanidad con sus múltiples religiones, son una cosa misma en el fondo, y todo estudio de estas últimas debe partir de un correcto conocimiento de aquélla.

El destino y la vida de la Tierra como astro del sistema solar está esencialmente ligado, eslabonado o encadenado con el de los demás planetas vecinos, y por esto se dice en las enseñanzas ocultas que aquélla en su vida planetaria constituye la *Cuarta Cadena* en unión de otras seis cadenas más de otros tantos astros similares que en nuestra opinión corresponden a su vez al desaparecido planeta de entre Marte y Júpiter, a Marte, a la Luna, a la Tierra, a Venus, a Mercurio y a un planeta futuro. (En nuestro libro *Evolution solaire et séries astro-chimiques*, está ampliamente desarrollado este tema con datos astronómicos occidentales).

Todo lo terrestre, pues, pertenece a esta planetaria «Cadena», síntesis en la que ello está compendiado como en un sistema numérico. De tal sistema o concepción la «Cadena» es como la unidad de millar de un sistema septesimal; el «Globo», es como la centena, la «Ronda», como la decena, la Raza, como la unidad, y las Subrazas, tribus, familias, etc.,

hasta llegar a los individuos, son como unidades decimales de diferentes órdenes en un sistema de numeración indefinido.

El cuarto «Globo» que es nuestra Tierra, ha desarrollado ya tres «Rondas» o ciclos de vida completos, y por cierto de vidas puramente terrestres según enseña la Doctrina tradicional de Oriente, y al comenzar su cuarta Ronda actual, recibió ya gérmenes vitales de su planeta antecesor y vecino, que es la Luna. A la cabeza de tales elementos, una Humanidad Celeste, la de los Pitris o «Padres» lunares, descendió a la «Isla Sagrada», o región del Polo Norte de la Tierra, donde estableció su morada en un continente paradisíaco, cantado como «Isla Blanca» en diferentes teogonías. Éste gozaba de un clima tropical del que aún quedan testimonios geológicos, porque probablemente entonces el eje de la Tierra estaba orientado de otro modo que hoy, o acaso la Tierra presentaba entonces al Sol una misma cara como se la presenta a ella la Luna y con su centro de iluminación en el Polo Norte, o sea, en términos astronómicos, que el eje de rotación de la Tierra coincidía con el plano de la eclíptica. Semejantes pitris lunares por un desdoblamiento astral, en algún modo semejante al desdoble del fantasma espiritista de un médium capaz de tales fenómenos (el clásico de Miss Cook y Katie-King, por ejemplo), dio lugar a la segunda raza de hombres (en realidad la primera, si no se cuentan como *hombres* ellos), los cuales carecían originariamente de sexo (reyes de Edóm de la Biblia), pero lo fueron adquiriendo con la evolución ulterior, pasando, como las flores, por una larga etapa de doble sexo, o androginismo. Su continente originario y tropical lo fue la actual zona boreal de la Tierra, donde la orografía todavía nos presenta montañas orientadas de Sur a Norte, amén de los terrenos más antiguos del planeta. Este continente, sepultado en parte, quedó a modo de diadema o herradura sobre el continente lemuriano o de la Raza Tercera que se alzó después en lo que hoy es Océano Pacífico, raza dotada ya, por decirlo así, de un «polo» positivo o de la mente, de un «polo» negativo o del sexo, y de un «ecuador» o «balanza» llamado a mantener con la responsabilidad consciente ya, el equilibrio del sexo y de la mente.

Pero así como los Hombres de la Raza primera fueron auspiciados y dirigidos por Padres o Maestros lunares (*Pitris Barishad*, de los Vedas); los de la segunda lo fueron por seres aún más superiores, por *Pitris* solares y luminosos o *Agniswatta*, y los de la tercera, en fin, por *Pitris Makaras*, o *Am-karas* (Manús, o «de la letra M.»), que se sacrificaron dándonos la Mente, el Fuego divino del Pensamiento, a guisa de efectivos Prometeos, y *cayendo en nosotros*, en nuestras limitaciones físicas, más que cayendo con nosotros, como en una tristísima cárcel, mundo inferior o *infierno*, al tenor de la más estricta etimología, cosa conservada en las religiones como *Caída de los Ángeles*, aunque desvirtuándola de un modo horrible, según a su tiempo veremos. Annie Besant tiene sobre esto una linda obra, la de *La Genealogía del Hombre*, inspirada en la de la Maestra H. P. B.

Aconteció en suma a la Humanidad como conjunto y ello no podría ser de otro modo dentro de la citada ley teosófica de la analogía, lo que nos acontece a todos y a cada uno de nosotros, a saber: que somos engendrados y alimentados físicamente en el hogar de nuestro nacimiento por nuestros padres físicos (primer período o *raza*); que luego somos educados en la escuela, por esos efectivos padres morales que se llaman maestros (segunda *raza* o período), y que, en fin, cuando alcanzamos la cima evolutiva como hombres llamados a cumplir una social misión, tercer período, tomamos por norte y guía a un Maestro del Ideal, que por sus obras, a distancia a veces hasta de muchos siglos, y

seguramente por sí propio de conformidad con las leyes trascendentes del Ocultismo, no sólo nos guía sino que, renunciador y abnegado, nos da su propia mente, razón por la cual en múltiples ocasiones aun el estilo mismo del discípulo sale teñido por el del Maestro, que es lo que constituye las características de las escuelas en religión, arte o ciencia. Una vez en posesión de estos tres grados evolutivos, el aprendiz o *chela* ya tiene responsabilidad consciente como la tuvieron ya también los hombres de la raza tercera; los primeros que contaron como va dicho con mente, con responsabilidad y con sexo.

A partir, pues, de la Tercera Raza empezó, a bien decir, la historia física de la Humanidad, porque los seres de dicha raza tenían todas las características generales con que contamos hoy, a saber: una razón, aunque juvenil e incipiente (polo positivo del organismo); un sexo (polo negativo), que empezaba a ser su cruz para acabar siendo su glorificación con el triunfo sobre el mismo, y una noción de responsabilidad o de equilibrio entre los postulados de la razón o mente y las exigencias del sexo, constituyendo algo así como el fiel de la balanza entre la vida física o material, por el sexo continuada, y la vida intelectual característica del *manú*, pensador u hombre. El continente donde esta raza se desarrolló fue el llamado de la Lemuria en lo que es hoy próximamente Océano Pacífico, estando de acuerdo sobre este continente las conclusiones de Darwin, Lamark y Russell Wallace con las de La D. S. El continente anterior o «hiperbóreo» continuó aún existiendo en forma de herradura o corona, tal y como nos lo muestra hoy la Geología en los terrenos llamados primarios (laurentino, siluriano, devoniano, etc.). Un texto muy interesante sobre estos particulares, a más del consabido de La D. S., es el de Scott Elliot que lleva el título de *La Perdida Lemuria*, si bien como inspirado en meras «videncias de la luz astral», o «iluminismo» como el de Swedemborg y de tantos otros ilustres teósofos modernos, carezca de valor para el presente positivismo científico.

De la venida a la Tierra de aquellos Instructores o Pitris solares y venustos hay un recuerdo tradicional en todas las teogonias y además huellas históricas e indelebles, a saber: a) en el descubrimiento del fuego; b) en la concesión por los Instructores de un lenguaje superior al de los animales; c) en el otorgamiento de los principios troncales del Arte y de la Ciencia (leyendas de los cantos del Moisés hebreo y el Muisca mexicano, heredados luego por bardos y profetas en todos los países; *mantrants* mágicos que pasaron más tarde a los Vedas; flauta de Pan, lira de Apolo, canon arquitectural de proporción, etc.), y por otro lado, concesión de las siete primeras «máquinas» que se dice en mecánica: rueda, polea, plano inclinado, palanca, balanza, tornillo y péndulo (2); d) en unas enseñanzas religiosas trascendentes, no en el sentido de adoración y aun de ciego fanatismo en que la religión se ha tomado después merced a sacerdotes o magos negros explotadores, sino en el etimológico con que luego lo vemos en la lengua latina de *ligo*, *ligare*, *ligar* y *religo*, *religas*, *religare*, ligar dos veces, porque a más del vínculo filial con que la naciente humanidad estaba ligada con aquellos Padres o Pitris, surgía la ligadura kármica y moral de la gratitud para con sus imponderables beneficios.

La Naturaleza, la Luna con su hija la Tierra, la *Isis* celeste, terrestre e infernal o triple *diosa*, la Virgen Primitiva a la que no toca ningún astro, pero que es al par Madre de todos los seres bajo los efluvios vitales fecundantes del Padre-Sol «Santo Espíritu», que «penetran en ella sin romperla ni mancharla», deparó un marco adecuado para aquella primitiva e inenarrable felicidad humana, Edad de oro, sólo comparable, dentro de la ley teosófica de la analogía, con las primeras edades de cada uno de nosotros cobijados

dulcemente bajo el casto y bendito hogar donde nuestros padres, sus *creadores*, han oficiado de augustos y efectivos dioses, ya que la palabra «dios» en su genuino sentido etimológico, no es sino la de «theos», «zeus» o «dhyans» que es, en suma, la sánscrita de «deva» o «brillante», de la raíz «div», brillar, razón por la cual todo lo «brillante» o superior es esencialmente «divino» en series indefinidas.

La actuación tutelar, pues, de aquellos Padres de la Humanidad primitiva se operó en el ámbito de un verdadero paraíso: el «Paraíso Terrenal» que aparece al comienzo de todas las teogonías y especialmente de la mosaica cuando se sabe leer entre líneas en el simbolismo de los primeros capítulos del *Génesis*. En este libro sagrado, en efecto, vemos, según la admirable exégesis blavatsquiiana, al Principio Emanador del Cosmos (3) y a sus Operadores los Elohim o Helio-jinas, — la Hueste de los Dhyanis Solares de los que habla el *Libro de Dzryan* o de *Dhyan* —, formando al Adán primero y bisexuado y colocándolo en un Paraíso de delicias, feliz pero irresponsable todavía por carecer de mente aún como va dicho, a la manera como felices, irresponsables y sin mente se desarrollan nuestros primeros años infantiles en el hogar de nuestros padres, porque la ley teosófica de la analogía tantas veces repetida, establece un paralelo perfecto entre las «edades terrestres» de la Humanidad y las edades de cada uno de los hombres, paralelo más filosófico y amplio que el científico entre la filogenia y la ontogenia.

Dentro siempre del repetido paralelo y gracias a estas enseñanzas arcaicas, vemos desenvolverse a la Humanidad en el transcurso de los cinco millones de años que se dicen transcurridos desde entonces ni más ni menos que nos hemos ido desarrollando cada uno de nosotros a lo largo de nuestras edades respectivas, a saber: una Edad de oro o infancia en el paraíso u hogar de nuestros padres, sin mente, sin responsabilidad y sin sexo activo; una Edad de plata o adolescencia en la que dichos tres elementos genuinamente humanos empezaron a desenvolverse; una Edad de cobre o juventud en que desenvueltos ya plenamente los repetidos elementos de nuestra personal independencia establecen el tránsito a la última edad, la Edad de hierro o de la virilidad en la que se opera la emancipación definitiva, y en la que el hombre a guisa de «cometa» fugitivo o peregrino (4) pasa a otras regiones físicas y morales más o menos alejadas del hogar de su nacimiento, para ser, a su vez, centro de un hogar futuro que sirva de paraíso y de edad de oro a los nuevos seres que a él han de venir por la triple acción del sexo, de la responsabilidad y de la mente de sus progenitores, estableciéndose así la continuidad del Amor y de la Vida que vence siempre a las limitaciones y a la Muerte.

Este último extremo se halla determinado también en el *Génesis* cuando es leído esotéricamente, pues que Jehovah — uno de los Elohim: el Padre-Madre físico según el simbolismo de sus cuatro letras componentes de *iod-he-vau-he* — separa al primitivo Adán andrógino o sin sexo, en macho y hembra; con lo que quedaba asegurada físicamente la continuidad material de la especie, pero no la continuidad mental por cuanto ellos no habían comido aun de la «Fruta del Árbol de la Ciencia», es decir, no habían gustado todavía las delicias y las amarguras del Pensamiento, don excelso de dioses, otorgado al hombre-animal por Prometeo, «el que ve y percibe», en el mito griego; por Logo, en el mito nórdico y por Lucifer o Phosphoros, «el portador de la antorcha de Luz», por otro nombre *Sat-anas*, «el espíritu manifestado en las Aguas de la Vida», del mito mosaico; por Ur-anas (Urano, el cielo) y también Sat-ur-anas (Saturno) en otros mitos acadio caldeos que

corrompidísimos en forma y fondo nos han sido transmitidos en los últimos días del Paganismo.

Pero adquirir la razón equivalía para la primera y simbólica pareja humana a adquirir la emancipación y la responsabilidad, acto de lógica «rebeldía» en un todo semejante a la «rebeldía» con que rompemos con el viejo hogar del nacimiento para constituir otro nuevo, y esto está representado en la expulsión del paraíso decretada por Jehovah contra ellos al par que los «condenaba» a comer el pan con el sudor de sus frentes y a criar sus hijos, cruz que es la base gloriosa de nuestra redención y emancipación. El otorgador de semejante don de independencia humana por encima del gregario espíritu animal nunca es, en efecto, el Padre, cuya dicha egoísta sería la de mantener al hijo en inocente estado bajo su férula protectora, sino el Maestro, el padre moral siempre por encima del padre físico, aunque ambas misiones sucesivas caractericen a los verdaderos padres, para acabar en la de hermanos y de amigos, como reza el Código de una moderna institución iniciática harto conocida.

La analogía sigue de un modo admirable a lo largo de esta sumaria historia que vamos haciendo de las primeras edades terrestres del hombre físico, porque dotados ya los lémures de una amplísima civilización (de la que aún quedan huellas en ciertos sitios tales como en el templo de Bamián y en la Isla de Pascua en el Pacífico, gracias a la tutela protectora de aquellos Instructores o Reyes divinos, de otros planetas venidos), transmitieron su civilización a un nuevo pueblo: el de la Raza Cuarta que empezó a desarrollarse en el ambiente de la Atlántida cuando aquel llegaba a su apoteosis y que alcanzó, se dice en la Doctrina Arcaica conservada por la Iniciación, un grado tal de cultura que superó a la nuestra actual en muchos órdenes de la vida. En otros términos: la púber Atlántida sustituyó a la impúber Lemuria; y aquellos Instructores divinos, con el prudente tacto emancipador de todos los padres para con sus hijos, fuéronse alejando física ya que no intelectual y espiritualmente de los hombres, entregándolos a su plena responsabilidad, karma o destino, mientras pasaban acaso Ellos, terminada su misión aquí abajo, a esferas más excelsas de actividad y de poder, para nosotros desconocidas, y se dice que eran tales entonces las juveniles facultades atlantes, en plena actividad aún «el tercer ojo de la intuición o mente superior», que su vista y su inteligencia eran indefinidas. ¡Tal salimos nosotros también del hogar paterno cuando nos lanzamos henchidos de vanidad y de energías a la lucha de la Vida!

Pero ¡ay!, que semejantes vanidades juveniles pagarse suelen caras las más de las veces, porque olvidando las enseñanzas paternas, hijas de los dolores y experiencias de nuestros predecesores, nos lanzamos locos a peligrosísimas experiencias, y faltos de fe en el dicho de aquéllos, queremos ver por nosotros mismos con aquel «*experimentum periculosum*» de que hablaron los clásicos. Y esto, que nos acontece más o menos a todos, acaeció también al pueblo atlante, el cual en la cumbre de su poderío científico, se adentró por el campo de la Magna Ciencia superhominal, por otro nombre Magia, ciencia de doble filo que, cual los ácidos más enérgicos de la Química, si bien llegan a producir las más poderosas reacciones, pueden también atacar corrosivamente la vasija que los contiene a la menor debilidad o resquebrajadura que presente la misma. ¡Y la vasija atlante saltó: quiero decir que acarrió para muchos de aquellos seres la ruina total así que emplearon la Gran Ciencia para sus particulares egoísmos, si bien otra parte del pueblo de la Cuarta Raza, siguiendo fiel las enseñanzas de los Instructores, continuó las glorias primitivas,

constituyendo el *Pueblo Elegido* como semilla para la Quinta Raza Raíz, o sea nuestra raza actual, en el seno del nuevo continente que, nacido se nos dice hace próximamente un millón de años cuando la Atlántida llegaba a su plena florescencia y la Lemuria moría, acogió en su seno esa Semilla de bendición y de continuidad, por los mismos días en que la Atlántida, en karma de sus maldades, era sepultada en las aguas del mar como se recuerda por todas las tradiciones religiosas occidentales que hablan veladamente de dicha sumersión o Diluvio!. ¿No acontece igual a diario entre la pléyade de jóvenes lanzados al mundo, y de la cual una parte sucumbe al embate de los vicios, mientras otra parte triunfa constituyendo el germen de los hogares futuros?.

No vamos a hablar aquí de la caída de la Atlántida, cuya tradición se conserva en tantos países bajo el mítico relato del Diluvio Universal, sino de sus consecuencias, admirablemente expuestas en el 2.º tomo de la *D. S.*, a saber : la división de la primitiva Magia atlante en dos Senderos : el de los Iniciados, o de la Diestra, y el de los Sacerdotes, o de la Siniestra. Aquellos crearon los Misterios secretos; éstos, las Religiones y sus templos, en los que la doctrina tradicional, claramente enseñada en dichos Misterios, era velada aquí bajo el mito y la alegoría que son propios de todas las enseñanzas religiosas dadas para el vulgo de los mortales, al tenor de la distinción que taxativamente establece el propio Jesús en el capítulo XIII del Evangelio de San Mateo y IV de San Marcos.

Una dolorosísima realidad vino, desde entonces hasta nuestros días, a pesar como losa de plomo sobre la humanidad sucesora del pueblo sumergido: la coexistencia de una doctrina secreta, sapientísima, tradicional y sólo comunicable bajo símbolo en los Misterios iniciáticos, o sea *la doctrina esotérica, la íntima doctrina del corazón*, con otra doctrina pública, vulgar, dada como pasto material a la grey de los eternos ciegos espirituales en múltiples religiones que se han ido sucediendo desde entonces sobre la faz de la tierra, *doctrina exotérica del ojo, de la letra que mata*, fábula, en fin, sin otra realidad que la de la verdad primitiva, subyacente, oculta por ella bajo el isíaco Velo. »Al vulgo, dice el citado texto (vv. 13 y 14), le predico en fábula o parábolas, para que viendo, no vea, y oyendo, no entienda; pero a vosotros, mis discípulos elegidos, os hablo claramente de los verdaderos misterios del Reino de los Cielos»; doctrina que dentro de la absoluta unidad iniciática a través de todos los tiempos y países, no era otra, *literalmente*, que la de los Misterios de Eleusis, Samotracia Mithra, etc., según se demuestra en el tomo *Religión de Isis sin Velo*; misterios sobre los que Annie Besant nos ha dejado la hermosa página que sigue:

«En otros tiempos existían muchas escuelas preparatorias de los Misterios de grado inferior, que gradualmente disponían a los neófitos para los Misterios superiores, y algunas de estas instituciones aún hoy día existen. Siempre se encuentran escuelas ocultas diseminadas por nuestro Globo, y todas ven únicamente el fin de sus aspiraciones en la Gran Fraternidad Blanca. Estas escuelas marchan en muy distintas direcciones, siguiendo cada una la vía por que fue orientada en otros tiempos. Difieren en sus características, en sus métodos y maneras de instruir, pero todas se dan cuenta de que preparan a los candidatos para los verdaderos Misterios, presididos por la Gran jerarquía. Y si nos remontamos al pasado, vemos que era efectivamente conocida la existencia de los Misterios menores, si bien sus métodos de enseñanza permanecían ocultos. Encontramos, por ejemplo, que en la evolución de las religiones, hubo un estado en que los discípulos no pudieron ya dejar a voluntad su cuerpo físico para acudir al Templo de los Misterios, único lugar donde podía conferirse la gran Iniciación».

«Puede que alguno de vosotros sepa que en comunicación con las Pirámides de Egipto había cámaras de iniciación desprovistas de puertas, porque el no destinado a entrar no podía pasar a través del muro que rodeaba el Templo, y aquellos que podían a voluntad dejar el cuerpo físico no tenían necesidad de puertas, porque únicamente el cuerpo sutil llegaba a presencia de los Hierofantes de los Misterios. Por la misma causa existen aún en Irlanda antiguas torres que han preocupado mucho a los arqueólogos, porque no tienen abertura alguna de entrada. Las puertas son, en efecto, inútiles para el hombre que sabe utilizar sus cuerpos sutiles, porque no hay muros que lo detengan ni puertas que se le cierren. Nada hay que pueda impedirle ir donde desee, nada en esta tierra que pueda levantarse como barrera a su paso. Así es que en los Misterios de tiempos pasados, tanto superiores como inferiores, sólo podían ser admitidos en el sendero de iniciación quienes sabían hacer uso de sus vehículos sutiles. Pero llegaron tiempos en que los candidatos no pudieron ya dejar a voluntad sus cuerpos físicos, y hubo necesidad de otro método. Se sumergía entonces al neófito en un sueño magnético o hipnótico tocándole con lo que en la Grecia antigua se llamó el tirso, que era una varita originariamente llena de fuego vivo, y cuyo contacto, rompiendo de pronto los lazos entre los vehículos inferiores y los superiores, permitía al espíritu funcionar libremente en el interior de su vehículo astral y tener en él conciencia de la vida superior. Por esto vemos en alguna pintura al fresco, o en antiguas esculturas, un sacerdote en pie con una varilla terminada en cono en las manos. Esta era una de las formas de la Varilla de Poder que se usaba entonces y que se aplicaba a lo largo de la columna vertebral hasta el punto de enlace con el cráneo. A medida que la varilla ardiente remontaba la columna vertebral, se replegaba el cuerpo astral sobre sí mismo, siguiendo la ascensión de la varilla, hasta el momento en que tocando ésta la cabeza dejaba escapar el cuerpo astral, por el cráneo, libertándolo para alcanzar los mundos superiores».

«Más tarde perdióse también este poder, continuando el mundo su descenso a los abismos de la materia. Permanecieron sólo disponibles los poderes de la visión y de la audición astrales, por cuyo medio se instruía a los candidatos, mostrándoles cuadros animados, modelados en materia astral, que representaban las realidades de otros mundos. No actuaba entonces el candidato en el mundo astral, sino que tan sólo se le mostraba un cuadro del mismo, pero tan animado, que le proporcionaba muchas informaciones, y aun en nuestros días, este es el método de enseñanza comúnmente empleado. Cuando los cuadros animados compuestos por los grandes Instructores se muestran del modo dicho, se encuentra en ellos la reproducción de la historia del pasado. Así se representa en la materia del plano astral la gran obra de la construcción de los mundos; el discípulo estudia este cuadro a medida que ante él se desarrolla, y comprende, mejor que por la palabra, cuan real es esta historia del pasado».

«Descendiendo aún más la humanidad, vemos que también perdieron este poder los oficiantes de los Misterios, y llegamos a un estado, que mencionan los autores griegos, en que la enseñanza debía representarse en escenas de nuestro mundo físico y no por los animados cuadros del mundo astral. Se trataba entonces simplemente de hombres que se habían ejercitado en representar escenas que servían de complemento a las lecciones que los neófitos debían aprender. El mundo astral estaba representado por una escena dramática, o por animales que simbolizaban las pasiones, y en las que hombres vestidos de pieles y con caretas de animales rodeaban al candidato a los Misterios, tratando de espantarlo y hacerle retroceder, de tal manera que si el neófito conservaba en su fondo



algún germen de vicio, este enemigo interior, encerrado en la ciudadela de la mente, respondía a la amenaza externa que le hacía el actor que representaba el vicio, y el hombre, aterrado, viendo, por así decirlo, manifestado el vicio en una forma exterior, retrocedía sin atreverse a afrontar a su enemigo ni llegar al fin de la prueba. Continuaron así los Misterios hasta el advenimiento del Cristianismo, y si leéis los primitivos libros cristianos, principalmente los escritos por los Padres de la Iglesia, de los discípulos de los Apóstoles, y de los autores que les sucedieron, encontraréis en ellos sus huellas. Leed a San Clemente de Alejandría y las obras de Orígenes, tal como las poseemos, y veréis que, en los orígenes del Cristianismo, existían los Misterios — los verdaderos misterios de Jesús — comparables, en cierto modo, a los de los tiempos más antiguos».

«Pero todo esto desapareció, aunque no por completo, porque los verdaderos Misterios siempre subsisten, con la sola diferencia de que por lo menos en Occidente se cerró el camino para llegar a ellos. En efecto, no existían escuelas intermediarias en que los fieles pudieran recibir instrucción. No quedaba más que la tradición para atestiguar que tales Misterios existen o habían existido, y solamente, de tarde en tarde, surge un hombre que instruido personal e individualmente en estas cosas, llega a ser bastante esforzado para abrirse paso hasta los Misterios, que siempre existen en manos de la verdadera Fraternidad de los Maestros de Sabiduría. Sin embargo había aún algunos centros de estudios de esta clase. Hallaréis sus huellas en la literatura antigua y en la de la Edad Media, y os comunicaré una palabra que sirve de clave para hallarlas, aunque sin conocer exactamente su significado. Cuando entre los libros antiguos encontréis uno designado bajo el nombre de *Grimorio*, sabed que este es el nombre que daban en la Edad Media a los libros secretos, en que el alquimista, el astrólogo y el investigador, en demanda de sabiduría secreta, escribían jeroglífica y simbólicamente las verdades que conocían, pero que no osaban exponer abiertamente. Porque no olvidéis que hablamos del tiempo de las persecuciones, del tiempo en que los hombres no osaban decir las cosas que sabían por miedo a que la religión exotérica los condenase a la hoguera y que los conocimientos materiales destruyesen la verdad espiritual. Pero a pesar de todo había algunos grupos de estudiantes y de sabios, porque en la tierra jamás se rompió del todo la cadena. Solamente que los hombres no sabían a donde dirigirse; buscaban sin cesar y no encontraban instructores, y los que entonces sabían recelaban de comunicar su saber por temor a que el llamado discípulo fuese un espía o un traidor y los pusiera en riesgo de muerte. Conocida es la horrible tragedia de los Templarios, que tenían algunos conocimientos de los Misterios ocultos, como lo prueba que en la tortura algunos de ellos divulgaron fragmentos de conocimientos por los cuales se les hizo condenar. Recordaréis que en el tormento declaró un templario que por estar iniciado en los Misterios debía marchar sobre la Cruz, y esta palabra simbólica fue, quizá por ignorancia, tomada como prueba de impiedad y condenado por blasfemo. Y sin embargo, esto significa que el hombre pone su fe sobre la Cruz que le eleva hasta el conocimiento, y que si posaba sobre ella un instante sus pies, era para que la Cruz le elevase hasta un medio más puro, en donde se enseñaban algunos misterios inferiores. La gran Sociedad de la Franc-Masonería es un organismo que ha subsistido desde los días en que desaparecieron los Misterios, y fue en su origen depositaria del simbolismo y uno de sus canales, aunque la mayor parte de sus actuales miembros no saben lo que poseen, y en general desconocen los símbolos, cuyas expresiones, pero no sus realidades, diputan por sabiduría. Los francmasones han conservado en símbolos lo que han

perdido en saber, con el fin de atestiguar que nunca desapareció la sabiduría por completo de la tierra».

Nos hemos extendido en la transcripción para hacer resaltar por la autorizada pluma de la cultísima presidenta de la S. T., el verdadero concepto de los Misterios Iniciáticos y de su Doctrina Tradicional Primitiva, síntesis de los conocimientos mágicos que puede alcanzar el hombre, conocimientos más o menos velados, luego de la catástrofe atlante, en cuantas religiones se han sucedido a través de la Historia, siendo el simbolismo el divino lazo de unión entre las unas y los otros.

Pero hay que aclarar bien un concepto básico en el que la misma escritora citada, no porque lo ignore ciertamente, sino por adaptarse más fácilmente a la comprensión de la generalidad, incurre en error, a nuestro juicio. Es el hecho de que a los grandes Instructores del pasado se los suele considerar como a otros tantos fundadores de sendas religiones, siendo así que ***ellos jamás han hecho otra cosa que explicar para uso del vulgo una parte de aquella Doctrina Tradicional de los Misterios, parte con la cual sus discípulos y comentadores han construido más tarde las respectivas religiones.***

La Madre Naturaleza nos da ejemplos continuos de ello, aplicables al caso, según la ley teosófica de la Analogía o clave de Hermes. El Instructor, en efecto, llámese Krishna, Buda, Jesús, etc., es como el Sol de los cielos del espíritu; su Doctrina es como un rayo de luz que cae sobre las nubes de nuestra ignorancia. La blanca luz integral de este rayo es absorbida por las vesículas de la nube y una nueva luz, ya de orden más inferior o iris, tiñe con sus sublimes arreboles la masa entera de la nube, reflejándolos después hacia las tinieblas de la Tierra a la que ilumina con hermosísimas coloraciones, que no son sin embargo aquella pristina luz absorbida (Este símil está dado con arreglo a las nuevas teorías físicas modernas de que la luz blanca del Sol no es descompuesta, sino absorbida por el prisma en el cual a guisa de una luz de segundo orden se producen los colores del iris). Otro tanto acontece con la insolación de las sustancias llamadas fluorescentes, las cuales absorben, como es sabido, las energías de la luz solar, y nos las devuelven más tarde en la oscuridad, en forma de fosforescencia.

De tiempo en tiempo aparecen estos Instructores para bendecir a los pueblos con Su Presencia: no precisamente para redimirnos, como el vulgo religioso cree, sino para darnos con su doctrina, que es adecuada faceta de aquella Doctrina Primitiva y Una, los medios más expeditos para que con ella nos redimamos por nuestro esfuerzo los hombres, es decir, nos libertemos del reino de Maya o de la Ilusión, Velo de Isis tendido por la Materia sobre los cerrados ojos de nuestro Espíritu Inmortal que es el Instructor de Instructores y Maestro de Maestros, o sea el Logos mismo planetario, uno de cuyos Rayos es precisamente este Espíritu o Cristo Interior que diría San Pablo, es decir el Atma, la Mónada, la Esencia Una, el Gran Todo Humano de que constituimos por nuestra alma y nuestro cuerpo, una mayávida manifestación transitoria en el mundo de la forma. Como dice la brillante escritora, los nombres de Rama, Vyasa, Krishna, Toth Hermes, Zoroastro, Orfeo, Buda y Jesús, brillan en los cielos de la Historia como otros tantos astros refulgentes. Pasaron los reyes y conquistadores, pero... ¿Quién hace hoy caso de sus efímeras glorias?. ¿Qué corazón palpita emocionado al escuchar los nombres de Sesostris, Jerjes, Ciro o Alejandro?. En cambio el prístino fulgor de Aquéllos continúa, y centenares de millones de seres los invocan en la inmortalidad del supremo Amor, porque es ley natural, sin duda, la de que «siempre que los vínculos de la Humanidad con ellos parecen aflojarse, un nuevo

Instructor viene a su vez para reproducir en nueva faceta, la Eterna Doctrina, aun a trueque ¡ay! de que la humanidad necia la colorea enseguida, creando, a falso título de liberación, una nueva cadena religiosa... cadena que los creyentes respectivos tienen que romper rebeldes, a lo Prometeo, para dar «el salto en las tinieblas» que precede a la primera Iniciación, sacando de la falsa letra que mata, el espíritu de símbolo, que instruye y vivifica. El Instructor *cobija*, digámoslo así, con su mente, a un discípulo elegido que se encarga de transmitir de palabra o por escrito, la enseñanza salvadora, o bien llega hasta a tomar posesión temporal de un cuerpo escogido y en él cumplir transitoriamente su obra, para abandonarle luego y recobrar su cuerpo propio en el que vive alejado del mundo, aunque siempre presente por su espíritu y su influjo.

En suma, que la labor de todo Instructor pasado o futuro es triple, y por eso se dice de Buda que predicó en los tres mundos de los devas, de los raksasas y de los hombres, a saber: *a)* La Doctrina Secreta de los Misterios, reservada a los pocos y que sólo se da por Iniciación; *b)* La enseñanza del símbolo, o enseñanza de transición; (5) *c)* La enseñanza puramente moral y preparatoria, sin símbolos, pero a veces con fábulas o parábolas, enseñanza exotérica y vulgar de la que hay un excelente ejemplo en los propios *Evangelios*, evangelios sobre los que luego ha sido construido el Cristianismo popular que conocemos y que no es en modo alguno ni el de los discípulos que escucharon las predicaciones de Jesús, ni menos el de los grandes místicos cristianos ulteriores que, como San Francisco de Asís, han superado enormemente a dichos discípulos. Quien haya penetrado a fondo en la significación respectiva de los tres grados masónicos fundamentales de aprendiz, compañero y maestro podrá darse más acabada cuenta de ello.

Así, pues, en el presente volumen no vamos a dar las enseñanzas de Magia, cosa probablemente reservada para otro en preparación, a que se refieren las iniciaciones, ni tampoco las enseñanzas exotéricas que el lector puede y debe ver en los respectivos libros religiosos aludidos en la introducción, sino enseñanzas esotéricas y de símbolo con cargo a las religiones troncales, instrumentos de progreso para los espíritus pequeños y rémora después para los espíritus que con su estudio crítico y teosófico comienzan la penosa tarea de su liberación *per áspera ad astra* como reza el viejo aforismo, ya que es ley eterna de la suprema Religión de la Naturaleza, la de que todo elemento protector de cada edad es luego una rémora que hay que ir suprimiendo en la nueva edad que subsigue: verbigracia, la lactancia salvadora del recién nacido, que es luego un positivo daño para él, si no es sustituida por otra alimentación más sólida y adecuada, leguaje usado también por el gran iniciado cristiano San Pablo (a quien con razón se le considera más fundador del Cristianismo que el propio Jesús), cuando dice que «a los pequeños se les da leche y no vianda (enseñanza exotérica de Cristo y su resurrección), y a los ya crecidos, vianda y no leche» (enseñanza simbólica y exotérica del Logos o La Palabra).

## NOTAS AL CAPÍTULO I

(1) Lo puntualizamos con muchos más detalles en nuestro libro *La Esfinge, quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos*, que se publica - en la revista *Hesperia*, y lo repetiremos hasta la saciedad, con Plutarco en su *Isis y Osiris*: «yerran grandemente los que confunden el espíritu, inteligencia o *nous* con el alma o *psyche*; igualmente yerran los que confunden el alma o *psyche* con el cuerpo o *soma*. De la unión del espíritu con el alma nace la razón (*ratio, relación*); de la unión del alma con el cuerpo, nace la pasión (*patior, padecer*). Ahora bien, de estos tres elementos, la Tierra ha dado el cuerpo, la Luna ha dado el alma y el Sol ha dado el espíritu, por donde el justo, aun en esta vida es a la vez un hijo de la Tierra, de la Luna y del Sol. Cuando sobreviene la muerte, *Hermes, Her-man el dios-hombre, Budha*, o sea la Triada Superior reencarnada, arranca violentamente al alma del cuerpo, llevando al alma a la región lunar (Perséfone o Parsifae), donde esta se restaura de sus pasados dolores y se limpia de las manchas recibidas por su contacto con la bestia corpórea, hasta que sobreviene la segunda muerte, y el espíritu, libertado también del alma, retorna a la región solar de donde partiera como Edipo o Peregrino que retorna a sus lares tras una erraticidad larguísima en la que ha recibido toda clase de gratas y dolorosas experiencias conscientes, siendo por ellas y por su consiguiente obra un verdadero Cosmocrator u obrero de los cielos.

(2) Imposible descender aquí a la descripción de los dones otorgados a la Humanidad por aquellos Instructores bajados de los astros que más directa influencia ejercen sobre la Tierra (el Sol, la Luna y Venus). Obligados, sin embargo por el Karma o la Ley, dichos Instructores, Kabires o Rishis a respetar la iniciativa y la responsabilidad humanas no podían otorgar, digámoslo así, más que las *tónicas* de los descubrimientos, no los descubrimientos mismos que habían de ser obra del esfuerzo de los hombres. Así, por ejemplo, les dieron a éstos «el símbolo de la tau o de la T» como cruz y como medio de glorificación, con lo que, al par que le daban la máquina llamada «balanza» para pesar y comparar las masas todas, le deparaban el símbolo de la Justicia inmanente por la que había de guiar sus libres actos, ya que el palo vertical de la Tau representa el tronco mágico que luego se divide en dos ramas complementarias y contrapuestas: la de la diestra y la de la siniestra. Derivaciones ulteriores del gran simbolismo religioso de la Tau fueron luego, entre mil otras, la cruz primitiva egipcia; la *svástica* o cruz jaina, formada por dos dobles taus al modo del «molinete eléctrico» que tanta importancia tiene en la historia de esta ciencia; el «martillo de Thor» de los Eddas escandinavos, con el que pueden aplacarse todas las tempestades, incluso las del alma, porque cuantas pasiones nos perturban quedan apagadas con la aplicación de la Tau o Balanza de la Justicia. El arado, primera aplicación de la palanca a la agricultura y cuya introducción entre los egipcios se atribuye a Osiris, es decir, al Sol, o bien a la «Hueste de Hombres solares» llamados Elohim o Helio-jinas en la Biblia, es otro de los grandes dones de los Instructores divinos, como lo es la introducción del trigo, y la de la vid que se creen aportados del planeta Venus, y por esto los primeros

«espíritus» que se dice dictaron a *Allan Kardec* las conocidas comunicaciones de su célebre libro, hubieron, dice, de ordenarle, dibujase la vid y su racimo a la cabeza de todas las ediciones del mismo, cosa no ajena tampoco a la leyenda de aquella «vid» plantada por Noé al verse libertado del diluvio y con cuyo jugo (el «Licor del Soma», sánscrito) hubo de embriagarse, siendo, se añade, el escarnio de su hijo Can porque le mostró a los ojos de éste la «verdad sin velos», verdad que velaron hipócrita o «sacerdotalmente» sus otros dos hijos, troncos posteriores de las gentes más inferiores postatlantes.

(3) La versión vulgar de este capítulo está falseada de intento, como demuestra H. P. B. porque dice «en el Principio creó Dios el Cielo y la Tierra», en vez de «el Principio emanador, la Hueste de los Elohim u hombres solares, crearon, etc.», error semejante al del mahometismo vulgar cuando habla de Alah como de un ser uno, en lugar de Aleim mosaicos o sea también la Hueste helioística referida y de su celestial Mansión o Paraíso planetario del que son pobres reflejos todos los terrestres paraísos. La pretendida Unidad de Dios no es a los ojos de la alta Teosofía sino la síntesis abstracta o Logos que informa como supremo Espíritu a todas las fuerzas inteligentes o *logoi* que animan al Cosmos y cada una de sus partes: Hombre, Astro o Sistema y este mismo Logos no es sino la Manifestación temporal de la Divinidad Abstracta e Inconcebible: la Nada-Todo, de donde todo nace y a donde todo vuelve al tenor de lo que enseña el *Libro de Dzyan* en su primeras estancias.

(4) Esta frase no es un tropo, sino la expresión de una augusta analogía existente entre el astro y el hombre, plenamente desarrollada en el capítulo III de nuestra obra *El libro que mata a la Muerte o libro de los jinas*, porque, como dice la Maestra, los gérmenes de la materia primordial se condensan y emprenden una rauda carrera por el espacio sidéreo en forma de «cometas» o «peregrinos», llamándoseles también «devoradores» en las viejas teogonías, Los que triunfan, se transforman en soles; los que no, son absorbidos por otros sistemas, cosa igual, siempre dentro de la ley de analogía, a lo que acaece con todos los demás gérmenes: «semilla», «idea», «pueblo», u «hombre», quienes vagan un tiempo por los ámbitos del medio natural hasta que triunfan encontrando terreno apto para desenvolverse, o son en definitiva, absorbidos. Esto revela una vez más la sabiduría de H. P. B. al decirnos que la Teosofía no es sino la primitiva Religión de la Naturaleza, de donde las llamadas religiones han derivado sus dogmas hasta acabar materializándolos.

(5) Del símbolo, como lenguaje abstracto, se pueden derivar infinitas enseñanzas concretas, cual pasa en Matemática cuando una ecuación de primer grado con dos incógnitas, la del círculo, por ejemplo, los valores de una de las incógnitas dependen de los que sucesivamente reciba la otra. Un luminoso ejemplo de lo que queremos decir es la fabulita que aparece en la página 76 de *Simbología Arcaica* (tomo II de estos «Comentarios» que es precedente del que ahora tenemos el placer de dar a nuestros lectores).

## CAPÍTULO II

### LA RELIGIÓN JAINA

*La verdadera «religión de nuestros padres». — La «Edad de oro» de Saturno y Jano. — Un culto genuinamente atlante. — Digresión histórica necesaria. — El «Mezuzah», el «Sesit» y el «Tefelín» hebreo-marroquíes: tres probables documentos de la Atlántida. — Las dos Paleontologías del fósil-tradición y el fósil propiamente dicho. — Enseñanzas de la «Historia», de Huerta y Vega. — Dos maneras de leer «El Génesis» y «El Éxodo» respecto de egipcios y eriteos o rojos atlantes. — La radical «far, fir o rif». — Jano, como Hermes, Alah y Jehovah, son, más que nombres propios, designaciones colectivas de Elohim o Jinas. — Un pasaje de la maestra H. P. B. acerca de los primitivos bhils europeos o «conquistadores». — Un recuerdo del rey Artus. — Vanaputras y suryavansas. — Otros detalles de interés sobre el jaíno problema.*

Cuando el librepensamiento demoledor y crítico de la Enciclopedia del siglo XVIII hace objeciones de las que, como suele decirse, «no tienen vuelta de hoja», a los cristianos ilustrados, éstos suelen decir : «¿qué queréis?; tal es la enseñanza de la religión de nuestros padres»... Y se atrincheran así en la mera letra muerta de una religión que aún no cuenta veinte siglos de existencia y que ha pasado hasta nuestros días por una serie tal de modificaciones que sería muy difícil reconocer en ella a la pura y arcaica doctrina del Evangelio.

Pero el teósofo, conocedor de la Ciencia-Religión primitiva que surge del estudio de religiones comparadas, segundo de los objetos de la Sociedad Teosófica, podría argüir a los tales que si la religión de nuestros padres fue la cristiana, o bien quizás la mahometana y la judía, la de «los padres de nuestros padres» fue la pagana o mejor dicho la de Jano o la jaína primitiva.

Si abris cualquier tratado de Mitología, tal como el de Gerbardt «Los dioses de Grecia y Roma», veréis que a la cabeza de toda la religión pagana figura el idílico pasaje de la Edad de Oro y de la Felicidad el *Satva Juga*, o *Chatur Juga* bramhánico, edad de 1.728.000 años, que es algo más de la cifra que se asigna a la existencia del pueblo ario, Edad de la Pureza arcadiana en la que «los dioses andaban por la tierra conversando con los mortales», y en la que el principal de ellos, Saturno o *Sat-ur-anas* (literalmente el Primer Manifestado en el Fuego y en el Agua), desterrado del Cielo por su hijo Júpiter o *Io-pithar* (el Padre de Io o el culto lunar), bajó a Italia, cuando el pueblo romano venido de Troya con Eneas, según Virgilio, no había nacido, y cuando reinaba en el Latio y entre los sabeos o sabinos, el rey Jano del que la tal religión, no la que hoy conocemos, deriva el nombre.

Jano, Io-anas, o «sacerdote de Io» era, pues, uno de tantos adeptos a la Buena Ley que quedaron entre los etruscos, heteroscós u «otros vascos» de Italia, a raíz de la catástrofe atlante, y la procedencia de su culto era genuinamente atlante y española porque es sabido que, cuando los Iniciados puros de la Atlántida trasladaron hacia Oriente la famosa Logia

Blanca convertida por la tradición en «Jardín de las Hespérides», fueron dejando recuerdos y Centros de la pura Doctrina Primitiva a través de todos los pueblos mediterráneos, como ya empiezan a descubrir los partidarios de la teoría de Sergi, al sostener que una corriente prehistórica de pueblos hubo de dirigirse de Occidente a Oriente muchos siglos antes de las invasiones, ya históricas, del pueblo ario, invasiones operadas, como es sabido, en sentido inverso, o sea de Oriente a Occidente.

En la revista gráfica *La Esfera* del 9 de mayo de 1925, nos hemos ocupado de semejante itinerario que veladamente se consigna también en la Biblia y hasta hemos tenido la fortuna de encontrar supervivencias de semejante hecho en las propias costumbres de los hebreos del Rif, país del Atlas, donde naturalmente tenían que ser más vivas las supervivencias ancestrales de la gran catástrofe.

Para satisfacción del lector teósofo, séanos permitido reproducir dicho artículo, a pesar de su extensión:

### **El “Mezuzah”, el “Sesit” y el “Tefelín” hebreos ¿TRES DOCUMENTOS VIVOS DE LA ATLÁNTIDA?**

El geólogo D. Lucas F. Navarro, en su reciente discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, al comentar la nueva teoría de Wegener — «nueva» de puro antigua —, deduce que la Atlántida, el Continente desaparecido en el foso atlántico, del que nos hablan *El Timeo* y *El Critias* de Platón, no ha podido existir. «Lo que existió, dice, fue un primitivo continente, hendido por una grieta meridional, el cual, a medida que se iba ensanchando, hacía más difíciles las relaciones entre las dos márgenes fronteras, hasta llegar al estado actual».

¡Pues este continente terciario, que ya en tiempos cuaternarios se nos muestra «partido por gala en dos»: América y Euráfrica, es el continente atlante que en vano se pretende soslayar, prescindiendo arbitrariamente, en nombre de una ciencia positivista por demás estrecha, de la universal tradición religiosa, que no es en el fondo sino el sincero relato de Platón.

Hay que fijar los términos del problema, porque es regla de lógica que cuando alguien afirma solemnemente un hecho y otro dice no conocerlo, existen enormes probabilidades de que quien afirma tiene razón. Además no hay una, sino dos clases de *fósiles*, y no una, sino dos *Paleontologías* — *palaios* y *ontos*, la ciencia de las cosas y los seres extinguidos —. Quiero decir que al *fósil-hueso*, hoy buscado por los científicos positivistas, de hombres que quemaban y no enterraban sus cadáveres, hay que añadir el *fósil-tradición*, y esta tradición no es sino el unánime aserto de los *Libros sagrados* de las diversas religiones, contextes en afirmar el catastrófico suceso. Ejemplos: el de Sodoma y Gomorra bíblicas, que bien pudo referirse poéticamente a la destrucción por el fuego volcánico de la Lemuria de Darwin y de Lamark; el del Diluvio universal y el del Paso del Mar Rojo, que son símbolo de las que nos hablan las tradiciones iniciáticas, a saber: la de las dos grandes islas Rutha y Daytia de hace unos doscientos mil años, y la de Poseidonis y el Jardín de las Hespérides, frente a Cádiz, que apenas si dista históricamente once mil años, y de la que la Geología nos da aún excelente testimonio en la batimetría de entre Canarias y el Algarbe.

La posición crítica del naturalista frente al problema de la existencia de la Atlántida es muy parecida a la de los investigadores de linajes, críticos también, los cuales pueden o no pueden alcanzar a descubrir, según el respectivo estado del archivo que consulten, cosas, secretos de tales linajes, que las tradiciones de los sucesores supervivientes pueden muy bien conservar, sin embargo. «Mi abuelo fue general, mi bisabuelo fue marino con Churruca en Trafalgar», se oye afirmar por tradición en tal o cual familia, alcance o no a lograr *fósiles* o sean documentos auténticos de ello el investigador que de corroborarlo trate.

Hoy el mundo sabio admite, como es lógico, por ser tradicional, la existencia del sepultado continente, merced a un sinnúmero de razones geológicas, paleontológicas e históricas imposibles de ser puntualizadas en un breve artículo y que ya hemos dado en nuestras *Conferencias teosóficas* y *De Sevilla al Yucatán*. No vamos, pues, a pretender detallarlas aquí. Platón siempre odió las fábulas, aun las poéticas, hasta el punto de que pedía que se coronase a vates tan sublimes como Hesiodo y Homero, y después se les desterrase de la República, dando en cambio a su relato atlante el calificativo de «maravilloso», es decir, no de irreal, sino de «admirable», según la etimología. Estrabón y otros clásicos grecolatinos, cuyas citas pueden verse en la *Historia de España*, del doctor De la Huerta y Vega, dedicada a Felipe V, nos dicen que en sus tiempos mismos existían sólo entre Duero y Miño hasta 45 «príncipes» o señores feudales atlantes. Un Muisca o «Moisés» mexicano, un Quetrazcoatl, «conductor de hombres» en la tradición azteca y maya, que con razón diputase idéntica a la de Moisés y el Xisusthos mosaicocaldeo el gran naturalista fray José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias Occidentales*; un Wotan, dios y ciudad yucateca, y un Wotan escandinavo de los cantos norsos y de la *Tetralogía* de Wagner, dicen con su *fossilizada* enseñanza lo que no dirían un millar de huesos de atlantes encontrados o por encontrar entre *paleolitos* o *neolitos* de la entrada del período cuaternario, ya que falta saber además si el esqueleto humano pudo soportar caso de no haber sufrido cremación, sin transformarse en el famoso *pulvis, cineris et nihil* del sepulcro del cardenal Portocarrero, los once o los doscientos mil años consabidos, o, en fin, a los llamados «huesos de gigantes» y los «colosos» reproducidos fidedignamente por las estatuas de Bamián y de la Isla de Pascua, no son esos testimonios que se buscan o, mejor dicho, que no se buscan ni buscarse pueden, bajo la toba volcánica y el cieno globerino atlántico de a veces hasta diez kilómetros de acuática profundidad.

Siempre he creído (y ésta sí que es cosa harto más *negra* de demostrar, aun en un grueso libro) que, tras el *doble velo* de las *re-velaciones* de la Biblia — libro de inestimables testimonios científicos, cuando se lee no en sus a veces grosera «letra que mata», sino en su «espíritu que vivifica» —, están veladas re veladas las dos catástrofes sucesivas dichas: la primera en el relato del Diluvio y la segunda en el Paso del Mar Rojo, porque los atlantes eran rojos o *erithreos*, según nos ha evidenciado el orientalista argentino Basaldúa; eran, al par, hechiceros tremebundos; tenían «Faraones», como después, en recuerdo de ello, los tuvieron los egipcios, emigrantes atlantes, según el célebre *Itinerario de Io* (o del culto lunar de la *Vaca*), desde Occidente hasta Oriente, a través del Mediterráneo, del *Bós-phoro* y de la Armenia y su monte *Ar-ar-at*, donde se detuvo el «Arca» salvadora. En suma: que, sin negar como históricos los bíblicos relatos consabidos de Egipto y Palestina, cometemos además con ellos un error análogo al que, desaparecidas mañana España e Inglaterra por otra catástrofe, cometer podrían historiadores del futuro



continente del Pacífico al aplicar a la *nueva* York, al Trujillo, al Medellín o a la Mérida americanas, o a la *nueva* Cáceres malasia, los relatos tradicionalmente conservados por la ya entonces sepultadas patrias originarias de los puritanos ingleses, del Cortés o del Pizarro extremeños, que achaque bien frecuentemente es, tratándose de tradiciones, ese empequeñecimiento fatal de los hechos originarios y su yuxtaposición mítica o «porfirización» con otros hechos análogos posteriores. No hay que olvidar que en el *Éxodo* y en las moradas de su peregrinación corren nombres como el de *Socoto, Ethamp, Betel, Gomara, Cam* o *Mac*, que son demasiado europeos y africanos para no ser atlantes genuinos, como de tradiciones y *documentos* atlantes está hecha toda la trama de *Las mil y una noches*.

Para no abusar más del lector, vengamos a los tres hechos objeto de este artículo: «La vida del hebreo marroquí — dice D. Manuel L. Ortega en la *Revista de la Raza* — está constantemente influida por la religión. En las puertas de las casas y en los dormitorios colocan un pergamino enrollado, sujeto por una planchita y un clavo. Este pergamino, llamado *mezuzah*, es tocado y besado por los judíos cada vez que salen o entran, y contiene un versículo del Deuteronomio alusivo a la salida de Egipto. Todos los israelitas lucen también en sus solemnidades el *tefelín* o señal del hebreo, que consiste en dos rollitos de pergamino con versículos del capítulo XIII del *Éxodo* y IV y XIII del *Deuteronomio*, donde se dice: «Y será él como señal sobre tu mano y como recuerdo delante de tus ojos, y para que la Ley del Señor esté siempre en tu boca, por cuanto con mano fuerte El te sacó de la esclavitud de Egipto».

Una correa sujeta uno de los rollos sobre la frente, vuelve luego detrás hasta la nuca, descendiendo por el brazo y mano izquierda y va a terminar al dedo medio correspondiente. Llevan, en fin, constantemente sobre la camisa una banda de tela llamada *sesit*, pieza que corresponde al *escapulario* de los cristianos y al *hayeb* de los musulmanes, y que es exigida por los versículos 38-40, capítulo XV del *Libro de los Números*. La tela, de lana o algodón, es de color de jacinto, como allí se ordena, y lleva cuatro cordones de ocho hilos, o sean treinta y dos hilos cordones que se llaman *fimias*, y que llevan sendos nudos simbolizando otras tantas letras de los nombres sagrados del Señor.

¿Son, pues, en resumen, los tres religiosos adornos del *mezuzah*, el *tefelín* y el *sesit* hebreos tres efectivos documentos, vivo testimonio de la catástrofe atlante y de la salvación maravillosa de ella que alcanzara al «pueblo elegido»?.

La respuesta será desfavorable, naturalmente, a nuestra hipótesis si en el relato bíblico no vemos sino lo que todos han visto hasta aquí, o sea el tránsito histórico de dicho pueblo desde el Egipto a la Palestina; pero, en cambio, sería decisivo en favor nuestro si por las razones apenas apuntadas y otras mil que no caben aquí, dicho tránsito histórico, por aquello de que la historia se repite y la vida también, tuviese el antecedente kármico del otro tránsito prehistórico, infinitamente más prodigioso a través del mundo occidental hasta Egipto y que no hemos hecho sino insinuar, pero que es evidenciable por un estudio en más espacio hecho.

Harto dice, en efecto, a la intuición del hondo investigador el que los treinta y dos hilos o «treinta y dos poderes mágicos» del Adeptado arcaico formen en el *sesit* los cuatro cordones de un verdadero *quipo* hebreo, como los *quipos* canarios y peruanos y aztecas, y lleven *letras en nudos* cual los de estas sublimes gentes, donde, ¡cosa pasmosa, aunque sabida!, registraban los sacerdotes, igual que nosotros en nuestros libros, toda su

cosmogonía, su historia, sus linajes y sus cuentas más diversas. No menos dice con su mudo lenguaje supersticioso el *mezuzah*, perpetuando la memoria del semítico éxodo, ni más ni menos que por el «bando municipal» nuestro o el *affichage* francés perpetuamos lo que creemos digno de ser perpetuado. Finalmente el *tefelín*, mejor dicho, el imponente recuerdo por él perpetuado ¡docenas de siglos!, es de tanta importancia legal como histórica: su imposición por el gran rabino al niño ya destetado es la que concede a éstos todos sus derechos sociales y religiosos; ella no puede ser hecha sino en los tres días más santos del sábado (día de Jehovah, Sabaoth o Saturno, del domingo (día del Sol) o del lunes (día de la luna), y otorga autoridad para figurar como uno de los diez fieles — diez en memoria de los diez reyes y nomos o reinos atlantes del relato platónico y del nombre inefable de Io (La radical *Far, Fir* o *Rifes* característica - más que de Egipto mismo que hubo de la Atlántida - de los pueblos de la protohistoria occidental. No hablemos del pueblo *rifeño*, ni de los Firbolg irlandeses estudiados por nosotros en el cap. VII de *De Gentes del Otro Mundo*, sino de la misma palabra inglesa *far*, lejos, en tiempo o en espacio y de las mismas islas Farilae o «Farilais» al oeste de la costa portuguesa, restos graníticos del sepultado continente), «Yod-he-vau-he», que son indispensables en la sinagoga para dar validez a la oración. ¡Testigo simbólico, además, el *tefelín* de la catástrofe suprema de que su pueblo fue testigo, he aquí que él confiere también la autoridad necesaria para deponer su dueño en cualquier otra cosa de la vida como testigo también!.

Volvamos ya a Jano y a su Edad de Oro.

Jano, como Hermes, y como Alah o Jehovah, más que nombre propio es un nombre colectivo de dhyanis, jinas, o «conquistadores», es decir guerreros luni-solares o chattriyas blancos de los que hay tantas vagas indicaciones por doquier.

Es una de estas indicaciones las de la propia Biblia. Abraham, el «no-brahmán», el separado de la primitiva casta brahmánica y esposo de Sara (o Saraswati), habita, después de su expulsión aria en Ur de la Caldea, y allí, ya más vecino a Europa, conoce a Abimelech, a Melchisedec o Malki-shadach «el sacerdote de los mlechchas o europeos», «Sacerdote del Altísimo» o sea de la abstracta e innominada Deidad Sin Nombre, de pelasgos y etruscos tartesios, y no cesa de enaltecerle a su hijo Isaac (también «isiaco» por la propia etimología del nombre) en pasajes como los del capítulo XII del Génesis en que se separa de su hermano Lot, o más bien Lat («el espíritu de Lat-ona o la Luna», en sánscrito) (Véase esta última etimología en nuestros artículos relativos al templo de Somnath Patán, publicados en la revista *Hesperia*, 1924-25) y pasa a Egipto (más bien la Atlántida) y luego a tierras camitas en éxodo comparable al de los Tuatha de Daciand irlandeses que hemos descrito extensamente en *De Gentes del otro mundo*. Cuéntanse entre estas tierras las de Gerara o de Gerión, y otras muchas, entre ellas Cades o Gades y las tierras de más al Sur (¿el primitivo Cádiz y las tierras marroquíes?). Allí traba relaciones con Abimelech (el mlechcha) y con él sostiene controversias acerca de Sara y de ciertos «pozos», pozos, más que de agua dulce, material y potable el de «iniciáticas aguas de sabiduría», al par que despide hacia el desierto a Agar o Agrá, su «concubina lunar» (ib. XX-XXI), acabando por hacer tanto Abraham como su hijo Isaac, estrecho pacto de alianza con aquellas gentes primitivas de Europa cuyo abolengo no era inferior al suyo. Este último pasaje está aludido en cierto modo por la Maestra H. P. B. cuando en su obrita *Por las grutas y selvas del Indostán* nos habla del inmenso respeto con que se expresan siempre los orgullosos

---

brahmanes de aquellos guerreros occidentales primitivos «no inferiores en categoría a ellos mismos», consagración como si dijéramos de la existencia remotísima de unos «chattriyas» primievales — los Jinas o los Conquistadores de la religión jaína — que no deben ser confundidos con esotros «chattriyas» o guerreros ulteriores tan conocidos que vienen figurando ya no como clase o casta primera, sino como casta segunda en los Vedas y Código del Manú, obras muy posteriores a la época prehistórica que nos ocupa.

Semejantes guerreros primievales del jainismo europeo tienen otro nombre además en Oriente, no ya entre los jainos ulteriores de la Persia y de la India, sino entre los propios brahmanes casi siempre falsificadores del primitivo brahmanismo, a la manera como el jesuitismo moderno, por ejemplo, haya podido corromper las purísimas enseñanzas evangélicas. El nombre que ellos aun hoy asignan a dicho pueblo es el de *bhils*, de la raíz sánscrita *bhid* que significa «separar», razón por la cual J. Malcohn supone muy-fundadamente que los bandidos indostánicos hoy conocidos bajo tal nombre no son sino gentes opuestas por tradición a la fe grosera y sensual del brahmanismo histórico que hemos conocido en templos tan ostentosos y fálicos como el de Somnath Patán, del Kathiawar, siendo excomulgados por estos últimos al modo como la iglesia de Roma excomulgase siempre a tantos místicos heterodoxos o «dadores de otras enseñanzas» que ella.

A los *bhils*, en efecto, se les asigna por los autores una mítica ascendencia completamente europea, sea escítica del norte, sea pelásgica o del sur mediterráneo, porque se les dice hijos de Shiva o Maha-deva, «el Dios Grande» y de una divina mujer (¿Hestia? ¿Vesta? ¿Hera? ¿Eva?) que tenía blanco el rostro y azules los ojos, mujer a la que el dios encontró en una selva virgen y remota «del otro lado del Kalapani» allende las negras aguas del Océano, o sea en Europa, encuentro idéntico por felicísima y muy explotable coincidencia, con aquel que el rey Arthus (o *Suthra* en bustrófodo, «el hilo de oro» de la tradición cabalista tanto de Oriente como de Occidente) encuentra en la selva a una bellísima e inocente doncella con la que se une en el acto, dando lugar en el Mito de la Tabla Redonda a una raza de héroes.

Esta feliz pareja tuvo muchos hijos, uno de los cuales, tan hermoso como malvado, mató al buey favorito de su abuelo Maha-Deva, siendo desterrado por su padre en castigo al desierto de Iod-pur (ciudad de «Io»). Confinado así en el más recóndito rincón del sur se casó, y sus descendientes tardaron muy poco en exterminar a todos los habitantes de la comarca aquella. Todos heredaron, sí, la hermosura de sus antepasados; sus azules ojos y su nivea tez, pero también heredaron su carácter pendenciero y su tendencia al crimen, y bandoleros son hoy en los propios montes Vindya del Indostán, llamándose *bhuma-putra* y *vana-putra*, o sea hijos de la tierra y de la selva, mientras que los rajaputas, sus primeros conquistadores, se llamaron *suryavasas* o «hijos del Sol».

Este robo del buey «favorito» realizado por europeos *bhils*, está por decirlo así incrustado en toda la leyenda religiosa del planeta, como hemos demostrado en los primeros capítulos de *De gentes del otro mundo*, a donde remitimos al lector que quiera refrescar estas ideas sintetizadas en el aforismo de que las religiones todas o «veneran la simbólica Vaca» o la «inmolan con el mismo sentido expiatorio que el ario sacrifica al caballo, el musulmán al cordero, o el cristiano al divino Nazareno, para expiación extraña de los pecados de los hombres. (1).

E igual que sucede con la inmolación de la *Vaca* sucede con su robo. Mercurio roba astuto los bueyes de Gerión y es castigado por Júpiter (Io-pithar, el Padre de Io), Júpiter se transforma en toro para robar a Europa «la virgen de la faz blanca y celestiales ojos», como el Faraón y el Abimelech de los citados capítulos del *Génesis* despoja a Abraham de su esposa Sara, aunque luego, conminados por la ley terrible de Dios o del Karma, tengan que devolverla a su *hermano-esposo*, merced a lo cual nos damos de manos a boca ya con la fuente primieval de todas las literaturas conocidas, a partir de la de *Las mil y una noches parris*, en las que constituye el principal argumento el robo de la virgen hermosa, lo mismo en el matrimonio germánico que en la fundación de Roma, cuando los hijos de los troyanos establecidos en el Lacio según Virgilio (Eneida), después de la ruina de Troya roban a las sabinas, cosa que, más que la historia de los matrimonios violentamente arrancados entre troyanos y sabinos o etruscos, es la repetición en Roma, del mito básico de la Iliada, en la que París, hijo de Príamo, rey de Troya, roba a Helena (Selena o la Luna), mujer de Menelao (Menes, el Pensador, el hombre y «lais», «laios», «lat» o «lot» y demás variantes conocidos), rey de Esparta, dando lugar a la célebre guerra de Troya, guerra en la que, según otros antecedentes que hemos citado en el capítulo sobre el *Tristán* de nuestro *Wagner mitológico y ocultista*, se opera a la inversa, o sea siendo los griegos los robadores y los robados los asiáticos de la Anatolia, para acabar siempre por donde quizá deberíamos haber empezado, o sea por el libro básico recopilador entre los arios de todas estas leyendas originarias europeas y jainas a la caída de la Atlántida, y es el *Rama-yana* o robo de Sita revestido por Valmiki en épocas ya muy posteriores de la forma sánscrita eminentemente artística con la que ha llegado ya hasta nuestros días y en donde Rama, príncipe de la dinastía solar etimológicamente emparentado con el Remo de la leyenda romana, desterrado de Ayodhya por las intrigas de su suegra (leyenda del Caballero del Cisne, germana) y auxiliado por un ejército de monos u «hombres inferiores» en una fabulosa isla *Lanka* (que más que la actual Ceilán es la vieja Atlántida) castiga a Ravana por haberle robado a su esposa Sita, con todas las demás peripecias que, más o menos, vemos luego en la *Iliada* de Homero y aun en nuestro *Romancero del Cid* y en otros mil de la literatura universal.

Largo y pesado sería el comentario que consagrar podríamos a estas supervivencias jainas primitivas, pero preferimos transcribir acerca de la grandeza del pueblo aborígen europeo que nos las trasmitiese estas consideraciones que leemos en el librito *Five years of Teosophy*: «¡No hay huellas de las antiguas civilizaciones!, suele decirnos, a lo que nosotros responderemos: ¿Quiénes eran los pelasgos, antepasados directos de los helenos según Herodoto?. ¿Quiénes eran también los etruscos, esa raza misteriosa y admirable si las hay para el historiador, y cuyo origen es el más insoluble de los problemas?. Lo que de ellos se conoce sólo demuestra que, si se pudiese saber algo más, se descubriría con ellos toda una serie de civilizaciones prehistóricas. Los pelasgos se nos presentan en los albores de nuestra historia como un pueblo intelectual en el más alto grado, un pueblo docto y activo, ocupado principalmente en la agricultura, guerrero cuando la necesidad lo exigía, si bien prefería la paz, y que construyera como ningún otro obras hidráulicas subterráneas, canales, presas, murallas y toda clase de obras ciclópeas de la más asombrosa fortaleza y de quienes se sospecha que fueron los verdaderos inventores de los caracteres llamados cádmicos o fenicios, de los cuales derivan todos los alfabetos europeos. Los *peleg* de la Biblia (Gen. X, 25) son una alusión a ellos. ¿Puede, asimismo, creerse que sólo hubieron de

transcurrir unos cuantos siglos entre la gran civilización etrusca de los tursenios o *ursenios* — los viejos adoradores de *ur*, el fuego — a quienes los griegos diputaban como antecesores del pueblo romano, con sus doce ciudades *conocidas*, dicen, de la Historia, con sus construcciones ciclópeas, sus artes plásticas y pictóricas y que fue la primera en penetrar en Italia «desde altas latitudes»? ¿Podrá tampoco seguirse sosteniendo que los fenicios, con su opulenta Tiro, sus flotas y su comercio, artes, civilización y cultura eran meramente, unos cuantos siglos antes, «una pequeña tribu de pescadores semitas», o bien que la guerra de Troya no pudo acaecer antes del año 1184 antes de J. C. y no varios miles de años más como sostenían Platón, Homero y los poemas llamados Cíclicos o cronológicos, fundados a su vez en otros anales anteriores aun muchos siglos?. (2)».

Si el historiador cristiano, aprisionado por sus estrechas cronologías y el librepensador privado de los datos necesarios, se ven forzados a una a condenar como «evidentemente fantástica» o «puramente mítica o indigna de consideración toda cronología que no sea cristiana u occidental», ¿cómo podrá lograr la verdad ningún pensador europeo que se obstine en seguir semejantes guías? Y si estos constructores incompetentes de la Historia Universal pueden persuadir a su público a que acepte como de indiscutible autoridad sus ensueños cronológicos y etnológicos, ¿por qué se pretende que los que se dedican al estudio del Oriente con materiales muy diferentes y más dignos de crédito acepten la ciega creencia de los que defienden la infalibilidad histórica occidental?. Aquellos creen fundándose en el testimonio documental dejado por Iavanacharya (Pitágoras), 607 años antes de Cristo en la India, y «en los anales de su propio templo nacional» que en lugar de cientos de años, se pueden conceder confiadamente miles a la fundación de Cumas y de la Magna Grecia, de la que fue aquella el asiento primitivo; que la civilización de la última se había ya gastado cuando Pitágoras, el gran discípulo de los Maestros Arios, fue a Crotona. Y como no tienen ningún prejuicio bíblico que vencer, están persuadidos de que si a las tribus celtas y galas de las Islas Británicas, que tuvieron ante sus ojos la civilización romana ya formada; que estuvieron en relación con la de los fenicios, cuyo comercio con ellas comenzó mil años antes de nuestra Era y que obtuvieron más tarde para coronamiento de todo la ayuda bien determinada de normandos y sajones, les costó dos mil años para llegar a construir sus ciudades medioevales que ni remotamente podían compararse con las de los romanos recorriendo por tanto dos mil quinientos años para lograr la mitad de la civilización que aquellas, entonces, en lugar de estar ese período hipotético llamado benévolamente «la infancia de la raza», al alcance de los Apóstoles y de los primeros Padres de la Iglesia, tiene que hacerse retroceder a un tiempo muchísimo más remoto. Ciertamente que si a los bárbaros de la Europa Occidental les costó tantos siglos desarrollar un idioma y crear imperios, entonces a las tribus nómadas de los períodos llamados «míticos» debió costarles en realidad, — puesto que además no se hallaron bajo la energía fructífera de esa influencia cristiana, a la que se nos pide que atribuyamos toda la cultura científica de nuestro tiempo — cosa de diez mil años para construir sus Tiros, sus Veis, sus Sidones y sus Cartagos. Del mismo modo, pues, que yacen siete Troyas sucesivas bajo la Troade, y otras civilizaciones más avanzadas fueron exhumadas por Mariette Bey, bajo la capa de arena de donde fueron extraídas las colecciones arqueológicas de Lepsius, de Abbott y del Museo Británico; y seis ciudades «Dehlis» indúes superpuestas y ocultas formaban el pedestal sobre el cual construyó el conquistador mogol su espléndida capital, es seguro que, cuando se haya extinguido por completo la furia del fanatismo crítico y los

hombres de Occidente se encuentren dispuestos a escribir la historia por el interés de la verdad solamente, se hallarán las pruebas de la ley cíclica de la civilización. La moderna Florencia elevó su hermosa forma sobre la tumba de la Florencia etrusca, que a su vez se había alzado sobre los restos ocultos de ciudades anteriores. Del mismo modo Arezzo, Perugia, Lucca y otros muchos sitios europeos ocupados ahora por ciudades modernas, se hallan cimentados sobre reliquias de civilizaciones arcaicas, cuyo período abarca un número incalculable de siglos y cuyos nombres ha olvidado hasta el dios Eco, hasta el punto de no poder murmurarlos siquiera a través de las corrientes del Tiempo. Cuando el historiador occidental haya probado de un modo incontrastable por lo menos quienes eran los pelasgos, quienes los etruscos, así como los iapigios, tan misteriosos como aquellos, quienes también parece que tuvieron conocimiento de la escritura antes que los fenicios, según está probado por sus inscripciones, sólo entonces podrá exigir a los asiáticos la aceptación de sus dogmas y datos arbitrarios. Entonces también podrá preguntar burlescamente cómo es que no se perciben huellas de semejantes civilizaciones. La decantadísima cultura europea puede algún día ser destruida con mucha mayor facilidad que lo han sido las anteriores, pues que Europa no tiene ni las construcciones titánicas y ciclópeas de los antiguos, ni siquiera sus pergaminos para conservar la memoria de los idiomas y artes existentes. Su civilización es demasiado reciente y el desarrollo de ella demasiado rápido para dejar cualquier reliquia positivamente indestructible de su arquitectura, artes o ciencias. Aun sin tener en cuenta la general destrucción que generalmente caracteriza a los trastornos geológicos, ¿Qué hay en toda Europa que pueda considerarse indestructible?; ¿Acaso sus efímeros palacios de cristal, sus teatros, sus caminos de hierro, su frágil mobiliario, o sus telégrafos, teléfonos, fotografía y demás aparatos?. Todo ello está a merced del agua y del fuego. Las últimas maravillas modernas pueden ser aniquiladas por la mano de un niño, y los diarios y revistas, esos harapos de pocos días, esos efímeros libros expuestos siempre a ser devorados por la polilla. Además, ¿Por qué excepción absurda de las leyes naturales habría de escapar la civilización europea al destino común?. De las clases inferiores de la sociedad, de esas grandes masas que forman la inmensa mayoría de las naciones es de donde escapan en gran número los que sobrevivan y éstos nada saben de artes, de ciencias, de lenguajes ni de nada que no sea imperfectamente lo suyo. Por eso cuando Mr. Sinnett hubo de interrogar a su Maestro acerca del «pasmoso progreso humano», éste le contestó: «Semejante avance de vuestros descubrimientos debiera ser indicio para vuestra intuición de que lo que consideráis como *descubrimientos* son meros *redescubrimientos*, que perfeccionáis siguiendo la luz del progreso, pero, al evidenciarlos no sois los primeros en explicarlos, por aquello de que lo que antes hemos oído en la infancia, es luego lo que más fácilmente aprendemos».

El Maestro citado por Sinnett, termina diciendo: «Si, como se asegura, las naciones occidentales se han separado del tronco ario, es evidente que las razas que por vez primera poblaron a Europa eran inferiores a la Raza-Raíz que tuvo por sus instructores a los Rishis pre-históricos y a los libros de los Vedas. Lo que nuestros antepasados aprendieron en el secreto de los templos no se perdió, sino que ha alcanzado hasta nosotros, que ahora nos dedicamos simplemente a mejorar sus detalles diversos». (3).

Por supuesto que semejante separación del tronco ario es la que podemos llamar histórica, pues la antehistórica se cifra toda en el famoso Itinerario de Io, de la Atlántida a la Ariana a través del mediodía de Europa, corriente de retorno, de otra infinitamente más

antigua y también de Oriente a Occidente, por el Continente septentrional ya dicho, que es la primitiva o de los Rishis o Pitris, de que nos hablan las tradiciones jaínas e indas.

Zoroastro, por eso, pregunta a Ormuzd, el Hombre Solar o Pitri, en el *Vendidad-Sadé* (2º. fargard o canto): — «¿Quién es, oh soberano señor, el primero que habló contigo?» — A lo que aquél responde: — «El primer hombre que alcanzó a hablarme fue Yima, el gran guerrero, cuando a la cabeza de sus valientes venía camino del sol: ¡Camino del *Airyana- Vaejo!*!».

En este breve pasaje, en efecto, está contenida la esencia toda del jainismo, esencia que se esparce por los libros sagrados de aquel antiquísimo pueblo atlante y post-atlante, por cuanto nos habla del Hombre celeste primitivo: Ormuzd y de su reflejo terrestre : el legislador Yima, el jina que, según Firdusi, conquistó al mundo de los *negros*, o sea el Rama vencedor de los javanas en la tradición paralela del pueblo indo (Osiris, Dyonisios, Hércules, etc., de otras tradiciones).

En nuestros días tenemos una pálida y equivocada noción del jainismo como religión troncal. Unas cuantas ideas fundamentales sobre él son, pues, convenientes para continuar este capítulo.

El jainismo, junto con el induismo, el zoroastrismo y el sabeismo constituye la religión troncal y más antigua de la India. Contra lo que pudiera creerse a juzgar por las enciclopedias, ninguna de las cuatro es inferior ni mejor que las otras ni anterior en fecha, porque las cuatro vienen a ser como facetas idénticas de una misma joya religiosa hoy perdida y que más que Magia o Magismo pudiera llamarse Religión-Sabiduría primitiva o de los Rishis, antes aludida por el Maestro y profesada por los adeptos de la Buena Ley salvados de la catástrofe atlante y que tras el Itinerario de Io o simbólica «huida de Egipto» mosaica, se dispersaron desde Ariana hacia Egipto, Persia e India propiamente dicha.

Al presunto fundador del jainismo se le suele llamar *Rishi-abha-deva*, o sea literalmente «el más brillante y anciano de los primitivos Padres, Pitris, Budas o Rishis (los Hijos del Amanecer del Manvantara)», que dicen las Estancias de Dzyan). Él, con otros 28 profetas, según unos (cuatro veces siete grupos de instructores), o con muchos más, quizás 49, — los simbólicos «Cuarenta y ocho capitanes y su jefe», que han dado título a la más clásica de las novelas japonesas — empezaron su lucha por el Ideal y por eso se les llamó *Jinas* o *Conquistadores* con las armas de la más pura doctrina moral, científica y energética que puedan *imaginar* los hombres. Porque como dice la Maestra H. P. B. en la Introducción de la D. S., las porciones secretas de la metafísica de Gautama el Buda (llamadas *Janna* o *Diana, Dan* o *Chhan*) por grandes que parezcan, sólo constituyen una parte del gran Tronco. El reformador indo, al par que limitó sus enseñanzas públicas al aspecto puramente moral y filosófico de la Religión-Sabiduría, reservó las verdades ocultas para un círculo escogido de sus Arhates, quienes recibían la iniciación en la famosa cueva *Saptaparna* del Mahavansa, cerca del monte *Baibhâr* o *Webhâra*, junto a *Rajagriha*, la antigua capital de *Magadha*. Esta cueva era la llamada de *Cheta* o de *Fa-hian* por arqueólogos como Desler. El tiempo y la fantasía humana disminuyeron la pureza y profundidad de estas enseñanzas al ser llevadas a China, Japón, Siam y Birmania.

«*Janna*, añade, en los antiguos libros significa «la reforma de uno mismo por la meditación y el estudio». De ella proviene *Dzan, Djan* y *Dzyan*. (Edkins, *Chinese Buddhism*, p. 123) y por eso la Doctrina Secreta como el último Jina o Tirtankara jaíno histórico no difiere de la de los brahmanes iniciados de su tiempo, pues aquel era indo y

Kshatriya, discípulo de los *dos veces nacidos* (brahmanes iniciados o *Dvîpas*). Muchos orientalistas han oído hablar de la *Doctrina del Alma*, es decir, de la enseñanza secreta del Maestro, sin comprender su importada y significado. Por eso el misterio del *Nirvâna* ha excitado en vano la curiosidad de los sabios, creyéndole «la absoluta aniquilación».

«Hacia 1820 empezaron en Europa las investigaciones sanscritánicas y orientalistas, que se fijaron sólo en la corteza de las religiones antiguas, no en su *interno* significado, encerrándose en un círculo vicioso con disertaciones contradictorias relativas al culto fálico, más bien que al verdadero simbolismo.

«Esta es la razón del porqué se permite hoy la publicación de estos nuestros meros bosquejos de algunas pocas verdades fundamentales de la secreta Doctrina arcaica» (4).

Desde una edad muy remota, Persia concibió la historia del mundo como una serie de ciclos o revoluciones a cada una de las cuales preside un profeta. Cada profeta tiene su hazar o reinado de mil años (kiliasma), en serie de edades análogas a las de los Budas de la India, y todos juntos componen la trama de los acontecimientos que preparan el reinado de Ormuzd. Al fin de los tiempos, cuando el ciclo de tales *kiliasmas* se haya agotado, empezará el paraíso definitivo. Entonces los hombres vivirán dichosos, la tierra será una en todo y no habrá sino una lengua, una ley y un gobierno para todo el mundo». (*Yasna XIII, 25*; Teopompo *De Iside et Osiride*, p. 47).

Pero Renán se equivocó al juzgar tamaño hecho con su acostumbrado criterio simplicista. Los grandes y los pequeños profetas llamados «conquistadores o jinas» por el Jainismo primitivo, se suceden sin interrupción en el mundo, aunque entre ellos, como en la Matemática cuya ley rige por entero al Cosmos, existan *categorías*, al modo de las unidades de diferentes órdenes en la numeración. Todos, en ínfima esfera por supuesto, hemos sido alguna vez *profetas* por aquello que decía Cicerón de que «jamás ha habido un hombre faltó alguna vez de la divina inspiración, según de antaño viene comprobado». El último de los segundos de un siglo que pone fin a una época, siendo un mero y despreciable *segundo*, equivale a la época entera, al tenor de la leyenda del grano de granada. Todos, en verdad, somos eslabones de la gran cadena evolutiva; entre cada ser y el de por bajo o el de por cima media una cantidad ínfima, por mejor decir un matemático *infinitésimo*, y así se completa la magna Escala de Jacob, por la que ascienden los hombres y descienden los jñas o «ángeles», pues que «devas» o «ángeles» por excelsos que se sean, o han sido, o son, o han de ser hombres. Por eso Pablo el iniciado aseguró que un día hasta juzgaríamos a los ángeles.

El sublime *Risharbhadeva* o primer Tirtankara jaino recibe infinitos nombres más, todos alusivos a sus dones incomparables. Suele, en efecto, llamársele también *Mahavira* o Viraj (Kabir) primitivo; *Nirgrantha-Arhata* o «nirvana grantha arhata» (literalmente «el arhat que enseñó, como después Buda, el camino o escala del Nirvana y la Ley»); *Vardhamanú* o «Tronco de la humanidad presente»; *Vrich-abha*, el «Toro», el «Buey Nardí» primitivo, y en fin, Yina, el del diálogo antes transcrito. Todas estas palabras son derivadas a su vez del primitivo *Sensar, Zendo-shar* o «Zendo real», lengua sacerdotal secreta de la que más tarde naciese el sánscrito conocido.

Para dar una idea de la antigüedad de la doctrina jaina, dicen los textos más o menos exotéricos de los Naskas, que aquel «Varón divino» o Kabir, nació en Ayodhya y vivió 8.640.000 años (cifra equivalente de 2 por 432.000 por 10 años) (5). De ellos la mitad, o sea un Mahayuga, como asceta, es decir, fuera de este mundo (prólogo del Mahayuga), y el



resto como rey divino, venido de Venus, el planeta de la diosa Anaith, Nana o Nana-askha del ciclo de 4.320 años, Kabir o «Espíritu Planetario» que ha dado nombre a los principales libros religiosos o Naskhas en los que consta una ínfima parte de su celeste doctrina. La muerte o «tránsito» de este divino Ser se dice acaecida en Guzérate, junto al lugar elegido que se llamó luego de Somnath-Patana, detalle importantísimo que lo identifica con el Krishna de Mahabharata. Entre esta su muerte de hace unos 5.000 años y la muerte del último de sus Djinas sucesores han de contarse en lo futuro cien mil millones de *océanos* de años, dando a cada océano o «inmensidad» el valor de cien trillones de *palyas* o grandes y viejos ciclos. Pero el valor del palya a su vez es la «cifra de años necesaria para agotar el contenido de un pozo de cien leguas en cuadro lleno de cabellos humanos, del que sólo se retira un cabello por siglo»... Renunciamos a hacer la operación aritmética adecuada para traducir a cifras semejante período *jina* porque el lector alcanzará a comprender que con cantidad semejante, que a milímetro por cifra acaso podría dar la vuelta a la Tierra, hay lo bastante para encuadrar en ella toda la existencia pasada y futura de la misma nebulosa de la Vía Láctea a la que por nuestro Sol pertenecemos.

A semejante Manú primordial suceden en los textos jainos otros muy típicos, y decimos típicos porque podrían constituir otros tantos jalones para la moderna evolución darwiniana tal como en Oriente se conoce desde luengos siglos, a saber: Suparsva (la svástica); Somati (la tea roja); Padma-prabha (el loto); Sam-vava (el caballo); Adjita (el elefante); Vardhamana-mahavira (el león) y Abbinandana (el mono), etc., etc., y por cierto que el repetirse aquí para el «manú-león» el nombre del kabir primordial que en los textos védicos recibe el de «Nara-singh», que significa lo mismo, es a nuestro juicio otro precioso dato filológico de la antigüedad jaína ya que en la lista clásica de los manús conocida de todos los teósofos por haberla diseñado H. P. B. aparecen después del Mastya-avatar (pez siluriano) y Varaha (el verraco), Nara-singh (el hombre león); Varuna (el homúnculo), Anu-mán (el hombre mono) y Rama o Krishna (el hombre ario), es decir, tres tipos humanos posteriores y que como tales figuran ya como héroes jinas en diversos poemas religiosos. (6).

En torno de estos grandes kabires o conquistadores victoriosos dominadores del Mal sobre la tierra, se agrupa todo un pueblo escogido, pueblo semi-fantástico o legendario y semi-histórico al que hemos consagrado el modesto ensayo titulado *El libro que mata a la Muerte, o Libro de los Jinas*, como seres intermediarios que dice el jainismo entre los devas o dioses y los hombres mortales, y a los que la catástrofe atlante no afectó como a nosotros. Semejante pueblo habita en un verdadero paraíso o «mundo superior e invisible de cuatro dimensiones» que diríamos hoy, cuyo nombre de *Airyana-Vaejo* («fuente o cuna de los arios») figura hasta en la epigrafía española de los íbero-romanos. (Véase Hübner: *Corpus inscriptionum latinorum* y nuestros artículos de Epigrafía romana en el Boletín de la Real Academia de la Historia, años 1900 a 1912). La doctrina *samsara* jaína establece esta serie de Jerarquías Ocultas en las que no nos podemos detener, y en las que se progresa evolutivamente sólo en aras de la virtud, pero virtud al tenor de la etimología posterior latina, de *vir*, varón esforzado, y de *vis*, fuerza, por la meditación, el ejercicio de la voluntad en un recto sentido, la pureza, la paz y demás austeridades sensatas, todas abarcadas en un Amor al Ideal que ha de ser conquistado por el esfuerzo del hombre mortal camino de ese paraíso jina del Airyana-Vaejo, de donde acaso hemos venido al nacer y seguramente hemos de retornar al morir, llevados por la *Huestia* o «Santa Compañía» del mito celta-

---

parsi-asturiano al que hemos consagrado uno de los últimos capítulos de nuestro libro *La Esfinge*.

«Baillo ha probado por completo, dice H. P. B., que hay demasiada semejanza de una parte entre las tradiciones de Egipto y de otra con las de Persia para que ello se deba a pura casualidad. Las leyendas de los magos persas pasaron a las «fábulas» griegas y hoy son cuentos populares. Los cuentos del rey Arthur y de sus Caballeros de la Tabla Redonda son también cuentos de hadas, a juzgar por las apariencias; y sin embargo, están basados en hechos que pertenecen a la historia de Inglaterra. ¿Por qué, pues, la tradición popular del Irán no ha de ser parte integrante de la historia y de los sucesos prehistóricos de la Atlántida? Esta tradición popular dice que antes de la creación de Adán (o época actual) vivieron en la tierra dos razas, una después de otra: la de los *Devs*, que reinaron siete mil años y la de los *Peris* o Izends, que sólo reinaron dos mil, aunque todavía existían aquellos. Los devs eran fuertes, gigantescos, malvados; los peris, por lo contrario eran más pequeños de estatura, pero más sabios y bondadosos. En estas dos razas, pues, tenemos a los gigantes atlantes y arios o Rakshasas del Ramayana, de un lado, y a los hijos de Bharata-varsha o la India, de otro, es decir, a las gentes ante-diluvianas y post-diluvianas de la Biblia. El rey de los Peris — Paras o Pitris indos — era Gyan — la Gñan, Jñana o Sabiduría Oculta —, a quién también se le llamaba Gian-ben-Giam o «el hijo de la Sabiduría». Su escudo, tan famoso o más que el de Aquiles, le servía de protección contra los ataques de la magia negra, la *brujería* de los devs. Ya llevaba Gian-ben-Giam reinando dos mil años cuando a Iblis, el Demonio, «el Adversario», le fue permitido por Dios derrocar a los Peris y arrojarlos al otro extremo del mundo. El propio escudo mágico de aquél no pudo vencer a este último porque Iblis era el agente del Karma o Destino de las razas».

«Toda la literatura de los magos persas, o mazdeísmo es ocultista, es decir alegórica y simbólica. Su dualismo nació de la mera interpretación exotérica, porque la letra muerta de los textos religiosos es semejante en todas partes y en todas ellas «mata, no vivifica». El santo Airyaman, el divino destructor de Agri Mainyu (que es su mismo aspecto obscuro) es el Daeva de los Daevas, que concede la felicidad cuando se le invoca en la oración de la Air-yana-ishyo, (*Vendidad. Fargard* XIX y XX). Así el parsi y el mobed cuando fijan su vista durante el sacrificio en el Baresma o vástago divino del «Árbol» de Ormúzd, transformado en un manojó de llaves metálicas, podrán admirarse de cuan poco les ayudan en sus ruegos ni el gran Amesha-Spensas, ni el áureo Haomas, ni el Vohu-Mano de los buenos pensamientos ni el mismo Rata u ofrenda del sacrificio, porque para ser otra vez «sanyasi» o sacerdote el hombre tiene que curarse a sí mismo antes que pueda hacerlo a los demás, llevándolos por el camino que conduce hacia el blanco Haoma, el Saokereno Haoma está en el Cielo lo mismo que en la Tierra».

Esta y no otra era la doctrina de los primitivos güebros, los Megh o Meh-avas, jinas que hubieron de extenderse por todos los países, cuando hasta en nuestra misma España pueden verse todavía numerosos recuerdos parsis o güebros, según hemos evidenciado en *El tesoro de los lagos de Somiedo* al ocuparnos de las regiones asturianas de Pesoz y del Narcea. Aun se dice *güebra* en el lenguaje agrícola de la región extremeña para designar ciertas labores del suelo, y la creencia en el Airyana-Vaejo es algo que sobrevivió entre los propios iberos a juzgar por la epigrafía de esta última comarca española, donde figura como llevamos dicho. *Güebra*, en fin, según Hyde (*De Religione Persarum*, cap. 29), viene de

*gabiri* o *kabiri* designando a los primitivos «adoradores del Fuego», del Fuego Primordial de los cielos donde el propio Sol toma su luz.

No terminaremos el capítulo sin consagrar unas palabras al pretendido dualismo zoroastriano que se pretende en vano hacer semejante al cristiano de Dios y del Diablo, y estas palabras no van a ser nuestras sino del autorizado pandita L. J. S. Taraporewala, en reciente conferencia en la sede teosófica de Adyar (traducción de Francisco Várela). Dice este sabio:

«Todos los grandes profetas han buscado solución al problema del mal, y aunque hayan sido distintos los puntos de vista en las diversas épocas y países, ha existido una semejanza fundamental en la manera de tratarlo. También Zoroastro consideró este problema en su aspecto característico e hizo de la doctrina del *Asha* (*asha* o *assa* es «curación» y de aquí los esenios o «curadores» a los que perteneció el propio Jesús), la piedra angular de sus enseñanzas... Para él *Asha* significa progreso en una dirección definida; la vida sobre la tierra significa un esfuerzo constante para hollar este sendero, y sería por consiguiente, un esfuerzo constante, una continua actividad: lo que los indios llaman *Yoga-karma* o la Yoga de acción. Aún más, el profeta esperaba de todos sus prosélitos que serían activos participantes en este aspecto del *Asha*, y consecuentemente, lo que ayudase a tal progreso sería el bien y lo que tendiera a evitar este adelanto sería el mal».

Zoroastro predicó sobre la existencia de dos Espíritus; pero su doctrina no era en modo alguno dualista. La idea del dualismo apareció realmente durante los últimos tiempos de su religión; pero en vida del Instructor y según sus propias palabras, la idea que él expone es en rigor no dualista... No es dualista en el sentido de concebir dos Poderes coeternos y equilibrados, uno Bueno y otro Malo que estén en perpetua lucha entre sí... El concepto que tenía Zarathushtra es algo esencialmente diferente. Dos Espíritus luchan entre sí: el Espíritu del Bien (*Spento-Mainyush*) y el Espíritu del Mal (*Angro-Mainyush*); la antítesis el uno del otro en todos los aspectos... pero no se puede considerar, en dos puntos muy importantes, que formen un sistema dualista... En primer lugar, el conflicto existente entre ellos está sujeto a término. Aun los libros más antiguos hablan del triunfo final del Espíritu del Bien y de la desaparición de su complementario el Espíritu del Mal... y hasta el mismo Profeta declara categóricamente en sus *Gâthâs* que el Mal perecerá al fin. Por lo tanto, se ve claramente que no podemos afirmar con razón que Zoroastro enseñase que existen dos Poderes *eternos* y equilibrados, ya que uno de estos debe dejar de existir al fin (*Yasna*, XXX, 10).

Pero todavía hay otro aspecto en la doctrina de Zoroastro quizás más fundamental en contra del dualismo: los Espíritus no se han creado a sí mismos como debiera esperarse en un sistema dualista; los dos emanaron y son la creación de *Ahura-Mazda*. Estos dos Espíritus gemelos emanaron de El, el Eterno Señor de toda vida, y actuando juntos crearon y mantienen la totalidad del Universo manifestado. No obstante, en ninguna parte de los *Gâthâs* se declara en tales términos que los dos fuesen creados por *Ahura-Mazda* o que fueran emanación de El; pero como el profesor A. V. W. Jackson dice muy bien, estos dos Espíritus:

No existen independientemente, sino relacionados entre sí; *se unen en la unidad superior de Ahura-Mazda*; existen desde el *principio del mundo*; pero su oposición se manifiesta únicamente en el mundo visible.

---

Por otra parte, en el Yasna XIX, 9, Ahura-Mazda habla de los dos Espíritus como de sí mismo, implicando que los dos emanaron de El. Este pensamiento no es explícito; pero podemos deducir de él que los dos Espíritus representan la doble emanación del Eterno cuando exhala la manifestación. Pueden compararse a Purusha y Prakriti del sistema Yoga, con Ishvara sobre y allende ambos. Ishvara emanó a los dos Gemelos en el acto de la manifestación: Espíritu y Materia o Purusha y Prakriti... Estos son los Grandes Espíritus gemelos de la antigua religión de Zoroastro y representan los dos polos sobre que gira el conjunto de la evolución. Aunque aparentemente opuestos en todos los aspectos, **ambos** son necesarios para crear y mantener el universo manifestado. Esta oposición está expresada clara y eficazmente en los Gâthâs (Yasna, XXX, 4):

Cuando estos Espíritus gemelos se manifestaron en el principio, establecieron Vida y No-Vida...

Y en otro lugar declara Zarathushtra (Ibid, XLV, 2):

Hablaré de los Espíritus gemelos al principio de la Vida; cuando el más Puro hablaba de esta manera al Perverso:

Nunca armonizarán nuestros pensamientos ni nuestras doctrinas; nunca armonizarán nuestras aspiraciones ni nuestras creencias, palabras y acciones; jamás armonizarán nuestros corazones, ni aun nuestras almas.

La primera anotación precedente es muy significativa: «Ellos establecieron Vida y No-Vida». Esto constituye su oposición fundamental, y nos autoriza para decir que corresponden exactamente a Purusha y Prakriti o Espíritu y Materia. Esta nota es de hecho la expresión más clara y categórica que pueda encontrarse en las Escrituras zoroastrianas acerca de la fundamental diferencia entre los dos Espíritus. Todavía podremos comprender mejor su posición, si consideramos que representan, en cierto sentido, dos fases de la eterna obra de Dios: creación y disolución. En este sentido, con la más perfecta lógica, se han atribuido ciertos males al Espíritu del Mal, como la creación de calores y fríos extremados, de plagas, de gusanos y animales nocivos. Según pasa el tiempo y las enseñanzas del Profeta retroceden hacia el olvido, una nueva y curiosa idea empieza a ofuscar la idea original de los dos Espíritus. Los últimos teólogos zoroastrianos parecen haber olvidado que la destrucción también forma parte de la actividad divina; que lo que llamamos el mal no es más que el aspecto aparentemente destructivo de su trabajo de renovación y progreso del universo.

Esto ha dado lugar a un señalado divorcio de las funciones de Angro Mainyush (el aspecto Materia o No-Vida de Dios), y en la misma proporción en que se alejó de su creador al Espíritu Malo, se identificó a Spento-Mainyush con Ahura-Mazda... Y posteriormente, en los tiempos sasánidas (representados por la Teología del Vendidad) no encontramos al Espíritu Malo y Bueno oponiéndose entre sí, sino al mismo Dios oponiéndose al Espíritu Malo. Sería interesante investigar hasta qué punto influyeron en esta creencia las doctrinas del Judaísmo y Cristianismo (y también por la forma popular del Buddhismo, con su huestes de demonios y de malos espíritus): bastará decir que en el Vendidad, Angro-Mainyush se ha convertido de ángel de Dios en su mayor enemigo; muy parecido a lo que le sucedió a Satán «cuando cayó del Cielo». Según leemos en el primer capítulo de Vendidad, cuando Ahura-Mazda creó varios hermosos países para que su

pueblo morara en ellos, Ahriman, contracción de Angro-Mainyush, sembró varias plagas para expulsar al pueblo de sus hogares. Esta última idea de Ahriman es claramente anti-filosófica y desde luego opuesta a las enseñanzas de Zarathushtra, quien como hemos visto no admitía la posibilidad de que alguien se igualara a Dios, y seguramente este último concepto ha dado lugar a que muchos extranjeros creyeran que la religión de Zoroastro es dualista.

Sea cual fuere la historia posterior del Espíritu del Mal en la Teología irania, no se puede dudar de que el concepto original enunciado por el propio Maestro en sus Gâthâs es la explicación más pura y filosófica que puede darse al problema de la existencia y origen del Mal. Las dos expresiones Vida y No-Vida transmiten la verdadera esencia de sus enseñanzas. Debe observarse, sin embargo, que los Gâthâs no contienen sus enseñanzas en el debido orden; los versículos aislados parecen ser los puntos fundamentales de un sermón, y cada uno de ellos contiene uno o más pensamientos que deben meditarse para que el conjunto se presente como un sistema filosófico conexo. En el presente caso únicamente podemos tomar las anotaciones dispersas en los Gâthâs y otros himnos y conducirlos hacia un lógico significado.

La primera conclusión que podemos deducir de la misma definición de los Espíritus gemelos «que establecen Vida y No-Vida» es que ambos son los dos polos de la propia Fuente eterna de toda vida; que ambos son, si se nos permite la metáfora, la Primera creación y los Primeros Ministros de Su Voluntad: El absoluto desea manifestarse, y de Unidad se convierte en Dualidad. Angro-Mainyush es tan necesario para la creación y manifestación como el Espíritu Bueno, según se evidencia muy primorosa y poéticamente en el *Sraosha Yasht* (Yasna LVII). En dicho texto y en el primer versículo, se describe como Sraosha ofrece homenaje a todos los Seres que han ayudado a crear el Universo:

Entre las criaturas del Gran Ahurâ,  
El fue el primero en adorar al Eterno,  
El primero que adoró a los Santos Inmortales.  
Los Seis que permanecen alrededor del trono de Maada.  
El primer adorador también de los *dos Mantenedores*,  
*Los Creadores gemelos*, que construyeron juntos,  
La múltiple creación que nos rodea.

Sraosha (la Obediencia) adora o reconoce como la suprema manifestación del Eterno a los dos Mantenedores, los Creadores gemelos. El Espíritu debe unirse con la Materia para que pueda realizarse la totalidad de su grandeza. El Bien triunfará finalmente del mal, dice la teología zoroastriana a través de su historia. Y el caracterizar el Mal como No-Vida, implica que cuando el Espíritu vuelva a la Eterna Vida, de la que originalmente emanó, únicamente la Materia aparecerá como el Mal. En otras palabras, considerado en sí mismo el Mal tiene mera existencia negativa.

La segunda deducción es que en relación con la conducta humana el Mal está en el mundo para que nos esforcemos en aprender a subyugarlo. La vida para un verdadero creyente de Zarathustra es un constante y ardiente esfuerzo no solamente para ser bueno sino también para combatir y vencer el Mal, que ha de ser para el zoroastriano una especie

de estímulo que oriente sus determinaciones. El Mal viene a ser algo semejante a Mefistófeles en el Fausto, cuando dice de sí mismo que su espíritu no perecerá:

Parte de aquel poder que aunque lucha por el mal, sin embargo, hace el bien.

Otra deducción más remota de estas ideas es que se deja al individuo en completa libertad para escoger su puesto en la lucha. El zoroastriano ardiente debe *mantenerse firme sobre sus propias piernas*. Ni profetas ni sabios intercederán por él; nadie le ayudará a llevar su carga. El Señor Zarathustra indica el sendero y permanece como un ejemplo glorioso para todo el género humano, y está presto para guiar e inspirar. Cada individuo es completamente libre para escoger su sendero en la vida, y una vez elegido debe dar todos los pasos por sus propios pies. El ser humano tiene en su composición un principio llamado *urvan*, que se traduce generalmente por «alma». El significado literal de esta palabra es «el que escoge», y es por lo tanto aquello que dentro del hombre capacita para escoger, entre lo bueno y lo malo, lo temporal y lo eterno. Zarathustra ha dado su mensaje; cada individuo debe escucharle para elegir por su propia cuenta, y una vez elegido la ley del karma interviene.

Vemos, pues, que el Señor Zoroastro ha desarrollado una solución satisfactoria del problema del origen del Mal, ha enseñado que el Mal no es más que el aspecto negativo de la Vida Divina al establecer la No-Vida. El Mal no puede existir por sí mismo, sino que depende de Dios, en busca del cual hollamos el Sendero de Asha. Verdaderamente terrible es Angro-Mainyush, ya que tiene el poder de ponernos a prueba con felicidades materiales que desaparecen posteriormente. Él ha tentado a todos los Grandes Sabios a menudo con éxito: intentó probar al Maestro mismo (y tentó en los últimos momentos a Buda y Cristo) aunque fracasó en la prueba. Cuando venció esta última tentación (Vendidad, cap. 19), el Maestro ascendió a su completa gloria, como Jagat-Gurú, el Maestro del Mundo, como **ZARATHUSTRA**. (El de la Áurea luz...). Entonces explicó a los hombres que el Mal era en realidad la sombra, el reflejo de la Luz Eterna, del propio Dios. Él había vencido a Angro-Mainyush y por lo tanto tenía el poder de explicar a la humanidad la verdadera naturaleza del Mal...».

Tales son las enseñanzas zoroastrianas que nos da el sabio pandita hindú. Pasemos ahora al Jainismo-Zoroastrismo.

## NOTAS AL CAPÍTULO II

(1) Para completar los pasajes citados de las religiones y la Vaca séanos permitido agregar hoy este lindo cuento acerca de la Vaca... Astral que debemos a uno de nuestros mejores amigos:

«En la primavera de 19\*\*\*, dos hermanas mías fueron a pasar unos días de vacaciones a la pequeña estancia de X, situada a la margen del río Y, silencioso tributario del Uruguay, que corre dulcemente entre hermosos bosques. La tierra de la estancia es negra y profunda, el cielo azul y sereno, los ríos tranquilos como inmensos remansos, el sol ardiente, el aire puro y fresco y la Vida parece temblar de placer en todas sus manifestaciones. Como todo retazo del Uruguay, es aquel un lugar saturado de cuentos y leyendas, de tesoros escondidos y de fantasmas. No sé si es el mágico encanto de sus noches de luna, de sus cielos sembrados de estrellas, de los misteriosos ruidos de sus bosques, de los dulces cantos de las aves que resuenan en aquellas soledades en tristísimos ecos, lo que despierta en el alma de los criollos esa sospecha vaga de sucesos extraordinarios, o si por el contrario son hechos «más concretos» lo que da motivo a esas leyendas que afirman misteriosas realidades. Puede ser que sean las dos cosas: el alma inclinada al misterio por una u otra circunstancia, ve por fin y oye lo que no oye el cuerpo. El dueño de la estancia era un gaucho alto y seco, de movimientos y hablar pausados, profundo y sabio como suelen ser casi todas las personas que por haber vivido en íntimo contacto con la Naturaleza la han observado mucho; pero era tímido y hasta inocente como un niño. Cuando venían visitantes a la casa, si eran gentes del campo como él, salía a recibirlos el primero, saludándolos alegre en su ruda manera y agasajándolos con aquello que la vida ruda y viril de los campos puede ofrecer, pero si eran gentes de la población, «puebleros» de esas «gentes de muchas palabras» y «cumplimientos» que además se ríen por lo bajo de las costumbres y maneras de desnuda nobleza de los hijos del campo, entonces a don Ruperto (así vamos a llamarle) no se le veía aparecer, y la «patrona», su mujer, tenía que hacer los honores. Tímido, avergonzado, se apartaba, ensillaba su caballo y salía a «recorrer el campo» o se le veía a lo lejos por los «galpones» ocupado en algo y silbando o canturreando algún aire sencillo para hacerse el distraído.

Algunos de los vecinos de don Ruperto, gentes ávidas de poseer siempre más, aprovechándose de su aversión a toda suerte de pleitos y rencillas, no desperdiciaban ocasión de arrebatarle lo que podían de su ya por cierto bien diezmado patrimonio. A menudo sucedía que alguno de sus vecinos, entendido en los tejemanejes de las leyes hechas por los hombres, construía un nuevo alambrado y le quitaba una tira de campo al bueno de don Ruperto que desde luego protestaba, pero en vano. Cuando mis hermanas llegaron allí invitadas por la «patrona», que era la que hacía y deshacía en los más de los asuntos, don Ruperto sintió también el escalofrío de siempre ante los «puebleros»; pero mis hermanas, muchachas tan sencillas y simples como ellos, pronto hubieron de inspirarle confianza, dando así motivo a que él se mostrase el mejor compañero y el mejor contador de cuentos en las cortas veladas de aquellas espléndidas noches de primavera. Allí, a la

argentada luz de la luna subtropical, en el jardincito del lado de oriente, junto a la pequeña casa de campo, se reunían todas las noches después de cenar, desde el «patrón» hasta el más ínfimo de sus peones, y la conversación casi siempre versaba sobre pasados hechos de otros tiempos en que «los hombres eran mejores», sobre las «cosas maravillosas de las ciudades» que hacen abrir los ojos grandes a los hombres del campo, o sobre emocionantes asuntos de «casas asombradas», «apariciones» y fantasmas, que no son menos maravillosos.

Una noche, después de haberse todos retirado a dormir, mientras la luna ascendía todavía por el arco del cielo, estaban aún las muchachas conversando en el lecho antes de coger el sueño, cuando oyeron unos golpes como dados con los nudillos de los dedos, en los hierros de la cama. Al principio, creyeron que era una broma de alguna compañera que quería divertirse un poco; pero pronto hubieron de convencerse de que los golpes no procedían de ninguna persona de las que allí estaban. Mis hermanas entonces acostumbradas con la mesita y el sistema de golpecitos del Espiritismo, comprendieron que se trataba de «espíritus». Entre un poco de temor y un poco de jarana siguieron los golpes por un rato, mas luego cesaron del todo. A la noche siguiente en las mismas circunstancias repetíanse los golpes en las camas en medio de la expectación y los comentarios de las muchachas de la casa, que por más que habían oído muchos cuentos, nunca se habían encontrado cara a cara con un fenómeno tal, cuando con gran sorpresa vieron aparecer por la ventana que daba al jardín una enorme vaca al parecer de color castaño. Metió su gran cabeza y sus dos patas delanteras por la ventana, dio un gran bramido y desapareció. El susto fue regular, y desde aquella noche no quisieron dormir más en aquella habitación, habiendo de transportar todas las camas al comedor, pues no había otra habitación disponible. Pero allí seguían los golpes más fuertes y más insistentes todavía, dando ocasión a que viniesen don Ruperto, la patrona y todos los miembros de la familia a ser testigos de lo que ocurría. Don Ruperto dijo entonces sentencioso que «donde había tesoros escondidos andaban almas en pena», y al efecto enseñó una cartita que hacía tiempo había recibido de un viejo amigo de su padre, muerto ya, en la que le decía que en su casa había un «entierro», y que si quería compartir con él la mitad de lo que allí había, él vendría desde el distante lugar de Z y le indicaría el sitio en que debía buscar. Don Ruperto no había contestado a esta carta.

En esto se oyeron debajo de la cama, al parecer en los alambres del colchón, dulces sonidos como si templaran un instrumento de cuerda de poéticas voces y no tardaron en oírse las conocidas notas del vals «Sobre las olas», que sonaba suave, armonioso, causando en los presentes la natural estupefacción y deleite. Cuando cesó la música, la más joven de mis hermanas comenzó el siguiente interrogatorio:

— Si hay dinero enterrado en la casa dé tres golpes sobre la mesa —.

Y ante la sorpresa general, tres golpes fuertes, resueltos, sonaron sobre la mesa como dados por un recio puño, sin que como en ninguno de los casos anteriores pudiera apreciarse su causa.

— ¿Dónde está el «entierro»? Si está en el cuarto de Fulano, dé tres golpes; si no está allí, dos —.

Y dos recios golpes como los primeros sonaron sobre la mesa.

— Si está en tal otra parte dé tres, si no, dos.



— Y dos golpes idénticos volvieron a hacerse oír en medio del silencio y expectación general. Y así sucesivamente fueron nombrando lugares hasta llegar al comedor.

— Si está en el comedor dé tres golpes, si no, dos —.

Y esta vez tres golpes más recios que cualquiera de los anteriores sonaron sobre la mesa turbando el silencio de la noche.

— ¿En qué lugar está? — Al decir esto, un pedazo de periódico que había en un rincón vino a situarse, como impelido por invisible fuerza, en el centro del comedor. Todos los circunstantes sentían el escalofrío que produce la conciencia de la proximidad de cualquier fenómeno no ordinario en que el alma humana juega algún papel, a pesar de lo cual, los que habían creído de buena fe en mil consejas y leyendas, no quedaban al parecer completamente libres de toda duda. El último hecho del pedazo de periódico venía así a despertar la sospecha de un posible engaño o coincidencia, y se pensó que el papel podría haber sido arrastrado por una corriente de aire, que desde luego no podía venir desde la esquina del comedor, más cuando era aquella una noche de perfecta calma tropical. Así, convinieron en exigir otra seguridad:

— Si el papel no ha venido casualmente – demandaron -, que vuelva al rincón y venga de nuevo a situarse donde está —.

Y he aquí que el pedazo de papel, cual si impulsado por una voluntad propia, fuese rectamente al rincón donde había estado, volviendo enseguida a situarse en el centro de la habitación. ¡Quedaba así en el ánimo de todos los presentes la seguridad de que allí, en el comedor de aquella humilde casa de campo, había un tesoro escondido!.

Para abreviar diré que los «espíritus» declararon que había otros dos «entierros» más importantes en el bosque; pero éstos sólo podían ser revelados a la mayor de mis hermanas, la «menos valiente», la cual había de ir sola, de noche y con un pico, al bosque, el «espíritu» la guiaría. Pero pedir esto era pedir lo imposible; todos los tesoros del mundo no habrían sido bastantes a hacerla dar aquel paso. Era una niña todavía. Don Ruperto tímidamente objetaba si no podría él acompañarla siquiera fuese desde lejos, pero las condiciones eran terminantes y rígidas: sola, de noche y con un pico, debía salir de la casa, atravesar a pie toda aquella extensión de campo iluminada por la melancólica luna e internarse luego en el oscuro bosque, poblado de ruidos misteriosos, de chirridos de aves nocturnas, de tristes rayos lunares que se filtran por los claros del ramaje, haciéndose más extraños en su contraste con la sombra y de millares de luciérnagas que flotan en inquieta turba luminosa de cárdenos reflejos en aquel mar de oscuridad, dándole el más fantástico aspecto.

Voy a truncar el breve relato de estos sucesos en el punto que muchos creerán más interesante. Poco tiempo después mis hermanas abandonaron la estancia. No puedo afirmar si se encontró tesoro o no, pero algunos indicios me inducen a creer que sí. Y en el bosque, en el negro y húmedo seno de la tierra, junto al pie quizá de algún roble centenario, quedan desde luego los otros dos que sólo podían ser revelados a una tímida niña, según lo declararon aquellos buenos seres para nosotros invisibles.

Mas los tesoros en sí no tienen tanta importancia dado el título de este cuento. La aparición de aquella vaca bastante más grande que una vaca vulgar, dentro de un dormitorio, metiéndose sin hacer ruido por la ventana, desde cuyo borde inferior al suelo había más de un metro de altura, dando un gran bramido y desapareciendo como por

encanto, me parece lo más importante. Jamás habíamos oído hablar de la Vaca Astral simbólica en aquellos tiempos. Hoy sí hemos oído y queremos humildemente someter este relato como contribución al acopio de los que ya existen de las andanzas de la emblemática Vaca en nuestros tiempos. Hemos hecho tan bien como hemos podido un retrato de don Ruperto, porque nos ha parecido ver en él uno de esos hombres a quienes «aman los dioses» por su natural virtud. Siempre que hemos leído historias de sucesos de esta naturaleza o parecidos, empezando por los cuentos de *Las mil y una noches* y terminando por aquel indiecito que veía pasar la Vaca todas las tardes, de que nos habla en su libro *De gentes del otro mundo* nuestro maestro el señor Roso de Luna, hemos visto que los privilegiados eran personas humildes que poseían un noble corazón, como también lo posee don Ruperto».

(2) «Existen numerosos restos y huellas de las antiguas civilizaciones, añade la hermosa obrita. Sin embargo, mientras haya honorables caballeros que sin oposición de nadie intervengan en las sociedades arqueológicas y asiáticas y clérigos cristianos que escriban historias y religiones supuestas de las naciones no cristianas y que presidan las sesiones de los orientalistas, se obligará a la antigüedad y a sus restos, en todos los ramos, a ser tributarios del cristianismo moderno y del antiguo judaísmo.

«La arqueología está muy lejos de saber dónde se desarrollaron otras civilizaciones muchísimo más antiguas, excepto unas pocas con las que ha tropezado, y a las que ha asignado sus respectivas edades, guiada las más veces por unas falsas cronologías bíblicas. Ahora bien, es harto discutible el que Occidente tenga así derecho a imponer a la Historia Universal las pobres cronologías de una pequeña y desconocida tribu judaica, rechazando al mismo tiempo todos los datos y tradiciones legados por los escritores clásicos de las naciones que no fueron cristianas ni judías. Por el contrario, si se hubiesen aceptado con la misma buena voluntad datos procedentes de otros orígenes, se hubiese adquirido ya la certidumbre de que no sólo en Italia y otros puntos de Europa, sino también en lugares no muy lejanos de aquellos que se ha acostumbrado a considerar como asiento de las antiguas reliquias — Babilonia y Asiría — existen otros sitios en donde pudieran hacerse excavaciones con más provecho. El inmenso «Valle Salado» de Daslit-Beyal en el Korassán cubre las civilizaciones más antiguas del mundo. El desierto de Shamo ha tenido tiempo de transformarse de mar en tierra y de fértil llanura en páramo, desde el día en que la *primera* civilización de la Quinta Raza o Aria abandonó sus «reliquias» ahora desconocidas y quizá ocultas para siempre bajo sus arenas desiertas.

«Los tiempos han cambiado y están más y más cambiando. Las pruebas de las antiguas civilizaciones y de la Arcaica Sabiduría, se acumulan de día en día. Aun cuando soldados fanáticos y sacerdotes dogmatizadores han quemado libros y profanado antiguas bibliotecas; aun cuando el abandono y los insectos han destruido anales de un valor inestimable; aun cuando bien pocos siglos hace se hayan hecho hogueras con las obras de las razas arcaicas americanas más civilizadas; aun cuando Omar calentó durante meses los baños de Alejandría con los tesoros literarios del templo de Serapis; aun cuando los libros sibilinos y otros libros místicos de Roma y de Grecia fueron destruidos en las guerras; aun cuando los hindúes del Sur, invasores de Oeílán, «amontonaron en piras tan altas como los cocoteros» las *ollas* o libros budistas y les prendieron fuego para celebrar su victoria, aniquilando así anales primitivos de la mayor importancia; aun cuando, en fin, ese

vandalismo odioso y sin sentido ha degradado a la mayoría de las naciones guerreras, sin embargo y a despecho de todo, existen aun pruebas abundantes para poder hacer la historia verdadera de la Humanidad y de tiempo en tiempo salen a la luz trozos de estas pruebas mediante lo que la ciencia llama «felices casualidades».

(3) Claramente explica H. P. B. las causas de haberse borrado tales huellas, cuando dice en la D. S.: «Llegó un tiempo en que los Misterios fueron decayendo, y borrándose de la memoria de los hombres la naturaleza verdadera de la Ciencia Sagrada y de su Iniciación en ella. Desde entonces sus enseñanzas se hicieron ocultas y la Magia fue conocida bajo el nombre, venerable pero expuesto a error, de Filosofía Hermética. Como el verdadero Ocultismo había prevalecido entre los místicos durante los siglos que precedieron a nuestra Era, así la Magia, o más bien la Hechicería, con sus artes ocultas, siguió al comenzar el Cristianismo.

«Grandes y celosísimos fueron los esfuerzos llevados a cabo por el fanatismo durante aquellos primeros siglos para borrar hasta la más ínfima huella de la obra de los paganos, pero, todo en balde. Aunque el oscuro genio de la intolerancia y del fanatismo hayan adulterado sistemáticamente desde entonces todas las brillantes páginas escritas en los períodos anteriores al Cristianismo, la historia misma en sus vacilantes anales ha conservado bastante de lo que ha sobrevivido de aquellos períodos para arrojar una luz imparcial sobre el conjunto.

«Deténgase, pues, el lector en los mil años que antecedieron y en los que siguieron al nacimiento del Cristianismo. Este suceso, sea o no correcto desde el punto de vista histórico ha sido, no obstante, constituido en el primero de los múltiples baluartes erigidos contra la vuelta posible aún de un solo vislumbre de las tan odiadas religiones del pasado, religiones odiadas y temidas por lanzar tan vivida luz sobre la interpretación nueva e intencionadamente velada de lo que ahora se llama «la Era de Gracia».

«Por sobrehumanos que fuesen los esfuerzos de los primeros padres de la Iglesia para borrar la Doctrina Secreta de la memoria de los hombres, todos ellos han fracasado. Si se consideran los millares y quizás millones de manuscritos quemados; los monumentos reducidos a polvo con sus indiscretas inscripciones y simbolismos pictóricos; la multitud de ermitaños y ascetas primitivos vagando entre las ruinas de las ciudades del alto y bajo Egipto, por valles, desiertos y cordilleras buscando con ardor obeliscos, columnas, rollos y pergaminos para destruirlos si contenían el símbolo de la Tau o cualquiera otro de los que se hubiese apropiado la nueva fe, se comprenderá fácilmente que haya quedado tan poco de los anales del pasado. Pero la verdad jamás puede ser destruida y cualquier tentativa de raer de la faz de la Tierra todo vestigio de la antigua Sabiduría, encadenando y amordazando a cuantos puedan dar testimonio de ella, está condenada al fracaso.

«Muchos Padres de la Iglesia estudiaron estas doctrinas y hasta hubo alguno que se hizo iniciar en los Misterios antiguos, durante cuya celebración se representaban alegóricamente las doctrinas ocultas.

«El endiablado espíritu fanático del cristianismo primitivo y medieval, así como el del islamismo, gustaron siempre de vivir en tinieblas e ignorancia. Ambos han ensangrentado hasta el sol, han hecho., como dijo un autor, una tumba de la tierra, de la tumba un infierno, y del infierno mismo una aún más tenebrosa oscuridad. Ambas

religiones han conquistado sus prosélitos con la punta de la espada y construido sus templos sobre millones de víctimas humanas. En el pórtico del siglo I de nuestra Era brillaron fatídicamente estas siniestras palabras «**EL KARMA DE ISRAEL**». Sobre los umbrales del nuestro podrán los profetas del porvenir leer otras palabras no menos siniestras referentes al karma de la historia falsificada astutamente; de los sucesos desnaturalizados de intento, y de grandes caracteres calumniados ante la posteridad y destruidos hasta hacer imposible su reconocimiento entre los dos carros de Jagarnnâtha del Fanatismo y del Materialismo, el uno aceptando demasiado y el otro negándolo todo. ¡Sabio es aquel que se mantiene en el punto medio y cree en la justicia inmanente de las esferas!... Como dijo Faizi Diwan, aquel «testigo de los maravillosos discursos de un librepensador que pertenece a un millar de sectas», en la asamblea del día de la resurrección, cuando las cosas pasadas sean perdonadas, los pecados de la Ka'baláh serán perdonados también en gracia al polvo de las iglesias cristianas». A lo que Max Müller añade: «Los pecados del Islam *son tan dignos como el polvo del Cristianismo y en el día de la resurrección, tanto cristianos como mahometanos verán la vacuidad de sus doctrinas religiosas*. Los hombres luchan por la religión en la tierra: en el cielo encontrarán que sólo existe una religión verdadera, la adoración del **ESPÍRITU** de Dios», o en otras palabras, el lema del Maharajah de Benarés adoptado por la Sociedad Teosófica de *Satyát Nasti Paro Dharmah*. (No hay Religión o Ley superior a la Verdad)».

(4) «La religión jaína, dice también H. P. B., sostiene que el Budismo que conocemos ha derivado de sus dogmas y que el verdadero Budismo existía muchos siglos antes de Siddharta Sakya-Muni, más conocido bajo el nombre de Gautama el Buda. Los Brahmanes, en efecto, poseen anales y documentos auténticos que nos hablan de la encarnación del primer Buda en la Virgen *Arany* o «Luz divina», muchos millares de siglos antes de J. C. en la isla de Ceilán. Claro es que los brahmanes rechazan la idea de que el dicho primer Buda fuese un avatar de Vishnú, sino un mero reformador del Brahmanismo de aquel tiempo. La historia dicha está registrada en el *Nirdhasa*, y en la cronología brahmánica, fijándose la fecha de la gran revolución budista y las guerras religiosas subsiguientes,... en el año 4620 antes de J. C.

Claro es, que Gautama Buda, el hijo del rey de Kapilavastu y descendiente del primer Sakya Muni por línea paterna, era de la casta guerrera o Kshatryia y por su parte no inventó la filosofía por él predicada. Filántropo por naturaleza, sus ideas se desarrollaron bajo la tutela de un Tirthankara, el famoso Gurú jaína. Por eso la religión jaína pretende que su antiquísima filosofía es el tronco secular del cual el propio budismo contemporáneo no es sino una mera rama y que los jaínos mismos no son sino los secuaces del primer Buda a quien le fue permitido el permanecer en la India después de la expulsión de todos los demás budistas primitivos, debido probablemente al compromiso que con los brahmanes le ligase, y es bien extraño el que tres religiones tan distintas y enemigas como lo son el brahmanismo, el budismo y el jaínismo coincidan tan perfectamente en sus tradiciones y cronología... Los Budas sucesivos históricos, no son dioses, sino sencillamente individuos iluminados por el Espíritu de Buda, es decir, por el Rayo Divino, que más o menos cobija también a todo hombre... El sabio desinteresado que quisiese estudiar cuidadosamente la literatura jaína en los millares de libros que se conservan, o mejor dicho que se hallan escondidos en número de unos 20 mil en la Rajputana, Junelmere, Patán y otros lugares,

encontraría, principalmente entre los más antiguos, una perfecta identidad de pensamiento filosófico, ya que no en los ritos populares, entre jainos y budistas... y si remontándonos aún más atrás siguiendo las huellas jainas en aquellos soberbios hipogeos glorias de la arquitectura y la escultura inda, y en sus anales de antigüedad, asombrosamente increíble, nos vemos forzados a admitir que son ellos los únicos descendientes verdaderos de los primitivos poseedores de la vieja India, despojados más tarde por aquellas misteriosas y conquistadoras hordas de brahmanes de blanca piel a quienes se viese vagando desde el principio por entre los valles del Ganges y el Jumna. Los libros de los srawaes, los descendientes únicos de los arhates o jainos primitivos, los desnudos ermitaños de las selvas prehistóricas podrían arrojar mucha luz en más de un embarazoso problema. Pero, ¿alcanzarán acceso nuestros sabios europeos a semejantes volúmenes ínterin prosigan en su línea peculiar de estudios? Lo dudamos mucho. Pregúntese sino como han tratado los misioneros europeos a aquellos manuscritos que han caído desgraciadamente en sus manos y se verá entonces si podemos echar en cara a los jainos el que así traten de salvar de la profanación a «los dioses de sus padres».

(5) «El carácter sagrado del ciclo de 4.320 años, dice H. P. B., depende del hecho de que las cifras que lo componen tomadas separadamente o unidas en diversas composiciones, son todas y cada una de por sí símbolos de los más grandes misterios de la Naturaleza. Verdaderamente, ya se considere el 4 por separado, o el 3 por sí mismo, o los dos juntos haciendo 7 y también los tres números 4, 3, 2, sumados dando 9, todos ellos tienen su aplicación a las materias más sagradas y ocultas y registran las obras de la Naturaleza en sus periódicos fenómenos eternos. Son números que no yerran jamás y que se prestan constantemente revelando ante los que estudian un sistema verdaderamente divino, un plan inteligente en la Cosmogonía que resulta en divisiones cósmicas naturales del tiempo, de las estaciones, de las influencias invisibles, de los fenómenos astronómicos, con su acción y reacción en la naturaleza terrestre y aún hasta la moral; en la muerte, en los nacimientos, en el desarrollo, en la salud, y en las enfermedades. Todos estos sucesos naturales están basados en el proceso cíclico del Cosmos mismo, produciendo agentes periódicos, los cuales obrando desde afuera afectan a la Tierra y todo lo que vive y alienta en ella desde el principio al fin del Manvántara».

(6) Para nosotros el nacimiento del Mahavira en Ayodhya es una glosa posterior de procedencia claramente brahmánica, merced a su confusión con Krishna, el jina subsiguiente. Más verosímil es su nacimiento en Kundagrana o Videha, siendo su padre Siddhartha, un *chattriya* o guerrero de la primera casta, pues no debe olvidarse que el induismo posterior introdujo el régimen de castas, desconocido del primitivo jainismo, y puso delante de los «guerreros del Ideal» los sacerdotes veladores u ocultadores de este Ideal mismo, haciendo de la ya segunda casta no unos guerreros del idealismo, sino un brazo armado de ellos para la defensa de sus religiosas suplantaciones. La madre de Mahavira en los textos exotéricos es Trisala, de la familia del rey de Magadha tan célebre luego en la leyenda del Buddha de Kapilavastu, rama del viejo tronco jaino que ahora nos ocupa.

*Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

En cuanto a los citados manús y sus posibles relaciones simbólicas con los periodos de nuestra Geología, véase el capítulo «La Tierra y el Hombre» en el tomo de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur*.

## CAPÍTULO III

### JAÍNISMO-ZOROASTRISMO

*Todos los géneros literarios clásicos tienen sus precedentes en otras tantas obras jaínas. — Cómo fueron conocidos en Europa los primeros libros zendos. — Naskas o Nana-askhas, las venustas doctrinas de los vascos de Occidente-Nana o Anait, el planeta Venus y sus cronologías quirítarias. — Los Zoroastros. — Los Gautama-budas primitivos. — Zoroastro y los «Diálogos» platónicos. — «Zen-Avesta» o doctrinas del Irán. — El libro del «Vendidad» y los orígenes arios. — Los primeros sasánidas. — «Avesta», o «enseñanzas de los «ava» o «abuelos», es decir, doctrina jina tradicional. — Los «Siddhantas», los «Itihasas» y el «Visparad». — El «Ayriana-vaejo, «Isla blanca e imperecedera de otras teogonias», cuna de la primera Raza-Raíz de nuestros «pitris». — El «Yasna» o libro de los sacrificios. — El «Khorda-Avesta». — Los aryas del Rig Veda y los primeros zendos de los valles superiores del Oxus y el Iaxartes son unas gentes mismas, y sus antecesores son los jaíno-atlantes. — Los «izeds» y los «peris», cuyas leyendas pasaron al libro de «Las mil y una noches». — El simbolismo de la «svástica» o cruz jaína. El hombre espiritual crucificado en la cruz de su propio cuerpo. — Relaciones de dicho simbolismo con los del Martillo de Thor, Thot o Hermes, etc. — Más sobre estos particulares interesantes.*

Como puede verse en cualquier Enciclopedia moderna, las investigaciones de manuscritos zendos y sánscritos perseguidas sistemáticamente hace 20 años bajo la dirección de Bühler, Bhandarkar y Peterson, aunque con el estrecho criterio occidental y positivista de siempre, han demostrado que todos los géneros literarios clásicos tienen sus precedentes en otras tantas obras jaínas: epopeyas, dramas, poesías líricas, novelas, tratados gramaticales, obras de todas las ciencias empezando por la Astronomía y acabando por la Historia, hasta el punto de que los mismos brahmanes, enemigos irreconciliables y no pocas veces falsificadores malvados de las viejas doctrinas teosóficas del jaínismo, en más de una ocasión se han visto obligados a alabarlas francamente, imitándolas casi siempre, ni más ni menos que hicieran también los griegos. (1).

Pero ante todo y sobre todo las obras jaínas troncales son eminentemente religiosas dentro del criterio sintético de que nada de esta vida debe dejar de ser considerado sino en relación con la otra: con la vida jina o superior, precedente obligado y lógica consecuencia de aquella. En este sentido cuantas obras se asignan hoy al zoroastrismo, mazdeísmo o parsismo son efectivas obras jaínas dadas en épocas posteriores aunque lo suficientemente antiguas para entroncar con los últimos o quizá con los primeros tiempos atlantes, cuando la raza aria nacía, porque conviene no olvidar que el magismo parsi en sí no es sino una degradación ceremonial ulterior con vistas ya al exotericismo religioso con explotaciones o sin ellas.

El nombre genérico que quizá convenga mejor a dichos libros es el de *Naskas* o *Naskhas*, tan típico en la literatura posterior del zoroastrismo; pero dicho nombre nos parece una contracción del nombre compuesto *Nana-askhas* o sean literalmente las doctrinas venustas de los primitivos askos o vascos occidentales, porque los mismos griegos posteriores siempre afirmaron la existencia de una antiquísima tradición religiosa venida de Occidente (Jardín de las Hespérides) cuando el famoso itinerario de Io, itinerario tradicionalmente conservado bajo velo en el propio éxodo israelita del Pentateuco, éxodo no del Egipto a Palestina simplemente, sino del país de los faraones originarios, región rífea o de los «fir» o «far», es decir, occidentales (2).

La primera parte *Nana*, *Nanae* o *Anait* del referido nombre compuesto, alude claramente en efecto al planeta Venus, el astro gemelo de la Tierra, de donde, como es sabido, se dice que descendieron los primeros reyes divinos (*Maha-djinas* o *Maha-viros*) como guías e instructores de los primeros hombres atlantes y lémures. Nana, en efecto, es la Nanea griega, la Venus babilónica y suscita muy anterior a los años precristianos de 2.400 (época aproximada del éxodo celta), cuyo culto se dice por los grandes autores que fue llevado a Babilonia por Sardánapalo y en realidad no sólo a Babilonia, sino a todos los países occidentales por cuanto en la propia península ibérica todavía se dice «el año de Nana» para designar lo más remoto en el tiempo y en el espacio, y en la historia primitiva de Roma se nos habla de las guerras habidas entre patricios y plebeyos por el calendario y la posesión del gran secreto en que eran guardadas las cronologías «naneas» o «venustas» por los patricios o *kyrites*, es decir, los hombres arios o de raza solar venidos al Lacio muchos siglos antes del éxodo de Eneas con sus troyanos fugitivos a las comarcas de Italia, venida cantada bajo velo por la *Eneida* de Virgilio. El Quetzalcoatl mexicano (el Arjuna o Hércules oriental que según el Mahabharata pasó a poblar el Pâtala, es decir el antípoda americano) es también un instructor venusto, «la culebra luminosa», personificador entre aquellas gentes del propio planeta Venus y de sus secretas cronologías de nueve meses por año (3).

Los transmisores sucesivos de estas venustas enseñanzas constituyen la larga serie de instructores de diferentes épocas designados con el nombre genérico de *Zoroastro*, todos de la remota época de los Achemidas o Askemidas, predecesores de los sasánidas, tantas veces nombrados en el libro de *Las mil y una noches*. *Zoroastro*, a su vez (el Ζωροοοxyρης griego) es una corrupción del iranio *Zarathustra*, nombre, en fin, compuesto de *Zara* (¿conductor?) y de *Ustra* (camello, o quizá *vaca*), con lo que venimos a tropezar sin pensarlo con un primieval «conductor del camello» o «camellero» y «caravanero» que no parece sino un precedente jaíno del propio Gautama-Buda, cuyo nombre de *Gautama* equivale a vaquero o «conductor de la vaca», como es sabido.

En los diálogos platónicos *Xantus* y *el Alcibíades* se hace también de Zoroastro un hombre solar o venusto, pues que se le designa como «hijo de Oromazdes» (el Horus mazdeísta). Plutarco, a su vez, le parangona con Licurgo y con Numa, los respectivos *Zoroastros* o instructores de griegos y romanos y en cuanto a fechas de aquél, Hermodorus (sacerdote de Hermes) le hace 5.000 años anterior a la guerra de Troya, Xantus 6.000 antes de Xerjes y Eudoxio 6.000 años anterior a Platón.

El nombre más o menos genérico de *Zend-Avesta* con el que son vulgarmente conocidos los restos de restos de libros jaíno-zoroastrianos que empiezan ahora a llegar



entre nosotros, no quiere decir en el fondo más que «doctrinas del Irán», y en tal sentido expresa menos que el de *Naskas* la primieval filiación de los mismos.

*Zend* o Zan-ti (de *zan*, saber y *ti*, comentario), en efecto, significa la lengua meda del Irán. Ya hacia el año 500 antes de nuestra Era ella no hizo sino compilar entre los sasánidas posteriores aquellas enseñanzas ario-atlantes remotísimas de las que con razón ha dicho un autor moderno: «El libro del *Vendidad* que es una parte del *Zend-Avesta* nos conserva y transmite cosas de una época tan alejada en el tiempo que en ella aún no aparece constituida todavía la raza que llamamos irania, es decir, aquella raza que quedó en el Irán después que ella hubo eliminado de su seno multitud de elementos heterogéneos, o sea gentes de allí expulsadas y que han bastado para formar casi todas las poblaciones primitivas de Europa». Estos aborígenes de los valles de entre el Hindu-Kuch, las cadenas del Fughman y del Kuhi-Baba y las llanuras del Herat y del Korasán aún conservan el primitivo tipo güebro y aparecen todavía como pobres tribus más o menos nómadas — no se olvide que a todas estas gentes les conviene como a pocas el sobrenombre de «fugitivos» impuesto a todos los jinas por Mahavira y que tanto dice al ocultista — tribus que los medos sojuzgaron fácilmente. A ellas hay que referir también todas las gentes caspianas y armenias (más europeas que asiáticas) entre los que aún subsiste el culto del Fuego y del Árbol, y de las que los moradores del Faristán constituyen el mejor tipo. Los llamados «Magos» (Herodoto, III, 65 y 5.101) fueron simplemente una de estas tribus (Véanse las palabras correspondientes en la *Enciclopedia Hispano-Americana*, o en cualquiera otra). Sabido es, en fin, que los sacerdotes medos conquistaron la Persia con Ciro y Pseudo Smerdis y fracasaron con Dario. Su odiada religión subió al trono con Acdesir, el primero de los sasánidas, introductores ulteriores de las *sasana-devis* o *nautches*, bailarinas del templo o *sekinals* que a las claras revelan ya la corrupción consiguiente a un culto lunar y fálico, genuinamente brahmánico, con plegarias, música y canto, y que acarreasen su ruina, quedando el secreto de aquellas sublimes y puras enseñanzas primitivas sepultadas en viejos templos del desierto, albergadores de esas riquísimas, de esas maravillosas bibliotecas de las que nos habla H. P. B. en la Introducción de *La Doctrina Secreta*.

El nombre *Zend-Avesta* o mejor el *Avesta* de los zendos, no es a nuestro juicio sino una paráfrasis del genuino y primitivo nombre de *Naskas*, que es designación verdaderamente tradicional de los numerosos libros de aquel primitivo pueblo *ascánida*, vasco o ario-atlante que durante siglos hubo de guardarlos como el más inestimable de los tesoros.

«Avesta», en efecto, es equivalente a «ley, doctrina de los *ava*», o remotos antepasados (*ava*; *abuelos*), es decir, como siempre, «doctrina secreta» o *jina*, doctrina tradicional, que acaso hoy mismo nos hubiera podido dar las claves históricas de la Atlántida, si sus 31 o más libros no hubiesen sido en su casi totalidad quemados por Alejandro de Macedonia. Los sacerdotes sucesores a la ruina del imperio guerrero fundado por aquel azote de la Humanidad a la que ella, ciega, se obstina sin embargo en llamar «magno», recogieron los fragmentos dispersos que pudieron y con ellos, según su ya torpe y no iniciado entender, compusieron a su modo y antes de reinar los sasánidas, la colección actual de treinta y un *Nasks*, o *Naska* de los que sólo el llamada *Vendidad* está relativamente completo.

A la manera del *Corán* a Mahoma, se dice que los libros del *Avesta* o sean los *Naskas*, fueron revelados por Ormuzd a Zoroastro y por éste a Vichtasp (Hitaspes) rey de

---

Bactriana, conteniendo todos los secretos de la tribu de los Magos de la que, a más de Herodoto (loc. cit.) nos habla Ammiano Marcelino (XXIII, 6) y de las gentes de Ragha y Chiz, Chizarz o Atropatena (4) residentes en el corazón de la Media. Otros fragmentos no menos admirables del Avesta son los *Siddhantas* (tratados de magia sobre los *siddhis* o poderes taumatúrgicos); los *Itihasas* o libros acerca de *It* (el It mágico o Pez-Oanes cuya intervención, según *La D. S.* puso fin a los horrores de las luchas atlantes y post-atlantes, y al que hemos consagrado un capítulo en *De gentes del otro mundo*), el *Visparad* o Visperatava, con sus fórmulas litúrgicas (¿especie de «segunda Ley» o Deuteronomio?) y la *Yasna* o «lanas», a cuya filiación ya lunar o como brahmánica hemos aludido antes y que es la parte más moderna y menos elevada de las que componen la colección sagrada del Avesta (5).

Rhoda, Lassen y Haug han consagrado sendas páginas a comentar a su manera occidental los capítulos o *kardas* (palabra equivalente, como el latino *cardo*, a quicio, base o fundamento) y los *fargardos* o secciones del *Vendidad* que, como decimos, es el más completo. En esto se formula toda la Cosmogonía de los diversos mundos sucesivos que *Ahura-Mazda* declara a Zoroastro haber creado: el primero de todos el incomparable Airyana-Vaejo («la fuente de los arios»).

Vanas son en opinión nuestra cuantas pesquisas hagan los orientalistas acerca del verdadero emplazamiento terrestre de semejante región, ni más ni menos que las hechas por nuestros hebraístas acerca del paraíso del Génesis. No. El Airyana-vaejo no es la meseta de Pamir, «techo del mundo y centro de dispersión de los arios, ni la Bactriana entre el Oxus y el Iaxartes, ni la Media, ni la Armenia, ni Bagdhi o Baktres o Hapta-Hendu, ni las «Siete Cuevas» de otros autores, sino la *Isla Blanca*, la isla sagrada e imperecedera emplazada en todas las teogonías allende las regiones hiperbóreas, isla que fue cuna de la primera Raza-Raíz de esta Ronda, o sea de nuestros Padres, Kabires, Rishis o Pitris lunares y llamada, según *La Doctrina Secreta*, a subsistir durante todo el Manvántara. Su mismo carácter reconocido por todos los autores de «paraíso rodeado por infranqueable barrera», excluyen evidentemente todo concepto de tierra conocida y asequible. Sólo el Yasna (3, 17), libro ulterior a todos los otros, al menos en su segunda parte, la equipara o semeja a la «región del río Daitya», es decir, al jardín o paraíso de las Hespérides y de *Daitya* la más meridional de las dos islas atlantes hundidas en la segunda de las tres catástrofes atlantes de hace unos 200.000 años, dato precioso este último comprobador de las estrechísimas relaciones que venimos puntualizando entre los dos pueblos de jaíno-zoroastrianos (viejos bactrianos o avésticos) y atlantes.

Acerca del Yasna (¿Io-anas?), o libro de los sacrificios, conviene en efecto notar que consta de 72 capítulos en dos partes perfectamente definidas: la primera y más antigua o Yasna propiamente dicha, no hace sino resumir las enseñanzas más antiguas del Vendidad o Vidaeva-datem y del Vispered y en ella se contiene lo más selecto de la mitología del Irán; la vida (Spend-Nask) de Zoroastro (sec. XIII y XIV); las leyes religiosas y civiles como medio mágico de lucha contra los elementales o demonios que tratan de perdernos, y los principios de higiene y de medicina (sec. XX a XXII) que en ello pueden auxiliarnos. Ella tiene como tesoro el más precioso, sólo equiparable al del *Rig Veda*, cinco *gathas* o cánticos mágico-litúrgicos en dialecto arcaico, bactriano o avesto-zenzárico, (*haptan-haiti*). La segunda parte, mucho más inferior y moderna, llamada también *Khorda-Avesta* o Pequeño Avesta, es, como sus similares del Sama-Veda y del Atarva-Veda, una

rica colección de plegarias y adoraciones a los Amsaspand (Kabires o Espíritus de los siete Planetas) y a los izedes o dhyanchoanes celestes que presiden a nuestros días físicos. Entre ellos hay notables pasajes épicos más o menos relacionados con la tradición del Shah-Named de Firdusi, el Dinkard del siglo X y el Zardusht-Named del siglo XIII según los europeos.

Todo esto revela al investigador teósofo que los aryas del Rig Veda y los primeros persas o zendos de los valles superiores del Iaxartes y el Oxus bactrianos son unas gentes mismas y que los antecesores de unos y otros son aquellos jaíno-atlantes de los que venimos ocupándonos, verdaderos *izeds* en el sentido parsi de la palabra, que se dice reinaron siete o nueve mil años, siendo al fin substituidos por los *peris* o parsis «adamitas» que han sido tronco de tantas naciones desde hace más de dos mil años y a los que como «askemidas» de Burnouf, Lassen, Rawlinson y otros investigadores se refieren tantas inscripciones cuneiformes y tantas leyendas dispersas, algunas de las cuales acabaron pasando a la compilación famosa de *Las mil y una noches* sobre cuyo simbolismo ocultista hemos escrito nuestro ensayo *El Velo de Isis*. Las cuatro palabras de *Adam*, *Kurush*, *Khshaya-thya* y *Hakhama-nishya*, askeménides del célebre editor de Cyro, (siglo VI antes de J. C.) son perfectamente avésticas (6).

No terminaremos estos imperfectísimos ensayos sobre el Jaínismo-Zoroastrismo sin ocuparnos del gran símbolo que nos han legado dichas remotas gentes: el de la *Svástica* o *Cruz Jaína*, conservado en los últimos tiempos por la propia Francmasonería.

La esvástica, como es sabido, consta de una cruz ordinaria cuyos cuatro brazos iguales están doblados en ángulo recto. El equivalente de su figura es el llamado «molinete eléctrico» que puede verse en todos los tratados de Física, y ella misma en sí no es sino un cuádruple agregado de *escuadras* o ángulos rectos, o bien un cuádruple conjunto de otros tantos triángulos rectángulos si se une el centro de ella con los cuatro doblados extremos, extremos que, si se curvan y prolongan convenientemente pueden llegar a describir una circunferencia, pasando así el símbolo al consabido de la Cruz en el Círculo, de donde él es originario y cuyo simbolismo fundamental ha sido esbozado en el capítulo II de nuestra *Simbología Arcaica*, volumen que precede al presente. En realidad no hay una, sino dos esvásticas contrapuestas y de signo contrario, masculino-femenino, según la manera de estar doblados los brazos en sentido dextrorsum (según la marcha aparente de las estrellas en el cielo y de las agujas de un reloj) o en sentido sinistrorsum (marcha contraria del sol y de los planetas a lo largo del zodiaco). El primer simbolismo es de Magia Blanca, solar, del fuego o positiva, y el segundo de Magia Negra, lunar, negativa o del agua, anulándose entrambas cuando se sobreponen en la figura de un cuadrado perfecto. Para puntualizar entrambas esvásticas basta recordar que la positiva está representada por un hombre con el brazo derecho doblado hacia arriba; la cabeza hacia la izquierda, el brazo izquierdo doblado hacia abajo y la pierna izquierda doblada hacia la derecha. En realidad la esvástica, como la primitiva cruz, es el símbolo del hombre espiritual así crucificado en la cruz de su cuerpo, porque, como dice Annie Besant, en los primitivos tiempos del simbolismo, cruz y crucificado eran una cosa misma, y la cruz de nuestro cuerpo el sublime instrumento de nuestra glorificación por la obra buena que aquí realizamos tomando a nuestro cuerpo como el mejor de los instrumentos de lucha y de triunfo.

Dentro de lo inagotable de todo símbolo y más del presente (7) cabe derivar del de la esvástica, enseñanzas de alto valor relativas al enlace del jaínismo que la adoptase con

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

las demás religiones troncales que, mas o menos, han deducido de este simbolismo fundamental infinidad de otros que pueden servirnos para depurar tales nexos, a saber: por las cuatro escuadras, con el Martillo de Thor, Thot o Hermes, símbolo troncal del hermetismo egipcio, cuanto del primitivo paganismo norso, de los Eddas o proto-semitas; por los cuatro triángulos rectángulos, con el célebre símbolo de «los Desposorios», vulgarmente conocido por «teorema de Pitágoras», y con todo el pitagorismo; por su cruz interior con todo el mito de la crucifixión de los primitivos mexicanos, cuanto de los cristianos modernos, etc., etc., cosas todas que se irán apreciando en ulteriores capítulos.

## NOTAS AL CAPÍTULO III

(1) La historia de cómo se conocieron en Europa los primeros libros zendos es verdaderamente curiosa y reveladora de que la *casualidad* no es sino el juego de una desconocida ley «jina» de *causalidad* o juego trascendente de causas que hace lleguen al joven mundo occidental libros y documentos adecuados para irle sacando del pantano egoísta y positivista en el que yace aún. En el año 1723, el investigador Boucher recibió de los pelhevis o palis de Surate un ejemplar del *Vendidad Sadeh*. Llegado el libro a Europa constituyó el asombro del orientalista Anquetil Du Perron, quien hizo dos años después (1725) un viaje ex profeso a Persia con el fin de alcanzar a traducirlo. Llega Anquetil a la India y, tras mil peripecias merecedoras de un comentario ocultista, trae de los países arios en 1764 el *Avesta* y muchos otros libros que desencadenaron una verdadera tempestad contra él en los doctos, entre ellos Voltaire, que con su frívola mordacidad del tiempo de la decadencia griega, esa mordacidad nada moral bautizada para hacerla medio pasable con el vano nombre de *esprit*, nos habló «del falso Zoroastro» y del Hermes «tres veces falso», lo que no impidió se hiciese al fin la luz después de haberse permitido un investigador de la categoría de William Jones negar la autenticidad del *Avesta* en la revista de la Royal Asiatic Society (que a la sazón más parecía una revista *anti-asiática* y sectario-cristiana) aunque teniendo que admitirla, tras enconada discusión, en 1793. Desde entonces fue admitido el zendo como una lengua filial del sánscrito, de la que le hizo independiente Rask en 1820. Después en 1833, Bournouf publicó el primer comentario al *Yasna*, en el que resaltaba el completo parentesco de este último con *Los Vedas*.

(2) En cuanto al nombre vasco de «ak» o «ash», *La D. S.* nos enseña que es el nombre tanto del «árbol» o tronco norso y del «árbol» de la Teogonia de Hesíodo de donde nacieron los hombres primitivos o de la tercera Raza-Raíz y en tal sentido, es equivalente al «aza» y «asha» hebreo (llama y fuego producido por la leña cuando se quema); al «asha vattha» indo; al «gog-ard» helénico, al «zampun» tibetano, al «tizié» del Popul Vuh, etc., árboles, en fin, equivalentes al «árbol de la vida», del Génesis y al árbol santo de Ahura-Mazda de los libros que nos ocupan.

(3) No se crea que con lo dicho se han agotado las toponimias *naskas*. *Nas-ka-pi* es todavía el nombre de una tribu de pieles rojas del Labrador, llamada también de los algonquinos, entre las bahías Hudson y James. Naska o Nasca es el nombre de un río del Perú afluente del Palpa (Collango) y *Nashi* es el título asignado por Sacy a cierta escritura arcaica de los nómadas árabes, escritura — él dice del siglo IV de la Egira —, que a juicio de este gran filólogo es una transformación de la escritura cúfica o cuneiforme caracterizada por el «progreso» de los puntos diacríticos los cuales permiten distinguir las letras que ha hecho semejantes un abusivo uso.

(4) Atropatena es literalmente «la región o ciudad de los muertos», es decir, de nuestros queridos jinas, los que en el mito jaino de la *Huestia* han de salir a recibirnos en el otro mundo igual que al nacer nos recibieron también en éste.

(5) De los magos, entre muchos clásicos se ocupan Teopompo y Plutarco (*De Isis et Ostris* pág. 46-47) y demás que cita la obra de Alexandre Beltrand *La religión des Galois* al hablar de la historia de la Magia, cuyo origen se atribuye a estas gentes, siendo así que en su verdadero significado de «ciencia grande», «ciencia superior de los jinas», es tan antigua como el mundo mismo.

(6) La lengua de Persia propiamente dicha (Persi, de Parsa o Faristán sobre el Golfo Pérsico) es una de tantas derivadas del pehlevi, lengua a su vez de las más penosas de aprender según los doctos porque a la polifonía y a los nexos análogos a los del sánscrito se mezclan elementos siríacos y cuneiformes que complican las palabras. «Pan», por ejemplo, se escribe *lahma*, como en siríaco, y pronuncia o lee *nân* y al Sapor II, según Ammiano Marcelimo (XIX, 2), sus soldados le llamaban Saan-saan (Rey de los reyes) mientras que en las inscripciones se le llama *Malkan-malka*, o rey de los Mleckas u occidentales atlantes, como si dijéramos. Algo, en fin, de lo que en pequeño sucede hoy con la pronunciación sajona por los ingleses de las palabras que ellos han tomado de la escritura francesa, por cuanto en la abierta región comprendida entre la Armenia, los mares Caspio y Aral, por el Norte; la Arabia, el Golfo Pérsico y el Mar de las Indias por el Sur, han tenido que luchar y compenetrarse las influencias arias del Oriente y las siríacas o semitas de Occidente. Casi todas las etimologías bíblicas o mosaicas hay que buscarlas por tanto en ese país, cual la de la palabra «Adam», el primer hombre de carne, ora proceda de «tierra roja», ora de «adim», la piel, la superficie de la Tierra, porque su cuerpo fue creado con tierra de las cuatro partes del mundo: «la cabeza con tierra de Oriente, el pecho con tierra del Norte, el vientre con tierra del Mediodía y sus pies con tierra de Occidente».

(7) Acerca del carácter abstracto de todo simbolismo y la posibilidad de deducir de él infinidad de interpretaciones concretas y, como parciales, compatibles véase el capítulo de «El simbolismo del Circulo» en nuestro libro *Por él reino encantado de Maya; parábolas y símbolos*.

## CAPÍTULO VI

### JAÍNO-HINDUISMO

*Opinión de Csoma de Körös acerca de las escrituras fundamentales de parsis, hindúes y budistas. — Las múltiples ramas del Jainismo primitivo. — La «maya» budhista. — Los «jinas» hindúes o Kyrites. — Gran pureza de las tradiciones al Oeste del río Hindo. — Los indiatí de Anaquetil. — Los gimnósofos, de Alejandro Magno y otros pueblos del Hindo-Kuch. — Lo que del «Ramayana» dice H. P. B. — La guerra celeste o Taraka. — Precedentes de la Ilíada en el «Mahabharata». — La Sabiduría Oculta. — Alegorías filosóficas de aquellas grandes epopeyas y su simbolismo teosófico. — La «Tarasca» occidental. — Las austeridades yoguis de Taraka. — El Kumara misterioso y el «portador de la Lanza». — La aplicación continua de la ley de Analogía. — Aserciones erróneas de Max-Muller. — La lucha de los «Hijos divinos» con las negras fuerzas del mal. — Fábulas concordantes de Puranas y Brahmanas. — Una sospecha relativa al verdadero Mahabharata y a sus kurús y pandavas. — La pureza del Aitareya-brahmana. — Cifras cronológicas sobre lémures, atlantes y arios, con la de sus respectivas catástrofes. — Las «revelaciones» o dobles velos de los autores clásicos de las respectivas epopeyas. — Las invasiones arias. — Personalísimas opiniones de muchos sanscritistas. — Más sobre estos interesantes extremos del Jaíno-hinduismo.*

**E**l heroico investigador húngaro Alejandro Csoma de Körös, que se acercó más que ningún otro orientalista a la entraña misma del problema ario, dice con gran acierto: «El primitivo *Zend-Avesta*, las Escrituras sagradas de los adoradores del Sol, el *Aytareya-brahmana* y la *Tripitaka-budhista* fueron escritos en sánscrito originario o sacerdotal (zenzar), lengua sagrada de la que el zendo, el nepalés, el sánscrito brahmánico moderno y tantos otros, son simples dialectos, como son meras herejías o corrupciones de las puras enseñanzas monoteístas del Rig-Veda, el zoroastrismo, el brahmanismo y el budismo que conocemos».

Esta última doctrina es la reflejada por nosotros en los dos capítulos precedentes, donde hemos pretendido establecer con toda claridad la distinción entre la llamada Religión jaína y un jaínismo primieval nacido directamente de la Religión-Sabiduría originaria de los Rishis, Kabires, Viraj o Pitris de las tres primeras razas, Hombres Lunares, Solares y Venustos que se constituyeron desde hace unos cinco millones de años en Tutelares de la naciente Raza lémur (o tercera), y hace un millón de años cuando la Atlántida (raza cuarta) llegaba a su apogeo, en Tutelares también de la naciente Raza aria, o quinta raza. Semejante Jainismo, Cainismo o Doctrina tibetana de Dzian, Gñana o Sabiduría eterna, es, por tanto, el tronco de todas las religiones conocidas, y el estudiar su irradiación en cada una de ellas, antes y después de la catástrofe atlante, debe ser el tema de los ulteriores capítulos.

Es decir que, prescindiendo de detalles, tenemos que ocuparnos: *a)* del *jaínismo-zoroastrismo*, como acabamos de hacerlo en el capítulo precedente; *b)* del *jaínismo-brahmanismo* o hinduismo; *c)* del *jaínismo sabeo* o *caldeo*; *ch)* del *hermético* o *egipcio*; *d)* del *pagano* u *occidental*; *e)* del *budista*, *f)* del *pitagórico* o *griego*, *g)* del *mexicano* y del *inca*; *h)* del *ophita*; *i)* del *mosaico-cristiano*; *j)* del *sufii* o *mahometano*; *k)* del *jaínismo-shamanismo*, que en nuestros días como de antaño, vuelve a establecer el vínculo del gran tronco jaíno con la Religión-Sabiduría primitiva, o *Teosofía*, según del siglo IV de nuestra Era acá se dice. (1).

Porque la marcha seguida hasta aquí en los estudios de las religiones comparadas es la de establecer parangones entre unas y otras enseñanzas de los respectivos libros religiosos, pero perdiendo casi siempre de vista el oculto tronco común de donde todas salieran, tronco o «espíritu» que se adivina a través de todas ellas. Por ejemplo: la consabida doctrina de la «maya» buddhista o relatividad fugaz e ilusión de todo lo manifestado, ya aparece mucho antes en aquel viejo libro jaíno titulado *Amaramayakosha* (de *a*, partícula privativa; *mará*, amarga realidad que nos rodea; *maya*, ilusión, y *kosha*, envoltura, o sea, literalmente, doctrina filosófica «contra la envoltura de la llamada realidad»). El primitivo *Aytareya-brahmana* lleva asimismo en su propio nombre la radical vasca de *Ayta*, padre, significando algo así como «doctrina primitiva o de los antecesores» (*pitris*, *aytas*, *avas*) ni más ni menos que otras palabras vascas del *Avesta* zendo (2).

En este mismo sentido los *Djinas* o «conquistadores», los divinos guerreros del Ideal jaíno-zoroastriano, aparecen también en el propio nombre de *Hinduismo* o *Jinduismo* que más o menos injustamente se da a la ya degradada religión de los brahmanes post-védicos, como equivalente siempre a «religión de los jinas». Dichos «conquistadores» reciben en el venerabilísimo Rig-Veda, la maravilla de las maravillas para el mismo Max-Müller, el nombre de *arios* o «nobles guerreros», los *Αριοι* de los medos, según Herodoto, de la radical *ra* o *ar*, el Sol, que veremos luego entre los egipcios, o bien el *Kirites Ares*, «el guerrero solar», no el planeta Marte como se dice y cuyo nombre, *Lohi-tanga*, más bien recuerda al inquieto Logo o Loge de la teogonía escandinava, pero *ra* o *ar*, al combinarse con *ia* o *io* (elemento lunar) da para la palabra un carácter dual, lunisolar, andrógino y primitivo. Por eso, del mismo modo que el jefe de los *peris*, *paras* o *pitris* parsis o zoroastrianos vencedores de los devs o devas es *Jian-ben-Jian* («el jina hijo del jina»), el jefe de los arios es *Ra-ma* (el andrógino divino, el Hermes de los egipcios), de las dos radicales simbolizadoras respectivamente del padre y de la madre, del fuego y del agua, del cielo y la tierra (Urano y Gea), y demás pares de opuestos trascendientemente sexuados; el eterno enemigo, en fin, de los reyes tiránicos atlantes de la India y de sus sacerdotes explotadores: los *dasyas*, *ravanas*, o perversos del *Rama-yana*, los *sudras* del *Atharva-Veda*, lucha mal interpretada quizá por el ilustre Fabre d'Olivet (*La misión des Juifs, e Histoire philosophique*, t. I) como acaecida entre el monoteísmo y el politeísmo, el Toro y el Carnero astronómicos.

Todos los autores están por eso conformes en que las tradiciones arias son más puras y están mejor conservadas al Oeste de *Hind*, *Jind*, *Djin* o río Indo, en la Airya-zenda, el Elán o Ailán pelví, en el Erant parsi y el Eran, Airyán o Irán, persa, y por eso Endemus, casi contemporáneo de Darío, dice al nombrarlos : «los magos y toda la raza aria», es decir, los Reyes-pastores del Sapta Hindhú, los Indiati o Jaínos de Anquetil, que se hicieron invisibles (Este curioso incidente está relatado más al pormenor en el capítulo VIII de *El*



*libro que mata a la muerte*), como tales jinas, cuando el rey Darío quiso sojuzgarles; los gimnósofos que se rieron de la locura de Alejandro, los kirguises y devas nómadas de la Bactriana o de la Aria-vartha; los güebros parsis — la palabra *güebra* aún subsiste como supervivencia en el viejo lenguaje agrícola castellano —; los iranos propiamente dichos; los armenios, caucásicos y griegos de las dos riberas marítimas; los balto-eslavos, albaneses, celtas, germanos, italianos, etc., braquicéfalos concedores del cobre, del bronce y aun del hierro, pueblos todos a los que el venerable Rig-Veda hace salir de las vecindades del Hindu-Kuch y de Pamir e irradiar por todo el mundo post-atlante.

El *Ramayana* (¿Rama-yoni, la esposa de Rama?) es el prototipo literario mejor conservado alusivo a esa gran guerra entre los pueblos de la Buena Ley (magos de la derecha) y los de la Mala (o magos de la izquierda). Por lo mismo que en él se habla de la lucha entre hombres solares y lunares de la Atlántida, lucha perpetuada después entre los arios y los restos de los pueblos que sucumbieron en la gran catástrofe. Por eso, dice acerca de ello H. P. B.:

«Toda la historia de la lucha atlante entre los Adeptos de la Derecha y de la Izquierda está alegorizada por el Rama-yana de Valmiki, entre Rama, el primer Rey Divino de los primitivos arios, desterrado de Ayodhia por las intrigas de su suegra, y Ravana, personificación simbólica de la raza Atlante (Lanka o Aklán). Los primeros eran la encarnación de los Dioses Solares y los otros de los Lunares. Esta fue la gran batalla entre el Bien y el Mal, la Magia Blanca y la Negra por la supremacía de las fuerzas divinas sobre los poderes terrestres inferiores o cósmicos, la luna y la deidad de la mente (Manas), pero sólo en el plano inferior. En el Anugita, episodio del *Maha-bharata*, el brahmán dice a su esposa: «Por medio de mi ya he percibido asiento el que está en el Yo, y donde el brahmán mora libre de los pares de opuestos y donde la Luna juntamente con el Sol sostienen el propulsor del principio intelectual, y *Manas*, el Pensamiento, es doble: Lunar en su parte inferior y Solar en la superior, como dice un Comentario» (3).

Entrambos clásicos libros del *Ramayana* y el *Maha-bharata*, en medio de su carácter histórico con cargo a tradiciones dispersas de los pueblos arios, envuelven también una alegoría filosófica relativa a la eterna lucha entre el Bien y el Mal, que ya vimos al tratar del pretendido dualismo de Zoroastro, guerra *Tarâka* o *Taraska*, perpetuada hasta nuestros días en las fiestas religioso-populares, especie de primitivos «dramas lírico-religiosos», en los que no falta la *Tarasca* o *Monstruo* que aun se exhibe en Tarascon, la patria francesa del mítico «Tartarín», (el «tártaro» legendario, prototipo a su vez del frívolo *Tartarin de Tarascón*, de Daudet). «Tara-asca» o «vasca», es en sí un lazo más que une a todas estas cosas con las célebres ciudades atlantes, o *Tara* occidentales, como la mágica capital de la Irlanda que tanto papel juega en las leyendas del Gaedhil o «Galicia prehistórica», estudiada en el capítulo VII de nuestro libro *De gentes del otro mundo*, al que nos remitimos. ¡Tara, en fin, se dice aun hoy en castellano, para designar todo peso muerto o lastre, a la manera del «peso muerto» o «karma de dolor» consiguiente al pecado de la Atlántida!...

Dícese, en efecto, en varios himnos hindúes que las austeridades del yogi Taraka eran tan grandes que llegaron a temerle como rival los propios dioses y que el héroe Kartikeya, una especie de Krishna o Sigfredo nórdico, recibió los gloriosos sobrenombres de *Taraka-jit*, «el vendedor de Taraka»; *Kumara-guha*, «el joven virgen misterioso»; *Siddha-sena*, «el poseedor de los sidhis» o mago y *Shakti-dhara*, «el portador de la divina

Lanza», títulos, dice la maestra, análogos a los de Indra, el resplandeciente dios del firmamento cuando mató a Ahí o Vrita, el demonio-serpiente, y que conduce a las huestes de los devas contra las rebeldes a Brahmá. Es decir, en resumen y como concordancia con las luchas de los *Djinas* o Conquistadores jaino-zoroastrianos del capítulo anterior, que lo mismo estas luchas que las de Rama y Ravana en el Ramayana; la de los kurús y pandavas o de Vasishtha y los Rakhsasas en el *Mahabharata*; la de los Asuras de Taraka-maya contra los devas en los *Puranas*, o las de los titanes contra los dioses en la *Teogonía* de Hesiodo, no son sino una doble o múltiple alegoría histórica de grandes «guerras» o revoluciones astronómicas y también, dentro de la suprema ley de analogía que preside a todo, de las grandes guerras entre los magos de la buena Ley y los hechiceros o «gigantes» rojos y negros, en los últimos tiempos de la Atlántida.

Estas aserciones sí que son una base histórica mucho más fuerte que la que Max-Müller ha tenido la pretensión de declarar que se ha encontrado «para tratar científicamente acerca de las primitivas religiones, por existir una relación natural entre ellas y las lenguas. Los tres centros ario, semita y turanio de estas son los mismos que los de aquellas.» Pues, como dice H. P. B., este sabio «acostumbra a poner la historia y los hechos al servicio de sus particulares conclusiones, como cuando pretendió demostrar por la ley fonética de Grimm que *Odin* y *Buddha* son dos personajes diferentes. Las contradictorias opiniones entre los filólogos y orientalistas más eminentes en punto a cronologías, desde Martín Haug hasta Max Müller, son pruebas de la falsedad «histórica» de aquella afirmación... Y en cuanto a los vínculos clarísimos que enlazan unas con otras a las tradiciones y libros religiosos, no hay sino añadir que así como el experto ojo del joyero distingue en el acto la áspera y grosera concha de la ostra de la perla pura e inmaculada, encerrada en su seno, tocando su mano la concha sólo para coger su contenido, así también el verdadero filósofo lee entre las líneas de los *Puranas* las sublimes verdades védicas y corrige la forma con la ayuda de la Sabiduría Vedantina. Nuestros orientalistas, sin embargo, nunca perciben la perla bajo la espesa envoltura de la concha y obran en consecuencia.» Todos cuantos libros religiosos del pasado desde los de Hesiodo hasta los de la América precolombina, tratan de cosmogonía, destrucción y renovación de los mundos, genealogías divinas, grandes períodos lunares, dinastías, batallas, etc., tienen su equivalente elocuentísimo en esas complicadas fábulas que los *Puranas* y *Brahmanas* han tejido intencionadamente en torno de la simbólica doctrina oculta, atesorada en los *Vedas*, aunque se haya dicho en cierto apólogo hindú que sólo el *Mahabharata*, sin duda por su raigambre atlante, pesó en la Balanza de la Justicia más que los cuatro Vedas juntos: el *Rig*, el *Yajur*, el *Sama* y el *Atharva-Veda*, los tres primeros de los cuales se dice que ya habían tomado su primera forma literaria y anónima anterior a la de Veda-Vyasa cuando se escribió el Bhagavad-Gîta, la perla más preciada de aquel poema ante-homérico de la *Gran Guerra Ario-Atlante* que interesó por igual a los cielos y a los hombres... (4).

Vengamos ya al examen, si quiera sea deficiente y ligero de estos venerandos documentos de la antigüedad aria, escritos no en el sánscrito brahmánico de hoy, sino en un sánscrito antiquísimo en el que apenas si deletrean los *panditas* o doctores hindús más avanzados y que es más bien el zenzar, el «zendo» primitivo de la Aria Bartha, (el Airyana-Vaejo terrestre como ya vimos al tratar del Avesta originario), la lengua sacerdotal y secreta, en la que si hemos de admitir opiniones tan autorizadas como las del swami Dayanand Saravasti fueron ellos recitados o cantados, sin reducirlos a escritura durante un

período de hasta 25.000 años, o sea un ciclo completo de precesión de los equinoccios en los que da una vuelta entera los propios polos del mundo!.

Por supuesto que esta última aserción parecerá disparatada a nuestros sabios al uso no obstante las cifras mucho mayores a que están acostumbrados ya astrónomos y geólogos. Las misérrimas pseudo-cronologías bíblicas del P. Petavio influyen todavía demasiado en el estrecho criterio de aquellos. Pero no hay que olvidar que el cretinismo de unos y otros no empece para la exactitud demostrable de estas cifras que no nos cansaremos de repetir: *a)* los cinco millones de años del hombre físico o lémur del continente tercero (edad secundaria de la Geología); *b)* el millón de años que lleva de existencia la raza aria o quinta, cuando la lémur o tercera declinaba y la atlante o cuarta llegaba a su apoteosis (edad terciaria de la geología); *c)* los ochocientos mil, doscientos mil y once mil años antes de nuestra Era, fechas retrospectivas aproximadamente de las tres catástrofes atlantes o sean: de la que separó aquel continente de los actuales de Euráfrica y Américas dejando las dos grandes islas de Rutha y Daytia cuyos nombres suenan ya en los poemas védicos; de la segunda, que hundió estas islas dejando sólo la «ya histórica» de Poseidón o Neptuno con su iniciático *Jardín de las Hespérides*, no lejos de la Gades fenicia de pocos siglos después, y, en fin, de la sumersión ya en la edad cuaternaria de este continente seguido, después que decrecieron los fríos del último período Glacial de la Geología, de las invasiones arias históricas, tales como las de los celtas y demás pueblos análogos que se fueron corriendo de Oriente a Occidente.

Estas invasiones que, más o menos, datan de tres a dos milenios antes de nuestra Era, marcan también quizás la fecha aproximada de la primera compilación o «codificación literaria» en el Rig-Veda de los cantos mágicos tradicionales que desde su origen constituyeron la *Kábala* de los arios de Oriente, de la misma manera que, muchos siglos después, otros dos *arios*, dos griegos, Hesiodo y Homero, compilaban a su vez en su *Teogonía* y en sus *Iliada* y *Odisea* los cánticos bárdicos populares de la Hélade, u otros bardos nórdicos, como Odín, Veleda, etc., hiciesen lo mismo con los de los arios-atlantes de la Escandinavia, ya que es ley psicológica de la generación del pensamiento artístico o literario la de tomar casi siempre como base de inspiración un canto, una leyenda, una vieja fábula, en fin, que le sirva de tema o núcleo para su respectiva *perla*. Un período, pues, de precesión equinoccial o sean de 25 a 26 mil años, no es ningún imposible ya para la evolución sucesiva de himnos tales como los del Rig-Veda en los que se ve que una serie de velos literarios y dobles velos o *revelaciones* de autores cual Vyasa, Valmiki y Hesiodo, van obscureciendo sublimes verdades de los primeros días de aquel gran pueblo, verdades que son genuinamente *numéricas* y *astronómicas* en el *Aytareya-brahmana*, por ejemplo; médico-psicológicas en el *Yajur Veda* (véase el último artículo de este epígrafe en nuestro libro *En el umbral del Misterio*), musicales y mágicas en el *Rig* como el *Sama*, e histórico-sociológicas en el *Atharva-Veda*, etc... *Aytareya-brahmana* equivale en efecto, por su mismo título a «Evolución cósmica y de la Tierra», (*iyán*), nombre este último de *ijan* o *jyan* absolutamente jina, como nombres bien jinas también son los de los que figuran cual actores respectivos de cada uno de los himnos, empezando por el colectivo de *Rishis* o *Srhi*, Señores, que llevan todos ellos, es decir «conquistadores o jinas», como vimos ya al tratar del *Avesta*, porque nada hay que se aproxime más a la religión natural y primitiva de los Hindo-Iranios, que los Vedas, como se ve comparando la escuela tradicional zenda de

Spiegel y Justi, con la vedanta de Roth y de Haug, que son las dos en que está dividido hoy el campo de los que estudian el Avesta. (5).

Una separación total, absoluta, un verdadero abismo abierto por la maldad de los hombres, media entre este bajo mundo y el mundo superior o de los jinas. En el uno están los «muertos-vivos», en el otro los «vivos muertos», los devas o dioses, los héroes *osirificados* y también, después de su purificación, los hombres fenecidos, nuestros *la-res*, a los que el ario ha de rendir culto, un culto de hogar pues el hogar es la institución más santa de la Religión-Sabiduría primitiva y la patria-potestad (autoridad aria del padre), y la «matria»-potestad (autoridad prehistórica o atlante de la madre), son a su vez un vínculo de amor en las familias verdaderas. Semejante vínculo ni se termina con la mayor edad, como hoy decimos, ni se corta con la muerte, porque el amor que agrupa en verdaderas constelaciones psíquicas a las almas a la manera de las constelaciones que forman también los astros y sus Regentes o Rishis (Kabires, Ángeles Planetarios, Ansaspendos, etc.), es un vínculo trascendente e irrompible que perdura a través de los Kalpas y es el alma de los mundos.

Brahmâ, el Logos o Anima-mundi, la Potencialidad de lo Absoluto y de lo Incognoscible, que se dilata y contrae en Manvántaras y Pralayas para impulsar la evolución de los mundos se hace sentir también en nuestra mísera tierra comunicándose por directas visiones y enseñanzas con los Señores o los Rishis, nuestros maestros, los cuales se encargan luego de traducirnoslos en las místicas palabras de otros tantos *shrutis* (revelaciones) conteniendo el *veda* (o conocimiento perfecto), procedimiento, dicho sea de paso, que recuerda de lejos a aquellas «conversaciones de Adonai y los Patriarcas hebreos», del Génesis, y también a las comunicaciones del «Ángel Gabriel» a Mahoma que constituyen las *suras* del Corán, porque es indudable que en los Vedas está contenida la raíz de todas cuantas religiones existen o han existido sobre el planeta, religiones que nacen y mueren según las necesidades de los tiempos. Esta última cosa no puede ocurrir con el *Veda* o Conocimiento, puesto que, si bien *vedas*, *smritis* (o tradiciones) *puranas* e *itihisas* (o enseñanzas cosmogónicas e históricas), son retirados o «mueren» con cada edad cuando los Rishis que aportaran se retiran al nirvana o a mundos superiores, otros Maha-rishis sucesores, «Estrellas del Amanecer» de la nueva edad, se encargan de *conquistarlos* como tales *jinas* o *conquistadores*, mediante la lucha mental que entraña el descubrir su verdadero Yo Superior, su Jina o Dhyan-Chohan celeste (la tarea del «gnóscete ipsum» socrático) y la lucha moral y aún física que supone la conquista de la virtud por medio de *tapas* (devociones-meditaciones).

Luego viene siempre a este bajo mundo para completar la obra de los Rishis, un Vyasa un hombre solar o «luminoso», un verdadero hijo de Vishnú, es decir un «gran conservador» que se encarga de la labor titánica de compilar y adaptar todo lo así recuperado a las necesidades de aquella su respectiva época. Este «Asa», este «Sanador», este «Salvador», en fin, sustituye así las negruras morales, mentales y aun físicas de la edad que murió por las risueñas esperanzas y realidades de una edad nueva que empieza como «de oro» (infancia), sigue como «de plata» (juventud) y termina a su vez como «de cobre» (virilidad) y «de hierro» (senectud), porque todo es serial en el universo, según la ley matemática de las unidades de diferentes órdenes (Aytareya-brahmana pitagórico, o Clave analógica de Hermes de que lo que está arriba es como lo que está abajo para obrar el gran misterio de la armonía o «cosmos», síntesis abstracta délo vario en lo uno).

La «ithiasa» de nuestro tiempo enseña sin embargo que el gran ciclo que hoy recorremos se halla en su descenso hacia su punto más bajo, razón por la cual los libros sagrados más remotos, el primitivo **Rig-Veda** como si dijéramos, contenía muchos más *slokas* o versículos que los actuales Vedas, y aún en aquella su primera compilación quedaron fuera de él multitud de tradiciones *rifeas* o atlantes (6). Pero unos y otros, como todo cuanto pueda pensarse, decirse o escribirse, no es sino enseñanza inferior, maya o ilusión, medio único para que cada uno de nosotros llegue al Conocimiento Real del Yo Divino, Ángel, Jina o Genio Solar, «Espíritu Santo» que yace hipostáticamente encarnado en nosotros, y cuyo abandono temporal hizo exclamar al propio Jesús en «su Cruz», ¡Eli, Eli, lacma sabactani: Señor, señor, (Helias, el Hombre Solar) ¿porqué me has abandonado?...

Por supuesto que la clara comprensión del Espíritu del Veda, ya supone en el estudiante el conocimiento de la diferencia que media entre el hombre terrestre o Cuaternario inferior y el Hombre Celeste en nosotros encarnado transitoriamente y al que hay que descubrir y hacerse manifestar aquí abajo por medio de la **Yoga** como después veremos, y esto es, dicho sea de paso, el verdadero Jainismo o **Conquista del Yo Superior** que ha de hacer el hombre para pasar a Jina por la sola virtud de su esfuerzo, y también el originario **Budhismo**, no el **Buddhismo** con dos *des* o «doctrina del Buddha de Kapilavastu», porque, como dice H. P. B. «Bodha significa la posesión innata de la Inteligencia divina que tienen Aquellos, y Buddha la humana adquisición de la misma por esfuerzos y méritos personales. Boddhi es la condición estática del **Samadhi** (del que se hablará después, y Buddhi el alma espiritual, el vehículo de Atma y cuando Buddhi destruye nuestra personalidad inferior con todos sus *vikaras* o tendencias, se alcanza el Nirvana o Mukti, la liberación de los terrenales lazos de maya, manifestándose nuestro Dios interior o Avalokita-Isvara. A nuestra Mónada (**Atmâ-Buddhi**; los Dos en Uno, el **Sutrâtmâ** o **Alma Hilo** de los vedantinos), se la suele llamar también por eso, durante un ciclo de encarnaciones, el **Eterno Peregrino**. El es en verdad el único Principio inmortal y eterno que en nosotros existe, siendo además una porción indivisible del espíritu Universal del cual emana y en el cual es absorbido al final del ciclo evolutivo. Aún la frase «emana del Espíritu Uno», es una tosca frase para esta Hipótesis Divina que sólo puede ser bien comprendida por el estudio virtuoso de estos problemas inefables.

Hablar de **Los Cuatro Vedas** o «Chaturveda» equivale a ocuparse de «la Enciclopedia aria», que hoy diríamos analógicamente con la «Enciclopedia Europea» cuyo primer ensayo serio, aparte de las **Etimologías** de San Isidoro, la **Suma Teológica** de Santo Tomás, los libros de Swedemborg, etc., lo fue la Enciclopedia francesa precursora de la Gran Revolución. Una sistematización de aquellos es, pues, poco menos que imposible y más en un mero capítulo como el presente.

En realidad los arios no tienen más que un Veda o «Conocimiento», el sublime **Rig-Veda**, el «Libro del **Hotar** o sacerdote», libro este último equivalente al desconocido **Tarot** o «ciencia de la mágica Tara», hoy confundida con el degradado «Arte de echar las cartas». Es el **Rig**, por este sólo hecho, el libro excelso o el del Maestro, el libro del Sacerdote sacrificador de Agni, supremo Hierofante o Trimegisto que diríamos con los egiptólogos. Su Magia integral resume todos los conocimientos, así de magia blanca como de magia **negra**, aunque siga la primera y, para bien de la humanidad, solape cuidadosamente la segunda. Hay un **Rig** o **Fir-Veda** originario atlante, oculto, superior a todo, y jamás escrito,

que son las tradiciones primievales o de los Rishis que existen ocultas acaso desde hace más de 25.000 años y sobre el que Vyasa (el doble «asano» o curador) compiló el texto originario al que se atribuye una antigüedad de unos 3.000 años, como dijimos. (7).

Tras la compilación védica troncal originaria o del **Rig**, viene la secundaria del **Yajur Veda**, «el libro del conductor, del coadjutor o del compañero» en el Sacrificio; el **Deuteronomio** o Segunda Ley, que diríamos recordando al segundo libro del **Pentateuco** mosaico conocido por este nombre y que es al primero, o sea al **Génesis**, lo que el **Yajur** (el **Ur-ía**, que diríamos en vascuence), es al **Rig**. Dentro del carácter doble de su título de «fuego y agua», se bifurca en dos disciplinas contrapuestas a saber: la versión blanca o **Shukra-Yajur-Veda**, es decir la asexual, la «venusta» o de los iniciados del planeta Venus y su contraria la versión negra o **Khrisna- Yajur-Veda**, esto es la lunar, la sexual y la bramánica propiamente dicha, que es la seguida desde entonces por los templos tanto en la India, como en Egipto y en los demás países de fálico semitismo religioso, ya que el verdadero Brahmâ (no el dios exotérico, sino la Fuerza Inteligente y Evolucionadora de la Naturaleza) sólo en Pokhar de la Raja-putana o Adjimir, tuvo su templo originario, como le tuvo en Gades el **Deus in Abscòndito**, el Dios Desconocido y sin Nombre que es el que preside originariamente a todo el naturalismo de los Vedas con sus 330 millones de devas o «espíritus naturales inferiores». Por eso el mismo nombre de **Yajur** es como un jeroglífico en el que la Y inicial representa por su tronco único al originario **Rig**, y por sus dos ramas de la diestra y la siniestra a las dos magias o fuerzas contrarias, la aceleratriz, evolutiva, progresiva, divina o **blanca** y la retardatriz involutiva, regresiva, demoníaca o **negra**, que por su eterna contraposición mantienen la vida en la naturaleza (Brahma-Shiva), siendo entrambas tan indispensables para el equilibrio natural como lo son las dos fuerzas de **Inercia** y de **Movimiento** que al Cosmos animan.

A estos tres libros védicos sucesivos: el de la **Unidad** y los dos de la **Dualidad**, sigue un cuarto libro (tercero si en vez del Shukra y el Krishna Vedas, se toma su tronco o síntesis del Yajur) y es el **Sama Veda**, o colección de cánticos sagrados para los **Udgatas** o sea del «coro de los Aprendices», como si dijéramos, respondiendo a los cánticos respectivos del Hotar o maestro y de los Adhvaryuds o compañeros.

Viene por último, merced al espíritu decadente del Kali-yuga en que aun nos encontramos, el cuarto Veda el **Atharva**, libro muchísimo menos antiguo, con serlo mucho todavía, que los otros tres, y cuya compilación terrestre se atribuye a los descendientes de Atharva, los **Agnis-rasas** y los **Bhrigus** o sean «los del fuego lunar, sexual o inferior» como si dijéramos, los del vulgo, en fin, de los mortales sometidos a las leyes semi animales del sexo, la familia y la sociedad civil. Por eso se le denomina también **Brahma-Veda**, el veda especial del brahmâ, siendo éste el jefe de la familia, de la gens, del clan o de la tribu que Foustel de Coulange diría en su conocido libro **La cité antique**. Dicho Veda, lejos de «corregir los errores cometidos por los hotri, los advaryuh y los udgatri» (respectivos maestros, compañeros y aprendices sacerdotales del templo), lo que hace es adaptar una ínfima parte de sus sabias doctrinas tradicionales a la mísera realidad del vivir vulgar, frívolo relativamente y expuesto a mil caídas, de todo padre de familia, errores que si no se quieren purgar en la otra vida «al ser purificada el alma de las manchas contraídas por su contacto con el cuerpo», que diría Plutarco, han de ser purgadas en ésta con la vida solitaria en el bosque después que se han cumplido en el mundo los tres deberes de engendrar un hijo, plantar un árbol y escribir un libro, es decir, cumplir la misión social de aquí abajo

---

antes de ser *sanyasi* o «purificado», pues para este estado como para el anterior tiene también su correspondiente *smriti* o Ley de deberes (*Dharma*) el Código del *Manava-dharma-shastra* o del Manú, que es en sí un mero capítulo del *Atharva- Veda*.

Pero la íntima contextura, verdaderamente arquitectural y escultórica, de los cuatro Vedas, es de un rigor numérico-matemático que habrá de espantaros el día que, rellenando las actuales lagunas, nos podamos dar mejor idea de como ellos han sido compilados por la sapientísima mano del *vyasa* o *bi-asa*.

En efecto, uno de los cuatro textos del *Chaturveda*, se divide, a bien decir, en tres ramas, de categoría diferente: la del *Upanishad* o tratado de filosofía natural el más profundo que podría enseñarse, es decir la «Disciplina del Maestro»; la de la *Brahmana* «Disciplina del Compañero» o explicación esotérica del exotericismo religioso del ritual, los sacrificios, los *suktas* y las ceremonias con sus correspondientes parábolas aclaratorias, algo así en suma como la idea vertida por Jesús en los versículos 11-13 del capítulo XIII de San Mateo de que «al vulgo le habla en parábolas para que viendo, no vea y, oyendo, no entienda», mientras que a sus discípulos les explica, por *brahmana*, los verdaderos misterios del Reino de los Cielos (*Deva-kan de los Upanishad*). La rama tercera o *Sukta Samhita*, en fin, como efectiva «Disciplina del Aprendiz» que ya está autorizado también para cantar en coro los himnos del Templo, es la velada parábola religiosa antes aludida y que cual toda la literatura épica-dramática de los antiguos tiempos, era cantada, constituyendo verdaderos «dramas líricos» como, siguiendo a Wagner, hoy diríamos.

Además, dentro de las leyes de la coordinadora matemática a la que los Vedas son mucho menos ajenos de lo que pudiera creerse, a tenor de la troncal doctrina matemática en el viejo *Aytareya* establecida, tendremos así hasta doce clases de textos a saber: 1.º, 2.º y 3.º los *upanishadas*, *brahmanas* y *suktas* del *Rig*; 4.º, 5.º y 6.º, los *upanishadas*, *brahmanas* y *suktas* del *yajur*; 7.º, 8.º y 9.º, los mismos del *Sama* y 10.º 11.º y 12.º, los mismos del Atharva, constituyendo el conjunto de estas *doce* modalidades filosófico-religiosas, «las doce caras» del templo, idea esculpida hasta en los templos luni-solares del estilo bizantino de Oriente originario, como aún puede verse en las doce fachadas de la iglesia templaria de *La Vera Cruz*, de Segovia.

Y aquí nos sale al paso una digresión importantísima que el lector nos sabrá perdonar.

El Veda, como libro, equivale en la Arquitectura del Pensamiento ario a la Gran Pirámide de Gizeh en la arquitectura del pueblo egipcio primitivo, y harían falta, no uno, sino muchos Piazzzi-Smith y muchas H. P. Blavatsky para apurar en las diversas clases sexual, astronómica, filológica, química, etc. todo su mágico contenido asegurador de su eternidad... Efectivamente, cabe hacer un estudio matemático, otro astronómico, etc., de la contextura orgánica del sublime libro, revelación efectiva de seres superiores, o, mejor, si se quiere, del Logos Demiúrgico (Brahma-Vishnú-Shiva) que es el *Anima-Mundi* que vivifica a toda la Naturaleza visible, revelación para la cual, a bien decir, el Veda no es sino el *anga*, o mejor el *grantha*, la escalera, y la *Vedanta* o *Super-Veda* la *Puerta Única del Estrechísimo Sendero* que ha de conducirnos al conocimiento de nuestro Yo o sea de la Divina Tríada, el Deva Solar encarnado en nosotros.

¿Quién no ve en el mismo número de los himnos védicos hoy conservados el principio de una numeración por demás curiosa?. Veladamente se dice al tratar de los *smriti* o «leyes védicas» que el *Manú Vaivasvatha* (el *Dagón* u *Oanes*, parsi; el *Xishustros* o

*Noé*, caldeo; el *Quetzalcoatl*, maya y nahua mexicano, etc.), el primer legislador de la Raza Aria, formó un Dharma-Shastra de 108.000 versículos (no 100.000 como se afirma) por ser la cuarta parte de la cifra de 432.000 años del propio *Kali-yuga* astronómico. El rishi Narada los redujo a 12.000 para el *Satya* o *Krita-yuga* (edad de oro aria); *Martandeya* a 3.000 versículos para el *Treta-yuga* (edad de plata); *Sunnati* a 3.000 para el *Dvipara-yuga* (edad de cobre) y *Para-shara* a 1.500 para el *Kali-yuga* (edad de hierro aria). Por esto, por hallarnos entre estas dos últimas edades de la cosmogonía aria con no pocas doctrinas de la penúltima, ahora contamos con un número intermediario de unos 2.000 a 2.685 versículos recopilados en doce libros, porque esta clasificación por doce es la base aria de los doce supremos Dioses zodiacales o *Maharishis* o *Maharshis*, mientras que la clasificación por diez es ya más atlante y en recuerdo del 10 o *Io* (haciendo de los signos de *Virgo* y *Escorpio* un sólo signo que ha pasado a ser tres por la interposición de «la balanza de los sexos separados», o *Libra*). Los *suktas* o himnos, en efecto, son 7 más 1010 en 10 mándalas o capítulos 750 para el Yajur (despojándole de los que del anterior veda tiene repetidos); 500 (no 460 como se dice) para el Sama y 250 (no 731 como se cree por confusión con el Yajur) para el Atharva. Finalmente y como creación secundaria» (8) que también se dice de los Siete Rishis terrestres viene la septesimal ya conocida. Así tenemos  $4 + 3 + 2 + 1 = 10$ , suma de las cifras significativas componentes del número 4.320, módulo, según ya vimos, de infinitas combinaciones numéricas midoras de los sucesos cósmicos, psíquicos, sociales, etc. Los *suktas* (mantras o himnos) y su correspondiente colección o *Samhitas* son al modo del cuerpo; las *Brahmanas*, el alma; y los *Upanishads*, el espíritu del Veda, adaptados respectivamente para «aprendices» (*ud-gata*), «compañeros» (*ad-varyuh*), y «maestros» (*Hotaras*). El arte musical de los Samhitas cuyas suktas eran entonadas con toda solemnidad en los sacrificios y demás ceremonias tanto del hogar (templo familiar) como en el templo propiamente dicho (o de la tribu), constituía algo así como nuestros actuales cultos exotéricos donde por el arte se llega al sentimiento religioso de que son capaces las ignaras multitudes y la misma polifonía moderna tendrá mucho que aprender todavía de aquella. En cuanto a las Brahmanas las hay de una grandeza iniciática insuperable tales como el Aytareya, el Aranyaka y el Kaushitaki Bramana cuyos sacrificios del Soma son de un carácter iniciático insuperable y que nos reserva también grandes sorpresas el día en que puedan ser correctamente traducidos e interpretados. En cuanto al elogio de los Upanishadas ya lo haremos después que hayamos apurado la idea de estos últimos párrafos, respecto del carácter prodigiosamente iniciático y sintético, dentro de su inmensa amplitud de la literatura védica.

Ahondando en el estudio de esta sapientísima cuanto incomprendida literatura, toda idea religiosa particularista desaparece y toda creencia exotérica muere, porque nos enfrentamos con una ciencia insospechada y mística que es la Religión-Sabiduría de las edades, degradada por hombres que no supieron comprenderla. Un concepto infinitamente más amplio eleva las ideas religiosas a la categoría de postulados matemáticos que nos pueden llevar a la demostración de la Deidad Abstracta e Incognoscible y a la de la existencia del alma humana con la misma exactitud que cualquier otro teorema, porque, como dice H. P. B., desde la aparición de los celestes arquitectos del globo que la Deidad no revelada fue considerada siempre bajo su aspecto filosófico de Movimiento Universal, la penetración del Aliento creador en la Naturaleza — La Deidad es un fuego misterioso y



vivo, y los eternos testigos de esta Presencia invisible son la Luz, el Calor y el Agua, trinidad que abarca en su seno todos los fenómenos de la Naturaleza y es la causa de ellos.

El movimiento intracósmico es incesante y eterno, el movimiento cósmico, visible o perceptible es infinito y periódico. Como eterna abstracción es lo Siempre Presente; el Noúmeno del Cosmos, que dirían los griegos. Como manifestación es limitado entre el Alfa y la Omega de desapariciones y reconstituciones sucesivas. Por eso no puede decirse que el Universo haya tenido una primera construcción ni que haya de tener una última. Cada Manvantara puede considerarse como el primero y el último de su especie, puesto que evoluciona cada vez en un plano más elevado.

«Se dice en *Isis sin Velo* que la Doctrina Exotérica enseña, lo mismo que el buddhismo, el brahmanismo y aún la cábala, que la Esencia una, infinita y desconocida existe desde toda la eternidad, alternado armónica y periódicamente entre la pasividad y la actividad, cosa a la que en el poético lenguaje del Manú se ha llamado *Días y Noches de Brahmâ*. Los svâbhavikas, o más antiguos buddhistas del Nepal especulan tan sólo acerca de esta Esencia (Svabhavat), en su condición activa, considerando necio todo intento de teorizar acerca del poder abstracto e incognoscible de su condición pasiva, de aquí que los teólogos y los sabios modernos incapaces de comprenderlos, los crean ateos, Sócrates rehusaba el discutir acerca del misterio del Ser universal y nadie, salvo sus perseguidores, le tuvo por ateo.

Al comenzar un período de actividad, la incognoscible Esencia Divina se expansiona libertando una inmensa serie de fuerzas cósmicas productoras del Universo visible. Por el contrario, al sobrevenir la condición pasiva, se contrae y la obra de la manifestación es progresivamente deshecha, hasta que «¡solitarias tinieblas vienen a incubar una vez más sobre la faz del abismo!». Una aspiración del *Aliento* de la Divinidad produce al Cosmos y una inspiración del mismo lo aniquila, según la poética frase de los libros secretos. Este proceso es único a lo largo de la Eternidad y nuestro Universo presente no es sino uno de una serie infinita que no tuvo principio ni tendrá fin».

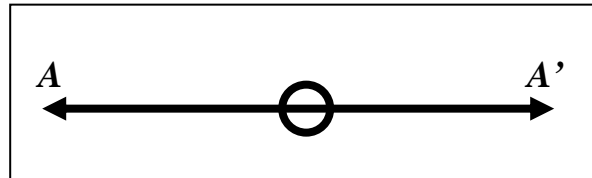
Una vez más, **ELLO**, Brahmâ, lo Inefable e Incognoscible, lo Absoluto, de donde nada concreto puede predicarse, ni siquiera la noción del *ser*, que tiene la noción del *no-ser* por contraparte — necesitó *contraerse* y *dilatarse*, como Corazón sin Cuerpo, pero con sístole y con diástole de eterno **MOVIMIENTO** en los ámbitos del **ESPACIO** sin dimensión ni límite...

Y su sístole fue el *punto abstracto* al que se había reducido un ya extinguido y anterior *Universo*, un *Número* más de la serie indefinida del *Número* a la que abstractamente se denomina *Cosmos* o *Armonía* (de *Ar*, fuego, *Monos*, uno)...

Y su diástole, que abarca en sí todo el nuevo Universo que iba a seguir en la serie, fue, es y seguirá siendo el Todo de las infinitas posiciones que en aquel **ESPACIO** sin dimensión ni límite podía y debía tomar el *Punto*. Y la tal diástole, hasta la subsiguiente sístole, fue Brahmâ, el Verbo o Espíritu de tal Universo.

Estudiar las distintas posiciones del punto en dicho espacio, equivale, pues, a estudiar a Brahmâ, el Verbo, porque Brahmâ, *Braham a*, o *Abraham*, equivale al no-Brahma, es decir a lo ya limitado en la *Manifestación*, a lo *No-Absoluto*, es decir, a lo *Relativo*, pues el Universo actual, que es, como el anterior que fue y el ulterior que ha de ser, dentro de la serie indefinida de las Armonías o Cosmos, es temporal, relativo, ilusorio o finito...

El punto, al moverse o *dilatarse*, (*Brahmá*, viene, como *Brahma* lo Manifestado, lo abstracto de la raíz sánscrito-zendzárca de *brig*, «dilatarse y contraerse») en el mal llamado mundo de la primera dimensión o sea el segmento  $AA'$ , acabó tropezando en un obstáculo (acaso el centro o punto del universo anterior), retrocedió luego y acabó tropezando en otro obstáculo (acaso el centro o punto del universo futuro). Entre estos dos puntos  $A$  y  $A'$  que constituían sus límites del *antes* y del *después*, se movió *Brahmá*, nuestro punto, al tenor de este simbolismo o *figura*:



*Figura 1.a*

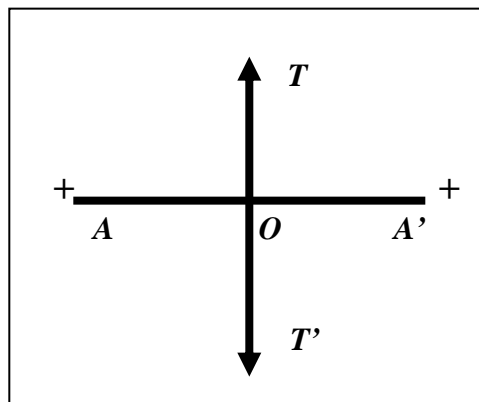
y no pudo ir más allá por la izquierda del *ayer* ni por la derecha de *hoy*, porque aunque inmenso, era, es y será su Universo limitado, finito.

Pero *Brahmá*, el Uno-Único, halló la manera de vencer tamaña dificultad *dual*. El estudio detenido de cómo Él, el Número, la venció, constituye para nosotros el estudio de la Geometría, porque, como dijeron los pitagóricos, *Brahmá* (el Verbo) geometrizó y geometriza para manifestarse en el mundo.

Lo primero que hizo fue fijarse en su punto inicial  $O$ , equidistante en todos los ordenes del universo pasado  $A$  y del universo futuro  $A'$  que eran algo así como el comienzo y el final de su Vida.

Y ya allí, buscó el modo de, sin atentar contra la ley de su equidistancia a  $A$  y a  $A'$ , desenvolverse — él que era Uno — en una Variedad infinita, alma de la abstracta y eterna Armonía.

Entonces nació la tau, la crucifixión, o sea perpendicular en su punto medio  $O$ , al segmento  $AA'$  en el círculo o esfera de lo infinito:



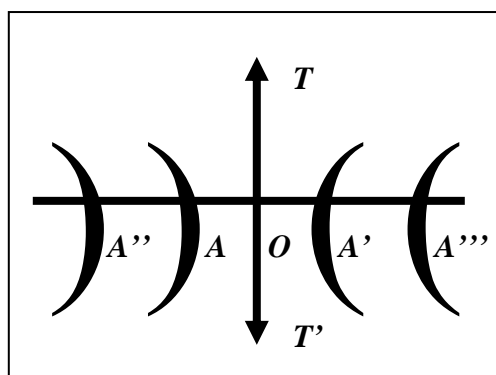
*Figura 2.a.*

Dicha perpendicular fue el lugar geométrico de la equidistancia a dichos dos puntos. La ley fundamental aquella se cumplía, pero ya venía una nueva ley, y el punto origen

pasaba a recta cuyos diversos momentos o puntos cumplieran a la vez dos leyes: la de la equidistancia a  $A$  y  $A'$  y la consiguiente de que su diferencia  $O'A$  y  $OA'$  era constante e igual a **cero**.

A derecha e izquierda de la recta  $T$ , por bajo como por cima del segmento  $AA'$  una serie de puntos nuevos  $O'$  venían a cumplir no ya la primera, sino tan sólo la segunda de aquellas leyes, la de la diferencia constante ( $O'A - O'A'$ ) que cuando es positiva, nos da a la derecha una línea indefinida y no recta que llamamos **rama derecha de la hipérbola** y cuando es negativa, la denominamos **rama izquierda de la misma**, en el límite o sea en la recta  $T, T'$  de las equidistancias  $O'A - O'A'$  o dicha recta es **trina** y **una**, como tal recta y como límite de aquellos dos valores diferenciales de hipérbola que se han llegado a anular.

A derecha e izquierda de la recta  $T$ , hay también una infinidad de puntos  $O''$  tales que la suma de sus distancias  $O''A$  y  $O''A'$  tenga un valor constante, como vimos tiene un valor constante la diferencia  $O'A$  y  $O'A'$ . Al lugar geométrico tal se le denomina **elipse**, la cual en su límite inferior llega a confundirse con el segmento  $AA'$  como con la recta indefinida  $T$  los dos pares de ramas de las hipérbolas, o sea cuando la diferencia entre la suma de las distancias  $O''A$  y  $O''A'$  y la distancia o valor del segmento  $AA'$  se hace igual a cero.



*Figura 3.a.*

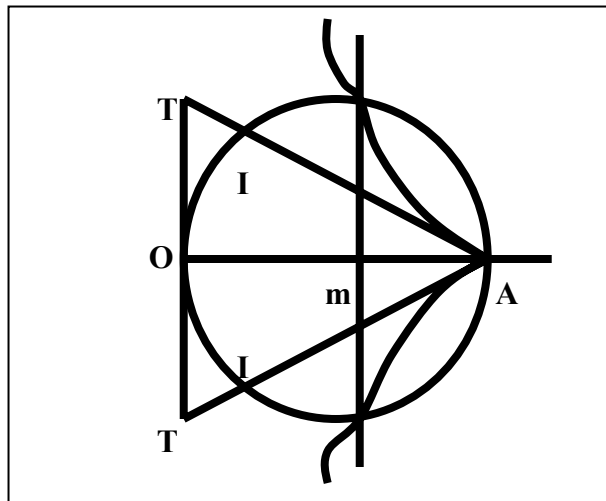
En la **tau**, pues, formada por la recta  $TT'$  con el segmento rectilíneo  $AA'$  aquella es el límite superior de los pares lineales de hojas de hipérbola y éste el límite inferior de los puntos sucesivos de la elipse. La elipse demarca espacios del plano, la hipérbola sólo rectas.

Hay que comparar ahora la hipérbola con la elipse. La ley de aquella es la de la diferencia constante  $O'A - O'A'$  y la de ésta la suma  $O'A + O'A'$  de las distancias. Deben existir, pues, otras dos curvas (e igual al cuadrado de la mitad de la distancia  $AA'$ ) cuyo producto sea constante (**lazo** o **lemniscata**) y cuya razón o cociente lo sea también (circunferencia del círculo).

Pero cabe un nuevo orden de consideraciones, a saber: las que se derivan de la simetría misma de la tau, que nos ha llevado anteriormente a considerar las respectivas ramas del par de hipérbolas (la de la derecha y la de la izquierda) por cada valor  $O'A - O'A'$  que son simétricas o superponibles tanto respecto de la recta  $TT'$  como de  $AA'$  prolongada, e igualmente a considerar también las dos semi-elipses superponibles o

simétricas respecto de  $AA'$  y  $TT'$ . Esta simetría nos enseña que basta considerar el caso de la  $TT'$  respecto de un punto, el  $A$ , por ejemplo, para que hipérbolas, elipses, circunferencias, lemniscatas, etc. nos presenten casos simétricos o de signo contrario, respecto del punto  $A$ '.

Consideremos, pues, tan sólo el punto  $A$  a la recta  $TT'$ . Hay entre ambas y el ramo de la *escuadra* un punto medio  $M$  definido por cualquiera de estas relaciones:



*Figura 4.a.*

$$\begin{aligned}MO &= MA \\MO + MA &= 2 \\MO - MA &= 0\end{aligned}$$

Por la primera ( $MO - MA = 0$ ),  $M$  es un punto típico o *vértice* de una serie indefinida de ramas de hipérbola; por la segunda ( $MO + MA = 2$ ), es punto típico o *centro* de otra serie indefinida de líneas de elipse desde la originaria o límite inferior de  $MO + MA = OA$ , hasta la final o límite superior de la elipse del infinito; por la tercera  $MO = MA$  es punto típico también de una nueva curva, *la parábola*, o lugar geométrico de los puntos equidistantes de otro fijo  $A$  y de una recta fija  $TT'$  o sea de los centros de las circunferencias que pasando por el punto  $A$  sean tangentes a la dicha recta  $TT'$ .

Seguidamente a ésta vienen dos nuevas curvas. En efecto: Si consideramos, además de la perpendicular  $AO$  a la recta  $TT'$  los diversos pares de oblicuas iguales  $OT$ ,  $OT'$  tendremos que estas cortarán a la circunferencia cuyo diámetro es  $OA$  (circunferencia nacida de.....) en dos puntos  $I$  e  $I'$ . Dichas oblicuas además se compondrán de la suma de dos segmentos: creciente el uno, a partir del punto  $O$  (el  $IT$ ) y decreciente el otro (el  $AI$ ) hasta un límite en que éste se reduzca a cero mientras que el otro se haga infinito. Ahora bien, si tomamos el valor  $IT$  a partir de  $A$ , es sabido que tendremos los diversos puntos de la *estrofoide* y si la tomamos en sentido  $IT$ , contrario a  $IT$  tendremos la *cisoide*....

Dejemos cortada aquí esta exposición matemática que, de ser seguida al tenor del Aytareya Brahmana, nos conduciría a un pleno pitagorismo. Lo expuesto va sólo, en efecto,

a guisa de mero ejemplo de las posibilidades matemáticas ocultas tras el velo de aquellos tratados venerables.

En su origen los *Brahmanas* y *Puranas* no constituyeron sino una ínfima parte de las tradiciones orales védicas, mientras que el resto de estas últimas desapareció para el mundo profano. Las principales que sobrevivieron son el *Aytareya-brahmana* y el *Kaushitaki* del Rig Veda, el *Adbhuta* del Sama, el *Satapatha* del Yajur, el *Gopatha* del Atharva Veda y otros tales como el *Tandya*, el *Tchandogya*, el *Chadvimsa* y el *Taittiriya*. Todos ellos son rituales en forma de leyendas y símbolos, otras veces especulaciones extravagantes bien distintas de la severa delicadeza védica, cuando no de un sensualismo degradante como el del Satapatha. Sin embargo tras la liturgia (suthras) y la leyenda (itihisas) aparece siempre más o menos velada la sublimidad filosófica (upanishad). La *Vedanta* o «finalidad del Veda» constituye por ello la filosofía verdaderamente ortodoxa aria y es el conjunto de todas las doctrinas esotéricas contenidas en los Upanishads cuyo panteísmo idealista constituye la parte racional de la teosofía brahmánica frente a la letra muerta del ritual. El texto vedantino de esta filosofía es el *Brahma-suthra* de Bad-aryajana, muy anterior al comentario de Sankara (s. VIII) y que, a su vez, representa al más alto panteísmo teosófico o *Adwaita*.

Existen unos cuantos centenares de upanishads, de los cuales 108 son los principales (cuarta parte del inevitable número 432 ya enaltecido). Los doce upanishads mayores, en recuerdo de los doce Dioses del Misterio del Zodiaco, han sido comentados por otros tantos humanos rishis, discípulos respectivos de aquellos Rajá-rishis o grupos de servidores celestes de Agni-Abhi-manin (el 1º de los tres originarios Fuegos o Soles) que en el cielo presiden a los doce meses del año (Adityas, Kavyas, Jayas, Tushitas, Gramaris, Yakshas, Rudras, Devis, Yatudhanas, Apsarases, Gandhavas y Nagas). El *Agruchadaparikshad* revela hasta cierto punto las viejas fórmulas de la iniciación y hubo de resistir a las perspicaces pesquisas de Jacolliot, Kapila, Brihaspati, Vyasa, Sumati, Djeminy, Katyayana, Panini, Patanjali, los dos Aryasanga, Gopatha, etc. Tales son los nombres de algunos de estos sabios inmortales.

La Doctora Schultz, en su *Sanatana Dharma* y estudio del Induismo, a la que seguimos, nos detalla los seis *Darshanas* o sistemas de la abstrusa filosofía de los Upanishads en esta forma:

Seis son las Escuelas derivadas de los Upanishads y especialmente del denominado Brahavidya. Cada Darshana tiene un Rishi como instructor que expone sus principios en forma de aforismos (suthras) y un Bashyam (comentario) que se considera autorizado. Los seis Darshanas tienen todos por base extirpar la ignorancia, que es Bandhah (esclavitud) y así obtener la unión con el Supremo y de ese modo gozar de Ananda (bienaventuranza) que es la naturaleza misma del Yo. Así no se puede decir que se adquiere la bienaventuranza, sólo es necesario quitar la ilusión que es sufrimiento para que pueda gozarse de esa bienaventuranza.

**1.- El Nyaya** (Sistema de Lógica). Su Rishi es Gautama, sus Suthras se dividen en cinco libros. El comentario autorizado es el de Vatsyayana. Establece 16 temas en que se divide el conocimiento; su definición, examen, medida o prueba, recta percepción, percepción de los sentidos, indiferencia, comparación con el dicho de un experto, testimonio y después silogismo, razonamiento, conclusión, argumento, falacias y sofismas. Por la recta razón el hombre se liberta del falso conocimiento y alcanza la liberación.

**2.- El Vaisheshika** (Sistema de Particularidades). Su Rishi es Kanada, y su comentario autorizado es el de Prashastapada. Establece 7 temas en que clasifica las cosas: sustancia, calidad, acción, lo que hace el genio, lo que hace al individuo, inseparabilidad, privación; tiene 9 subdivisiones que comprenden 4 elementos: el tiempo, el espacio, el yo y la mente. Este sistema y el anterior enseñan al hombre a usar sus facultades intelectuales para descubrir el engaño y para comprender la constitución material del universo.

**3.- El Sankhya** (Sistema de los Números). Su Rishi es Kapila, y tiene tres comentarios autorizados: de Aniruddha, de Vijnana, y el de Vedanti Mahadeva. Hace autoridad también el Sankhya Karika de Ishwara Krishna con el comentario de Gaudapada y el Sankhya Tattwa Kaumudi de Vachaspati Mishra; en fin parece que hay un texto más antiguo aún y más autorizado llamado el Tattwa-Samása-Sutras. La Sankhya es la ciencia concreta de la evolución del mundo. Se la tilda de atea, pero en ella no hay negación de Dios. Se ocupa sólo del orden de los acontecimientos, no de la causa de ellos. Establece dos raíces primarias de todo lo que vemos: Purusha, Espíritu, o el lado subjetivo de la existencia y Prakriti o materia, el lado objetivo; esta última produce 23 substancias de las cuales 7 son Prakríticas y 16 son modificaciones de materia. Prakriti en contacto con Purusha produce Mahat o Buddhi, Razón Pura — Ahankara o Yo, 5 Tanmatras, 5 órganos de percepción, 5 órganos de acción, manas o mente, 5 grandes elementos, éter, aire, fuego, agua y tierra. El Sankhya afirma la triple naturaleza de la materia o 3 Gunas y detalla lo que es esclavitud y liberación y enseña el curso de la evolución.

**4.- El Yoga** (Sistema del Esfuerzo o de la Unión). Tiene por Rishi a Patanjali y su comentario es el de Vyasa. Se le llama también el Seshvara Santhya (con Dios) acepta toda la filosofía del sistema Sankhya y agrega la entrega del Yo al Señor. Considera a Dios como un Purusha especial que no ha sido afectado por pena, acción, deseos, tiempo, etc. Expone los medios de paralizar los movimientos constantes del principio pensante y así alcanzar Samadhi o fijeza, equilibrio para producir la separación de Prakriti de Purusha. Analiza los poderes obtenidos en el curso de Yoga. Este sistema da la ciencia de la evolución del intelecto.

**5.- El Purva Mimansa.** Su Rishi es Jaiminí con el comentario autorizado de Shabara. Se relaciona con los sacrificios, ofrendas y ceremonias del Veda. Todos sus Sutras forman 12 libros; reconoce toda autoridad a los Vedas probando que son de origen superhumano.

**6.- El Uttara Mimansa y Vedanta** (Final, Objeto de los Vedas). Es la ciencia de lo abstracto, enseña el conocimiento de Brahman. Este Darshana domina el pensamiento indo contemporáneo. Sus Brahma Sutras han sido dados por el Rishi Vyasa, llamado también Krishna Dvaipayana. Los Sutras del Vedanta sirven de semilla para la meditación, y su significado sólo se alcanza en Samadhi. Por esta razón no se admitía al estudio del Vedanta ninguna persona que no estuviera en posesión de los cuatro requisitos: Vairagya, no apego egoísta a las cosas del mundo. Viveka, sentido de la distinción entre lo permanente y lo transitorio; los siete atributos mentales y morales: paz, dominio propio, resignación, paciencia, fe, unión y mumuksha (deseo de liberación). El Vedanta se divide en tres grandes escuelas.

La Dvaita Vedanta — dualidad — tiene el comentario de Madhva. Enseña que Vishnú o deidad suprema formó todo el universo sacándolo todo de Prakriti que ya existía. El es la causa eficiente del Universo, y la materia la causa física del mismo. Vishnú penetra

a Prakritti como Purusa Alma o espíritu universal y produce toda la evolución tal como está descrita en la Sankhya. 1°. La manifestación material del universo; 2°. La manifestación organizada del universo que comprende minerales plantas, animales y hombres. Después vienen las manifestaciones de Vishnú que guía cada una de las manifestaciones anteriores.

El Jiva o alma individual es diferente de Vishnú y puede alcanzar la liberación. Después de pasar por tres etapas alcanza la unión con Dios, lo que no significa identidad de naturaleza con El.

La Vishishtádvaita Vedanta o Vaishnava — no dualidad con ciertas diferencias — tiene el comentario de Ramanuja y es para aquellos que conscientes de la separación con el Supremo, sienten la necesidad de un objeto de adoración y lo encuentran en el conocimiento de Brahmán condicionado o Ishwara, que es la suprema Realidad. De El proceden las almas «separadas» y manifestadas durante el período de actividad. En el Pralaya son aspiradas, reducidas o no manifestadas. Se insiste en la separación de esas almas, pero se desea la unión.

La Advaita Vedanta — no dualidad — cuyo comentario autorizado es el de Shankara, resume sus enseñanzas en las palabras «tu eres Aquello». El Alma Universal y el alma individual son idénticas pero la ignorancia da la idea de diferencia. El Universo brota de Brahman por obra de Maya, pero la causa y el efecto son uno mismo y no dos cosas distintas. La irrealidad del Universo tiene una Realidad tras de sí como una sombra que no existiría sin una sustancia y esto hace necesaria toda clase de actividades. Así la Advaita proclama la verdad fundamental de la Unidad, establece las condiciones que rodean a Atma envuelto en la ignorancia mientras se identifica con sus cuerpos y está confinado con ellos; analiza los estados de conciencia que así resultan. En esta escuela se preconiza la acción desinteresada sin apego a sus resultados.

La *Itihasa* o Historia, comprende, en fin, las dos epopeyas conocidas, esto es, el *Ramayana* y el *Mahabharata*.

El *Ramayana*, de Valmiki, es la historia de una familia de Raza Solar descendiente de Ikshvaku en la que nació el Avatar de Vishnú llamado Ramachandra y sus tres hermanos. Detalla las leyendas de su nacimiento, educación, matrimonio, destierro, etc., da un cuadro vivido de la vida inda al final del Tetra Yuga. Tiene por objeto dar el modelo de afecto fraternal y servicio mutuo que lleva al bienestar general y un ejemplo de lo que debe ser la majestad real.

El *Mahabharata*, compilado por Vyasa, relata los destinos de una familia de Raza lunar desgarrada por celos y rivalidades. El Avatar Shri Krishna domina el conjunto y está rodeado por los Pandavas que triunfan en virtud de su justa causa. Los Kurús son los opuestos y tienen entre ellos grandes héroes: Bhisma, Drona, Karma, pero sucumben porque defienden una soberanía injusta. Esta leyenda abre acertadamente esta época del Kali Yuga donde el bien y el mal iban a reinar con fuerzas casi iguales, donde los problemas y las funciones de Karma iban a ser tan complicadas. En esa gran Guerra los defensores de la India, la casta Guerrera o Kshatriya, perecieron todos, presagiando así las invasiones que en el futuro, unas tras otras, debían asolarla. Incluye el inmortal Bhagavad-Gita o Canto al Señor, que contiene las instrucciones dadas por Krishna al Pandava Arjuna. Todo el conjunto es una enciclopedia de enseñanzas de moral, de historia y de religión como no hay su igual en la literatura del mundo.

## NOTAS AL CAPÍTULO VI

(1) A semejante plan algunos, espíritus frívolos podrán oponer la crítica de que en vez de hacer un estudio independiente de cada una de estas religiones, hacemos un estudio «sectario» apoyándonos todas en la Religión jaína y viniendo a dar así un segundo «Libro de los Jinas», como el que ya hemos publicado con este título. Pero la crítica imparcial se hará cargo de que, lejos de dar las decadentes doctrinas de la religión cuyos restos aun se conservan en Kanari, el Guzérate y otros rincones de la India, la que damos es la enseñanza universal y tradicional de la más pura metafísica ario-atlante, tradición a la que, como decimos en el comentario N° 11 de la obra «Por las grutas y selvas del Indostán», de H. P. B., más la cuadraría el nombre de *Kainismo* o *Cainismo* en lenguas occidentales y de *Dzainismo* o *Dzyannismo* en lenguas de Oriente, nombre este último que liga nuestro estudio con los «Comentarios a las *Estancias tibetanas de Dzyan*», base de la obra inmortal de H. P. B. Con ello se establecería concretamente además una diferencia semejante a la que esta maestra nuestra estableció con motivo de rectificar la confusión a que dio lugar el desgraciado título de la gran obra de Sinnet, *El Buddhismo esotérico*, en estos términos: *Buddhismo*, con doble *d*, es el sistema predicado por el Buddha, es decir, *el Iluminador*, mientras que *Budhismo*, con una sola *d*, significa Vidya o Sabiduría, de la raíz sánscrita *budh*, conocer, razón por la cual aquel autor debió escribir, pues que de la Sabiduría primitiva escribía y no de la religión de Buddha, Budhismo y no Buddhismo. La religión de la Sabiduría es la herencia, no sólo de la doctrina de aquel Instructor, sino de todas las naciones del mundo».

Igual decimos, pues, nosotros: No nos ocupamos sólo de la llamada religión jaína, sino del universal jainismo o «fondo esotérico de todas las religiones». Si a pesar de ello se nos llamase «jaínos», se cometería con nosotros una injusticia igual a la corriente sobre todo en Inglaterra en los primeros años de la Teosofía, de llamar gratuitamente «buddhistas» a todos los teósofos.

(2) Para sus traductores Colebrooke y Loiscleur Deslongchamps (1808 y 1839) *Amaramayakosha*, el libro inmortal de Amarasinha o Amaradeva, es una de las nueve joyas de Vikramaditya (siglos del I al X), escritos en verso sánscrito, pero nosotros nos atenemos a la versión dada arriba, merced al claro significado sánscrito de las respectivas palabras que le integran, máxime cuando el nombre del pretendido autor *A-mara-sinha* envuelve en sí un significado análogo. El *Trikanda* o tres partes de que consta aquel aluden al cielo, a la tierra y al abismo o Tríada pagana originaria de Theos-Cosmos-Kaos.

(3) La lucha entre los Iniciados de las dos escuelas en los días de la Atlántida — dice en otro lugar H. P. B. — es un fragmento no más del simbolismo de la misteriosa alegoría de la Guerra en el Cielo o Guerra Taraka, dice asimismo la Maestra... En esta guerra, el dios Soma, «el del Áureo Color», a semejanza de Paris, arrebató a Tara, la esposa de Brihaspati, una nueva Elena del Reino Sideral de los hindúes, ocasionando la guerra



entre los Dioses y los Asuras. El rey Soma se alía con Ushanas, (Venus), el jefe de los Danavas, mientras que los Dioses están capitaneados por Indra y por Rudra. También ayuda a Brihaspati el gran Shankara o Shiva, por gratitud hacia Angiras, el padre de Brihaspati, que había sido su maestro o Gurú. Durante esta guerra los Maruts o Dioses de la Tempestad desertaron del bando de Brihaspati y de Indra.

El significado esotérico de todos estos personajes es el siguiente: Brihaspati, el esposo burlado, representa al Regente o Genio que preside al planeta Júpiter, el representante de los Poderes Creadores, a quien el *Rig-Veda* llama Brahmanaspati, o sea el culto exotérico. Tara, su esposa, es la Gupta Vidya, o sea la Doctrina Secreta. Soma, por su parte, aunque astronómicamente sea la Luna, en la fraseología mística alude a los bebedores del secreto brebaje brahmánico que se confiere durante la iniciación.

Tara, pues, es el símbolo de la verdadera Sabiduría oculta bajo el mero culto dogmático (Brihaspati) Por eso aparece robada por el Rey Soma (la Sabiduría dada por la Iniciación) y naciendo de la unión de Soma y de Tara un hijo, Buda, Mercurio o Hermes, que es el Conocimiento Iniciático. Soma es la *asclepias ácida*, planta productora del místico brebaje del Soma — el *muérdago* de la encina aria — de quien sólo los Agnishostri o sacerdotes del Fuego de los Rishis conocían sus inmensos poderes. El que bebía tan preciado licor, aun permaneciendo ligado al cuerpo físico, vivía aparte de él y en su mera Forma Espiritual, elevándose con ésta a las regiones etéreas y convirtiéndose virtualmente «en uno de tantos Dioses», recuerdo que luego al despertar podía ser conservado por el cerebro físico. En realidad Soma no es otra cosa que el «Árbol del Conocimiento», o sea la Iniciación. Por eso antiguamente el Soma no se daba a los simples Grihastas o sacerdotes brahmanes del culto externo o exotérico. Ushanas es «la Hueste de Venus» (Lucifer, de Isaías, XIV, 12), convertido ahora en el Tsaba o Ejército de Satán. De aquí también el que John Bentley en su *Historical View of the Hindú Astronomy*, cree que la Guerra del Cielo se refiere meramente a los ciclos cronológicos, y dice que es un rasgo característico de las naciones orientales y de otras antiguas el de ocultar celosamente los arcanos de esta clase de conocimientos, siendo lo que se entregaba a la investigación pública «una mera aproximación de conocimientos más exactos, pero ocultos». Resulta una verdadera desgracia el que Bentley no caiga en la cuenta de que los antiguos astrónomos hindúes eran todos Iniciados y su sistema mucho más exacto que el europeo, como se apreciaría en la misma Argabhatta o *Arybhata* citada en la obra del mismo. Los primeros Adeptos conocidos son, en efecto, los Rishis de la India, constituidos en tres clases, a saber: la de los Deva-rishis o *Devarshis*, los Divinos hijos de Dharma o la Yoga; los *Rajarsihis*, reyes y príncipes que adoptaron la vida ascética, y los *Brahmarshis*, descendientes de aquellos Rishis Gotras fundadores de los brahmanes o razas de casta. Narada, era un Devarshi, en constante lucha contra Brahma, Daksha y otros Dioses y Sabios. Lo que está arriba es como lo que está abajo y cualquiera que sea el significado astronómico de la Guerra en el Cielo, su aspecto humano de la lucha entre los Iniciados de la Derecha y de la Izquierda está basado en sucesos reales históricos, desfigurados para convertirlos en teológicos dogmas explotadores.

(4) El *Mahabharata* que conocemos está pidiendo cual ninguno un estudio crítico teosófico que confirme o desvanezca una viva sospecha nuestra relativa a que el texto que ha llegado hasta nosotros no es sino una hábil y descarada inversión o falsificación del

---

texto primitivo y en la que se han vuelto sencillamente del revés los personajes del poema originario ario-atlante para adaptarle al carácter lunar o «semita y fálico de tales «jesuítas de Asia». No se concibe, en efecto, dado el carácter de «guerra atlante» que tienen todas las tradiciones originarias del poema (a la manera de las que sirvieron de base a los poemas de Homero y hasta al del Mio-Cid), que triunfen los lunares *pandavas* (o antecesores de los brahmanes), de los solares *kurús*, o sea los adeptos de la mala ley (atlantes), de los de la buena (arios). El kurú-shethra o «campo de combate» serían «campos europeos o africanos», no los históricos campos asiáticos de Panipat, y ni el imperio del Doab quedaría por los cinco pandavas esposos de *Dra-upadi*, sino por los kuravas hijos de Dhrita-rashtra, y éstos serían los virtuosos en lugar de los «perversos», inversión de términos que no por eso cambiaría esencialmente el mérito intrínseco de las enseñanzas morales del poema. ¡Cuan distinta es en cambio, la pureza de la conversación del *Aitareya-Brahmana*, incluido en el *Rig-Veda* y que como dice H. P. B. demuestra la identidad de las ideas hindúes con las pitagóricas como fundadas en el número entrambas!.

(5) «Las opiniones de los sanscritistas respecto del *Rig-Veda Sanhita* son tan personales, y están tan divididas, que resultan completamente equivocadas, bien procedan ellas del campo teológico o del positivista, dice H. P. B. Así el profesor Max Müller declara que en ninguna parte se aprecia tan claramente la gran distancia que separa a los poemas clásicos de la India, de la literatura más antigua de la Grecia, que cuando comparamos los juveniles y vigorosos mitos de los Vedas, con los ya decadentes en los que se funda la poesía de Homero. Así, mientras que los Vedas son la verdadera Teología de las razas arias, la Cosmogonía de Hesiodo no es sino una desfigurada caricatura de aquella su imagen original. A los orientalistas que rechazan las grandes Cronologías de la «Doctrina Secreta», les es muy duro de admitir el que entre los himnos del Rig-Veda y la Teogonía de Hesiodo han transcurrido decenas de miles de años, y no pueden tampoco advertir que los mitos griegos, por tanto, no son ya el lenguaje simbólico primitivo de los Iniciados, de los Discípulos de los Hierofantes Dioses, o sean «los divinos Sacrificadores antiguos», sino los ecos de aquel perdido lenguaje, desfigurados por la distancia y recargados con el desarrollo exhuberante de la fantasía de los *profanos, no iniciados*. Aunque el *Rig-Veda* sólo contiene uno 10.580 versos en 1.028 himnos, su texto permanece sin ser correctamente comprendido, a pesar de las *Brâhmanas* y de sus numerosos comentarios, porque estas últimas a las que los orientalistas suponen «los más antiguos tratados acerca de los primitivos himnos» requieren ellas mismas unas claves de que los orientalistas carecen». Barth (The Religions of India p. XIII), al pretender hacer una dura crítica del *Rig-Veda*, dijo una verdad mayor de lo que se creía. Este sabio principia por afirmar que «ni en el lenguaje ni en el pensamiento de la obra ha podido descubrir esa *sencillez primitiva* que muchos pretenden ver en ella», contra lo que supone Max Müller, «antes al contrario es de un carácter poético singularmente refinado y artificioso, lleno de misticismo y penetración teosófica, recordando más bien la fraseología de un pequeño grupo de iniciados que el lenguaje poético de una gran comunidad». Esto es una muestra del desacuerdo que reina entre los sanscritistas. ¿Qué es lo que ellos pueden saber, en efecto, acerca del verdadero sentido iniciático o esotérico de tamaño monumento?».

(6) Esta última asersión es completamente nuestra y no hay que buscarla, por tanto, en los autores. Básase ella en la posibilidad de que **Rig-Veda** no quiera significar «himnos laudatorios» como se pretende con cargo a las dos palabras de **rik o rich**, alabanza, sino más bien «himnos al tenor de la tradición del Fir o Rif», es decir, la atlante tradición del Jardín de las Hespérides donde, hasta poco antes de la catástrofe, residiera, como es sabido, el Colegio Sacerdotal de Iniciados sucesor del Adi-Varsha de la tercera Raza, según el **Naradiya-Purana**, o Itihasa de los Adeptos célebres, libro cuyas 25.000 estancias, no se encuentran ninguna de ellas en las 3.000 que tienen casi sin traducir todavía los museos europeos. Las tres letras «femeninas» **f**, **v** y **g** siempre fueron intercambiables, como se ve en la pronunciación alemana, por ejemplo de la partícula nobiliaria **von** cuya **ve** más bien suena como **efe**. Por eso, por su abolengo primieval y ario atlante, Rig-Veda (¿Fir o Rif-Veda?) es la base de todos los demás, que no vienen a constituir sino una inagotable serie de ampliaciones y comentarios suyos.

(7) Estas tradiciones primievales y ocultas constituyen La Doctrina Secreta de las Edades, llamada a perdurar con el mundo. La llamada «Doctrina Secreta de Oriente», pálido e incompleto reflejo de aquella, apenas si levanta una punta del tupido velo. Como dice H. P. B. ni al mayor de los Adeptos vivientes le sería permitido dar de golpe a un mundo burlón y escéptico lo que durante largas edades ha permanecido oculto. «Contra las fantasías deprimidoras de Coolebrooke que pretenden desconocer o realmente desconocen la existencia de semejantes tradiciones lemuro-atlante-arias del colegio del **Adi-Varsha** de la tercera Raza, conservadas por sus continuadores del **Jardín de las Hespérides** de la Cuarta y por la actual **Logia Blanca del Tibet** de la Quinta Raza o Aria, está el estudio de Krishna-Sastri (revista **The Theosophist**, de agosto de 1881) que asigna dichos 25.000 años por lo menos a repetidas tradiciones, cosa algo presentida por el propio profesor Cowell al decir en el capítulo VII de sus comentarios a la **Historia de la India**, de Elphinstone que «una inmensa sucesión de edades median entre unos y otros himnos védicos», himnos de los cuales apenas hay una cuarta parte vertida al sánscrito corriente de los brahmanes, y de esta parte una porción bien pequeña y mal traducida no pocas veces es con la que hoy cuentan las lenguas occidentales».

Además es cosa universalmente sostenida entre los doctos panditas que al comenzar con la muerte de Krishna (el rishis de la parte «negra» del **Yajur-Veda** o «doble y segundo Veda») el tristísimo Kali-yuga actual, el sagrado libro védico contenía muchos más slokas o versículos que en la actualidad, no obstante contener hoy unos **mil diez** versículos (curiosa coincidencia «histórica» con el título **Las mil y una noches**, «Velo de Isis» como en la introducción a nuestros comentarios a estos últimos cuentos hemos traducido a base del jeroglífico Io o Isis), no siendo inteligible en su recto sentido ocultista y simbólico casi ninguno de ellos sin las **Brahmanas** o comentarios que a su vez precisan de adecuada interpretación.

La Enciclopedia Védica, por tanto, solapa y encierra en su seno las pruebas de una inmensa civilización, civilización sobre la que H. P. B. ha escrito en la Introducción a su magna obra pasajes como los que siguen:

«Los orientalistas mientras que a diario se realizan descubrimientos de raugdes artes y ciencias existentes en la más remota antigüedad, niegan el conocimiento de la escritura a alguna de las naciones más antiguas, considerándolas sumidas en la mayor barbarie. Sin

embargo, todavía se encuentran las huellas de una civilización inmensa, aun en el Asia Central, civilización que es indudablemente *prehistórica*. ¿Y cómo podría existir civilización alguna sin literatura en una u otra forma y sin anales ni crónicas?. El sentido común basta para dar idea acerca de los eslabones rotos en la historia de las naciones que fueron. La gigantesca y no interrumpida cadena de montañas que bordean toda la meseta del Tibet, desde el curso superior del río Khuan-Khé, hasta las del Karakorum, fue testigo de una civilización que duró millares de años, y que podría revelar a la humanidad bien extraños secretos. Las porciones oriental y central de aquellas regiones — el Nan-chan y el Altyn-tag — estuvieron en un tiempo cubiertas de ciudades que bien podían competir con Babilonia. Un completo período geológico ha pasado sobre aquel suelo desde que tales ciudades exhalaban su postrer aliento, como lo testifican los montes de movedizas arenas y el suelo ahora muerto y estéril de las inmensas llanuras centrales que forman la cuenca del Tarim. Los territorios fronterizos a estos países es la que, de un modo superficial conocen los viajeros. En el interior de aquellas arenosas planicies hay agua y frescos oasis llenos de vegetación donde ningún pie europeo se ha aventurado a penetrar, temerosa de un ambiente que hoy le es peligrosísimo y traidor. Entre estos floridos oasis, los hay inaccesibles por completo hasta para los indígenas profanos que viajan por el país.

Los huracanes pueden arrebatar las arenas y cubrir de ellas llanuras enteras, pero son impotentes para destruir lo que está fuera de su alcance. Subterráneos labrados en la entraña de la tierra aseguran los tesoros allí encerrados, y como las entradas de acceso están ocultas, no hay peligro de que nadie los descubra aún cuando varios ejércitos invadiesen los arenosos desiertos donde no se perciben ni un pozo, ni una vivienda ni un arbusto ni hay medio de traspasar las murallas de sus cordilleras.

El oasis de Tchertchen a unos cuatro mil pies sobre el río Tchertchen-Darya está rodeado por ruinas de ciudades arcaicas. Unos tres mil seres humanos representan allí los restos de cien razas y naciones extinguidas, cuyos nombres mismos desconocen por completo nuestros etnólogos. Un antropólogo se encontraría muy apurado si tuviera que descender a clasificarlos, tanto más cuanto que descendientes de cien razas antidiluvianas saben tan poco referente a sus antepasados como si hubiesen caído de la luna. Cuando se les pregunta acerca de su origen, contestan que no saben de dónde vinieron sus padres, pero que han oído decir que sus primitivos ascendientes fueron gobernados por los grandes Genios de aquellos desiertos. Esto podría atribuirse a ignorancia o superstición, pero en vista de las enseñanzas de la Doctrina Secreta, la respuesta puede considerarse fundada en la tradición primitiva. Sólo la tribu del Khorassan pretende provenir del Afghanistan mucho antes de Alejandro y posee leyendas sobre ello. El viajero ruso Prjevalsky encontró casi tocando el oasis de Tchertchen las ruinas de dos inmensas ciudades, la más antigua de las cuales, según tradición local, fue destruida hace 3.000 años por un héroe gigante, habiéndolo sido la otra por los mongoles en el siglo X. El emplazamiento de ambas — dice — a causa de las movedizas arenas del desierto, se halla hoy cubierto por extraños y heterogéneos fragmentos, huesos y utensilios. Los indígenas encuentran con frecuencia monedas de cobre y de oro, lingotes de plata fundida, diamantes, turquesas y, lo que es aún más notable, vidrio roto y ataúdes de un material incorruptible con momias perfectamente conservadas, de hombres altos, robustos y de abundante cabellera. La momia de una joven tenía cerrados los ojos por discos de oro. Añade, también el viajero que durante su travesía por el curso del Tchertchen recogió leyendas relativas a otras veintitrés ciudades

sepultadas, tradición que existe asimismo en Lob-nor y en el oasis de Kerya. Todo esto nos permite conceder crédito a otras leyendas autorizadas por hindúes y mogoles eruditos que hablan de inmensas bibliotecas salvadas de las arenas, y de cien otros restos del antiguo Saber Mágico depositados en lugares seguros».

Finalmente en cuanto a ese divino *Lago de Man-asa-sara-iswara* donde se dieran las enseñanzas originarias, véase el capítulo «Los lagos sagrados iniciáticos» de nuestro «*Libro que mata a la muerte*», donde se habla de otros «lagos» análogos de las diversas iniciaciones. El lago aquel no es sino el supremo Colegio de Iniciados de las tres edades, ya dicho, o *Logia Blanca*, «lago» verdaderamente «jina» o del Supremo Conocimiento.

(8) Esta «creación secundaria» se halla principalmente contenida en los *Puranas* (de *pur* o «*purusha*», (fuego, espíritu) y *anas*, agua, materia). Son los Puranas en este sentido la primera historia o *Itiasa*, mejor dicho, la prehistoria efectiva de nuestro planeta cuando sus condiciones de vida eran extraordinariamente diferentes de las actuales, pero «historia natural» en la que entran no sólo los seres terrestres visibles al ojo físico actual, a su degradada visión después de atrofiado el tercer ojo pineal o del «cíclope», sino la inacabable caterva de entidades buenas y malas invisibles tanto del mundo etéreo, como del astral y también del mental (formas de pensamiento). Suelen clasificarse los Puranas en 18 mayores y 18 menores (*Mukhuya* y *Upa-Puranas*). Yo mas bien los seriaria provisionalmente de este modo: 1 Brahma-Purana (el Purana de lo Incognoscible); 2 y 3, Agni-Puranas (del Fuego y Agua originarios); 4, 5 y 6, Brahmanda, Vishnú y Shiva-Puranas (de los respectivos personajes simbólicos de la Trimurti); 7, Kalika-Purana (de la diosa Kali o del Deseo o de la Muerte, esposa de Shiva); 8, Devi Bhagavata (el Señor de los Cielos, el Logos Solar); 9, Sanat-kumara-Purana (el Rebelde, el Puro y Celeste Asceta, Lucifer); 10 al 17 inclusive: Surya, Narada, Markandeya, Vasishtta, Parashara, Bhagata, Bhargava, Bhavishya (uno de tantos nombres respectivos y encomiásticos de los siete primitivos y celestes Rhis); 18 al 30 inclusive: Varuna; Matsya, Kurma, Shivarajarsya, Varaha, Garuda, Hamsa, Nandi, Ganesha, Narasimha, Vamana y Brihannaradiya Puranas, respectivamente las criaturas marinas, los monstruos de las tres primeras Rondas, el pez, la tortuga, el verraco, el águila, el cisne el toro, el elefante, el león, el mono, el enano y el hombre de los bosques); 31 al 36, Samba, Linga, Skanda, Durvasa y Padma-Puranas (las respectivas Razas-Raíces). ¡Una Historia Natural en suma, que abarca cielos y tierra, lo visible e invisible, los dioses, los astros, los demonios, las plantas, los animales y los hombres en vívidos relatos alegóricos no exentos del más crudo naturalismo sivaíta-brahmánico que en su versión actual, son poco recomendables para algunos!.

## CAPITULO VII

### EL SABEISMO CALDEO

*Los caldeos o kasdín, casta de magos cabalistas. — Semejanza de sus doctrinas iniciáticas con las del Avesta. — Su lenguaje. — Sus conocimientos astronómicos. — Su verdadero nombre y las huellas que de ellos subsisten en el mundo. — El «Abismo de la Sabiduría» i el desierto de Gobi. — La serpiente Tiamat. — Braquicéfaos rubios y dolococéfalos morenos. — Un pueblo superior conviviendo con el paleolítico y el neolítico. — Calx-calcis. — La diosa calcídica mexicana. — El carácter jaíno de estas gentes protohistóricas. — La mística Fraternidad de los Magos. — Su culto emblemático y de los misterios de la Naturaleza. — Balbeck o Heliópolis como centro caldeo-calcídico. — Los gimnosofistas, los pitris y otras colectividades análogas a la de los caldeos. — Platón y la «Machagistia» o Magia caldea. — La obra de Hystaspes y el relato que de ella hace Ammiano Marcelino. — Los sufis persas y asirios como herederos de los caldeos. — Restos caldeos en el Antiguo y el Nuevo Testamento. — Más sobre estos particulares interesantísimos.*

Los caldeos o kasdín fueron primero una tribu y después una casta iniciática de sabios cabalistas, magos babilónicos y astrólogos. Como dice H. P. B. el mismo Hillel, maestro y precursor de Jesús, fue un adepto caldeo, y la metafísica científico-religiosa de aquellos guarda extrema semejanza, dice Franck en su Kabbala, con la Doctrina Secreta encerrada en el Avesta, razón por la cual puede considerarse prolongación una de otra. Dichas tribu y casta, completamente aria, tuvo como lenguaje originario el viejo sánscrito del Rig Veda o mejor dicho la lengua sacerdotal, el *zenzar*, lenguaje que heredaron de los accadios o sea de los ario-atlantes más primitivos. Ellos a su vez instruyeron en Astronomía y en otras muchas ciencias y artes a los asirios y a los babilonios, esto es, al bárbaro pueblo semita al que así civilizaron, como dicen Hibbert y Halevy.

Pero el verdadero nombre que corresponde a los caldeos es el de kalkas, calcas o calcidios, y en tal sentido la tribu babilónica de los caldeos no es sino una de las infinitas que se repartieron por la faz del planeta a raíz de la transformación sufrida por todo el vasto territorio que hoy es conocido bajo el nombre de desierto de Gobi y que determinó la dispersión de los habitantes arios del Asia Central entre los tres y los dos mil años antes de Cristo, aproximadamente, invasiones ya en cierto modo históricas.

En este particular, como en todos, la filología es el guía más seguro, y ella nos muestra, en efecto, la palabra *calcas* como el hilo de Ariadna que hay que seguir en el laberinto de una investigación hoy casi imposible después de las depredaciones de Alejandro que destruyeron los libros sagrados, las iniciaciones y en suma cuantos datos podrían servirnos para orientarnos en el problema. Además los dispersos restos de esta

prodigiosa riqueza ocultista conservados por Beroso, fueron desaprensivamente falsificados por Eusebio y otros en aras del cristianismo que hubieron de forjar estos malvados desnaturalizando aquellas primievals enseñanzas que eran arias y jinas en el más acabado sentido de la palabra. (1).

«Calcas» es el cobre y «calco-pirita» el sulfuro de cobre, de donde aquellas gentes superiores a los paleolitos y neolitos que decimos hoy (restos de la catástrofe atlante), extrajeron el precioso metal sustituto del oro y consagrado a Venus, la Nana o Anait que ya vimos en anterior capítulo. Los mismos estudios prehistóricos occidentales empiezan hoy a descubrir efectivamente a los invasores de esta raza calca o caldea como braquicéfalos de tipo muy superior al de los dolicocefalos invadidos y que fueron como remansados a derecha e izquierda o sea al norte y al sur, ante el empuje de aquella vigorosa corriente inmigratoria que en forma de cuña penetró desde Asia a Europa. Con ello, como siempre, se ha acabado de dar la razón a H. P. B. cuando dijo:

«Es un hecho aceptado por la Ciencia que en los yacimientos geológicos de enorme antigüedad se encuentran instrumentos de piedra tosca o pulimentada, etc., análogos a los usados hoy por nuestros salvajes. Si la colección de piedras celtas y de flechas usadas por los bosquimanos del África del Sur se pusieran al lado de los objetos similares del Museo Británico procedentes de las cavernas de Kent o de Dordoña, nadie, que no fuese un experto perito, podría distinguirlas.»

Si, pues, en nuestra época tan altamente civilizada conviven con nosotros los bosquimanos que no están a mayor altura que el hombre paleolítico, ¿por qué este último no ha podido vivir como contemporáneo de otras razas tan civilizadas respecto de su época como lo somos nosotros en la nuestra? Que la suma de conocimientos aumenta diariamente en la humanidad «sin que la capacidad intelectual crezca a la par que aquellos conocimientos aumentan», lo demuestra el comparar la inteligencia, no los conocimientos físicos, de hombres como Panini, Kapila, Euclides, Pitágoras, Platón, Sócrates, etc., o, en nuestros tiempos Newton, Kant, Huxley o Haeckel». (2).

La característica de dicho pueblo rubio, que en nuestra Península se hubo de mezclar al fin con el ibero o moreno dando lugar al típico «pelo castaño» del celtíbero, era la de conocer profunda mente todos los secretos de la ciencia de los ciclos, secretos bebidos en libros troncales como el *Aytareya-brahmana* y los más viejos *Naskas*, secretos basados, por supuesto, en la matemática, hasta el punto de que en pueblos posteriores como el romano quedó estereotipado este conocimiento de la «ciencia del cálculo» en la misma palabra *cálculo*, de la raíz *calx*, *calcis*, o sea de las pedrezuelas calizas y las bolitas de cobre empleadas por el mismo pueblo-rey para ajustar sus cuentas en tablas o «abacos» («tableros de los abuelos»), de donde el verbo «calcular» a su vez ha tomado origen.

El tema de las «ciudades iniciáticas caldeas» lo hemos tratado ya en otro lugar (*El libro que mata a la muerte*, cap. XXV) por lo que sobre él no habremos hoy de extendernos. Baste, pues, a nuestro propósito anotar que por dondequiera que pasaron los celtas, una ciudad *Calcis*, *Chalcis* o *Kalcis* da todavía testimonio de su paso, lo mismo en Indo-China, que en la Persia, la Siria, la Anatolia, los países helénicos, etc. Y hasta en las comarcas mexicanas aparece *Chalchihuit-cueye*, la Diosa del Cálculo o de la Enagua Azul, la Virgen Isis, la Inmaculada, como si dijéramos, orlada en su traje blanco y azul por gargantillas de pedrezuelas llamadas chalchihuit en el lenguaje de mayas y aztecas. Otra serie de ciudades paralelas llevan la desinencia *ur*, o *us*, característica de *Urga* (la ciudad

del fuego, *ur*, y del agua, *ga*), de donde las gentes calcídicas eran originarias, y así nos encontramos a la *Urda* y *Ux-anas* o Uxama castellanias, a la *Uxda* marroquí y en fin a la célebre *Ur* de los caldeos», ciudad babilónica, antiquísimo centro del culto lunar de donde la Biblia hace originario al patriarca Abraham el «no braman» o ex-brahman, como si dijéramos. El mismo *Aesar* etrusco en su probable derivación de «as-ur», el Fuego, es otra huella calcídica o caldea, como lo es sin duda la introducción en la arquitectura primitiva de los templos en forma de nave o «naveta», de la nave transversal o de crucero que aún se llama «calcídico» en recuerdo de sus introductores.

En cuanto al carácter jánico de estas gentes lo revela la propia *Gñana-bháskara*, tradición «baska» relativa, según H. P. B., al gran astrónomo atlante Asura-Maya «que vivió en Romakapura («la ciudad de Roma-ka») en Occidente y que, aunque atlante, descendía de la Raza Sabia, la que nunca muere y que fue discípulo de Surya, el Sol, a través de Narada», el Rishi al que tan brillantes párrafos consagra también en otro lugar de *La D. S.* ya que «desde el Ponto Euxino hasta Cachemira es donde ha de buscarse una de las cunas principales de la Humanidad y la de los hijos de *Ad-ah* (¿el nombre Adaja castellano?), cuando el jardín del *Edén* en el Eufrates se hubo de convertir en el Colegio de Astrólogos caldeos a los que luego se refirieron las tradiciones ulteriores».

Como sucede siempre, la nefasta y necromante obra de Alejandro y de Eusebio de Cesárea ha quedado frustrada.

Algunos sabios persas, hebreos y caldeos, se unieron, según Wasal, cincuenta siglos antes de la era vulgar para formar en Persia una asociación mística bajo el nombre de Magos, que tenía por objeto, no sólo conservar como un depósito secreto los vestigios de las artes y de las ciencias de los tiempos primitivos, sino también la formación de un dogma religioso que, sin alarmar a los espíritus timoratos, pudiera oponerse a los deseos inmoderados de los primeros hombres. De esta Sociedad en común nació la necesidad de los primeros símbolos, por medio de los cuales la doctrina de los magos se transmitió generalmente y sin peligro.

La luz que encerraba la enseñanza simbólica empezó entonces a brillar insensiblemente, y los magos, que reconocían en Dios un ser incomprendible e inefable, lo proponían a la adoración de los pueblos bajo los emblemas del *Sol* y de la *Naturaleza*. El primero era considerado como la imagen del Dios uno, o su más bella representación, y el segundo como la expresión de su voluntad o como el código fijo y elocuente de las leyes que rigen el Universo.

Con el transcurso del tiempo fueron transformándose estas teorías, merced al lenguaje figurado de los magos, y dieron principio las doctrinas del paganismo naciendo los dioses, como Mitha, Osiris, Baco y Apolo, y las grandes divinidades llamadas Isis, Venus, Diana, Minerva, Ceres, etc. Buret de Long-champs menciona más de cien cultos diferentes, entre los cuales el del Fuego y el del Sol aparecen casi siempre bajo distintas denominaciones.

Los sabios o magos, aunque no a todos comunicaron el depósito de su saber, acertaron a dirigir y contentar a las hordas bárbaras del mundo primitivo. La ciudad de Balbeck, situada en los confines de la Persia y de la Judea, era el centro de la iniciación y de la religión de los magos, como Jerusalén y Roma lo han sido de la judaica y de la cristiana, y no fue Zoroastro, como afirman algunos escritores, el fundador de la iniciación persa, sino su reformador, habiendo aparecido 2164 años antes de la era vulgar.



Todo esto es de una realidad innegable, porque como sigue enseñando la Maestra, después de la caída de los principales santuarios, que ya había comenzado en la época de Platón, las múltiples sectas religiosas, como los gimnósofos indos, los magos persas, los koinobis de Egipto (entre los que Jesús pasó su primera juventud), los pitagóricos, los sufis y los rishis de Cachemira instituyeron una especie de Francmasonería internacional y universal entre sus sociedades esotéricas.

Los gimnósofos, verdaderos jinas encarnados entre los mortales aunque aislados de su contagio moral, sabido es que moran en regiones inaccesibles de desiertos como aquel de la Gedrosia donde quedó sepultado el ejército de Semíramis y apenas si pudo pasar el de Alejandro. Ellos conservan íntegra la tradición caldea y aria, cual la conservan los llamados *Pitris* de la India, de los que también nos ha hablado H. P. B. en pasajes como éste, cuya extensión dispensará el lector.

«Otra de tales sub-hermandades, dice, es la secta de los Pitris en la India. Conocida sólo de nombre desde que la mentó Luís Jacolliot, es más secreta aún que la de *Los Hermanos Herméticos* de que nos habla Mackenzie. Lo que Jacolliot alcanzó a poder estudiar acerca de ella fue sólo debido a fragmentos manuscritos que le entregaron los brahmanes con perfecto conocimiento de lo que hacían. El *Agruchada Parikshai* da ciertos detalles acerca de la asociación tal como ella era en la antigüedad, y al explicar sus místicos ritos y encantaciones mágicas no viene realmente a decir nada. Así los místicos L'om, L'Rhum, Sh'hrum Sho-rim y Ramaya-Namaha continúan siendo para el mistificado escritor tan enigmáticos como antes. Sin embargo, hay que hacerle la justicia de que admite el hecho sin reservas y no se mete en inútiles especulaciones.

«En cuanto a la mística religión de los magos conocida bajo el nombre de *Machagistia*, Platón declara que era la forma menos corrompida de adoración de las cosas divinas. Uno de los Zoroastros y Darío Hystaspes le añadieron más tarde los Misterios de los santuarios caldeos. Hystaspes la completó y perfeccionó aún más merced a los conocimientos que había obtenido de los sabios ascetas (gimnósofos) de la India, cuyos ritos eran idénticos a los de los Magos iniciados. El gran secreto de estos efectivos Magos Caldeos no fue violado jamás, limitándose Hystaspes a «destruir» los absurdos y supersticiones del clero secular del país, no adscrito a los misterios internos. Ammiano Marcelino, en su historia de la expedición de Juliano a Persia, nos refiere a este propósito que internándose resueltamente Hystaspes en las regiones desconocidas de la India superior, llegó a cierta selva solitaria en cuyo tranquilo retiro moraban los más exaltados sabios brahmanes o shamanos. Instruido por las lecciones de éstos en la ciencia de los movimientos de los mundos y en *los puros ritos religiosos...* las incorporó a la ciencia de los magos y estos últimos laboraron así *su peculiar ciencia de la profecía*, transmitiéndola a la posteridad por medio de sus descendientes.

«Los sufis, compuestos principalmente de persas y sirios, adquirieron luego de los magos sus elevados conocimientos en astronomía, medicina y doctrina esotérica de su tiempo, pudiendo así decir de ellos C. W. King en *Los gnósticos y sus restos* (p. 185), que «su doctrina se cifraba en la gran idea de una creencia universal susceptible de ser mantenida secretamente en el seno de la profesión externa de una fe religiosa cualquiera, pues que virtualmente, y de hecho, se consideraba indistintamente a todos los sistemas religiosos bajo el mismo prisma con que los antiguos filósofos miraran siempre tales materias».

«Los misteriosos drusos, en fin, del monte Líbano derivan de todos estos sistemas ocultos. (3). Muchos y variadísimos son, en efecto, los pueblos a los cuales pertenecen los discípulos de aquella misteriosa escuela e infinitos los brotes de aquel tronco primitivo y el cuidadoso silencio conservado por estas sublogias, al igual de la Logia Suprema, ha estado siempre en proporción con la actividad de las persecuciones religiosas. En la actualidad, a la faz del creciente materialismo que invade al mundo va siendo hasta un misterio su existencia. Coptos solitarios, estudiantes fervientes diseminados aquí y allí al través de las arenosas soledades de Egipto, Arabia Pétreá, Palestina y bosques impenetrables de la Abisinia, pueden verse aún en alguna rara ocasión. Pero de todo esto no debe inferirse que una hermandad tan misteriosa sea una mera ficción ni que tenga siquiera *un nombre*. En cuanto a que sus afiliados se vean denominados por un nombre indo, egipcio o parsi importa bien poco. Además de quien esto escribe, algunas personas bien conocidas y dignas del mayor crédito aseguran haber encontrado a individuos pertenecientes a una u otra de estas fraternidades y han podido, *con permiso de quien tiene derecho a darlo*, publicar algunos hechos relativos a las mismas. Así, en una reciente y valiosísima obra sobre las *sociedades secretas*, la *Real Enciclopedia Masónica* de K. R. H. Mackenzie, nos encontramos a este sabio masón, tan independiente de toda imposición ideológica y miembro honorario de la Canon-gate-Kilwinning Lodge, n.º 2, de Escocia, sentando estas afirmaciones al escribir acerca de los *Hermanos herméticos de Egipto*:

«*La Fraternidad hermética de Egipto*» es una hermandad oculta que viene existiendo desde tiempos muy antiguos y posee toda una jerarquía de oficiales, signos secretos y consignas, amén de un método particular de instrucción en ciencia, religión y filosofía... A dar crédito a quien en la actualidad se gloria de pertenecer a ella, *la piedra filosofal, el elixir de vida, el arte de hacerse invisible y de poder mantener comunicación directa con la vida ultra-terrestre*, forman parte de la herencia científica que poseen. El que esto escribe era conocido de tres personas que le han asegurado ser cierta la existencia actual de este cuerpo de filósofos religiosos y hasta se han declarado miembros de ella. Carezco de todo motivo para desconfiar lo más mínimo de la buena fe de dichos individuos, aparentemente desconocidos entre sí y hombres de aspecto sencillo, vida intachable, modales austeros y casi ascéticos en sus costumbres. Parecían tener de 40 a 45 años y era evidente su vasta erudición... y su profundo conocimiento de las lenguas. Jamás permanecían mucho tiempo en un país, antes bien se ausentaban sin que nadie lo notase.»

«Lo que más asombrará quizá a los lectores occidentales, — añade la maestra al comentar este pasaje — es el hecho de que en los mismos Estados Unidos existe hoy día una fraternidad mística que pretende estar en íntimas relaciones con una de las más antiguas y poderosas Fraternidades de Oriente. Es la conocida *Fraternidad de Luxor*, cuyos fieles miembros tienen la custodia de secretos científicos muy importantes. Aunque esta hermandad ha tenido que trabajar penosamente durante mucho tiempo, el secreto de su existencia ha sido cuidadosamente guardado. Mackenzie la describe diciendo que tiene base rosacruciana y consta de muchos miembros (*Real enciclopedia masónica*, p. 461), pero en realidad no tiene base tal, sino que su nombre deriva de la antiquísima ciudad de *Luksur* en el Beluchistan, entre Bela y Kedji, ciudad que también dio antaño su nombre a la conocida ciudad de Luxor en Egipto.»

El día quizá no lejano en que se tienda el puente entre los conocimientos astronómicos ya conquistados por la ciencia de Occidente y los hechos cosmogónico-

astroológicos disfrazados tras las cronologías tamiles y jaínas habrá de retornar a la luz del día no poca parte del misterio caldeo, el de esos *calcas* que dieron el nombre al propio metal del cobre empleado en sus armas y con el que pusieron fin a las edades de la Piedra en los pueblos inferiores a los que vencieron y después instruyeron en las altas verdades de sus ciencias astronómico-religiosas, porque, como ha demostrado el propio Bentley hablando de la astronomía puránica hija de la misma fuente que la caldea, la teoría nebular (torbellinos de Empédocles y de Descartes) y el progreso cíclico-cronológico eran conocidos a la perfección por ellas.

Buena prueba de este último aserto lo son los ciclos astronómicos más elevados que hoy conoce Occidente gracias a las enseñanzas de Hiparco, quien trasladó a la ciencia el conocimiento, por ejemplo, del ciclo de precesión de los equinoccios que antes de él era un secreto de la iniciación caldea. El valor de este ciclo de casi 26.000 años (25.920 según Oriente), y a merced del cual dan una vuelta completa en torno de los polos de la eclíptica o plano de traslación de la Tierra en torno del Sol, los dos polos de la esfera celeste o sean los dos polos del plano de rotación de la Tierra. Pero cuatro de estos períodos a su vez dan la cifra de 108.000 años que es aproximadamente el valor de otro ciclo más excelso relacionado con. la excentricidad de aquella órbita misma y la posición del perihelio, y otros cuatro de estos períodos a su vez nos dan 432.000 años que es *exactamente* el valor del kaliyuga ario, es decir, la edad negra en la que, desde la, muerte de Krishna, nos encontramos, kaliyuga o «gran ciclo», cuyo período, en fin, está compuesto por la suma de los cuatro períodos que durante él se van sucediendo, a saber: el *chatur* o *satuyuga* (cuatro veces el kali, o sean 1.728.000 años); el *treta-yuga* (tres veces el kali o sean 1.296.000 años); el *duivarayuga* (dos veces el kali o sean 864.000 años) y el *kaliyuga* o módulo dicho (de 432.000 años), cifras todas a las que ya hemos aludido al tratar del *Avesta* y que aun conservan los tamiles en sus cronologías exotéricas, según más al por menor hemos estudiado en el capítulo de «Astronomía y Astrología» de nuestras *Conferencias teosóficas*. El «reinado de un Manú» o tipo de humanidad, formado por 71 mahayugas; la suma total de los reinados de 14 manús, con sus shandis, «ligaduras» y «noches» correspondientes nos llevan por último, hasta las estupendas del día y la noche, el año, la edad y la «vida de Brahmâ» o sea del Universo visible, expresada esta última por los tamiles con la cifra de 3.040.000.000,000 de años...

Otro detalle corroborador de nuestros anteriores asertos es el de que la casi totalidad de las estrellas del cielo ya catalogadas en el *Almagesto* de Tolomeo llevan nombres sufis más que árabes, es decir, caldeos, tales como Algenis, Algol, Aldebarán, Altair, Mizar, Alcor, Deneb, Mirab, Achnar, Betelguesa, Enif, Sirrah, Denab, Ras-Algethi, Ras-Alhagüe, etc.; el de que hay tradiciones sufis relativas al «cruce de Shotis o Sirio por la vía láctea dirigiéndose hacia el sur» y de que su luz, hoy de un purísimo blanco azulado de las del primer tipo del hidrógeno, era roja entonces, cosas ambas que, dada la lentitud de su movimiento propio en el cielo y lo lento de las evoluciones químicas de tamaños soles, supone el transcurso de no pocos años de los períodos dichos.

No hablemos tampoco de los «saros y neros» para el cálculo de los eclipses; de los años heliocales o del Sol considerado como un mero planeta de otros soles mayores y más remotos tales como Canope; de las cronologías asirías sobre los eclipses de Sol y Luna, etc., porque ello nos llevaría a hacer un estudio astronómico, no de religiones comparadas como el presente. (4).

«Los egipcios y caldeos, dice la Maestra, atribuyen el comienzo de sus Dinastías Divinas a aquel período en que la madre Tierra se hallaba en sus dolores postreros para dar a luz sus cordilleras prehistóricas que después han desaparecido y a sus mares y continentes. Su rostro se hallaba cubierto de «profundas tinieblas y en aquel Caos Secundario estaba el principio de todas las cosas». Nuestros geólogos confirman ahora que hace algunos cientos de millones de años, en los períodos geológicos primitivos hubo tal conflagración celeste. La misma Astronomía nada sabe acerca de las estrellas que han **desaparecido**, a no ser por sus observaciones relativamente recientes. Las estrellas llamadas temporarias son sólo **estrellas variables** y hasta las **novas** de Ticho Brahe y de Kepler existen todavía... Cuando Karttikeya fue entregado por los dioses a las Pléyades o Krittika para que le criasen, éstas eran sólo seis y de aquí que a Karttikeya se le presentase con **seis** cabezas, pero cuando la fantasía poética de los primitivos simbologistas arios hizo de aquellas las consortes de los siete Rishis, ellas pasaron a ser **siete**: Amba, Dula, Nitatui, Abrayanti, Maghayanti, Varshayanti y Chupunika. Por supuesto, que tienen además otros muchos nombres. Sea como quiera, a los Rishis se les supuso casados con las siete Krittikas antes de la desaparición de la séptima; de otro modo, ¿cómo podían hablar los astrónomos indos de una estrella que nadie pudo ver sin la ayuda de poderosos anteojos?».

«Pero la ciencia caldea no era materialista como la actual, y allí donde veía una realidad tangible, un astro, por ejemplo, tras de ella veía místicamente la realidad inefable de una Fuerza Inteligente animadora: un Amsaspenda, un Elohim, un Regente, un Deva o un Dios, bajo infinitos nombres designadores de otras tantas jerarquías. Porque como dice H. P. B.: «Según la **Kábalah** o tradición caldea, hay tres mundos: el físico, el astral y el suprastral; así como tres órdenes de seres: terrenos, supraterranos y espirituales. Aunque los científicos se rían de los «siete Espíritus planetarios», no pueden por menos de verse en la necesidad de admitir Fuerzas directas y gobernantes, que para muchos físicos profanos en ocultismo y doctrinas arcaicas constituyen algo así como un sistema místico. La teoría de la «fuerza solar» sustentada por Metcalt, y la del polaco Zaliwsky que en su obra **La gravitación por la electricidad** considera la electricidad como fuerza universal cuya fuente es el Sol, son resurgimientos de las enseñanzas cabalísticas. Zaliwsky trató de probar que la electricidad, productora de los más potentes efectos de atracción, calor y luz, es elemento constitutivo del Sol y causa peculiar de las energías de este astro, lo cual se aproxima mucho a las enseñanzas ocultas. Preciso es admitir la naturaleza gaseosa del Sol físico con el potente magnetismo y electricidad de la atracción y repulsión solar, para explicar que, contra las ordinarias leyes de combustión, no disminuya la energía lumínica y calorífica del Sol, y para explicar también el movimiento de los planetas que parece contradecir a menudo las conocidas leyes de pesantez y gravedad. Zaliwsky supone que la electricidad solar **«es distinta de la terrestre»**. El Padre Secchi, según nos dice De Mirville descubrió en el espacio **fuerzas de orden enteramente nuevo** y del todo extrañas a la gravitación. Acaso el Padre Secchi dijera tal cosa con el único deseo de conciliar la astronomía científica con la astronomía teológica; pero Nagy, individuo de la Real Academia de Hungría, no era clerical, y sin embargo expone la necesidad de Fuerzas inteligentes que intervengan hasta en las extravagancias y caprichos de los cometas. El conocido ingeniero C. E. Love, cansado ya de admitir fuerzas ciegas, subordinó todos los en aquel entonces fluidos imponderables a la energía eléctrica, considerada como inteligencia, aunque de naturaleza y estructura molecular. Para Love, en fin, son estas fuerzas, agentes atomísticos dotados de

inteligencia, movimiento y voluntad espontánea, y como los cabalistas, las considera substantivas y productoras de las fuerzas objetivas que en el plano físico son sus efectos. Según Love, la materia es eterna como Dios e igualmente el Alma, que además tiene inherente entre sí otra Alma todavía más elevada (Espíritu), preexistente, dotada de memoria y superior a la energía eléctrica que por su influencia actúa de conformidad con las leyes eternas. Estos conceptos son confusos pero tienen algo de ocultismo, aunque su exposición es completamente panteísta y desarrollada en una obra de carácter puramente científico. Los creyentes en un solo Dios personal repudiarán por detestables dichos conceptos, pero no así quienes creen en los Espíritus planetarios y admiten fuerzas vivas e inteligentes en la Naturaleza».

«Además, el **Zohar** que no es una genuina expresión del pensamiento hebreo sino un compendio de las antiquísimas doctrinas caldeas transmitidas oralmente al principio o Cabala, (escritas después en tratados sueltos, durante la cautividad de Babilonia interpretada por Simeón Ben Yocai, hacia los comienzos de nuestra Era, y recopiladas finalmente por el rabino español de Guadalajara Moisés de León, en 1280), trata del Espíritu que gobierna al Sol; y «los infieles», mejor dicho, los profanos, los de la letra muerta y el mísero materialismo «cegados por la luz visible del Sol, pierden de vista el verdadero Sol (Logos) al contemplar el falso», pues que el misterio del Sol verdadero y oculto es tal vez el mayor del Ocultismo, y cuando Pitágoras dijo: **Contra solem ne loquaris** (no habléis contra el Sol), no se refería al Sol visible, sino al «Sol de Iniciación» en su trina forma, dos de cuyos aspectos son el «Sol-Día» y el «Sol-Noche». De que tras el lumínico físico hay un misterio que las gentes entrevén instintivamente, nos da prueba el hecho de que todas las naciones, desde los primitivos pueblos hasta los actuales parsis, han adorado al Sol. La Trinidad solar no es exclusiva del mazdeísmo, o de la doctrina caldea, sino universal creencia tan antigua como el hombre. Todos los templos de la antigüedad daban frente al Sol, y sus puertas se abrían a Oriente. Tales los templos de Menfis y Baalbec, las Pirámides del viejo y nuevo mundo, las torres circulares de Irlanda y el Serapeon de Egipto. Si el mundo estuviera dispuesto, que desgraciadamente no lo está, para recibir la explicación filosófica de esta costumbre, los iniciados podrían darla. En Europa, el último sacerdote del Sol fue el iniciado emperador Juliano, llamado después el apóstata. Quiso beneficiar al mundo con la revelación de una parte del gran misterio de **τρεπλασιος** y murió. Dijo también Juliano al hablar del Sol, que «hay tres en uno», y que el Sol central era el primer Sol, la causa universal de todo, el soberano Bien; el segundo Sol la suprema Inteligencia con dominio en todos los seres racionales; y el tercero el Sol visible. La pura energía de la inteligencia solar procede del luminoso asiento ocupado por nuestro Sol en el centro del cielo, y es el Logos de nuestro sistema. Como dice Hermes Trismegisto, «la misteriosa Palabra-Espíritu lo produce todo a través del Sol, y nunca opera por otro medio». Porque el desconocido Poder colocó **en** el Sol, y no en ningún otro cuerpo celeste, el asiento de su morada. Pero ni Hermes Trismegisto ni Juliano, ni ocultista alguno significaron por Jehovah o Júpiter esta causa desconocida, sino la causa productora de los grandes Dioses manifestados o Demiurgos de nuestro sistema, incluso el Dios de los hebreos. Tampoco significaban con ello el Sol **físico**, que es tan sólo un símbolo manifestado. El pitagórico Filolao amplía y corrobora a Trismegisto diciendo : «El Sol es un espejo de fuego en el que se refleja el esplendor de las llamas y efluye sobre nosotros. A este esplendor le llamamos imagen»; y evidentemente Filolao se refiere al céntrico Sol

---

espiritual, cuyos refulgentes rayos refleja el Sol físico. Esto es tan claro para los ocultistas, como lo fue para los pitagóricos».

«La antiquísima y verdadera tradición acerca de los Elohim o de Luz, tan desnaturalizada por los judíos, se encuentra aun hoy entre multitud de sectas. Así los beduinos sabeos del desierto aunque monoteístas, adoran a la «Estrellada Hueste del Cielo»; los domoniacos jezidis adoran al *Mulúk Tados* o Regente, el «Señor del Pavo Real» emblema del Orgullo, y de los Cien-Ojos de la Iniciación; los gholaítas y sus afines de la Mesopotamia creen en el *Nur Illahé* o «la Luz de los Elohim» transmitida en verdadera *anastasis* a través de cien jefes profetas. Moloch Muluk-Taos, Melek, Malayak y Malachim en efecto, son meras variantes de los Ángeles de Luz, Mensajeros, etc., etc., y Platón demuestra ser un iniciado cuando dice en el *Cratylus* que Θεός deriva del verbo Θέειν, mover, correr, razón por la cual los primeros astrónomos llamaron a los planetas, o mejor dicho a sus Espíritus Directores, Θείε, dioses, de donde derivó después la palabra ξΑή-Θεία, el aliento de Dios, y los caldeos o Iniciados llamaron *Ab* o *Su Ab-Soo* al Espacio o sea «reino del Conocimiento Divino» porque el Espacio es la mansión de las Potestades inteligentes que de un modo *invisible* gobiernan el Universo. Por eso el abate Huc dice con gran acierto que el nombre simbólico del Dalai Lama, viene de «Lama», el Océano del Conocimiento. Por supuesto, que entre los siete Regentes o Espíritus Planetarios jamás se incluyó ni al Sol, ni a la Luna, ni a la Tierra, sino que eran Dioses del Misterio, cuyo *Sol* era el Segundo Logos o Demiurgo. Nuestro Sol esotéricamente es el Octavo, el Mesías, el Christus, el Ungido por el Gran Aliento Uno, rodeado de sus doce Potestades, también subordinadas por turno a cada uno de los siete Dioses del Misterio de los planetas o «Cosmocratores».

Todas estas doctrinas, al par astronómicas y místicas, entrañan la verdadera cosmogonía primitiva que algún día llegará a descubrir la ciencia, porque mientras la cosmogonía semita humaniza los misterios de la naturaleza, materializándolos, la cosmogonía aria los espiritualiza subordinando siempre lo físico visible a lo trascendente y ultra o metafísico.

Para la metafísica caldea, como para las demás de Oriente, todos los astros son «Serpientes y Dragones de la Sabiduría» (*Siphra*) porque en efecto, todo ser que se mueve en el universo deja tras sí una órbita, rastro o «serpiente»: lo mismo el hombre que se mueve sobre la Tierra, que la Luna al girar en torno de ésta, y la Tierra al deslizarse en torno del Sol y el Sol visible al girar en torno de otros soles más excelsos... Por eso el más antiguo documento hebreo en ciencia oculta — compilación a su vez de otro caldeo de fecha inmemorial, manuscrito y único en el mundo, es el llamado *Siphra Dzeniouta*, compendio simbólico del que H. P. B. nos dice:

«En la primera página de un misterioso Manuscrito arcaico sobre hojas de palma preservadas de la acción del fuego, aire y agua por un procedimiento desconocido, aparece sobre fondo negro un disco de perfecta blancura. El disco representa así al Cosmos en el seno de la Eternidad antes de despertar su dormida Energía — la Encarnación del Verbo que dijeron sistemas posteriores —. En la hoja siguiente aparece el mismo disco, pero ya con un punto en el centro simbolizando que en el Espacio y en la Eternidad ha comenzado la diferenciación. Es, pues, esta segunda lámina la representación del Huevo del Cosmos y de su germen primordial de donde va a surgir de nuevo todo a la existencia, siguiendo la ley de la Energía latente y la radiante, que los vedantinos llaman Pralaya y Manvántara. El

círculo o *huevo* es pues, la Unidad divina de donde todo emana y en donde todo es absorbido. Más allá de su circunferencia no hay sino la siempre abstracta e incognoscible **PRESENCIA**: la Nada-Todo, la Seidad sin límites de donde surge el Ser. Las Enseñanzas Secretas hablan de nuestra Tierra, o más bien, nuestra *vida terrestre* como el Gran Mar, y usando la expresión de «el Mar de la Vida» como una metáfora favorita. El *Siphra Dzenioutha* habla del Caos Primordial y de la Evolución del Universo después de una Destrucción o Pralaya comparándola a una serpiente enroscada que cada mil *Días* se manifiesta. Ella para los *Puranas* es la Ananta-Shesha o Serpiente en la que reposa Vishnú el Espíritu-Santo de la Preservación o sea el Universo, y de quien está escrito en el Siphra dicho: «tu cabeza se rompe en las aguas del mar, a quien divides con tu fuerza», cosa que se refiere a las pruebas de los Iniciados en esta vida física o «Mar de Dolor», si se lee con una clave y a la destrucción sucesiva de las siete Esferas de cada cadena de Mundos en el Gran Mar del Espacio, si se lee con otra. (5). Las Aguas, en efecto, son un símbolo de la Sabiduría Oculta para los Iniciados del Norte, por ser el cuerpo de Nara o Narayana «el Espíritu de Dios que mora en el Abismo», como dice Kulluka-Bhatta en el *Vayú Purana*. Ea, el Dios de la Sabiduría es el «Pez Sublime» Oannes o Dagon caldeo que surge de las aguas para enseñar la Sabiduría... Por eso Ea, con Anú y el primitivo Bel, estaba a la cabeza de todos los dioses babilónicos y en el mismo pronombre demostrativo latino de *is-ea-id, o ith* (éste, ése y aquél), yace como una supervivencia bien curiosa (véase *De gentes de otro mundo*, cap. X) el recuerdo tradicional de aquel gran personaje tanto de los «diluvios cósmicos», cuanto de los «diluvios terrestres», entre ellos el de la Atlántida tras de cuyas «guerras» surgió «del Golfo Pérsico» el salvador *It*.

*Siphra*, y su cabalística permutación *sepher*, zéfiro o aliento, es por tanto la radical de los títulos de otros tantos tratados del ocultismo caldeo-hebreo, tales como el citado *Siphra-Dzeniouta*, el *Sepher-Yetzirah* o «libro de la formación», atribuido al patriarca Abraham, donde se habla de la Mónada, Triada, Héptada y Dodécada y de los doce signos zodiacales o «Dioses del Misterio» ni más ni menos que luego entre los pitagóricos; el *Sepher-Sephiroth*, o «libro de la evolución o manifestación gradual de la Deidad» (Aín-Suph o Jain Sophos; el *Sepher-habahir*, libro de Nechonia ben Hakana, donde figura la famosa parábola del Buen Pastor del Zohar, según trata como un Falso fragmento. Todos estos libros y otros como los de Ezequiel, Daniel y Henoch de donde más o menos deriva el abigarrado Apocalipsis de San Juan, son obra de los Tanaim o primeros cabalistas del pueblo judío, estudiantes de la «ciencia secreta» contenida en la Kábala o tradición oral de los caldeos y magos persas.

De esta clase de libros caldeos es también la llamada *Nabatheau Agriculture* o «Ciencia agrícola de los nabateos», base de la *Doctrina Secreta* de H. P. B. y acerca del cual nos da la Maestra estos sugestivos informes:

«En 1860 el orientalista Chwolshon tradujo y presentó a la siempre frívola e incrédula Europa una curiosísima obra, bajo el inocente título de *Nabatheau Agriculture*. En opinión del traductor, este libro arcaico, *es una iniciación completa* en los misterios de las naciones pre-adámicas bajo la autoridad de *documentos innegablemente auténticos*. Es ella un inapreciable y completo epítome de las ideas, artes y ciencias no sólo de los caldeos, sino también de los asirios y cananeos de las edades prehistóricas, según De Mirville confiesa. (Pneumatologie, III. 218). Por supuesto, que estos nabateos, como han dicho algunos críticos, eran sencillamente los sabeos o caldeos, adoradores de los astros. La obra

en cuestión es una segunda traducción del árabe, a cuya lengua fue traducida primeramente del caldeo. (De Mirville, loc. cit.).

«Masudi, el historiador árabe, habla de los nabateos de este modo: «Después del diluvio, las naciones se establecieron en varios países. Entre ellas se encontraban los nabateos, fundadores de Babilonia, y descendientes de Ham, quienes se establecieron en dicha comarca bajo la jefatura de Nimrod, el hijo de Cus, nieto de Ham y biznieto de Noé.

«El traductor Chwolshon descubre que los asertos de dicho historiador están de perfecto acuerdo con los de Moisés, en el *Génesis* y, en efecto, leídas esotéricamente sus doctrinas, se encuentran en perfecta armonía con las Enseñanzas Secretas. Quatrenière indicó que este libro podría ser una copia hecha en tiempo de Nabucodonosor II, «de algunos tratados hamíticos infinitamente más antiguos», mientras que el autor, con pruebas internas y externas sostiene que el original caldeo fue tomado de los discursos y enseñanzas orales de un rico propietario de Babilonia llamado Qû-Tâmy, quien empleara para ello materiales muy antiguos. La primera traducción árabe la remonta Chwolshon al siglo XIII antes de J. C. En la primera página de dicha «revelación», el autor o amanuense Qû-Tâmy declara que las doctrinas allí expuestas  **fueron dadas primeramente por Saturno a la Luna, quien las transmitió a su ídolo o terafin y éste a su vez a su adorador Qû-Tâmy**, el Adepto que escribió la obra.

«Mencionamos esta curiosa «Biblia» del Adepto caldeo porque tiene importante relación con una gran parte de nuestra presente obra *La Doctrina Secreta*. El iconoclasta Renán, a quien Julio Lemaître denominó «*el Paganini del neantismo*», hizo una crítica despiadada de ella, llamándola «un perfecto cuento de hadas», aunque no más cuento, en verdad, que la propia Biblia, y el mayor defecto que se le ha encontrado ha sido, naturalmente, esto de «Saturno» y del «ídolo de la Luna», cuando el empleo de semejante **terafin**, era idéntico a lo practicado por San David y demás Sumos Sacerdotes del Tabernáculo judío.

«Sí, el *Nabatheau Agriculture* es una compilación, pero no una obra apócrifa, sino la repetición de las Enseñanzas Secretas bajo la forma exotérica de los símbolos nacionales caldeos, con objeto de «velar» dichas doctrinas, al modo de lo realizado también por indos y egipcios. Dicha obra, además, fue tan conocida en la antigüedad como en la Edad-Media. Maimónides habla de ella, citando más de una vez este manuscrito caldeo árabe, llamando a los nabateas «los adoradores de las estrellas», es decir, los sabeos aunque sin llegar a advertir en semejante desfigurada palabra el nombre místico que llevó la nasta caldea fiel a Nevo, «el Dios de la Sabiduría *Secreta*», lo que demuestra que los nabateos constituían una Fraternidad Oculta.

«Las doctrinas, pues, de Qû-Tâmy el caldeo son, en una palabra, la interpretación alegórica de la religión de las primeras naciones de la Quinta Raza, y el que Renán persista en considerar como apócrifo lo poco que queda de las Escrituras caldeas nada influye en la verdad de los hechos. Para quienes ignoran, en efecto, la simbología pueden estas aparecer como astrolatría pura y simple, y aun «necedades paganas» para todos aquellos que desearían ocultar la Verdad Esotérica contenida en ellas. El mismo Maimónides, tan desdeñoso siempre hacia el esotericismo de la religión de otras naciones, confesaba la existencia del esotericismo y de la simbología de su propia religión y cayó en desgracia precisamente por predicar el silencio y el sigilo acerca del verdadero significado de los dichos de Moisés.



«Los detalles dados por el dios Saturno en beneficio de los mortales presentan períodos de duración incalculable, y una serie de reinos y dinastías sin número que hubieron de preceder a la aparición de *Adami* («la tierra roja») en el mundo. Semejantes períodos, como era de suponer, soliviantaron a los defensores de la cronología derivada de la simple letra muerta de la Biblia, hasta enfurecerlos. De Rougemont (*Anales de la Philosophie Chrétienne*, junio, 1860) fue el primero en promover una verdadera cruzada contra el traductor, a quien reprocha el «pretender sacrificar la doctrina mosaica en honor de autores anónimos».

«Beroso, dice él, *por grandes que fuesen sus errores cronológicos*, estaba por lo menos, perfectamente de acuerdo con el profeta respecto de los nombres fundamentales puesto que habla Alorus-Adam, Xisuthros-Noé, Belos-Nimrod, etc.; y al no estarlo de igual modo la obra en cuestión, debe ella ser tenida por apócrifa, al igual que sus contemporáneas *El libro de Enoch; el de Esdras; el de Hermes*, y los *Oráculos sibilinos*, todos los cuales no remontan más allá de dos o tres siglos antes de Cristo».

«Ewald fue todavía más duro con Chwolsohn, y Renán llegó a decirle en la *Revue Germanique* (abril, 1860) que presentase pruebas de que su *Nabatheau Agriculture* no era la obra fraudulenta de algún judío del siglo III o IV de nuestra Era, ya que «en este brujesco y astrológico infolio reconocemos en todos los personajes introducidos por Qû-Tâmy a todos los patriarcas de la leyenda bíblica, tales como Adam-Adami, Anuka-Noé, Ibrahim-Abraham, etc. Después de todo y aunque la obra en cuestión fuese apócrifa, siempre tendría un valor, como documento, no ya del siglo XIII, sino del III antes de Cristo. El mismo Talmud en su forma actual de compilación de materiales no va más allá del siglo IX de nuestra Era».

«Los nabateos, que, según el Yezili persa, vinieron originariamente de Bnsrah a Siria, eran los miembros degenerados de una gran Fraternidad Oculta, fiel a Nebo, «el Dios de la Sabiduría *Secreta*, pero, no obstante de ello, su religión, aun en los últimos tiempos era puramente cabalística. A pesar de que Maimónides llama a sus doctrinas «necedades paganas», y su arcaica literatura *Soboeorum faetum*, coloca a la Biblia de Qû-Tâmy en primera línea de la antigua literatura, y Abarbanel la alaba en términos extraordinarios. Spencer (I, 354), al citar a este último dice de aquella que «es la obra oriental más excelente», añadiendo que por nabateos deben entenderse los sábeos, caldeos y egipcios, en una palabra, todas las naciones *contra las que fueron más severamente establecidas las leyes de Moisés*».

«Nebo es, en efecto, la Deidad que preside al planeta Mercurio y Mercurio, a su vez, es el Dios de la Sabiduría, Hermes o Budha, a quien los judíos denominan *Kokab*, el que aspira; el Señor de lo Alto, y *Nabo* (Ναώ) los griegos. Nebo, pues, es el Dios más antiguo de Babilona y de Mesopotamia. Así como Budha era hijo de *Soma* o la Luna, en la India, y de la esposa de Brihaspati o Júpiter, Nebo, el de Caldea, era hijo de Zarpanitu (la Luna) y de Merodach: Por eso el Nebo caldeo igual que el Mercurio griego, era un «inspector o vigilante» entre los siete Dioses Planetarios, y también un Nabin, un profeta o vidente, como personificación de la Sabiduría Secreta. Al consignarse en la Biblia que Moisés murió y desapareció en el monte Nebo, se quiso expresar su carácter de Iniciado y de sacerdote del Dios de tal nombre o sea de la Deidad Suprema, la cual no sólo era adorada así en la torre planetaria de Borsippa, sino por todos los pueblos de la Palestina, por los moabitas, cananeos y asirios, y también por los israelitas. El templo planetario de

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

Babilonia, por ella, tenía por su Sancta-Sanctorum, el secreto recinto consagrado a Nebo, Hibbert en sus *Conferencias*, nos dice, según el profesor Sayce, que los antiguos babilonios tenían a Nebo, el hijo de Merodach, como intermediario solícito entre los hombres y los dioses.

Así como Budha es el Creador de la Dinastía lunisolar o sea de los hombres de las dos razas del Sol y de la Luna, Nebo es el Creador de la Cuarta Raza. Entrambos, pues, son los *Adanes* de sus razas respectivas.

## NOTAS AL CAPÍTULO VII

(1) «Dada la universal ley de las correlaciones, dice apropósito de aquella catástrofe H. P. B., del mismo modo que en los Cielos hay un «Abismo de Sabiduría» u «Océano superior del Zodíaco», ha existido hasta el último gran período glacial un «Abismo de Sabiduría terrestre», es decir un gran mar interior donde ahora se extiende el desierto de Shamo o Gobi, con doce centros iniciáticos en forma de doce islas pequeñas representando los «Signos zodiacales del Misterio», y con sus respectivos Hierofantes y Maestros. Durante largas edades dos de estas islas fueron verdaderos «Signos del misterio». Al sobrevenir dicho período, un cataclismo local barrió las aguas hacia el Sur y el Oeste, formándose un grande y desolado desierto, quedando tan sólo cierto oasis con un lago y una isla en medio del mismo, como una reliquia del Anillo Zodiacal en la Tierra».

«La Gran Madre», el caos del Universo ha estado siempre representada aquí en la Tierra por «el Abismo del Océano», mansión de Ea o sea de la Sabiduría y no del Mal. La lucha ulterior de Bel, y luego de Merodach el Dios-Sol, con Tiamat o la Serpiente marítima, tiene a más de un sentido astronómico y otro geológico, uno estrictamente histórico, que es una página arrancada a las Ciencias Sagradas secretas, relacionada, por un lado, con la desecación gradual por el Sol de inmensas regiones terrestres antaño fertilísimas, en los arenosos desiertos que hoy vemos, y por otro, en la sistemática persecución de los Profetas del Sendero de la derecha por los Levitas del de la Izquierda, los sacerdotes inventores de esas religiones exóticas de ritualística pompa, materializadoras de todo lo que es inmaterial y trascendente».

«En el *Vendidad*, en fin, se lanzan quejas contra la Serpiente cuyas mordeduras trajeron el invierno, la desolación, la enfermedad y la muerte, tras la eterna primavera del Airyana Vâejo, con el cambio de los Polos terrestres a raíz de la gran catástrofe, cuando el río Daitya desapareció y los magos arios tuvieron que emigrar a la Sodgiana. El mismo Eckstein, en la *Revue Archeologique* (1885) habla del gran cambio concordante operado en el Asia central con las fuertes erupciones volcánicas y el hundimiento de toda una cordillera en la vecindad de la actual de Kara-Korum».

(2) Y en otro lugar sigue diciendo H. P. B.:

«Comparando los resultados obtenidos por el craneólogo Davis (*Transactions of the Royal Society*, Londres 1868) respecto de la capacidad interna del cráneo como medio de juzgar la capacidad intelectual, Pfaff encuentra que esta capacidad es entre los franceses de 89,4 pulgadas cúbicas, es decir, más pequeña que la de los polinesios en general, dado que papuanos y alifuras del grado más inferior alcanzan a 89 y 89,7. Y si, como ahora se dice, el término medio de los cráneos de diversas razas es una de las señales más típicas de diferenciación entre las razas, resulta harto significativo el que «el término medio de anchura craneana es, entre los escandinavos de 75; entre los ingleses de 76; entre los daneses de 77; entre los de Bresgan 80, y mientras el cráneo de Schiller llega a 82, también alcanza esa cifra el de los salvajes madúranos.» Finalmente, entre los cráneos más antiguos

que se conocen y los de los europeos pone de manifiesto que la mayor parte de los cráneos pertenecientes a la Edad de piedra son más bien superiores que inferiores en volumen al término medio de los cráneos de hoy», es a saber en pulgadas cúbicas: 18,877 los antiguos cráneos paleolíticos del norte, 18,858; 18,649; 18,220 los de la misma Edad en Inglaterra, Gales y Francia, siendo el término medio de los europeos actuales 18,579 y 17,795 el de los hotentotes, cifras que demuestran claramente que aquellos tamaños no implican un nivel inferior al de los actuales moradores de la Tierra.» (*The Age and Origen of Man*)).

(3) La actualidad de sus luchas con los franceses ha vuelto a poner de moda este misterioso pueblo, acerca de cuyos iniciados añade la Maestra:

«Las oleadas del tiempo se han ido tragando una tras otra todas las sectas ofitas y nazarenas de los primeros siglos, pero la cabalística secta secreta de los drusos del Líbano aun sobrevive en su integridad primitiva. Las movedizas arenas que se tragaron a los demás brotes de la gran agitación religiosa de Jesús con todos sus recuerdos, tradiciones y reliquias, han resultado, sin embargo, terreno firme para esta secta Arrojadados de su patria, sus miembros se refugiaron en Persia, y puede el viajero que lo desee hablar hoy con los descendientes directos de los discípulos de Juan que en las orillas del Jordán escuchaban «al hombre enviado por Dios» y que eran bautizados y creían. A este curiosísimo pueblo, compuesto de unas 30.000 almas o más se le llama impropriamente de «los cristianos de San Juan», pero de hecho debían ser conocidos por su antiguo nombre de *nazarenos* o por el más moderno de *mendacanos*. El llamarles cristianos es completamente arbitrario, porque ni creen en Jesús como Cristo, ni aceptan su redención, ni se adhieren a su Iglesia, ni veneran sus escrituras. Tampoco adoran al Dios Jehovah de judíos y cristianos, circunstancia que prueba naturalmente que su fundador Juan el Bautista tampoco le adoraba. Aún más, su dios es *Ferho...* una de las muchas corrupciones del *Fho* o *Fo* tibetano y chino con el que estos pueblos, igual que los del Norte del Nepal, designan frecuentemente al Señor Buda, además de que la historia enseña que los monjes budistas abundaban en Siria y Babilonia durante el siglo anterior a nuestra era y que Buddhasp (el Boddhivata) fue el pretendido caldeo fundador del sabismo o bautismo. (Renán, *Vida de Jesús*).

Autores antaño los antecesores de los actuales *bautistas* del célebre *Codex Nazaraeus* (donde con tan claros rasgos se dibuja la verdadera personalidad histórica de Jesús), se vieron perseguidos de muerte por los cristianos de siglos ulteriores teniendo que refugiarse entre los nestorianos... ¿Dónde, pues, puede encontrar la ciencia un campo mejor para las investigaciones bíblicas que en este viejo pueblo tan demasíadamente olvidado? Herederos de las doctrinas del Bautista, sus tradiciones no han sufrido la menor interrupción. Ellos enseñan en la actualidad lo mismo que enseñaron sus antepasados a través de la historia. Ellos son los discípulos de aquel Juan de quien se dice que profetizó la venida de Jesús y al cual bautizó declarándose indigno hasta de desatar la correa del zapato... Día aciago será para el cristianismo aquel en que un sabio honrado e intrépido persuada a los ancianos drusos a que le permitan traducir el contenido de los libros secretos que ellos atesoran y compile sus venerables tradiciones, dado que es un error muy extraño el que ha hecho creer a ciertos escritores que los nazarenos drusos no poseen más literatura sagrada ni profana que cuatro libros doctrinales y aquel curioso volumen lleno de astrología y magia que ellos están obligados a repasar los domingos a la puesta del Sol.

Mientras que ebionitas, nazaritas, hemerobaptistas, sabeanos y otras muchas sectas primitivas fluctuaron más tarde entre los variados dogmatismos que les sugerían las esotéricas y mal comprendidas parábolas del nazareno preceptor Jesús (a quien consideraban con justicia como un profeta), existían al par otros hombres, cuyo nombre en vano buscaríamos en la historia, que conservaron puras e incorruptas como las habían recibido de sus labios las secretas doctrinas de Jesús. Pero aun así y todo aquellas otras sectas turbulentas eran mucho más ortodoxas en su cristianismo, o *Cristismo* mejor dicho, que las Iglesias de Constantino y de Roma. Sobre esto puede verse el *Análisis de las creencias religiosas*, por el vizconde Amberles, (v. I, p. 446)...

Cualquiera que desee comprobar por sí mismo la existencia actual de una religión que ha burlado durante siglos las imprudentes pesquisas de los misioneros y las perseverantes investigaciones de la ciencia, que intente, si puede, sorprender el secreto y aislamiento de los drusos sirios. Los encontrará en número de unos 80.000 guerreros esparcidos desde la llanura al oriente de Damasco hasta la costa mediterránea. No anhelan ellos prosélitos; evitan la notoriedad y, en lo posible, mantienen amistad con cristianos, mahometanos, etc., respetando sus religiones respectivas, pero sin descubrir jamás sus propios secretos. En vano los misioneros los estigmatizan como infieles, idólatras, bandoleros y ladrones: ni amenazas, ni liberalidades ni otra consideración alguna inducirá jamás a un druso iniciado a convertirse al cristianismo dogmático. En cuanto a los no iniciados jamás les ha sido permitido ver tan sólo los escritos sagrados ni tener la más remota idea acerca del lugar en donde se custodian... La traducción de Petú de la Croix hecha en 1701 de las obras presentadas por el derviche apóstata Nasr-Allah al rey de Francia y el *Exposé de la Religión des druses* de Silvestre Sacy (1828) son un tejido de hipótesis y de falsos «secretos».

Semejante pueblo considera como un insulto la palabra «druso», y se llaman a sí mismos los discípulos de Hansa, su Mesías, que vino a ellos en el siglo X, procedente de «la Tierra de la Palabra de Dios», en unión de su discípulo Mochtana-Boha-eddin y escribiendo la *Palabra* de su doctrina la puso bajo la custodia secreta de sus *Okhal* o sabios iniciados. Mackenzie nos enseña acerca de ellos que se establecieron en el Líbano hacia el dicho siglo X y que parecen ser una mezcla de kurdos, árabes mardí y otras tribus semicivilizadas. Su religión es un compuesto de judaísmo, cristianismo y mahometismo; tienen un orden regular de sacerdotes y *una especie de jerarquía*, con un sistema de palabras de paso y otros signos secretos. A la iniciación en sus misterios, a los cuales son admitidos los dos sexos, preceden doce meses de prueba. Citamos esto sólo para hacer ver cuan poco saben en realidad acerca de ellos personas tan bien informadas y veraces como Mackenzie. El que su religión presente trazas de magismo y gnosticismo es natural desde el momento en que en su fondo yace completa toda la filosofía esotérica ofita... Sus ideas acerca de la transmigración son pitagóricas y cabalistas... Hasta su resurrección (por la cual entienden ellos el día en que los cuerpos espirituales de los hombres han de ser absorbidos en la propia esencia y existencia de Dios (el *nirvana* indo) sus almas conservarán sus formas astrales, salvo los pocos escogidos que, desde el instante de la separación de sus cuerpos comienzan a existir como meros espíritus... Sus asambleas de los jueves son públicas, pero ningún intruso ha participado hasta ahora de la iniciación que suele realizarse en viernes y en medio del mayor secreto. En cierta época se verifica una solemne ceremonia durante la cual todos los ancianos e iniciados pertenecientes a los dos grados

superiores parten para una peregrinación de varios días a cierto oculto sitio de las montañas. Allí se congregan dentro de los seguros límites de un monasterio que se dice fue erigido en los más primitivos tiempos de la era cristiana y del que exteriormente solo se ven las antiguas ruinas de otro gran edificio que se dice fue antaño empleado por algunas sectas gnósticas como lugar de culto durante las persecuciones religiosas. Semejantes ruinas a flor de tierra despistarían al profano en todo caso, pero bajo de ellas existen celdas, salas y capilla subterránea comprendiendo un área muchísimo mayor que la de los edificios superiores, y en ellas las riquezas de ornamentación, la belleza de las antiguas esculturas y los vasos de oro y plata «parecen un sueño de gloria», según la expresión de un iniciado, y de igual modo a como las lamaserías de la Mongolia y el Tibet son visitadas en las grandes solemnidades por la sagrada sombra del «Señor Buda», del mismo modo allí, durante la ceremonia aparece la etérea y resplandeciente forma del Bienaventurado Hansa, personificación de la «Sabiduría Universal». El mismo Jesús no fue sino un hombre mortal, y, a pesar de todo, un «Hansa» y «Christos» son palabras sinónimas por lo que se refiere a su sentido interno u oculto, porque ambos son el augusto símbolo del *Nous*, el Espíritu del hombre. La doctrina, pues, drusa de la dualidad entre el alma mortal y la inmortal, es idéntica a la de los gnósticos, los filósofos griegos antiguos y otros iniciados.

Los hechos mágicos más extraordinarios se realizan durante varias noches que dura la asamblea, y así uno de los más grandes Misterios, copia fidelísima de los del pasado, se verifica dentro del casto seno de nuestra madre-Tierra, sin que ni un rayo de luz, ni un eco, ni el más ligero ruido descubran traidoramente al exterior el gran secreto iniciático de aquella.

Fuera de Oriente — sigue diciendo la maestra — sólo hemos encontrado a un iniciado en los Misterios drusos, quien, por razones que él sabrá mejor que nadie, no guarda el secreto de su iniciación en la Fraternidad del Líbano: es el sabio viajero y artista Profesor A. L. Rawson de Nueva York. Este caballero ha pasado muchos años en Oriente; ha visitado la Palestina cuatro veces y la Meca. De él puede asegurarse que atesora una cantidad inapreciable de hechos referentes a los principios de la Iglesia Cristiana que nadie podría haber coleccionado sin tener libre acceso a los depósitos cerrados para el viajero ordinario. Con la verdadera devoción de un hombre de ciencia, el profesor Rawson ha anotado cuantos descubrimientos ha realizado en las bibliotecas de Palestina, y cada hecho precioso que le ha sido comunicado por los místicos que ha ido encontrando en su camino, hechos que algún día recibirán la debida publicidad.

Puede asegurarse, sin embargo, que los drusos pertenecen a una de las sociedades secretas menos esotéricas. Hay otras mucho más sabias y poderosas de cuya existencia ni siquiera se tiene sospecha en Europa. Existen muchas ramas de la Gran Logia Madre que, confundidas con ciertas comunidades pueden ser llamadas sectas secretas dentro de otras sectas. Una de ellas es la conocida comúnmente por la *Laghana-Sastra*, que cuenta con muchos millares de adeptos diseminados en pequeños grupos al sur del Dekkan, en la India. Por superstición popular esta secta es muy temida a causa de su gran reputación mágica y hechicera. Los propios bramanes acusan a sus miembros de ateísmo y sacrilegio, pues ninguno de ellos consentirá jamás en reconocer autoridad alguna en los *Vedas* ni en el *Código del Manú*, excepto en aquello que esté de acuerdo con las versiones de los mismos que ellos poseen y sostienen ser los únicos textos originales. Los Laghana Sastra no tienen templos ni sacerdotes, pero dos veces al mes, cada miembro de la comunidad tiene que

ausentarse de su casa durante tres días. Rumores populares, esparcidos principalmente entre las mujeres, atribuyen tales ausencias a las peregrinaciones a las que concurren quincenalmente. En algunos lugares montañosos, apartados, ignorados e inaccesibles para otras sectas y ocultos entre la lujuriosa vegetación de la India, tienen ellos sus residencias que parecen pequeñas fortalezas con altos y gruesos muros, circundados a su vez por los árboles sagrados llamados *assonata*, o *arassa maram*, «alamedas sagradas» que dieron origen a las de Egipto y de Grecia, y dentro de las cuales edificaban también sus iniciados sus templos fuera del alcance de los profanos.

(4) Séanos permitido, sin embargo, el consignar a este propósito que estudios como el reciente de M. O. R. Walkey en la revista inglesa *Knowledge* ya ponen al habla a nuestra Astronomía con aquellos asombrosos períodos. Las estrellas del tipo B (o del *hlhio*) están caracterizadas por su luz tranquila y en coloración blanco-lechosa, por su agrupación como *ganglionar* a lo largo de esa «espina dorsal» de la nebulosa de la Vía Láctea o *Galaxia*, y por presentar lo mismo las muy brillantes que las intermedias y las más apagadas una casi ausencia de paralelaje prueba de su infinita lejanía. Más, como la principal de ellas que es Cánope o Canopus es la más brillante del cielo después de Sirio, acusa merced a su paralelaje de 0,007, una relación diámetro respecto del de la Tierra y el Sol como de 1 a 109 y a 14.606, o sea un volumen de casi dos millones y medio veces el del Sol y su luminosidad respecto de este como de cincuenta mil a uno, resulta que Cánope, es el centro de los cien millones de soles de nuestro universo sideral y nuestro astro del día, simple satélite suyo y de los más pequeños, que se aleja constantemente de él en una órbita inclinada unos 20 grados sobre el plano de sutura de la Galaxia; y su último periastro o mínima distancia a Cánope ha acaecido hace la friolera de siete millones de años o sea casi dos mahayugas de aquellas cronologías.

(5) Los hebreos, por supuesto, degradaron después estos sublimes conceptos, porque como dice más adelante la Maestra: «Los místicos ven intuitivamente en la Serpiente del *Génesis* un emblema animal y al par una esencia elevada espiritual; una fuerza cósmica, suprainteligente, «una gran luz caída» un espíritu sideral, aéreo, y telúrico a la vez «cuya influencia circulaba en torno del Globo y que se manifiesta bajo el emblema físico del ofidio, que concuerda mejor con sus *anillos* intelectuales y morales», como tomando sólo el sentido de la letra muerta, dijo en su obra el Marqués de Mirville. Pero ¿que harán los cristianos entonces con la Serpiente de Bronce de Moisés, la «divina Sanadora», si tenemos a la Serpiente como un emblema de la astucia y del mal? Porque si a los partidarios de la Iglesia Romana se les enseña que Mercurio, Esculapio y Asclepio, que son en realidad una «Serpiente» sola «son demonios e hijos de demonios» y la varilla y serpiente de Asclepios, la «varita del diablo», ¿qué es entonces aquella Serpiente de Bronce de Moisés? La «vara» pagana, como la «serpiente» judía son una misma cosa: el Caduceo de Mercurio, hijo de Apolo Pitón. Leyendo además numéricamente los pergaminos hebreos, se ve que es fálica.

En el sentido terrestre, todas las alegorías del Sol y el Dragón estaban relacionadas con el Adepto y con las pruebas de la Iniciación y su «Guerra en el Cielo» se refiere, en tal sentido también a las terribles luchas por las que tiene que pasar el Candidato contra sus propias pasiones humanas personificadas por la Magia, cuando el *Hombre Interno*

iluminado tiene que matar o fracasar, convirtiéndose en el primer caso en el «Matador del Dragón», por haber dominado todas las tentaciones y en una serpiente e «Hijo de la Serpiente» porque se ha desprendido de su piel vieja naciendo en su *nuevo* cuerpo y convirtiéndose en un «Hijo de la Sabiduría y la Inmortalidad». Astronómicamente dicha alegoría se refiere a los eclipses solares y lunares, cuyas explicaciones místicas se ven aun hoy en la India y en Ceilán, donde aun pueden estudiarse unos relatos que han permanecidos invariables durante muchos miles de años».



## CAPÍTULO VIII

### EL ESCONDIDO EGIPTO

*El Egipto, clave del misterio prehistórico. — “Nadie entre que no sepa del Egipto y de la India”. — La existencia e inmortalidad del alma y los egipcios jeroglíficos anteriores a los pelasgos mediterráneos. — Imposible hablar de la pasada grandeza de Egipto. — Cronologías saítas. — El país de los faraones y sus grandiosos descubrimientos. — Hombres más próximos a los dioses que a nosotros. — Sus conocimientos geométricos empiezan allí donde terminan los de Euclides. — Escritos perdidos sobre el Egipto. — Un apunte bibliográfico moderno. — Fabulosas dinastías. — Iniciados ario-atlantes que aportaron las bases para la civilización de Egipto. — Las lamentaciones de Max Müller. — Los cuatro “niveles” del Egipto. — Desde el Mediterráneo hasta el moderno Ruwenzori. — Herodoto y el viaje anual de los dioses a la Etiopía. — Campos etíopes, antesala de los Campos elíseos. — Los etíopes, anteriores a los egipcios, como los indos anteriores a los etíopes. — Los hicsos o reyes pastores nunca pudieron franquear con sus invasiones el alto Egipto. — La teurgia de Jámblico y la magia de los hicsos. — La verdadera oración entre los primeros egipcios. — Los períodos sothriacos. — El ciclo del Fénix, de Herodoto. — “Annus”, “orbis” y “mundos”. — Los egipcios y el alfabeto. — Más conexiones histórico-religiosas entre los indos y los egipcios. — El problema más oscuro para la historia y la filosofía. — Lo que aún nos oculta el perdido Egipto. — Las Etiopías.*

**E**l Egipto, el Matsor, Mitsraím o Monsuri asirio; el Kem o Kemi, copto; el Masr o Mesur, árabe; «la primitiva Aria, Hera o Aeria de los etíopes occidentales» consignada en los libros de Oriente (Calepinus *Septem linguarum*); el Aiguptos (ἄγυπτος) o «tierra escondida», de los griegos; el Agyptus latino o «tierra donde nunca llueve» (Plinio e. s. c.?), el «celeste don del Nilo», de Herodoto poblado por el hijo de Danai; el hijo de Neptuno y de Libia (Hesiodo), es una de las siete regiones del Planeta donde se conservan más ricas y vigorosas las claves del misterio prehistórico: las otras seis son, a nuestro juicio, la Ario India, la Escitia, la China, México, Bolivia y España.

Extendido de Sur a Norte entre el Ecuador y el Mediterráneo (Mare aegyptium) y de Este a Oeste entre el mar de las Indias (Mare indicum et ethiopicum), Arabia y el desierto de Libia, ofrece infinitas sugerencias para el artista, el científico, el historiador y el filósofo. «Nadie entre que no sepa de Egipto y la India» había que poner en el pórtico de todas las escuelas y museos de arte en equivalencia de aquella otra inscripción de Delhos de «nadie entre que no sepa geometría».

¿Podrá el teólogo, se pregunta emocionado el sabio Gliddon, no sacar ninguna luz de la fe pura y primitiva que brota a raudales de los jeroglíficos egipcios para poner en evidencia que el alma existe y es inmortal?. ¿Dudaría siquiera el historiógrafo de que el

origen de cada arte, cada ciencia y aun cada religión están en Egipto y precedió miles de años a la época en que los antiquísimos pelasgos esmaltaron con miríadas de templos y fortalezas ciclópeas las islas peninsulares del Mediterráneo?.

«¡Oh Solón, Solón, — decía el viejo sacerdote de Sais al sabio legislador griego en su visita al Delta del Nilo inmortalizada por los dos Diálogos platónicos *El Timeo* y *El Critias* — vosotros los griegos seréis siempre unos niños que llenos de vanidad habláis de Codro y de Phoroneo como de tiempos los más remotos, desconociendo las viejas glorias de vuestros antepasados que tras los muros de Atenas hace nueve mil años rechazaron las embestidas tremebundas de aquel poderosísimo pueblo de Occidente que poco después fue sepultado bajo las ondas». Y lo que dijo el hierofante egipcio al sabio griego mucho más pudo decirlo de nosotros, porque no sólo ignoramos las viejas glorias humanas, sino que nos reímos de ellas y hasta las destruimos.

Encerrar en los estrechos límites de un capítulo la grandeza pretérita del Egipto sería pretensión tan vana como la de querer recoger en la palma de la mano el agua toda de un gran lago. Generaciones enteras de sabios vienen dedicándose a investigar sus cronologías inacabables que parecen ya cósmicas más que lunares según lo dilatadas, cronologías saítas de más de diez mil años (Platón), cronologías que, para Herodoto (libro II, c. 43) son de diez y siete mil años sólo desde Heracles hasta Amasio y para Bunsen de más de veinte mil; sus secretos científicos y artísticos tales como el del vidrio maleable, el de la indefinida conservación de las momias de sus mastabas, el de sus cementos base de todas nuestras construcciones modernas, el de la preparación de sus incombustibles papiros, el conocimiento de los pararrayos (Salverte), el del transporte a grandes distancias de sus enormes monolitos (Manethon), el de las curaciones más prodigiosas base de la leyenda griega de Esculapio «el resucitador de los muertos», el de la estereotomía o corte de piedras «como el diamante puede cortar al cristal» (Bunsen), el de los dentífricos, cosméticos y demás afeites modernos, el de los pozos artesianos que hoy son nuestro orgullo, el de los embalses prodigiosos de agua, hoy copiados en todo el mundo, el de las canalizaciones para riegos mejores aun que las nuestras y que, como el actual canal de Suez puso en comunicación antaño los dos mares por medio de los brazos del Nilo, el de hipogeos maravillosos que las leyendas hacen comunicar hasta con América por bajo del Océano, hipogeos pleróticos de riquezas como el de *Tut-ankh-amen* recientemente profanado...

Y qué decir de las ruinas maravillosas de Egipto, mil veces excavadas desde Mariette Bey a lord Carnavon, revelándonos siempre un secreto, produciéndonos siempre un asombro junto con una religiosa inquietud que nos mueve a pensar si aquellos hombres estuvieron más cerca de los dioses de las teogonías que nosotros los hombres del escepticismo letal, de la duda necia y no cartesiana, del prejuicio positivista, los hombres en fin que se preocupan de «la ciencia pura» olvidando la virtud que con la ciencia constituye la Sabiduría salomónica. «Los conocimientos geométricos de los constructores de las Pirámides empiezan allí donde terminan los de Euclides, siendo más -fácil mencionar lo que sabían, que decir lo que no sabían». Tras las 140 columnas del hipóstilo de Karnac hay salas en alguna de las cuales la mole de Nôtre Dame de París no tocaría al techo y más bien parecería un pequeño adorno en el centro del recinto (Champollion). ¡Luxor, las Pirámides, el lago Moeris, el Laberinto, el canal de Menphis que desvió para siempre el curso del Nilo (Wilkinson), el templo de la Esfinge, los de Philoe, Abu Simbel, Dendera, Edfú, etc., vuestro misterio excede con mucho a nuestra comprensión vanidosa!. (1).

¡Pero todavía está por explicar el Misterio de misterios egipcio: su ciencia universal, aún solapada bajo sus innumerables papiros cuajados de jeroglíficos y que cuarenta o más colegios de magia en los últimos tiempos cuidaron de conservar y de ocultar al alcance de los profanos!.

Hoy yacen perdidos para estos últimos los escritos de Cadmo, Hellánico y Hecateo Milesio apenas conocidos y nunca comprendidos quizás por Diodoro de Sicilia quien, sin embargo, se atrevió a tratar de fabulosas las iniciáticas cronologías de Máneton, sacerdote de Heliópolis, reinando ya Ptolomeo Filadelfo, cronologías que Eusebio de Cesárea, bajo pretexto de traducción parcial de ellas, no hizo sino falsificar para adaptarlas vanamente a sus prejuicios cretinos. Los sacerdotes de Tebas nada quisieron revelar a Diodoro dejándole entender sólo algo relativo a los nombres de sus 330 reyes de las últimas dinastías. Herodoto supo bastante más de todo esto que Diodoro, pues que viajó por Egipto unos sesenta años después que los persas derribaron el trono de los faraones y pudo por ellos recoger más antiguas y fidedignas noticias de los viejos sacerdotes de Menfis, aunque ya entonces estos últimos, para salvarlos de la profanación, habían desfigurado los jeroglíficos.

Habían sido, en efecto, dichos sacerdotes iniciados en los más antiguos misterios ario-atlantes y ellos fueron quienes introdujeron en su país aquella iniciación primitiva peculiar también a brahmanes y magos. Constaba de Misterios mayores y menores, siendo estos últimos públicos y religiosos, y científicos y privados los otros. Los conocidos con el nombre de Misterios de Isis y Osiris remontan; según Wasal, de dos mil quinientos a tres mil años antes de la era vulgar, pero ésta es la fecha *caldea*, la ario-atlante era infinitamente anterior. Los sacerdotes egipcios, al tenor del severo precepto del sigilo, no daban al pueblo ignaro el tesoro de sus sublimes verdades porque lo hubiera profanado. Retirados ellos en el interior de sus templos y ocupados únicamente en la conservación y fomento de sus ciencias, artes e historia, mantenían un sabio comercio de ideas con sus hermanos de diferentes países, y sus virtudes severísimas les hacían no perder nunca de vista el bien de toda la humanidad, y enseñaron a visitantes y extranjeros, como Pitágoras, con generosa munificencia.

Según las lamentaciones de Max Müller y cien otros sabios europeos, dice H. P. B., el público puede estar bien seguro de que los eruditos acerca de las antiguas religiones poseen muy pocos datos para lanzar las conclusiones a que se atreven, no obstante la cual, dogmatizan muy a su sabor. Podrá pensarse, sin embargo que, gracias a los numerosos anales egipcios conservados en los clásicos antiguos ritos y dogmas del país de los faraones, lo sabríamos todo acerca de ello; no es así, pues que Edkins, el sabio filólogo de Oxford, dice: «Contemplamos aún en pie las pirámides y las ruinas de templos y laberintos, con sus muros cubiertos de inscripciones jeroglíficas y de las extrañas pinturas de sus dioses; contamos con fragmentos extensos de los libros sagrados egipcios, y la fuente principal de la religión aquélla y su intención primitiva están muy lejos de haber sido descubiertas por nosotros».

En realidad, el Egipto antiguo estuvo siempre dividido por decirlo así en cuatro zonas o países representantes de otros tantos niveles intelectuales y morales, al modo de otras tantas «castas», castas que nada tienen que ver con las conocidas por tal nombre, quiero decir que, del mismo modo que en otras regiones africanas, la del Atlas por ejemplo, hay una región costera, profanada, la del vulgo de los *tamasi*, o «de la ignorancia», otra región de mesetas llamada la *quelaya* o «chelaya», la de los discípulos, y las alturas y

desiertos donde se hallan refugiados los sabios con sus tesoros ocultos de iniciación, la región de los *gurús* o Maestros. En el Egipto religioso cabe hacer las mismas separaciones, a saber: *a)* la costera mediterránea, en continua comunicación comercial con todos los países; *b)* la de Menphis o del Egipto medio entre Aercason y Kemmis, visitada por Abraham, y tan rica en monumentos religiosos; *c)* la de Tebas o del alto Egipto, entre Siena y Kemmis, cuyo nombre es recordado en la palabra hebrea *Tebah* que mística y esotéricamente tiene el mismo valor que la palabra Elohim; y finalmente, *d)* la región inaccesible, las altas comarcas de Nubia y Abisinia, hasta las fuentes mismas del Nilo en la cordillera ecuatorial llamada del Ruwenzori y sus nieves recientemente descubiertas por los exploradores europeos de los lagos Alberto, Alberto Eduardo, Choga, Victoria, etc. Esta última comarca inaccesible es el alma del Egipto entero. Por eso Homero (Iliada, I, 423) habla del viaje anual de los dioses a la Etiopia, viajes como los que todos los iniciados realizan a ciertos centros ocultos en diferentes épocas para mantener la tradición eterna y el contacto recíproco de la Fraternidad Blanca, cuyas famas se extienden misteriosamente por el planeta entero. De aquí la confesión escapada a Eusebio de que «Aetiopes ab Indo flumíne consurgentes, juxta Aegyptum consederunt», y el que canos y jonios hablasen veladamente de los «campos etíopes» como de una antesala de los «campos elíseos», pues que los etíopes siempre se consideraron tan anteriores a los egipcios como posteriores a los viejos indos y la Abisinia con su desierto superior de la Nubia hubo de ser denominada siempre «la primera tierra de Isis», siendo celeberrimo el templo de la diosa lunar en Allor, el del sol o Soleb en la Nubia, y el de Ibsambul, con sus cuatro colosos de sesenta pies de altura, análogos a las estatuas de Bamián y de la isla de Pascua, es decir, lemuro-atlantes. En las dinastías de los 330 reyes sucesores de Menes figuran hasta 18 reyes etíopes, no habiendo podido las mismas invasiones de los hicsos o reyes-pastores franquear la barrera misteriosa del Alto Egipto para llegar hasta allí, pues que los sublimes sacerdotes etíopes siempre tuvieron a raya en aquellas regiones a los reyes del bajo Nilo. «Perseguiste a las nueve arcas», dicen las inscripciones del palacio de Medinet-Abú en Tebas.

Por supuesto que aquellos reyes-pastores que no llegaron al alto Egipto son los sucesores de los invasores atlantes citados por Platón y de los que también nos habla Anquetil en su *Historia*, y los doce reyes de la dinastía etíope: Atisanes, Mendes, Menes, Proteo, Renfis, Cheops, Kefren, Micerino, Becoris, Arquitis, Sabaco (el rival y vencedor de An-isis, «el ciego espiritual»), Sestos y Samítico, son nombres simbólicos de otros tantos sacerdotes-reyes que actuaron en las conocidas luchas cuyo oleaje de flujo y reflujo a través de varios siglos, acabaron por asolar todo el país.

La teúrgica de Jámblico (*De Mysteriis Aegypti*) contiene peligrosas enseñanzas acerca del poder evocador de tales gentes, su dominio sobre las peligrosas fuerzas de lo astral y el poder de la adivinación de lo futuro sin apelar a la necromancia de las *Sortes* (Biblia de Venecio, 5a. edición. Discurso preliminar y t. XXI), de las «varas-serpientes» (2a. epístola a Tim. III, 8), por los astros, la atmósfera, las aves, las flechas y varillas, el curso de los líquidos, sangre de las víctimas, etc., porque la facultad de adivinar sin recurrir a malas magias sólo es propia de algunos «dioses» (Herodoto 1. II, p. 83) y, como dice Macrobio (*Saturnalis*, 1, I. c. 7), los egipcios no recibieron hasta los días de Alejandro a Saturno y á Serapis, porque nunca les fue lícito aplacar a los dioses con sangre o por otros medios oblicuos, sino con súplicas, e incluso y sobre todo con buenas obras» (2).

Pero donde más vivas huellas de este trascendente saber han quedado es en el primitivo jeroglífico simbólico e ideográfico que distamos aún mucho de llegar a interpretar. En él además está el origen del alfabeto, porque, como dijo Cicerón, «gens Aegyptorum qual plurimorum saeculorum et eventorum memerium literis continet». En la imposibilidad de desarrollar cumplidamente este tema aquí, lo dejamos para nuestra futura obra *La magia y la escritura*. (3).

Séanos permitido, sin embargo, a guisa de ejemplo del sublime poder simbólico de todo jeroglífico una disertación acerca del de Thoth y del emblema de su inefable nombre, no sin antes transcribir lo que de este último dice H. P. B. en su *Glosario Teosofico*:

«Thoth es el más misterioso y menos comprendido de los dioses. Su carácter es enteramente distinto de todas las demás divinidades antiguas. Mientras que las permutaciones de los nombres de Osiris, Isis, Horus y demás son tan innumerables que su propia individualidad acaba por esfumarse, Thoth permanece inmutable desde los comienzos de la última dinastía. Él es el dios de la sabiduría y equivale de este modo a Hermes, pero hubo cinco personajes de este nombre o más bien uno sólo que fue apareciendo con varios caracteres, al modo de algunos Manús o Ris his indostánicos. En el *Burhan i Kati* se le denomina Hormig, uno de los nombres del planeta Mercurio o Budha, a quien les estaba consagrado el miércoles. El Hermes de la tradición oriental era reverenciado por los fineates, y se dice que huyó a Egipto después de la muerte de Argos y que civilizó a dicho país bajo el nombre de Thoth. Pero bajo todos estos caracteres se le atribuye siempre el carácter de Instructor que enseñó la Magia a egipcios y griegos, antes de los días de la magna Grecia, por supuesto y cuando los griegos no eran todavía ni helenos... Thoth está revestido de suprema autoridad sobre todos los demás dioses, por ser el registrador del karma y el juez. Su cabeza de ibis, la pluma y la tablilla del escriba celestial que anota en el Libro de la Vida todos los pensamientos, palabras y acciones de los hombres, pesándolos en la balanza de la justicia, son cosas que le asemejan a los lipikas esotéricos. Su nombre es uno de los primeros que aparecen en los monumentos más antiguos. Es el dios lunar de las dinastías y el maestro iniciador del Cinocéfalos, — el mono con cabeza de perro, símbolo egipcio y recuerdo viviente de la tercera Raza-raíz (*Doc. Secr.* II. p. 184 185). — Es el «Señor de Hermópolis» o sea Jano, Hermes y Mercurio en una pieza.

Está coronado con un *alef* y el disco lunar y lleva en la mano el *tercer ojo* u «Ojo de Horus». Es asimismo el Hermes griego, el dios de la Suprema Sabiduría, el «Tres veces grande» el *Trimegistus*, el protector de las ciencias de la naturaleza y el alma de todo conocimiento oculto o esotérico. Como muy bellamente lo expresa J. Bonwich, de la Real Sociedad Geográfica, «Thoth... ejerce un poderoso efecto sobre la imaginación y en las intrincadas al par que hermosas representaciones del pensamiento y el sentimiento moral de aquel pasado sombrío. Vano resulta el que nos preguntemos cómo en la infancia de la humanidad, en medio de la rudeza de la supuesta civilización incipiente pudo haber ensoñado el hombre un ser tan excelso como Thoth. Tan delicadamente están trazados sus rasgos, que nos parece estar contemplando un cuadro diseñado por el genio de un Milton y ejecutado por el pincel de un Rafael de Sancio.» Verdaderamente hay mucho de verdad en aquel antiguo dicho de «la sabiduría de los egipcios»... «Cuando vemos demostrado que la esposa de Cephren, el constructor de la segunda Pirámide, era una sacerdotisa de Ehroth, halla uno que las ideas comprendidas en él fueron fijadas hace más de 6,000 años.» Según

Platón, Thoth-Hermes fue el inventor de los números, de la matemática, la astronomía, la literatura, etc.». Proclo, discípulo de Plotino, hablando de esta misteriosa divinidad dice: «Preside a todo, conduciéndonos desde esta mansión mortal hacia una inteligible esencia, gobernando a las huestes de las almas.» Thoth, además, como escriba-archivero de Osiris en el Amenti o Sala del Juicio de los Muertos, era una divinidad psicopómpica. Jamblico indica que «la cruz ansata (*thau* o *tan*) que Thoth ostenta en la mano, no es sino el monograma de su nombre». Además de la tau y como prototipo de Mercurio, Thoth lleva el caduceo de serpientes emblema de la Sabiduría. «Hermes, dice Bonwich, era la serpiente misma en un sentido místico, porque a la manera de dicho reptil, se desliza sin esfuerzo ni ruido siguiendo el curso de los siglos. Representación de todo el cielo estrellado, es también el enemigo de la mala Serpiente, como el ibis devorador de los ofidios egipcios (4). Como Thoth es la celeste luz del Logos, su contraposición *Athor* o *Athoth* es la Noche Madre de la cosmogonía egipcia, la Oscuridad y Espacio sin límites de donde emana toda Manifestación y toda Luz o sea el primer elemento (*Koilón*, el Espacio cóncavo) que llena el infinito abismo. Thoth, en fin, como Nevo y como Enoch Enoichión significa «el ojo interno o espiritual de la intuición» de todos los Adeptos iluminados por los Dioses solares y Planetarios de la raza tercera».

Este último concepto arroja inmensa luz acerca del carácter más profundo y significativo del Thoth que es su carácter de dios Jano, Enoichión o Supremo Jina, ligándole tanto con los tiempos de los accadio-mediterráneos cuanto con los fundamentos del Jainismo originario que ya llevamos estudiado. La *Gimnástica* de Thoth-Hermes, lejos de tener el sentido material que hoy damos a la palabra, es un libro *Jina*, un modo de bien encaminar el esfuerzo personal hacia *ellos* (5). Otro libro *Jina* es el *Libro de Enoch* acerca del cual tenemos que copiar largamente a la Maestra H. P. B. quien nos dice:

«La historia de la evolución del mito satánico no puede prescindir del misterioso y cosmopolita Enos, Enoichón, Hanoch o Enoch, de cuya obra tomaron los escritores cristianos primitivos sus nociones relativas a los Ángeles Caídos. El *Libro de Enoch* fue declarado apócrifo por la Iglesia, pero, ¿qué quiere decir *apócrifo*? — Sencillamente un libro *secreto*, uno de tantos como se conservaban en las bibliotecas secretas bajo la custodia de Hierofantes y sacerdotes Iniciados, e inaccesibles para el profano, puesto que *apócrifo* viene del verbo *crypto* (*χρῶπτα*) «ocultar». Durante largas edades, en efecto, el *Enoichón* o «Libro del Vidente», fue conservado con gran esmero en la antigua «ciudad de las cartas» y obras secretas, el antiguo Kirjath-sepher, más tarde Debir. (Josué, XV, 15).

«Algunos escritores masónicos han tratado de identificar a Enoch con Thoth o Menfis, el Hermes griego y hasta con el Mercurio latino, y ciertamente que, si estos personajes son distintos unos de otros, en el sentido *profesional* o de la «fe profesada» bien puede asegurarse que todos ellos pertenecen a la misma categoría de escritores sagrados, o Iniciadores y Registradores de la antigua y oculta Sabiduría, dado que los «Sabios», los Iniciados o Edrisis a que alude la sura XIX del *Corán*, llevaron a Egipto el nombre colectivo de «Thoth», el inventor de la Música, de la Astronomía, de las demás ciencias y, en fin, de «las cartas» o escrituras. Por eso se dice entre los judíos, según Bar-Hebraeus, que Enoch «fue el inventor de todas esas cosas, y el primero que redujo a sistema la complicada marcha de los astros. En Grecia fue llamado Orfeo y en todas las demás naciones recibió nombres equivalentes.

«Dentro de la ley septenaria, cuanto de la astronómica de los 365 días del año, todos estos Iniciadores primitivos tienen idéntica misión sagrada, aunque difieran aparentemente en sus personalidades físicas. Así Enoch es el *séptimo* Patriarca; Orfeo es el poseedor de la *Phorminx* o lira simbólica de las siete cuerdas, es decir, del séptuple misterio de la Iniciación; Thoth, a su vez, con el Disco Solar de los siete rayos sobre su cabeza viaja en la barca del Sol a lo largo de los 365 grados o días, saltándose un día más cada cuatro años; Thoth Lumus, en fin, es el dios septenario que rige los respectivos días de la semana. (Véase Mackenzie, *Royal Masonic Cyclopaedia* en la voz «Enoch»).

«Enoch, el Patriarca *que no ha muerto aún* y que según la cabala y el ritual de la Francmasonería es el primer poseedor del «Nombre infalible», figura también en el *Libro de los Números* (X, 29 y 31) con el nombre de ANAK. En dicho nombre vemos, en efecto, que el propio Moisés, *el profeta guiado e inspirado por el Señor*, se inclina reverente ante el sacerdote Hobab el madianita, hijo de Raquel, diciéndole: «No nos abandones y, pues que tenemos que acampar **EN EL DESIERTO**, sírvenos de guía.» Más adelante también, cuando Moisés envió espías a la tierra de Canaan, éstos trajeron como prueba de la sabiduría (cabalísticamente hablando) y de la bondad del país *un racimo de uvas* de tal tamaño que tenían que conducirlo dos hombres en una pértiga. Estos espías añadieron: «Allí hemos visto también a los hijos de ANAK, gigantes que proceden de los gigantes.» Los madianitas, lo mismo que los canaanitas y hamitas eran tenidos por «Hijos de las Serpientes», es decir por hombres sapientísimos.

«Khanoch, Hanoch o Enoch esotéricamente significa en efecto el Vidente, el Iniciador, el Maestro del Ojo Abierto, así como el Enos del *Génesis* (IV, 26) significa «el Hijo del Hombre» y la historia que según De Mirville (*Pneumatologie*, III, 70) refiere Josefo acerca de haber ocultado Enoch sus preciosos rollos o libros bajo los pilares de Mercurio o Seth, es la misma que se cuenta de Hermes, el «Padre de la Sabiduría», quien también ocultó sus Libros Iniciáticos bajo dos columnas, donde luego aparecieron escritos. Josefo, en efecto, a pesar de sus constantes esfuerzos en pro de la innecesaria glorificación de Israel a quien quiere atribuir la exclusiva de aquellos, hace verdadera historia y habla de dichas columnas como existentes aún en su tiempo, y añade que éstas fueron erigidas por Seth, no el supuesto hijo de Adán, ni por el Hermes, Tech, Set, Thoth, Tat, Sat o Sat-an egipcio, sino por los «Hijos del Dragón o del Dios-Serpiente», nombre bajo el cual eran conocidos los Hierofantes antediluvianos de la Atlántida, el Egipto y Babilonia. Además, el *Enoichión* griego, que significa «Ojo Interno», intuición o videncia, significa también «el Iniciador», «el Instructor» en hebreo con ayuda de los puntos masoréticos. Es asimismo el título genérico de multitud de profetas tanto hebreos como paganos. Así Isdubar, el Hea bani, astrólogo caldeo, es arrebatado al cielo por su protector el Dios Hea, e igualmente el profeta Elías es llevado «vivo» también al cielo por su protector Jehovah pues que Elías en hebreo y otras lenguas, significa Elihu o «el Dios Jah». Semejante plácida muerte o *euthanasia* tiene en efecto, un profundo sentido esotérico, pues que simboliza la «muerte» de un Adepto, que ha alcanzado el grado y poder de purificación necesario que le permite «morir» en el Cuerpo Físico y *seguir viviendo con vida consciente* en su Cuerpo Astral. La expresión de Pablo (*Hebreos*, XI, 5) de que «él no veía la muerte» (*ut non videret mortem*) tiene pues, un sentido, no *sobrenatural* pero sí esotérico, y aunque semejante significado secreto es siempre el mismo, las variaciones de dicho tema son infinitas. En cuanto a la desdichadísima interpretación que se da a algunas alusiones bíblicas respecto de

la edad de Enoch «que igualará a la del mundo», compartiendo con Jesús y Elías la dicha y los honores del último Advenimiento, y de la destrucción del Anticristo, significa en verdad la correlación de Enoch con el año *solar* de 365 días y esotéricamente, por otro lado, el hecho de que algunos de los grandes Adeptos volverán en la Séptima Raza, una vez desvanecido todo error, para proclamar como Shistas o santos «Hijos de Luz» que son ellos, el advenimiento de la Verdad por tantos siglos obscurcida».

«En otro de sus aspectos, Enoch, el patriarca aleste y padre de Methmelah, es también el primer Adán o el *Microprosopus*. El Enoch espiritual, que no murió, sino que fue arrebatado por Dios es el símbolo también de la humanidad, tan eterna en el espíritu como en la carne, si bien esta última perece siempre para siempre renacer. La muerte, en efecto, es tan solo un nuevo nacimiento, pues que el espíritu es inmortal y, por tanto, la humanidad no puede morir jamás y el *Destructor* se convierte en *Creador*. Tipo, en fin, Enoch del hombre dual, espiritual y terrestre a la vez, ocupa por eso el centro de la Cruz Astronómica, base geométrica de todo el simbolismo religioso de los *avatares induistas*: la manifestación de la Deidad o del Creador en su criatura el Hombre, es decir, de Dios en la humanidad y de la humanidad en Dios como Espíritu. Así se forma el símbolo de la *Mundana Cruz de los Cielos*, repetida en la tierra por el hombre dual y hasta por las grandes corolas de ciertas plantas con arreglo a la clave de Hermes de que lo que está arriba es como lo que está abajo. La figura, pues, del místico simbolismo de Libra Hermes-Henoch permanece así en el centro o punto de unión de la Cruz del hombre dual, del hombre físico reemplazando al «espiritual». La posición de una de sus manos señalando al cielo, está equilibrada por la otra indicando a la tierra, es decir: infinitas generaciones arriba e infinitas generaciones abajo: un hombre de polvo que retorna al polvo y un hombre-espíritu que renace en espíritu: una humanidad finita, Hija del Dios Infinito».

«Cuando Ludolf, llamado por nuestros eruditos nada menos que «el padre de la literatura etiope» examinó los diversos manuscritos etíopes relativos al *Libro de Enoch* presentados por el viajero Pereix a la Biblioteca Mazarina, declaró rotundamente «que no podía haber ningún *Libro de Enoch*. Sin embargo, como todos saben, pronto quedó por tierra tan dogmática afirmación, pues que Bruce y Ruppel encontraron dicho libro en Abisinia y, trayéndolo a Europa unos años después, dieron margen a que el propio obispo Laurence lo tradujese. Bruce, por supuesto, despreciaba su contenido y se burlaba de él, como todos los demás hombres de ciencia, declarando, dice De Mirville (*Pneumatologie*, p. 73), ¡que era una obra *gnóstica* referente a gigantes antropófagos y tocada de grandísima semejanza nada menos que con el *Apocalipsis!*».

«No fue ésta sin embargo la opinión de mejores críticos que después vinieron. Así el Dr. Hanneberg, llegó «hasta colocar el *Libro de Enoch* en el mismo y preferente lugar que *El libro tercero de los Macabeos*, o sea a la cabeza de la lista de aquellos libros cuya autoridad se halla más cerca de las obras canónicas», que dijo el católico Marqués de Mirville en su citada obra. Como de costumbre todos tienen razón en parte, y en parte se equivocaron todos. El aceptar a Enoch como una persona viva, como un personaje bíblico es lo mismo que aceptar a Adán como el primer hombre, pues que Enoch es un término genérico aplicado a ciertos individuos de todos los tiempos y en todas las razas y naciones, y de aquí el hecho de que los antiguos talmudistas doctores del Midrashismo no estén de acuerdo en sus opiniones acerca de Hanokh, el Hijo de Yered, pues que, mientras que unos dicen que era un gran santo amado de Dios y «que fue arrebatado vivo al cielo», es decir

---



que alcanzó el Nirvana o Mukti aquí en la Tierra, cual Buda y tantos más, para otros talmudistas no era sino un perverso brujo, cosa, en fin, que corrobora que todo **Hanokh** o Vidente era un Adepto de la Sabiduría Secreta, sin ninguna especificación acerca del carácter (de la Diestra o de la Siniestra) del portador de semejante título».

«El **Libro de Enoch**, en fin, es un compendio de la historia de las razas Tercera, Cuarta y Quinta. Unas poquísimas profecías de nuestra época actual y un largo resumen retrospectivo, introspectivo y profético de sucesos universales y completamente **históricos**, etnológicos, **geológicos**, astronómicos y psíquicos, amén de un poco de Teogonía de los anales antediluvianos. Citado él diferentes veces en **Pistis Sophia** y en el Midrashin más antiguo del **Zohar**, Orígenes y Clemente de Alejandría le tenían en muy alta estima y lo mencionan como una obra de antigüedad venerable. Sus visiones desde el cap. 18 al 50 son todas descripciones de los Misterios de la Iniciación, una de las cuales es la del Valle Ardiendo de los «Ángeles Caídos», y quizá tuvo mucha razón San Agustín al decir que la Iglesia rechazaba el **Libro de Enoch** de entre los canónicos a causa de su enorme antigüedad, «ob nimiam antiquitatem» (**La Ciudad de Dios**, XV y XXIII). ¡No cabían, en efecto, los sucesos que en él se mencionan en el estrecho marco de los cinco mil cuatro años antes de J. C. que aquella pretendía asignar al mundo!».

«El sabio M. de Sacy (**Annales de Philosophie**, p. 393), nos dice: «el **Libro de Enoch** asigna al año solar 364 días, y parece conocer, además, períodos de tres, cinco y ocho años, seguidos de **cuatro** días suplementarios que, en su sistema, parecen ser los de los equinoccios y solsticios. Estos «absurdos» añade De Mirville, acaso datan de algún sistema imaginario que pudo haber existido **antes de que el orden de la naturaleza hubiese sido alterado en la época del Diluvio Universal**,» cosa que es precisamente la enseñada por la Doctrina Secreta, pues el propio ángel Uriel dice a Enoch: «¡Todas las cosas, oh Enoch, te las he revelado! Tú ves ya al Sol, a la Luna y **a los que conducen las estrellas del cielo**, los cuales hacen que se repitan todas sus operaciones y estaciones. **En los días de los pecadores, los años se acortarán** y la Luna cambiará sus leyes... (cap. LXXIX, trad. de Laurence). En aquellos días, años antes del Gran Diluvio que barrió a los atlantes y cambió la faz de toda la Tierra al cambiar la inclinación de su eje, la naturaleza geológica, astronómica y cósmicamente no podía ya ser la misma, porque, como dice el **Libro** «Noé gritó con amargura tres veces: ¡Óyeme, óyeme, óyeme! La Tierra trabaja con violencia y seguramente voy a perecer con ella.» (capítulo LXIV). Habían llegado, en efecto, los tiempos en que se cumpliesen el decreto de la Ley Natural Evolutiva, de que la Cuarta Raza fuese destruida para dejar el puesto a otra mejor que ella, pues que el Manvántara había llegado a su punto de vuelta al cumplirse **las tres y media Rondas de las Siete** y la gigantesca Humanidad física había descendido hasta el punto más bajo de su grosera materialidad. De aquí aquel apocalíptico versículo acerca de aquella Raza «aquellos gigantes que conocían todos los misterios de los ángeles, todos los poderes secretos y opresores del Mal y de la brujería».

«En el cap. VIII del **Pirkah**, de Midrash, R. Eliezar atribuye a Enoch lo que tantos otros autores atribuyen a Hermes Trimegisto, pues que los dos son idénticos en su sentido esotérico, y añade que «Hanokh» comunicó a Noé la ciencia del cálculo de las estaciones». Este Hanokh y su «Sabiduría» pertenecen en dicho caso al cielo de la Cuarta Raza Atlante y Noé al de la Quinta, por lo cual pudo decir el **Zohar** que «Hanokh tenía un libro idéntico al Libro de la Generación de Adán, es decir, del Misterio de la Sabiduría». En tal sentido

---

representan Henokh y Noé, las dos Razas-Raíces anterior y presente. En otro sentido, la desaparición de Henokh, «que se fue con Dios y no existió ya más porque Dios se le llevó», es una alegoría relativa a la desaparición de entre los hombres del Conocimiento Sagrado y Secreto, llevado consigo por el «Dios colectivo de los Java Aleim, los altos Hierofantes, las cabezas de los Colegios de Sacerdotes Iniciados. En suma, que los Henoch o Enoichions se confinaron estrictamente al recinto de los Colegios Secretos de los Profetas entre los judíos y de los Templos entre los gentiles».

«Enoch, interpretado, por otra parte, con la sola ayuda de la clave simbólica, es el tipo de la doble naturaleza espiritual y física del hombre. Por ello ocupa el centro de la Cruz Astronómica de la Estrella de seis puntas que Eliphaz Lévi tomó de una obra secreta. En ángulo superior del Triángulo superior está el Águila; en el inferior izquierdo el León, en el derecho el Toro, mientras que sobre el Toro y el León o sea a los lados del Águila está la faz de Enoch o del Hombre. Ahora bien las figuras del Triángulo superior, omitiendo la Primera por ser de meros Chhayas o Sombras representan a las Cuatro Razas anteriores, mientras que Enos o Enoch, está colocado entre la Cuarta y Quinta Raza, por representar la Sabiduría Secreta de entre ambas. Ellas son también los cuatro animales de *Ezequiel* y del *Apocalipsis*. En el Doble triángulo de Ardhanari indo se nos presenta una representación mucho mejor pues en el están simbolizadas tan sólo las tres Razas históricas para nosotros, que son: la Tercera o Andrógina simbolizada por Ardha-nari; la Cuarta, simbolizada por el poderoso León; y la Quinta o Aria, por se símbolo más sagrado hasta hoy: la Vaca o Toro».

El Enoch hebreo es, por otra parte, añadimos nosotros, ese *Enos* o *Senius* de los antiquísimos *Cantos etruscos de los Hermanos Arbales* de los primeros días de Roma, «el renovador de la verdadera Religión de la Naturaleza» cuyo triunfo solar o jina se celebraba con grandes fiestas patriarcales o iniciáticas. Por eso la leyenda romana de Brabante, como tantas otras, le presenta no en «carro de fuego», sino conducido por «un Cisne» (*Swan, Chohan*, etc.) para socorrer con sus protecciones jinas a todos los desvalidos representados por la Elsa del *Lohengrin*. Este Caballero Helias, a su vez, es el nexa místico al par que histórico que enlaza a los venerandos nombres de Elías y de Enoch, como se ve en el hermoso libro de Bonilla San Martín *El Mito de Psiquis*.

«Seth, el más elevado de los Cabires sabeos, es el Progenitor de los hombres primeros de la Tercera Raza en los que habían encarnado los Ángeles Planetarios. El mismo era un Dhyán-Chohan y pertenecía a los Dioses *informadores*, y *Enos, Hanoch, Enoch* o *Hermes*, se decía que era su *hijo*, cuando en realidad es el nombre genérico de todos los *Enoichión* o Videntes primitivos. El árabe Soyuti dice que los anales más arcaicos mencionan a Seth, como el fundador del Sabeísmo, y que las pirámides con todo su astronómico simbolismo eran consideradas como el Sepulcro de Seth y de Hermes, Enoch o Idrus (*Drusi*) y a ellas iban en peregrinación los sabeos cantando oraciones siete veces al día, *volviéndose hacia el norte* (Monte Merú, Kaph, Olimpo, etc., etc.) Abd Allatif, y Eddin Ahmed Ben Yahya, que escribió 200 años después que Allatif, nos refieren curiosísimas cosas acerca de los sabeos, y al paso que Ahmed sostiene que cada pirámide estaba consagrada a una *estrella* (a un Regente Planetario más bien), Allatif nos asegura que había leído en libros sabeos antiguos que una pirámide era la tumba de Agathoemon (Seth o el Buen Demonio), y otra la de Hermes. (Palgrave *Operations*, II y Slaniland Wake. The Great Pirámide)».

«El dogma de la Caída primera, o de los Ángeles, se funda en unos cortos versículos de El Apocalipsis, los cuales han demostrado hoy algunos eruditos que son un plagio del **Libro de Enoch**. Dichos versículos han dado margen a teorías y especulaciones sin fin, las cuales han adquirido gradualmente la importancia de una inspiración y de un dogma. Todos trataron, en efecto, de explicar el versículo del dragón de siete cabezas con sus siete coronas y diez cuernos, y cuya cola «arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo, arrojándolas a la tierra», y cuyo lugar y el de sus Ángeles «no se volvió a ver en el cielo». Desde Newton a Bossuet han especulado los cerebros cristianos respecto a tales oscuros versículos. Bossuet dijo que la estrella caída era el heresiarca Teodosio; las nubes de humo, la herejía de los montañistas, y la tercera parte de las estrellas, los mártires y los doctores de la cristiandad».

Bossuet, sin embargo, debió saber que los sucesos descritos en *El Apocalipsis*, no eran originales, pues que se ha demostrado que ellos pueden encontrarse en otras tradiciones cristianas y paganas. El «Príncipe del Aire», de San Pablo, no es en efecto, el Demonio, sino los efectos de la Luz Astral, como correctamente explica Eliphaz Lévi. Según él dice, el Demonio no es «el Dios *de esta época*» sino la Deidad de todas las edades desde que el hombre apareció en la Tierra y la Materia en sus formas y estados innumerables tenía que luchar por su pasajera existencia contra otras fuerzas desintegradoras.

«El «Dragón» es sencillamente el símbolo del Ciclo y de los «Hijos de la Eternidad Manvantárica», que habían descendido a la Tierra durante cierta época de su período formativo. Las «nubes de humo» son fenómenos geológicos. La «tercera parte de las estrellas caídas del cielo», se refiere a las Mónadas Divinas — los Espíritus de las Estrellas en Astrología — que circulan en torno de nuestro Globo, esto es, los Egos *humanos* destinados a ejecutar todo el ciclo de Encarnaciones. La sentencia de «*qui circumambulat terram*», sin embargo, la refieren también en la teología al Diablo, pues se dice que el mítico Padre del Mal «cayó como un rayo». Desgraciadamente para esta interpretación, el «Hijo del Hombre», o Cristo, es esperado, según personal testimonio de Jesús, y descenderá del mismo, o sea «como un rayo cayendo del cielo». (Lucas X, 18) o sea «como relámpago que viene de Oriente» (Mateo, XXIX, 27).

«El origen, por supuesto, de estas metáforas y figuras de lenguaje, eminentemente orientales, ha de buscarse en Oriente. En todas las cosmogonías antiguas, la *Luz* viene de la *Obscuridad*. En Egipto, como en todas partes, la *Obscuridad* era «el principio de todas las cosas». De aquí el que Pymander, el «Pensamiento Divino», salga como Luz, de las Tinieblas. Behemoth o Satán, en la teología católico-romana es el principio de las Tinieblas y, sin embargo, Job dice de él que Behemoth «es el principio de los caminos de Dios»: «*Principium viarum Domini Behemoth*» (Job, XL, 14)... La Biblia protestante define a Behemoth de un modo *inocente* como «el elefante, que creen algunos».

«¿Quién pudo informar al autor de *El Libro de Enoch* acerca de aquella poderosa visión de que la Tierra había inclinado su eje poco antes del Gran Diluvio?. ¿De dónde pudo sacar tales conocimientos astronómicos y geológicos, si ha sido ello, como se dice, una mera fantasía, una invención de los tiempos posteriores, esta Sabiduría Secreta en cuyas fuentes bebieran los antiguos Rishis y Pitágoras?. ¿Leyó acaso proféticamente Enoch la obra de Federico Klée sobre el Diluvio, en la que se dice que la posición del globo terrestre respecto del Sol ha sido distinta evidentemente en los tiempos primitivos y esta

diferenciación ha debido ser causada por un cambio de dirección del eje de la Tierra?» ¿No le dijeron, en fin, los sacerdotes egipcios a Herodoto que el Sol no se había levantado siempre por donde ahora y que la eclíptica había cortado antaño al ecuador en ángulo recto? (Bailly, *Astronomie Ancienne*, I, 203 y II 216. De Mirville, *Pneumatologie* p. 79). (6).

«Increíble parece el que no pocos escritores místicos continúen en sus prejuicios relativos a la «supuesta» antigüedad del *Libro de Enoch*. Así, al paso que el autor de *The Sacred Misteries among the Mayas and Quiches* se inclina a ver en Enoch, ¡oh absurdo! a un iniciado convertido al Cristianismo, el compilador inglés de las obras de Eliphas Lévi es de análoga opinión cuando dice en su *Biographical and Critical Essay of the Mysteries of Magic*, que, fuera del Dr. Kenelby, ningún erudito atribuye al *Libro de Enoch* una fecha más allá del siglo IV antes de J. C.».

«Por supuesto que la erudición moderna nos tiene acostumbrados a enormidades mayores que esta. Parece que fue ayer cuando los más *grandes críticos* de Europa negaron la autenticidad misma de esta obra juntamente con los *Himnos Órficos* y hasta el *Libro de Hermes*, hasta que se encontraron versículos enteros de este último en los monumentos de las primeras dinastías.

«No siempre es lógica ni prudente la Iglesia Romana. Al declarar, en efecto, *apócrifo* el *Libro de Enoch* ha ido tan lejos que, por mano del cardenal Cayetano y otras lumbreras eclesiásticas, rechaza hasta el Canon del propio *Libro de Judas*, quien como apóstol *inspirado* hace citas del *Libro de Enoch* santificándolo de este modo inevitablemente. Por fortuna, algunos de estos hombres dogmáticos percibieron a tiempo el peligro, porque de seguir la opinión de aquellos, se hubiesen visto obligados a rechazar también el Cuarto Evangelio, dado que San Juan ha tomado literalmente de Enoch todo el pasaje aquel de Jesús en el incidente de los «ladrones y bandidos».

«Entre las tradiciones relacionadas con la alegoría oriental figura la bella de los Beni-Samash o Hijos del Sol, cuyos detalles son mucho más minuciosos *en su triple versión* que los que pueden encontrarse ya sea en el *Libro de Enoch*, ya en su más reciente versión del *Apocalipsis*, respecto del Antiguo Dragón y sus matadores, y es muy probable que la grandiosa descripción que hace Milton en su *Paraíso Perdido* de aquella terrible batalla de los tres *días* entre los Ángeles de la Luz y los de las tinieblas esté inspirada por algún místico que tuviese acceso a las obras secretas de la Biblioteca del Vaticano.

«Según la *alegórica* verdad de la versión de Josefo, las dos famosas columnas estaban enteramente cubiertas de jeroglíficos, que después de su descubrimiento, fueron reproducidos en los lugares más recónditos e inaccesibles de los templos secretos de Egipto, convirtiéndose así en la fuente misma de su tan excepcional Sabiduría. Tales columnas, sin embargo, son los prototipos también de las dos «tablas de piedra» o «tablas de la Ley», talladas por Moisés bajo las órdenes del «Señor», y por tanto, cuando se dice que todos los grandes Adeptos y Místicos de la antigüedad, tales como Orfeo, Hesiodo, Pitágoras y Platón tomaron sus elementos teológicos de semejantes escrituras jeroglíficas, tenían razón en un sentido y erraban en otro. La Doctrina Secreta, en efecto, nos enseña que todas las Artes y Ciencias, la Teología y especialmente la Filosofía de todas las naciones antediluvianas (y las cuales no todas desaparecieron cuando el atlante Diluvio) habían sido registradas en caracteres ideográficos, tomándolos de los anales orales primitivos (Tradición o Cabala) de la Cuarta Raza, la que a su vez los había heredado de la Tercera Raza Raíz primitiva antes de su alegórica Caída. De aquí también el que no sólo dichas

columnas egipcias y tablas mosaicas, sino hasta la «blanca piedra de pórvido oriental» de la leyenda masónica, ocultada por Enoch antes del Diluvio en las mismas entrañas de la Tierra para que sus preciosos secretos no se perdiesen», eran simplemente copias más o menos simbólicas y alegóricas de los Anales Primitivos. El *Libro de Enoch* es una de tales copias y el que hoy lleva tal nombre no es sino un compendio caldeo harto incompleto acerca de ellas.

«En la profecía XXVIII de *Ezequiel* se le dice al profeta: «Di al príncipe de Tiro, ¡oh hijo del Hombre! que esto dice el Señor: tu corazón se ha envanecido creyéndote un dios siendo solamente un hombre y para castigarte por ello yo haré venir extranjeros en contra tuya, quienes sacarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría y te precipitarán al abismo».

«Desde luego estas imprecaciones no son *profecías* sino *recuerdos* o historia del triste fin que cupo a los atlantes, los «Gigantes de la Tierra», los grandes brujos atlantes perversos, el simbólico «Príncipe de Tiro», descendiente de las «Dinastías Divinas». Se trata, por consiguiente, de verdaderas referencias a los Misterios de la Iniciación, y por ello la voz sigue diciendo: «Tú has estado en el Edén, en el jardín de Dios (Edad de Oro). Te cubrías de toda clase de piedras preciosas; te recreabas con tus pífanos y tamboriles... Porque tú eras el querubín ungido, capaz de caminar hasta sobre el fuego y fuiste creado perfecto hasta que se vio la iniquidad en ti. Por tanto yo te arrojé de la Montaña de Dios y te destruí».

De Mirville, *defensor oficial y reconocido* de la Iglesia romana, dice: «Hemos señalado varios semi-dioses y también héroes «muy históricos» de los paganos, predestinados para *remedar*, a la vez que para deshonar el nacimiento del héroe por antonomasia, *Dios encarnado*, ante quien la Tierra toda tenía que inclinarse. Por eso hemos visto que aquellos han nacido como *Él* nació, de una madre inmaculada; que estrangularon serpientes en sus cunas; que lucharon contra demonios; que ejecutaron milagros; que murieron como mártires; que descendieron al mundo inferior y resucitaron entre los muertos. Y hemos deplorado amargamente el que cristianos demasiados tímidos se hayan creído obligados a explicar todas esas semejanzas como meras coincidencias de mitos y símbolos. Olvidan ellos, sin duda, que las palabras del Salvador de «todos cuantos antes que yo vinieron, son ladrones y asesinos», palabras que lo explican todo sin ninguna negación absurda, y que yo comento así: «*El Evangelio es un drama sublime, parodiado y representado por rufianes antes de su debido tiempo.*» Por supuesto que tales «rufianes» son demonios dirigidos por Satán. ¡Donoso modo de desatar dificultades!

«El reverendo Dr. Lundy (un verdadero De Mirville protestante) aceptó en su *Monumental Christianity* tan feliz ocurrencia, e igual hizo el Dr. Sepp, de Munich, en las obras que escribió para probar la divinidad de Jesús y el origen satánico de todos los demás Salvadores. Es, pues, doblemente de lamentar que un plagio tal, sostenido de una manera sistemática, colectiva y gigantesca durante varios siglos se haya apoyado en otra falsedad o plagio, esta vez operado por el Cuarto Evangelio. En efecto, la sentencia de éste que se cita, de «Todos los que vinieron antes que yo, son ladrones y asesinos», es, al pie de la letra, copia de las palabras del *Libro de Enoch*. El editor autor de la *Evolution of Christianity*, el arzobispo Laurance, al darnos la traducción de un manuscrito etiope de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, dice en la introducción: «Al revisar las pruebas del Libro de Enoch, nos hemos sentido aun más impresionados por su semejanza con el Nuevo Testamento. Así,

la parábola de la oveja salvada por el buen Pastor de las garras de los pastores mercenarios y de los lobos devoradores, *se ve claramente que* ha sido tomada del libro LXXXIX de Enoch por el cuarto evangelista. En dicho pasaje de Enoch, el autor describe a los pastores destruyendo y matando el ganado que les confiase el Señor, antes de su vuelta y descubre así el verdadero significado, hasta entonces ignorado, de la parábola de Juan que dice: «Todos los que vinieron antes que yo son ladrones y asesinos», en cuya última sentencia vemos ahora una clara referencia a los pastores alegóricos de Enoch. (*The Book of Enoch the Prophet*, pág. XLVIII, ed. de 1883)».

«Es, pues, ya demasiado tarde para pretender que Enoch fue quien plagió al Nuevo Testamento, y no viceversa. Judas, también, cita al pie de la letra un largo pasaje de Enoch acerca de la venida del Señor y de sus diez mil santos, y al nombrar al profeta *reconoce* explícitamente el origen: «Al completar el paralelismo entre el profeta y el apóstol, hemos puesto fuera de toda cuestión el hecho de que el *Libro de Enoch* era, *a los ojos del autor, una Epístola aceptada como revelación divina, la inspirada producción de un patriarca antediluviano...* La coincidencia de lenguaje e ideas en Enoch y en los autores del Nuevo Testamento, indican claramente que la obra del Milton semítico fue la inagotable fuente de la cual Evangelistas y Apóstoles, o los hombres que allí escribiesen sus nombres, tomaron sus conceptos de la resurrección, el juicio final, la inmortalidad, la condenación y el reino universal de la Justicia bajo el eterno dominio del Hijo del Hombre. Este *plagio evangélico* culmina en el *Apocalipsis* de Juan, quien adapta al cristianismo las visiones de Enoch, con modificaciones en las cuales echamos de menos la sublime sencillez del gran maestro de la predicción apocalíptica que profetizó en nombre del célebre patriarca antediluviano». (*Ob. cit.*, pág. XXXIV y XXXV).

«Añadamos a esto que si la fraseología del texto apenas data de unos cuantos siglos o milenios antes de nuestra era histórica, entonces ya no es la *predicción* original de sucesos futuros el *Libro de Enoch*, como aquel dice, sino una mera copia, a su vez, de alguna Escritura de una religión prehistórica, porque, como dice el *Vishnú purana*, II y III, «En la Edad Krita (o de la Pureza), Vishnú, bajo la forma de Kapila y de otros (instructores inspirados), enseña la verdadera Sabiduría (como lo hacía Enoch). En la edad *Trêtâ* refrena a los malvados, bajo la forma de un monarca universal (el «Rey Imperecedero», de que habla Enoch (XXVI, 3) y protege a los tres mundos (o razas). En la edad Dvapa, en la persona de Veda-vyâsa, divide el Veda en cuatro y los distribuye en cientos de ramas (o Shalâ)». Así, el Veda de los primitivos arios, antes de que fuese realmente escrito, fue comunicado a todas las naciones de los Lemuro-Atlantes, y sembró las primeras semillas de cuantas religiones antiguas existen, llegando así los brotes del jamás muerto *Árbol de la Sabiduría* hasta las muertas hojas del cristianismo judío. Al fin de nuestro presente Kaliyuga, Vishnú, el «Rey Imperecedero», aparecerá como Kalki Avatara y restablecerá la Justicia sobre la Tierra, despertando y haciendo diáfanas como el cristal las mentes de los que entonces vivan: La Raza Séptima, la de los «Buddhas Celestes», verdaderos «Hijos de Dios» «nacidos de padres *inmaculados*».

Hasta aquí la Maestra acerca del jaíno Libro de Enoch. Vengamos ahora al prometido estudio del simbolismo de Thoth-Hermes.

El nombre de Thoth es más bien de procedencia persa, porque hay un *Tot* raíz del *Turán* en el Cáucaso o sea Saca, Sace, el Iniciador escita, y escitas fueron todos los llamados «reyes pastores» del Egipto. Como Pitágoras bebió gran parte de su sabiduría en

estas fuentes, de ellas pudo tomar la idea de su Mónada y su Dúada, entrambas expresables en función de aquel nombre griego de este modo:

La célula óvulo o primitiva célula, antes de la fecundación espermatozoárica, es al modo de una esfera vacía o uniforme representada siempre por un círculo, y ésta es la primitiva o u *omicron* representativa de la Mónada. La primera cariocinesis o desdoblamiento operado en esta célula por la evolución vital determina la formación de otras dos células hermanas (La Dúada) quedando aquella como nexo de entrambas, a guisa de espíritu unitario del nuevo ser, o bien desapareciendo, es decir, según la fraseología pitagórica, «retirándose al silencio y a la obscuridad». La representación esquemática de tal fenómeno es ésta:



y su lectura griega, pues que se trata de la letra *o* entre dos *thetas* o *th*, es

### THOTH

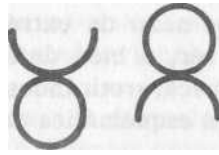
es decir, el nombre sagrado que nos ocupa.

La continuación del fenómeno evolutivo con el desdoblamiento ulterior de aquellas dos células hermanas puede estar representado así:



que es el tan conocido simbolismo del caduceo de Mercurio, en el que las dos células nuevas se han dejado abiertas para expresar la continuidad ulterior del fenómeno, a la manera como nosotros dejamos incompleta una frase mediante puntos suspensivos. El conjunto así representado nos ofrece, con la yuxtaposición de esferas, el contorno sinuoso de las dos serpientes del bien y del mal (agathodsemon y kakotodaemon) tan conocidas en el simbolismo arcaico, igual que en la física moderna con la representación de las vibraciones de toda cuerda sonora, vibración del Logos, a bien decir, y por la que la vida desciende de los planos superiores a los inferiores y retorna de estos a aquellos en inacabable «vibración» o ciclo.

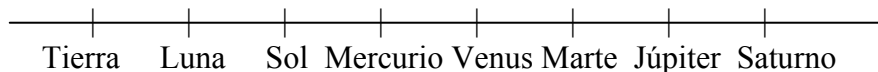
Pero si eliminamos la mónada central, nos quedan estos dos simbolismos, deducidos de aquel caduceo cuando se corta:



que es exactamente el simbolismo astrológico del **Toro**, o del signo Taurus celeste, también ligable con el de Thoth por una simple sustitución de la segunda **th** por la R, letra que, como enseña la Maestra, expresa siempre el movimiento, cual el de una persona que manteniéndose en un pie, al marchar, echa adelante el otro. **Tor**, y no **Toth** es, en efecto, la arcaica manera de designar al antiquísimo Rey Divino de la Tercera Raza y a su planeta originario Budha o Mercurio, pues, como dice la **D. S.** «Mercurio astrológico es aún más misterioso que Venus, e idéntico al Mythra o Toro Mazdeista, y de él dijo el poeta clásico aludiendo a su caduceo: *tum virgam capit et anima Ule evocat orcus.*»

Varias veces nos hemos preguntado en nuestras investigaciones teosóficas el porqué de esta última preferencia de Mercurio sobre Venus, siendo este segundo astro mucho mayor y más vecino de nuestra tierra que aquél, y hemos intentado hallar una como fórmula de simetría entre los planetas y las gentes superiores de ellos venidos sucesivamente a la Tierra para empujar en la senda del progreso celeste a la infantil y desventurada humanidad. El resultado de nuestra investigación ha sido éste:

Si seríamos los planetas en relación con la Tierra, poniendo del lado contrario de mas allá del Sol a entrambos planetas interiores, tal y como se encuentran efectivamente en su llamada conjunción superior, los podemos representar así en una hipotética conjunción de todos ellos, cual las de las manecillas de un reloj cuando se le pone en marcha a las doce; es decir, con todo en el cero:



Ahora bien, se nos dice en **La D. S.** que la Tierra en las tres primeras Rondas de este **su cuarto Globo** o existencia planetaria, produjo criaturas de su propio seno: «Los hombres del agua terribles y malos, los hombres con cara de perro, cola de pescado y demás monstruosidades», teratología bien lógica en una evolución incipiente como aquella y de la que aún perdura un recuerdo ocultista admirable en las representaciones zoo-humanas de los jeroglíficos egipcios y hasta en los capiteles de las iglesias románicas y coros de muchas de nuestras catedrales. A partir del comienzo de la crítica Cuarta Ronda o ciclo actual de Razas Humanas en el que la curva de descenso a la materia sufre el punto de inflexión para ya elevarse incesantemente, la Tierra y sus seres fueron ayudados desde las otras **tierras** del sistema solar del modo como nos enseña la Doctrina Arcaica, a saber: la primera Raza o de la Isla Sagrada por los pitris **Barishad** u «hombres lunares», la segunda o Hiperbórea por los pitris **Agniswata** u «hombres solares»; la tercera o Lemuriana (la primera raza física, con mente y sexo ya), por los pitris **Makarar** todos venidos del planeta Mercurio, Hermes o Budha, con **Thoth** o **Taurus Jano** o **Mythra**, a la cabeza, tal y como llevamos diseñado anteriormente. Los pitris Venustos o de **Shukra** llegaron después como otros tantos reyes divinos para guiar a la Cuarta Raza o Atlante y antes de la gran catástrofe, para echar las bases del pueblo ario o Raza Quinta actual han venido a nuestro juicio pitris Marcianos o de



**Lohitanga** con **Ra** o **Ares** a la cabeza de sus pitris. La lógica de esta nuestra exposición mueve a pensar que para las Razas futuras Sexta y Séptima que empiezan a esbozarse ya en América del Norte y del Sur, otros pitris admirables habrán de descender o habrán ya descendido de las esferas gloriosas de mundos tan enormes como Júpiter y Saturno (7), planetas ambos que en volumen, rapidez de rotación, número de satélites que les están subordinados, etc. tan superiores son a nuestra Tierra.

Y adviértase que la sedación así dada en nuestro esquema se corresponde ordenadamente con aquella otra seriación de seres «caídos», de verdaderos «Lucifer» colectivos descendiendo de sus mansiones excelsas para ayudar a la humanidad terrestre y hacer de ella un heroico conjunto de Satanes o Titanes rebeldes que, sacudiendo el terrestre yugo de un mundo que no es el suyo, según la sapientísima frase bíblica de «peregrino serás en tierra extraña», conquisten por su propio esfuerzo, tras una o mil muertes y. otras tantas terrestres reencarnaciones, esos otros mundos de donde vinieron sus respectivos y gloriosos «padres» espirituales, algunos o todos hipostáticamente ligados con ellos en esa doble naturaleza superior e inferior que caracteriza, como es sabido, al misterioso conjunto que llamamos **Hombre** o sea la **Gran Maravilla** del Pymander hermético (8). Tal es la Escala mística que vio en sueño iniciático el patriarca Jacob (Iao, Baco) cuando apoyada su cabeza en la Pétera o «Piedra de la Iniciación», vio por un lado ascender a los hombres y por otro descender a los ángeles!

Volviendo al estudio de las diversas desinencias de Tor o Thoth de **Taurus** o **Toro**, venimos a la de **Horus** u **Orus** el hijo y sucesor de **Isis** (la Tierra) y **Ossiris** (la Luna), porque, en efecto, él, con su hueste vino detrás de los **helohim** o **helio jinas**, en auxilio de la tercera Raza, como va dicho. Por eso se le llama «archivero de Osiris en el Amenti» o Cielo y también **Hermes** o **Hermán**, nombre atlante-nórtico de todos los **Herminios** o **herrmanús**, dioses-hombres germanos de la aria teogonía escandinava. Él «descendió como un ave que baja de los cielos a destruir las malas serpientes, como el **ibis** que le simbolizó desde entonces, mata a las víboras del desierto», obrando la Justicia trascendente representada en su «Balanza de almas», después de consultar en el Libro de la Vida o de la Evolución, cuanto allí ha escrito el Karma del que viene a ser el cumplidor más exacto. Su mismo símbolo astrológico lo dice:



y es «suma y compendio de todo cuanto existe en el Sol, en la Luna y en la Tierra», un Logos, «alfa y omega délos tres en uno». Quien sigue su insuperable Doctrina Primitiva o **Hermética**, es a la vez, aun en este mundo, un habitante de la Tierra, de la Luna y del Sol, un de va solar, un **Mer-kaurio** o Mercurio de la Sabiduría Secreta, un hijo fiel de Thoth-Hermes...

El hacerse a Thoth maestro de Cinocéfalos o «cabeza de jina», más bien que «cabeza de mono», es otro rasgo ario del dios egipcio, por cuanto a Narada, el Mercurio védico se le llama también enredador, «cara de mono», al tenor de este hermoso párrafo de H. P. B.: «El

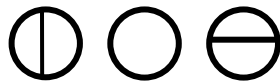
Occidente místico y Francmasonería hablan muy alto de Henocho y de Hermes; el Oriente místico habla de Narada y de Asuramaya el atlante. De todos los caracteres incomprensibles del Mahabharata y los Puranas, Narada el hijo de Brahma en el Mastya-Purana, es el más misterioso... Narada está en todas partes, como Pesh-hun o Mensajero; es el único confidente y ejecutor de los decretos del Karma, una especie de Logos activo que constantemente encarna y guía los asuntos de la humanidad y el consejero de todos los héroes. En obras exotéricas se le dan algunos nombres poco satisfactorios tales como kalikaraka, enredador, kapivakra, cara de mono, espía, etc. Al mismo W. Jones le hizo gran impresión su carácter misterioso, por lo que pudo colegir en sus estudios sánscritos y el Dr. Kenealy vió en él quizá no muy lejos de la verdad, uno de los doce Mesías, el rishi que permanece siempre en la Tierra dispuesto a dar un buen consejo. Lo que Narada es realmente no puede ser explicado, pero sí decir que en las antiguas estancias se le atribuye el haber sido el primero en enseñar a los hombres los secretos de los cielos... Se le atribuyen los himnos más secretos del Rig Veda y es una especie de Logos activo que reencarna sin cesar.

«Phtah es también una variante de Thoth, como lo es Ormuzd y Phithon, Ophisson y Ophissomorphos, la serpentina ciudad fundada por los israelitas en Egipto (*Ex.* c. I, 11). Josepho en sus Antigüedades judaicas (1 II, c. 5) atribuye a aquella Serpiente excelsa la fundación de las Pirámides y demás célebres monumentos egipcios. Batria, la sacerdotisa de Thoth, la iniciada esposa de Pharaón, fue la que instruyó a Moisés en aquella sabiduría, y el nombre mismo de Se-Osiris, variante posterior de Thoth es el que ha dado lugar al de Sesostris (Baco o Hércules) y se ha conservado como tal en el recuerdo de los pueblos del Cáucaso. Pero todos estos maravillosos monumentos tenían, además del carácter respectivo de su construcción, otros dos objetos : *a*) el de perpetuar ciertas medidas fundamentales matemático-cosmogónicas y geodésicas (radio de la tierra, valor de las relaciones de la circunferencia y el diámetro, lados, ángulos, alturas, medianas y demás de los diferentes triángulos, y otros polígonos regulares, etc., etc., como ha demostrado Piazzzi Smith en su obra; y *b*) solapar secretas estancias consagradas a bibliotecas como en Oriente, tesoros del saber que hoy se cree perdido, y ocultar más aún los *jinas* pasadizos que los ponían en comunicación subterránea con regiones las más apartadas, con los lugares más remotos e inverosímiles de la tierra».

«En Egipto y Caldea, — dice a este propósito H. P. B., — había numerosas catacumbas, algunas de enorme extensión, siendo las más célebres los hipogeos de Tebas y de Menfis. Las primeras principiaban en la orilla occidental del Nilo, extendiéndose hacia el desierto de Libia. En ellas, denominadas «Galerías de las Serpientes», se ejecutaban los Sagrados Misterios del «Ciclo de la Necesidad» o «Ciclo Inevitable» (*Kuklos-Anagkês*), el destino inexorable impuesto a todas las almas después de la muerte corporal y una vez juzgadas en la región del Amenti. En el *Die Phoinisier* (70) de *De Bourbonnig*, Votan, el semidiós mexicano, al narrar su expedición iniciática describe un pasaje secreto que seguía su curso bajo la tierra y terminaba en la raíz del cielo, llamándosele «el Agujero de la Serpiente» y añade que él pudo verlo por ser también una serpiente e «Hijo de las Serpientes», sugestiva descripción que alude a la dicha cripta egipcia que comunicaba hasta con América. Asimismo los Hierofantes de Egipto, como los de Babilonia, se daban a sí propios durante los Misterios el nombre de «Hijos del Dragón, Hijos del Dios-Serpiente», como enseña Movers. Además tenían también el apelativo de «Constructores» o

«Arquitectos», pues era tal la grandeza de sus templos y demás monumentos, que aun hoy sus pulverizados restos «anonadan a los cálculos matemáticos de nuestros ingenieros», como dice Taliesin en la *Society of Antiquaries of London* (XXV, 220). De Bourbourg indica asimismo que todos los sacerdotes de Votan llevaban el nombre de su Deidad Serpiente o Quetzalcoatl. También se llamaban Hivim, como descendientes de Ham y Canaán o del Dragón (*Cartas*, 51). Set, el Apofis, Tifón o Dragón egipcio, muerto por Horus, es sencillamente el *aspecto obscuro* o el hermano de Osiris, como Angra Mainyu es la oscura sombra o contraparte inevitable de Ahura Mazda. Por eso dicho reputadísimo antecesor de Israel es sólo disfraz judío de Hermes, el Dios de la Sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Sethy Satán».

De cuanto va dicho se desprende que Jano, Henoah, Hermes y Thoth son un sólo personaje simbólico, pero este último no es a su vez, sino el jeroglífico de las *th* griegas separadas por la *omicron* en esta forma:



Juntando en uno de estos tres círculos (Trinidad en la Unidad) caemos efectivamente en el simbolismo originario y precristiano de la Cruz en el Círculo, simbolismo que en su aspecto dinámico o de rotación al modo del llamado molinete eléctrico, da lugar a la cruz jaína o svástica que es otro de los simbolismos de Thoth, como hemos visto (8).

«El Dr. Wagner, dice la Maestra, al ocuparse en su *Argard and the Gods* de «La renovación del Mundo» que es una profecía norsa acerca de la Séptima Raza de nuestra Ronda, se dice que el Miölnir, la Svástica, había ya cumplido con todos sus deberes anteriores evolutivos, y se añade: Los hijos de los dioses más elevados se reunieron en el campo de Ida (o de la Resurrección para la Quinta Ronda futura), y *en ellos se levantaron de nuevo a la vida sus Padres*, (es decir los Egos de todas sus pasadas encarnaciones). Lo primero de que hablaron ellos fue acerca del Pasado y del Presente, recordando la sabiduría de sus antecesores y sus profecías, cumplidas todas ya. Cerca de ellos pero invisible, estaba el Uno fuerte y potente que gobierna a todas las cosas, que pacifica las discordias (Thoth). *Todos sabían que El se hallaba allí aunque no le veían y aunque ignoraban su nombre*. Bajo el mandato de El, la tierra nueva surgió de las aguas (del Espacio). Al sur, sobre dicho campo de Ida hizo otro cielo llamado Audlang, y más lejos un tercero denominado Widblain. (Estos son los tres Globos descendentes de nuestra Cadena). Sobre la cueva de Gimil fue erigido por El un palacio maravilloso, recubierto de oro y que resplandecía bajo los rayos del sol. Allí (en los tres Globos ascendentes de nuestra Cadena) los dioses volvieron a ocupar sus antiguos tronos anteriores y desde las alturas de Gimil (el Séptimo Globo, el más elevado y puro) miraban a los dichosos descendientes de Lif y Lifthrasir (El Adán y Eva de la futura y purificada Humanidad, y les incitaban a que subiesen más arriba, elevándose paso a paso de un cielo a otro por su mayor conocimiento y sabiduría, su piedad y obras de amor hasta que pudieran unirse un día a las divinidades moradoras de la casa del Padre Universal».

«¡Cuan proféticos nos resultan, pues, este y todos los demás cantos de las tres Diosas Norsas o Parcas, a quienes Odin les revelaba el pasado y el futuro mientras que

revoloteaban gozosas en sus moradas cristalinas bajo las aguas del Padre-Río!. Estos cantos encerrados en los Pergaminos de la Sabiduría se han perdido en gran parte, pero quedan algunos repitiendo en poética alegoría las Enseñanzas Arcaicas.

«La *Svastika* o «Cruz Jaína» como ahora la llaman los masones a pesar de su relación directa o más bien identidad con la Cruz cristiana, ha sido profanada como todos los demás símbolos por la propia Teología eclesiástica, haciendo de ella «el signo del demonio», como ahora nos dicen los misioneros indios. Ella brilla en la cabeza de la gran *Serpiente de Vishnú*, el *Ananta-Shesha* de las mil cabezas en las profundidades del Patala, Naraka o Infierno indo, pero no hay que olvidar que Ananta, lo mismo que Shesha, es el ciclo Manvantárico casi infinito del Tiempo, que se convierte en el Tiempo Infinito mismo cuando se la da la denominación de Ananta, la inmensa Serpiente de Siete cabezas sobre la cual reposa Vishnu, la *Deidad Eterna* durante la inactividad del Pralaya».

«¿Qué puede tener Satán de común con este símbolo tan altamente metafísico?. La Svastika es el símbolo más científicamente filosófico de todos, al par que el más fácilmente comprensible y el resumen de toda obra de la Evolución, desde la Cosmogonía hasta la Antropogonía; desde el invisible e ignorado Parabrahman hasta la propia Monera de la ciencia materialista, *cuya génesis es tan desconocida a esta ciencia como lo es la de la Deidad Absoluta misma.*

«La *Svastika* se ve a la cabeza del simbolismo religioso de toda nación antigua. Es el «Martillo del Obrero», en el *Libro de los Números* caldeo, el «Martillo» de que se habla en el *Libro de los Números* caldeo; el Martillo del Tiempo que arranca chispas al pedernal del Espacio, y cuyas chispas se convierten en Mundos; el Martillo de Thor, el arma mágica forjada por los Enanos contra los gigantes, o sea contra las Fuerzas Titánicas Pre-cósmicas de la Naturaleza que se revelan y que, al paso que viven en la región de la Materia, se resisten a ser dominadas por los Dioses, los agentes de la Armonía Universal y que tienen que ser destruidas antes de que la Gran Obra se realice. Tal es la razón también del por qué el Mundo está formado por los restos de Imir asesinado.

«Como la Svastika es también el «Martillo Tempestuoso», se dice de ella que, cuando los Ases, los Dioses Santos después de ser purificados por el fuego — el fuego de la pasión y el sufrimiento en sus respectivas encarnaciones — sean dignos de morar en el Ida de la eterna paz, el *Miölnir* o Martillo dicho resultará inútil ya, cosa que habrá de suceder cuando las cadenas de Hel o Hela — la Diosa que es la reina de la región de la Muerte — no los aprisione ya más, porque el reino del mal habrá pasado para siempre».

«De aquí la frase de *Asgard and the God*, de que las «llamas de Saturno habían destruido a los gigantes, ni tampoco aun las aguas devastadoras de los diversos diluvios... Allí estaban, pues, los hijos de Thor. Con ellos trajeron al Miölnir, no un arma de guerra, sino como el martillo, con el cual iban a consagrar los nuevos cielos y la nueva tierra».

«Degradada la Svástica hasta constituir un símbolo puramente fisiológico por algunos orientalistas, y tomada sólo en su conexión con el fuego terrestre, semejante interpretación es un insulto a todas las religiones, incluso al Cristianismo, cuyo misterio mayor es así sumergido en el lodo. «La «fricción» del divino Paramantha indo con la Arani o Svástica, sólo podía presentarse bajo tal degradado simbolismo al concepto brutal de los materialistas alemanes, que son los peores materialistas del mundo. Es cierto que Agni, el Niño Divino, según el sánscrito, o sea el Ignis latino, nació de la unión de Paramantha y de Arani durante la ceremonia del sacrificio. Pero no hay que olvidar que *Tvashtri* o Vishva-

karman, «el artista, el *carpintero* divino, es en los Vedas también el Padre de los Dioses y del «Fuego Creador», y es tan sagrado y antiguo el sublime símbolo que se encuentra en todas las naciones antiguas, como Schliemann las halló bajo las ruinas de Troya en sus dos formas de



y de , lo que prueba que los antiguos trazados eran arios puros.

«Innumerables son los significados de la Svástica o Cruz Jaína. En la obra macrocósmica el «Martillo de la Creación», con sus cuatro brazos doblados en ángulo recto expresa el continuo *movimiento* evolutivo de las Fuerzas invisibles del Cosmos. En el Universo manifestado y en nuestra Tierra simboliza la rotación de los ejes del mundo y de sus planos ecuatoriales en los Ciclos del Tiempo, por que las dos líneas que se cruzan en la Svástica significan el Espíritu y la Materia y los cuatro garfios el movimiento cíclico revolutivo. Aplicada la Svástica al Hombre o microcosmos, le representa como un eslabón entre el Cielo y la Tierra, con la mano derecha levantada hacia lo alto en el extremo de un brazo horizontal y con la inscripción hermética de «solve» y la izquierda señalando hacia el suelo con la inscripción recíproca de «coagula». Semejante simbolismo además tiene siete claves para su significado secreto, pues que es al par un signo alquímico, cosmológico y antropológico, de los siete grandes misterios del Cosmos».

«Nacido este símbolo de los conceptos místicos de los primeros arios y colocado por ellos en el vestíbulo mismo de la eternidad, en la cabeza de la serpiente Ananta, encontró su muerte espiritual en las interpretaciones escolásticas de los antropomorfistas de la Edad Media. Alfa y Omega, como es de la Fuerza Creadora universal, partiendo del Espíritu puro y terminando en la Materia grosera, es la clave del concepto del ciclo para toda la Ciencia divina y humana y quien alcanza a comprender todo su significado está libre para siempre de las angustias de Maha-Maya, la Gran Ilusión engañadora. Luz, en fin, del Divino Martillo, la Svástica aparece ahora empequeñecida en el simbólico malleto de los Venerables de las logias masónicas».

«La cruz en el círculo es un concepto universal tan antiguo como la mente humana misma y se presenta, por tanto, a la cabeza de la interminable lista de símbolos, por decirlo así internacionales, reveladores más de una vez de las más grandes verdades científicas, amén de no pocos misterios psicológicos y hasta fisiológicos».

«Tanto la Tau **T** como la cruz astronómica de Egipto, o de Thoth, se ven claramente en las ruinas de Palenque, en cuyo templo, al lado del Oeste aparece un bajo-relieve con una figura sentada bajo la que hay una tau. Otra figura, de pie, se inclina sobre la primera cubriendo su cabeza con el velo de la iniciación que lleva en su mano izquierda, mientras que extiende el dedo índice de la derecha y el del medio señalando al cielo, postura idéntica a la de cualquier obispo cristiano en el acto de bendecir o bien aquella con la que se representa en su Última Cena a Jesús».

«Durante sus funciones, el Hierofante egipcio usaba una mitra cuadrada, análoga a la que aún se ve en los sacerdotes armenios. La Tau perfecta formada por la línea horizontal, Materia o Principio femenino y por la línea transversal, Espíritu o rayo descendente masculino, coronada por el círculo del mundo eran atributos de Isis, que solían ser puestos sobre el pecho de la momia».

«Los cuatro brazos de la cruz ordinaria o decusada y de la cruz hermética simbolizando los cuatro puntos cardinales, eran bien comprendidos por la mente mística de los brahmanes y budhistas siglos antes de que en Europa se oyese hablar de aquellos, pues que semejante símbolo se encontraba y encuentra hoy en todo el mundo. Al doblar en



ángulo recto los extremos dichos formaron la svástica , el Wan de los actuales budistas mogoles. La svástica es ciertamente uno de los símbolos más primitivos de las antiguas Razas. En nuestro siglo, dice Kenneth R. H. Mackenzie en su *Royal Masonic Cyclopaedia*, la svástica ha sobrevivido en la forma del *malleto* de la Fraternidad Masónica, pero, a decir verdad, entre los muchos «significados» de ella que el autor expone, no encontramos el más importante, sin duda y que ignoran, por tanto, los actuales masones».

«El punto central de la svástica expresa que El Principio o «Dios» está en la Humanidad y la Humanidad en El, como las gotas de agua en el Océano, mientras que los cuatro extremos dirigidos hacia los cuatro puntos cardinales, se pierden en el infinito».

«Del Iniciado Isarim se dice que halló en Hebrón sobre el *cadáver* de Hermes, la muy conocida Tabla Esmeraldina, que se dice contenía la esencia de la Sabiduría Hermética. En ella, entre otras sentencias se veía trazada aquella de: «Separa la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero... Asciende de la Tierra al Cielo y desciende luego del Cielo a la Tierra.» Todo el enigma de la Cruz está contenido en estas palabras y su doble misterio queda así aclarado para el Ocultista».

«La base del Ocultismo, en efecto, es la Cruz filosófica o sea la formada por la horizontal y la vertical, la altura y el ancho, que la Deidad geometradora divide precisamente en su punto de intersección, constituyendo el cuaternario, tanto el mágico como el científico, cuando está inscrita dentro del cuadrado perfecto. Dentro de tamaño recinto místico se halla la llave maestra que abre la puerta de todas las ciencias, tanto físicas como espirituales, pues simboliza nuestra existencia humana en la que el círculo o el cuadrado perfecto de la vida circunscribe a los cuatro extremos de la cruz: nacimiento y muerte, vida pasada y futura vida. «Aficiónate, hijo mío, dice la sentencia alquimista, a las cuatro letras del sagrado Tetragrama. Aun cuando tú no puedas distinguirlas todavía, las cuatro letras del nombre inefable están allí y a este incomunicable axioma es a lo que llaman el Mágico Arcano los maestros».

Nos hemos extendido tanto en la cita, porque realmente en el símbolo de Thoth y en los de él derivados, está comprendida toda la sabiduría primitiva de Egipto y del mundo entero y las futuras obras de simbologías, si quieren ser verdaderamente científicas, tendrán que partir de este símbolo inicial (que también aparece como tal al principio de *La Doctrina Secreta*), desarrollándole país tras país, que es lo que tan imperfectamente vamos haciendo a guisa de ensayo nosotros, al poner el nombre de *Jano* (el *Thoth* de Occidente) al frente del Jainismo troncal y el jainismo-zoroastrismo, que es la consecuencia histórica de aquella doctrina originaria entre los arios primitivos, como habría que poner el de Odin («nido», «dino», evolución, dinamicidad evolutiva) al frente del mito escandinavo que también tiene a *Thoth* y a su *martillo* como símbolo supremo y cuyo campo de *Ida* no es sino el plano de *Adi* o de la Manifestación cósmica y humana, como el *Andlang* o *andland* es el campo de la lucha o de la *dúa-da* y la cueva de Gimil o *Il-jim* no es sino el sagrado retiro de los superhombres o *jinas*, el mundo de Thoth y de sus iniciaciones sublimes.

Por eso los primitivos parsis o jaíno-zoroastrianos dieron a Egipto el nombre de *Mon-suri* o *Mont-surya* que quiere decir el Monte del Sol y perdónesenos el aparente paralogsimo o anacronismo de recordar el latín para épocas tan remotamente anteriores al Lacionismo, porque las consideraciones filológicas necesarias al caso supondrían el escribir todo un libro en contra de las actuales corrientes de la ciencia del Lenguaje. Este *Monte-Santo* al que en vano pretende acercarse el sacerdote en el Introito de la Misa (10), es, para Egipto sino aquella alta región nubio-abisinia la primera en tiempo de las cuatro que consideramos en el país de los faraones, cuya antigüedad es bien seguro excede de los mismos 17.000 años del cómputo de Herodoto y de los 20.000 del de Bunsen, porque entonces con el pasado de la Atlántida y el nacimiento de la raza aria hace un millón de años próximamente, siendo puramente de «ayer mañana» hasta el llamado «Antiguo Imperio» de hace 3.000 años ni el «Imperio medio» que no es sino el de la edad de cobre de «calcas» o «caldeos».

Porque «la antiquísima *Te-bas*» de aquellas dinastías (cuyo opulento materialismo no indica sino una prolongada decadencia espiritual que en las recientes excavaciones de Cáster y el conde de Carnarvon en las mastabas-hipogeos del Valle de los Reyes tebano nos llena sin embargo de infantil asombro), no es sino la ciudad en la cual el simbolismo encerrado en el nombre de *Bu-bas-te* (el Buey Rojo o la *Vaca Sagrada* jaína) ya había recibido el golpe de muerte brutal que supone el cambio religioso del culto astropsíquico de la Divinidad sin Nombre, a través del Sol, que es «su Ojo» y el «Transmisor de su Sidérea Vida» (que no el del «disco solar», como dicen infantilmente nuestros doctos); el culto del *ank*, el culto *camita* y el de *Aten*, de Pallas Atenea o Isis de los Cielos y la Naturaleza en sus Leyes y Espíritu, sustituido por el de *Amen*, que, más que el del *Amenti* o «cielo», es, por el contrario, el de la grosera idolatría de las religiones posteriores; el del «desprecio a la razón humana que es divina chispa, como claramente lo indica la partícula privativa *a* antepuesta a la radical de la palabra *men manas* o *mente*. ¿Quién se lo había de decir a aquel mismo rey *Tut-ank amen* de la XVIII dinastía, el sucesor de otro rey iniciado, su suegro, que se llamó simbólicamente *Atehenaten* o «el Espíritu del Sol» y cuya doctrina falsificara con la introducción del culto fetichista y totémico de Amén o Amon, el «Júpiter egipcio», valga el anacronismo, es decir el culto de la materia, olvidando al Espíritu, el de la forma, olvidando al invisible Informador, y más que nada al antropomorfismo y al falicismo que nos han legado los últimos miserables herederos de aquellos opulentos idealistas jaínos que tenían las enseñanzas de *Thoth-Hermes* o las de la Naturaleza, que es Ciencia de ciencias, como habremos de tenerlas nosotros algún día cuando en nuestras investigaciones dejemos también de ser fálicos, antropomorfistas, e idólatras, que es lo que hoy somos?.

Porque, valga la digresión en méritos a su actualidad, la antropolatría, o culto degradado de los hombres superiores que con su muerte pasaran al mundo de los dioses o de los jinas, hizo presa en la Tebas de la XVIII<sup>a</sup> dinastía y aunque un monarca heroico como *Ate-hen-aten* quiso volver a Egipto hacia la primitiva Religión de la Naturaleza, su yerno — que al principio tomó el sagrado nombre de *Tot-ank-aten* en el que iban unidos el inefable *Thoth*, el venusto de *ank* o *cam* y el solar de *aten* que luego en Grecia fuese la *Pallas-Aten-nea* (Minerva ola Luna) - hubo de cambiarle por el de *Tut-ank-amen*, con el que ha pasado a la historia, bien ajeno a pensar que en terrible karma de su acción, ni su cuerpo momificado había de hallar el descanso de los siglos por cuanto unos atrevidos

sabios europeos en estos últimos años, con lord Carnarvon y Cárter a la cabeza, removiendo doscientas mil toneladas de escombros, habían de dar al fin con su palacio-mastaba y profanar científicamente su momia.

Este fenómeno de decadencia religiosa o paso de la Religión de la Naturaleza, al grosero antropomorfismo, es el mismo que diferenció en Grecia y Roma al paganismo primitivo o religión aria de Jano (Io-agnes, el Cordero o Ternera de lo, o la Luna) de la idolatría ulterior a hombres eumerizados o deificados que se da hoy por paganismo efectivo. Una es, en efecto, la originaria Religión de la Naturaleza, es decir de las fuerzas naturales que mantienen la vida en la Tierra y de los Poderes inteligentes y espirituales (dioses, jinas) que a ellas presiden, y otra muy distinta es el de la vana idolatría a hombres a quienes la ciega humanidad deputa superiores a veces por sus tristes hazañas guerreras, a veces por sus tiránicas necromancias, como en *De Sevilla al Yucatán* y siguiendo a Huerta Vega hemos demostrado respecto de Júpiter, Neptuno, Saturno, etc. Esa ley oculta que hace del mundo visible el espejo, proyección o sombra del mundo superior e invisible como lo es la superficie del volumen, lleva a los pueblos en sus decadencias a confundir de un modo grosero las cosas, al tenor del dicho evangélico de que la letra mata y el espíritu vivifica, y de la idea naturalista de que el *doblo* o el «cuerpo astral», el «segundo cuerpo» de San Pablo, asciende con la muerte a aquella vida superior donde encuentra también el «doblo» de todas las cosas de aquí abajo, se pasó en Egipto y en todas partes a la idea grosera de que era indispensable para asegurar la felicidad del muerto, el conservarle con la momificación o embalsamamiento su caduco cuerpo físico; enterrarle en suntuosas *mastabas* con diversos alimentos, con todos los objetos de su uso personal y lo que es ¡ay! peor con sus esposas y servidores, como hasta tiempos bien recientes lo han realizado ellos hindúes brahmánicos y japoneses sintoístas. De ello al sacrificio humano para aplacar a las potencias tenebrosas, no hay más que un paso, y este paso se dio también en Asia, como en África, y en Europa como en América, derivándose de ello el sacrificio del *tragos-odos* o «tragedia» griega el «macho cabrío humano», el de las Doce Tablas romano, el mexicano del Teocalli y el de las viudas brahmánicas, para lo cual estos desaprensivos malvados falsificaron al efecto textos tan venerandos como el del Manava Dharma-Shastra o Código del Manú y hasta rodearon de necromantes conjuros mágicos aquellas tumbas dando lugar con ellos a las tristísimas de tantos heroicos investigadores del tipo de Lord Carnarvon, y que por su repetición macabra inspiraron a D'Annunzio su soberbia tragedia *La città morta* a propósito de violaciones análogas de las tumbas de los atridas de la Argólida.

Son verdaderamente dramáticas las circunstancias de todos estos casos. La prensa mundial se ha ocupado extensamente de ello. El notable escritor Gabriel Alomar consagró un hermoso artículo en *El Sol*, del que extractamos lo que sigue:

«¿Conocéis «La città morta», la magnífica tragedia de D'Annunzio?. Las tumbas de los Atridas, en la Argólida, violadas por unos artistas excavadores, emanan la antigua fatalidad enterrada en ellas. Los cuerpos exhumados desprenden el contagio de su pasión monstruosa y sangrienta. El incesto y el parricidio invaden, como una divina maldición, el espíritu de los profanadores. Lo que fue para la cultura un ciclo de temas literarios, se torna realidad cruel. La potencia trágica se remonta sobre su forma teatral o «representativa», tornando a su violencia real. El vino dionisiaco vuelve a ser sangre, en una especie de inversa transubstanciación. Esa tragedia acaba de tener también realidad en la tierra egipcia,



Lord Carnarvon, a cuyas expensas era excavada la tumba del Faraón Tutan-kamen, ha muerto a consecuencia de la picadura de un mosquito que le inoculó un virus palúdico.

«Si los hombres no hubiesen perdido la facultad de crear mitos, esa muerte se incorporaría al caudal de las teogonías egipcias, como una prueba de divino poder. Atravesando las salas de un museo de egiptología ¿no habéis sentido pesar sobre vosotros una inquietud ambigua, como si algo más que la forma hubiera sido conservado en las momias, alineadas en sus sarcófagos rituales?. Triunfando sobre la rigidez hierática del arte egipcio y la frialdad mortuoria de los museos, las momias os miran con sus huecas órbitas sobre la dispersión de las bandeletas...

«¿Será verdad que los egipcios inspiraron su estética en la Muerte? ¿No intentaron, a través de su ideal, eternizar la Vida, sustrayéndola a la eterna movilidad corruptible de la materia? Más que la divina inmortalidad de la Muerte, tal vez quisieron dar al cuerpo, vaso sagrado de la vida, una actitud contemplativa que lo libertase de las transformaciones. Renunciando a toda dinamia, a todo movimiento, imaginaron que la vida continuaba en una contemplación sin límites, como la de los gimnosofistas, o como si una existencia «lírica» sucediese, más allá de la muerte, que es nuestro momento trágico, a la vida épica terrenal».

«¿Es el arte egipcio una norma puramente estática? Yo creo que está inspirado en tan fuerte afán de inmortalidad, que pone toda su virtud dinámica en la lucha contra la corrupción, forma visible de la Muerte. Así, cuando paso junto a las momias de los museos, siento la impresión de un aliento vital, un murmullo tenue de palabras y una extraña facultad de adivinar aquellas vidas remotas... Las momias tienen algo de esfinges: sus bandeletas, medio desatadas, se curvan en el suelo como colas de leones, que quieren transformarse en serpientes».

«A esa fuerza sugestiva, a esa interrogación de esfinge, respondió el genio adivinativo de Gautier y de Eber en sus reconstrucciones de mujer egipcia».

«El Faraón dormía en su tumba milenaria. ¿Dormía? ¡Oh, eterna pregunta de Hamlet! Soñaba... Y la insaciable curiosidad ha interrumpido su sueño majestuoso. Extendíase en torno a la desconocida tumba regia las infinitas marismas. El horizonte no alteraba su línea más que por la forma sagrada de los ibis o por el aleteo de los fenicópteros sobre las charcas, como antiguos signos de escritura jeroglífica desprendidos de los templos y animándose repentinamente. Pasaba en la lejanía el cortejo pausado de los dromedarios. Los humildes insectos pululaban sobre la tierra húmeda, bajo el cielo eternamente puro; y en sus vidas exiguas alentaba la gratitud en esa tierra, en la cual sus formas miserables fueron elevadas a representación de dioses, en una profunda visión de símbolo zoomórfico. La boca del rey guardaba su escarabajo de oro, que en futuras evoluciones religiosas sería el óbolo griego para pagar al barquero Caronte o la redondez de la Hostia cristiana, guía en el viático o viaje supremo. Un gran silencio protector envolvía el monumento».

«De pronto, la curiosidad de unos hombres venidos de tierra bárbara se atreve a levantar el gran velo sagrado. La mano sacrílega abre paso a la luz en las tinieblas seculares. Dos culturas enemigas chocan en esa lucha de obscuridad divina y ansiedad insaciable de luz. Los que penetraron en la sala regia con sus antorchas profanas, ¿acaso pudieron sentir la indignación que suscitó su irreverencia? El que allí dormía — ¿dormía? — no era un mortal acuciado por la curiosidad del mundo de afuera, como una Bella Durmiente a quien despierta su doncel prometido. La contemplación de que gozaba era placer mucho más alto que toda curiosidad humana. El ruido insólito de aquella irrupción

de viajeros extraños interrumpiendo una paz de milenios, ¿quien sabe las altísimas elucubraciones que frustraba, como el estornudo irreverente de que habla Voltaire en su cuento de «Bababek y los fakires»?

«Pero ¿No tenía el Faraón sus viejos defensores?. ¿No dormían junto a él sus negros de Etiopía, sus esclavos captados en lejanas conquistas?. ¡Oh! Las antiguas armas no tenían ya ninguna eficacia ofensiva... ¿Quién podría, pues, acometer a los invasores?. El suelo mismo de Egipto, que, compenetrado con los que le dieron categoría de dios, conserva el instinto de defender sus tesoros espirituales. Recordar que, en otro tiempo, legiones infinitas de moscas suscitadas por un dios enemigo (Éxodo,-8, 24), afligieron, como una plaga eternamente memorable, la corte faraónica. Así, de la pululación que cubría los pantanos a la hora de los crepúsculos, acudió un insignificante mosquito a clavar en el profanador su aguijón invisible y mortal... Parece la lección ejemplar de una fábula. El más despreciable de los animales abatió la fuerza del hombre poderoso, rico en tesoros, armado de todos los instrumentos necesarios para su empresa de Prometeo, en busca del fuego divino. Y el rey quedó vengado. Como los bethsamitas que se atrevieron a mirar el Arca santa de Israel (I Samuel, VI, 13, 19), la ira divina hirió de muerte al que osó lanzar su mirada en el fondo inexplorado de esa tumba. De igual manera según la leyenda, las moscas pestíferas vengaron la profanación del sarcófago de San Narciso, en Gerona, cuando la invadieron las tropas de Felipe III, el Atrevido; y el cadáver de este rey, víctima de su gesto sacrílego, atravesó los Pirineos entre su ejército desbandado y en fuga...».

«Pero nosotros, hombres de otro tiempo, fieles a otra cultura, cuyo dogma es la santa curiosidad, la «filosofía», el deseo insaciable de conocer, hemos de entonar al cadáver de lord Carnarvon la marcha triunfal de los héroes y de los mártires que mueren sobre su escudo espiritual, mientras su obra queda tras ellos, como una antorcha caída, sin apagarse, que otros recogerán».

El tremebundo caso de Tutankamen no es único en el «karma» de las cosas egipcias. En un rincón oscuro de la primera sala egipcia del Museo Británico existe la caja de una momia, que representa la forma de una mujer egipcia, cuyo nombre aún no ha sido encontrado (Según otros informes, se llamó la hermosa Katebet. - Véase el núm. 7 año XVII, de la Revista Teosófica *Sophia*), momia de una mujer que vivió en Tebas hace treinta y cinco siglos. Tiene dicha figura cruzadas sobre el pecho sus largas manos, y sus oscuras pupilas miran de un modo extraño y vago. La caja de referencia es una preciosa muestra del arte de su época, correspondiente a la XVIII dinastía; pero como se halla colocada en un anaquel de vidrio que descansa sobre la pared, en línea con otros muchos trabajos de viejo arte relativo al entierro de los muertos en Egipto antiguo, los visitantes en general, la contemplan con mirada indiferente. Sin embargo, la tal caja tiene una oscura y misteriosa historia y sobre esta reliquia pesan una serie de terribles sucesos, los cuales han dado motivo para que se les llame «la historia de fantasmas más extraña del mundo». Nunca ella será escrita con todos sus detalles; pero algunos de sus capítulos pueden ser expresados en muy pocas palabras».

«Como mil seiscientos años, antes de Jesucristo, vivió y murió en la gran ciudad de Tebas una sacerdotisa del Colegio de Ammón Ra. Es posible que ella fuese un personaje de real estirpe: por lo menos parece haber sido de alto rango; pero de su nombre, de la historia de su vida, nada se sabe. Sin duda su cuerpo fue embalsamado con todo el cuidado que los egipcios, y especialmente los sacerdotes, empleaban en este trabajo, parte muy esencial de

su religión. La momia estaba encerrada en una caja de madera y colocada en el lugar destinado para sepultura de los sacerdotes y sacerdotisas del Colegio».

Probablemente el lugar del entierro fue cuidadosamente escondido, porque el objeto de los embalsamamientos era que el cuerpo se conservara para el uso de su dueño a su vuelta del mundo inferior; así es que el cuerpo de la sacerdotisa descansó en paz a través de los siglos, hasta que una banda de merodeadores árabes perturbó su reposo. Esto sucedió hace como sesenta años, y la momia, que de alguna manera fue sacada de su caja, desapareció.

Entre los años 1860 y 70, una partida de cinco amigos efectuó una excursión por el río Nilo. Fueron a Luxor, en el camino de la segunda catarata, y allí exploraron a Tebas con su Templo de Ammón Ra, que no tiene igual en toda la tierra por la magnificencia de sus ruinas. Una bien conocida señora inglesa de la aristocracia los hospedó, y el cónsul Mustaphaga dio una fiesta en su honor. Cierta noche el cónsul envió a sus amigos un árabe, el cual decía que acababa de encontrar la caja de una momia, que era de un valor inapreciable. A la mañana siguiente les llevó la caja para que la inspeccionaran; se veía que tenía el retrato de una mujer, de belleza singular; pero de fría y maligna expresión. La caja fue comprada por uno de los miembros de la expedición, el señor D., el cual convino en echar suerte con sus compañeros para la posesión de aquel tesoro, y así cayó en manos de uno de los amigos, a quien llamaremos el señor W.

Desde ese momento se conoce la historia con toda claridad, historia marcada por una serie de fatalidades, las que parecen no haber cesado ni aun después de que la caja encontró hospedaje entre miles de reliquias similares en el Museo Británico. A la vuelta del viaje de estos exploradores, fue uno de sus miembros herido en el brazo accidentalmente, por uno de sus criados, a causa de haber hecho explosión una escopeta sin causa aparente para ello, por lo cual tuvieron que amputarle el brazo. Otro de ellos murió en completa pobreza en el transcurso del año. Un tercero fue herido de un tiro. El dueño de la caja de la momia se encontró al llegar al Cairo con que había perdido una gran parte de su fortuna, y murió poco después. La sacerdotisa de Ammón Ra demostraba su disgusto de una manera convincente, por lo que vamos viendo.

Cuando la caja llegó a Inglaterra fue dada por su dueño, el señor W., a una hermana casada que vivía cerca de Londres. Al momento cayó la desgracia sobre este hogar, en el cual se sufrieron pérdidas pecuniarias que trajeron consigo otras muchas calamidades. Pero antes de esto, un día, Mme. H. P. Blavatsky entró en el cuarto donde la caja había sido depositada, y al momento dijo que en aquel lugar existía influencia muy maligna. Al encontrar la tapa, le rogó a su dueña que la mandase fuera de la casa, por ser cosa de gran peligro. La señora se rió de esta idea, como de una superstición. Poco después mandó ella la caja a un bien conocido fotógrafo de Baker St. Al cabo de una semana vino éste a verla, dominado por gran agitación para decirle que mientras la había fotografiado con el mayor esmero, y pudiendo garantizar que nadie había tocado ni al negativo ni la fotografía, ésta representaba la cara de una mujer egipcia, viviente, la que miraba al frente con una expresión de singular malevolencia. Pocos días después murió el fotógrafo, repentina y misteriosamente. Por este tiempo mister D. se encontró casualmente con la dueña de la caja de la momia, y al escuchar su historia le suplicó que se deshiciese de ella, y la señora la envió al Museo Británico. El encargado de llevarla se murió en el transcurso de una semana, y el que le ayudó tuvo un serio accidente.

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

Esta es la historia, tal como fue comprobada con la excepción del último hecho, por una persona que durante tres meses estuvo desenredando los hilos de este raro suceso, y obtuvo pruebas evidentes de la identidad de las personas que sufrieron a consecuencia de la furia de la sacerdotisa. Este señor fue el ya difunto Mr. B. Fletcher Robinson. Nosotros referimos la historia de la misma manera que él la contó, declarando que cada uno de estos hechos era absolutamente auténtico. Aquél debió haber pensado que cuando la caja de la momia llegó al Museo y fue instalada en un lugar de honor, la serie de fatalidades habría terminado, porque escribió: «Tal vez sea que la sacerdotisa solamente usó de sus poderes contra aquellos que la trajeron a la luz del día y que la tuvieron como un adorno en una casa particular, pero que ahora, colocada entre reinas y princesas de igual rango, ya no haría más uso de sus malignos poderes».

Pero una señora, Mrs. St. Will, que recientemente dio una conferencia en la que se relató esta historia, hizo constar que poco tiempo después de haber Mr. Fletcher Robinson recogido los hechos referidos, murió él también en edad temprana después de una corta enfermedad. ¿Seguirá aún implacable la sacerdotisa de Ammón Ra?».

Este artículo, publicado en el número 164 de la revista norteamericana *Pearson*, por G. S. Russell, y reproducido hace ya algunos años por el *Heraldo de Nueva York*, contiene muy interesantes pormenores más, de entre los cuales entresacamos lo siguiente: (*Revista teosófica de Cuba*).

«Toda momia es misteriosa. Al ver una momia, siempre meditamos sobre la extraña historia que nos podría referir de tiempos antiguos, y si algún espíritu viviente aun persiste en este campo muerto. Son curiosas las historias que existen sobre estas maravillosas figuras conservadas desde hace miles de años.

Los antiguos egipcios creían en una vida eterna. Sostenían la idea de que el alma, en edades futuras volvería a su cuerpo. Por este motivo consideraban como un deber sagrado preservar los cuerpos de los muertos; y mantuvieron esta creencia hasta hace como seis mil años, Herodoto y otros autores más, dicen algo sobre sus métodos. El arte de preservar a los muertos era practicado por una Asociación nombrada por el Gobierno y apoyado por la Ley. A aquellos que necesitaban de sus servicios se les enseñaban tres modelos de momias terminados. El método más caro costaba un talento de plata (unas 240 libras esterlinas). En medio de grandes ceremonias, se depositaban las momias de los muertos en las Mastabas: los sacerdotes y amigos recitaban oraciones y letanías para que el cuerpo mortal (Khat) se le concediera el poder de transformarse en un cuerpo espiritual que era llamado Sáhú, ascender al Cielo y vivir con los Dioses. Entre otros modos de ser de los muertos creían que tenían un doble o espíritu (Ka), que vivía en la tumba, y suponían también que necesitaba ser alimentado con comida y agua.

Las largas y bajas construcciones llamadas *Mastabas* se dividían en cuatro partes: un aposento que servía como de capilla, en la cual los amigos del muerto depositaban sus ofertas funerarias y en la que los sacerdotes oficiaban delante de una losa, en la que se hallaban inscriptos los nombres del muerto y esculpido su retrato, así como algunos versos a Osiris. En un socavado del muro estaba el *Serdah*, que era un pequeño nicho en el que la estatua del muerto se hallaba incrustada. Dejaban también una abertura para que el olor de las ofrendas y del incienso pudiera llegar al cuerpo que se hallaba depositado en su oscura celda. Parece que esto lo hacían con la idea de que el *Ka*, o doble, tuviese un medio de salvación, caso de que la momia se destruyese, pudiendo refugiarse en el cuerpo material de

la estatua. La abertura de la Mastaba conducía directamente al aposento subterráneo de la momia. Las paredes de éste estaban por lo general ricamente ornamentadas con pinturas y esculturas. En ella se encontraba una mesa para ofrendas, la que contenía dos o tres grandes vasijas para agua o vino. En este departamento era en donde descansaba la momia dentro de un gran sarcófago de piedra; y los pulidos bordes de la maciza tapa eran pegados con cemento. La entrada a este departamento se cerraba con tierra, arena o piedras, y el muerto, una vez fuera de peligro exterior, se abandonaba a su sueño eterno, o hasta que la mano del destructor llegara a violentar su descanso.

Conforme fueron pasando los siglos, las costumbres, a su vez, cambiaron con respecto a los sistemas de enterrar, y poco a poco se acostumbró a llenar las tumbas de riquezas de exquisitos alimentos, y se les proveía de toda clase de objetos a los cuales los muertos estaban acostumbrados en vida y así como de muebles, vestidos y artículos de tocador, de juego o de placer; figuras de dioses para que protegieran al muerto, y rústicos amuletos para ayudarle a vencer a los espíritus enemigos en su largo y último viaje. En fechas determinadas depositaban ofrendas en las tumbas, que llamaban «la buena vivienda», y creían que sufrirían desgracias aquellos que por negligencia olvidasen este sagrado deber, como creían también que el **Ka** poseía casi el poder de su dios para castigar».

«El gran egiptólogo J. C. Mardrus, dice la escritora inglesa Elisa Mac Cormick, ha hecho también alusión a la extraña coincidencia de que cinco exploradores prominentes que tomaron parte en las excavaciones de la tumba de Tutankamen han muerto de una manera misteriosa. Lord Carnarvon, la primera víctima, fue arrebatado a la vida por una enfermedad que la ciencia médica no ha podido descubrir. La última, el Profesor Jorge Benedite, director de la sección egipcia del Museo del Louvre, quien dijo antes de su viaje a Egipto: «El hecho es que muchos de los excavadores de las tumbas faraónicas han encontrado la muerte ocasionada por caídas, o por gases venenosos desprendidos de las tumbas. Los supersticiosos han visto en ello la manera de atribuir tales muertes a fenómenos sobrenaturales». Benedite murió en Egipto de una enfermedad que el Dr. Mardrus llama «inexplicable», y antes de él otro de los investigadores franceses, el Profesor Casanova del Colegio de Francia, tuvo una muerte misteriosa a poco, también, de excavar en las tumbas de los reyes egipcios.

«Tan sensacional como la muerte de lord Carnarvon fue la de Sir Archibald Douglas Reid, radiógrafo inglés, quien falleció hace pocos años de enfermedad desconocida. Él había entrado en arreglos con Howard Cáster en 1923 para aplicar los rayos X a la momia de Tutankamen. Se proponían ambos encontrar, gracias a las formaciones del esqueleto, la edad probable a que había muerto el joven rey y si había fallecido de enfermedad natural o víctima de la ambición de sus deudos. Creían posible, por un estudio de anatomía comparada de sus restos, comprobar el fundamento de la creencia de que Tutankamen y Akenaton eran hermanos. Pero Archibald no alcanzó a ver realizada su obra. Había transcurrido escasamente un mes cuando una enfermedad misteriosa se apoderó de él durante su permanencia en Suez y le lleva al sepulcro como queriendo vengar la irrespetuosidad del radiógrafo. Poco antes que él también otro indiscreto sucumbió de modo hartamente extraño: Sir Wolf Joel, quien fue de los primeros en entrar a la tumba del soberano egipcio y que cayó en las aguas del Nilo desde el puente de su yate, sin que hasta la fecha se sepa la causa. Nadie cree en la posibilidad de un suicidio ni tampoco de un

asesinato. Solamente las aguas tranquilas del río que han visto desarrollarse la historia del mundo están en el secreto de esta nueva tragedia».

«Sir Conan Doyle, cita otras momias que igualmente han dejado tras sí innumerables calamidades. Uno de los amigos del gran espiritualista, William Ingram, desenterró una momia que en un amuleto llevaba escrita esta deprecación: «¡Qué muera repentinamente el profano que me desentierre!» Pocos días después el joven Ingram era destrozado en una cacería por un búfalo. Williams T. Stead llama la atención acerca de los cuatro excavadores que extrajeron la momia de la primera Amen-Ra los cuales han pagado con creces su indiscreción. Dos de ellos murieron en el término de un año; otro perdió su fortuna en el mismo lapso de tiempo y el cuarto, un brazo en una explosión. Sin embargo, Howard Cáster y el Profesor Petrie que han desenterrado momias por docenas gozan de una salud envidiable...».

Otra víctima, caída en condiciones análogas, ha sido el egiptólogo canadiense Lafleur, miembro de la comisión encargada de practicar las excavaciones en el Valle de los Reyes. Él, como tantos otros, no tuvo presente con sus irreverentes exploraciones aquel célebre dicho de Cicerón a su hijo: «Si vais a Atenas, respetad a sus dioses», y cayó como tantos otros, al modo de lord Evandale, el héroe imaginario de Teófilo Gautier en su *Novela de la momia*, víctima de un loco amor imposible hacia la momia de la princesa Tahosery muerta 3.500 años hacía...

«Como los personajes de la novela de Gautier, dice José A. Oria, los expedicionarios ingleses del arqueólogo Howard Cáster, bajo la presidencia honoraria de lord Carnarvon, el aristócrata deportista, hallaron la realización de sus presentimientos y ensueños de descubrir una tumba regia e intacta en el célebre valle, una cámara funeraria que ni los hiksos, ni los griegos, ni los romanos, ni los cristianos, ni los árabes habían logrado despojar como tantas otras. Jamás un simple descubrimiento arqueológico alcanzó una resonancia semejante ni la egiptología registra acontecimiento de tal magnitud desde la fecha ya remota en que Mariette Bey descubrió el Serapeum (11)... Si lord Carnarvon desconoció el consejo ciceroniano, hubo de recibir, en cambio, las más proféticas advertencias de muchos de sus contemporáneos. Rider Haggard recordó al futuro profanador la inscripción puesta sobre otro sarcófago egipcio, y en la que se anatematizaba de antemano al que osara violarlo:

«¡Maldita sea la mano que profane mi forma! ¡Malditos sean los que profanen mi nombre, mis efigies, las imágenes de mi Doble, mi tumba! Caerán en el brasero de mi padre Amón. ¡Que desconfíen de mi padre Amón! Una desgracia llega tan pronto...».

«Este conjuro se explica tanto o más que por las ideas religiosas de los egipcios, por las vicisitudes de su historia. Como nos lo refiere Diodoro éstos consideraban meras posadas a sus casas y «moradas eternas» a sus tumbas. Para que la relación entre el alma y el cuerpo de ellos subsistiese, una vez muertos, era menester conservar el cadáver embalsamado y substraerlo a las profanaciones. Se comprende fácilmente que se requerían cuidados especiales para preservar momias enterradas con verdaderas riquezas. Hacia la vigésima dinastía aparecen gavillas de ladrones especializados en el despojo de cadáveres. Los griegos, invasores del Egipto en el siglo IV (a. J. C), siguen tan dócilmente este ejemplo, que las tumbas egipcias redescubiertas en nuestros días suelen estar ya despojadas por ellos. Así, pues, ni aún imprecaciones tan vehementes como la transcrita han

preservado a las momias sobre las cuales se las escribía, de los atropellos irreverentes de bandoleros y arqueólogos.

«Al conocerse el descubrimiento sensacional de la expedición Carnarvon, varios escritores discutieron, por primera vez, hasta qué punto tenía un excavador, fuera cual fuese su propósito, el derecho de violar esas tumbas tan piadosamente sustraídas a la curiosidad y a la avidez de los hombres. ¿El carácter científico y, las más de las veces, desinteresado de estas búsquedas, puede justificar el pillaje lúgubre a que dan pretexto? La condesa de Noailles, Rider Haggard y el doctor Mardrus se opusieron con vehemencia a ese presunto derecho de la investigación moderna. El doctor Mardrus anunció, en un artículo deprecatorio, que «Tutankhamon se vengaría».

«Lord Carnarvon debió sonreír de esas fantasías literarias y recordar, con razón, que ni Lepsius, ni Brugsch, ni Máspero fueron víctimas de la cólera con que a él se le amenazaba. Ni siquiera ese lord Elgin, harto más impío, que rompió a hachazos las metopas del Partenón para enriquecer, con despojos de Fidias, las salas del museo Británico, fue castigado por los dioses inmortales de la Grecia. Y, sin embargo, como decía la inscripción mortuoria referida «Una desgracia llega tan pronto...».

«A las pocas semanas de haberse violado el hipogeo de Tutankhamon, el más notorio de sus descubridores, el propio lord Carnarvon, moría de la picadura venenosa de un insecto...».

Ante tan concatenadas fatalidades, el mundo se pregunta si hay algo de real en los mortuorios conjuros transcriptos surtiendo sus efectos de maldición a distancia de docenas de siglos. Nosotros, en cambio, nos hemos orientado más bien hacia las enseñanzas de la maestra H. P. B. en su sección VI, tomo 3.º de *La D. S.*, donde, hablando de los peligros de la magia práctica — y magia es al fin y al cabo la irreverente profanación de sepulcros (12) — nos enseña que es Dual el poder de la Magia, nada más fácil por consiguiente, que degenera en hechicería, para lo que *sólo basta un mal pensamiento*. Así, mientras que el ocultismo teórico es inocente y aun puede ser beneficioso, la magia práctica, el fruto del árbol de la vida y de la Sabiduría o sea «la ciencia del bien y del mal», está erizada de riesgos y peligros. Para estudiar el ocultismo teórico hay, sin duda, obras de provechosa lectura, abundantes en latín, pero aun ellas perjudican al estudiante no guiado por un maestro, que los abra sin clave adecuada para distinguir los senderos diestro y siniestro de la magia. En este caso aconsejaríamos al estudiante que no emprendiese la tarea pues acarrearía sobre él y los suyos males y aflicciones, sin conocer su procedencia ni la naturaleza de los poderes que, despertados por su mente, gravitarán sobre su vida. Muchas son las obras a propósito para estudiantes adelantados más tan sólo deben ponerse a disposición de discípulos juramentados o chelas cuyo solemne y explícito compromiso les dé derecho a protección y ayuda. En cualquier otro caso, la lectura de semejantes obras, por bien intencionadas que sean, conducirá indefectiblemente, por falta de dirección y norte, a la magia hechicera, o tal vez a peor extremo. Los caracteres místicos, las letras y guarismos, especialmente estos últimos, son la parte más peligrosa de la *Gran Kábala*, y decimos la más peligrosa por la suma rapidez de su efecto, independientemente de la voluntad del experimentado y aun sin su conocimiento. Algunos estudiantes pueden corroborar la exactitud de esta afirmación, «por cuanto, después de manipular con estos números, advirtieron horrendos resultados de orden físico, siendo todavía más peligrosas

las causas morales producidas y los varios acontecimientos sobrevenidos en imprevistas crisis».

Algo de lo que dice la maestra lo hemos podido comprobar en efecto nosotros en nuestros estudios meramente teóricos. Ello es lo que nos ha detenido siempre al continuar nuestros apuntes sobre *La magia y sus peligros*, siendo ésta la principal causa de que la obra así anunciada no haya sido publicada aún. El espíritu noblemente investigador mueve siempre a investigar, pero hay algo, en efecto, algo que todavía no conocemos bien y que puede llevar desde simples contrariedades hasta las desgracias referidas, las cuales, sin embargo, por causas que convendría puntualizar han respetado felizmente a hombres como Cárter, quizá porque el rayo que amenazaba fulminar sobre su cabeza, cayera sobre el, en cierto modo intruso, lord Carnarvon.

Algo semejante indica también el bueno del coronel Olcott al historiar los primeros tiempos de la Sociedad Teosófica, y hablarnos (vol. I, cap. VIII) de aquel Mr. Felt y su «Canon egipcio de proporción» con el que éste despertaba involuntariamente «fuerzas» o «elementales» del mundo astral capaces de llenar de terror hasta a los mismos animales familiares (gato y perro) que a la sazón se hallaban presentes mientras el egiptólogo trabajaba con sus «cartones» y «caracteres mágicos». Algo, en fin, como lo acaecido recientemente a otro egiptólogo que nunca profanase sepulcros: el profesor norteamericano Aaron Ember y del que el telégrafo nos ha dado esta noticia trágica:

«**NUEVA YORK, 13.** — El profesor Aaron Ember y su familia han perecido en circunstancias trágicas. El Sr. Ember, que es profesor de Egiptología en la Universidad de Hopkuis, tenía reunidos desde hace muchos años abundantes materiales para demostrar que la lengua egipcia es de origen semita. El manuscrito de la obra que el sabio consagraba a la demostración de su teoría estaba muy adelantado, y en los centros científicos de los Estados Unidos se aguardaba con gran interés la publicación de la obra del sabio profesor».

«Días pasados se declaró un incendio en la casa que habita míster Ember con su mujer, un hijo y una criada. Al darse cuenta del fuego el profesor sólo tuvo una idea: correr al despacho para salvar el manuscrito. Los minutos que empleó el sabio en esto fueron fatales para la familia Ember, pues cuando quisieron salvarse, las llamas habían rodeado el edificio y no había salida posible. No se salvó nadie de la familia. Tampoco se ha salvado el manuscrito».

Ante esta concatenada serie de trágicos eventos cabe pensar que el mundo superliminal o del más allá tiene leyes análogas a las del mundo físico, y que hay verdaderos «venenos» y «explosivos astrales» capaces de dar muerte al atrevido que trate de penetrar en su misterio, sin los debidos conocimientos, no ya de las llamadas «ciencias ocultas», que al fin son y serán siempre «ciencias malditas», sino del *Ocultismo* o sea, según la definición de la Maestra, de «la reforma de uno mismo por la meditación y el conocimiento», es decir por la virtud: ¡Una virtud que con sus guerras y demás pasiones están muy lejos de alcanzar todavía los llamados pueblos civilizados!.





El descender a más detalles sobre Egipto haría inacabable este ya largo capítulo. Una ojeada de síntesis, en cambio, es indispensable, si nos queremos formar vaga idea de lo que el simbolismo egipcio representa en el cuadro general de las religiones del mundo.

La extensión que hemos dado a las citas de la Maestra H. P. B. relativas a Thoth y a Henoch nos permite asentar las siguientes conclusiones:

a) La identidad esencial entre el Thoth egipcio, el Henoch etíope y el Jano de los tiempos heroicos del paganismo.

b) La misma identidad con el Isa-Arbha-Veda indo o sea el isíaco Árbol de la Verdad y de la Vida; el Primer nacido; el Árbol del Mundo norso; el Primogénito de los Muertos o el Alfa y el Omega del Apocalipsis; el Verbo gnóstico y la Primera Emanación o Primer Aeon de los ofitas y cabalistas; el Quetzalcoatl o la Serpiente Luminosa de los mexicanos primitivos, etc.

c) La significación de Thoth como síntesis de la Mónada y la Dúada pitagóricas y su simbolismo biológico universal cifrado en el fenómeno de la cariocinesis o desarrollo celular en todos los seres, doctrina universal del *thoth emismo* o del *zooismo*, encerrado en aquel aforismo griego de que en el Cosmos todo vive: «thoth-om» o «thoth-“omnes”»; «Om-mani-padma-hum» de atlantes y de arios, en cuya más excelsa Palabra sagrada se encierra el *Totum* del Universo manifestado, vulgo Creación.

d) *Thoth* es, pues, el Logos del Universo; el Logos de cada enjambre nebular o sideral; el Logos de cada sistema planetario de los 35 millares de millares de soles que pueblan el firmamento; el Logos o Ángel de cada planeta, de cada pueblo, de cada hombre y de cada pensamiento...

Siempre que nos ocupamos del inefable simbolismo de Thoth lo degradamos involuntariamente, como empequeñecemos la indefinida serie de los números que al Cosmos miden cuando tomamos sólo una unidad, o *logos*, sea ella del orden de las decenas, de las centenas, de los millares, de los millones, etc., etc., y esto es una preciosa clave para explicarnos el por qué de los infinitos personajes simbólicos o divinos de las teogonías de todos los tiempos y países y la infinidad de palabras con que son designados.

La mente del hombre nada sabe de las cosas hasta que por Ley de Analogía — Clave esmeraldina de Thoth-Hermes — las sería sometiendo luego estas series a la concepción sintética de Thoth, es decir, establece unidades de diferentes órdenes, tal y como se enseña en nuestros tratados de Aritmética occidental. Los números, que son la suprema realidad abstracta de las cosas análogas, constituyen las llamadas «unidades simples», las cuales a su vez son independientes de todo sistema de numeración. Luego, una concepción, abstracta también, agrupa dichas unidades en «conjuntos» y a cada agrupación le asigna un nombre, un *Thoth*, generalmente tomado del mayor de los números del grupo; la primera decena (el uno del nuevo orden) con los diez primeros; la centena, el millar; con los cien o los mil primeros números y así sucesivamente. El nombre filosófico de cada una de estas unidades superiores o conjuntos sucesivos es siempre el de Logos o Thoth cuando se la considera como sumum, cabeza o síntesis de los números así agrupados, según claramente lo indica la misma palabra equivalente de *Om* y *omnes*, TODO, todo lo que está debajo o sintetizado en el conjunto.

Después, cuando con cualquiera de las ciencias — ciencias que, a bien decir, derivan todas de la Matemática Abstracta — aplicamos el criterio numeral a la comprensión de los fenómenos de la Naturaleza nos encontramos sorprendidos hasta con el

don de la profecía, como aconteciera a Adams-Leverrier con la adivinación de Neptuno; a Bessel con la compañera de Sirio y a diversos químicos con las seriaciones atómicas, adivinatoras de múltiples cuerpos desconocidos.

Claro es que con el procedimiento matemático así seguido, se van buscando síntesis o unidades superiores, Logos de mayor amplitud, es decir, se va descendiendo hacia el tronco de troncos del simbólico Árbol, pasando de las hojas a las ramitas, de éstas a las ramas, etc., como si, recorriendo simultáneamente el curso de las aguas que manan millones de fuentes (números), fuésemos realizando las síntesis sucesivas de los arroyuelos, arroyos y riachuelos afluentes de un gran río, cosa que aun más claramente se aprecia en las órbitas de los astros, por ejemplo, en la Luna, demarcando con poco más de doce vueltas casi mensuales en torno de la Tierra, una vuelta superior o sea la propia órbita de la Tierra en torno del Sol y a la que contornea. Por ello, simbólicamente puede decirse que la Tierra es el **Thoth** de la Luna, el Sol, el **Thoth-Hermes** (Por eso se dice en las teogonías que el Mercurio astrológico y el Sol, son **uno**) de la Tierra, y así sucesivamente, dado que el Sol gravita en torno de otro centro, y éste en torno de otro aun mayor, en ciclos indefinidos.

Y hasta la órbita así descrita por el astro subordinado en torno del **Thoth** subordinador, van describiendo con éste el eterno simbolismo cuyo gráfico ya dimos más arriba, porque aquélla es como la serpiente del caduceo de Thoth-Mercurio enrollándose eternamente en torno de la línea (o **palo**) trazada en el espacio por el astro subordinador. Esto en cuanto a la «cuarta dimensión» del movimiento, porque sin ella, el simbolismo se queda reducido al de **Om**, o sea del círculo (órbita del astro subordinado) en torno del punto o centro (astro subordinador), de esta manera jeroglífica:



que es una de las formas que ya vimos de la **Th** griega inicial del sagrado nombre y que, cuando se quiere expresar además el movimiento propio del astro (o, abstracta y filosóficamente, de la «entidad» superior subordinadora), pasa a este otro:



que es el **Om** o **Aum** indo, con el que los Vedas han querido simbolizar dicho movimiento o Vida Universal de lo subordinante y lo subordinado, jeroglífico, en fin, que equivale a las primeras palabras del Génesis cuando se dice que el Espíritu del Señor (la Hueste de los **Heliojinas** o Helohim) flotaba originariamente sobre las Aguas primordiales, éstas siempre representadas por la línea sinuosa de la letra M, como diría Knopp, cuando en su **Schrift ans Bild**, sostenía que todos los alfabetos arrancan de la escritura simbólico-jeroglífica.

Esto, aunque por vía de digresión, explica el que, como dice la Maestra, toda ciudad de importancia en Egipto estaba separada de su cementerio por un lago sagrado. Durante el entierro de la momia se verificaba simbólicamente en la orilla de acá la misma ceremonia de juicio que el **Libro de los Muertos** describe como realizándose a la sazón en el otro

mundo (u *otra orilla*). Cuarenta y dos jueces o asesores de Thoth se reunían así y juzgaban el «alma» del difunto, según sus acciones en esta vida. Solamente después de un fallo absolutorio unánime de este jurado *post-mortem* el barquero, que representaba al Espíritu de la Muerte, podía conducir a su última morada al así justificado cuerpo del difunto. Tras la dicha ceremonia los sacerdotes regresaban al templo e instruían allí a los neófitos acerca del probable y solemne drama que se estaba desarrollando al par en el reino invisible (mundo de los jinas) al que el alma acababa de volar.

El lago sagrado, en efecto, como más al pormenor hemos escrito en el capítulo de este nombre de *El libro que mata a la Muerte*, bajo la acción *thothémica* del Espíritu del Hierofante iniciador, (13) proyectando su Mente en imágenes sobre las aguas, al modo de como groseramente proyectamos hoy las imágenes fotográficas en la pantalla del cinematógrafo, reproducía toda clase de escenas iniciáticas lo mismo en los templos egipcios que en los de la Ario-India o el de Eleusis.

El Thoth-Hierofante del lago iniciático era también el *Chono-phis* o *Chronos-ophis*, la barbuda Serpiente del Tiempo, (el Anciano de los días) que nos pinta Champollión con piernas humanas (Dragón o Agathodaimon) y que es idéntica a la Serpiente ofita grabada en muchas piedras gnósticas y basilianas, siempre con las letras griegas de **XNOYBIΣ** en sus siete cabezas. También el capítulo 39 del *Libro de los Muertos* tenía que ser leído «en presencia de una serpiente de dos pies (dragón, hierofante) exornada su cabeza con el Om solar y los lunares cuernos de morueco, símbolo que ya dimos antes, el morueco que tanto aparece en los jeroglíficos como el clásico simbolismo astrológico de Thoth-Mercurio; o sea con la Luna arriba (como astro mercurial del Pensamiento), el Sol en medio (como Alma y Vida del Mundo y del Hombre, o Aguas genesiacas por él eternamente cobijadas) y la terrestre «Cruz del sexo o de la Caída» abajo. Esto, por otro lado, es completamente parsi, por cuanto todavía el moribundo es dejado sólo frente a frente de un perro, como nos describe con gracejo la Maestra al tratar en *Por las grutas y selvas del Indostán* de las célebres «Torres del Silencio».

Ya vimos que el símbolo típico de Thoth cuando la *th* se endurece y pasa a T es el de la *Tau*, instrumento de crucifixión al par que de glorificación. En efecto, el palo vertical ascendente, símbolo del anhelo humano hacia el Ideal o de retorno a la Divinidad después de la caída en la materia, tropieza siempre con algo que trata de estorbarle en su marcha (crucifixión) o sea con el palo transversal: Es éste «la Luz Astral», la gran corriente cósmica y proteica, oponiendo sus fuerzas de inercia a todo movimiento progresivo. Inversamente, si se torna a esta última inercia como fuerza viva, representándola por el palo vertical, el hombre, a su vez, corta con su esfuerzo esta corriente, como en el caso de la Puerta «contra las corrientes de fluidos», la «puerta», «el muro» aislador y protector, y esta oposición en *tau* es el emblema de todo el tesoro de la Mente con el que dioses abnegados (Heloines, Makaras, Rebeldes) han enriquecido a la Humanidad animal haciéndole consciente, responsable y libre (mito eterno de Prometeo). De aquí el que dicho «martillo de Tor» tenga el poder de aplacar todas las tempestades: las tempestades pasionales por los entes de la Luz Astral provocadas a la continua.

Y cuando el palo transversal gira en torno de su punto de cruce o apoyo, surge la derivación de «la Balanza», primitiva máquina de Thoth en la que se determinan oscilaciones *pendulares* hacia la derecha y hacia la izquierda, en emblema sublime de la

Justicia, llamada siempre a ponderar los contrarios filosóficos del bien y del mal, de luz y de tinieblas, etc. y también de la *Espada* del karma como es fácil colegir.

Pero «la Balanza» a su vez, no es sino el «modelo» más simple de la *Palanca*, otra de las primitivas máquinas de las que otra vez hablaremos, en sus tres clases determinadas por la respectiva posición del fulcro o punto de apoyo relativamente a los puntos de aplicación de la potencia y la resistencia. *La Balanza* además girando sus «armas» en torno del fulcro o cruz, determina otra máquina originaria: la *Rueda* o *Polea* con el que se facilitan *mágicamente* todos los movimientos, en especial los de traslación y los de *Polea*, es decir ascendentes y descendentes.

Por otro lado la marcha ya descrita de todo astro subordinado en torno de su astro central o subordinador determina en aquel una órbita o marcha serpentina que no es sino el paso-de rosca o *Tornillo* (otra de las máquinas originarias) y que, además de estar representada en las serpientes del caduceo de Thoth-Mercurio, desarrollada en un plano nos ofrece el emblema del triángulo rectángulo del cual aquélla es la hipotenusa y con esto no hay que decir que se nos viene encima el famoso «símbolo hermético de Pitágoras», que parece fue llamado en Egipto «teorema de los desposorios» o de la sexualidad trascendente (la primera de las claves del Misterio) y en el que intervienen los dos «astros» conjugados sexualmente, ya sean ellos la Luna y la Tierra, o el cometa y «el centro», o esfera, *laya* planetario de las Estancias de Dzyan, ya en fin, el espermatozoide y el óvulo en todas las células orgánicas al comienzo de la fecundación, alma de la primera cariocinesis del nuevo ser que así viene a la vida de la manifestación (Thoth).

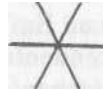
Cuando el palo vertical, en su esfuerzo ascendente logra romper las inercias que el transversal le opone, viene la Cruz vulgar, Cruz tan antigua como el mundo y que por ser tal no puede constituir en modo alguno «el símbolo por excelencia del Cristianismo». Pero si el palo transversal y adverso queda así cortado o roto, también queda roto el vertical, demarcándose en él las dos ramas: la infra-inerte y la supra-inerte, si se nos permite la palabra, o sea el submundo y el supramundo.

La *Tau*, arrastradas sus dos ramas horizontales hacia arriba por el impulso ascendente del palo vertical pasa a ser una tau imperfecta o Y (y griega), cuyo simbolismo, si bien participa todavía del carácter de aquella otra, viene ya a representar el carácter *dual* eterno que, se quiera o no tiene toda aspiración ideal o sea toda Magia, inclinándose siempre por ley de contrarios, hacia la derecha (Bien) o hacia la izquierda (Mal), según llevamos explicado en el tomo anterior de *Simbología arcaica*. Por eso, Osiris es *Iswara* y *Ya-ho-sir*, en derivación de Thoth.

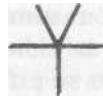
Merced al carácter de «Puerta» que acabamos de ver también en el símbolo de *Taut*, Jano, o Thoth-Hainoch, es «el dios» protector de todo lo que comienza y de aquí el Enero o primer mes del calendario romano, después de haber éste cerrado con la misma puerta el año fenecido, viniendo a ser así «el alfa y el omega, el principio y el fin», o Verbo del *Apocalipsis*, libro que es casi una mala parodia del primitivo *Libro de Enoch*, etíope, como la Maestra nos dijo. Cuando la Y griega cierra sus ramas, o bien antes de abrirlas, se transforma en la I latina, la cual encerrada en el círculo, como todos los demás simbolismos transcritos si no han de tener mero carácter *fálico*, nos lleva una vez más al eterno emblema de lo masculino-femenino, *pi*, el diez, o IO.

La misma sílaba *Tau* o *To* es en sí un doble símbolo de aquella Y por un lado y de la Y inversa o reflejada en el plano («aguas») trasversal, en esta forma:

---



donde aparece ya el hexágono o bien en esta otra, más clara y concreta:



que por un lado es la pentalfa invertida o esquema de «Thoth-Mercurio» (la Mente) y por otro puede leerse *tau*, dado que en la lengua sanscristánica la letra T lleva implícita la letra A, que es la propia V invertida.

En otro orden de consideraciones, como Thoth equivale abstractamente a Sol-Mercurio o «centro de astros y de almas», todo templo del Sol, ya se hable de las lemuriasanas regiones de la primitiva Patagonia; ya de las Heliopolis egipcia, caldea, etc., es y debe ser considerado como Templo del Sol. El famoso de Abydos, descubierto en nuestro tiempo por Naville, es uno de ellos (14).

Pero el candidato heroico invoca a los grandes Dioses Cósmicos, o mejor dicho imita a Thoth-Hermes (el Sol) en sus titánicos esfuerzos a través de los Doce Signos Zodiacales, frente a los que cruza a lo largo de los 365 días del año (días de Henoch) y con ellos y como ellos logran triunfar en la misión que le tiene asignado su ciclo evolutivo, siendo, desde aquel momento un Jina, un Hijo de la Luz, uno de los dioses que dan la victoria a Osiris. «Soma o el dios lunar de este mundo inferior nuestro, e identificado con Thoth-Atmâ o sea con su Séptimo principio, puede exclamar como el brahamán iniciado: «Yo soy El»; «Yo soy brahmán, uno con Brahmâ».

Porque hora es ya de decirlo muy claro: la iniciación hermética, e igual sus similares, no son sino un medio de anticipar violenta y heroicamente aquí abajo, durante la vida física, una lucha y un triunfo que de otro modo nos espera allende la tumba. Por eso el grado de Maestro en todas aquéllas no se conseguía sino «pasando por el sepulcro, de donde nos hace resurgir a nueva vida la potente garra del Hierofante o Thoth, nuestro Atmâ, nuestra Síntesis evolutiva, y el hombre verdaderamente justo, el hombre que, como diría San Pablo, se siente vivo en su cuerpo espiritual (alma lunar), no llega a conocer la muerte, sino que al tercer día de yacer como Jesús en el sepulcro, resucita, pues ya lo dijo el mismo apóstol: «aunque todos los hombres resucitaremos de nuestro cuerpo de carne, no todos seremos mudados» o sea llevados a aquellos iniciáticos estados superiores.

Por descontado, los papiros que hoy se dan como auténticas hojas del sublime *Libro de los Muertos*, (15) no son sino ecos de los ecos del primitivo texto, que se halla harto lejos del alcance de los profanos. Ellos, al modo de los mejicanos *Códices del Anahuac*, de los que son hermanos o acaso hijos y con los que guardan íntimas conexiones, sólo conservan *algo* de su arcaico contenido en las sartas de jeroglíficos, pero de ningún modo en las pinturas, las cuales son todas posteriores. Estas, a la manera de los grabados de nuestros libros actuales, más son juguetes de chico, puerilidades deliciosas, puestas por los sacerdotes para los que leer no sabían, ni más ni menos que como sirven nuestros grabados para quienes leer no saben.

El simbolismo encerrado en todo esto resulta hartamente claro, dado el concepto jaíno de Thoth, como Henoch-Jano y como «Primogénito de los muertos». El «mundo de los muertos-vivos, o superhombres, al que hemos de nacer con la muerte, es ese mismo mundo de Henoch-Thoth y de los jinas, mundo superior presentido quizás como por ninguno de nuestros poetas, por Rubén Darío en aquellos inmortales versos del *Diálogo de los Centauros*, que dicen:

«...Pues de la Muerte el hondo, desconocido Imperio  
Guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.  
— La Muerte es de la Vida la inseparable hermana,  
— La Muerte es la victoria de la progenie humana.  
— ¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia,  
Ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.  
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;  
En su rostro hay la gracia de la nubil doncella  
Y lleva una guirnalda de rosas siderales.  
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,  
Y en su diestra una copa con agua del olvido.  
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.  
— Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.  
— La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.  
— Si el hombre — Prometeo — pudo robar la vida  
La clave de la muerte serále concedida.»

Y esta es la ocasión de espiritualizar nuestras groseras doctrinas corrientes acerca de la obra atribuida a Thoth-Hermes bajo el nombre de *Libro de los Muertos*, una de las 700 obras de ciencia y 300 de Magia atribuidas a aquel «dios» y que en realidad no son sino una pequeña parte de las escritas por el primitivo Colegio de Hierofantes (logia de Luxor) bajo la sagrada advocación del sublime nombre de Aquél.

La Maestra nos dice:

«El barón de Busen, en su obra *Lugar del Egipto en la Historia Universal* (t. V, p. 94) al ocuparse del *Libro de los Muertos* como correspondiente a la dinastía de Abydos anterior a Menes, o sea de hacia los años 4.500 a 3.100 antes de J. C, nos enseña que en esta obra son frecuentes los preceptos análogos a los del *Sermón de la Montaña*, por aparecer bien fijada la doctrina relativa a la inmortalidad del alma (Tableta N.º 562 de las del Museo Británico). Esto nada tiene de extraño porque semejante doctrina data de mucho tiempo antes, o sea de cuando el alma era *una realidad objetiva* en aquella primitiva raza espiritual para la que no existía la muerte. El aéreo *hombre-espíritu* de aquel entonces, cuando llegaba al momento de declinar en su ciclo de vida, se sumía gradualmente en un dulce sueño de temporal inconsciencia para despertar gratamente en la aún más resplandeciente luz de otra más elevada esfera. Pero mientras entonces (como también ahora) el hombre espiritual se esforzaba así para ascender más y más hacia la Fuente de su existencia, el hombre físico, al pasar por los ciclos y mundos de la vida individual, tenía al par que descender con el gran ciclo de la creación universal hasta encontrarse finalmente cubierto con sus actuales vestiduras terrestres. Sepultada desde entonces el alma en sus

físicas vestiduras, cada vez fueron siendo más raras las naturalezas verdaderamente espirituales, pero a pesar de todo ninguna de las naciones prehistóricas pensó jamás en negar la existencia ni la inmortalidad del hombre interno, que es el verdadero «yo». Para las filosofías sólo el Espíritu es inmortal, y el alma *por sí misma* no es eterna ni divina. Una vez unida ya íntimamente el alma al cerebro físico de su cáscara terrestre se convierte gradualmente en una mente *finita*, en un principio animal de la mera vida senciente, o sea en el *nephesh* de la *Biblia*. La doctrina de la naturaleza *trina* del hombre, en efecto, está tan claramente definida en los libros herméticos como en el sistema de Platón, en el budismo y el brahmanismo, y es una de las menos comprendidas».

André Bruel, en reciente trabajo publicado en **EL LOTO BLANCO**, añade:

«El Libro de los muertos es un guía precioso para el ocultista que busca en todas las religiones del mundo, un auxilio para prepararse a la vida espiritual. Bajo forma dramática y seductora, encontramos el relato de las luchas que sostenemos, las etapas que debemos salvar y también las alegrías indecibles que nos es permitido esperar. Algunos grandes capítulos son de suprema belleza poética cuya vibración nos hace sentir toda la realidad de los hechos espirituales descritos por nuestros libros teosóficos. Los antiguos papiros nos revelan la grande historia del alma egipcia libertada de los lazos físicos. Podemos seguirla paso a paso en su peligroso viaje, sabemos el nombre de los seres que la protegen. Esta alma, que después de su muerte real o simbólica, se encuentra en otro misterioso mundo, gritando angustiada delante de los peligros que le asaltan, llamando en su auxilio a todos los grandes Seres cuyo nombre conoce, dejando estallar su entusiasmo cada vez que un nuevo haz de luz lo inunda, trabajando para perfeccionarse y ser consciente en todos los mundos, esta vieja alma es semejante a nosotros, y sin trabajo podemos encontrar tras los símbolos, la historia de toda nuestra vida interna. Así pues, es más importante el esfuerzo que podamos hacer para revivir el drama iniciático, tal y como lo conocían los egipcios, que el estudio histórico. Al mismo tiempo habremos llegado a comprender mejor la revelación prehistórica que se dio a los hombres cuando reinaban los dioses en la tierra».

«En verdad, no se puede dar fecha muy exacta de las primeras inscripciones conocidas. Durante la primera dinastía se descubrió por casualidad el texto del capítulo LXIV que fue considerado desde esta época como perteneciente a la más remota antigüedad. La tradición afirmaba que el texto fue escrito por la propia mano de Thoth. El primer grupo de textos del *Libro de los muertos* es designado con el nombre de *Heliopolitano*. Se les encuentra inscriptos en los muros de las pirámides de Saqqarah y en los féretros de la 11<sup>a</sup>. y 12<sup>a</sup>. dinastías. Pero la invasión de los Hycsos, oriundos de Asia Menor, paralizó durante largo tiempo toda manifestación religiosa. Cuando la invasión fue rechazada, en los tiempos de la 18<sup>a</sup>. dinastía, volvieron con más ímpetu que nunca a reanudar la costumbre de copiar el *Libro de los Muertos*, pero esta vez en papiros, de los cuales encontramos gran cantidad en las tumbas de los sacerdotes de Amen Ra y de sus esposas. Después de la dinastía 22<sup>a</sup>. siguió una época de tribulación y anarquía. Los sacerdotes perdieron, en parte, su autoridad. Sólo durante la 26<sup>a</sup>. dinastía, época llamada saita, fue de nuevo copiado dicho libro en gran número de papiros. Los textos fueron siempre establecidos en el mismo orden sin tener en cuenta la longitud e importancia del papiro. Este número de orden, escogido por los sacerdotes egipcios, nos sirve de base en la sucesión de textos saitas para reconocer los desenlaces iniciáticos que se desarrollan en un orden establecido y siempre igual en las Escrituras antiguas. Tradicionalmente, por espacio

de cinco mil años y más, la revelación de Toth fue guardada y transmitida. Puesto que el *Libro de los muertos* ha pasado a través de tantos siglos, y que los antiguos sacerdotes lo han conservado con tanto cuidado durante los períodos adversos y agitados, necesario es que contenga verdades esenciales. Podemos esperar encontrar en él el pensamiento céntrico de los egipcios, referente a las realidades ocultas que penetran nuestra vida humana».

«Los primeros capítulos del libro nos permiten asistir a las vicisitudes del alma errante por regiones desconocidas, a sus pependencias con los peligros simbólicos. La Doctrina Secreta resume los primeros esfuerzos del candidato a la iniciación como sigue:

«Después de una prueba preliminar impuesta en Tebas, donde el neófito era sometido a numerosas pruebas llamadas las *Doce torturas*, recibía la orden de dominar sus pasiones a fin de poder salir victorioso de la prueba y no olvidar ni por un momento la idea de su Dios íntimo y de su séptimo principia. Después, para simbolizar el camino errante del alma impura, era necesario pasar por varias escaleras y vagar en las tinieblas de una cueva de numerosas puertas cerradas todas.» Son los viajes errabundos del alma aspirante a la iniciación, cuya descripción está en los capítulos I y XLI del *Libro de los muertos*. El futuro iniciado concentra todas sus fuerzas para salir victorioso en su lucha incesante. Adquiere el poder de hablar en el otro mundo, hecho importante, puesto que ha de servirse de palabras mágicas, y sobre todo su mayor empeño está en guardar intacto su corazón, este «Dios íntimo» de que habla Blavatsky y que quieren arrebatárselo terribles seres, pues se precipitan sobre él multitud de seres hostiles. Es presa de las violentas luchas del astral, acosado por todas partes por los peligros que salen de él y fuera de él. Sus enemigos toman formas diversas, horribles y repugnantes. Pero la ley de la vida exige que el hombre que aspira a convertirse en un dios sea vencedor de las fuerzas maléficas. Hasta Osiris entabló un fuerte y prolongado combate contra las potestades tenebrosas, faltándole poco para sucumbir; y para vencer definitivamente fue necesario el auxilio mágico de Thoth. El alma en peligro es previamente provista de palabras mágicas y encantamientos que le son sumamente necesarios. Ahí está en presencia de los gusanos que todo lo corrompen y amenazan derrumbar su esperanza de eternidad. Después, es el terrible ser que devora lo muerto. La abominable serpiente Apepg, símbolo de las engañosas tentaciones del astral le hace frente. Es preciso matarla de una lanzada al grito de «Soy fuerte, soy fuerte» y a continuación: «He traspasado el corazón de Set», el espíritu de tinieblas. Pero los formidables seres vuelven al ataque; más serpientes, dioses que luchan para arrebatarse su corazón, después cocodrilos «que viven de palabras mágicas» los cuales son rechazados también por mágicas palabras. Le es preciso matar un escarabajo y rechazar nuevas serpientes que le rodean sin cesar, hasta que en la última acometida las fuerzas tenebrosas arremeten contra él...» (16).



Si se nos pidiese una prueba más del parentesco entre los etíopes occidentales (egipcios) y los orientales (indos) esta prueba la encontraríamos en los propios *speos* de aquellos, que no son sino hipogeos semejantes a los templos labrados en la roca viva de la India y de los que tan por extenso se ocupa la Maestra en su obra *Por las grutas y selvas*

---



*del Indostán.* Eran ellas con sus habitaciones laterales en torno de la gran sala central verdaderas *viharas* que luego fueron así denominadas en los tiempos muy posteriores del budismo. Cuando faltó la roca, como en las vecindades del Nilo, se alzaron en substitución de aquellas las pirámides como templos de la gran Iniciación de cuyos sarcófagos misteriosos resucitaba el neófito naciendo a la nueva vida, como se ve hasta en el relato evangélico de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. (17).

La maestra Blavatsky, al hablar de las pirámides en «Isis sin velo» dice: «Las pirámides de Egipto simbolizan la misma idea que el árbol mundanal. El vértice es el mismo eslabón entre cielo y tierra, análogo a la raíz del árbol, mientras que la base representa las ramas extendidas hacia los cuatro puntos cardinales del universo material. La idea simbólica de las pirámides es que todas las cosas dimanen del espíritu por evolución descendente (al contrario de los que supone la teoría darwiniana), es decir, que las formas han ido materializándose gradualmente hasta llegar al máximo de materialización».

Y al hablar de Herodoto, cuando trata de la pirámide de Gizeh dice:

«...pudo haber añadido que exteriormente simbolizaba el principio creador de la naturaleza, y también arrojaba luz sobre los principios de la geometría, matemáticas, astrología y astronomía. Interiormente era un templo majestuoso, en cuyos sombríos retiros se celebraban los Misterios, y cuyos muros habían presenciado a menudo las escenas de la iniciación de miembros de la familia real. El sarcófago de pórfido que el profesor Piazzi Smyth, astrónomo real de Escocia, degrada convirtiéndolo en arcón de trigo, era la fuente bautismal, al salir de la cual el neófito «nacía de nuevo» y se convertía en adepto». En la llamada cámara del Rey recibía el hierofante al nuevo iniciado, pero antes tenía que pasar por la estrecha puerta donde era preciso humillarse para entrar y seguir el angosto sendero que conducía a la cámara iniciática donde el neófito recibía la iniciación final. Continúa diciendo H. P. B. que «la construcción de la Pirámide es registro perdurable y símbolo indestructible de misterios e iniciaciones en la tierra, como son en el cielo los cursos de las estrellas».

Cálculos hechos sobre la masa de piedra empleada en la construcción de la dicha pirámide de Gizeh, hallan que aquella bastaría para alzar una muralla de dos metros de altura desde Lisboa hasta Varsovia, o sean dos millones y medio de metros cúbicos, cuya aportación supone costase a 100.000 hombres veinte años de diario trabajo. La orientación del monumento dividía también geográficamente el Delta del Nilo en dos sectores iguales.

Digamos, en fin, algo sobre las múltiples pinturas tan conocidas de Egipto, tales como las del llamado *Libro de los muertos* recientemente publicadas en **EL LOTO BLANCO** por nuestro fraternal amigo D. Juan Coll y March. En ellas se ve *una perfecta factura mexicana*, tan infalsificable que si, por ejemplo, se sometiesen a examen de peritos las tituladas «Tribulaciones y deleites del alma del justo», comparándolas con las mexicanas del tiempo mismo de la conquista, tales como *El lienzo de Tlascala*, *El padre nuestro*, etc., que trae Chavero en su *México a través de los siglos*, no podrían menos de atestiguar una completa identidad de raza por encima de los muchos siglos que los separan y de los mares y tierras interpuestas entre los unos y los otros.

¿Cuál es la clave de semejante identidad de raza?. El sagrado nombre de Thoth o Tot, radical del pueblo *totoná* u *otoná*, como veremos en el próximo capítulo.

## NOTAS AL CAPÍTULO VIII

(1) Como es imposible hacer aquí un estudio a fondo del Egipto, remitimos al lector a obras clásicas, como las siguientes: Champollion-Figeac, *De Egypte ancienne*, (1840); Maspero, *Abydos*; De Saulcy, *Etude sur la serie des rois a la solie des ancetres de Thoutmes III* (1863); Mariette Bey, *Apercçu de l’Histoire d’Egypte* (1864); E. de Rougé, *Conférences sur la religion des anciens egyptiens* (1869); Bunsen, *Aegyptus Stelle in de Weltegeschichte* (1845-46); Maspero, *Historia antigua de los pueblos de Oriente, Egipto*; Wilkinson, *The Manners and customs of the ancient Egyptiens* (1878); Oppert, *Memoires*; Pierret, *Dic. d’Archeologie* (1869); Lombroso, *L’Egitto al tempo dei Greci e dei Romani* (1882); H. P. B. *La D. S. e Isis sin Velo*; Peladan, *La tierra de la Esfinge*; Papus, *Tratado metódico de ciencia oculta*; Schuré, *Santuarios de Oriente*; Apart, *L’art egyptien* (1909); Malet, *Antigüedades* y las recientes *Memorias* de lord Carnavon en sus exploraciones de Tut-ank-amen. También hay algún detalle curioso en la rara obra latina que lleva este largo título: «Magia Philosophica, hoc est Francisci patricii summi philosophia Zoroaster et alius, Oracula Chaldaica, Asclepii Dialogus et Philosophia magna Hermetis trimegisti, Pcurander Sermo ad Asclepium Minerva mundi et Miscelánea, Yam nunc primum ex Bibliotheca Ranzoviana é tenebris eruta et latine reddita. **Hamevrgi** Anno 1593, Effigies Dn. Henrici Ranzovig, producis Cinobrici, Aetat: sqae LXVIII». Su emblema es este hermoso dístico: Dies mortis eternaе vitae natalis est, Sementis et mors nude vita pullulat. (La muerte es la semilla de donde brota la vida: El día de la muerte es el del nacimiento para la eterna vida).

(2) Los sacerdotes de Sais dijeron a Herodoto que durante los periodos anteriores a Setos cambió cuatro veces el sol su sitio de nacimiento ocultándose dos veces por donde nace y al contrario. Hay además en los autores un inestudiado «período sothiaco o Isiaco» (de *Sothis*, la estrella de Isis o Sirio) de 1440 años (no de 1460 como se dice), período que equivale a «una estación» de las cuatro que componen el ciclo del yuga de 4320 años y que también se ha llamado *del Fénix*, por Herodoto, o sea del renacimiento que supone una nueva «primavera» del Sol en su desconocido ciclo en torno de Sirio y quizás de Canope, estrella esta última a la que, como probable centro del Universo que decimos hoy, asignó grandísima importancia la astronomía egipcia, designando como *Portus Canopicus* a aquel puerto de la Arabia líbica desde donde dicho sol austral era ya perfectamente visible. Nosotros sospechamos que pudieron acaso existir diversos períodos solares de grandes pero de diferentes radios, señalados aun por los latinos con las palabras de *diferente alcance* de *annus, orbis y mundus* hoy casi sinónimas más o menos con los años heliacales y con los catastróficos eclipses del Sol Espiritual o Central relacionados con el Sol Postal de Platón que bien pudo ser Canope, con el Sol ecuatorial que acaso fuese Sirio, los tres como regentes astronómicos de nuestro ínfimo Sol físico.

Para H P. B. y otros autores el número de 432.000 años expresa a la vez simbólicamente «el año más largo de la restitución» (los años de jubileo y sabático de los

hebreos son un pobre recuerdo de ellos) el ciclo máximo estelar de los ya dichos, y el reinado de ciertos dioses es un período divisible por 1, 2, 3, 6, 9, 12, 18, 36, 74, 144 y sus múltiples décuplos constituyendo el nervio de los períodos más célebres de indos, caldeos, tártaros, egipcios, etc. Naciones de tan diversa civilización, dice un autor, ¿cómo pudieron convenir en una creación puramente arbitraria?.

De los 27 *natrones* o casas lunares egipcias, por ser larga y difícil cosa, no podemos tratar aquí.

(3) «El último en sostener con energía que el alfabeto procede de los jeroglíficos ha sido Knopp en su *Schrift and Bild* al decir que todos los alfabetos son alteraciones de imágenes y símbolos. Si nos fijamos en el fenicio, vemos que el *aleph* quiere decir «toro» y la A invertida, V, representa una cabeza de toro o sea la V; Bait o beth es casa, y su figura es la B; dulet o daleth es puerta y está representada por la D; la B representa la forma de la boca y ser pronunciada, y lo mismo la O, la S, etc. Klaproth, el rival de Champollion, al igual de Gulianoff, en sus «Mémoires relatifs a l'Asie» (I, 306) confrontó 206 voces coptas y no halló que tuviera conexión con las berberiscas y sí con las de los fineses y otros habitantes del NE. de Europa, por lo que rechazó la opinión de que aquellos fuesen oriundos del Norte de África, pero en realidad si tienen parentesco con los fineses también la tienen con los berberiscos, con los vascos y con los demás pueblos de habla aglutinante, razón por la cual Ahmed Bey Kamal (*Les idées cosmogoniques des anciens habitans de l'Egypte*) tiene razón en afirmar que el Egipto prehistórico estuvo poblado por libio-íberos, tamehn-anu, etc., que aun tienen representaciones en el norte de África y que son en suma restos atlantes de pueblos no afectados por la gran catástrofe. Jones y Langlés, en fin, han advertido grandes semejanzas entre voces radicales sánscritas y egipcias y Blumenbach ha encontrado en los cráneos de los egipcios rasgos genuinamente etiípicos e indostánicos, cosa muy natural pues que, como venimos sosteniendo, los pueblos derivados de la dispersión atlante inmediatamente anterior a la catástrofe irradiaron de Armenia y Persia en dos direcciones: la indostánica (etiíopes orientales) y la egipcia (etiíopes occidentales o propiamente dichos) y de aquí la identidad de voces y de toponimias entre ambos pueblos tales, como la del río Indo y su sagrado delta que antes fue llamado «Nilo», las montañas drávidas de Nilghiri en el Decan, la de «put» (radical del latino «puteum», pozo tanto de agua como de sabiduría) sobrenombre de varios faraones y también radical de lugares religioso-astronómicos tales como el de Somnath-Patán o «Put anas» que hemos estudiado en nuestra revista *Hesperia* (Nov. de 1924). Por este nexo entre los dos países, la *Arabia*, o país entre ambos, era el nombre de entrambas orillas del mar Rojo o Eritareo.

El mismo Maneton era de raza sebenítica o sivaíta de Sebene y el mito de Cherenoves respecto de Amenofis o Amen-ophis (nombre genuinamente ofita-caldeo) y a quien su madre dio a luz en una caverna recobrando después cuando joven el trono de su padre, es de perfecto carácter ario y base del mito del nacimiento de Júpiter en Creta (la isla *crypta* o «escondida», símbolo del cubo iniciático del Minotauro) y del destronamiento de Orónos o Saturno. La misma división del viejo Egipto en doce estados o gnomos, es un eco de los diez estados atlantes de que habla Platón, pero hechos «doce» con arreglo a la cosmogonía zodiacal aria de los doce signos y Ríshis, tantas veces aquí aludida. Siempre los buenos clásicos han hablado de tres Etiopias: la Euxina del Cáucaso (genuinamente ibérica de Io), la siria de Joppe (cusitas del Eufrates) y la de África. El mismo Júpiter

Ammon, tan célebre en los fastos de las empresas de Alejandro, fue llevado antes de ellas desde Libia a Siwala según el emplazamiento que Heeren le asigna.

(4) Thyphon o Tzyphon representa al genio de la duda y es uno de los Alehim egipcios. El es también el tentador, el Kakotodaimon, Vaeh y Jehovah conjuntamente (Lacour). De los «siete hijos de Dios» en el *Pymander*, Set-Typhon es el séptimo de los «hijos de la Niebla del Fuego» al modo del Satán del Libro de Job de tan clara raigambre caldeo-egipcia. El *Chunophis*, Agatho-daimon o Dragón solar no es sino el Cristo triunfante de los gnósticos y está íntimamente ligado con los siete Hijos de Sophia (la Sabiduría); los siete Hijos de Aditi, los Siete Regentes Planetarios, etc.; y por tanto Chunophis era el Sol Espiritual de Luz y de Sabiduría; el jefe de todos los Iniciados egipcios, como lo fue más adelante Bel Merodach o Bel-Belitans, entre los caldeos. En cuanto a Hermes, o más bien Thoth, no era sino un nombre genérico de todas las «Serpientes de la Sabiduría», o Iniciados, astronómicamente relacionados con el Sol y espiritualmente con dicha Sabiduría.

Pero ni aun el mismo Gran Hermes Thoth es el *inventor*, ni aun el descubridor de la magia, pues que él es un nombre genérico cual Nebo, Enoch-Enoichon, etcétera, peculiar a muchas jerarquías de Adeptos, y su relación con las serpientes de las antiguas alegorías dimana de que debieron su espiritual iluminación durante la Tercera Raza (que fue la primera raza intelectual), a los Dioses Solares y Planetarios. Por eso, todos ellos son meros transmisores de la Sabiduría Secreta; así Asclepios es el hijo del Dios Solar Apolo, es decir, de Mercurio; Nebo es el hijo del Bel-Merodach solar y el Manú Vaivasvata, el Gran Rishi, es el hijo de Vaivasvat, el Sol o Surya. Y al paso que, astronómicamente, según las Teogonías, los Nagas, juntamente con los Rishis, Gandhvar-vas, Apsarases, Gramanis o Jakshas, Yatudhanas y Devas, son los servidores del Sol a lo largo de los doce meses del año, antropológicamente son ellos también al encarnar en este Mundo *Inferior*, Dioses y Hombres. Por esto último los Nagas budistas que Apolonio encontró en Cachemira, no son físicas serpientes, dragones o Nagas, sino efectivos «hombres sabios», o Maestros.

(5) Modernamente se denomina *Gymnopedia* a cierta danza sagrada egipcia hoy imitada por una de las más célebres bailarinas que ha llegado a bailarla en los Estados Unidos, con su falda de 48 metros de vuelo, valorada en 20.000 francos ante un público «civilizado» enloquecido de emoción, en una jaula de leones ante los que acababa echándose en el suelo. La historia de esta danza es bien curiosa. Cuando su inventora quiso representarla en Egipto mismo surgieron insuperables obstáculos que fueron misteriosamente allanados por cierto desconocido personaje que proporcionó la más extraña e inopinada decoración de selva, con árboles y arbustos venidos no se sabe de donde. «Durante la danza, dice aquella, me abanicaban, me vaporizaban con esencias exquisitas y me llenaban de golosinas, del modo más inopinado e increíble.»

(6) Muchos de estos «asertos oscuros», aparecen aquí y allí esparcidos en los *Puranas*, la *Biblia* y otras mitologías, mostrando que los antiguos conocían tan bien o mejor la Astronomía y la Geología y que el modo de girar del globo ha variado más de una vez desde los orígenes. Así Jenofonte asegura que Faetón, en su deseo de aprender la verdad *oculta*, hizo que el Sol se desviase de su curso natural, «volviéndose frente a otros

países», y la Mitología nórdica enseña que antes del actual orden de cosas el Sol se levantaba por el Sur, y la zona frígida o Jervskwen, que ahora está hacia el Norte, estaba entonces hacia el Este. (De Mirville, p 80).

«El África como continente, aunque se dice que apareció antes que Europa, es posterior a la Lemuria y a los primeros tiempos de la Atlántida. Toda la región de Egipto y de los desiertos estuvo una vez cubierta por el mar, cosa que primero se supo por Herodoto, Estrabon y Plinio, etc., y después por la geología. La Abisinia fue una isla y el Delta del Nilo fue el país que primero ocuparon las avanzadas de emigrantes que llegaron del Noroeste con sus Dioses, como enseña, si se sabe leer, el Zodiaco de Dendera, con los tres sucesivos cambios de los polos.

«Herodoto en su *Thalía* (LXXVII) dice que los egipcios tenían varios modos de representar la inclinación de los polos respecto de la eclíptica. En el *View of the Levant*, de Perry (pág. 41) hay una figura que representa al *Polo Sur* de la Tierra, en la constelación de la Lira, en la cual aparecen los polos como dos *varas derechas* con alas de halcón en el extremo para distinguir el Norte del Sur».

(7) Los genios de nuestra edad: Miguel Ángel, Giordano, Lulio, Galileo, Kepler, Bach, Beethoven, Wagner, Newton, Spinoza, Goethe, Blavasky y mil otros cuya lista no puede darse por lo larga, más parecen seres bajados de esos astros que no gentes de este miserable mundo. Ellos, en efecto, cual verdaderos Prometeos, han emancipado el pensamiento de las cadenas criminales con que la Magia Negra de las Edades pretendiera esclavizarle y han dado en ciencia, arte, filosofía, historia, política, etc., *a guisa de «NORMALES» perfectos, que no de anormales visionarios, las «NORMAS» de las nuevas edades por venir.* Por eso deben ellos ser reverenciados cual verdaderos *jinás, rishis, christus* o *salvadores* del ignaro mundo que los atormentó ingrato por no alcanzar a conocerlos, al tenor de la célebre fábula de Andersson de *El patito feo*.

(8) Los siete hombres primitivos del Pymander fueron creados por la Naturaleza del «Hombre Celeste» participando de la naturaleza de los Siete Gobernadores o Regentes planetarios que amaban al hombre, su propio reflejo y síntesis», dice la Maestra, De aquí la Doctrina de los «siete Rayos» para diferenciar la diferente tónica u orientación de los hombres en la Tierra. Astrológicamente, en efecto, en todo ser humano se nota la característica de uno u otro de los siete planetas y las enseñanzas del tres veces grande Thoth-Hermes o *Trimegistus* se debe a que son a la vez enseñanzas de los tres astros: Tierra, Luna y Sol, al tenor del simbolismo de la «cruz ansata» o de Venus al que se agrega la media luna para hacer el emblema de Mercurio.

Por estas cosas ha podido decir la *Tabla esmeraldina* que el hombre es la Cosa Una: «Su padre es el Sol; su madre la Luna; la Tierra su nodriza; el Viento su asilo, y su instructor el sagrado fuego hermético del Espíritu.»

(9) La Nada-Todo, Incognoscible, Océano sin límites de donde todo emana y a donde todo vuelve cerrando su ciclo evolutivo, se representa en aritmética por el cero, y en geometría por la esfera cuyo centro está en todas partes y su superficie en ninguna. En los alfabetos su representación unánime es la de la letra O, que por ello es, a nuestro juicio, la primera de las letras.

El Primer Germen aparece en esta Esfera como un punto, dando lugar a la letra griega *theta* o Θ, que no es sino la O con un «arnuswara» sánscrito con el que se lee OM en esta última lengua. Pero esta primera Silaba Sagrada es, a su vez, el anagrama del Espíritu-Materia: el «Oro del Ehin», el Principio Informador del Cosmos, «el Espíritu del Señor Theos flotando sobre las Aguas genesiacas», (Kaos) que se dice en el primer versículo de la Biblia. La M, en efecto, es el jeroglífico de las Aguas: el gráfico de los vaivenes u «órbita» descrita en el espacio por el flotante Germen («la barquilla insumergible» del escudo de Luthecia; la cuna de todos los «Moisés» o salvados de las aguas).

(10) La frase de la hermosa invocación puesta en labios del celebrante es: «Quia tu es Deus, fortitudo mea, ¿quare me repulisti et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?» a la que el ayudante (la representación simbólica de los ángeles o *jinas*) le responde «Emmite lucem tuam et veritatem tuam, ipsa me deduxerunt et adduxerunt *in montem sanctum tuum* et in tabernacula tua», es decir teosóficamente: «si quieres saber el por qué de los dolores de la lucha evolutiva y la triste causa de tus caídas debes apelar no a fe alguna ciega, sino a tu propia razón, la Luz y Verdad Interior que late en ti: esto es lo que fue enseñado en el *Santo Monte* y en su reflejo, el Tabernáculo.

(11) El intrépido Howard Cárter en la segunda de las conferencias que sobre sus exploraciones diese hace poco en el teatro Fontalba, de Madrid, describió las particularidades de las cuatro urnas sucesivas que guardaban la momia del rey Tutankamen:

Cada una de las cuatro urnas estaba hecha de tablas de seis centímetros de madera compacta, recubiertas con delicada labor en oro sobre yeso. El tablón de madera se había contraído en el transcurso de tres mil trescientos años, en aquella atmósfera muy seca; la labor de oro sobre yeso, en cambio, se había dilatado ligeramente y había, por tanto, un espacio entre la madera que servía de base y la preciosa capa que decoraba la superficie, la cual, al tocarla, tendía a quebrarse. El problema consistía en manejar estas piezas, que pesaban de un cuarto a tres cuartos de tonelada, al desunirlas y trasladarlas sin causarlas excesivo daño. El trabajo ofrecía grandes dificultades; pero — dice — hicimos más daño a nuestras manos que a aquellas preciosas urnas de oro. En esta labor se invirtieron ochenta y cuatro días.

Refiérese a los objetos que se supone fueron robados por los ladrones de tumbas en época remota, y describe la gran emoción que tanto él como lord Carnavon sintieron a medida que iban abriendo las urnas, dentro de las cuales se hallaba el sarcófago. La tapa del sarcófago es de granito rosa teñido para que case con la cristalina piedra arenisca del ataúd, y estaba hendida de parte a parte por en medio. La rotura complicaba grandemente el levantamiento de la tapa.

Fue éste — siguió diciendo Mr. Cárter — un momento de grandísima emoción. ¿Cómo hallaríamos al rey?. Nuestras almas estaban cargadas de preocupaciones, en medio de un gran silencio. Yo di la voz para levantar la tapa, y ésta, que pesaba más de tonelada y cuarto, se alzó de su asiento. El contenido estaba completamente cubierto por envolturas de fino lienzo. Desenvolvimos aquellas envolturas que servían de mortaja, tres en número, una por una, y una exclamación de asombro escapó de nuestros labios; una efigie de oro del joven rey llenaba todo el interior del sarcófago. Esta efigie era la tapa de un maravilloso féretro antropoide, de unos siete pies de largo, descansando sobre unas bajas andas en

forma de león. Abrazando el cuerpo de este magnífico monumento están dos diosas aladas, ejecutadas en rica labor de oro sobre yeso, tan brillante como el día en que se hicieron. Las manos están cruzadas sobre el pecho y sostienen los emblemas reales: el cayado y el mangual de oro macizo, adornado con incrustaciones de lapizlázuli. Los ojos son de cristal. Había una nota de realismo, pues mientras el cuerpo de esta figura era de brillante oro amarillo, el oro de la cara y de las manos era de una aleación que le daba la palidez de la muerte. Sobre la frente del rey hay dos emblemas delicadamente labrados en plata, y alrededor de estos emblemas una diminuta guirnalda de flores de loto, que no valdría — dice — nada más que unas cuantas piastras; pero que representaba el último adiós, ofrenda de la joven reina. Puedo asegurarnos — terminó diciendo mister Cáster — que entre todo aquel esplendor no había nada tan hermoso como aquellas pocas flores marchitas, conservando todavía su tono de color, el azul y el amarillo del loto. Aquel rasgo de ternura hacía hermanar aquella antigua con nuestra moderna civilización.

(12) A propósito de estas profanaciones *científicas* de los sepulcros, dice un gran patricio colombiano, cuyo nombre sentimos no recordar, en su trabajo *Egiptólogos y Guaqueros*: «Sentimos horror cuando nos pintan un chacal o hiena desenterrando un cadáver en la obscuridad de la noche, y no se nos da nada cuando en pleno día, y con auxilio de todos los elementos, violamos las sepulturas en nombre de nuestra propia codicia. Muchas veces, en mis andanzas arqueológicas, he tenido que recurrir a estos instintos, para no dejar que mis compañeros rompan con sus piquetas los cráneos de nuestros antepasados, a quienes nunca les pudo pasar por la mente la idea de violar los sepulcros de sus mayores, ni aún siquiera los de sus terribles enemigos.

«Diez años de arduo trabajo de lord Carnarvon, ¿le han dado al mundo una orientación que valga la pena para mejorar el malestar que tortura a las gentes, o para hacerle un llamamiento al espíritu de justicia distributiva tan deseado por los latitudinarios?»

«Ahí están en la tumba, puestos a los ojos de todas las edades los cuadros que representan al joven Faraón en su carro de guerra, hiriendo de muerte a sus enemigos y haciéndolos devorar por los leones amaestrados para esa tremenda tarea. ¿Qué nos enseñan esos tesoros acumulados en torno de aquellas cenizas? Que un pueblo infeliz se sacrificó para sacrificar otros pueblos y lograr con la rapiña y la conquista esos tesoros que a nadie le debían servir en la vida si no a ese hombre, y que debieron ser la causa de millones de sacrificios humanos para conseguirlos. ¿Y qué era la humanidad entonces? Lo mismo que hoy; con la diferencia de que los hombres se enterraban con sus riquezas y se decían de origen divino, y los de hoy se contentan con emprender el viaje eterno en una humilde caja de madera, con tal de legarles a sus descendientes sumas fabulosas que les han de servir para poner los pueblos enfrentados los unos contra los otros por la ambición de los mercados universales.

«Quien ve el retablo que adorna el sarcófago de Tut-Anhk-Amen, puede ver esa caravana de esclavos rendidos al dolor de las flagelaciones, que en nada se diferencia de los entonces descritos por Max Uhler en sus obras sobre la civilización peruana. La cara de Tut-Anhk-Amen no es superior a la del señor del Río Napo, cuyo ceño tremendo pone aún en los corazones como una desazón.

Los relieves de Raimondi pertenecientes a la civilización del Chavín en el Perú son para mí, superiores a los frisos de las salas del trono en la tumba egipcia. Y quienes hallaron estas bellezas del pasado de América, ¿le hicieron algún bien especial a la cultura o encontraron un medio de vida más fácil?

«El Egipto miró siempre como sagrados sus sepulcros y por eso se explica uno la conservación a través de los siglos. Esquilo, en *Los Persas*, pone de boca en boca del coro de los ancianos estas palabras, al enumerar los guerreros invencibles del gran ejército:

«Otros envió el Nilo fecundo y caudaloso... Al gran Asamés, Jefe de Menfis, la de los campos santos... A Ariomardo, el guardián del sagrado Valle de los Reyes.»

«Así se explica la conservación de esos lugares, donde se creía que sólo podían osar contra los tesoros los ladrones de otros pueblos lejanos que vagaban al amparo de la noche. Pero ni aun a Marco Antonio se le pasó por la mente una acción que hubiera echado sobre su nombre la maldición de todos los pueblos de Oriente y el desprecio de Cleopatra.

«Como se ve, es una locura universal, ésta de quererles arrancar a los sepulcros el secreto de las cosas que fueron. Cuando Egipto esté completamente saqueado, seguirán los pueblos más modernos, hasta llegar a la época presente, tal vez para quitarles a los cadáveres las calzas de oro de la dentadura. Entre nosotros la Guaquería ha llegado a profanar cementerios de gentes que aun tienen deudas que no se atreven a protestar, porque la conquista anuló en el indio colombiano todo amor al pasado debido a la llamada herejía de sus mayores. Sin embargo, hay pueblos que dejaron el recuerdo de su amor a las tradiciones en documentos que honran esos nombres.

«En el Ecuador, es tal vez donde más amor a las tradiciones tuvieron los indígenas, y hay de ello pruebas escritas de una conmovedora elocuencia. En el pueblo de Carangüe el 10 de abril de 1595, Ventura Parinquirbomin, Isabel Coxilogan y Lucía Coxilago, pidieron que se castigara a Inés Coxilogan por permitir que en las tierras de Culchiquí, se excavarán unas sepulturas de sus antepasados por mano de unos españoles buscadores de oro. Pero, en cambio, en Colombia, el saqueo ha sido fantástico y horripilante.

Quien lea «Recuerdos de la Guaquería en el Quindío», obra editada en España y cuyo autor es don Luis Arango C, no podrá menos que sentir lo que deben sentir hoy los egipcios al ver la manera como se profanan sus recuerdos y sus cenizas en nombre de la pura ambición de dinero.

«Esta obra fue desgraciadamente censurada por el señor cura de Armenia, por hablar del levantamiento de los Andes y otras cosas, pero se puede leer sin pecado según lo declaró luego el Tribunal del Santo Oficio, compuesto de los señores Alejandro Londoño, Alejandro Arango y Eudoro Villegas y por el Juez doctor Eleuterio Serna.

«Sin exagerar un solo punto, podemos asegurar, que leyendo esta declaración de las guacas abiertas en el Quindío y en otros lugares, mencionadas detalladamente por el señor Arango, la tumba del Faraón no era más rica que la de estos antepasados de los quindios, que sentían horror a yacer en un sepulcro, y hacían que les sepultaran de pie y con las armas en alto como para no caer ni en el proceso de la eternidad ante sus enemigos. Dice al narrar la guaquería de una tumba donde encontraron ochenta guerreros en guardia:

«Había una estatua que los guaqueros decían que era la de un rey, que era de oro y medía 16 pulgadas. Estaba sentado en una silla de cuatro patas. En las dos esquinas del espaldar tenía dos cabezas: la una de un mono y la otra de un mico. En una mano tenía un bastón que se le podía quitar y poner; en la mano izquierda una canasta con el grabado del



tejido, también de quitar y poner. El vestido grabado en el mismo oro, camisa, saco-levita, calzón de la cintura a la rodilla y de aquí a los pies, polainas. De cara afilada, tez pulimentada, nariz aguileña, ojos redondos, boca diminuta, labios delgados, garganta cilíndrica, cabeza un poco redonda, cabellera grabada y recortada por el cuello. Tenía una corona de quitar y poner, con cinta de anchura de dos pulgadas. Del borde se elevaban seis potencias piramidales».

«Era una divinidad como lo podría ser el Faraón. Y estas estatuas cayeron en manos de los gUAQUEROS que las vendieran a cualquier precio para ir a enriquecer los museos de Europa, sin llevar el nombre de Colombia. Si estas cosas se hubiesen descubierto en Egipto, el mundo entero estaría pendientes de ellas porque no son allí humildes e ignorantes gUAQUEROS los que profanan las tumbas, sino sabios y ricos hijos de Inglaterra y de Francia. Pero si se quiere saber quién era más importante de Tut-Anhk-Amen o cualquiera de nuestros caciques ya podríamos nosotros sentir orgullo al ver que la justicia había florecido entre nosotros y que teníamos mayor noción de ella que los reyes de Egipto que se hacían grandes por sus depredaciones. ¿Qué rey de aquellos podía compararse a ese gran príncipe que se llamó el Rey Calarcá? Aún en las tribus de Putumayo los infelices indios que vagan amedrentados por la codicia de los blancos, piensan en ese rey justiciero que tenía como una religión el respeto al derecho ajeno, y jamás forjó ni cometió crímenes en nombre de su poder».

De él dice el señor Arango:

«Parece que en él hubiera nacido su estirpe y en él hubiese terminado. Había sido instruido en los últimos adelantos de los quindos, su patria. A él nada se le ocultaba; las ciencias estaban en él. Había nacido para ser orgulloso y grande; no cometió injusticias contra sus semejantes y respetaba las leyes de su pueblo, las cuales le habían sido legadas por sus mayores. Era de estatura regular, hombros anchos, cuello corto, cabeza redonda, pelo negro y sedoso. Frente espaciosa, boca pequeña, nariz aguileña, ojos negros y grandes, mirada desconfiada y penetrante como la de los cóndores andinos, fisonomía simpática, conversación agradable y muy prudente. De espíritu guerrero, y tratándose de defender la patria, no se consideraba ni él mismo.»

«Y cuenta que mientras ese rey vivió, todo el mundo vivió en paz y la felicidad sonrió en todos los hogares. Pero la conquista lo atropello todo y puso al rey Calarcá en pie de guerra hasta morir. Cuando fueron violados los sepulcros, el rey Calarcá dio a sus gentes el tremendo decreto que aun vibra en las conciencias de los entecos descendientes de los quindos y señala sus efectos en las tumbas hechas pedazos:

«Todos los indios de mi reino sacarán las guacas ricas, decía, y quebrarán las lápidas, alhajas y sobre todo las lozas que contienen escritos. A los muertos que allí estén en paz, les dirán: el día del señor está presente, ¡levanten! y de no obedecer esa orden, tirarán los huesos de ellos a las puertas de las bóvedas en señal de que deben quedar de centinelas guardando los secretos humanos: rellenarán las guacas con tierras distintas, y sobre todo, con tierra negra en señal del negro crimen que los conquistadores están cometiendo con los indios.»

«Y Calarcá desapareció tras una lucha de años y de épicas hazañas, y su cadáver fue sepultado según se cree sobre las nieves eternas del Nevado del Ruíz, protestando con su muerte ignorada contra la violación que en nombre de la codicia humana se hacía de los más santos derechos de las criaturas.

«Pero he aquí que el tremendo oficio de profanar las tumbas tiene, sin que se pueda explicar, un castigo inevitable.

«Lord Carnarvon fue herido por una dolencia inconocible y la mayor parte de los llamados egiptólogos caen tarde o temprano víctimas de dolencias inexplicables. Entre nosotros los gaaqueros mueren generalmente en la miseria y son atacados de enfermedades incurables. El señor Arango da el nombre de algunos gaaqueros de los más célebres y todos acabaron tristemente como heridos por un dios vengador de los muertos. Ángel Toro, uno de los grandes gaaqueros del Quindío, después de 36 años de ese oficio, murió pobre y soltero, de una enfermedad desconocida. El oro de los sarcófagos había pasado por sus manos en cantidades fabulosas. Ramón Buitrago, el gaaquero más feliz, le dijo a su esposa: «Dentro de veinte días vuelvo rico», y se estuvo 30 años. Quiso hacer un vestido de oro y tenía el capricho de dormir en un cuarto lleno de alhajas y oro en polvo. Cuando volvió donde su esposa fue a morir de miseria. Carlos Agudelo (alias Macuenco), sacó tanto oro y pedrerías, que usaba prestarlas a sus compañeros por arrobas de oro en alhajas. Murió tomando aguardiente y sin decirle a nadie donde quedaba tan inmensa riqueza.»

(13) Para la Maestra, «el Hierofante era el Thoth, el Iniciador máximo, el Anciano, jefe de los Adeptos del Templo. Cada nación tenía los suyos, y él sólo estaba capacitado para comunicar de viva voz al neófito los terribles secretos del submundo, del mundo y del supramundo, encerrados también en el simbolismo de Thoth, o del número 8, que antes dimos con los dos círculos secantes (Toro), o sea del mundo superior y del inferior, con una zona lenticular común a ambas y que constituye propiamente el emblema de nuestro mundo de sombras intermedio de los otros dos mundos de luz y de tinieblas que en él yacen superpuestos. «Los judíos, añade aquella, tenían a su Tanaim, Peter o Pedro, y tal hierofante fue por ejemplo Hiller, el Maestro de Jesús, y Akiba, que algunos identifican con San Pablo. En la India, el hierofante se llama *Brama-atma*, es decir, Thoth, el Espíritu originario; en el Tíbet es el *Taley-lama*, literalmente el «Aliento sobre las aguas» (mar). El papado cristiano, añade, ha desfigurado la majestad de tan excelso cargo».

Todo iniciador es, pues, un Centro, un Logos, un Thoth, una síntesis, un tronco de donde, como otras tantas ramas frondosas del Árbol del Conocimiento, parten las nuevas ramas iniciáticas de los nuevos y futuros adeptos, ley «vegetal» que es ley de todos los crecimientos evolutivos, tratados por vez primera quizá en el *Pymander*, desde «el Principio húmedo» o «Gran Abismo Padre-Madre» de donde brotara el Logos (Thoth) como una primera Emanación, formándose el Hombre Celeste o Adan-el-Kadmón de los cabalistas; el «Silencioso Vigilante» que, de espaldas a la inefable Luz de donde emanara, no puede dormir jamás (alfa-omega) hasta que todo lo manifestado y de lo que es vértice o síntesis realice el ciclo maravilloso de su evolución.

(14) Este sabio genovés inauguró en 1912 sus excavaciones en los confines del Alto Egipto tebano con el desierto líbico, al lado del templo de Osiris. La revista *Lectures pour tous*, describe así el solar del templo de Abydos:

«... Bien pronto desaparece la verdura, y comienza el desierto. Es que nos aproximamos a «Abydos». En medio de este, que pudiéramos llamar reinado de la soledad, de la luz y de la sequedad, ábrese la sima profunda de las excavaciones.

Lo primero que se ofrece a la escudriñadora mirada del visitante, es un gran amontonamiento de piedras, una aglomeración caótica de bloques gigantes; después, poco a poco, el detalle y la distribución de un edificio empiezan a hacerse perceptible. Alrededor de un espacio rectangular, de 36 metros de largo, por 18 de ancho, extiéndese una formidable muralla de seis metros de espesor, integrada por dos muros, uno exterior formado por bloques groseramente tallados y ajustados, y otro interior hecho con piedras monstruosas — algunas de cuatro y medio metros de largo — tan bien unidas, que la capa de argamasa que las une, es apenas perceptible. En el fondo del espacio de esta doble muralla aparece una plataforma rectangular, construida con piedras iguales a las de los muros de circunvalación. Entre estos y la plataforma, un foso de tres metros de ancho, lleno de agua, proveniente de filtraciones del próximo Nilo, cumple a maravilla el papel de refrigerador. A lo largo de sus orillas colosales pilares de granito de 4 y medio metros de altura, por dos y medio de espesor, levantan su imponente masa sirviendo de sostén a enormes arquivadas, de 1 metro 80 centímetros de altura, y por último, superando a todo, un techo formado por bloques de granito, que, según cálculo de Mr. Naville, el más pequeño pesa más de 30.000 kilogramos.

Una asombrosa impresión de fuerza y de potencia se desprende de estas ruinas colosales, cuya vista nos transporta a los tiempos misteriosos de la prehistoria egipcia, mucho antes del primer Faraón *Menes* que según *Mariette* reinó por el año 5.004 antes de la Era Cristiana.

En las piedras ni un adorno, ni una escultura, ni siquiera una línea curva, ni una superficie redondeada; tan solo aristas y ángulos de una áspera simplicidad.

La materia que le cedía la naturaleza sabían domarla, pero, por los medios brutales de la fuerza, ignorando por completo los refinamientos de someterla a la fantasía y a los encantos del Arte.

El descubrimiento de Mr. Naville en Abydos, ha permitido levantar una punta del velo que encubría aún la prehistoria egipcia.

¡Cuántos enigmas se presentan a propósito de este descubrimiento! ¿Cuál era el destino del edificio descubierto? Templo sin duda; pero ¿a qué divinidad dedicado? ¿Qué ceremonias, qué ritos, qué sacrificios — sangrientos quizás — se desarrollaron sobre la plataforma, a la sombra de tales masas imponentes de granito?

¿Y por qué o para qué, el foso donde penetra el agua?

¿Era ésta sagrada como la de ciertos estanques de la India?

¿Cómo estos hombres primitivos, desprovistos de los conocimientos que más tarde tuvieron los egipcios de los tiempos faraónicos, consiguieron izar y colocar unos encima de otros estos monstruosos bloques, algunos de más de 30 toneladas de peso? ¿Qué procedimientos emplearon, y de qué aparatos de elevación hicieron uso? Hasta ahora no ha sido posible averiguarlo.

Y sin embargo, llega a tanto nuestra ceguera, para mantener el falso criterio de que el hombre prehistórico (el hombre post-atlante que estudia nuestra Paleontología) evolucionó del animal cuaternario, y no provino de civilizaciones lemuro-atlantes anteriores, por degeneración o caída, que el articulista pone este lamentable remate: «el pueblo que tal construcción erigiese empezaba a salir del estado de salvajismo, y dar sus primeros pasos por la senda de la civilización.» ¡Verdaderamente que la pedantería moderna es la más grande de las que la historia registra!.

Maspero, Lepsius y cuantos modernos se han ocupado de Egipto con aquel risible prejuicio, olvidan aquella frase maestra del teósofo portugués vizconde de Figanière cuando nos dice que la inocencia guiada por preceptores sabios (Hombres o Reyes divinos de la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> raza), es la antecesora de la civilización; y por el contrario, la barbarie (la barbarie a la que en tantos sentidos hoy caminamos) es siempre un estado post-civilizado o de caída. Ya, sin embargo la Paleontología empieza a sospechar que mezclados con los bárbaros post-atlantes europeos y africanos, hace los ocho mil o más años que él asigna de antigüedad a Abydos, convivió una raza más adelantada con una evolución artística (la de los mismos templos hipogeos jainos) llegada a su madurez. El mismo templo de *La Esfinge* que se tiene por de arte tan primitivo, no es «sino una página ampliada e iniciática» de aquellos monstruosos símbolos del Hombre, que alineados probablemente en número de 366 representando los días del año (días de Thoth Henoch), hacían meditar al neófito sobre el misterio que nos solapan los días futuros y el karma por nuestros pasados días descrito con cargo a nuevas vidas...

(15) En el *Libro de los muertos* (XCIX, 33 y CLVI, 4), dice H. P. B. se habla de cómo los servidores de Horus espigan en los campos de Aanru el trigo de *siete codos de alto*. El significado psicológico de este versículo se explica en la Estancia VII, estrofa 1 del *Libro de Dzyan* y se refiere a la división esotérica de los principios del hombre, simbolizados por el divino trigo o la mies, como en tantas parábolas evangélicas. La leyenda que contiene en efecto, el tercer registro de los papiros (*Libro de los Muertos*, CX) declara: «Esta es la región de los Manes (hombres desencarnados) de *siete* codos de alto, es decir de aquellos seres que acaban de llegar al mundo de los muertos y a quienes se les supone todavía séptuplos o con todos sus principios hasta su cuerpo mismo representado *astralmente* en el Kamaloka o Hades antes de su separación. Hay también trigo de *tres* codos de alto para momias o seres en *estado de perfección* o sea loa seres ya desprovistos de los cuatro elementos inferiores y cuyos *tres* principios superiores están en el Amenti o Devachán, es decir, en la «tierra del renacimiento de los Dioses, habitada por Shu, *Tefnut* y Seb, seres aquellos a quienes se les permite espigar el trigo. Todavía a los adeptos cishimaláyicos, al igual de los primitivos egipcios, cuando los entierran les ponen encima granos de trigo, y el *Y-king* chino, tomando en el sentido histórico el simbolismo del trigo, atribuye la invención de la agricultura a instrucciones dadas a los hombres por celestes genios.»

(16) Este *Escarabajo sagrado* es el dormido Ángel o Deva de la Tierra, dormido porque como su astro aún no ha pasado de sus cuartas Cadena, Globo y Ronda, aun no ha desarrollado otra mente que la puramente pasional. Él empuja a la «pelota de basura moral y física» constituida por nuestro esferoide de miserias. Por eso, el vencerle, significa vencer al espíritu material de la Tierra y de nuestro cuartenario inferior, uniéndonos primero con Osiris-Soma, el espíritu intermediario de la Luna; el rey de las almas humanas post-mortem, antes de la depuración final y el vuelo del Espíritu libertado a los Campos Elíseos o de Helios Thoth, como enseñan las frases de Plutarco estampadas al comienzo de nuestro libro *La Esfinge*. Los hotentotes (Anquetil) aún conservan aquel símbolo.

Osiris; es palabra compuesta de los dos *Aish* o *Asr* primitivos o sea «un fuego dulce y encantador» (Schelling), es decir: Arga, Maya, Osiris-Isis, Persefona o la Luna. De *Asha*,

fuego, el hebreo forma *Aza*, iluminar. El «Arca de Osiris» o «Arca de la Alianza» bíblica, es ase mismo símbolo de Osiris-Lumus, cuyo carácter jehovático y masculino puede verse astronómica y simbólicamente en el correspondiente capítulo de nuestra *Simbología arcaica*. El *Ankh* o círculo de entre los cuernos del buey o toro sagrado de Osiris, es siempre otro símbolo solar del Sol o el Espíritu (Horus) que ha de nacer con la segunda muerte o dulce muerte ulterior del alma así que se ha restaurado con el descanso en el Hades, y purificado de las manchas terrestres que Plutarco diría. Este *Toro* de Osiris, análogo al de Mithra y a la Vaca Sagrada o lunar de los induistas, es el mismo *Ra* o Cordero astrológico su sucesor, para los arios primitivos, y después para los cristianos, que es por lo que H. P. B. dice que la palabra *Christos*, también equivalente en cierto modo a Thoth, o no significa nada o significa el Séptimo y más alto Principio (Logos), igual en el Cosmos que en el hombre.

(17) La descripción de dicho templo por Maspero, es como sigue : «...es un templo completo, fabricado de conformidad con el espíritu que inspiró el plan de los templos aislados y con todas las partes de que estos constan. Primero una explanada de tierra apisonada; algunos escalones la unen con un pórtico rodeado de una balaustrada maciza, tras de la cual se alzaban, en una sola línea, veinte estatuas de Osiris, momias en pie y de halcones (símbolo de Horus) alternativamente, ocho a la derecha y ocho a la izquierda del rellano central. Tras esta línea, en la roca extiende su enorme superficie el pilono en declive y en ella velan impasibles los cuatro colosos reglamentarios (los cuatro Maharajahs). Pasado el pilono, en substitución del patio a cielo cubierto, desplégase una sala de cuarenta metros de largo, rodeada, como el patio de Ramsés III en Kamak, de ocho pilares cuadrados, a los que se adosan sendos Osiris Sigue a este vestíbulo cubierto el hipóstilo y en el fondo de él el Santuario, entre los cobijos de los dioses paredros. Ocho criptas, a más bajo nivel que la nave central, se reparten a derecha e izquierda y simulan cámaras accesorias.»

De estos speos o hipogeos partían a veces inacabables galerías muchas leguas a lo largo de las cordilleras arábica y líbica, con momias alineadas a lo largo de entrambas paredes, como las tan conocidas de México, dato este último que es una de las numerosas conexiones que el Egipto guarda con otónúes y mayas como veremos en el próximo capítulo. En algunas, quizás, múltiples animales recordaban aquellos monstruos místicos a los que se refiere la Maestra, unos, símbolo de los mencionados en el *Pymander*, en las *Tablas Cutha* babilónicas y aun en la Cosmogonía de Beroso desfigurada por Eusebio de Cesárea, como también en Apollodoro, Alejandro Polyhistor, etc., otros como recuerdo de los «monstruos de lo astral», a los que se refiere H. P. B. cuando dice que los egipcios no sacaron sus «monstruos» de sus desordenados cerebros, sino de sus propias videncias en la «luz astral», monstruos, en fin, de los cuales el último resto decorativo es el de la arquitectura románica, con sus gárgolas, harpías, etc., qué tan admirados son hoy por los arqueólogos.

Cuando el hipogeo era grande solía pasar a «templo del Sol y de la Luna» (Osiris-Isis) y le precedían largas avenidas de columnas o de esfinges, representativas de los días del año, como en Karnak: y en los templos mexicanos similares.

## CAPÍTULO IX

### EL MEXICANO ANAHUAC

*«Tot» raíz del «totemismo» postatlante. — Una cuestión previa sobre la caída de la civilización atlante y su degradación totémica. — El gran pueblo precursor de los arios en ambos continentes. — Otomíes autóctonos del Valle de México, según Chavero. — Conexiones de su alfabeto con el sánscrito. — Parentesco evidente de chinos y otomíes. — ídem entre estos últimos y los esquimales y demás restos atlantes de las comarcas hiperbóreas. — Varios «tótem» encontrados por los arqueólogos. — El hogar ario-mexicano y los soles mexicanos. — Precioso eco demopédico de los druidas galeses. — Los tres grandes troncos de raza según las enseñanzas esotéricas. — Los otomíes son turanios y arios los quichuas y los nahoas. — Un estudio del «Popul Vuh». — Diferenciación entre sus genuinas doctrinas mogolas y arias, con las corrupciones introducidas luego por el semitismo maya. — Paralelismo de las doctrinas del «Popul-Vuh» y las de la evolución. — Mayas y egipcios. — Vascos y nahoas. — Itinerarios semitas a partir de la península del Katiawar. — Krishna y Arjuna. — El «Mahabharata» y la visita al Patala (América) del héroe luni-solar. — Simbolismos religiosos de todos estos pueblos americanos. — Las suntuosas construcciones religiosas de los mayas y la sublime ciencia astronómica de los nahoas. — Múltiples problemas planteados por los pueblos americanos. — Civilizaciones perdidas que, con el estudio de los Códices del Anahuac hay que reconstituir. — Los últimos pueblos arios del futuro americano han de igualar en esplendor a los primeros. — Conclusión y resumen.*

**D**el largo capítulo que antecede hemos sacado el más precioso de los emblemas: el de *Thoth* o *Tot*, que, aparte de las relaciones simbólicas allí indicadas, es la raíz de lo que la ciencia occidental de la prehistoria, llama *Totemismo*, o sea la más primitiva (al decir de ella), la más grosera, fetichista y materialista de las formas religiosas; las del hombre de la Edad de Piedra, en los albores del período glacial que separa a la Edad terciaria de la cuaternaria propiamente dicha.

Pero aquí hay una cuestión previa que hemos resuelto según nuestro criterio teosófico en diferentes libros (1) en sentido contrario a como hoy lo entiende la ciencia, o sea de considerar que la barbarie de los hombres de la llamada Edad de Piedra no es sino el límite de la larga decadencia de una cultura tras la sumersión de la Atlántida, es decir, que el *totemismo* con toda su horrible, con toda su necromante grosería no es sino el último eco de aquella suprema y espiritualísima Religión-Sabiduría de los tiempos del mayor esplendor de la Atlántida y la Lemuria, cuando, según la frase bíblica, andaban los dioses por la tierra y se comunicaban literalmente con los hombres, sus discípulos.

Ya la misma ciencia occidental empieza a salir de su error, admitiendo, al lado del tipo bárbaro del troglodita totémico, otro tipo de raza muy superior y dotado de gran cultura: el *hombre atlante* que pudo sobrevivir en territorios no sumergidos por la

catástrofe, a la manera como hoy sobreviviría el tipo anglosajón aunque fuesen hundidas sus metrópolis. A este tipo superior es al que nos referimos en *La ciencia hierática de los Mayas*.

Allí decíamos: «La huella histórica de las invasiones arias, no ha podido borrar en Europa ni en América las misteriosísimas que en todas partes del mundo ha dejado la Edad de Piedra con sus megalitos, sus pictografías, sus jeroglíficos ógmicos, y de otras clases, precursores de los hierogramas egipcios, cuneiformes, mogoles y sánscritos. Mas la huella de semejante pueblo precaldeo de una y otra orilla del Atlántico, no está sólo en sus ruinas, sino también en sus tradiciones religiosas o mitopeicas tocadas de un carácter común, cual si unos y otros fuesen originarios de un continente conector, la Atlántida de los sacerdotes de Sais o Isis, revelada por éstos a Solón, y conservada en los incomparables *Diálogos* de Platón, el divino. Semejante continente va poco a poco pasando del terreno de la fábula al de la ciencia más positivista, gracias a los estudios prehistóricos acerca de druidas, celtas y libio-iberos, por un lado; de maya-quichés, nahoas, y méxicas por otro, pero no puede entrar de lleno en este terreno segundo sin un estudio comparado de las lenguas, tradiciones y supersticiones de unos y otros países, estudio cuyo obligado prólogo es el de cuantos documentos jeroglíficos de ellos se han podido conservar. Hay, pues, que ligar las enseñanzas de aquellos códices mexicanos con toda la prehistoria del Viejo Continente, o sea de aquella raza troncal, hoy hipotética, que irradió sus fulgores por todo el mundo, y que ha sido designada por cien nombres harto vagos, tales como el de *escítica* e *hiperbórea*, por Herodoto y Trogo Pompeyo; *preariana* y *mágica*, por Plinio; *megalítica*, por los antropólogos modernos; *protosemita*, por Scott-Elliot; *atlante*, por H. P. Blavatsky; *protodanesa*, *escandinava* y *nórtica*, por Worsae, Evans, Nilson y Montelius; *druídica*, por A. Bertrand; *vasca* o *precaldea*, por Fernández y González; *turania occidental*, por Lenormant; *mediterránea*, por Sergi; *libio-ibera*, por Antón, etc., etc., pues como dijo Bunsen al comentar la admirable obra de Lenormant *La Magie chez les Chaldeens, et les origines accadiennes*. «todo se aúna hoy para llevarnos a considerar a una misma y sola raza de la humanidad, como implantadora, en una antigüedad prodigiosamente remota *que no podríamos reducir a guarismo*, de las supersticiones mágicas que luego le fueran características en la cuenca del Eufrates y el Tigris», frases comentadas por Bertrand con estas palabras: «La hipótesis Bunsen resulta hoy un hecho apoyado por sólidos argumentos, y cada vez alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva, habrá dado un paso gigantesco la historia primitiva de la humanidad. Este día, dice proféticamente el genial arqueólogo, nos parece ya muy vecino», y no será otro, añadimos nosotros, sino aquel en que la prehistoria eurásico-africana y la de América, se den la mano sobre las aguas del Atlántico, aguas que nos ocultan al continente ancestral en su seno sumergido.»

Semejante raza superior aparece doquiera como «fondo común» a cuantos estudios históricos se realicen sobre aborígenes. El lenguaje monosilábico o el monosilábico-aglutinante, es la guía más segura para encontrarle en todos los países del mundo, hasta en los hiperbóreos, porque hemos de repetir, sin que aquí hayamos de detenernos a demostrarlo (*El libro que mata a la Muerte*, cap. XXV «Los alfabetos jinas») que las lenguas monosilábicas, si bien pueden ser consideradas como infantiles, respecto de las de flexión, a cuya cabeza figura el sánscrito, son, sin embargo, una preciosa supervivencia de aquella cultura perdida, cuando se dan valores numéricos a sus letras y se aplican a estos

valores las reglas de la *Cábala*, o de la *Magia*, reglas, hoy veladas y *vedadas* para el mundo vulgar y aun para el científico positivista.

Dicha «raza de Tot» o *totémica*, aparece detrás de los estudios vascos que se hagan con criterio teosófico, como los aparecidos en diverso artículos del año primero de nuestra revista *Hesperia*. No menos aparece en esos *vascos* americanos que se llaman pueblo maya-quiché y pueblo otomí.

Véamoslo.

«Acusan los cálculos astronómicos que los mismos jeroglíficos nos suministran — dice Alfredo Chavero en su monumental obra *Méjico a través de los siglos* — una antigüedad para la raza nahoá de más de tres mil años antes de la era vulgar, es decir, una antigüedad semejante a la de los pueblos de la India, de China y de Egipto. Y sin embargo, los nahoas no fueron el pueblo autóctono aun cuando si lo fuera su civilización, (2) pues a su llegada existían ya en nuestro territorio americano, pueblos antiquísimos, tanto que ellos mismos ignoraban su origen y se tenían por hijos de la tierra que habitaban. (3) Si consideramos por una parte la persistencia del monosilabismo y por otra los grandes centros de civilización que en nuestro territorio mexicano se establecieron, tendremos que reconocer en la antigüedad remota, como razas autóctonas, en el centro *otomí* y en el sur a la *maya-quiché o quichua*, y como inmigrante a la *nahoá*. Hay que advertir que en edad anterior, el continente americano no estaba aislado de los otros. Conocidas son las tradiciones clásicas sobre su unión por oriente (Atlántida) y hoy la ciencia la determina también por el occidente. A esto tendríamos que agregar otro hecho importantísimo: la existencia del hombre en América desde la misma época en que se encuentran en Europa sus huellas».

«¿Cuál es el hombre autóctono, habitador del Valle de México desde la época post-terciaria? No dudamos en contestar que el otomí, es en él la raza primitiva. En efecto, aun cuando la raza negra sea la primera que se extiende en la tierra mexicana, debemos buscar en ésta otra raza autóctona. Montolinía, hablando de los otomíes, los presenta como gentes bárbaras y de bajo metal y de ella descienden los chichimecas, sin que se sepa de dónde pudo ser originaria. El viejo *Iz-tacmix-colmatl* (la culebra luminosa, la Vía láctea) y su mujer *Ilan-cuey* (la rana vieja, la Madre-Tierra) tuvieron siete hijos (los Siete grupos humanos primitivos, decimos nosotros, siguiendo a *La Doctrina Secreta*), y uno de ellos fue *Otomitl*, tronco de dicha raza».

«No puede dudarse de la antigüedad de dichas gentes. Hay quien cree que en la época en que estaban unidos los continentes emigró hacia Oriente y que los pueblos occidentales del Nuevo Mundo traen de ella su origen. Cuando se ven sus afinidades con los pueblos de las islas que están a su lado oriental y ciertas semejanzas con el mismo Egipto dan ganas de relacionar con ella a este pueblo. Basta ver cualquiera escultura de nuestra región del sur, como la lápida de Orizaba, para conocer la diferencia esencial de tipos y disposición de figuras con los del resto de las otras razas y encontrar semejanzas lejanas con los de otros pueblos que existieron separados por los océanos de esta raza maya-quiché, entre ellos el egipcio... Dos centros de origen monosilábico en nuestro territorio: los otomíes en el centro montañoso de nuestro territorio y los mayas al sur. Acaso ambos fueron en su principio un solo pueblo, pero a los segundos no los podemos estudiar en su estado primitivo porque se nos presentan ya con una lengua y una civilización muy adelantadas en las cuales hay influencias extrañas que tienen que contarse por siglos. El Sr.



Ancona hace notar, en efecto, que el monosilabismo y la onomatopeya dominan tanto en el maya, que si se hicieran todas las combinaciones monosilábicas posibles con las 23 letras del alfabeto, las dos terceras partes por lo menos de las voces resultantes serían otras tantas palabras mayas».

«El otomí es lengua esencialmente primitiva».

«Nájera sostuvo que el otomí era lengua de estrecho parentesco con el chino. La llamaban los mexicanos *otomil*, pero su verdadero nombre es *hiá-hiú*... Según nuestra cuenta sus vocales son nada menos que catorce y veinticuatro sus consonantes. (4) Hoy mismo muchos pueblos de otomíes no muy lejanos de los centros de población, no conocen el castellano y persisten en su lengua como en ellos persiste invariable el tipo de su raza. Se extiende hoy el otomí por varios estados, y se habla en todo el Querétaro, lo que demuestra que ocuparon todo el centro del territorio, pero además sus relaciones lingüísticas con otros pueblos vienen a explicar relaciones de raza y de lengua con otros pueblos del país, como son el serrano, el mazahua, los dialectos pame, y el jonar o meco, acaso restos del antiguo chichimeco, pero las hay, aunque ya aparecen lejanas por el transcurso de los siglos, con la familia apache y no olvidemos que el apache es una rama del athapasco, el idioma más septentrional del Nuevo Mundo, con excepción del esquimal. Mayores estudios acaso conducirán a una unión continental monosilábica de toda la raza».

«No nos extraña el encontrarlos ya en el período histórico degradados y casi embrutecidos. Las invasiones los desgarraron sin comunicarles su savia nueva y los pueblos inferiores van bajando y pereciendo al contacto de razas más adelantadas. Mal haríamos en juzgar por nuestros actuales indios el estado que guardaba el Señorío de México antes de la conquista, y sin embargo, no han pasado más de tres siglos y las circunstancias desfavorables no han podido compararse a lo que debieron sufrir aquellos primeros pueblos empujados de valle en valle, lanzados de montaña en montaña y destrozados de siglo en siglo... (5)».

«El parentesco entre el chino y el otomí se revela en el color amarillo de ambas razas y en que sus ojos no son horizontales, sino que se desvían hacia arriba por su lado exterior. Estas circunstancias son comunes a muchos pueblos del norte y del sur del Nuevo Mundo. También sorprende la semejanza de las figuras esculpidas en las rocas de dicho continente con las figuras de los primeros caracteres chinos. Todo confirma, pues, aquel parentesco y de ahí deducen muchos que la raza otomí descenden de los chinos. Y a nosotros se nos ocurre preguntar, ¿No sería lo contrario, que los chinos descendan de aquellos?. Probada entre nosotros la existencia del hombre post-terciario, aparece más moderno el chino, y por lo mismo más lógico decir que éste salió de aquí. El pueblo monosilábico ocupa en la antigüedad todo nuestro continente; los chinos ocupan primitivamente una pequeñísima parte del viejo Mundo, y es natural decir que lo menor salió de lo mayor. Las tradiciones de los chinos nos los presentan en un principio, como una colonia que se establece en medio de pueblos extraños, lo que acredita que llegaron de otros lugares; y como el monosilabismo no pertenecía a los pueblos entonces existentes en el mundo a que llegaban, hay que creer que lo llevaban del mundo en que era la lengua natural. Los chinos pugnaron por extenderse y se extendieron a su occidente; luego iban de un lugar que estaba al oriente de ellos, es decir de América».

Las comparaciones de entre ambas lenguas con el maya lo confirman... Acercaría también a las dos razas el uso de los quipos. Muy en uso en el Perú, de donde toman el

nombre, se introdujeron entre los chinos por *Sui-jin*, (*el jina solar*) y con ellos, no sólo llevaban las cuentas, los sucesos, etc., a guisa de escritura sino las leyes de la nación y los principios morales. Se pretende que en su origen japoneses y tibetanos usaron un procedimiento análogo.»

Esta larga cita de Chavero es reveladora de un gran misterio a base del nombre mismo del pueblo *otomí*. La raíz *ot* o *tot* de la palabra, los documentos-fósiles puramente *tot-emicos* que reproduce, de la época de su decadencia, mucho más próxima a nosotros, naturalmente, que la del esplendor de dicho pueblo, nos le muestran a éste como un verdadero nexo o «eslabón perdido» entre «la gran cultura» y «la gran caída».

Es indudable que por el atraso en que ya les encontrase el pueblo ario-caldeo invasor, o sea el nahoas, sus «tótem», como *El hueso de Texquiquine*, la gigantesca *Cabeza de Hueyápan*, *El hacha de Veracruz*, etc., no respondían, como hoy no responden sus análogos de los pueblos salvajes de África, sino a necromancias y adivinaciones hechicileras, incluso quizá los sacrificios humanos, pero otros documentos tales como la *Lápida de Oriza-ba* (encuentro del Maestro y el discípulo o quizá «iniciación conyugal»), la *Piedra de Aype*, etc., aluden por el contrario a aquella civilización perdida. Los idolillos encontrados en las tumbas y que hoy constituyen preciosos tipos de las diferentes razas del *Anahuac* («la tierra salvada de las aguas»), fueron en su origen un gráfico medio de perpetuar «el retrato del muerto», es decir, de conservar su memoria, base del sagrado culto del hogar ario, que es la Religión Primitiva y será seguramente la Religión Postrera, cuando los mitos de las otras, antes de desaparecer hayan rendido al estudio teosófico las múltiples verdades perdidas que hoy ocultan. Ese hogar casto y bendito perpetuado en las pictografías llamadas «Soles mexicanos», sobre las que es conveniente nos detengamos un momento.

Anahuac o *Anas-hua-can*, literalmente el reino de la diosa de las aguas — Isis, Maya, Calchihuitl o la Luna — es el nombre prehistórico que suele asignarse a la península mexicana del Yucatán, esa región sagrada de otomís, mayas, nahoas, xuchimilcas, chalcas, tepanecas, culhuas, aztecas, taxcaltecas y méxicas, corazón del gran país que de espaldas al Pacífico y a la gran cordillera avanza gallarda hacia Cuba separando las aguas del Golfo de México de las del mar de las Antillas.

Los grandes museos de Europa y América atesoran valiosos documentos llamados *Códices del Anahuac*, conjunto de múltiples jeroglíficos de aquellos aborígenes americanos a quienes la llegada de los españoles acaudillados por Hernán Cortés, sorprendió en plena edad de Piedra y del Cobre. Semejantes restos equivalen no a una sino a mil excavaciones en ruinas arcaicas con toda la frescura propia de las recientes de Troya, Babilonia y Numancia y toda la misteriosa grandeza científico-religiosa que caracteriza a las cosmogonías asiáticas, siendo por ello preciosos e insustituibles. Los principales códices de esta clase que por los azares han ido a parar a diversas bibliotecas son: El *Códice Borgiano* y el *Mendocino*, el *Telleriano Remense* y su copia el *Códice Vaticano* (reproducido en colores en la gran obra de lord Kinsborough), el de Dresde, el *Fejervary* de Hungría, el del Museo de México, el *Laudense*, el de *Aubín*, el Zumárraga, la *Trea de Tepechpan*, el *Bodleriano*, el *Boloñés*, el *Clementino*, el *Vienense*, la *Rueda de Olmos* y finalmente los códices *Troano* y *Cortesiano* existentes en nuestro Museo Histórico Nacional.

Están ellos pintados con largas tiras de pita o mangüey con esa deliciosa ingenuidad y firmeza de perfiles característico de las llamadas *pinturas rupestres* que acabamos de

admirar en la reciente exposición del Arte prehistórico en España. En medio de su misterioso cuanto abigarrado conjunto, se ven pictografías o figuras diversas de hombres y animales y demás objetos con sus animadas escenas correspondientes; unos jeroglíficos numéricos nodulares (chalchihuites o piedras de contar) y otros por puntos y rayas, dispuestos en series (o catunes) por el ámbito de las preciosas viñetas y multitud en fin de hierogramas muy complejos al modo de los de las escrituras egipcias y chinas, en los que los signos de los números pasan a ser letras de uno o varios alfabetos antiquísimos que aun no alcanzamos casi a deletrear, porque ya vimos que el monosilabismo y la onomatopeya dominan tanto en la lengua maya que si se hicieran todas las combinaciones monosilábicas posibles con las 27 letras de su alfabeto, más de las dos terceras partes de las voces resultantes nos darían otras tantas palabras que en aquella tuviesen alguna significación.

Mayas y nahoas del Nuevo Mundo eran, como si dijéramos, los caldeos y los egipcios de las edades más remotas. Los primeros, los mayas, amontonaron palacios sobre palacios y templos sobre templos con una grandiosidad que acaso fuera el prólogo de las ulteriores del país de los Faraones. En cuanto a los segundos, los nahuales o nahoas, constituyeron, al modo de los pueblos as-trólo-caldeo parsi al que con razón se atribuye la invención de la Magia (o Ciencia grande, ciencia de los superhombres o super-ciencia), un pueblo espiritualísimo a la manera del nuestro tartesio y dotado de un poder de simbolismo tal que conmueve y subyuga a quienes hoy le estudian.

El Sol, el Astro-Rey, dador de toda vida en el ámbito de nuestro sistema planetario, en cuyo torno giran los colosos Júpiter y Saturno y los ínfimos mundículos como Venus, la Tierra, Marte y Mercurio, es, para los nahoas, el regulador de cuanto en estos astros pulula. **Soles** son para ellos los días, **soles** las edades y los siglos, **soles** las monedas y **soles**, en fin, los sentimientos, los pensamientos... todo cuanto trasciende de algún modo a las miserias de la tierra. Por eso, como dice Alfredo Chavero en su obra monumental *México a través de los siglos*, contaban los nahoas cuatro épocas o edades desde su existencia como raza o sea desde su establecimiento en el continente americano o **Pâ-ta-la** que si hemos de creer al primitivo poema ario del Mahabharata (o «la Gran Guerra», la guerra que, según Platón, precedió al hundimiento de la Atlántida), llegaron capitaneados por Arjuna («el Hércules, griego, egipcio y libio», el Quetzalcoatl o «dragón luminoso de los cielos»).

El barón de Humboldt que fue el primero que se ocupó de los jeroglíficos del código **Vaticano**, se valió de estas pinturas para explicar semejantes cataclismos, de los cuales por lo visto conservaban recuerdo religioso los otomíes, mayas y nahoas.

Estos cuatro soles o épocas primitivas geológicas son: el **A-tona-tiuh** (sol de agua); el **Eheka-tona-tiuh** (sol de aire); el **Tle-tona-tiuh** (sol de fuego); y el **Tlat-tona-tiuh** (sol de tierra), representándolos por sus correspondientes jeroglíficos. Ellos suponen el conocimiento que, bien por tradición, bien por ciencia o por ambas cosas a la vez, tenían aquellos pueblos de las hoy modernas enseñanzas acerca de las grandes crisis o edades de la Tierra, pues el simbolismo del «sol de agua» equivale al del hundimiento de la Atlántida o «Diluvio Universal» de todas las religiones; el «sol de aire» al período glacial con el que se operó en épocas posteriores la transición de la edad terciaria a la cuaternaria; el «de fuego» a las erupciones y sequías ulteriores, como aquella de 17 años de la que nos habla el vasco Erro y, en fin, el «sol de tierra» a los más risueños períodos que para la humanidad siguieron en la cuna de las grandes civilizaciones.

Representa, en efecto, el «Sol de agua» la destrucción de la especie humana por las aguas y la escena representada pasa dentro de un gran símbolo del agua, un ámbito ondulado y azul terminando en todas direcciones por puntas que gotean. Por la izquierda de la pintura baja gallarda y hermosa la diosa del agua, la Isis lunar o *Chalchi-huit-li-cue*, la soberana de la enagua azul, pura y blanca, tocada su cabeza admirable con el símbolo eterno de la pureza y la fecundidad: el «lirio», el «loto», la «azucena», la «acacia», de las diversas religiones, el «típico signo del *acatl* o «verde caña» que en tupidos grupos crece en las lagunas de nuestro Valle de México, dice Chavero, los cuales, mecidos por el viento al caer la tarde, forman misterioso concierto que remeda el gemido de los bosques de ahuehuetes y el arrullo de las tórtolas del Anahuac». Por la espalda de la diosa flota el *milli* o *mijo*, símbolo de los frutos de bendición por el agua fecundados, mientras que en sus manos lleva a guisa de estandarte los símbolos de la lluvia, el rayo y el trueno. Todo el ámbito de la pictografía está orlado de peces, y para dar mayor fuerza a la idea de la total inundación, flota también el de un náfrago asido al *calli*, símbolo de la casa y un gigante muerto, cabeza abajo, representativo de aquella raza antediluviana y gigantesca (el Imir de los nórdicos), que la catástrofe extinguió. «La célebre pintura de Pousin inmortal en los fastos del arte no nos da una idea tan completa de aquella espantosa escena como este sencillo jeroglífico de nuestros antepasados», jeroglífico que está fechado, ni más ni menos que cualquier documento moderno, y su fecha, según Humboldt, es la de 4.008 años después de la época en que los nahoas fijaban para la creación, aunque para nosotros sea más bien la data de su salida del país ario y su llegada a aquellas regiones a guisa de otro Xixusthros caldeo o Noé bíblico en la nave o tronco hueco de ahuehuatl que con sus verdes ramas aparece en la pintura llevando en su seno a la feliz pareja humana llamada a ser luego tronco del nuevo pueblo post-diluvial o post-atlántico.

Arios, siempre arios los nahoas, su culto fue doquier emigraran el del casto y bendito hogar; el hogar en donde el hombre instruye a la mujer y la mujer al hijo bajo la égida protectora de los abuelos difuntos, «lares, penates y númenes» desde el mundo super astral, cielo, amenti, devachán o como llamársele quiera, el hogar, que es Nave de Lutecia, Nave de los pescadores de Galilea, Nave de Noé, santa e indestructible barquilla en medio de las tempestades y del torrente de la vida que en vano tratan por todos los medios de destruirle, sabiendo que con ello quedaría destruido, como a punto está de serlo en nuestros *cultos* tiempos esa indestructible y mágica «mónada social»...

«Y el mayor simbolismo del hogar que se salva cuando todo se destruye, sigue el mismo en el *sol* siguiente, pero ya no es *nave* sino *gruta* o *caverna* prehistórica, por dentro inexpugnable y por fuera furiosamente combatida por los ejecatl o «elementales del aire» y por las nieves que el dios Quetzalcoatl, dragón humano, investido de la doble autoridad luni-solar, de su báculo y su haz de rayos esparce en derredor, período glacial, como diríamos hoy, que acabó con los monos terciarios a quienes ahuyenta en la pintura. La fecha correspondiente fijada por los *chalchihuitl* o nódulos-pedrezuelas de la derecha, es de 4810 años después del Atonatiuh.

El *Tletonatiuh* o *Quiauh-tonatiuh*, «el sol de los efluvios de fuego», a su vez, nos muestra al dios *Xiuh-te-cutli-tleth*, el dios roji-amarillo, saliendo de la gran olla del mundo, sobre un campo terroso, amarillo y sin verdura, cuajado de aves de fuego, o *ave-fenix* de los griegos, pero protegiendo al par a la pareja humana en la eternamente salvadora *nave* de su santo hogar, hogar que aquí ya no es ni nave ni gruta como en las anteriores épocas, sino

una *calli* o casa hecha de sólidos sillares. Todo es amarillo o seco, pero en el fondo brilla el rojo del hogar.

Por último viene el *Sol de Tierra*, cargado de todos los ópimos frutos del otoño, el dulce otoño de la Humanidad, en el que ésta, saliendo de sus viejos refugios, pasa feliz a enseñorearse del mundo que ha sabido conquistar a fuerza de pacientes sufrimientos. La sublime Centeotl, la Ceres nahoa, la diosa de la dicha y de la familia presidiendo el bellissimo conjunto, estableciendo con sus propias manos el contacto de la flor masculina y la femenina de la fecundidad de las sendas guirnaldas con que corona a la humana pareja...

Siglos después, tras mil vicisitudes de la gloriosa raza de *Astlan* («la tierra de las blancas garzas», «la tierra de los mayores»), cuando Moctezuma I alcanzara al pináculo de su grandeza y esplendor pocos años antes de la llegada de los españoles, alguien hubo de hablarle de aquel primitivo hogar, la raza de aquel *Huit-zili-pochtli* cuya venida de regiones tan sublimes, no fue a hechizar ni a encantar perversamente a las naciones, sino el atraerlas hacia la recta vía por ánimo de brazos y valentía de corazón.» (Véase el capítulo IX, correspondiente de *El libro que mata a la Muerte*, donde se relata este pasaje curiosísimo de uno de los mejores historiadores de la Conquista).

Es indudable que la raza quichua dominó hace muchos siglos en el centro de América y en gran parte del sur. Los aborígenes peruanos, anteriores a los mismos incas, proceden de esta raza admirable que, en su arquitectura y en otras características, presenta íntimo parentesco con la pelásgica o mediterránea, como la otomí le tiene con la mogola. También es más que probable que los aborígenes mexicanos sean los quichuas.

El *Popol Vuh* es la sublime *Biblia* de la nación quichua en sus postrimerías. Sus mitos explican todos los acontecimientos históricos y prehistóricos de los pueblos de la América Central: quichuas, cakchiqueles, toltecas, mixecas, pinas, yumas, apaches, caddos, seminolas, aztecas, tarascas, etc. Bajo el velo de sus símbolos se ocultan las emigraciones, las guerras de raza y los cataclismos sufridos por dichos pueblos, mas, por descontado, lo que de él ha llegado a nosotros no es sino un pálido reflejo de sus doctrinas eminentemente asiáticas: un conjunto de leyendas que, a través del mito occidental europeo, se enlaza con ese tesoro asiático que hoy conocemos bajo el título de *Las mil y una noches* o «Velo de Isis», documento el más precioso de la literatura universal y que ha dado la vuelta al mundo, en una u otra forma, diferentes veces.

Lo que conocemos del *Popol- Vuh* parece por un lado la primera página de las *Estancias de Dzyan* y por otra la primera del *Génesis*. En efecto, la versión del abate Brasseur coincide casi literalmente en su primer capítulo con aquel maravilloso poema tibetano tal y como nos le da en su *Doctrina Secreta* la maestra H. P. B.

«Todo estaba en suspenso en el origen del *Quiche*, — dice —: todo estaban en perfecta calma y en silencio absoluto; todo estaba inmóvil, tranquila y vacía estaba lo que luego fue la inmensidad de los cielos. No había ni un solo hombre, ni un solo cuadrúpedo, ni pájaros, ni cangrejos, ni bosques, ni piedras ni hierbas, ni quebradas, ni florestas. La faz de la tierra no se había manifestado aún. Sólo, como un mar vacío, yacía el ámbito de los cielos.

Nada había que formase cuerpo; nada que se asiese a otra cosa o se apoyase en ella; nada, que rozase con nada ni se meciese, ni hiciese el menor ruido. Nada parado ni moviéndose, porque nada había que existiese, más que tinieblas, silencio e inmovilidad».

El lenguaje, como se ve, es el mismo de las *Estancias de Dzian* cuando dicen: «El Eterno Padre envuelto en sus siempre invisibles Vestiduras había dormitado una vez más durante siete eternidades. La Nada no existía; el Aliento no existía porque no había Ah-hi para contenerle. Las causas de la Existencia no existían. El tiempo no existía porque no había nada que viviera; los Siete Nidavas del Ser no existían. Sólo lo Desconocido y para Sí mismo ignoto...» etc., etc.

Nada más lógico que semejante lenguaje. Los orígenes de las cosas únicamente pueden ser definidos por negaciones. La Nada de los sentidos es el Todo para la Razón abstracta; las Tinieblas son la madre de la Luz, y lo Abstracto, Indefinible, Ilimitado, Incoercible, Incognoscible, el No-Ser, en una palabra es el origen y el destino final del Ser. Los capítulos primeros de *La Doctrina Secreta* desenvuelve harto bien estos conceptos para que en ellos tengamos necesidad de insistir. La Seidad es el seno abstracto e insondable del Ser.

«Solos estaban — sigue diciendo el texto quichua — el *Hu-maha-pa-uthiú* y la *Hu-maha-ma-vach*, el que engendra y la que da a luz; el dos veces Abuelo y la dos veces Abuela; *Pi-iaco* y *Mu-cana* y el tercero, el *Dominador*, el hijo, el divino Varón, el Dragón luminoso y cubierto de plumas, el Iris del mundo, el Corazón de la selva, el Dueño de las azuladas aguas genesiacas: su nombre es *Gucumats*.» (6).

Este párrafo concuerda a su vez con el versículo primero del *Génesis* cuando en su recta versión dice: El *Principio Emanador*; Ellos; los *Elohim* (Helio-jinas), formaron el Cielo y la Tierra (Espíritu y Materia primordial). La Tierra, empero, estaba informe y vacía y las tinieblas cubrían la faz del Abismo y el Espíritu Divino (Logos) flotaba sobre las Aguas.»

El Creador, el Formador y el Dominador (Padre, Madre e Hijo) se consultaron y meditando juntaron sus palabras y pensamientos y «la Luz fue».

«Entonces hizo día mientras se consultaban, y, al momento de la aurora, el hombre se manifestó, a la vez que tenían consejo sobre la producción y el crecimiento de los bosques y los bejucos, sobre la naturaleza de la vida y de la humanidad operada en las tinieblas y en la noche por aquél que es el Corazón del cielo cuyo nombre es Huracán.

«El relámpago es la primera señal de Huracán; la segunda es el surco del relámpago; la tercera es el rayo que hiere, y esas tres son el corazón del cielo.

«Entonces vinieron ellos con el Dominador, con el *Gucumatz*; entonces tuvieron consejo sobre la vida civilizada; cómo se harían las siembras, cómo se haría la luz; quién sería el sostén y el nutridor de los Dioses.

«Que así sea hecho. Llenaos, se dijo. Que esa agua se retire y deje de estorbar, a fin de que la tierra exista aquí, que se afirme y presente su superficie para ser asemillada y que brille el día en el cielo y en la tierra: porque no recibiremos ni gloria, ni honor de todo lo que hemos creado y formado, hasta que exista la criatura humana, la criatura dotada de razón.

«Así hablaban ellos mientras por ellos se formaba la tierra. Existe tierra, dijeron ellos, y al instante la tierra se formó.

«Como una neblina, o como una nube fue su formación en su estado material, cuando, semejantes a cangrejos, aparecieron sobre el agua, las montañas.

«Solamente por un poder sobrenatural y una voluntad maravillosa se pudo hacerlo que estaba resuelto sobre la existencia de los montes y los valles, simultáneamente con la creación de los bosques de ciprés y de pino que aparecieron en la superficie.

«Y así Gucumatx se llenó de alegría: Tu eres el bienvenido, dijo él. ¡Oh, corazón del cielo! ¡Oh, Huracán! ¡Oh, surco del relámpago! ¡Oh, rayo que hierde!».

«Lo que hemos creado y formado será acabado, contestaron ellos.

«Y desde luego se formó la tierra, los montes y los llanos; el curso de las aguas fue decidido; los arroyos comenzaron a serpentear entre las montañas y en este orden fue como existieron las aguas cuando las grandes montañas aparecieron.

«Así fue la creación de la tierra cuando fue formada por aquellos que son el corazón del cielo y el corazón de la tierra; porque así se llaman los que primero la fecundizaron, estando el cielo y la tierra todavía suspendidos en medio del agua inertes.

«Tal fue su fecundación cuando ellos la formaron, después que meditaran sobre su composición y perfeccionamiento.»

«En seguida dotaron de fecundidad a los animales de la montaña, que son los guardianes de los bosques; a los seres que pueblan los llanos; a los venados; a los pájaros, a los leones, a los tigres, a las víboras y al cantí, guardián de los bejucos.

Entonces habló aquel que engendra, el que da el ser: es para permanecer silenciosos, para estar sin movimiento, para lo que existe la sombra de los bosques y de los bejucos. Por eso es bueno haya seres para guardarlos.

Así fue como hablaron ellos, mientras excitaban la fecundación de que se ocupaban; e inmediatamente existieron los venados y los pájaros. Entonces, pues, les distribuyeron a los venados y a los pájaros sus moradas.

Tú, venado, sobre la ribera de los arroyos, en los barrancos dormirás; allí permanecerás entre las malezas y la paja; en los bosques te multiplicarás, marcharás en cuatro pies y en cuatro pies vivirás. Así fue hecho como les fue dicho.

Entonces fueron repartidas igualmente las moradas de los pájaros grandes y pequeños: vosotros, pájaros, os alojaréis en lo alto de los bosques, en lo alto de las enredaderas; allí haréis vuestros nidos y allí os multiplicaréis; os desarrollaréis sobre las ramas de los árboles, sobre los ramales de los bejucos.

Así fue dicho a los venados y a los pájaros, mientras que ellos hacían lo que debían hacer y todos tomaron sus moradas o guaridas. Así fue como dio habitación a los animales de la tierra, el que engendra, el que da el ser.»

Sigue la primera de las cuatro partes del *Popol- Vuh* hablando de las primeras cuatro grandes razas humanas, desenvueltas después en el planeta.

La primera de ellas es «la obra de la Aurora», el nacimiento de los sublimes Hijos del Amanecer del Manvantara, la bajada a la Tierra de la cuarta jerarquía de las Mónadas creadoras o Jivas humanos imperecederos presidiendo, a guisa de Dhyans Choans o Yos superiores espirituales, la física evolución de la Humanidad sobre la Tierra.

Esta, antes de todo ello, e igual que en las *Estancias de Dzyan*, había producido por sí sola tres creaciones, cada una de las cuales había sido un fracaso: la primera la de los monstruos semi-humanos, semi-animales, desprovistos de Mente y de Palabra, pero terribles y malos, en la tierra, en los aires y en las aguas, y de los cuales la arqueología egipcia y aun la románica medioeval conserva un vago recuerdo. La segunda los «hombres cenagosos», egoístas, incapaces de ninguna misión celeste, y la tercera «las figurillas de

madera», es decir los «hombres de palo, o insensibles», los reyes de Edom de la Biblia e ineptos para reproducirse, por lo que fueron también destruidos. Tales son lastres primeras Rondas o ciclos evolutivos de nuestro planeta, antes de la bajada a él de las celestes Entidades aquellas, venidas unas de la Luna, como antecesora astronómica de la Tierra (Pitris Barishad, de los Vedas); las segundas del Sol (Pitris Agniswatta o del fuego) y las terceras de Mercurio (Pitris Makaras, dadores del sublime don del Pensamiento o *Prometeos*). Estas son, pues, las tres primeras razas de los hombres hasta que en la última o Tercera (Lemuriana) adquirieron, con la Mente, la Responsabilidad y el Sexo. La cuarta raza atlante presidida fue por *Shukra, Usanas* o Venus, el planeta que es hermano mayor de la Tierra, como luego la quinta, o aria, lo fuera por *Ares* (Marte), y las sexta y séptima, aun por venir, lo serán por *Brihaspati* (Júpiter) y por *Kronos* (Saturno).

*Vukub-Cakir* (¿el kabir Vukub?), el hombre ya dotado de responsabilidad, sexo, pensamiento y habla, se envaneció con exceso: creyóse un ser solar e inmortal, no un ser todavía terrestre y perecedero, e inculcó tal doctrina a sus dos hijos *Zipacna* y *Kabranken*. Los malos les maltrataron sacándoles ojos y dientes, por lo que le sobrevino la muerte a *Vukub*. Estos dos fueron el tronco de los poderosísimos pueblos atlantes y tomaron los respectivos sobrenombres el uno de «Creador de las Montañas» (culto iniciático, pirámides o antros de Iniciación a la Buena Ley o Magia Blanca) y el otro de «Destructor de las Montañas» (perseguidor del culto iniciático, Magia Negra que al fin acarree la destrucción del Atlántico continente).

Se cuenta del poder y de la excelsa virtud de *Zipacna* (el de los *cipos* o *columnas* sagradas), que una vez vio a cuatrocientos de los suyos forcejeando vanamente para arrancar el más hermoso de los árboles (el Árbol norso de la Iniciación, el Sagrado árbol de la Vida y de la Ciencia) y trasplantarle a un lugar mejor. *Zipacna*, con hercúleo esfuerzo, le arrancó hábilmente y lo llevó a donde aquellos deseaban. (Itinerario de IO a través de Europa hasta la Ariana; Puente del Arco-Iris por el que los buenos escaparon a tiempo de la catástrofe; éxodo israelita desde el Egipto, mejor dicho, desde la tierra de Nun o de la roja Erithrea, o sea desde la Atlántida). Los envidiosos y malvados le golpearon a traición, privándole un momento de sentido, y creyéndole muerto, le arrojaron en una fosa (rito masónico de Hirán Abif), de la que, resucitado, fue sacado por sus discípulos fieles, y él en el acto, sepultó a todos aquellos malvados que le quisieron matar. (Catástrofe del continente atlante, o diluvio universal). Con ellos perecieron también los dos jóvenes magos *Hu-nan-pú* y *Sva-lan-ké*. *Zipacna*, por supuesto, como *Zi-pan-go* el primitivo nombre del Japón, es palabra eminentemente mogólica, y no debemos olvidar que los atlantes de la Buena Ley, sobrevivieron en Europa, África y Asia, a la gran catástrofe.

Por eso en la misma demopedia española, como país postatlante por excelencia, la tradición de *Zipacna* y *Kabrakán*, ha dejado su eco en el mito que bajo el título de *Juanillo el Oso*, hemos podido recoger, dándole en el tomo I de nuestras *Conferencias teosóficas*. En dicho mito del Hércules extremeño, aparece en efecto, un *Arranca-pinos (Zipacna)* que arranca y. traslada a sitio seguro, los más corpulentos «árboles» (logias iniciáticas) con pasmosa facilidad, y un su rival, *Vuelca-cerros*, que, con su terrible poder, vuelca o derriba las «montañas» (las pirámides de iniciación).

*Hu-nan-pú* y *Ba-lan-ké* o *Swan-lan-ká* (el cisne del lago), son los dos hijos de *Zipacna*, quienes se encargan de vengar a su padre o sea a la Buena Magia, diciéndole que conocen una montaña inexpugnable: la *Gran logia blanca* trasladada desde el *Jardín*



*atlante de las Hespérides*, a su actual emplazamiento en el Desierto de Gobbi. Kabratán, ciego de ira, se encamina hacia allá pero es envenenado con un ave (Ave-fénix, Ideal), que aquellos le permiten comer, por indicación del Señor del Fuego o *Hur-a-kan*.

La segunda parte del *Popul Vuh*, bajo el velo de la narración del brillante origen y la sublime historia de los dos jóvenes brujos hermanos *Hunanpú* y *Swalanke* (escrito ya con la ortografía que creemos mejor), refiere alegóricamente todos los sucesos relacionados con la gran catástrofe y con los ritos de la antigua iniciación de la Buena Ley que sobrevivió a dicho trastorno geológico, frente a frente de los perversos hechiceros, quienes desde entonces a hoy la persiguen bajo pretexto de religión. En tal sentido el Popol-Vuh recuerda a todos los libros religiosos ulteriores.

El relato nos lleva luego a la corte de *Shivalpa* (el mundo vulgar), dominada por los más terribles hechiceros, conocidos, tales como *Xi-hi-ri-pat*, el que produce el cáncer y las llagas; *Chu-chu-makit*, el de los flujos de sangre y demás enfermedades venéreas y sifilíticas; *Ahal-puh*, el del reuma y la gota; *Ahal-gana*, el de la anemia y la tisis; *Cha-mia-bah* y *Cha-mia-olon*, los de las mazas aplastantes, productoras de la extenuación y la vejez, etc., etc. Todos ellos fueron lanzados inútilmente por el señor de Shivalpa contra los dos invencibles hermanos, que de ellos supieron triunfar como verdaderos héroes. Entrambos jóvenes fueron sometidos a otras pruebas tremebundas. Primero se les hizo pasar por *La casa tenebrosa*, cueva que ellos valientemente atravesaron alumbrándose con antorchas de pino encendidas (la luz del entendimiento o de la intuición), sin perderse en su laberíntica obscuridad. Cruzaron ellos luego indemnes *La casa del viento* (prueba del aire) o *Yu-xu-lim*, y la de los *Tigres*, la de los *Murciélagos* o *Zot-zo-ha* y, en fin, la de los *Combatientes*, donde el héroe Hu-hu-nan-pú, fue crucificado contra el tronco de un árbol, dentro del cual luego fue puesta su cabeza. El árbol se hizo al punto estéril, cubriéndose de un extraño fruto esférico semejante a calabazas, símbolo cósmico de la *Tau* de la Materia en la que está crucificado el Hombre Celeste, Logos o Adam-el-Kadmon, siendo los frutos esféricos el símbolo de los planetas de sistema solar en los que el Logos se manifiesta. Prohibiéndose a las gentes de Shivalpa el aproximarse jamás a dicho árbol de los misteriosos frutos (prohibición bíblica respecto al Árbol del Conocimiento), pero una hermosa joven, *Chu-chu-ma-kik* violó la prohibición. Entonces la calavera de Huhunanpú habló y ¡oh maravilla! lanzó sobre la mano de la virgen un salivazo a consecuencia del cual aquella concibió a una pareja de jóvenes magos que hicieron reverdecer las glorias de los anteriores restaurando el Conocimiento iniciático que se creía perdido.

Indignado el padre de Chu-chu-ma-kik, sin dar crédito a las protestas de inocencia de esta verdadera Isis americana, virgen y madre a un mismo tiempo, ordenó a cuatro criados suyos que la abriesen el cuerpo con cuchillo de sílex, extrayéndole el corazón. Los servidores, obedientes, la llevaron al bosque sagrado para inmolarla, pero apiadados de su hermosura y su desgracia, la abandonaron en el bosque a su destino (como a la infanta Isomberta de la leyenda europea de «El caballero del Cisne», que damos en el tomo I de nuestras *Conferencias teosóficas*). El rojo jugo de un árbol (el conocido «Árbol de la Sangre» o Drago canario), tocado por la joven, sirvió para que los criados engañasen con el traje así manchado al terrible ogro.

Chu-chu-ma-kik, como Isomberta, como Psiquis, como todos los demás símbolos del alma humana en pos del divino Ideal, erró a la ventura largo tiempo, hasta topar con la remota cabaña de una viejecita bruja, que era nada menos que la madre de Huhunanpú

(nuevo recuerdo de Psiquis llegando a buscar a Heros hasta el regazo mismo de su madre Venus). Por un signo mágico de que ella estaba sin duda dotada, fue reconocida Chu-chuma-kik por la anciana sibila, y la joven vivió con ella, dando a luz a su lado en un solo parto a una preciosa pareja de niños quienes, ya mayores, inventaron como Muisca, Orfeo, Pan y Baco, la música y la danza (música y danza de astronómica iniciación en la marcha de los astros. (7). Por eso desde entonces aun se llama en el país mexicano *Hunanpú-coy* al baile sagrado del que fueron inventores. Luego aquella, cual Ceres greco-romana, enseñó la agricultura a los hombres para que limpiaran bosques, desecasen pantanos y roturasen yermos, pero «las fieras» (las fieras de la magia negra) destruían cada noche la obra diurna de los Gemelos y con tal motivo el *Popol- Vuh* relata multitud de parábolas o apólogos en la que los diferentes animales hablan de los procedimientos culturales maravillosos de aquellos dos seres divinos.

Noticioso de tantos prodigios, el soberano de Shivalpa quiere atraer a sí a los dos jóvenes para inmolarlos como a su abuelo y a su madre. Los dos hermanos son llevados a la Corte, como los siete hijos de Isomberta y del Caballero Helios en la leyenda del Brabante que es otra prueba más del vínculo mitopeico original de enlace entre Europa y América. Pasan así por las cinco casas probatorias consabidas, donde, triunfando de las tinieblas, del frío, de los tigres y de los guerreros, casa donde el joven fue decapitado por Cacamatz, al sacar la cabeza por un agujero para ver la salida del Sol. Pero su hermana hizo al punto surgir en el tronco de la víctima otra cabeza nueva. El rey los condenó en fin, a los dos hermanos, a ser quemados, mas, consumado el sacrificio, ellos resurgieron gloriosos, como el Ave-fénix, de sus propias cenizas.

Más tarde vióse a entrambos jóvenes flotar sobre las aguas de un río (mito de Oanes o Dragón, el Hombre-pep, el Ictius, el Cristo), enseñando desde allí a las multitudes maravilladas la verdadera doctrina de salvación. Después se presentaron en la misma ciudad de Shivalpa, obrando mil prodigios tales como quemar las casas y reconstruirlas al conjuro de su varita mágica, haciendo igual con los propios muertos. El Señor de Sivalpa quiso experimentar por sí mismo este último milagro, dejándose matar para resucitar más joven después, pero los dos hermanos así que le hubieron muerto, cuidaron muy bien de no volverle a la vida para que continuara sus crímenes. Remaron así los dos jóvenes magos sobre aquellos dilatados imperios y siglos más tarde volaron gloriosos a las divinas mansiones del Sol y de la Luna, donde sus antepasados vivían llenos de felicidad ultraterrena. Los cuatrocientos otros jóvenes muertos igualmente por aquel tirano pasaron a ser otras tantas estrellas (Jerarquías celestes) en el firmamento.

La última parte del *Popol- Vuh* es como una velada síntesis de las cuatro grandes Jerarquías celestes que diría *La genealogía del hombre*, de Annie Besant: *a*) la de los padres o pitris Makaras, Balam-Agab o «el tigre nocturno» (los «Hijos de la Noche», porque *agab* o Algab es noche y occidente en diversas lenguas primitivas y de aquí la disciplina ocultista del *Algab*, y el mismo Algarbe portugués u «occidental»), *b*) la de los pitris Agniswatta, *Balam-maha-catah* o «el blanco tigre ilustre» (los «Hijos del esplendente Mediodía»); *c*) la de los pitris Bharishad, cuyos dobles cuerpos astrales o «sombras» dieran cuerpo etéreo a la primera raza de los hombres, la raza llamada *Balam-Thi*, o de «el tigre lunar» (los «Hijos del crepúsculo vespertino»), y, en fin, *d*) la celeste Jerarquía de las Mónadas Humanas o Ego superiores de cada hombre, es decir, la de

**Balam-Quitze** o **Quiche** («quichua», es hombre) o sea el sonriente tigre matutino humano, los «Hijos del Amanecer» en el Manvantara terrestre, como ya dijimos.

Estos cuatro grupos de **Balam** o «tigres» son también símbolo de los cuatro dioses u «hombres divinos» venidos del Oriente o «allende el mar por donde nace el Sol». Su supremo sacerdocio parece estuvo en la ciudad de **Tolul** o «ciudad de **Tot** (otra vez el sublime nombre iniciático que nos viene siguiendo a través de estas páginas). En uno de los muchos ataques de los «malos» a dicha ciudad ella fue salvada por «venustas abejas». Ella fue cuna también de sublime músicos y poetas herederos de la magia de **Huhunampú** y de **Swalanke**. Uno de los últimos de esta infinita serie de superhombres a través de los siglos fue **Net-za-hual-cóyot**, rey de Tecuzco, quien, en desgarradora elegía, predijo en 1467 la fatal caída de México bajo el golpe de conquistadores futuros, o sea de los españoles que, en efecto, llegaron treinta años después, merced al triste karma por la ciudad y el pueblo contraídos por haber olvidado tiempo atrás el tradicional ascetismo y demás virtudes de los **Balam**, tigres o dioses... **Tot-hil**, en efecto, había sido el descubridor y dador del fuego (el fuego celeste y el terrestre) a los hombres, después que éstos habían perdido la ilimitada vista mágica de sus antepasados por haber ellos, los hijos del Formador, o «hijos de Dios», caído bajo la seducción de las «hijas de los hombres» y de cuya unión naciera, como en el **Génesis**, aquella terrible raza de gigantes físicos que por tantos siglos asolase la tierra.

El **Popol- Vuh**, concluye con la enumeración de las 14 dinastías quichuas, hasta la llegada de los conquistadores españoles. La ciudad de Izmachi (¿Ismailia?) orgullosa metrópoli del país que contaba con cerca de un millón de almas, quedó convertida con la conquista en la aldeíta hoy llamada Santa Cruz del Quitche y a la que se refiere un pintoresco relato de la maestra H. P. B. relativo a la existencia de pueblos quiches donde jamás se ha posado la planta española y donde se cumple una vez más aquella frase ocultista de que «la naturaleza tiene siempre lugares ocultos donde ciertos hombres elegidos pueden seguir practicando tal y como sus padres los seguían, sabios ritos que se creyeron perdidos». La dicha ciudad, corte de Sivalpa, se llamó también **Cumaz-kaah** y **Utha-tlán** y sus habitantes se decían venidos de Tulam. Otra ciudad de la misma procedencia fue la de **Hue-jot-zingo** (Puebla) hoy San Matías de **Tlalan-calca** cuyas ruinas todavía puede contemplar el viajero, así como la de **Tilan-tongo**, metrópoli de los mixtecas de **Tza-huin-danda** famosos por su terrible poder mágico, pues se dice que «flecharon al Sol».

Para León Carpentier, cuyo trabajo sobre el **Popol- Vuh** y el **Rabinal-Achi** hemos seguido fielmente, la crítica moderna puede hallar bajo el simbolismo quichua, como en los himnos homéricos, el germen del culto orgiástico de Baco-Dyonisios (Hércules-Arjuna), los ritos isíacos, y cuantas otras cosas religiosas nos sorprenden hoy en hebreos y helenos. Más por encima de todo esto, se ve la suprema ideología caldea, en su culto a la Vía-Láctea, cuyos inmensos conglomerados de millones de astros han sido calificados por Tourner de «ganglios simpáticos y raquídeos del organismo celeste». Esta ideología caldea hace que hasta en los **Calendarios** de códices de Anahuac, tales como el **Telleriano Remense**, se hable de la fiesta de la lluvia de estrellas del 11 de noviembre o «Leónidas» que hoy dicen los astrónomos, como «cosa pavorosa y de gran misterio», y que haya pueblos como el de los botocudos (quichua probablemente también), en que como dice Revilla en su obra **Las religiones de los pueblos no civilizados**, se rinde a las Pléyades, Cabrillas o «Atlántidas» mayor culto que al propio Sol, como si con ello se hubieran

anticipado a la propia concepción de que tal admirable grupito celeste es el probable centro de todo el universo de la Galaxia con sus miles de millones de soles.

Para nosotros, en suma, la sublime reliquia del *Popol-Vuh* es el hilo de oro que enlaza directamente en la prehistoria al gran centro ario-mogol llamado «la gran Logia blanca» por los ocultistas, con los diversos centros americanos de genuina tradición aria, pues no hay que olvidar, como dice H. P. B., que es aria toda la cultura de los pueblos precolombianos, según vamos viendo en la investigación actual, ya que los verdaderos pueblos atlantes americanos «de la mala Ley» fueron raídos de la faz de la tierra, como simbólicamente lo expresa el *Popol-Vuh* con la muerte del soberano de *Shivalba* y la destrucción de su reino (8).

Pero hay que decir ante todo que, a nuestro, juicio está alterado por mala transcripción el propio del *Popol-Vuh*. Desde luego, esta *ache* final aspirada al modo como se aspiran las finales en *ese* en Andalucía y Extremadura española y portuguesa, no es sino una *ese* también. (Véase Menéndez Pidal, *Gramática histórica española*). La *V*, además, es una *u* que ha pasado a semivocal, como sus análogas del sánscrito por la conocida ley del *vridji* y como la *o* final de *Popol* por otra parte, es más bien una doble *o*, al estilo de la palabra inglesa *Liverpool*, quizá deba ser pronunciada como *u*, en cuyo caso el título del gran libro quiche no es sino pura y simplemente el romano de *Pópulus*, pueblo, y su sagrado texto una *Biblia* para el pueblo, es decir, una doctrina exotérica para las masas, «un cuento de niños», como cuantas fábulas han servido luego en manos desaprensivas de instrumentó de explotación religiosa y de embrutecimiento colectivo.

Claro es, que no por eso vamos a pretender derivar la palabra directamente del latín, sino consignar que esta lengua y la que dio nombre al *Popol-Vuh* o *Popul-us*, tienen el mismo origen ario que vamos marcando a lo largo de estas líneas. *Popul* fue el nombre originario de la leyenda quiche-otomí, *Populus*, es un como diminutivo de su aplicación a las masas, pero *Popul* a su vez se descompone en *Pop* o *Poppe*, maestro religioso que dirían los tártaros rusos y *ul* o *lu*, la *Luna*, es decir, doctrina lunar de los arios que, con *Ar-juna* vinieron al Nuevo continente tres mil o más años antes de nuestra Era.

Muchos filólogos al uso encontrarán seguramente algo gratuitas estas nuestras aserciones filológicas. Para curarnos en salud de sus duras y a veces *desalmadas* inculpaciones, diremos una vez más y siempre, que no pretendemos merecer el vano título de filólogos al estilo occidental y que si acaso alguna vez le hubiésemos merecido o pretendido, no es forzoso renunciar a él en aras de unas aserciones que, por aventuradas que parezcan, son la pura verdad, verdad sencilla y velada para los pseudodoctos, esos de «la letra que mata», del Evangelio. Dentro de nuestros severos deberes teosóficos, preferimos dejar un hilo para futuras investigaciones luminosas en el campo de la prehistoria aunque este *hilo* resulte hoy dogal para nuestra reputación. ¡Siempre a los innovadores les pasa lo mismo y no vamos nosotros a querer cambiar la triste ley...!

Semejantes conexiones del *Popol-Vuh* con gentes mediterráneas y arias no deben extrañarnos, porque según vamos viendo, surgen doquiera palabras y leyendas del sagrado libro quiche que tienen sus similares en uno u otro lugar de la zona asiática y europea que forzosamente hubieron de recorrer estos emigrantes arios para llegar a América en época quizá en que algunas islas, como las actuales de Canarias, Madera y las Azores, no se habían sumergido todavía. En los párrafos siguientes trataremos de aquellas conexiones de los pueblos del continente viejo y el nuevo, algunas ya apuntadas.

Los *bribris* y *cabécares* de *Talamanca* (¿Salamanca?) de que nos habla el costarricense Diego Povedano en interesantísimo trabajo (*Vyria*, Costa-Rica), no son sino *bere-beres*, es decir, libio iberos, en la prehistoria, como en el siglo XVI. El *bukurú*, el *sukia* o *sakia* y el *awa* son fiestas cuyos nombres arios saltan a la vista. Las ceremonias del «juicio de los muertos», la existencia de una lengua sagrada secreta, la asepsia con que manejaban los cadáveres, la doctrina de «las dos almas», animal y divina (9) sobreviviendo esta última, el usékara y hasta la creencia en «diablos» o elementales, aproximan estas gentes a las egipcias a través de nuestra península y de Mauritania. Los *chontales* y *pipales* de Cuzco-atlán (San Salvador); los *chortises* o *shortisas* (sortes, suetes, adivinación), de *Sesenti* o *Sesenta*, los *leucas*, los *hicaques* o *itaques* (Honduras); los *aric-aguas* y *taramainas* (Venezuela), nos ofrecen ejemplos de nombres eurásicos que nada tienen de bárbaro o exótico para nuestros oídos occidentales. Estos párrafos nos servirán después para los dos pueblos tan opuestos de mayas y nahoas, egipcios y caldeos, como si dijéramos.

El típico pueblo otomí, del que se habló al comienzo de este capítulo como tenido por aborigen, es tan genuinamente ario y parsi que no deja lugar a duda en la más apasionada filología. De él hay huellas seguras en las tres Américas, desde los *naskapi* (naska pitris) padres parsis de naskas sagrados como los que ya vimos al tratar del zoroastrismo, gentes pieles rojas del interior de la Tierra del Labrador, a lo largo de las bahías James y Hudson, hasta la sierra de *It-oto* del valle de *Upaz* cerca de los *omaguas* de Venezuela. Su nombre significa «propietario, señor, quírite, hombre solar o kurú», igual que el de *qui-che*, *ki-kua* o *quincua* (cinco), con el que forma un mismo pueblo aborigen, con estos dos nombres y otros más, tales como el de *hiá-hiú*, que es parsi y significa aún hoy un *giaur*, un europeo, un cristiano, para los actuales musulmanes, un descendiente, en fin, del Djaur-Daghda o azules montañas de Giaur, pobladas hoy por medio millón de habitantes a las puertas mismas de la Siria en el alto Líbano y por eso dice Plinio en su Historia Natural (c. 27, c. 12), que *othone-othones* u *othonna othonnae*, o sea la  $\text{OQ}\ddot{\text{O}}\text{h}$  griega es «herba in Siria nascens, similis crucae, flore croci» (Calepinus, *Septem linguarum*, sub voce Otho). *Otto*, *Otho*, *Odo*, *Udo* y *Audo* son voces alemanas equivalentes a las de *oto-man* u otomano, el hombre elevado, el hombre señor, kurú o kyrites, hombre ario en fin, derivado en su designación nada menos que del gero-glífico o signo lingual védico», letra última o 49 del alfabeto sánscrito, que es el símbolo del infinito crucificado en la *tau* lo mismo para lo macrocósmico (Verbo) que para lo microcósmico (Hombre). De dicho signo lingual, hemos sacado infinitas derivaciones simbólicas, tales como las de Thoth-Hermes, Io, Isis, etc., que pueden verse en nuestras obras de *Simbología Arcaica* y *El Velo de Isis* al relacionarle en el prólogo de este último libro con el nombre esotérico de *Las mil y una noches*, con cuyos cuentos tantas relaciones tiene el *Popul-Vuh* o *Pópulus*. La forma más sencilla de lectura de dicho jeroglífico es la de **OTO**, radical de *Otomí*, *oto-man* u *oto-mamí*, que lo mismo puede referirse a nuestros otomíes y a los otomíes asiáticos que a la tribu *oghuse* de Kai en el Asia Central y a su inestudiado rito hanefita. Son, en suma, los otomíes unos verdaderos «cristianos de antes de Cristo», cristianos cuya *Cruz de Palemke* tanto ha dado que hacer a los comentaristas desde los primeros días de la conquista.

De los otomíes, todos los autores hacen descender a los chichimecas, tronco, a su vez, de cuantos pueblos figuran en la historia de México y de Centro América. Pero en las

---

teogonías de estos interesantísimos pueblos siempre el punto de partida son los siete hermanos *Aiar* o *Arias* que originariamente salieron de las siete cuevas de *Pac-ari-tambo* (literalmente «la mansión aria, la posada del amanecer») donde habían sido antes confinados por los malos (atlantes) y donde permanecieron hasta que, castigados éstos con la catástrofe, aquellos recibieron orden de fundar otros tantos pueblos. Los éxodos de estos pueblos fueron luego perpetuados por la pintura y el jeroglífico en los múltiples códices del Anahuac que han llegado hasta nosotros, pues, como dice Chavero, la historia de aquel continente es más digna de fe que la del Viejo Mundo, porque no se apoya en tradiciones ni leyendas más o menos adulteradas por los siglos, sino en pintura jeroglífica reducida a anales y en los que concurren toda clase de elementos simbólicos, figurativos, ideográficos y fonéticos, conservándose a centenares aquellos documentos, a pesar de la demoníaca obra de su destrucción desde el primer día de la conquista por fieras como el incendiario obispo Zumátraga, «el Omar de Occidente» continuada después de la independencia por abandonos como el de las bibliotecas de San Pedro, San Pablo y San Francisco, e incomprensiones cual las que ocasionara la pérdida de las colecciones tan valiosas que el mártir Boturini había logrado recoger.

La quema de jeroglíficos a raíz de la conquista por creer a estos obra del demonio, fue tal que pone espanto en el ánimo. Todos los templos fueron destruidos para con sus sillares venerandos alzar los nuevos claustros y catedrales. El hambre y la peste terminaron la obra hasta el punto que un cronista de la época consigna que «no hubo choza a la que no alcanzase su parte de llanto y de dolor». Pero la tierra, amorosa, protegió los restos y se salvaron las razas y las lenguas para resurgir en un día mejor y «como si fuera providencial aviso, dice Chavero, al terminar el siglo XVIII y casi en vísperas de terminar también la época colonial o la dominación española, fueron descubiertas frente al palacio de los virreyes varias de las notables antigüedades del gran *Teocalli* (literalmente «la casa de los dioses»), y entre ellas la admirable piedra del Sol, como si fuera augurio de la próxima independencia y aviso a los historiadores de que solamente en el estudio de los antiguos monumentos habían de encontrar la verdad respecto al glorioso pasado de aquellas civilizaciones muertas».

Estos siete hermanos *arios* - Otomitl uno de ellos - son los «manús» o troncos de las siete «ciudades» o gentes de *Quivira* o *Kabira* de que habla en 1540-42 Coronado, el historiador refiriéndose al *Arizona*, no el río de este nombre, sino la «comarca de los dichos arios». Eran ellos también llamados «los hijos de *Iztac-mix-cohuatl* (la Vía Láctea o blanca culebra luminosa, *iztac*, la *iztara* vasca y la *istaras* o estrellas de los parsis), hijos de aquella, repetimos, y de *Ilan* o *At-lan-cuey* (la rana vieja, la Madre-Tierra, pues no hay que olvidar tampoco respecto de este nombre la oriental forma de rana que tuvieron originariamente las lámparas de las primeras iglesias). Por eso se les llamó hombres solares o *chi-chi-mecas* y *teo-chi-chi-mecas*, porque *chimax* o *chi-chi-mac* era el nombre del Sol entre los quiches y también *tlax-caltecas* por alusión a su originaria patria asiática de *Kalkas*, la ciudad y las gentes mogolas de las que nacieron esas series de «pueblos del cobre», que vemos extender infinitas ciudades de este nombre (*Chalcis* o *Chalchas*) a través de todo el viejo mundo, según se detalla en el capítulo XXV de nuestro *Libro que mata a la Muerte*. Por eso también, como dicen todos los historiadores americanos, es inútil buscar documentos más allá del perdido «Lienzo de Tlascalla» y de la peregrinación de estos arios o tlaxcaltecas, que tantas analogías tienen con el éxodo bíblico. Los siete nombres de estas

gentes están dados en la historia de México, a saber: los *Xolchi-milcas* (los *mlechas* europeos, vascos principalmente), *chalcas*, *tepanecas* (de *técpal*, piedra de pedernal o «neolitos»); *culhuas* (culebras, o sean los naguales o nahoas de los que se hablará después), *tlahuiccas* (para nosotros «pelagos», de *Tlaloc*, el dios de las tempestades del mar), *tlaxal-técatl* o *tlaxaltecas*, a los que nos referíamos antes, y los últimos los *mexicanos*, de *Muisca* el Moisés americano, el «dios de la Música», el tronco último del «semitismo» que tanto ha chocado a autores como el Padre Acosta y demás primeros intérpretes de los códices. Todos ellos se llamaron también *az-tecas*, de su ciudad originaria, *Aztlán* o *Atlán* nombre que literalmente significa «el lugar de las blancas garzas», es decir, otra vez y siempre la blanca cuna asiática del pueblo ario, pueblos de gigantes *quinameztli* cuyo emblema es el símbolo ario de la pentalfa o del cinco — las *quinas* portuguesas — que es el número de su raza quinta, frente al cuatro de los atlantes antecesores, aquellos antecesores a los que se refieren los hombres más sabios de la China cuando hablan con sin igual respeto de «la remota y vieja madre, la «Madre Real» de Occidente».

Estos grandes pueblos eran «los rebaños del Sol», las gentes orientales que los *Hu-ira-cocha*, o *Hu-aira-cocha* conductores (rishis, kabires, maha-atmas o maestros), y se encargaron de ir trayendo a las apartadas regiones americanas, a través de los mares, verdaderos rebaños del *Gerión*, *Orión* o *Airión* hispano, robados por aquellos Thoth-Hermes o Mercurios, de tan distintos nombres americanos, tales como *Quetzal-coatl* («la Culebra luminosa»), *Hu-itzi-li-poch-tli*, el «hombre del pedernal» «salvado» o llevado por los mares, como Sargón y como Moisés por el Nilo «en arca de juncos».

Los conductores de todos estos pueblos de Oriente a Occidente son los *Rishis* o *Manús* de que nos habla H. P. B. en estos términos:

«Las tradiciones de todas las naciones del mundo confirman las Enseñanzas Esotéricas relativas a los *Siete* y los *diez* Prajapatis, Rishis o Manús. Ellos son los Chimnang y los Tchan-quí chinos; el Dingir y el Mul-lil accadio; los «Dioses del mundo de los fantasmas, egipcios, con Isis-Osiris y Thoth a su cabeza; los Elohim hebreos; los siete y los diez *Ki-y* chinos, o sean los *diez* y *siete* Amshaspands caldeos, los *diez* y los *siete* Sephirots, Zéfiro o Alientos cabalistas, y hasta el *Manú* de Manco-Capac, con toda su progenie incásica, como derivados todos de los Dhyâns-Chohans de la Doctrina Arcaica, o sea «Los Constructores» de las Estancias de Dzayan. Desde Manú, Thoth-Hermes, Oanes-Dagón y Edris Enoch, hasta Platón y Panodoro, ellos nos hablan, en efecto, de las siete Dinastías Dividas en la Lemuria y en la Atlántida, Dioses dobles y primitivos que descienden de su Mansión Celeste y reinan en la Tierra, enseñando a la Humanidad la Astronomía, la Arquitectura y todas las demás ciencias que han llegando hasta nosotros. Estos Seres excelsos aparecen primeramente como Dioses y Creadores; luego se sumen en el hombre naciente para surgir, en fin, como Reyes y Gobernadores Divinos. Los egipcios, por ejemplo como demuestra Basnage, confesaban que la Ciencia había florecido en su país sólo desde los tiempos de Isis-Osiris, a quienes continuaban adorando como a Dioses, «aun cuando se habían convertido en sacerdotes con forma humana», y dicho autor añade respecto de dicho Divino Andrógino : «Se dice de Isis-Osiris que construyó ciudades en Egipto, hizo cesar las inundaciones del Nilo, inventó la Agricultura, el uso del vino, la música, la astronomía y la geometría.

«Los Rishis, pues, son los que marcan los períodos de tiempo en este kaliyuga del pecado y de la tristeza, porque, según nos enseña el *Bhagavata Purana* «cuando Krishna,

el esplendor de Vishnú, subió a los cielos, la edad Kali, durante la cual los hombres se gozan en el pecado, invadió el mundo. En efecto, cuando los siete Rishis estaban en Magha principió la edad Kali, que comprende 1.200 años divinos (o sean 432.000 años comunes) y que alcanzará todo su desarrollo bajo Nanda y sus sucesores» (*Visnhú-Purana*, trad. de Wilson IV, 230). Conviene saber acerca de esto que Nanda es el primer soberano budista Chandragupta, de la dinastía de los Morya y el abuelo de Ashoka. Contra él estaban unidos los brahmanes. Este es uno de los pasajes que no existe en los primeros manuscritos puránicos y que fueron añadidos por los Vaishnavas, interpoladores sectarios casi tan grandes como los Padres cristianos».

Cada uno de dichos «Manús» o «Conductores de pueblos» es un reflejo en la Tierra del *Apâm Napât* de los zendos o del *Fohat* de los tibetanos y mogoles, resultando así al par un nombre védico y un nombre parsi o del *Avesta*. Literalmente son ellos «Hijos de las Aguas del Espacio o del Éter, celestes *Hu-nat-jinas* o dioses «luni-solares», puros espíritus del fuego por su origen, y de las aguas terrestres por la misión para cuyo cumplimiento renunciador han descendido entre los mortales. Verdaderos *Ar-hu-nats Arjunas* están reflejados con exactitud aunque brujo velo exotérico en el *Arjuna* héroe del *Bhagavad Gîta* (libro más antiguo que el propio Mahabharata en el que más tarde fuera incluido), discípulo de Krishna el dios lunisolar cuya muerte hace unos cinco mil años en el Kattyavar del Guzérate, señalase el comienzo de la Edad Negra o *Kali-yuga* en la que aún nos encontramos, edad iniciada por los grandes éxodos de los pobres pueblos lunares «semíticos» o *chalcidios* a través de todo el mundo, para repoblarle con elementos arios muy superiores al sedimento atlante que había dejado la catástrofe.

Los Vedas, en efecto, dicen que este Arjuna chela y compañero de Krishna descendió hasta el *Pa-ta la* y allí casó con *U-li-pi* o *Hu-lia-pa*, la hija del rey de los Nagas (Serpiente de la Sabiduría o Dragones más bien) llamado Kauravya, Curavia o Kuruta, nombre este último que tan a griego suena y aun a hispánico. Patala es el antípoda de *Jambu duipa*, y este *Jambu, Zambo* o *Tambo* es «la posada o *tambo* (Pacaritambo) del amanecer», que dicen las tradiciones americanas indicadas arriba. También en algunos textos védicos América es llamada *Bhâratha-Varsha*, el continente del «hijo de Bhârata» o Arjuna, nombre que le da Krishna en el *Bhagavad-Gita*, cuando quiere recordarle su quirritaria o solar condición de héroe. Finalmente se habla también en otros textos del célebre y nupcial anillo atlante de otra Ulipi, hija del rey Mani-pura según el *Vishnú-Purana* de los textos vulgares, y del naga del Patala que hemos dicho en las rectas versiones esotéricas, tales como la del pandit Dayanand Sarasvati, tantas veces citado en *La Doctrina Secreta*. (10).

Y aunque parezca a primera vista extraño, en los *Vedas* hay que buscar también los orígenes *caldaicos* o *calcídicos* del pueblo más grande de ambas Américas y uno de los más grandes de toda la Historia: el pueblo Naga, *Navia*, Nahual o Nahoa, al que Chavero ha consagrado muy hermosas páginas de su *México a través de los siglos*. Los *Nagas* de Vedas y Puranas son unos seres semi-divinos con cara humana y cuerpo de dragón o de serpiente y de los cuales las célebres sirenas griegas son las caricaturas. En las leyendas exotéricas asiáticas se dice que no pasaban de mil individuos nacidos, o mejor dicho, surgidos del señor de Kadrú, la esposa virgen de Kashyapa, nieto de Brahmâ, con el «exclusivo objeto de poblar al *Patala*» o América. Otra de las siete divisiones (Mansiones o «Posadas») del *Bhârata-varsha* fue la *Nagadvipa* de la India, habitada aun hoy por un



pueblo singular de este nombre que ha dejado en la Historia muchas huellas de su existencia y al que puede decirse se refiere por entero nuestro *Libro que mata a la muerte* o *libro de los jinas*, especialmente los capítulos VII al X, que, en unión de los XI y XII sobre «Los jinas incas» gustosos ampliaríamos aquí si no fuese por dar proporciones aun más excesivas al presente capítulo.

Dichos *Nagas* son «la progenie ovípara de *Pulastya*», es decir, Seres superiores procedentes de la segunda raza-raíz que, por verdadera renunciación de *Nirmanakayas*, consintieron en tomar carne entre los hombres ya sexuados de las Razas tercera y cuarta, para dirigirla en el sendero de la Evolución, aunque ellos, como hijos de *Kriya-shakti* («hijos de la Voluntad y del Yoga») no estaban sujetos a la crucifixión animal del sexo. Sus nombres infinitos de Rudras, Kabires, etc., no los vamos a detallar aquí pues la salvadora leyenda universal de estos Benditos Preservadores de la huérfana humanidad, les ha dado uno en cada pueblo de la Historia, siempre a base del «Agua». Al Jefe, Centro o Tronco de este celeste Pueblo los Vedas le llaman *Narayana*, al tenor de la enseñanza de H. P. B., cuando de él dice:

«Saben muy bien los orientalistas que no pueden arrancar los hitos colocados en esa Biblia de la Humanidad, llamada Rig Veda, para servir de guía a las sucesivas religiones. En la aurora de la intelectualidad humana se echaron allí los cimientos de todas las fes y todos los credos, de cuantas iglesias y templos se edificaron posteriormente. En las siete principales Divinidades, que con sus trescientos treinta millones de devas son los rayos de la Unidad sin par y sin límites, se hallan los mitos universales, las personificaciones de las Potestades divinas y cósmicas, primarias y secundarias y los personajes históricos de todas las religiones presentes y pasadas».

«Pero a la Unidad absoluta no se le puede tributar adoración profana, pues tan sólo ha de ser objeto de la muy abstracta meditación que los indos practican para unirse a la Divinidad. Al comienzo de cada aurora de creación, la eterna Luz, idéntica a la obscuridad, asume el aspecto de lo que para el humano intelecto es el caos, y para la percepción espiritual o sobrehumana es la raíz eterna de todos los universos».

«Osiris es un dios negro». Estas palabras se pronuncian muy quedo en las iniciaciones egipcias, porque Osiris Noumenon es incomprendible para el hombre. En este Caos se forman las Aguas, la madre Isis, Aditi, etc. Hay las «Aguas de Vida» en que se producen o más bien se renuevan los gérmenes primordiales por la acción de la Luz primaria. El Divino Espíritu, Purushottama, en su aspecto de Narayana o Motor de las Aguas del Espacio, infunde el aliento de vida en el germen que llega a ser el «Mundial Huevo de Oro» del que surge el Brahmâ masculino y de éste el primer Prajapati, el Señor de los Seres, el progenitor del género humano».

Por eso la teogonía de los nahoas es perfectamente védica, habiéndose conservado con más pureza quizá porque no ha tenido *Puranas* y *Brahmanas* que la complicasen. *Xiuh-te-cuh-tli-tletl*, o *Ji-hu-tlatl* es la Divinidad Abstracta, «el Fuego Oculto en seno del Agua», antiguamente llamado *Aya-mic-tlán* (Sahagún), «el que nunca es destruido ni creado», (Chavero), el *The-cue-catl-sin* o «llama de fuego» (Orozco). Muchos rasgos de esta Deidad corresponden más bien al «Hijo», en las esculturas que se conservan, pues que el dios aparece en el grabado de la página 38 de la obra de Chavero, «México a través de los siglos», con una especie de turbante en la cabeza, un gran disco, símbolo del sol, en las manos y en torno de este sol el numeral ógmico del *cinco*, símbolo del pensamiento, y el

nexo jeroglífico del *Uno-Tres*, a guisa de máscara sagrada, sobre su faz. En brazos y piernas lleva brazaletes con un número de cuentas equivalente al *cempohualli* o veintena (la primera unidad superior de su sistema numeral), con la gargantilla del *nahui-pohualli*, o cuádruple veintena en torno de su cuello y tendido sobre un lecho sencillo con los cuatro pétalos de la *Tetrada* o cuatro primeros números. Es el mismo dios volador o alado de los rostros, undécima pintura del códice de Oxford, el *Tle-cue-calt-zui* de la figura de oro del Museo de México y también el de Tacubaya que aparece metido en el baño en simbolismo de que «el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas genesiacas». De este dios antiquísimo, dice Chavero, no hablan tanto las crónicas como de *Huit-zili-poch-tli* y *Tezcatli-poca*, cosa nada extraña, dado que en las revoluciones de la raza nahoa quedaron al fin preponderando ciertos dioses en virtud de las luchas históricas y el pueblo dio casi al olvido sus más puras deidades primeras. Así Sahagún dice que no consideraron al sol como dios y Herrera cuenta que no le daban tanta adoración como a *Huitzilpochth*. Cronistas hay que aseguran que el Sol no tenía ídolos ni templos. Apenas si se hablaba ya en los últimos tiempos de *Tonacatecuhtli*, y menos del *Ome-te-cuh-tli* que era el alma de la religión primitiva nahoa, y como tal estaba ya relegado a los santuarios y casi desconocido para la multitud. Por esta razón en varias historias ni se menciona a *Xiuh-te-cu-tli*, y Sahagún, hasta llega a colocarle erróneamente entre los dioses menores.

Uno de aquellos *Nagas* indostánicos de que nos habla *La Doctrina Secreta* fue *Quetzalcoatl*, señor de las 7 tribus de los *Nahuatl-lankas* (¿Serpientes del lago?) fundador del imperio azteca, príncipe sabio y emprendedor que después de consumir su obra, desapareció misteriosamente en busca de la tierra anunciada por una tradición antiquísima.

*Topil-zin* (¿*Tubal-jin*?) — el Tubal jafético — progenitor de Quetzalcoatl, desapareció de entre los Nahuatl-lankas, para fundar un reino en «la tierra donde nace el sol», a la cual irían sus hijos o los descendientes de sus hijos a aprender mejores leyes y ciencias desconocidas. Quetzalcoatl, ansioso de encontrar dichas tierras, abandonó las orillas del lago en que había nacido y condujo a las 7 tribus, que le reconocieron por jefe, por largos caminos en los que experimentaron innumerables trabajos, hasta llegar al fin, a una tierra que creyeron era la prometida por Topil-zin.

Algún tiempo después conoció su engaño Quetzalcoatl y no queriendo seguirle las 7 tribus partió solo en busca del reino de su progenitor, ofreciéndolas que, andando el tiempo vendrían sus descendientes a cumplir sus promesas, trayendo mejores leyes y ciencias útiles y maravillosas.

*Tezcatli-poca* es el «Espíritu de la Luna» nahoa, la hermana de *Quetzalcoatl* o Venus, e hija como él de *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl*, «El *espejo negro* y *humeante*», de la magia tradicional de los nahoas, como de los protosemitas europeos, que también aparecen como símbolo en la mano de la diosa, cuya máscara sagrada lleva un coronamiento de *tres* círculos y de *seis* hojas. Es la diosa del *Tonalamatl* o región del Soma, siempre en lucha con su hermano Quetzalcoatl, aunque la simbología augusta de esta lucha haya sido degradada por leyendas posteriores y nada bien interpretada por los autores, siquiera sean tan eximios como el propio Chavero. Es, en fin, el *sol de los gigantes* o tigre que devoró a los *quinametzin* en el *Tletonatiuh* o edad del fuego. Se la solía representar con rostro rojo y plumas verdes, con el símbolo en forma de cuerno o creciente, su cuerpo era azul y a sus pies llevaba una culebra. *Tezcatlipoca* se hizo sol en la época en que se

crearon los gigantes, según la leyenda. A sus pies aparecen como derribados los jeroglíficos ógmicos del cuatro y del cinco.

*Tla-loc*, es «el padre de la Luna», la región de las aguas celestes y el *Tlalocan* es la mansión de la Luna, o sea el paraíso de los que mueren de muerte violenta, especie de *Summer-land* («la tierra de verano») de los espiritistas. Allí esperaban bajo la protección de *Tlac-loc*, estos el término natural de los días que les hubiera correspondido vivir en la Tierra, después de lo cual todos los mortales pasan del Hela, la mansión lunar de sombras o limbo de vanidad, al *Ilhuicatl Tonatiuh* o «Campos elíseos» presididos por el Sol, cual espléndidas aves y vistosísimas mariposas.

Pero antes de llegar las almas de los muertos a las regiones dichas tenían que atravesar al salir de la Tierra el *Mictlan*, la segunda mansión de los muertos regida por Mictlan-tecuhtli y su esposa Mictlancihualt, mansión a través de la cual realizaban un largo viaje, con las etapas siguientes: 1a. Paso del muerto por el río *Apanohuaya* (el mundo hiperliminal) auxiliado por el perro *techi-chi*, especie de dios Anubis de cabeza de *perro* creyendo que era tal animal el perro bermejo del país de *Chihuahua*, siendo así que el símbolo se refiere a los adeptos aun no demasiado avanzados (rojos) encargados de la tutela espiritual del hombre durante su vida, especie de *ángel de la guarda*, que diría el Cristianismo. Por eso se le consideraba *rojo* o bermejo: no blanco o *ya purificado*, ni *negro* o por purificar aun. El verdadero *can* mexicano jamás se ha llamado así, sino *iztcuin-tli*. 2a. El paso entre las dos montañas de *Tepetl-Monamictia*, especie de Scila y Caribdis greco-romana; 3a. *Las ocho cumbres nevadas* o *Chuecayan*; 5a. *Los ocho desiertos* o *Itzehecayan*; 6a. *El sendero de las saetas* o *Temiminaloyan*, 7a. La caverna del tigre o *Teocoyleualoyan* donde este animal le arrancaba el corazón; 8a. El lago de *Apamiayo* en cuyas aguas se baña la lagartija *Xochitonal*. 9a. Los *nueve ríos* o *Chicunahuapan*, y 10a. el *Izmictlanapochca-locca* o *Chicunalmi-mictla* (Sahún) donde le recibía al fin el dios. Al *Mictlan* iban, sin distinción, todos los que morían de muerte natural. «No pecó con libertad, dice una antigua oración nahoas, sino que fue inclinado por la condición natural del signo en que nació». Después del *Mictlan* o región sublimar las almas puras volaban como se ha dicho a la región solar del *Ayac-Mictlán*, o de los dioses inmortales, todo al tenor de las doctrinas esotéricas de Putarco sobre el paso de aquellas almas por la Tierra, la Luna y el Sol, que hemos comentado en *La Esfinge*, libro al que nos referimos para evitar repeticiones. «Mictlan» viene de flecha, dardo o lanza, y en tal sentido hace referencia a «la región de los hombres luni-solares», jinas, quírites o «patricios».

Volvamos a la teogonía aria o védica de los nahoas. *Om-ce-cuh-tli*, es la Deidad Abstracta: el impronunciable *Om*, sílaba sagrada, compuesta de dos letras : la *O*, o cero, de la Nada-Todo, de donde todo emana y a donde todo vuelve después de la Evolución cíclica. El Germen Primero que de este *Cero-Astro* o Zoroaster parsi brota, empieza a agitarse en el seno de las Aguas Primordiales y se simboliza así:



Por supuesto, separando la M, queda esta constituida en el eterno símbolo femenino o línea sinuosa del Agua (o la doble línea sinuosa astrológica de *Acuario*), Matriz Universal del gran Abismo, la Venus originaria, la Madre-Virgen que de dichas olas surge como variante simbólica de *Ga, Ga-ia* (la verde *IO*) *Ga-ea* o «la Tierra», no como tal astro sino como *Prakriti*, la Madre Naturaleza, la Raíz de Materia o Mula-Prakriti. Por eso «Maya», Mare, *Maya* y *Mar-ia* son nombres lunares femeninos del Agua y base, tanto de los nombres principales nahoas, como del pueblo «Maya» del que luego hablaremos, y que literalmente significa «la huella ilusoria en el agua».

Después de la sílaba originaria y jeroglífica de *Om*, la primera Deidad u *Om-ce-cuh-tli* lleva la sílaba *ce*, que en nahoas es *Dos*, por lo que dicha Deidad es en su mismo nombre, «los Dos en Uno», la Triada o la Trinidad originaria, pues que *cuh* o *hu* ya vimos que equivale a «Dios» o «Diosa», y la sílaba *tli* es siempre como una especie de nuestros artículos el, la, o el *le* francés, o bien el italiano *il, gli*, y el inglés *the*, nueva analogía, dicho sea de paso entre los países americanos y los del occidente europeo con ellos ligados etnográficamente y por las invasiones colonizadoras.

Y como *can* o *kan* es reino, región, en todos los pueblos de sangre aria, el *Ome-yo-can* nahoas, es el primer cielo en aquella *Deidad tri-una* se manifiesta, cielo blanco originario tan parsí y caldeo como americano, pues conviene no olvidar que los mismos pueblos del Líbano despertados a un renacimiento greco-caldeo con las predicaciones de Mahoma, no bien comprendidas por los mismos suyos, crearon en Damasco, la ciudad parsí y caldea el célebre califato u «omeyocan» de los *Om-mayas* u *Omeyas*, cuyo estandarte blanco purísimo, pusieron enfrente del negro de los *Abásidas, Abbas*, antepasados o abuelos, como frente a frente han estado a lo largo de la humana Historia, la necromancia atlante que sobreviviera en parte a la gran catástrofe y la Magia blanca de los arios y nahoas primeros.

Después de este primer Cielo, cósmico que podríamos decir, del *Omeyocan* vienen otros varios ya «planetarios» o «humanos», a saber:

- 1°. El *Teo-ixtac* o *Istar*, «cielo blanco estrellado», que, prácticamente es el anterior condensado en los infinitos soles del firmamento.
- 2°. El *Teo-tla-tli-hu-can* o «cielo rojo» del fuego de vida que late en el Sol y por él, en todo el ámbito planetario.
- 3°. El *Teo-coza-hu can*, «cielo amarillo» o *Teo-cozalhuco*, del propio Sol, a cuyo Espíritu director, o Logos solar, se le denomina *Tonaca-te-cuh tli* (literalmente «el dios de nuestra carne») como creador y vivificador de todo (Quetzalcoatl, dragón luminoso) y como astro, *Tezca-tli-poca*. En el jeroglífico monumental «el sol Papant-la», sale de su boca la Luz (Cipactli). También se le llama *Tona-tiuh* («astro del día») y, como todas las emblemáticas estatuas de aquellos pueblos, lleva siempre el jeroglífico del cinco (la quinta raza aria), o sean los cinco *chalchihuitl* o «la pentalfa» y la flecha del *omey-cual-izli*, la flecha del Tiempo. Este cielo, en fin, es el cielo azul del día.

Luego vienen otros cielos de menor importancia, todos con el nombre genérico de *Il-huit-catl*, entre ellos el muy notable *Ilhuicatl-Mama-loan-co*, literalmente «el cielo taladrado», aludiendo a las excéntricas órbitas de los cometas y al carácter «masculino» de

estos astros que son gérmenes de mundos y especie de espermatozoides de los cielos, como puede verse en el capítulo IV de *El libro que mata a la Muerte*. También es muy notable el *Itza-pan-nanatz-cáyan* o *Mitland-tecuh-tli*, el cielo de la Luna y en cuya palabra *nat* o *nanats* aparece otra vez y siempre el nombre ario de *Nat*, el astro de la noche y *Nana*, el nombre zoroastriano que ya vimos del planeta Venus. Deliciosos e inspirados resultan los párrafos que a la Luz (Cipactli) de los cielos y a la Tierra o Materia a quien fecunda (Oxomoco) consagra Cha ver o en su obra.

Los cronistas españoles por un prejuicio religioso, hijo de la ignorancia ocultaron, o más bien se vieron obligados a ocultar todo lo relativo a dioses, maravilloso conjunto de creencias astronómicas, numeración y calendario. Esto unido a la destrucción ya dicha de monumentos y jeroglíficos ha dificultado toda labor en el sentido en que aquí la venimos haciendo. Más, como la verdad no puede permanecer oculta, saltaron aquí y allá chispazos iluminadores, tales como el de Sahagún (P. Ribera), en su estudio sobre lenguas mexicanas, queriéndolas comparar acertadamente con las indoeuropeas y de lo cual llevamos vistos ya tantos ejemplos. (*La prueba de Sahagún* en 1557, por Escalona, M. S. de la Academia, 1808-1828). Siempre además hubo sobre ello volúmenes secretos entre los sacerdotes y es ya sabido que hasta a Cortés se le obligó a cambiar la relación verdadera de la Conquista (Chavero). Sin embargo los códices del *Anahuac*, providencialmente repartidos tras curiosas peripecias que pueden verse en este autor, por todo el mundo culto, son monumentos más que suficientes para poder restaurar en día no lejano la grandeza de unos pueblos que no cede a la de ninguno de los colosales imperios asiáticos. (11).

Una de las cosas que más resaltan en estos códices, después de la parte cosmogónica, es la relativa a las «peregrinaciones» o éxodos que aquellos pueblos tuvieron forzosamente que realizar.

Los primeros intérpretes, con un criterio unánime, quisieron relacionar tales peregrinaciones con el Diluvio universal, hasta que la crítica del siglo XIX dio otras orientaciones más positivistas. Sin embargo, dado el carácter asiático y europeo que hemos asignado a aquellos pueblos, la cuestión cambia de aspecto y merece nos detengamos un momento en ella.

Todos los documentos y tradiciones coinciden en designar a *Aztlán* o *At-land* (la región ideal de los cisnes o garzas, la ciudad de la pureza o de «la blancura») como el país originario de las gentes *aztecas*, es decir, la *Aria-vartha*, la Hasti-naipura oriental, cuya conquista es la base del argumento del *Mahabharata* o «la gran guerra», guerra recordada hasta por las tradiciones de Polinesia y península de Malaca que afirman pertenecieron antiguamente a dos países inmensos de hombres amarillos «del color de la luna» y hombres negros, siempre en guerra entre sí, hasta que los dioses, indignados de la conducta de estos últimos los sumergieron en las aguas del mar (pues la catástrofe de la Atlántida, contra lo que se cree, afectó a los restos continentales lemuro-atlantes del Pacífico). Por supuesto, como dice H. P. B., el problema del color de las razas se resuelve por la Filosofía Esotérica de distinta manera a como lo pretende hacer la ciencia moderna. En las razas, el oscurecimiento de la piel no es sólo función del clima, sino resultado a la larga de la espiritualidad o materialidad de las generaciones. Así, de las tres grandes divisiones de las razas por el color, la raza aria, blanca azulada originariamente, pasó por el color de crema, al amarillo y al rojizo. Las razas que «cayeron en el pecado» fueron degenerando en negras

y éstas por su mezcla con las amarillo-rojizas dieron origen a las de pelo castaño tan típicamente españolas.

Lamentamos la opinión de Chavero, cuando, cerrando los ojos por un equivocado patriotismo local a verdades como las anteriores, niega que arios y nahoas tuvieran relación alguna, «por haber ocurrido la separación de los continentes antes de la edad neolítica». Esto envuelve diversos errores. La catástrofe atlante que operase dicha separación dejó, es cierto, un mar por medio, pero este mar no era infranqueable para gentes como los nahoas eminentemente marítimos o «lacustres». Todos los pueblos lacustres de Europa tienen parentesco con los ario-asiáticos por lado y con los nahoas americanos por otro. Platón habla de estas ciudades sobre lagos y menciona la palabra *atl* como la única que los griegos conservaban como supervivencia del continente sumergido. Lacustres fueron, sin disputa, las grandes ciudades originarias. Azlán (de América ya), Mexcalla, Pátzcuaro, Texcoco, Chalco, Tzompauco, Chapultepec, Atzacapozalco, Zapotlán y México. Séneca, como poeta iniciado (para quienes nunca fue secreta América), pudo referirse a estas ciudades como «últimas Thules de Occidente» en su tragedia *Medea* y *Tla* o *Thulá* es la radical de infinitas ciudades europeas de origen lacustre como Thules de Islandia, Dinamarca y Rusia; los Toulon y Toulouse franceses; Toledo y Tolosa españoles, Tolemaida siria, etc., etc. «Tollo», es en castellano hueco o charco, y «atolladero» lugar cenagoso en el que pueden hundirse hombres y animales. El hórreo asturiano, cuya genial construcción simbólica hemos estudiado en *Simbología arcaica*, es lacustre también, base del templo griego. Todo esto sin contar los otros derivados acuáticos de *nahoa* o *navia*, como *nave*, de templo o de lago y mar, que equivale a Oanes «el hombre-pezuña». Los *tol-tecas*, sucesores de los nahoas, cuando estos desaparecieron de la Historia diez siglos antes de la Conquista, y los *mexica* o *nahuales*, son también naturales pobladores de las *navas* o valles fertilísimos de Xila, el Colorado, etc., en aquel territorio, a la manera de esos otros valles «lacustres» europeos del Rin, el Danubio, etc. y los asiáticos del Tigris, el Eufrates, el Indo, el Ganges, etc. *Tla-loc*, es el Neptuno de aquellas gentes, y cuantas palabras tengan la radical *Chil* o *Kil*, de «la plata», del «agua» y de «la Luna», están relacionadas con aquellos, como la del *Chile* americano, el *Pet-chilli*, chino, el *Chillón*, de Almadén; los *chi-chi-mecas*, etc. *Wo-tan* o *Was-water* es otro dios acuático, lo mismo para los mayas que para los escandinavos.

*Huehuetlapallan* (*Hue-Hue*, «el Dios Viejo», el *Conizutal* o «cabeza blanca» (el Anciano de los Días, bíblico), fue la más importante de las siete primitivas ciudades de *Chicomotzoc*, la cuna y emporio de la civilización nahoa, cuyas extensas ruinas se admiran aun hoy, en la margen del Colorado, cerca del Mar Bermejo o Golfo de California. También es de mencionar *la vieja ciudad de Tlapallan* (cuyo nombre nos recuerda aun en el *valle de Uspallata*, en los Andes Argentinos), situada en el centro de la extensa zona de la Sonora y Sinaloa, especie de primitivo valle del Nilo por sus fértiles inundaciones, no lejos de la tradicional *Chulhuacan* hoy *Culiacán* de Sinaloa. Chavero describe hermosa y prolijamente las diversas formas de sus construcciones, que recuerdan a las de las acrópolis pelásgicas, constituyendo viviendas-fortalezas, como las citanias luso-ibéricas neolíticas también y donde son frecuentes las pirámides iniciáticas como aquella del cerro de Texcuzinco que aún conserva «el sepulcro de la iniciación» llamado baño del rey-poeta Netzahual-coyotl, y los famosos laberintos que recuerdan al de Creta, como el Minotauro de ésta semeja al *Minocao* brasileño de que hablara Fritz Müller.

*Culhua-can*, hoy Culiacán, la ciudad de la serpiente Sivac (Shiva) es la capital del estado de Sinaloa (Jina-loka). El cultísimo ingeniero D. Juan L. Paliza nos dice sobre ella:

«En realidad, Culhuacán no estaba situado en el mismo lugar que este Culiacán, capital del Estado de Sinaloa, sino en un punto cercano, y que todavía existe, llamado actualmente Culiacancito, pueblo de 913 habitantes, y a 14 y medio kilómetros al oeste noroeste de Culiacán. Según datos que extracto del «Compendio Histórico, Geográfico y Estadístico del Estado de Sinaloa» (Eustaquio Buelna). Sinaloa estuvo primitivamente habitado por toltecas y chichimecas, que del norte de América pasaron a establecerse a la mesa central de México. Después vinieron los aztecas, conducidos por Huizitón y Tecpatzin, hacia 1064, del país de Aztlán, situado al norte del golfo de California, y llegaron a Huey Colhuacán (*huey*, antiguo), hoy Culiacán, donde residieron tres años. Cuenta la historia indígena que ahí se les apareció Huitzilopochtli, dios de la guerra. Los aztecas le labraron una estatua de madera, eligieron sacerdotes y ahí empezaron a rendirle culto. De Huey Colhuacán llegaron a Chicomoztoc, al sur de Zacatecas, y siguieron su ruta hasta el valle de México. Al pasar los aztecas por territorio sinaloense, dejaron en él a muchos de los suyos, como se prueba por los restos de la raza que aún queda en el Estado, y los nombres de muchos pueblos cuya etimología viene de su idioma. Actualmente los indígenas, en Sinaloa, generalmente son designados por el nombre de «mayos» pueblo etnográficamente distinto al de los «mayas» del Yucatán, a pesar del nombre parecido, y sí muy semejantes a los «yaquis» de Sonora, cuyo dialecto también es muy parecido. En 1892 publicó D. Eustaquio Buelna su «Peregrinación de los Aztecas y Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa» (México, 1892, en 8°.) El académico mexicano, sinaloense, D. Genaro Estrada, dice sobre dicha obra:

«Es, a nuestro parecer, la obra de más aliento del escritor sinaloense. Conocida es por los especialistas la difícil obscuridad de la peregrinación de los aztecas, no en lo que toca a la salida de Culiacán y llegada al valle de México, sino en cuanto a los principios del viaje. Es asunto dilucidado que los aztecas llegaron a la actual capital de Sinaloa, solamente en tránsito; pero hasta ahora nadie ha aclarado satisfactoriamente el punto inicial de la partida, ni la situación exacta de Aztlán, cuna de la peregrinación. Así, mientras unos autores refieren Aztlán a la Atlántida, otros la ponen en un punto de Sonora, otros la llevan a los Estados Unidos, no falta quien la situé en el Nayarit y hay también quien la coloca en el puertecillo de Altata. Buelna se avanza valientemente por el enredado tema y con verdadera seriedad de investigación comenta y desarrolla el viaje de los aztecas y acepta, con osadía no exenta de novedad, la hipótesis de las incursiones en América por la Atlántida».

Y más adelante agrega:

«Publicó también el Sr. Buelna el estudio «La Atlántida y la última Tule» (Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1895, en 8°.), en donde desarrolla nuevamente sus teorías sobre el misterioso continente platónico». (Recuérdese lo que llevamos nosotros dicho sobre el Aztlán, ario).

«En «México a través de los siglos», se lee: «Aztlán estaba en una laguna al sur de Chiametla, y la única laguna que hay allí es la de San Pedro, o de Mexiticacan». Por mi parte agregaré que en el Estado de Sinaloa, municipalidad de Escuinapa, junto al río Baluarte, y cerca de su desembocadura, hay un pueblo de pescadores denominado Chametla, situado a los 105° 56' longitud oeste de Greenwich, y a los 22° 53' latitud norte,

y no encuentro allí la mencionada laguna, por lo que supongo que será Chiametla un pueblo distinto a Chametla, y fuera de este Estado, probablemente en Nayarit o Jalisco. En una obra de Peñafiel viene reproducido el lienzo de Tlaxcalla, que se conserva en el Museo Nacional de México, y en dicho lienzo se encuentra el jeroglífico de Culiacán, mas ignoro si será este Culiacán (Huey Colhuacán) o el pueblo cercano a la capital de la República, que se llama actualmente Coyoacán. Sí me llama la atención que el jeroglífico que representa a Culiacán (Colhuacán) es un cerro con la punta torcida, y cerca de esta ciudad hay precisamente un cerro de forma caprichosa parecida, que se mira perfectamente bien cerca desde Culiacancito (antiguo Culiacán, Huey Colhuacán) y que se llama «Cerro de la Chiva» (¿cabra o Chiva?). Todo el Estado de Sinaloa guarda en sus cerros y grutas inscripciones jeroglíficas. En la excavación que se hizo para el canal «Rosales», se han encontrado bastantes utensilios, piedras labradas, etc., indudablemente aztecas, entre ellas una urna funeraria que el ingeniero Sr. Carlos Talacón acaba de donar al Museo Nacional de México, con un jeroglífico que yo creo se refiere a un mito solar».

Lo transcrito es de un alto interés y con lo que anteriormente llevamos dicho podemos resumir este ya largo capítulo diciendo:

- a) Que el pueblo *otomí* es probablemente el más antiguo, y se extendió por el norte muchísimo más de lo que ocupara bajo los aztecas. Probablemente llegó hasta Sinaloa, país cuya raíz *Sin* o *sind* puede referirse lo mismo al río Sind o Indo (cuna originaria) que a la China como país de tránsito hacia América bien por las Aleutianas y Alaska, bien por el archipiélago polinesio. Ya vimos las concordancias chinas y otomíes establecidas por Chavero, y hay muchas más tal como la de las trenzas que en su rapada cabellera se dejaban los más antiguos habitantes del Anahuac.
- b) Que por Sinaloa han bajado hacia el valle nacional de México en diversas épocas las invasiones tolteca, chichimeca y azteca, y todos estos pueblos tenían un carácter ario bien definido, a pesar del semitismo que revelan las analogías de sus peregrinaciones con las de la Biblia, porque el semita, como dice H. P. B., no es sino un ario arrojado de su país de origen, la Ariana, por su excesivo materialismo, como los nombres de Abraham, Sara, etc., lo revelan. De los toltecas no hay apenas monumentos ni casi jeroglíficos anteriores a la peregrinación azteca.
- c) Que a estos tres pueblos, unos tres mil años de nuestra Era, había llegado, por la vía atlántica, el pueblo nahoá, a través de toda Europa, al tenor de detalles que daremos en el próximo capítulo. Los nahoas ya casi no existían cuando su brote más vigoroso, los *nahuales* o aztecas realizaron su éxodo. Todos cuantos pueblos de América del Norte lleven la radical *vasca* de «ask», tales como los *naska-pi*, los *tarascas* de Michua-can y Pazcuaro, los de Oaxan y Tabasco, *tlascaltecas*, etc., son nahoas de origen, recordando tanto a los *Naska* parsis, como a sus continuadores los vascos hispano-franceses. Acaso los mismos *sayis* del Ecuador «que llegaron por mar y fundaron a Karán», son sirios, como los *muisca*s de Colombia. Palabras como las de «llantu», diadema, cinta o *llanta*, «chuspa», *chupa* chaqueta o bolsa, son del mismo origen que sus equivalentes españolas. Para H. P. B., «nahoa» quiere decir «yo soy el que soy», frase eminentemente oriental como aquella de los brahmanes de «¡yo soy Brahmâ!». Los *nargales* de Oriente, como los nahoas de América recuerdan en toda su teogonía «el sacrificio



de Daksha» o sea la abnegación de aquellos primitivos kabires que, por el culto del hogar (soles mexicanos) aseguraron la tan comprometida continuidad de la especie.

*ch)* También hay que referir al tronco parsi-nahoa, los *xiuh-teo-cuhtli-tletl*, adoradores del fuego y vencedores de los «hombres-pescados» atlantes, y los viejos adoradores del dios *Camax-tli*, «sol de fuego» no «dios de la caza» de tlaxacaltecas y teo-chichimecas, y los autores de simbolismos como el «mágico» relieve de Magoni, junto a Tula. Muchos monumentos más o menos «mayas» como el monolito de Coatlicue, los templos con culebras de pórvido rojo, las cabezas serpentíneas de Coapatli y del gran Teocutli, son otras tantas reminiscencias del culto ofíta que siguió a la astrología sapientísima de los nahoas. El reino de Culhacán conservó la civilización nahoa todo el período que media entre la destrucción de Tollan por los aztecas y el engrandecimiento de los méxica. Los cronistas de la época colonial por su parte, inspirados en el ciego odio que el sacerdocio cristiano de todos los tiempos ha tenido hacia todo culto y simbolismo del Sol y de la Serpiente (Vía-láctea, Cielo), no suelen ocuparse de los *colhuas*, otro nombre nahoa indiscutible de los «hijos de Coatlicue», «la de la falda de serpientes» y de Cihuacoatl, la mujer-culebra, progenitora de la primera pareja humana, la *Xochiquetzal* o más hermosa de las flores. La palabra *apache*, que designa a la célebre tribu norteamericana, procede del *appas*, agua, sánscrita, y es también nahoa, y la de *chico*, *quico* o *quincua* de los siete *io-pis*, es la radical del nombre de las célebres cuevas originarias de Chico-motzoc, como las nuestras de «chico» y «mozo», significa y vale *cinco*, la mitad del diez o la mitad de la mitad del veinte, números ambos del «Hombre». Aquella equivale, pues, a hombrecito, «medio hombre» como si dijéramos.

*d)* El historiador mexicano Ramírez ha demostrado que el famoso jeroglífico de la peregrinación azteca o última comprende el itinerario de éstos desde Culhuacán hasta México. El jeroglífico procede del gran D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl y aparece en la historia del P. Duran. En él se pintan con la inimitable habilidad de aquellas gentes escenas bien curiosas y simbólicas, como la llegada a Pázcuaro de Michoa-can, donde padecieron todos los abandonos en el pantano de los maceguals; la mala magia de Malinal-xochitl; el abandono de todos sus viejos en Ocopita y Acaualcinco; el atajado de las aguas de un río (paso del mar Rojo de los israelitas); las sublevaciones de Vitz-nahua y Coyol-xauh que, como éstos en Egipto, querían quedarse en Coantepec, la llegada a la ciudad de Tula o Tulán, y luego, por tierras tepanecas, hasta el cerro mágico de Chapultepec; el sacrificio de Copil, de cuyo corazón nace un mágico tunal; la protección del Señor de Culhuacán, su establecimiento en el cerro de Tiza-pan; los desposorios de Huitzilipochtli con la hija de aquel; la fuente de la sabina blanca y las aventuras de aquellos Bernardino y Sabeliña galaicos; la fuente de aguas rojas y azules; las aldeas lacustres (nahoa); la esterilidad de la reina (que recuerda a la de Sara); las entregas que de sus seis hijas le hacen a Huitzilipochtli seis señores de Culhua, y el nacimiento de Matlolaxoch que casó con el señor Chalcas y el de Itzcoatl (famoso guerrero y a quienes la reina adoptaba según «la manera castellana» de hacerlos pasar bajo su seno); las exigencias mágicas de los tepanecas, que recuerdan a las

del ogro de Blanca-Flor; los *areyos* o «danzas sagradas arias» y multitud de relatos curiosísimos en que la aparición de elementos mitológicos hacen pensar en algo más que un itinerario histórico y reciente por un país relativamente pequeño, en una especie de leyenda aria de «Las mil y una noches» y un éxodo a través de medio mundo, cosas todas a las que hoy no podemos descender. Olvidado el pueblo de sus viejas deidades filosóficas arias luego forjó otra con sus restos en siglos vecinos ya a la llegada de los españoles y que es la que ha alcanzado hasta nosotros.

Réstanos hablar de los *mayas*, sus monumentos, su probable origen tolteca o quizá nahoa y la vasta confederación de Mayapán Kukul-can o «la Serpiente» que los propios aztecas nunca lograron sojuzgar.

D. Manuel Rejón García, más conocido por el seudónimo de Marcos de Chimay, tomando por guía la *Historia de América, sus ruinas y antigüedades*, de D. Manuel Larraizun, demuestra, como éste, el abolengo egipcio de los mayas primitivos. El autor reproduce cierta leyenda tomada de labios de un aborígen mexicano, relativa a *Ac-Ahan*, especie de sacerdote de los *it-zaes*, quien cantaba himnos sagrados acompañado por el *tum-kul*, ensalzando a un gran río que se salía periódicamente de madre e inundaba a la tierra fertilizándola con sus limos. El examen comparativo que Rejón hace entre los monumentos, jeroglíficos, idioma, religión y moral del pueblo maya y del egipcio es por demás elocuente. Xolotl y Citli, los viejos dioses de Teotihuacán, tenían nombres de animales como entre éste. Hay también, según vimos, unos «mayos», indígenas de Sinaloa, quienes, contra la opinión del Sr. Paliza, bien pudieran ser asimismo un núcleo de mayas primitivos. Esto es, en resumen, lo que dicen los autores.

Los monumentos ciclópeos, maravillosos de este pueblo dicen lo mismo. «El Egipto de América», según frase de Barry al explorar las ruinas del Valle Nacional y las de Oaxaca, Tabasco y Yucatán, no cede en esplendor y opulencia a sus congéneres egipcios como lo demuestran las fotografías y descripciones de ellos que ruedan por libros y revistas. Asombra el sólo número de monumentos de aquel suelo sagrado esparcidos por el Yucatán en la línea de Palemke a Comalcalco, en Yzamal y Chichén-Ytzá, de Uxamal hasta Mitla; las pirámides de siete pisos de Papantla, las de Cholóllan, Teotihuacan y Xochicalco, la Casa de cinco pisos llamada «de las monjas», en Uxamal, los pórfidos de Tollán, los restos y monolito de Copan (nombre que recuerda al Copai, o diluvio de Ogiges que anegó a la Beocia griega), las ruinas de la laguna de Tamiahua y del Pánuco, hasta el río Tuxpan, las de Metlatoyucan, Misantla, Atliaca, Huatusco, Zacuapan, Tihoo-Akké y Kabul-Akké, todo esto sin contar los muchos otros que diariamente van apareciendo con las modernas excavaciones, tales como la gran pirámide del pedregal de Tlalpan en el distrito federal y los restos que Waterman está exhumando en los cerros guatemaltecos de Baúl y Panteón. (12).

Los fértiles valles entre los volcanes el Popocatepetl y el Iztaccihuatl son una región tan sagrada como las más célebres del Nilo o de Atenas. Los zapotecas de Oaxaca y los mayas de Chiapas, Yucatán y Guatemala parecen de civilizaciones aparte de las otras. En Chiapas son célebres las ruinas de Palenke y Ococingo en Yucatán, Akké e Itzamal, en Guatemala, Jaxchillan, Santa Lucía, Quiragua y en Honduras, Copan. De los monumentos incásicos de Suramérica ya hemos hablado en otro lugar.

Pero todas estas grandezas estaban ya manchadas en los últimos siglos por el necromante sacrificio de animales y de hombres. Tristemente célebres son en este particular de miserable decadencia espiritual, el gran Teocalli de la capital mexicana y el Sagrado Cenote, donde, en paralelo con el «tributo de las cien doncellas» galaico, las crueldades del Sir Morold galés y los tributos análogos que figuran en varios cuentos de *Las mil y una noches* (entre ellos el terrible drama base de este sublime libro), aparece el sacrificio anual de quince doncellas cada quince años. Un sacerdocio cultísimo, heredero de las glorias nahoas y arias, había degenerado en el del negro Ixdilton hasta el punto de necesitar el derramamiento de sangre humana con negras hachas de obsidiana o granito como la de Hueyapan, para seguir al habla al menos con los dioses inferiores, aquellos evocados en la Odisea por Tiresias, derramando en un hoyo la palpitante sangre de un cordero negro. Quien sabe además si este sacerdocio no buscaba con ello, con mayor desaprensión sin duda que nuestros modernos Voronoff, la extracción de las glándulas de secreción interna de las humanas víctimas para prolongar unas vidas tan malvadas como las suyas, terrible karma que acarreó, al fin, la invasión española para terminarlo, no sin engendrar otro que todavía ¡ay! dura. Otras malas magias también eran practicadas por aquellos monstruos de los palacios de maravilla y de ensueño, que, para mejor estar en papel, se untaban previamente con el negro *ulli* o *hulli* (nuestro *hollín*) ceremonial, del mismo color simbólico que las razas inferiores «del pecado» y de sus negras condiciones y se llamaban así mismos *ahkin*, del verbo maya *kinyah* o «sortear» (¿inka?), pues que toda clase de sortilegios y de «echado de cartas», que hoy diríamos, eran practicados como medios adivinatorios por aquellos desaprensivos e inhumanos herederos de purísimas tradiciones arcaicas. Por ello y porque allí, como en todas partes la erección de suntuosos templos es señal inequívoca de decadencia, no de florecimiento del verdadero espíritu religioso que, cual los nahoas, tiene a toda la naturaleza por templo, estos mayas no han de ocuparnos mucho en nuestro estudio simbólico. Sus pocos simbolismos verdaderamente originales eran todos de magia negra e indignos, por tanto, de ser tratados aquí. Ya se dijo que los reyes mixtecos del Monte *Alban* en Oaxaca tenían a gala el practicar los sacrificios de niños que se ven en sus códices y el ser los legendarios herederos de aquellos poderosos hechiceros atlantes que habían intentado flechar al Sol para apagarlo y acarrear la catástrofe universal. Cosas como estas habría que agregar a la notable obra de Huntintgton que cifra en el clima el factor más importante de su definitiva desaparición.

Gómez Carrillo, en reciente crónica, nos proporciona, sin darse quizá completa cuenta, un curioso detalle de las drogas por los mayas empleadas para producir falsos éxtasis y estados de más o menos sibilina inspiración.

Dice así el genial escritor:

«Los aspirantes a la bienaventuranza de los paraísos artificiales están de plácemes. Para reemplazar el opio, sutil y poderoso, que cada día se hace más raro, y la morfina trágica, y la cocaína, que ha llegado a convertirse en una droga de millonarios, el hachich que ya en ninguna botica se encuentra, los sabios acaban de introducir en la Farmacopea corriente la planta sagrada de los antiguos toltecas, convertida en clorhidrato de alcaloides solubles. A decir verdad, ya antes de ahora algunos químicos americanos habíanse consagrado a estudiar las virtudes misteriosas del peyolt. Pero ninguno de ellos parecía haberla tomado muy en serio. Y entre las descripciones que nos ofrecían de sus efectos embriagadores, y las que nos ha legado el franciscano Sahagún, casi no se notaba más

diferencia que la del lenguaje. En términos científicos, en efecto, los Haffter, los Kauder, los Lawing, acababan por decirnos: «Los que se emborrachan con mescal parecen ver visiones fantásticas, que los precipitan en un delirio agradable, en medio del cual nada de lo que es peligro o dolor tiene en ellos presa». Y si no agregaban, como el buen fraile del siglo XVI que se trataba de «una trúa del diablo», tampoco andaban muy alejados de creer que algo de demoníaco se escondía entre los tubérculos de la planta maravillosa. El profesor Perrot, que, en colaboración con Alexandre Rouhir, acaba de publicar un libro titulado «La plante qui fait les émerveillés», es el primero que, procediendo de una manera metódica y experimental, ha conseguido establecer el cuadro completo y escrupulosamente exacto de las virtudes del «peyolt». Y cuando digo «virtudes», empleo la palabra exacta. Porque el «mescal buttons», como lo llaman los droguistas, «no tiene ninguno de los defectos de sus hermanos los demás «estupefactantes». No es tóxico. Los médicos que prohíben el vino, podrían muy bien permitir el «peyolt». «La entrada del hombre en este nuevo paraíso artificial — dice Routhier — no presenta ningún peligro para la salud». La embriaguez que produce la planta mágica, por otra parte, está compuesta de elementos psicológicos de tal índole, que resulta inexplicable que los antiguos misioneros hayan podido ver en ella una obra del demonio. En el peyotlomanó, todo es dulzura, es regocijo suave, todo es beatitud, todo es esplendor celestial, todo es éxtasis divino. Entre las leyendas indígenas de México, atribuidas a la influencia del mescal, no hay una sola que no esté llena de entusiasmo sagrado. Los que las imaginaban en medio de sus delirios, vivían en la intimidad de los dioses, pero no de los dioses crueles, ni de los dioses que exigían sacrificios humanos en sus altares, sino de los buenos, de los compasivos dioses campestres, que no tenían inconveniente en bajar a la tierra en épocas de miseria o peste para socorrer a los mortales. Tamats Pariki, señor de los vientos, que se transfiguraba a cada instante y recorría el mundo sembrando beneficios, era patrón de los comedores de «mescal buttons». Esto no es todo. Hasta para preparar la droga era necesario que los iniciados estuviesen en estado de absoluta pureza. Antes de cortar la planta, los hombres tenían que someterse a ciertas penitencias y recitar ciertas oraciones. Las mujeres, por su parte, la víspera de ciertas fiestas en que la embriaguez era de rigor, reuníanse en los templos y confesaban en alta voz sus pecados para hacérselos perdonar por los dioses tutelares y llegar a la eucaristía con el alma limpia. En caso que alguna de ellas careciese de fe en su arrepentimiento o de sinceridad en su constrictión, la embriaguez sagrada no se apoderaba nunca de su ser.

«En nuestros días, gracias a los progresos de la química, el profesor Perot parece seguro de que, bien administrados, los alcaloides del «mescal button» no pueden dejar de producir sus efectos milagrosos en el sistema nervioso de los mortales, por pecadores que sean. Esos alcaloides son seis, a saber: la «anahonina», la «peyoltina», la «lofofina», la «mescalina», la «anahodinina» y la «anahamina». «Su acción — dice Routhier — se dispersa según una escala en cuyas dos extremidades se hallan en la mescalina y la loforina, que provocan la primera, las visiones coloreadas, y la segunda, la exaltación de la fantasía».

«¿Me preguntas en qué consisten esas visiones y esas exaltaciones?. Es el mismo Bonhier, especializado desde hace años en el estudio de esta materia, quien va a decírnoslo. Lo primero que según él, se nota en el que ha tomado «peyolt» es una midriasis que puede durar hasta veinticuatro horas y que provoca una hipersensibilidad cerebral que acrecienta de manera inverosímil las sensaciones visuales. Detalles que antes no habían sido percibidos, se destacan de pronto ante el mescaliano. El relieve brillante de las cosas

aumenta, adquiriendo matices de una riqueza maravillosa. Luego, poco a poco, a medida que la droga ahonda en el organismo psíquico, el hombre adquiere un sentido fantasmagórico de la realidad, que le permite descubrir colores, tonos, reflejos, irisaciones que nunca antes había soñado. Con cerrar los ojos le basta para penetrar en un universo más extraordinario que el de las «Mil y una noches». Todo su ser se siente bañado en aguas de pureza y de bienaventuranza. El mundo real, con sus miserias, sus tormentos y sus inquietudes, desaparece de su mente. Una atmósfera verdaderamente divina lo circunda. En el fondo, formando un horizonte que limita su universo ideal, álzanse las más admirables de tapicerías de esmalte. La materia pierde su realidad para convertirse en una substancia en la que todo lo que brilla, todo lo que seduce, todo lo que halaga, todo lo que interesa, se mezcla y se combina. Un nuevo género humano, engrandecido, embellecido, ennoblecido, llena el espacio. Hay allí algo que hace pensar en el paraíso de Mahoma y en El dorado de los poetas de antaño. Un ritmo exquisito acompaña la marcha suave de las huríes. El corazón henchido de sentimientos virginales, vive en un perpetuo epitalamio. Y lo inaudito, lo increíble, es que, cuando el peyoltimano sale de sus divinas moradas de ilusión no hay en su organismo la menor huella de fatiga nerviosa. Una noche de fiesta en el mejor de los salones produce un cansancio mayor. «Lejos de ser un tóxico asegura Routhier — puede considerarse el «mescal button» cual un tonisedativo-estimulante del sistema nervioso». Y su ilustre colaborador, el profesor Perrot, no parece muy alejado del terreno algo peligroso, en el cual se colocan los que quieren que, para luchar contra la morfina, la cocaína, el opio, el éter, etc., los Poderes públicos hagan lo que sea posible para fomentar el uso del peyolt».

Tal era uno de los múltiples secretos de aquellos hechiceros que, a más del rojo nahoa, empleaban en sus simbolismos los negros caracteres *nooh* y practicaban sus ritos peores a la luz del menguante de la luna y tenían en el mes *nooh* o *nun* sus fiestas y grandes adivinaciones, en recuerdo de la catástrofe atlante acaecida, se dice, el día 13 del mes de *nun*, que equivale a nuestro febrero...

A través de todas estas inhumanas necromancias conservóse, sin embargo, la veneración a un personaje que tiene tanto de maya, como de nahoa y escandinavo. Nos referimos a Wotan, el Marte o Júpiter de aquellas gentes, que tan gran papel juega en la *Tetralogía* de Wagner «El anillo del nibelungo». (Véase nuestra obra *Wagner mitólogo y ocultista*).

El *Popul- Vuh* hace a Wotan o Votan el fundador de Nachan y el principal de las siete familias primitivas de las cuevas de Chicomotroc. Este *Odin-Votan*, admiración de Humboldt, procedía, se dice de *Hue-hue-pa* «la ciudad de los abuelos», poseía como el Alberico-Votan wagneriano, el gran tesoro de las edades (montes de oro para los vulgares, «oro intelectual y espiritual de doctrinas y bibliotecas» para los verdaderamente iniciados. El tesoro estaba custodiado por terribles dantas o tapires, en cuevas profundas y peligrosas, tras las que se alzaba un prodigioso palacio (el *Walhalla* wagneriano) hecho a soplo por los gigantes y guardada por tapianes (gnomos o nibelungos) en tinajas enormes de una sola pieza (el *Cauldron* de Dagda, de los mitos irlandeses de los *Tuhata de Danand*, capítulo VII de nuestra obra *De gentes de otro mundo; Caldera de Pedro el Botero*, de la demopedia española). Muchas de estas *tinajas* contenían piedras de *chalchihuitz*, es decir, que eran secretas bibliotecas como las subterráneas de Oriente de que nos habla la introducción de *La Doctrina Secreta* de H. P. B., o «columnas de Hermes», como las célebres e iniciáticas de Enoch. No olvidemos, para ello, que *Votan* es el nombre de Venus,

como *Chinax*, el del Sol; *Lambat* (la *lambda* griega y la *lamek* hebrea) el de la Luna y *Been* («sido» o «estado», en inglés) el nombre de la Tierra y que ésta última era también llamada *Ah-raxa-sel*, como el cielo se llamó *Ah-raxa-lak*, y *Hu-ra-kan*, al Dios más excelso o sea al *Hálito de la Divinidad* (viento impetuoso) que da vida a los mundos y a su debido tiempo los destruye.

«Perit fuga a me, et non es qui consolet animam mea», podría decirse con el clásico a la vista histórica de las necromancias mayas y las destrucciones españolas, sino fuese porque está escrito en la lógica marcha de los tiempos que los últimos pueblos arios del futuro desarrollen un día en las tres Américas nuevas civilizaciones como las inmortales con que diera la Raza Aria principio.

Entre tanto, estudiemos, a la luz de las enseñanzas de oriente ese misterioso pueblo méxica, de cuyas pirámides, tan relacionadas con las egipcias, nos da esta poética descripción nuestro amigo Alfonso Camín:

«Desde la cima, azotadas nuestras caras por un aire fresco y rudo, las casas del llano dan la impresión de viviendas de cuento para enanos de leyenda; los árboles simulan hongos que van brotando de la llanura; las cercas de «órganos», hábitos de franciscanos que van haciendo de agrimensores; las tunas, manos desenterradas que se arrastran por los caminos; escarabajos entre el polvo, los automóviles de los turistas; los trenes que pasan son como larvas menudas que se deslizan por alambres. En cambio nos sentimos un poco cerca de Dios».

«Y allá arriba evocamos la leyenda, que dice cómo y por qué se erigieron las pirámides: sucedió que los dioses descendieron a la tierra para escuchar el canto de los pájaros multicolores que inflamaban su orquesta musical en jardines de maravilla. Sin embargo los dioses notaron cierta tristeza que les enfermó apenas bajaron a este pícaro mundo. Aún no habían nacido ni el sol ni la luna. Reinaba la inmovilidad y la ceguera. Se hizo un pacto. Uno de aquellos dioses se haría cargo de alumbrar al mundo. Se sacrificaría. Pero su cuerpo se convertiría en cambió en una ruta de estrellas. Ascendieron en grupos los hombres a las pirámides. Sobre todo a la Pirámide del Sol, en cuya cima estamos ahora nosotros, simples mortales. Hicieron los dioses dos grandes hogueras. En ellas se arrojarían el soberbio Tecuzistécal y Nanaoatzín. El primero ofreció ricos presentes; el segundo, cañas, heno y simples espigas de magüey. El dios poderoso intentó cuatro veces arrojar a las llamas. Pero le invadió el miedo. No fue acreedor a la gloria hecha luz. En cambio el dios humilde se lanzó decididamente a la hoguera. Pronto se consumió su cuerpo. Y enseguida apareció el sol como una gran lámpara en forma de flor de oro. El dios cobarde se decidió a la postre, viendo el heroísmo de su compañero. Y fue así como surgió la luna, a poco de lanzarse Tecuzistécal al fuego. Mas llegó lo fatal: un tercer dios, indignado, viendo que la luz de la luna era tan bella como la del sol, y aún más suave y armónica, apresó un conejo que pastaba en las praderas vecinas y lo lanzó con ímpetu al rostro de la luna. He aquí por qué, desde entonces, la luna está manchada. Lo afirma la vieja leyenda india. Yo no lo discuto. No es cosa de entrar en discusiones científicas, ásperas en demasía. Me quedo con el oro de la leyenda».

«También éste fue el motivo de la creación de la Pirámide de la Luna, que a la sazón está cubierta por un manto de maleza. De no descubrirse una de las plataformas, pasaría por un promontorio más de los muchos que ponen cerco a la ciudad muerta, un poco alejados de las pirámides, pero como guardianes perpetuos del llano. Consta la

Pirámide de Luna de cuarenta y dos metros de alto y de diez y seis mil de superficie en la base. Ambos monumentos tienen el interior formado de adobe. También hay en torno de ellos valiosos vestigios que denuncian el poderío y la reciedumbre en el arte de aquella raza. Restos de viviendas; templos como el de Tlaloc, el dios de las lluvias, y el de Quetzalcoatl, que es, después de las pirámides, el asunto que tiene más importancia en la ciudad arqueológica. Igualmente ya existen, desenterradas en estos últimos años, plazas y símbolos mitológicos que los arqueólogos mejicanos juzgan de gran valor».

«Se ignora cuando fue fundada la gran ciudad de Teotihuacán. Manuel Gamio, persona autorizada en asuntos mejicanos de esta índole, se aventura a creer que fue construida mucho antes de la Era cristiana. Se funda para ello en que no se encuentran huellas del artema ya entre aquellas ruinas».

«Los primeros pobladores de Teotihuacán fueron los otomíes, tipo de indio inteligente y dócil, cuyo lenguaje o jerga musical aún escuché hace poco en las inmediaciones de Pachuca, donde abundan los indios de esta casta. Luego los toltecas se mezclaron con los otomíes en Teotihuacán. Ambos levantaron una civilización y una cultura. Ya en su apogeo, o acaso su emporio decaía, por exceso de civilización, como sucede a todos los pueblos, fue cuando llegaron los aztecas, más fuertes que inteligentes, más guerreros que filósofos y se adueñaron del territorio. Esparta iba sobre Atenas. Suerte que como Atenas hizo de nuevo florecer sus mármoles, San Juan de Teotihuacán también renace a través de los siglos, sacude la tierra que la cubre y yergue al sol y al azul, desnudos y formidables, sus fuertes senos de loba inmortal; las Pirámides del Sol y la Luna, sinfonía bárbara, llenas de gracia y de fortuna.

## NOTAS AL CAPÍTULO IX

(1) *El libro que mata a la Muerte*, capítulos XXII al XXVIII; *De Sevilla al Yucatán*, *La ciencia hierática de los Mayas*, etc. Véase también la obra del vizconde de Figaniere, *Mundo, submundo y supramundo*, donde se demuestra que la prehistoria de la humanidad, como los primeros años del hombre, es de *inocencia*, mientras que la barbarie es siempre *un estado postcivilizado o de decadencia*.

(2) A nuestro juicio tampoco es autóctona esta civilización, pues los nahoas por su astrología, por su profunda ciencia en todos los órdenes, como harto se demuestra en dicho libro, no fueron si no «los caldeos del Nuevo Mundo», es decir, una de las oleadas emigratorias del gran tronco ario-celta hacia el año 2.400 antes de J C. Su lengua es muy afín del sánscrito, cosa que no se ha estudiado tampoco.

(3) Igual sucede a los demás pueblos arriba citados; por ejemplo: los arcadios o accadios-caldeos de Grecia se tenían por «más antiguos que la Luna» o sea infinitamente anteriores a los *selenos* o helenos.

(4) Este detalle aproxima el otomí al sánscrito, lengua esta última, como es sabido, que cuenta 14 vocales y 36 consonantes. La palabra *hiá-hiú* es perfectamente persa o ario-sánscrita. El clásico libro parsi, traducido luego al árabe, *Las mil y una noches* aparece la princesa *Hiá-Hiú-ara*, verdadera «diosa del mar» o «atlante», que por su matrimonio con el rey de Persia en la época de máximo esplendor de este país, es tronco de una dinastía sublime de hombres-dioses, que pueden vivir indiferentemente en los aires, en la tierra y en el mar.

No olvidemos al efecto que, según repetido dicho de la Maestra las leyendas parsis que formaron la base de aquella obra literaria al modo de las que fueron base también de los poemas védicos de la Iliada y del Mío Cid, son genuinamente atlantes y habían aportado gran luz al mundo de Occidente si Beroso, Eusebio y otros no se hubieren encargado de destruirlas, para salvar del ridículo sus absurdas doctrinas religiosas y sus no menos absurdas cronologías.

(5) De los esquimales, los nómadas del desierto de hielo de Groenlandia, el pueblo más septentrional del mundo, había dicho Robert E. Peary, en uno de sus primeros viajes en demanda del Polo Norte de la Tierra que al fin descubrió en 1909: «Muchos me preguntaban para que sirven los esquimales en la Tierra, y yo les contesté proféticamente: «Ellos moran en una región demasiado desolada y lejana muy por encima del Círculo polar para que puedan despertar interés alguno desde el punto de vista comercial. Ellos carecen de toda ambición, no tienen literatura ni arte propiamente dicho y estiman la vida de un modo instintivo como las focas o los osos. Pero no lo olvidemos. Este pueblo audaz y digno



de entera confianza mostrará un día el valor que representa para la Humanidad. Con su ayuda descubrirá el Polo el mundo civilizado».

Peary fue profeta. Sin la ayuda de dicho pueblo tártaro no habría dado cima a su heroica empresa. Nadie, por otra parte, le conocía como él por haberle tratado durante años, y por eso tienen importancia las siguientes apreciaciones suyas que vamos a transcribir. (*La Découverte du Pôle Nord* en 1909, por K. E. Peary; introducción de Th. Roosevelt; París, Lafitte, 1911):

«Los esquimales son tan humanos como los caucásicos. No son civilizados, pero tampoco son salvajes. En número de unos 300 habitan la costa noroeste de Groenlandia, como la oriental los esquimales daneses. Carecen de gobierno pero no de legislación. Desprovistos de toda educación desde nuestro punto de vista, muestran, sin embargo, muy notable inteligencia. De temperamento infantil, son tan sufridos como el mejor hombre de los nuestros y muchos de ellos fieles hasta la muerte como pude comprobar. Sin religión, sin ninguna idea de Dios, ellos están dispuestos a partir su último trozo de alimento con el que hambriento vean. Cuidar de los débiles y de los viejos es para ellos lo más natural del mundo. Sanos, fuertes, sin vicios ni malos hábitos, no beben ni juegan, constituyendo así un pueblo único sobre la faz de la tierra. Son «los filósofos anarquistas del norte», decía uno de mis amigos. Cristianizarlos sería imposible más es preciso que las tres virtudes teologales de la Fe, la Esperanza y la Caridad sean innatas en ellos para que puedan soportar serenos sus noches de seis meses y los terribles rigores de su clima mortal. Sus sentimientos son una mezcla de gratitud y de confianza. Su vida, antes de mi llegada no dependía sino del empleo de primitivas armas de caza, contra focas, osos, etc. Markhan, presidente de la R. Sociedad Geográfica de Londres, pretende que los esquimales son descendientes de la antigua tribu siberiana de los *onkilones*, cuyos últimos miembros fueron empujados hasta el Océano Ártico por las furiosas olas de la invasión tártara en la Edad Media, pasando a Nueva Siberia y de allí a las desoladas tierras de Grinnel y Groenlandia. En efecto, su tipo mogol, de acentuadísimas características orientales, justifican tal hipótesis. Una jovencita esquimal que se vino a Norteamérica con mi esposa fue tomada por china por muchos hijos del Celeste Imperio. Sus continuas evocaciones a los espíritus o manes de sus muertos es otra de las supervivencias de su culto asiático de los antepasados. Como los chinos y japoneses son de baja talla. Carecen de escritura. Su lengua es aglutinante con prefijos y subfijos complicados, mediante los cuales fabrican palabras compuestas sobre cada pequeña raíz inicial. Además de su lengua vulgar, poseen otra lengua esotérica, sólo conocida por los adultos de la tribu. No sabría decir en que se difiere ésta de aquélla, porque nunca lo he intentado y dudo de que jamás un hombre blanco haya podido penetrar en ella ni en el secreto cuidadosamente guardado por los iniciados. Lo alegre del temperamento esquimal es una sabia previsión de la Naturaleza que les permite así pasar la noche de casi seis meses confinados en sus *iglú*» de piedra, recubiertos de nieve... Situada esta región a tres mil millas de Nueva York, a la mitad del camino entre el Círculo polar y el Polo, no se les oculta el Sol durante 110 días, y durante otros tantos no vuelve a mostrarse, yaciendo este pobre pueblo en las tinieblas, con fríos que acaso llegan hasta los cincuenta grados bajo cero y sin más luz que la de la luna, las estrellas o las auroras polares, en eterno combate con los glaciares de la montañas; los icebergs del mar y las tempestades de nieve que saben afrontar con salvaje heroísmo...»

Fridtjof Nansen, el famoso noruego que con su buque «Fram», se dejó encallar en la nieve por encima del archipiélago de Nueva Siberia, para con una deriva del banco de hielo durante tres años, llegar a Spitzberg y de allí a su país, nos pinta por su parte al pueblo samojed, el habitante de la helada *tundra* rusa siberiana de frente a Nueva Zembla en estos términos: «En medio de estos desiertos sin fin y cubiertos de nieve la mayor parte del año, los samojedos llevan una vida errante, alzando sus tiendas donde bien les viene, sin preocupaciones, sin angustias, deslizándose fácil y dulce su vida en medio de los constantes peligros árticos. Kabarova, la aldeita rusa de aquella comarca, presenta dos templos: uno el de la religión ortodoxa y otro más pequeño: el teplo de los viejos creyentes. ¡Hasta en esta apartada región, las opiniones religiosas dividen a los hombres!»

Digamos finalmente que la Maestra H. P. B. en su cuentecito «Un Matusalén ártico» (*Páginas ocultistas*) nos describe a un verdadero Iniciado protector de dichos pueblos.

(6) Los tres nombres no pueden ser más significativos ni más arios y sus respectivas traducciones son «el Gran (*Maha*), Dios (*Hu*), Padre (*Pa*); la Gran (*Maha*), Diosa (*Hue*), Madre (*Ma*)», por otros nombres *Pi-iaco* (el Dios amarillo) y *Ma-cana* (la Diosa blanca), palabras estas últimas que aparecen también en las *Estancias de Dzyan* comentadas por H. P. B. en su *Doctrina Secreta*. El sobrenombre del uno es «ut-hiú» y el de la otra «vach», como los de «virach» y «vach» de los *Vedas*. El nombre del Tercero, o sea del Hijo, el Varón divino, es más que «Gucumatz» (guacamayo, el de los siete colores del Iris), Huracán, o literalmente el dios del reino del fuego, la primera Luz. Esta Triada primitiva es la de la emanación; las posteriores aluden más bien a la creación ulterior del hombre». A la cabeza de esta segunda aparece *Kaban-il*, el Formador, el Brahmâ creador de los arios; el tirador de cervatana (es decir el que lanza su aliento a los más lejanos confines, como con cervatana); el Dragón alado y luminoso de la Vía Láctea (Quetzalcoatl); el Corazón de los Lagos (Espíritu de las Aguas); el Dominador del hemisferio azul (Cielos) y del hemisferio verdequeante (Tierra); el Padre-Madre de la Vida, que son Dos en Uno (la Raíz del Espíritu, Purusha, Parabrahmán y de la Materia, Prakryti, Mulaprakryti emanando al Viraj o Logos entre los arios, o bien En-Soph y Bhithos, unidos por Ennoia, el Pensamiento, entre los ofitas).

(7) La danza entre los primitivos mexicanos no tuvo en ningún modo el carácter profano que en esto como en todo han tomado los más espirituales y puros simbolismos religiosos. Antes bien, hubo entre los pueblos pre-colombianos asociaciones de danzarines en las que no se entraba sino después de difíciles y enojosas pruebas, como que se trataba de algo al modo de los Misterios Antiguos en Asia y en Egipto, es decir, de verdaderas iniciaciones en los más altos secretos cosmogónicos, y antropogenéticos. De esta clase de iniciaciones regulares debió ser la Fraternidad de los Danzantes de Totoliztli que celebraba sus ritos ocultos en una gruta al pie del volcán de Axuzco.

Hay detalles de estas danzas que chocan a cualquier intuición un poco despierta, tales como los círculos concéntricos formados por los danzantes en torno de la música y de los Primate situados hacia el centro (en representación cosmogónica del Sol), círculos que a su vez representaban las órbitas de los planetas y los danzantes a los planetas mismos con sus rotaciones, traslaciones y balanceos. El *pochob* o danza de los amantes (baile por parejas) era representación del par planetario de la Luna y de la Tierra, a las que las

teogonías más primitivas han asignado un carácter respectivamente masculino y femenino con sobrada razón astro-biológica ya que es sabido que la Tierra y su pseudo satélite se hallan conjugadas como la célula óvulo y la célula zoospérmica momentos antes de la fecundación animal y que esta conjugación terminará miles de siglos más tarde con una verdadera copulación de los dos astros al caer la Luna sobre la Tierra, según los más escrupulosos cálculos matemáticos de See y S. Darwin. El *zayi* o danza grave ejecutada sólo por los ancianos con palmas triunfales en las manos, acaso aludió a los movimientos de los cuatro colosos planetarios más exteriores al sistema solar.

Otro detalle no menos curioso era el número de danzantes, nunca menor de 343 ni mayor de 2.401 o sean la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> potencia de 7, siendo este último número el que mide los planos y subplanos de lo astral.

El *Rabinal-Achi*, es según Carpenter, a quien seguimos, el resto más auténtico, la supervivencia mejor de dichas danzas sagradas de la América Central. El largo argumento del *Rabinal-Achi*, es como un «drama de redención». Este personaje y su favorita es la Ixok-Mun (¿Isis-Atlántida?) danzan en medio de una rueda general, como la Luna y la Tierra entre los demás planetas. Queché-Achi, especie de India vengador, los persigue, pero es vencido por el héroe Rabinal. Tras mil escenas de luchas y traiciones, éste inmola a aquél, y todo el coro celebra con algazara indescriptible el triunfo de la Divina Evolución no sólo en la Tierra sino en el mundo planetario inferior donde nace el Budha astronómico o sexto gran planeta futuro del que hablamos en nuestro libro *Evolución solar y series astroquímicas*.

Como dice H. P. B., Platón demostró ser un efectivo iniciado al enseñar en su *Cratylus* que *Theos*, palabra tan griega como americana; deriva del verbo *Theien*, moverse, correr, y de aquí el que los primeros astrónomos llamasen a los planetas *Theoi*, «dioses que se mueven». Más adelante se dijo también *aletheia* al aliento de Dios animando a todos los seres vivientes. Atwater está convencido de que los aztecas y demás pueblos afines conocían la astronomía, pues así lo prueban sus observatorios, tales como los baluartes de *Az-tlan* y la pirámide *Pa-pantla* con sus sillares verdaderamente pelásgicos y sus siete pisos al modo de la célebre Torre de Belo caldea, todo ello sin contar con los 318 días del calendario civil (318 es el valor gnóstico del nombre de Cristo).

Contó de Magalhaes aprecia en las *Leyendas de Mani* (mandioca, el fruto del árbol del pan), dos cosas: 1.<sup>a</sup>, el origen celeste de esta preciosa substancia, y 2.<sup>a</sup>, la idea de la concepción sin perder la virginidad.

*Mani*, nieta de un jefe ilustre, aparece repentinamente embarazada. El padre quiere matarla, pero se le aparece un *hombre blanco* en sueños y le disuade afirmándole la virginidad de su hija. Nueve meses después nace *Mani*, quien resulta un prodigio de precocidad. Las tribus circunvecinas llegan, atraídas por la fama del suceso, deseosas de ver *la oca* o cisne de *Mani*. Al cabo de un año sin enfermedad y sin dolor, *Mani* espira, siendo enterrada en su propia cabaña y poco tiempo después comenzó a brotar de la cueva una planta extraña... Agrietóse la tierra y al ser removida apareció el cuerpo de Mani transformado en el precioso y blanquísimo fruto que desde entonces hubo de llamarse Manioca y de aquí *mandioca*, su nombre popular.

Los *Caraibas* (¿Coribantes?) eran los restos de un sacerdocio extinguido.

Su procedimiento mágico de evocar los oráculos recuerda de lejos al de las Pitonisas o Sibilas. Tomaban al efecto un fruto grande y redondeado, más bien una calabaza

que una mandragora, en la que natural o artificialmente aparecían los cabellos, ojos, boca, orejas y narices de una cabeza humana. Atravesado el redondo fruto con una flecha, como símbolo quizá de la Tierra y de su eje la llenaban de humo de tabaco o de otro narcótico, que al perturbar al oficiante llegaban a producirle el frenesí mántico al que iba aparejado el don de profecía, según más al por menor detalla Simón de Vasconcellos.

Este simbolismo astronómico de la Tierra, o más bien de su Espíritu director no era el único de los aborígenes brasileños, pues contaban además con los *círculos mágicos* o danzas sagradas, eco lejano de las solemnidades misteriosísimas de la iniciación en cuyo secreto se enseñase en el Adyta de los Templos la verdadera doctrina heliocéntrica tanto en Caldea, como en Egipto y Grecia, y aun en la Iglesia Católica y en la Masonería sin que estas últimas hayan penetrado nunca todo su alcance cosmogónico.

Más de mil guerreros, lujosa y extrañamente ataviados formaban cogidos de las manos uno o más círculos concéntricos en torno del *pagé* o sacerdote el Hierofante Sol asistido por dos ancianos. Tales ceremonias tenían objetos diversos, con orígenes profundos en la más acabada astrología.

Entre las diversas estrellas y constelaciones por dicho pueblo conocidas se cuenta en preeminente lugar el *Pira-Panem*, Venus o *el piloto de la mañana*. Creía en las influencias de los astros y en los Espíritus Custodios de estos mismos.

(Darío Vellozo, la Teogonía y la Magia entre los aborígenes del Brasil. — Sophia, 1.º, XI, 1903).

(8) Al escritor centroamericano Abelardo A. Bodas no puede menos de llamarle la atención el paralelismo que guarda la doctrina del Popol-Vuh con las conclusiones darwinianas respecto del lazo evolutivo entre el mono y el hombre, bien sea en el sentido evolutivo de aquel a éste, bien en el de regresión y caída de éste a aquél.

«El génesis de los quichés, dice, resulta interesante al referirse a la formación del hombre, en el cual aparece un abuelo y una abuela creando el Universo armónicamente: primero se apartaron las aguas, luego surgieron las montañas, las llanuras, los barrancos, se dividió el curso de las aguas y por último vino el nacimiento de los animales inferiores por escala zoológica, de lo simple a lo complicado. Pero no confunden estas ramas al mono: lo dejan para formación especial, cual si quisieran acercarse a las teorías darwinianas: y por último ponen al hombre dotado de los dones que lo caracterizan como superior. Reunido - dice el Popol-Vuh - el consejo de dioses, con el abuelo y la abuela, Xpiyacoc y Xmucané, se decidió proceder a un segundo ensayo, haciéndolo preceder de algunos sortilegios, para calcular el resultado de la nueva operación. Se fabricaron hombres de Tzité y mujeres de Siback: pero les faltaba la inteligencia y el corazón y no se acordaban de su Creador».

Luego relata una serie de cataclismos y calamidades que se desencadenaron sobre aquella especie de seres, hasta llegar a una casi desaparición de ellos.

«Así pereció - dice el Popol-Vuh - aquella generación, de la cual quedó únicamente una especie de hombres degenerados, recuerdo perpetuo de los maniqués que había destruido el cataclismo». Desde luego vemos una tendencia de acercar la creación del hombre a la del mono: pues mientras que ellos los llaman «hombres degenerados» Darwin los coloca como cadena natural de la transformación de las especies».

Es notorio que el Génesis quiche relate la formación de otros seres, después de la de los monos, que hablaron, raciocinaron, vieron, oyeron, anduvieron y palparon. Hombres

perfectos y hermosos con rostro humano. El pensamiento existió en ellos. Vieron y su mirada se elevó inmediatamente. Su vista lo abrazó todo: y cuando lo contemplaban su vista se volvía instantáneamente de la bóveda del cielo a la superficie de la tierra».

De nuevo creemos en una teoría darwiniana: la cadena está eslabonada de tal naturaleza en el Génesis quiché que estamos tentados a pensar que por una mala interpretación del libro Popol-Vuh o por una expresión mala en la coordinación de las palabras, no es la misma teoría defendida por Haeckel, Goethe, Lamarck, etc.

No puede creerse, también, que el traductor del Popol-Vuh estuviera impresionado por esas teorías del transformismo cuando llevó a cabo esa labor, porque se supone traducido después de 1.500 y el transformismo apareció en el siglo XVIII. Entonces el Génesis quiché es una obra original, calcada probablemente en los principios religiosos traídos de la más remota antigüedad.

Y si queremos penetrar el origen de estas teorías, nos vemos obstaculizados por la enorme barrera de las conjeturas, trama eterna de la Historia Antigua de los Pueblos: ante este parapeto no queda más que cruzarse de brazos y preguntar ansiosamente: ¿sabremos alguna vez la verdad científica y matemática de los hechos que han quedado envueltos en la bruma de los siglos?. ¿Podremos decir, con la certeza de lo comprobado: América se pobló con tal raza y su religión y costumbres se derivan de tal pueblo?.

(9) La humanidad desde los tiempos más remotos, dice H. P. B., ha estado siempre convencida de la existencia de una entidad impersonal espiritual en el interior del hombre físico personal. Aquella interna entidad era más o menos divina según su proximidad a la *Corona* o sea al *Christos*. Cuanto mayor sea esta íntima unión tanto más sereno es el destino del hombre y tanto menos peligrosas sus condiciones externas.

Semejante creencia no es ni superstición ni fanatismo, sino un siempre presente e instintivo sentimiento relativo a la proximidad de otro mundo espiritual e invisible que, aunque sea subjetivo para los sentidos del hombre externo, es perfectamente objetivo para el ego interior. Creíase además en la antigüedad en la existencia de condiciones tanto externas como internas que influyen sobre las determinaciones de nuestra voluntad sobre nuestras acciones. Rechazaba así el fatalismo, porque el fatalismo implica la acción ciega de un poder más ciego todavía, pero creía en el *destino* que, desde el nacimiento hasta la muerte del hombre teje éste, hilo por hilo en torno de sí como la araña teje su tela. Semejante destino o *Karma* está guiado siempre bien sea por aquella inefable Presencia, denominada *Ángel Guardián* por algunos, bien por nuestro hombre astral, con el que de ordinario estamos más ligados que con aquella otra Presencia y que actúa a guisa de genio tentador sobre nuestro hombre de carne. Aunque entrambos elementos actúan sobre el hombre de carne externo a la continua, uno de los dos tiene que prevalecer al fin, y desde el principio mismo del invisible combate, *la ley severa de la implacable compensación, o karma*, interviene a guisa de juez siguiendo fielmente a aquellas fluctuaciones. Cuando la última trama del destino está tejida y se halla el hombre completamente envuelto en la red que él mismo se fabricó se encuentra ya por completo bajo la *Ley de Necesidad* o fatalidad *que él mismo se ha labrado*, destino que, bien le inmoviliza y aprisiona para lo sucesivo, como la concha inerte fija sobre la inmóvil roca, bien le arrebatada cual a ligera pluma a nuevas realidades progresivas.

«En el *Veda* se hace clara referencia al cuerpo astral o «cuerpo espiritual del muerto» en estancias como la que sigue: (*Estudios Orientales y Lingüísticos - Doctrina Védica acerca de la vida futura*, por W. Dwight Whitney, profesor de sánscrito y de Filología comparada en el colegio Yale): «Lánzate, Oh hombre hacia delante; reúne tus miembros dispersos. No permitas que estos queden abandonados. Tu espíritu ha partido antes; sigue tu ahora, pues, y ve al lugar del deleite. Recoge tu cuerpo; liga entre sí con auxilio de los ritos tus miembros esparcidos y si algunos de ellos ha quedado atrás perdido, yo te proporcionaré otro nuevo y así podrás regocijarte en los Cielos con vuestros Padres». Y en el ceremonial hindú relativo a la cremación, se añade: (*Rig Veda*, c. X.) «El antecielo, es llamado también el tercer cielo por ser aquel en donde los Padres tienen establecido su solio, mientras que otros permanecen aun detenidos en la esfera de la Tierra, o residen actualmente en los reinos del placer.

«Concordante con la frase de Jesús de «En verdad os digo que sólo puede ver el reino de Dios aquel hombre que logre nacer de nuevo» (*Juan* III, 3) o bien la de Jesús y Pablo de que «lo nacido de carne, es carne y lo nacido de espíritu es espíritu», la *Saptapada-Braahmana* nos enseña que el hombre que lucha para obtener la perfección espiritual tiene que pasar por *tres* nacimientos: 1°. Por el físico de sus padres mortales; 2°. Por el *espiritual*, por medio del sacrificio religioso (iniciación), y 3°. Por el nacimiento final en el mundo del espíritu una vez que ha sobrevenido su muerte física. Semejante renacimiento o regeneración del espíritu después del nacimiento natural del hombre en la carne habría asombrado a un legislador judío. Sin embargo, así era lo enseñado tres mil años antes de la aparición del gran profeta Galileo, no sólo en la antigua India, sino también en todas las *epoptae* de la iniciación pagana, donde se les instruía en los grandes misterios de la **VIDA** y de la **MUERTE**. Este secreto de secretos, o sea que el *alma* no está sujeta a la carne, era también demostrado prácticamente entre los yoguis, secuaces de Kapila, quienes emancipadas ya sus almas de las trabas de *Matat* o de *Prakriti* (es decir de la percepción sensitiva física y de la mente), habían desarrollado de modo tal el poder del alma y su fuerza volitiva que aún hallándose todavía vivos, o sobre la Tierra, poseían ya facultad de comunicarse con los mundos superiores y de realizar cuantos fenómenos llamamos hoy impropriamente «milagros». Los hombres, pues, cuyos cuerpos astrales han logrado ya en la Tierra el *mukti* o el *nehreyasa*, son verdaderos semidioses y cuando desencarnan alcanzan el *Moksha* o *Nirvana*, es decir que logran su *segundo* nacimiento espiritual.

«Buddha enseña la doctrina del nuevo nacimiento tan claramente como después Jesús. El gran reformador hindú, deseando romper con los antiguos misterios, a los cuales era imposible admitir a las masas ignorantes, aunque suele guardar silencio respecto a más de un dogma secreto, expone claramente su pensamiento en algunos pasajes, como cuando dice, (*Preceptos del Dharmapada*, v, 126): «*Algunas personas nacen de nuevo*. Los que obran mal van al Avitchi, los que son virtuosos al *Devachán*, pero los que logran libertarse de todos los deseos mundanos alcanzan el Nirvana y no vuelven ya».

«Una de las posibilidades del arte mágico es la posibilidad de separarse voluntaria y conscientemente el hombre interno (forma astral) del hombre externo (cuerpo físico). En el caso de algunos mediums esta separación puede operarse también, pero es inconsciente e involuntaria. La diferencia esencial entre uno y otro caso, sin embargo, estriba en que en este último el cuerpo físico queda en un estado más o menos cataléptico, mientras que en el

Adepto la ausencia de la forma astral no se notaría dado que los sentidos físicos siguen activos, pareciendo sólo como si el Adepto estuviese abstraído, o «en profundo estudio», como algunos dicen. Para los movimientos de semejante forma astral ni el tiempo ni el espacio ofrecen obstáculo alguno, pero, si bien ella puede ir a todas partes, penetrar a través de cualquier obstáculo y ser vista a distancia de su cuerpo físico, éste último está sujeto a las naturales dificultades conocidas en su locomoción. La materia inerte puede, en ciertos casos y bajo ciertas condiciones ser desintegrada, filtrada así al través de las paredes, y vuelta a combinar al otro lado después, pero con los organismos animales vivientes esto no puede hacerse sin matarlos con ello. Los partidarios de Swedenborg creen, y la ciencia oculta enseña, que el abandono del cuerpo viviente por parte del alma tiene lugar con frecuencia, y que en todos los días y en todas las condiciones de la vida nos encontramos con semejantes cadáveres vivientes. Varias causas, entre ellas el miedo excesivo, el pesar, la desesperación, un violento ataque nervioso o la excesiva sensualidad pueden dar lugar a este resultado. En la vacía cáscara así abandonada por su legítimo dueño, puede entonces entrar y habitarla, bien sea la forma astral de un hechicero, bien un elementario (una alma humana desencarnada pero aun ligada a la tierra) y en caso más raro, un elemental. Naturalmente que un Adepto de la Magia blanca tiene también el mismo poder, pero a menos que con ello haya de realizar una misión trascendental e importante, jamás consentirá en mancharse ocupando el cuerpo de una persona impura. En la locura, el cuerpo astral del paciente o bien está semiparalizado, turbado y sujeto a la influencia de cualquier espíritu que pase, o se ha separado para siempre, en cuyo caso ha tomado posesión del cuerpo alguna entidad vampírica en vías de desintegración, la cual se aferra desesperadamente a la tierra, cuyos placeres sensuales pueden así prolongar durante un cierto, aunque breve período.

(10) Recientemente se ha ocupado la prensa de *Los cuatro elefantes de piedra de las ruinas de Copán*. Se trata de sendos personajes que llevan sobre la cabeza un adorno que representa una cabeza de elefante, con la trompa levantada, y adornada con una figura en forma de caracol, debajo de la oreja.

En una antiquísima estatua de elefante en Delhi, la ciudad sagrada de la India, se puede observar también el mismo adorno en forma de caracol debajo la oreja del animal, tal como aparece en el relieve americano.

Ese adorno simbólico, probablemente, era usado en los relieves y pinturas orientales cuando las civilizaciones de Asia y América fueron una sola, y los continentes estuvieron unidos por tierras hoy aisladas en el Pacífico.

Partiendo de la misma base, hay muchos arqueólogos que creen se relacionan con la incógnita del origen de la civilización y de la raza americana de las épocas antiguas.

Es sabido que las excavaciones de algunas ruinas de Centro América revelaron la existencia de una serie de civilizaciones avanzadísimas, que en su época tal vez alcanzaron a un desarrollo y magnitud mucho más esplendorosos que los de las civilizaciones contemporáneas de Europa y Asia.

Así lo hacen creer los descubrimientos de grandes ciudades en la América Central, dotadas de construcciones suntuosas, de templos espléndidos y de una urbanización extraordinaria.

Las ruinas de los antiguos pueblos americanos, en los que los españoles encontraron una civilización perfeccionadísima, son bien estrecho lazo entre las civilizaciones asiática y la americana.

Yendo más lejos y analizando las costumbres de los grandes pueblos americanos, como son los mayas de Centro América; los aztecas de México, los toltecas y el vasto imperio de los Incas, se encuentra cierto parecido entre las religiones y el ceremonial jerárquico de estos imperios y los de los pueblos asiáticos, persa, hindú y chino.

Pero la más sorprendente demostración del contacto que debió haber existido entre el Nuevo y los Antiguos Continentes, está en el hallazgo de ciertas pruebas evidentes de la teoría que se pone de manifiesto al analizar la arquitectura de las ruinas de América.

Uno de los problemas más interesantes que se han ofrecido a los estudiosos de la arqueología en los tiempos modernos es el que ya en decadencia, revelan que existió en nuestro continente una cultura, un adelanto de costumbres y de conocimientos, que casi no se comprenden al ser considerados como algo que ha nacido espontáneamente, sin el menor contacto con las civilizaciones asiática y europea.

Últimamente, sobre todo, se han efectuado hallazgos sorprendentes en la materia.

En un templo de los aztecas mexicanos, se halló, a los pocos metros de excavar el suelo, un medallón con una inscripción en chino.

Este descubrimiento ha alentado a los sabios para proseguir sus investigaciones, seguros ya que no ha podido menos que existir un gran pueblo asiático en los albores de la historia americana del norte y sur.

En el templo de la ciudad en ruinas de Copan, Honduras, se han descubierto relieves que por su dibujo y motivos, pertenecen indiscutiblemente a la decoración chinesca.

Uno de ellos aparece en una columna de piedra esculpida que está adornada con verdaderos elefantes ciclópeos, es decir, con animales de la civilización asiática, de los cuales no se tiene noticia que hayan existido jamás en América.

Ello prueba que mucho antes que Cristóbal Colón descubriera el nuevo mundo para la civilización latino-germánica, ya los navegantes chinos habían descubierto la América para la civilización asiática.

Uno de los relieves representa que la sabiduría antigua del Oriente había alcanzado también un extraordinario desarrollo en los pueblos americanos de la antigüedad, y que la Biblioteca Azteca quemada por los conquistadores de México, contenía obras maravillosamente adelantadas de ciencia, de filosofía y de poesía, que ya no volverán a encontrarse jamás.

El problema es interesantísimo, y de resolverse, dará una explicación nueva a la repartición de las razas en el mundo, y del mismo modo, atribuiría un origen hindú o mogólico a la raza cobriza de América, de cuyo origen verdadero nada se había resuelto hasta el presente.

(11) En nuestra *Ciencia hierática de los Mayas* se hace la enumeración de los principales «Códices del Anahuac» que se conservan repartidos por los museos de Europa y México, por lo que remitimos allí al lector para que pueda apreciar el profundo saber matemático del sacerdocio de aquellas gentes. Lo relativo al *Tonalamac* o calendario religioso de los tzapotecas, del padre Córdoba, (*Arte de su lengua*, siglo XVI) está muy bien tratado en la edición francesa del *códice Telleriano-Remese*, de París. Allí pueden



apreciarse y también en el *Fédjevary*, de Hungría, cosas notabilísimas de astronomía, como las relativas a Venus, a las «estrellas fugaces Leónidas» del 11 de noviembre, y a los cometas. Siempre será de actualidad mejicana también la célebre *Colección* de lord Kingsborough en siete más dos tomos. El espléndido *códice Vaticano*, N°. 3738 es más completo que el *Telleriano* en la parte cosmogónica que falta en aquel. Allí se ve toda la creación, los diversos cielos, los Soles, la Luna, Quetzalcoatl, los dioses, el viaje de los muertos (de gran valor egipcio), el *Árbol de la leche* (esotéricamente el de los Adeptos), el *Tonalamac*, los sacrificios en los templos, usos, indumentaria, etc., la peregrinación de *Aztlan* y la larga servidumbre de los méxica en *Culhua-can*, que corre pareja con la de los israelitas en Egipto. El *códice Aubín*, con el *Teocalli* («casa de los dioses») o gran templo de México, es también un precioso documento maya-nahoa igualmente el *Atlas de Durán*, la *Rueda* (calendario) de Olmos, el *Jeroglífico de Sigüenza* y la *Tira del Museo de México*, el *Libro de los Tributos*, la *Tira de Tepechpan* (1298-1589), el *Libro de oro y Tesoro Indico* de Icazbalceta, con un escrito del sabio y bueno *Motolinía*, sobre el Venus planeta que da todo el mecanismo del calendario mexicano, mecanismo probablemente como el del patriciado romano antes de las guerras civiles con los plebeyos libradas precisamente por la posesión del secreto de este calendario tan diferente del solar y que cambiaba cada año los días de las fiestas y complicaba por tanto la vida civil de un modo extraordinario dejándola a merced de los sacerdotes. Todo ello está fundamentalmente comprendido en los grandes *códices* como el *Borgiano*, el de *Dresde*, el *Troano*, el *Cortesiano*, el *Boloñés*, el *Clementino*, el *Mendocino*, el *Láudense*, el *Zumárraga*, en su mayoría incluidos en la colección de Kingsborough.

A más de esto, son documentos preciosos las *Cartas* de Cortés, de Lorenzana (1770) y de Gayancos (1886), las de Bartolomé de las Casas, la *Historia del P. Sahagún* (hoy publicados sus dos tomos), las obras de Motolinía (fray Toribio de Benavente), Lino Fábrega (1746-1797), Clavijero, Morfi, Veytia, Humboldt, Rios, Gama, Ramírez, Orozco y Berra, Chavero y las espléndidas publicaciones modernas de la *Smithsonian Institution* y *Museo Nacional de México*.

En cuanto a la numeración nahoa, su sistema es admirable y tan perfecto como el nuestro, a saber: *ce*, *ome*, *yei*, *nahui* (1, 2, 3 y 4), *ma-cuilli*, 5 (la mano o *quinquena*, grupo de 5, primera «decena» en la numeración quiquesimal); *chicoa-ce* más *quinqua-ce*, (cinco más uno) el 6; *chicoa-ome* (cinco más dos) el 7; *chicoa-yei* o *chicuei* (cinco más tres) el 8; *chicoa-nahuit* (cinco más cuatro, el «un plus huit» francés) el 9; *Matlac-tti*, es el 10, o «las dos manos juntas»; *matlac-tli-once*, el 11 (¡notable ampliación y concordancia con el nombre irregular de nuestro *once*!); *matlac-tli-ome*, el 12; *matlac-tli-ome*, el 13; *matlac-tli-zei*, el 14. *Caxtollí*, (la tercera quinquena), es el 15. Del 16 al 19 se forman a su vez sobre esta tercera quinquena, agregando igualmente *ce*, *ome* y *zei*. *Cempohualli*, más bien quizá *zampo-hualli* (palabra tibetana relativa al «hombre»), es el 20, «los dedos de las dos manos y los dos pies» o sea el hombre completo, como unidad superior o *veintena*. Los números del 21 al 29 se forman después a seguido agregando los nombres de los anteriores. *Cuarenta* es *om-po-hualli* (los dos veintes); *sesenta* es *yei-po-hualli* (los tres veintes) y *ochenta* es *nahui-po-hualli* («los cuatro veintes», el quatre-vingt de los franceses) También se le llama al 80, *xi-huitl*, ciclo, «atadura o haz de hierbas» y «piedra preciosa» o turquesa, etc., etc.

Los días del año se contaban igualmente por grupos o meses de veinte en veinte. Cada uno de ellos tenía un símbolo o jeroglífico, a partir de los cuatro primeros *accalt* e *acca-tli* (caña, planta, nombre que recuerda al *Acca laurentia* que tanto juega en la leyenda de los primeros días de Roma); *tecpatl* o *tecpa-tli* (el *teka*, griego, pedernal, punta de lanza); *calli* o *calqui-tli* (casa, templo del hogar) y *tochtli* (el conejo, el animal hispánico por excelencia, origen de la palabra *parsi* de *span*, *hispaan* o *Hispania*), siendo harto curioso que estos cuatro nombres aludan a «los cuatro reinos» de la Naturaleza y por el orden, no de la evolución darwiniana, sino el que da H. P. B. a la entrada del tomo antropológico de *La Doctrina Secreta*, es decir, *plantas* («plantas blandas que se endurecieron» según la frase de las *Estancias de Dzyan*), *piedras* («piedras duras que se ablandaron»); *hombres* y *animales* mamíferos cual el *coyote*, conejo o cerdo, porque la doctrina tradicional de Oriente considera a estos últimos como posteriores en la evolución al hombre, simbolizando su caída, mientras que las aves, «los hombres alados», de Platón son su precedente. A parte de esto, y dentro del carácter abstracto, generalizador y analógico propio de todo símbolo, *acatl*, era símbolo del agua en que la caña crece y, por tanto, de la Luna; *tecpatl*, era la piedra de la punta de la flecha, dardo o lanza, «piedra del rayo», en fin, y *acha* «*achu*» (de aquí el nombre de la danza el *Rabinal-achi*, «danza de los maestros»), es decir el símbolo del Sol y de sus vividos rayos. *Calli* o *Ca-tli* es la raíz de los *Chalchas* o *calcas* orientales, «los hombres por excelencia» inmigrantes en el Nuevo Mundo, como ya vimos, los hombres «venustos» o de Venus. *Tochtli*, en fin, es la Tierra, en simbolismo cual el egipcio del *Escarabajo* sagrado, que, con los detritos orgánicos forma y hace girar pelotas cenagosas y opacas cual la esfera de la Tierra.

Las relaciones simbólicas de *acatl*, *tecpatl*, *calli* y *tochtli*, no se detenían aquí, sino que eran aplicadas de igual modo a los soles o épocas, a los puntos cardinales, a los elementos y a las estaciones: *acatl* primavera, aguas; *tecpatl*, verano, calor, fuego; *calli*, otoño, casa, frutos, graneros, recolección, y *tochtli*, invierno, vida subterránea cual el conejo, etc., etc.). El norte era *mict-land-pa*, «la tierra de los padres de la noche»; el Este, *tlat-land-cop-copa*, «la tierra de los padre-madre atlantes»; el Sur, *huitz-li-land-pa*, «la tierra de Huitzilipoca, la de los padres negros», y el Oeste, *cihuat-land-pa*, «¿la tierra de los primeros padres aludiendo quizá a los *chinos-otomies*?».

Un detalle curiosísimo también respecto de las direcciones en el horizonte es el del *Nahui-ollin* («cuatro movimientos o posiciones del Sol»), o *aspa* marcando con sus cuatro brazos los puntos extremos respectivos de salida y ocaso en el día más corto y en el más largo del año, y el *Ollin-meztli* («cuatro movimientos o posiciones de la Luna»), *aspa* análoga para el orto y el ocaso más septentrional y más meridional de la Luna, al cabo del mes lunar, y por cierto que el ángulo de las *aspas* del *ollinemeztli* es mayor en cinco grados que el *nahui-ollin*, porque en el ciclo de unos 19 años la Luna extrema estas diferencias por estar su órbita inclinada unos cinco grados sobre la Tierra.

(12) «La pirámide de Xochicalco, por ejemplo, que se alza a más de cinco mil pies sobre el nivel del mar, al SO, de la ciudad de Cuernavaca y a cinco millas de la ciudad aborigen de Tetlana, está formada por cinco terrazas sucesivas; su mole es de enormes bloques graníticos (como los ciclópeos de Micenas y Tarragona), perfectamente labrados, seriados con perfecta regularidad, teñidos todos de rojo (el color *nahoa*) y cuajados de emblemas jeroglíficos, que triunfaron de la zagacidad de Humboldt y de sus sucesores.

Circuye la base de la pirámide un ancho y profundo foso que alcanza un perímetro de 4.000 metros. La plataforma es de 9.000 metros cuadrados; la rampa exterior conduce a un precipicio hacia el Oeste del monumento y más allá se alza otra construcción pequeña estudiada por Dupaix, le Plongeon, Alzate, etc. En la cumbre de la colina hay galerías y cámaras verdaderamente regias con entrada por el Norte. (Antigüedades mexicanas, Sophia, t. V. p. 222). Dichas fortalezas (las *Chiff Dwelling* célticas) tenían siempre sus cuevas iniciáticas (*Cave Dwelling*).

El relieve de Santa Lucía de Cozumahualpa (Guatemala) representa como tantos otros el momento de la iniciación. Sobre el cuerpo del neófito brillan los astros, mientras que un lazo o cadena de amor, como el del Hércules Ogmico irlandés, liga la reveladora lengua del Maestro con el atento oído del discípulo para recibir la «Palabra Sagrada».

Llamábanse *achticas* (¿âticas?) las alineaciones de templos y demás monumentos, ora en forma de cuadrado, ora de círculo. En las galerías de las criptas yacían en pie y alineadas centenares de momias, como las de Egipto, y las vasijas para usos sagrados o «minervinos» tenían forma de buhos, el ave griega de Minerva o «la Sabiduría». En muchas pinturas de los códices un monstruo devora a un hombre o más bien se lo traga vivo, en recuerdo del mito de Jonás y la ballena.

La región nahoa de los Ahunas en el Misissipi, el Misuri, el Ohio, etc., hasta el golfo de México, merecería estudio aparte, si ya no lo hubiese realizado muy completo Alfredo Chavero.

## CAPITULO X

### EL “ESPIRITISMO ORIENTAL” CHINO-TIBETANO, O SHAMANO-JAINISMO

*La llamada Edad paleolítica. — El hogar primitivo. — Ra y el itinerario de Io. — La Religión del Espíritu o shamano-jainismo. — Teo-pompo y su Meropís. — Los «eudaimonia» o espíritus dichosos. — El «Prometeo encadenado», de Esquilo. — Arghya-varsha o «la Tierra de las Libaciones». — El Kalki-Avatara de la montaña de Kailasa, en el desierto de Shamo. — El Nilo oriental y el Nilo egipcio. — Iaphetus, o «la progenie de IO». — Los «eternos fugitivos». — El estado religioso post-atlante. — Los primitivos Ainos o Jaínos del Japón y de China. — El sintoísmo o religión Jim. — Los dioses «buenos amigos» del culto ario naturalista de los «jinas queridos». — Protectores invisibles. — La Madre-Naturaleza y su culto espiritual. — Josy Morison y la doctrina del Tao (Tao-te-king). — El panteísmo chino. — Teogonías de «Dragones y Serpientes celestes». — Los «Io-hanes» o «jinas». — Tai-Sham, montaña sagrada del Celeste Imperio. — Tesoros de Sabiduría. — Shu-sham, «el jina de la montaña de Shu». — Tai-hao o Fo-hi. — El clan patriarcal ario. — Divinos tesoros aportados por aquellos celestiales Guías. — Yao o Iao. — Las ideas chinas sobre el Grande y el Pequeño Sendero. — Los Tchanes o Choanes. — Confucio y Lao-tsé. — Sus doctrinas shamano-jainas. — Una página inmortal luminosísima de la Maestra H. P. B. — Comentarios teosóficos acerca del shamanismo, lha-maismo o «culto de los Espíritus». — La Logia Blanca del Tibet, verdadera capitalidad del mundo espiritual. — De dos modos se ha relacionado ella siempre con el mundo profano. — Las lamaserías. — Curiosos detalles de la vida de H. P. B. relacionados con ello. — Yoga o Eu-karistos. — Más detalles teosóficos acerca de estos interesantísimos asuntos.*

**E**l período glacial, así llamado por la moderna Geología subsiguio a la catástrofe atlante, cubriendo con su amplio sudario de nieves regiones hasta entonces dotadas de climas apacibles como los mismos macizos montañosos españoles donde hoy se aprecian sus huellas también. Los supervivientes de aquella catástrofe en el hoy viejo continente europeo fueron cayendo en la barbarie que acusa la Edad paleolítica, o «Edad prehistórica» de nuestra ciencia positiva.

Reducidas a las estrecheces de sus cuevas, obligadas por dura ley de necesidad o karma, a vivir de la caza y de la pesca, en lucha desigual con fieros y gigantescos animales, las familias de aquella época viéronse recluidas al hogar, primera mónada social y último refugio también en las extremas decadencias. Su religión, si alguna tenía digna de ese nombre, redujose también al totemismo o fetichismo hechiceril y, en el mejor de los casos, al culto de los antepasados y al de las fuerzas naturales con las que reñían la más desventajosa de las batallas. La religión naturalista de tales pueblos lindaba, pues, por

arriba con lo más puro y más sublime, y por abajo, con lo más envilecedor y más grosero. Quizá hasta esas caóticas colectividades humanas, hostiles entre sí por su misma inferioridad rayana con el mundo animal, — «hostes», enemigo — convivían dos razas hoy empezadas a vislumbrar por la prehistoria de Occidente; razas respectivamente orientadas en el uno o en el otro sentido, es decir, que la más superior de ellas conservó la más pura tradición de las edades (Sabiduría divina o Teosofía) y con ella formó en esa región de la Bactriana o de la Ariavatha la primitiva religión del pueblo sucesor de los atlantes: el pueblo ario, así llamado de su mítico conductor a través de Europa, desde la Atlántida hasta el corazón de Asia o «itinerario de Io», **Ra**, Ra-ma, «El Cordero» inmortalizado muchos siglos más tarde en los poemas hindúes con el título de **Ra-ma-yana** o «**Ra-ma-yoni**».

Acerca de esta religión natural y originaria conviene echar una ojeada retrospectiva antes de seguir en nuestra investigación.

Los primeros «Reyes Divinos» o Seres superiores bajados, según tradición, de otros planetas durante la Tercera Raza lemuriana, echaron los cimientos de las instituciones iniciáticas que luego en la Atlántida fueron degenerando en religiones positivas por la fatal influencia del infantilismo y la pobreza mental de los hombres para quienes se daban a guisa de otras tantas instructivas y morales fábulas. Aquella influencia superior, o «Religión del Espíritu», sin embargo, se mantuvo más o menos secreta y alejada del comercio de los vulgares o de los «pequeños» durante todo el resto de la época lemuriana y la totalidad de los siglos atlantes, con centros tales como los de los países drávidas de la India y el gran Colegio del **Jardín de las Hespérides**, en Occidente, Colegio que, poco tiempo antes de la catástrofe de la Atlántida, fue trasladado hacia Oriente (itinerario de IO) a través de las regiones mediterráneas, hasta Armenia y Ario-India o Bactriana y Afganistán (Oxus, Iaxartes, Paropamiso y Meseta de Pamir), irradiando de allí luego varias corrientes, una de ellas hacia el Indo y el Ganges (India) constituyendo los etíopes orientales; otra hacia el Nilo (Egipto), dando origen a los etíopes occidentales base de la gran civilización apenas esbozada en el capítulo anterior. Esto, por supuesto, ocurría hace once mil años o quizá muchísimo más, según las ciertas autorizadas cronologías. (1). Otras tres corrientes surgieron asimismo y, de que se hablará después.

Esto exige un detenido estudio, porque es la clave al par de la religión y la historia de todos los pueblos.

El traductor inglés del **Prometeo Encadenado** se lamenta de no poder poner de acuerdo con la moderna geografía el errabundo itinerario de IO, huyendo de la persecución desencadenada contra ella, dice H. P. B., quien luego continúa: «Esto es muy natural, pues que se trata de los vaivenes sufridos por la raza de la cual ha de nacer la «décima» — léase la Quinta o Aria — llamada también Kalki Avatara — el Avatara celta — o de descendientes de los reyes de Argos. Por supuesto, que semejante reino de Argos no es el clásico de Grecia, sino el **arg** o **arka**, el poder femenino creador simbolizado por la Luna, el Argha en forma de nave de los Misterios que la Reina del Cielo significa. Así Eustaquio demuestra que el dialecto de los argianos, o arg-ibos, Io significaba a la Luna, mientras que el Esotericismo explica que Io es el místico y divino Andrógino, el perfecto número 10, o de Jehovah. **Arghya**, en sánscrito es, por su parte, la Copa de Libación, el vaso en forma de nave en el que se ofrecen a las Deidades flores y frutos, y **Arghyanath** es el título del Señor o Maha-Chohan de las Libaciones, como **Arhya varsha** es «la Tierra de las Libaciones», el nombre de aquella misteriosa región que se extiende desde la montaña de Kailasa hasta

cerca del desierto de Shamo, de donde se espera que salga el Kalki-Avatara libertador. El Airy-âna-Varsedyá o Airyana-Vaêjô de los mazdeístas es idéntico a aquel lugar que, si ahora se dice que era el comprendido entre el lago Aral el Baltistán y el Pequeño Tibet, tenía un área mucho más extensa en los tiempos antiguos como sitio de nacimiento de aquella humanidad *física* de la cual es Io la simbólica madre. El texto, pues, del *Prometeo Encadenado* muestra el sendero de Io o sea el de la marcha de las razas tan claramente como le es dable. Io tiene que dejar Europa e ir al continente asiático, tocando en el Cáucaso, pero antes ha de haber viajado hacia el Este cruzando el Bósforo kimmeriano, o sea el Volga y el Astrakhan en el Mar Caspio, al tenor de la frase de «cuando atraveses el río que separa entreambos continentes hacia el Oriente abrasador», encontrándose luego empujada por los «fieros vientos del Norte», hacia el país de la Hueste de los Arimaspos, la Escitia de Herodoto, hacia «las riberas del aurífero Plutón, el Ural, como acertadamente indica el profesor Newman.

«Llegados aquí en el itinerario de Io, el divino titán Prometeo sigue diciendo a ésta: «no te acercará, no, a las tierras de Grifos y Arimaspos, sino que llegarás después a una tierra mucho más lejana, donde mora una raza negra cerca de las fuentes del Sol y allí donde nace el etíope río — el Indo o Nilo oriental —. Seguirás luego por la orilla de éste hasta que llegues a las Biblianas alturas que, en poderosas corrientes envían al Nilo sus aguas sacras y puras». Ahora bien «según las ideas geográficas de los primeros griegos — sigue diciéndonos el traductor — semejantes condiciones las llenaba el río Indus. Así Arriano (VI, 1) refiere que cuando Alejandro vio al atravesar el Indus numerosos cocodrilos, creyó haber descubierto las fuentes del Nilo, como si éste naciendo en algún lugar de la India y corriendo a través de desiertos, perdiese su nombre, y luego corriese por tierras etíopes y egipcias recibiendo el nombre de Nilo. El propio Virgilio en la *Geórgica IV* incurre en este viejo error».

«Por más que hayan podido equivocarse Alejandro y Virgilio, al espíritu Esotérico de la profecía de Prometeo no le ocurre igual. Su famoso río Ethiops es el Indus y es también el Nilo o Nila. En efecto, los griegos llamaban río Ethiops, mucho antes de los días de Alejandro, al río que nace en la celeste altura de Kailasa, la mansión de los dioses a 22.000 pies sobre el nivel del mar, porque sus orillas, desde Attock hasta Sind estaban pobladas por tribus negras a quienes se las solía llamar etíopes orientales, dado que la India y el Egipto primitivo eran dos naciones hermanas, y dichos Etíopes orientales pasaron desde aquella a éste. Además a dicho río Indo se le ha llamado también Nilo o Neilos y aun se le llama así hoy (de «Nil» azul) en las regiones de Kalabagh. Cuando, en fin, se da alegóricamente como en el *Prometeo* la historia de una raza no hay que exigir una cerrada exactitud geográfica». (2).

«La raza de Io, «la doncella con cuernos de vaca», es, pues, sencillamente la raza primitiva de los etíopes, traída por ella del Indus al Nilo, río este último que hubo de recibir este nombre en memoria de otro río madre de los dichos colonizadores, cosa expresada en *Prometeo* cuando el Titán dice a Io que el Neilos sagrado — el Dios, no el río — le guiará a la tierra de los *tres ángulos* (el Delta del Nilo), remoto lugar, donde se ordenaba a los hijos de Io que fundasen otra colonia «la quinta de las del negro Epafos, y en la que cincuenta vírgenes venidas de Argos caerán por amor, dando nacimiento a una estirpe de héroes innumerables, con hazañas para las cuales se necesitaría largo discurso».

Esta progenie de IO en Argos, Arga o la cuna asiática de la raza lunar tiene muchos nombres en la Historia. En la *Biblia*, al hablar de los primeros días postdiluvianos (catástrofe atlante), es *Ia-phetus*, el feto o progenie de IO, la raza de Jafet o de los asiáticos que vinieron a Europa; en Oriente es «Asia», que quiere decir «semilla» o germen semítico de los pueblos post-atlánticos; para la ciencia de las religiones comparadas esta raza, en fin, es la de Kalcas o celtas irradiados del Gobbi (Shama, Soma o la Luna) como hemos visto en otros lugares. Para el Mahabharata esta raza es la de los Pandavas «vencedora» o sucesora de los primitivos, de los kaurios, kyrites o curus (patriciado originario y anteatlántico) o más bien a la inversa. Para los simbolistas es la raza por excelencia de las «libaciones», tomada la palabra no en su sencillo y literal sentido, sino en otro relacionado con el misterio de la sexualidad (*Iod he-vau-he*). El propio nombre del desierto actual de Shamos o Soma es una astronómica y astrológica alusión a su notoria semejanza con aquellas inmensas regiones desérticas que el telescopio nos muestra en nuestro satélite, regiones que antes fueron mares lo mismo en la Luna que en la Tierra. *Kaila*, en fin, es la palabra sánscrita origen de la griega *Koilon*, el «espacio cóncavo», onphalos o el «ombligo», la Gran Matriz del Mundo o sea el primitivo *Delfos* de donde luego derivase el nombre del célebre lugar de las arias iniciaciones griegas; el *Airyana-Vaejo*, la cuna zoroastriana ya vista en capítulos anteriores.

*Arga*, en efecto, es una palabra disílaba equivalente por completo a la de IO, por cuanto *Ar* o *Ra* es el fuego masculino creador y *Ga* el principio acuoso o femenino: El primero es *Aries*, el Cordero; Ares, Marte, el planeta de la Quinta Raza, cuyo femenino es *Sera* o *Hera*, la Juno posterior, en realidad la madre Luna; el «Arca de la Alianza que los israelitas — la progenie de *Is-ra-el*, «el espíritu o alma de IO» — pasearon durante «cuarenta» años a lo largo del desierto, es decir, durante el inmortal itinerario de IO a través de los continentes salvados de la catástrofe, y decimos esto último porque todos los inestudiados éxodos mexicanos, tan análogos al bíblico, no significan otra cosa también, como es fácil de demostrar. Los templos primeros en forma de nave no son sino el continuado símbolo de este elemento femenino o argivo, contrapuesto al kyritario o solar de la lanza en las degeneraciones religiosas posteriores.

Esta progenie *ia-phética* es la milesia «mil-asiana o ió-nica, la «fugitiva» o errabunda de tan sublime florecencia en Grecia; la «raza-cometa» o peregrina, alma de la protohistoria y que tiene en todos los países una representación brillante, empezando por el propio Punjab y la península del Guzerate. La leyenda del Judío Errante, aprovechada por Wagner para su ópera *El buque fantasma*, y que aparece también en el *Balandro de Merlín*, es la forma última y más pobre de las emigraciones de estos lunares pueblos.

Quedaron, pues, las cosas religiosas a la caída de la civilización atlante, poco más o menos y en líneas generales de este modo: varios centros drávidos o lemurianos, uno de ellos hacia la India; un centro superior refugiado en el Thibet y en el Gobbi y multitud de pueblos atlantes inferiores repartidos por todo el ámbito de lo que hoy llamamos antiguo y nuevo continente, con algún centro iniciático aquí y allá, tal como el escítico del Norte tan alabado por los clásicos griegos, con doctrinas excelsas reflejadas más tarde en el *Kalevala* («la antigua Wala o profetisa, la representante genuína de la ciencia excelsa de *Ur-wala* o «Madre-Tierra») y en los cantos nórdicos utilizados sabiamente por Wagner para sus dramas musicales como llevamos dicho en otro lugar. A este pueblo blanco, elevadísimo, se hace alusión en *Por las grutas y selvas del Indostán* al decirse que los mismos brahmanes,

en su orgullo de saber y de casta, le consideran un pueblo nada inferior a ellos, como heredero que él era no sólo de la sabiduría lémur de la Tercera Raza, sino de la Segunda Raza o hiperbórea: la raza de Melchisedech o Melkisedac, el gran sacerdote de los Mlechas o bárbaros, al que tantas veces se alude en el Génesis como protector de Abraham y de su hijo Isaac. La raza, en fin, de Moria, como se dirá en el próximo capítulo.

Hoy está ya demostrado también que los primeros invasores de China y Japón, penetraron desde Occidente y fueron llamados Aínos o Jaínos, es decir «Jinas» o «Conquistadores» zendos de la Arivartha, como los que ya vimos citados en el Avesta y en los Naskas sagrados. Este hecho indica que a las dos corrientes de «etíopes orientales» o hindúes y «etíopes occidentales» o egipcios, ya dichas hay que agregar una tercera o chino-japonesa a través de Gobbi y del Tibet y de la que poco o nada se ha ocupado la Maestra H. P. B. Es decir que la Persia y la Ariavartha fueron el centro de irradiación de aquellos partidarios de la Doctrina Primitiva, de quienes se dice en las *Estancias de Dzyan* «Los Dragones y Serpientes de la Sabiduría, hicieron las paces con los de la Quinta Raza o Arios, a los que ampararon e instruyeron».

El más primitivo sintoísmo o «religión de Shind, Jind o Jain», el culto único a los antepasados y a sus «jinas» o «espíritus de los muertos»; es genuinamente ario, y el Celeste imperio, por sobre los pueblos aborígenes atlantes de aquel suelo, a los que no afectó la catástrofe, presenta una raigambre aria de la que ya no se puede dudar aunque de ella nada hayan dicho los autores.

Por eso el sintoísmo originario o religión de Shind, Chin, Kin o Jin, no es, repetimos, sino el culto a los antepasados, a los «jinas», culto sin templos, culto naturalista y caucásico bien diferente del que después introdujeron con sus invasiones los mogoles. Chinos y nipones, aun hoy, consideran a sus dioses como meros «buenos amigos» o «protectores invisibles» que antes fueron aquí abajo ascendientes suyos, y sus fiestas todas respiran un místico amor a la Madre Naturaleza, en perfecta familiaridad, sin templos ni liturgias, sin fanatismos ni sensiblerías. Fiestas sencillas, dice un autor, bajo el dosel azul del cielo, ora a plena luz solar, ora bajo los efluvios de la Luna, y llenas del más sano optimismo, ese optimismo hijo del placer de vivir que es la recompensa lógica de la convivencia con la Naturaleza y el constante acatamiento a sus leyes ineluctables.

«Hay una cosa que el hombre occidental comprende difícilmente, y a causa de la cual le resulta impenetrable el alma china — dice Josy Morison en reciente trabajo —, y es que China, a pesar de sus numerosas y ridículas supersticiones, es un pueblo de ateos. Hasta en la doctrina taoísta Dios resulta una creación del Tao (Razón Suprema), anterior a todo, a la propia divinidad y verdadera «alma madre» del Universo. Ciertamente que hay muchos millones de chinos budistas, ganados al culto más o menos puro de las doctrinas de Sakya Muni, las cuales invadieron la China desde el Tibet predicando la santidad, el renunciamiento y la paciencia. Estos chinos piensan pasar una eternidad sentados sobre la flor de loto hasta la total purificación, después de la tal su espíritu, convertido en un destello, en una chispa rutilante y fría, irá a brillar para siempre en la inmensidad de los espacios siderales. Mas el budismo no deja de ser una religión extranjera, postiza. El chino carece de religión; tiene, sí, dos escuelas de filosofía y de moral: una en el Norte, Confucio, el más grande filósofo de la China y uno de los mayores del mundo; otra en el Sur, Laot-sé, de cuyas doctrinas nació el taoísmo. Y tiene además innumerables supersticiones procedentes



del budismo, del taoísmo, de dioses y genios tutelares que le dan cierto semblante politeísta».

«Pero en realidad no hay en China más que una religión que merezca tal nombre: religión oficial y pública, extendida y arraigada en el corazón de las inmensas poblaciones de esta nación gigantesca: el panteísmo. China es panteísta. Rinde culto a las fuerzas generatrices de la Naturaleza. Anualmente, entre otras fiestas de carácter panteísta, se celebra la fiesta de la labranza; el primer magistrado de cada departamento sale coronado de flores y conducido en andas, precedido de tropas numerosas y seguido de música. Todas las calles del tránsito están tapizadas y adornadas de linternas; de trecho en trecho se elevan arcos de triunfo. Cuarenta hombres pasean en esta procesión un búfalo de tierra cocida y cuernos dorados; cuarenta hombres que pueden apenas con él. Tras el búfalo camina un niño que lleva un pie calzado y el otro descalzo; simbolizando el «espíritu del trabajo y de la diligencia». El niño golpea sin cesar con una vara al búfalo para que camine, y tras de él van en procesión los labradores armados de sus instrumentos de trabajar la tierra. Máscaras y comediantes cierran la marcha y dan al pueblo espectáculos más o menos grotescos».

«El gobernador o primer magistrado se dirige a la puerta oriental de la ciudad, como para salir al encuentro de la primavera y darle la bienvenida. La procesión se termina con una exhortación en elogio de la agricultura. En la capital del Imperio la ceremonia de la labranza la presidieron siempre los emperadores».

«La China practica aun el bello mito que Grecia consagraba a Ceres. Allí también las raíces de su nombre «Demeter» — «tierra madre» — indican la profundidad de su origen. Allí, como aquí, el hombre antiguo se inclinó sobre la tierra sustentadora con espíritu religioso, y la diosa de la fecundación, saliendo del cerebro confuso de los primeros hombres, se lanzó entre las espigas del surco trazado por el arado del labrador. Ya el agricultor no se encontró frente a la Naturaleza brutal e inconsciente, sino ante la tierra madre, el campo nutricio, el cultivo que funda, sostiene y civiliza al hombre. Y desde la antigüedad más remota y oscura, este culto, estrechamente unido a las imperiosas necesidades de la vida, ha hecho de la China el país más cultivado del mundo, el más bello jardín de la tierra».

Todos estos detalles aproximan al pueblo chino al ario-parsi que aún hoy se transparenta a través de los degradados cultos jaínos primitivos de Grecia y Roma. También reflejan, como no podía menos de ser, el exhuberante naturalismo de los Vedas, en sus diez épocas o ciclos evolutivos durante los que se ha ido operando el devenir de la naturaleza hasta los días del hombre actual a saber:

La Primera época, genuinamente astronómica, es la llamada «la familia de los soberanos del cielo», o zodiaco místico de los doce hermanos celestes, especie de las doce tribus de Israel, tribus cosmogónicas también en sus orígenes caldeo-parsis y que claramente aluden a los «doce trabajos de Hércules» o el Sol de los doce meses del año. Época «solar» por decirlo así a la que sigue luego otra planetaria o de los «cinco dragones», más bien de los siete planetas, porque es sabido que a éstos se les llama siempre en las teogonías Dragones o Serpientes de la Sabiduría a causa de sus dos movimientos de rotación y traslación que hacen dejar al astro una huella como de serpiente en el cielo. A esta época la sucedió otra, la de los *Lo-hanes*, «devas», «kabires» o «ángeles» que cayeron en la generación para salvar de la muerte eterna, a los hombres-animizados por su triste caída; seres divinos, aquellos, vencedores del Reino inferior o «infierno», haciendo

desarrollarse el Ego espiritual o Tríada Divina de Atma-Buddhi-Manas superior que diríamos en lenguaje teosófico. Claro es que estos lohanes no son los que después recibieron también y muy justamente el mismo nombre, o «lohanes del Madhy-yanlik», de Kashmir, que, hacia el año 3000 de la Era Kali o sea un siglo antes de nuestra Era, llegaron del Tibet a la China para predicar el Buddhismo y cuyas efigies, juntas con otras de predicadores posteriores aun pueden verse en la pagoda de Pi-yunti en el «Salón de los Quinientos», junto a Pekin. Estos lohanes o grandes Jinas, según las piadosas tradiciones del país, no han muerto aún, sino que siguen amparando a éste, desde la montaña de Tai-Shan y desde otras. (3).

Por supuesto, estos «Cinco Dragones celestes», no son, en clase astronómica, sino los cinco planetas visibles a simple vista: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, dejando a un lado al Sol, a la Luna y a la Tierra. Sus reflejos en nuestro planeta son los múltiples «dragones humanos» de las épocas posteriores a cuyo detalle no vamos a descender, limitándonos a citar los más conocidos en la demopedia china.

El primero de estos es Shu-shan, literalmente «el jina de la montaña de Shu», destructor de los entes monstruosos de otras edades, con cabeza humana, alas de murciélago, cuerpo de ciervo o caballo y cola de pescado, etc., o sean los seres de la Tercera Ronda terrestre, «los hombres del agua, terribles y malos», cuyo último eco es el de los capiteles románicos y los «Libros de Caballería» de los que se hablará a su tiempo.

Otro «jina» análogo, de la «novena época», es *Fo-hi* o *T'ai-hao*, «el muy grande», «el primero de los cinco soberanos» que reinó en el vasto Imperio unos 3.000 años antes de nuestra Era, o sea antes de empezar las grandes emigraciones de Kalkos o celtas hacia las regiones de Occidente. Muchos de los detalles míticos de que luego ha sido revestido pertenecen ya a la influencia buddhista, tales como su concepción milagrosa «por un arco celeste» al pie del sagrado río. Fu-hi o Fo-hi descubrió «los ocho símbolos» consignándolos en un libro sagrado originario del que luego se formaron los King, y enseñó a los hombres la agricultura y la cría del gusano de seda que pasaron a ser las fuentes de la riqueza nacional.

Pero la magna obra de Fu-hi fue la constitución del clan o agrupación de familias bajo la jefatura patriarcal de un soberano en relación constante con aquel mundo superior de los jinas protectores. El primero de estos soberanos fue Tai-hao, por contracción Tao o Iao, que es otra de las variantes del nombre de Fu-hi. El acabó con el salvajismo post-alante de su pueblo enseñándole como va dicho, las artes de la pesca, el pastoreo, la agricultura y la construcción de ciudades y la música. También les enseñó las ciencias, especialmente las del movimiento de los cielos y la de las realidades invisibles metafísicas, amen de la contabilidad, por el uso de los quipos. En todas esas cosas auxilió a Fo-hi, Nu-kua, que para el exotericismo vulgar era la esposa, la hermana y la hija al par de aquel humano «dragón de la Sabiduría», pero que para la recta interpretación esotérica no es sino su Egeria, su Dama ideal, su Numen protector, por encima de toda necromante consideración de sexo. Por eso Nu-kua es representada con cabeza de mujer y cuerpo serpentíneo y se dice de su voz, como de la lira de Apolo y la flauta de Pan que concertaba sus notas con la pitagórica «música de las esferas». En el *Li-chi* o «Libro de los Ritos arcaicos» se le atribuye a ella la contextura gramatical del chino originario y la construcción del arco iris, quiere decir la de las formas todas de la naturaleza «pues era una mujer que cada día cambiaba setenta veces de forma y de figura». Irritada ella contra el Mal Espíritu que tiranizaba y debilitaba a la

pobre humanidad, en un momento de rabia se dio con la cabeza contra la bóveda celeste provocando un diluvio que sumergió a la comarca de Ki-chao. Nu-kua cogió luego cinco pedrezuelas de los cinco colores sagrados o simples: blanco, negro, rojo, amarillo y azul y restauró con ellas los rotos cielos, encauzando las aguas donde hoy están.

Todo esto por supuesto, como lo demás relativo a dioses o «reyes divinos» posteriores desde Fo-hi hasta Yao o Iao — variante fonética de Io, Iaco y Jehovah —, son recuerdos tradicionales atlantes y lémures. Así Chen-nung enseñó a los pueblos el arado y las virtudes medicinales o venenosas de las plantas; Hoang-ti el arte de gobernar y el de la escritura con caracteres remedados de las huellas de las patas de los pájaros en el cieno; y la verdadera filosofía de la calma del espíritu por encima del deseo que nos encadena a todo lo transitorio de aquí abajo; Tien-Chen que sabía el lenguaje de las aves; Kao-Yang-Che creador del verdadero calendario y conocedor de las música de las esferas; y Yao, en fin, bajo cuyo reinado la felicidad más excelsa fue disfrutada por aquella tierra.

Las ideas chinas primitivas en religión y filosofía fueron las del «grande y pequeño senderos» (*Mahayana* y *Hinayana* o *Jina-yoni*). Ellas fueron conservadas y siguen siéndolo por *sha-manos* (hombres divinos) en retiros solitarios como aquel de Liu-chan (reino de *Lais*) junto a Kiu Kiang, que fuera residencia del gran *chuan*, choan, o «inca» Tchu-hi. Allí se llegaban los propios emperadores en demanda de luces espirituales para los negocios difíciles del Estado. La distinción antiquísima japonesa entre el *Sungado* (gobierno religioso-*solar*) y el *Mikado* (gobierno humano y *lunar*) no tiene otro origen, como también el gran mito del Sacrificio de la Divinidad o Logos crucificada al manifestarse en el Cosmos y origen de ciertos sacrificios expiatorios tártaros (el del Caballo uno de ellos que ya aparece en los Vedas) y el de los pueblos semíticos o *lunares* posteriores, tales como el de *Isa-ac* por Abraham (el no-brahmán) y el mismo sacrificio japonés de Hitogaki, sin hablar del que es base del Cristianismo, ni de los de Andros y de las *Doce Tablas*, ni del de Abdallah, abuelo de Mahoma evitado por el de los «cien camellos» (*Heca-tombe* o inmolación de los cien bueyes, que antes decían los griegos), ni el del «macho cabrío», base de la tragedia clásica y moderna, ni, en fin, el de la *Vaca expiatoria* de la Biblia y el Corán, tratado por extenso en el capítulo XVII de nuestro libro *De gentes del otro mundo*, porque el estigma mayor de todas las religiones lunares que en su decadencia lastimosa ha padecido la humanidad, es el del derramamiento de sangre, hecho con el que, bajo pretexto de congraciarse con la Divinidad Sacrificada en el Cosmos, como va dicho, con lo que se ha procurado ello es hacerse gratos a los infinitos «Moloch» de lo astral, huestes vampíricas que de las locuras de la Humanidad ignorante viven, y que llegan por legiones allí donde la sangre es derramada, como en el célebre pasaje de la Odisea en el que, degollando un cordero negro al borde de un hoyo, es evocado el adivino Tiresias por Ulises. (4).

Los *Tchanes*, *Choanes* o *Jinas* chinos, más que dinastía primitiva propiamente dicha, no es sino el gobierno patriarcal originario de todos los pueblos hasta que se entronizó en ellos la Magia Lunar o de la Izquierda, cayéndose más tarde en los despotismos militares con los que alborá la Historia conocida. Por eso se suele decir que en la dinastía de los Tchanes vivieron dos grandes sabios religiosos: el divino *Lao-tsé* y el humano *Kong-fu-tse* (Confucio), el uno dice Edkins, es Pitágoras o Platón, el otro es Aristóteles.

Lao tse transmite las ideas básicas de aquellos Seres excelsos y las recopila *Tao-te (o ti) king*, el «corazón de la Doctrina con 5.000 palabras en menos de doce páginas de las nuestras. El *Tao* es, sencillamente la *Evolución*, el devenir natural que dirían nuestros modernos darwinianos, la Cosmología y Antropología arcaicas, un *Libro de Dzyan* chino, como si dijéramos. En él se distingue lo permanente y real, que es eterno e inmutable, y la Evolución del mismo en el Tiempo con sus tres ilusiones humanas que llamamos pasado, presente y futuro y que, esotéricamente, el verdadero filósofo no debe mirar sino como una sola: lo que hoy, en lenguaje einsteniano llamamos ya «la cuarta dimensión del tiempo en el espacio sin límites». Por eso, por encima del *Fo* (doctrina del buddhismo exotérico posterior o de las masas) y aun del mismo *Tao* fue mantenida en religiosísima veneración filosófica la excelsa Religión. Sabiduría de *ju, ji* o *io*, de los letrados iniciados con su aparente culto pre-caldeo al Cielo y a la Tierra (Parabrahmán y Mulaprakriti, más bien, de los arios-hindúes).

*Kong Fu-tse* (el latinizado Confucio) vino unos cinco siglos antes de J. C. a divulgar la vieja Doctrina. Descendiente del gran emperador Hoang-ti (o *it*) que abandonando el país *solar* o iniciático al que aludíamos (el de *Sung*) se estableció entre las gentes lunares (el de *Lu*) o de la pobre humanidad inferior (que se quiere hacer hoy parte del Chan-tung actual). Su padre *Kong-chu-hiang-he* es un personaje un tanto mítico que, como el Jacob (Iako) hebreo con Lía y con Raquel, casó en segundas nupcias con una joven de la familia *Yen* de la que tuvo a *Tsen* y *Kien* (el de la protuberante cabeza ¿dolicocéfala?). Verdadero Mahoma oriental se dedicó en sus primeros años al comercio y a la agricultura. Más tarde visitó a *Lao-tse* en Loh, junto a Honan-fu, donde recibió la iniciación, volviendo entre sus contemporáneos para aleccionarles desde uno de los más altos puestos de la Corte. Las envidias del perverso rey de Tsi le obligaron, como a Mahoma, a realizar su hégira o huida a los 54 años, viajando entonces por el territorio entre multitudes de discípulos, para los que compiló el *Tchung-Yung* de los predecesores y les dio enseñanzas filosóficas del Cielo, la Tierra, la religión de los antiguos, los mundos superiores e inferiores, la comunicación espiritual con los difuntos, los reinos de la Naturaleza, tras las que la investigación ulterior ha de encontrar no pocas enseñanzas de los Vedas transmitidas por las altas cuencas de los ríos chinos, con un criterio naturalista que linda a veces con el positivismo. Uno de los emperadores de los Tsin (Chi-Hoang-ti) ordenó la destrucción de todos los libros del Maestro, pero, cuando el renacimiento literario de los Han (nombre egregio que pasó desde Tartaria a Rusia y fue llevado por H. P. B. como es sabido) se dice que el anciano Fu-san (un iniciado más bien) recordólos de memoria en su mayor parte pudiendo así ser reconstituidos, completándose luego con los hallados en las propias ruinas de la morada del Maestro. Finalmente, modernos estudios alemanes se están encontrando tales sorpresas en las doctrinas del mismo y más aún de *Lao-tse*, que no se han atrevido a publicarlas «por no darnos un Cristianismo de antes de Cristo». (5).

En resumen, cuanto más se bucee en las viejas doctrinas religiosas del celeste imperio, más y más se encuentra en ellas al *shamanismo*, o doctrina originaria de los *shamanos*, es decir, de los jinas o hombres divinos, por otro nombre *lamaísmo*, o culto de los espíritus.

Hay en la obra de la Maestra una página que arroja torrentes de luz acerca de semejante enseñanza primitiva y, de paso, sobre los diversos nombres que podrían adoptar

---

las doctrinas teosóficas si llegase el día en que ellas, por culpa de sus modernos mantenedores, cayesen en el descrédito como tantos otros nombres venerandos. La página es esta:

«Lo que el común de las gentes conoce acerca del Shamanismo es muy poco y aun este poco ha sido adulterado lo mismo que el resto de las religiones no cristianas. Suele llamarse al Shamanismo «el paganismo de la Mogolia», sin razón alguna, puesto que es una de las más antiguas religiones de la India, a saber: el culto del Espíritu; la creencia en la inmortalidad de las almas y en que éstas, allende la muerte, siguen presentando las mismas características de los hombres a quienes animaran aquí en la Tierra, aunque sus cuerpos hayan perdido por la muerte su forma objetiva, cambiando el hombre su naturaleza física por la «espiritual». Dicha creencia, en su actual forma, es un retoño de la primitiva teurgia y una fusión práctica del mundo visible con el invisible. Cuando un extranjero establecido en el país desea entrar en comunicación con «los invisibles hermanos» tiene que asimilarse su naturaleza, esto es, encontrar a tales seres andando la mitad del camino que de ellos le separa, enriquecido entonces por ellos con un abundante efluvio de esencia espiritual, dótales él a su vez, con una parte de su naturaleza física, para colocarlos de esta suerte en condiciones de poderse mostrar algunas veces en una forma semiobjetiva de la que de ordinario carecen. Semejante proceso es un cambio temporal de naturalezas, llamado comúnmente teurgia. La gente vulgar llama hechiceros a los shamanos, porque dice que evocan a los espíritus de los muertos con el fin de ejercer la nigromancia; pero el verdadero shamanismo — cuyos rasgos más salientes prevalecieron en la India en tiempo de Megasthenes (300 años antes de nuestra Era) — no puede ser juzgado por sus degeneradas ramificaciones en Siberia, del mismo modo que la religión de Gautama-Buddha no puede ser confundida con el fetichismo de algunos que se dicen sus secuaces en Siam y Birmania. Actualmente tienen su asiento en las principales lamaserías de Mogolia y del Thibet, y allí el shamanismo, si es que de este modo podemos llamarle, se practica en el sentido más amplio de comunicación que es permitido entre el hombre y el «espíritu». La religión de los lamas, en efecto, ha conservado fielmente la primitiva ciencia de la Magia, y lleva a cabo fielmente hechos tan maravillosos como los que producía en los días de Kublai-Khan y de sus barones. El *Aum mani-padma-hum*, la mística palabra de la Trinidad sánscrita de «¡Oh joya en el Loto!»; la antiquísima forma atlante del místico rey Srong-Chtsang-Gompo, opera hoy sus portentosas maravillas de igual modo que en el siglo VII. Avalokita-Iswara, el más elevado de los tres Boddhisattvas y santo patrón del Thibet, proyecta claramente su luminosa «sombra» ante los ojos de los fieles en la lamasería de Dag-Gdan fundada por él, donde la resplandeciente figura de Cong-kapa, separándose de los vividos rayos del Sol bajo la forma de una nubecilla de fuego, platica amorosa con una numerosísima comunidad de lamas, a veces de millares de ellos. La Voz que misteriosa desciende entonces de lo alto es a la manera del más dulce susurro producido por la brisa en el follaje, y pronto — dicen los thibetanos — la sublime aparición se desvanece entre los árboles del bosque sagrado. Se dice asimismo que en Dharma-Khian — «claustro materno» o «lugar originario» de cuantas influencias han partido sucesivamente desde allí hacia el mundo — se hace comparecer en ciertos días a los espíritus perversos e inferiores, *forzándoles* a que den cuenta de sus fechorías y obligándoles después aquellos lamas Adeptos a que reparen los daños que ellos han causado con su maldad a los mortales. A esta ceremonia es a la que el abate Huc llama inocentemente «la de evocación de los diablos o malos espíritus». Si a los excépticos de los

países europeos se les permitiese consultar las relaciones impresas diariamente en Morú la pura, una de las más famosas lamaserías del Lha-sha emplazada precisamente en el centro de la ciudad residencia del Shaberón o Taley Lama, y en la llamada «ciudad de los espíritus», acerca de las comunicaciones que tienen lugar entre los lamas y el mundo invisible (6), se sentirían ciertamente mucho más interesados por los fenómenos que de modo tan ostentoso describen los periódicos espiritistas. En Buddhala, o mejor dicho, en Foht-lla o «Montaña de Buddha», en la más importante de las lamaserías que existen por millares en el país, se ve flotar en el aire, sin apoyo alguno, el cetro de Boddhisat regulando todos los actos de la comunidad aquella»...

En lo transcrito hay más ideas que palabras, ideas que conviene analizar.

Por de pronto se puntualiza en lo que antecede la existencia, lejos de la frivolidad pasional de nuestra moderna civilización, de un gran Centro religioso, una verdadera capitalidad humana, residencia de lo que en Ocultismo se llama la gran Logia Blanca o Santa Asamblea de los directores del progreso espiritual. Asamblea que, de tiempo en tiempo obliga a los genios del Mal o «Potestades maléficas del aire», que dijo San Pablo en su Epístola a los Colosenses (vers. 11 al 15) y a los Hebreos (II, 5-8), entidades que son las naturales enemigas de la humanidad en sus anhelos espirituales, y a las que el hombre, antes de ser iniciado en los Misterios, ha de vencer. Son ellas los «ángeles de tinieblas», o diablos de la literatura eclesiástica, habitantes de la atmósfera terrestre que nos circunda y con los que nosotros, Mónadas planetarias «caídas del Cielo» por la cíclica evolución y por tanto efectivos «peregrinos» en esta Tierra extraña hemos de luchar como lucha todo invasor contra los indígenas del país invadido. La obra tutelar de dicha Logia Blanca de Adeptos de la primitiva Religión-Sabiduría, es la de oponer «el muro de diamante» a los embates de aquellos elementales perversos — silfos y sílfides o íncubos y súcubos de la literatura cabalista — rectificando de tiempo en tiempo la nefasta obra de ellos con esa ley de ponderación kármica que vemos en las demás obras de la naturaleza, por ejemplo en la sucesión de estaciones bajo el esfuerzo vital del Sol, pues el verdadero Sol espiritual de nuestros destinos es la repetida Logia, de la cual emana constantemente «la Voz que clama en el desierto», según la frase inicial del Evangelio de San Lucas; «la Voz del eterno Oráculo» de todos los templos y pitonisas de la Historia.

Aquel centro espiritual, aislado en apariencia de las fieras luchas animales del mundo, no es, sin embargo, tan inaccesible como pudiera creerse. Hombres y pueblos, por pervertidos que se hallen, tienen dos medios de continua comunicación con él: uno el de la conciencia moral, pues que no en vano en cada cual de nosotros arde más o menos pobremente entre las cenizas kármicas de nuestras malas acciones, la Chispa divina, el dormido «Dios interior», en el que habremos de transformarnos o, mejor dicho, sumirnos hipostáticamente al final de nuestro ciclo evolutivo. En efecto, así como no hay mujer por fea que sea que no muestre algún vago rastro de hermosura, ni país estéril en el que no crezca alguna florecilla, no hay conciencia, por manchada que se encuentre, que no haya subido alguna vez a semejante altura en alas del hada *Inspiración*, Pegaso sublime al que Cicerón aludiese diciendo que jamás hubo hombre alguno falto de la Inspiración divina, según está comprobado por la Historia». El mantener abierto lo más posible semejante Canal por el que bajaron siempre las inspiraciones de índole artística, científica, etc., o sea el conservar expedito su «lazo» de rayo de luz, es el objeto de la *Eucaristía*, no sólo en el conocido sacramento cristiano, sino en el de su propia etimología de «eu», yo, y «karistos»,

milagro, «cosa admirable» o «maravilla»: el «yo obro maravillas a voluntad», que dice el mago; el «Dios está en mí», de San Pablo, o el «yo soy Brahmán, yo soy El» de los iniciados hindúes. «Cordón umbilical», en fin, que une al hombre de carne o perecedero con su «doble» o «cuerpo espiritual», de San Pablo (*Corintios*, XIV) es la verdadera «escala de Jacob» psicológica que liga a los elementos inferiores con los superiores del Hombre.

El otro medio de comunicación con dicho Centro, es el de llegar físicamente a él en las regiones del Thibet, «*La-maserías*» o «Mansiones» de aquellos «Espíritus», como lo realizaran más o menos, no sólo la Maestra H. P. B. (Véase el cap. XII de nuestra obra «Una mártir del siglo XIX»), sino otros muchos esforzados viajeros, tales como Rubruquis, Marco Polo, el mismo abate Huc y tantos otros, quienes luego han disfrazado poco o mucho el inefable hecho en las narraciones de sus viajes respectivos.

Semejantes referencias que dispersas, pueden verse en las obras de H. P. B., no son sino verdaderos «cuentos de Las mil y una noches», ya que en este último libro iniciático, al tenor de la interpretación que de él hemos dado en nuestro *Velo de Isis*, aparecen relatados también otros inauditos fenómenos mágicos bajo el velo de fábula con que luego los ha cubierto la tradición y la leyenda, porque el «fenómeno mágico» y su pobrísimos reflejo» el «fenómeno espiritista» no son sino hechos reales de un mundo oculto aunque, por oculto hoy, no inaccesible a la investigación y al dominio de la Ciencia, ya que esta misma Ciencia, con sus conocimientos actuales en química, física, etc., ha logrado realizar en sus laboratorios efectivos fenómenos de la Magia antigua, y nosotros los teósofos, siguiendo la frase de *Isis sin Velo*, «no creemos en Magia alguna que exceda del poder y de la comprensión del hombre, ni en milagro alguno, divino o diabólico, que vaya en contra de las leyes naturales establecidas desde la eternidad, si bien estamos seguros, por otra parte, de que la naturaleza humana, siempre perfectible por evolutiva, no ha revelado aún toda la amplitud de sus internos y divinos Poderes». Estos «poderes» de realizar «cosas maravillosas», y de los cuales, respecto de H. P. B., hay abundantísimo arsenal de hechos en la obra de Olcott *Old diary leaves* (en francés, «Histoire autentique de la Société Theosophique»), no son sin embargo, sino *meipos*, que dicen los tibetanos; conocimiento de la «yakshinividhya», que dicen los hindúes, y en sí mismos, aunque revelara ya cierto grado de alta espiritualidad, no la definen por completo, pues que son accesibles, como en el caso de la célebre competencia, entre Moisés y los magos de Faraón con la «Serpiente de Bronce», lo mismo a los Adeptos del Sendero de la Diestra, o Magos blancos, que el de la Siniestra o Magos negros y antes constituyen un serio peligro que una facilidad efectiva para el verdadero progreso espiritual.

El hombre alza su Cáliz de dolor y de esfuerzo hacia el ideal y el ideal baja y le consagra en la efectiva hipóstasis de la inspiración *eukarística*, hemos dicho en nuestras Conferencias teosóficas (I, 93-141), es decir, puede y debe recorrer con su sólo esfuerzo personal y como si de nadie ni de nada exterior a él fuese asistido, aquella «mitad del camino para llegar hasta ellos», a que alude la inmortal página de H. P. B. arriba transcrita. Al así hacerlo, baja inevitablemente sobre su frente y sobre su corazón la mágica Oleada del «Torrente de Aguas Vivas» evangélico de la verdadera Inspiración, es decir, se establece la unión hipostática del *Yoga* hindú y merced a ella, o sea a su Teurgia, el dios, deva, ángel, jina, *sha* o *lha* celeste, dispone más o menos temporalmente del cuerpo físico del así unido, para realizar su obra redentora en el mundo, si bien todo ello tiene que ser

fugaz, porque como también ha dicho la Maestra en otro lugar, «todo reflejo de los poderes superiores sobre el hombre ha de ser forzosamente temporal, pues de no serlo le dejaría irresponsable, alterando su sagrado e intangible karma personal»: ¡todo lo irresponsable que ser pueda el caballo, de los actos a que le obligue su jinete!

Y en esto, dicho sea de paso, está la condenación más terminante de la mediumnidad o «préstamo pasivo del organismo de ser vivo a las entidades de lo astral», entidades que en la generalidad de los casos debe ser perversas — «elementales del aire», hombres desencarnados, de bajos sentimientos — porque el médium al hacer semejante préstamo sin discernimiento alguno, no cumple antes con la ley de elevarse antes por sí mismo activamente como héroe, no como vencido, recorriendo por sí aquella «su mitad del áspero camino» — el *per aspera ad astra*, el famoso lema — a que en aquella página alude la Maestra. La misma H. P. B., que acaso empeoró su terrible ordalía ocultista siendo en su juventud incauta *medium* en manos de desaprensivos magnetizadores hipnotistas («Una mártir», etc., cap. II, XV y XVI), cuando con el esfuerzo personal de sus viajes y el de la redacción de su *Isis sin Velo*, recorrió por sí la dicha «mitad del camino» fue ya «activa mediadora» entre el mundo físico de los hombres y el «espiritual» de los shamanos o jinas de la página comentada. Los inauditos fenómenos mágicos que así pudo luego realizar con prodigalidad reprehensible y «reprendida» que fuera causa de su injusto descrédito y aun de su muerte, están relatados por nosotros en aquella biografía y mejor aun por Olcott en su citado *Old diary leaves*, digno este último de ser consultado por el lector curioso sobre todo en lo relativo al fenómeno llamado del «avesha» o «posición temporal por entidades desencarnadas» en el capítulo titulado «Cómo se escribió *Isis sin Velo*».

El culto del Espíritu y la creencia en la supervivencia del alma humana característico del *shamanismo*, hacen de él un verdadero y alto «espiritismo oriental», que, lejos de ser moderno como el otro con sus «mesas parlantes» y sus «escrituras automáticas», es tan antiguo como la humanidad sobre la Tierra. El mundo actual camina hacia él a pasos de gigante, pues cada vez es mayor el «culto», el homenaje a los muertos, a «los jinas queridos», alma de la primitiva religión aria o «del hogar y del ágora» como llevamos visto, y cada vez se preocupan más los hombres de la post-guerra de «los problemas de lo desconocido». ¿Hay sino dar un paso más hacia delante y enfrentar el problema, no en los pedantescos y reprehensibles métodos de la llamada «moderna Metapsíquica» que entrañan como base previa las dos necromancias odiosas de la mediumnidad y del hipnotismo, sino en los términos históricos y prácticos que llevamos dicho de virtud como premisa «sine qua non» de la verdadera ciencia característicos del shamanismo y en general del esoterismo, siempre igual, de todas las grandes religiones?

Dicho «paso hacia delante» le tiene ya dado, por supuesto, la moderna doctrina teosófica, doctrina que, lo mismo que se ha dado en llamar «Teosofía», podría a bien decir llamarse «Espiritismo oriental», «Buddhismo primitivo», «Jainismo», «Jainosofía», «Lamanismo» y «Shamanismo», asunto del que no parecen estar demasiado enterados muchos de nuestros actuales teósofos, y que conviene mucho esclarecer.

Hay un hecho que consta en el libro de Olcott, *Old diary leaves* o «Historia auténtica de la Sociedad Teosófica», Sociedad fundada el año 1875 en Nueva York por Olcott y por H. P. B., a saber: que después del fracaso de esta última señora en El Cairo, con su «Club de milagros» a base del más alto Espiritismo, entrambos, en unión de un egiptólogo que no por ser tal dejaba de ser un hombre poco recomendable en sus



procederes mercantiles; de un carbonario italiano aunque ocultista también, menos recomendable aún; del abogado Williams Judje, hombre honorabilísimo, tronco con su «Sección americana de la S. T.», de otra de las múltiples «Sociedades teosóficas» que comparten con la de Adyar de Mrs. Besant el imperio sobre las conciencias de los teósofos, y de algunos otros caballeros sugestionados y pasmados todos por los «meipos shamanistas» o «fenómenos» de la «yakshinividya» oriental en los que H. P. B. era peritísima maestra, trataron de hacer un Centro filosófico consagrado a la práctica y al estudio serio de aquellos fenómenos, discutiendo largamente entre ellos acerca de si al flamante organismo que como el grano de mostaza evangélica había de transformarse en frondoso «Árbol» que hoy cobija bajo sus «Ramas» o «Logias» a «toda la Tierra», le llamarían «Sociedad Filosófica», «Sociedad egiptológica», «Sociedad Hermética», etc., hubo un momento en que la vista distraída de Olcott cayó sobre un diccionario abierto casualmente por el vocablo griego «*Teosofía*», palabra que fue adoptada al fin para designar a la nueva Sociedad.

Años más tarde, H. P. B., al escribir su por tantos motivos admirable *Clave de la Teosofía*, cuidó de aclarar el acierto de la elección diciendo en la primera página de esta obra lo que sigue:

«¿Es la Teosofía, como suele creerse, una nueva religión?. — De ningún modo, sino la ciencia o sabiduría divina. La palabra Θεός en griego significa simplemente «un dios», uno de los infinitos «seres divinos», pero no «Dios» en el sentido de que hoy damos a esta última palabra. No es por tanto, la «Sabiduría de Dios», según traducen algunos, sino la «Sabiduría Divina», «la sabiduría de los dioses» (Los griegos, añadimos nosotros, conviene no olvidar que, por encima del hombre ordinario, admitían tres categorías de seres en cierto modo superhumanos: los héroes, los semidioses y los dioses). El vocablo data de algunos siglos. Nos fue trasmitido por los filósofos alejandrinos llamados *Filaleteos* (o «amantes de la Verdad»). Data el nombre de Teosofía del siglo III de nuestra era, y los primeros que lo emplearon fueron Ammonio Saccas y sus discípulos, que fundaron el sistema Teosófico Ecléctico. También se llamaron *Analogistas* a causa, según A. Wilder en su «Filosofía ecléctica», de que interpretaban las leyendas, narraciones, mitos y misterios sagrados por medio de una regla o principio de analogía y correspondencia (la llamada «clave esmeraldina», de Hermes Trimegisto de que «lo que está arriba es como lo que está abajo», para realizar las leyes de la Armonía, o síntesis de lo Vario en lo Uno). De este modo parangonaban los fenómenos del mundo exterior como expresión o «paralelismo» de las operaciones y experiencias del alma humana. También se les llamó *Neoplatónicos*. Por otra parte, si hemos de dar crédito a Diógenes Laercio ella tuvo su origen en las enseñanzas de Pot-Anum, sacerdote egipcio de los primeros Ptolomeos. El mismo autor nos dice que el nombre de «Teosofía» es copto, y significa «el que está consagrado a Anum, el dios de la Sabiduría. Equivale por tanto a la Brahma-Vidya o «conocimiento divino» de los orientales».

«El término como se ve, es muy antiguo, pero, como formaba parte del léxico de los *Misterios iniciáticos*, no se divulgó. Sacerdotes y discípulos iniciados practicaban la purificación integral de sí mismos porque creían que llegando al estado de pureza de los seres incorpóreos, se les mostrarían los dioses y les comunicarían los misterios divinos. Ello era, pues, el aspecto trascendental de lo que hoy se llama «Espiritismo», pero, mal interpretado por los profanos, fue prohibido como necromancia. Aún se conserva una

parodia de la Teurgia de Jámblico en la magia ceremonial de algunos cabalistas. La Teosofía moderna evita y rechaza estas dos clases de «magia negra», por lo muy peligrosas que son. La Teosofía Ecléctica abarcaba tres puntos fundamentales:

- 1°. La creencia en una Deidad Absoluta incomprensible y suprema, o Esencia infinita, raíz de la Naturaleza y de cuanto en esta existe, visible e invisible;
- 2°. La creencia en la naturaleza eterna e inmortal del Hombre, cuya esencia es idéntica a la del Alma Universal;
- 3°. La *Teurgia* (obra divina) o «el acto de producir el hombre la obra de los dioses, como derivada de «Theoi», dioses, y «ergein», obrar.

La teurgia verdaderamente *divina* requiere una pureza y santidad de vida, casi sobrehumana, pues de otro modo degenera en mediumnismo o en magia negra. Los discípulos inmediatos de Ammonio, como Plotino y Porfirio, discípulo a su vez de este último, rechazaron al principio la teurgia... Ammonio quiso reconciliar todos los sistemas religiosos, y demostrando su identidad de origen, establecer un Credo universal basado en la Ética».

Por lo transcrito se ve que fue acertada la elección de la palabra «Teosofía» para la flamante Sociedad, si bien está ella expuesta a que cristianos indoctos o mal intencionados la confundan con su «Teología» o «Tratado de Dios». Pero no por ello es menos cierto que si la cultura de Olcott hubiera sido tan vasta como la de H. P. B. cuando al fin de sus días escribió *La Doctrina Secreta*, y su vista al hojear el diccionario — un diccionario ocultista, por supuesto, todavía no se ha escrito desgraciadamente a no ser aquella enciclopedia moderna de la Maestra — hubiese caído sobre cualquiera otra de las palabras por nosotros apuntadas más arriba, nuestras salvadoras doctrinas de Síntesis religioso-científico-artística, serían en el fondo la misma, aunque la palabra fuese distinta, cosa que conviene tener muy presente por si algún día la profanación excesiva de las clarísimas doctrinas librepensadoras, sintetizadoras eclécticas y críticas de H. P. B. hiciesen conveniente a sus discípulos verdaderos el abandonar por otra igualmente venerable como cualquiera de las apuntadas, la palabra «Teosofía». ¿Qué cristiano verdaderamente culto y sincero, de los muchos que por fortuna aún quedan, no se ha dolido alguna vez de no tener también una palabra adecuada para diferenciar las «teosóficas» o divinas enseñanzas de Jesús, de las puestas en práctica ora necromántica ora egoísticamente por quienes farisaicos se dicen los continuadores de la obra de Él?...

El amor o «culto interior del recuerdo eterno» hacia nuestros seres queridos que nos aguardan allende la tumba es «Espiritismo», oriental y bendito que prolonga el Árbol del Hogar y el espiritual también del Agora, hacia el pasado, por nuestros **AVA**, **ABA** o antecesores y hacia el futuro, por nuestros descendientes de los que **Aba** o «Abásidas» también seremos algún día. Tales «genios protectores» o «lares» que diría el Manava-Dharma — Shastra —, son los «jinas», los «lhaas», los «héros semidioses y dioses triunfadores *teosóficos*» y también los *sha-manús* u «hombres-regios», «hombres celestes». Teosofía, Jainismo o Shintoísmo primitivo, Lamaismo, Shamanismo y Buddhismo antes y después de Gauthama Sakya-Muni, son la misma y única cosa y también lo es en su más profundo sentido esotérico el Cristianismo aquel de que nos habla San Plablo y él quiere lograr haciendo despertar a Christos, al Triunfador, al Ungido Yo

superior del Hombre en su propio y hoy dormido corazón, cual dormido estaba en las Aguas genesiacas del caos hebreo, el Espíritu de los Elohim que sobre ellas flotaban, y dormido también estaba para la ficción poético-simbólica de Wágner el Oro del divino Pensamiento en las aguas del Rhin «humano». ¿Qué de extrañar son tantas analogías y mil otras que pudiéramos establecer teosóficamente con todas las doctrinas religiosas del pasado, si, hijas ellas de una misma y suprema Doctrina Iniciática eterna, son luego cual facetas, empañadas o claras, talladas en el mismo diamante, o cual infinitos rayos de la luz Una que arrancan de un astro y que se van debilitando sin perderse nunca por completo a medida que se alejan del luminoso Centro?.

Tan cierto es este último aserto que a las tres grandes irradiaciones emigratorias apuntadas al principio del presente capítulo, hay que agregar otras dos, por lo menos: la céltica y la escítica, todas ellas arrancando de un mismo centro, ora sea este la Meseta de Pamir frente al Indo; ora la región bactriana del Oxus y el Iaxartes, ora, en fin, la del Ararat armenio donde, después de la catástrofe del Diluvio o de la Atlántida, hace detenerse al «Arca de Noé» la leyenda bíblica, eco de la babilónica de Xishusthros. Esas cinco irradiaciones troncales desde el centro mismo del Viejo Continente, están representadas en el símbolo chino de los cinco «Dragones» «Manús» o Conductores respectivos de ella, y hasta las coloraciones que se les asignan coinciden con los de los pueblos correspondientes, a saber:

**a) Dragón amarillo:** El de los primitivos Ainos o Jainos chino japoneses que ya vimos más arriba, a través de la Mogolia y del Tibet. Este «Dragón amarillo» pasó también al Nuevo Continente constituyendo el pueblo otomí del que ya hablamos en el capítulo anterior. Desguines, en 1761, trató de demostrar la relación entre Asia y América en el siglo V antes de nuestra Era por China, Kamchatka y las Aleutianas, llamado el Nuevo continente Fusang (es decir los sucesores de Fo o Fu), aunque las suspicacias de Klaproth, Neuman, y Schlegel limiten el nombre de Fusang al territorio de Sajaline. Nicolás y Antonio Zeno hablan de las continuas visitas de los normandos a América del Norte, después del descubrimiento de Islandia y el geógrafo Maltebrum describe extensamente las colonias normandas de Labrador y Terranova, con su obispo Urik y todo, colonias de las que se perdió el contacto y aun la memoria con motivo de la gran peste que asoló a Europa pocos lustros después. Los tristes restos de los samojedos de que habla R. E. Peary en su obra *La decouverte du Pole Nord*, y los que consagramos una cita en capítulos anteriores, han podido constituir en épocas remotas otro nexo de unión entre las gentes del «Dragón amarillo».

**b) El Dragón rojo,** que después de extenderse por la India de los drávidas-atlantes o lémures, se corrió por todo el archipiélago del Pacífico cuando éste tenía todavía, quizá como resto de la sepultada Lemuria más proximidad o contacto que el que ahora media entre sus miles de islas. El ser las lenguas polinesias o malayas hijas del sánscrito y de sus dialectos, tales como el palí y bengalés, es un vivo testimonio de ello y también el que *Ara* e *Irik* fueran, según el Rdo, Dunn los dos creadores para los salvajes del Borneo. Dicha raza roja, muy bien estudiada por el argentino Basaldúa en su obra *La raza roja en la prehistoria universal*, llegando por último al continente americano, pudo ser tronco del pueblo nahoa al norte y al sur de las gentes del Popul Vuh y, en fin, del pueblo inca.

c) *El Dragón negro*, que extendiéndose por las extensas comarcas lemuro-atlante de África, dio lugar al pueblo etíope, al egipcio y al libio, llegando hasta la misma península nuestra.

d) *El Dragón azul*, que simboliza todos los pueblos europeos no escitas, y, por último,

e) *El Dragón blanco*, que es este mismo pueblo escítico, tan poco estudiado todavía y que actuó históricamente luego, por el lado oriental, sobre Mogolia y China, y por el occidental sobre los pueblos nórdicos y greco latinos.

Este asunto de los cinco «Dragones» simbólicos, como todos cuantos se relacionan con la vieja filosofía, ha trascendido y se ha conservado por modo admirable en un antiquísimo juego que parece ser se mantuvo siempre esotérico en el palacio imperial de China, hasta que la reciente revolución que destruyera aquella Dinastía le puso al alcance de los europeos. Nos referimos al llamado «Juego del Mah jong», que tanto furor ha hecho en los últimos años y al que quizá consagremos un extenso apéndice al final de este libro, en sus relaciones con los Códices del Anahuac y con la Baraja española.

Los respectivos pueblos de aquellas cinco razas o «colores» mezcláronse luego, como se mezclan todas las cosas de la vida, a base como es lógico en la condición todavía semianimal del hombre, por las guerras e invasiones sin cuento que constituyen la triste y kármica trama de la Historia. Poco o nada hábil la humanidad de entonces para dominar el mar, dichas guerras y emigraciones fueron casi siempre «por tierra». Por mar, en cambio, como vía más segura contra los hombres, se fue operando el fenómeno de la guerra incruenta y civilizadora del comercio, dato extraordinariamente importante, porque pueblos como el chino, primero (dueño desde tiempo inmemorial del mágico secreto de la brújula), y después el de los persas, pelagos, fenicios y cartagineses, pudieron así realizar periplos comerciales y emigradores que por Occidente alcanzaron llegar así hasta España y las Islas Británicas.

En el capítulo siguiente sacaremos el debido partido de este último punto.

## NOTAS AL CAPÍTULO X

(1) No hay que olvidar este punto importantísimo: al Indo se le llamó primitivamente *Nilo* (como luego al río egipcio) y aún conservan el nombre de Nil-giri, las montañas del centro de la India, tal vez el recuerdo de Nilo-purita, Marte, el rojo y azul, o Ares.

Según demuestra De Rougemont, Teopompo, en su *Meropis*, presentaba a los sacerdotes de Frigia y de otros sitios del Asia Menor hablando exactamente como lo hacían los sacerdotes de Sais cuando revelaron a Solón la historia y destino de los atlantes. H. P. B. dice: La Atlántida, según Teopompo, era un continente único, de extensión indefinida, habitado por dos razas, una guerrera y otra contemplativa, estudiosa y piadosa, simbolizadas respectivamente por dos ciudades: la ciudad religiosa *estaba visitada continuamente por los dioses*, mientras que la militar estaba habitada por varios seres invulnerables contra las armas metálicas pero no contra las de madera o piedra, porque el hierro, merced a cierto procedimiento mágico, puede tornarse magnético haciéndolo así impenetrable (De Rougemont, *Peuple primitif*, III, 157). Por supuesto que el autor, trata el asunto como si fuese ello una ficción de Teopompo y una superchería de los sacerdotes saíticos, cosa que hace exclamar a De Mirville (*Pneumatologie*, pág 29). «¡Una *superchería* que está basada en la tradición y en la fe de toda la antigüedad; una *suposición* que ha dado nombre a toda una cordillera (el Atlas), y que especificaba con la mayor precisión toda una región allende Gades y el Estrecho de Gibraltar, y que profetizaba, dos mil años antes de Colón *la gran tierra trans-oceánica*, situada más allá y a la que se llegaba, decía, por las islas no de los Espíritus Benditos, sino de los εὔδαιμόνα o Espíritus dichosos (nuestras islas Afortunadas)... Quimera o realidad, es lo cierto que los sacerdotes de todo el mundo tenían la tradición de una misma fuente relativa al gran continente que pereció hace unos 850.000 años, dejando sólo dos grandes islas que se hundieron mucho después; un continente, decimos, habitado por dos razas física y más moralmente distintas, versadas ambas en la sabiduría primitiva y en los secretos de la Naturaleza, siempre en lucha entre sí durante todo el curso y progreso de su doble evolución, pero ¿de dónde provienen hasta las mismas enseñanzas chinas a propósito de tal problema?. ¿No tienen ellos aun los anales de aquella Isla *Santa*, de Tcheu, más allá de donde se pone el Sol y que separaba este mundo mortal de las tierras donde moran los Hombres *Inmortales*, quienes, sobreviviendo a la caída de la Isla Santa que se convirtió en negra por el pecado y fue sumergida, han encontrado refugio en el gran desierto de Gobbi en donde siguen residiendo aún, invisibles por supuesto para todo mortal y defendidos además contra las intrusiones de éstos por toda una hueste de terribles Espíritus?».

(2) La Maestra dice que Esquilo, como iniciado que era en los Misterios de Eleusis, sufrió la pena consiguiente entonces a la divulgación de tales Misterios. Así se comprende por qué padeció tanto en su vida y murió al fin de muerte violenta. Aunque coronado tres veces en los certámenes de Dionisios o Baco, el populacho y los envidiosos jamás le

perdonaron su justo encumbramiento, e hizo de modo que el joven Sófocles, por tantos conceptos inferior a él, le derrotase en público certamen con su *Edipo*. Aparte de ello cayó bajo la acción de la justicia al modo de Sócrates (aunque este último nunca fuese en vida un Iniciado verdadero, cosa que mereció no obstante, por su heroica muerte), haciéndosele injustamente responsable de la catástrofe que en el teatro ocurriese durante la representación de una de sus tragedias. Dícese también que en «Las Euménides», una de las partes de su sublime Trilogía, pintó tan acabadamente a las Furias del Averno, que el pueblo, loco de emoción, pidió y obtuvo su destierro y salvó apenas de la muerte gracias a su hermano Aminas que mostró frente a aquél su brazo mutilado como héroe de Salamina. Desterrado marchó a Gela en donde halló la muerte al tenor del Oráculo que le habría predicho: «Un rayo del Cielo te matará».

El número de tragedias de Esquilo, pasó de 80. Por desgracia han llegado hasta nosotros sólo siete, y de ellas *La Orestíada* es la única completa. En los incendios de la Biblioteca de Alejandría hubieron de desaparecer las demás, aunque quizá el futuro nos guarde sobre ellas, como sobre tantas otras obras gloriosas antiguas, grandes sorpresas si tenemos en cuenta el aserto de H. P. B. en la introducción de *La Doctrina Secreta*, acerca de las bibliotecas subterráneas del Thibet, donde todas ellas se conservan.

(3) Josy Morison nos describe en *El Liberal* una reciente ascensión a la cumbre del Tai-Shan en estos términos:

«Estas montañas que se yerguen sobre el sagrado suelo de Chantung son pinturas de biombos chinos. Acusan su silueta en una línea aguda; elevan sus cimas en el aire de irisadas transparencias; pero poco a poco van perdiendo precisión los contornos, hasta borrarse, dejando sus faldas envueltas en una pavorosa neblina, como si se tratara de algo inmaterial cuyas raíces no estuvieran en la tierra. Arriba la atmósfera es diáfana y las cimas trepan en el infinito azul lleno de irisaciones, dejando abajo a las nubes por estrado de sus pies. Y al avanzar por el valle de Ao-lai-Shan, las vemos moverse en curiosas curvas ondulantes, exactamente como las mejores pinturas de Tang las representan».

«Bellos templos bordean sus caminos hasta la cumbre, y por todas partes lápidas escritas por sabios y poetas, cuya fama se extiende a través del corazón del Asia; árboles deificados en memoria del grato refugio que prestaron a un sabio o a un guerrero; una piedra marcando el sitio donde Confucio estuvo y se maravilló de la pequeñez e insignificancia del mundo; un pilar construido por orden de Chin-Shi-Huang, el César chino; el despeñadero desde el cual millares de seres se han arrojado para aplacar a los malos espíritus que sitiaban los cuerpos de sus padres dolientes o achacosos... Un rico bordado de leyenda sobre su total desnudez. Pero la cruda obra del hombre destroza aquí toda la armonía del tiempo y la Naturaleza».

«Desde la base hasta la cima va la senda por la que suben los peregrinos a millares cada primavera llevando fantásticas sumas en oro, plata y papel moneda, todo lo cual se quema arriba para transmitirlo por medio de las llamas a los espíritus en remuneración de diversos servicios. Pero es una escalera más bien que un camino; una casi ininterrumpida sucesión de peldaños de piedra, regulares, mecánicos, monótonos y estúpidos; un eterno monumento a la falta de imaginación de los que los construyeron. Sobre toda otra impresión domina la perpetuidad de esta escalera artificial. Así facilitada la ruta, no es ya la ascensión a T'ai-Shan una peregrinación al supremo relicario de la Naturaleza, sino un

establecimiento para ganancias lucrativas en este bajo mundo. Y no es otro, por supuesto, el motivo de la abrumadora mayoría de los peregrinos: tornarse propicios a los malos espíritus que habitan las regiones inferiores, suplicar el restablecimiento de familiares moribundos, descendencia para mujeres estériles, prosperidad para empresas comerciales que languidecen... Porque la astrosa demonología taoísta ha suplantado completamente el sublime concepto del hombre comunicada directamente con el Señor del cielo desde su más alto escabel».

«T'ai-Shan. He aquí el corazón de Gbantung, símbolo para nosotros los occidentales del tembloroso destino de China Pero aún es más que esto: es el corazón de China misma, el alma de China centro y santuario de la fe, tradición e historia de este pueblo. Porque estas místicas montañas y las escasas millas de llanuras que dominan son, para China, sagradas. Este es el gran relicario donde se conserva la más pura fe, no enturbiada por la demonología y la adoración de los espíritus. Alrededor de sus rocas, de sus albercas y lagunas, de sus manchas de árboles extraños, están agrupados los principales tesoros de su sabiduría y sus más bellas leyendas. A su sombra yace la humilde ciudad amurallada de Chi-Fu, donde Confucio vivió, estudió y congregó a sus discípulos. Allí enseñó el código de ideales, que ellos extendieron luego, el cual ha gobernado a una cuarta parte de la raza humana desde hace veinticuatro siglos hasta hoy. Y aquí fue enterrado, y sus descendientes viven aquí todavía».

«Cada año, de generación en generación, ha venido aquí lo mas alto y lo más bajo del Imperio en peregrinación, el emperador y el guerrero, el sabio y el paria, buscando benévola acogida. Y aquí también hemos venido nosotros, traídos, arrastrados por la fe tenaz de Katia, para impregnar nuestro espíritu en el espíritu real de la China. No nos interesa la China del litoral, con su fea mescolanza de costumbres y maneras pseudo-occidentales; ni la China política de Pekín y su corrupción miserable y venal, ni la China de las concesiones y trujamanerías, ni la de los modernos ferrocarriles, factorías y templos para ídolos... Todo esto es lo que desilusiona al viajero y descorazona a los amantes del arte vernacular y puro. La China que nosotros buscamos es la que arranca de las nieblas de la antigüedad ignota y va hasta las alturas y las profundidades de la civilización».

«Pues bien: quizá la hemos hallado. Quizá la hemos hallado tal como está fijada en grandeza en la historia del hombre y como es hoy mismo: con todas sus contradicciones, su oblicuidad y su impenetrabilidad, su inexplicable mezcla de sutilezas y crudezas, finuras y sordideces, purezas y corrupciones, belleza y oropel».

«Quizá también hemos encontrado la raíz misteriosa e inmutable de este pueblo, la fusión de su alma panteísta con el alma de la Naturaleza, la fuente de su vida. Desde luego las cosas que nos habían sido ponderadas por su belleza y majestad, y que son aceptadas por los chinos en este sentido convencional, nos parecieron, casi sin excepción, vulgares y chillonas; aquellas de las cuales nada habíamos oído, y que son comúnmente desdeñadas, se revelaron a nuestros ojos bellas e impresionantes. La belleza de los paisajes por si sola no vale la molestia y los peligros de una expedición en tiempos de revuelta; en opinión de la señora del Dr. Duffy, no vale siquiera la molestia de una jornada entera el ferrocarril desde Shanghai; sin embargo, hay cosas ante las cuales uno comprende por qué el alma de los chinos se retorció en aquellos años en que la voracidad de las potencias empezó a repartirse la China y la provincia de Chantung fue entregada a los alemanes... Pero las cosas que torturaban el alma China no son esas cosas exaltadas en los libros o aquellas que

motivan las peregrinaciones de los hijos del cielo. Hay otras sobre las cuales no se han escrito todavía libros en lenguas europeas y que encierran en sí como el hálito misterioso de esta raza».

«T'ai-Shan, por ejemplo. Nosotros fuimos realmente impresionados por T'ai-Shan. Exhala el místico perfume espiritual de las ciudades que mecieron la cuna de un profeta o de un dios. Tiene la calidad religiosa, religiosa por algo más que por los textos idólatras de los sectarios de Fo o por las supersticiosas complicaciones de los andrajosos taoistas. Es mística, bella, clara, inspiradora. Tiene un espíritu demasiado tenue para asirlo o expresarlo; pero deja un recuerdo indeleble, un recuerdo que no puede borrarse».

«Cuando remontábamos el valle a la salida del sol desde T'ai-An-Fu, cuya estación habíamos dejado unas millas atrás, pagamos nuestra medida de respeto al pueblo que hace más de los mil años había hallado en sí la simpatía, el entendimiento y el buen gusto para hacer de estos lugares, lugares de adoración».

«Hay en estas montañas que se agrupan alrededor del pico de T'ai-Shan una emoción más que estética. No son por sus dimensiones bellas ni colosales, ni siquiera dignas de nota. No son espectaculares, no alcanzan dominadoras, vertiginosas alturas; no tienen subidas escarpadas, ni enhiestos precipicios; no están siquiera espesamente pobladas de árboles. Son relativamente bajas, de fácil acceso, salpicadas de guijarros, a veces de una suave pelusa verde; en una palabra, carecen del valor dramático de nuestras altas rocas europeas».

(4) La Maestra dice: «No son sólo Egipto, Grecia, Escandinavia y México quienes tenían sus demonios o «caídos» tales como Tifón, Pitón y Huitcilipochli, sino también la China. Los hijos del Celeste Imperio tienen toda una literatura acerca del particular. Se dice que a consecuencia de la rebelión contra Tí de un Espíritu orgulloso que decía de él que era el propio **Ti**, fueron desterrados a la Tierra siete Coros de Espíritus Celestiales, lo cual **determinó un cambio en toda la Naturaleza, bajándose el mismo cielo hasta la Tierra, y uniéndose con ella**».

[Así, en el **Y-King** se lee: «El Dragón volador, soberbio y rebelde, sufre ahora, y es castigado su orgullo. Sólo reina en la Tierra, cuando creía poder reinar en el Cielo». Además, el **Tchun-Tsien** dice alegóricamente: «Una noche las estrellas dejaron de brillar en la obscuridad, cayendo como lluvia sobre la Tierra, en donde **yacen ocultas ahora**. Por supuesto, estas estrellas son las humanas Mónadas».

Los chinos son grandes creyentes en el demonio, cuyas persecuciones procuran evitar de mil diversos modos. Como lo que más teme un celeste es la invasión del hogar por el espíritu de las tinieblas, emplea dos procedimientos para frustrar el asalto demoníaco. Habiéndose averiguado por los maestros en ocultismo que el diablo no puede saltar por ser cojo, y que sólo camina en línea recta, se procura no dar acceso directo a las viviendas, especialmente si éstas se hallan en el campo, interrumpiendo los senderos o caminos que conducen a la misma con la construcción de pequeñas cercas de piedra o madera. En las ciudades se emplean dos procedimientos para cortar el paso al «indeseable»: hacer lo más alto posible el umbral, o clavar en la puerta el día primero del año una representación de los dioses lares, adversarios invencibles del diablo, y conservarla en dicho lugar hasta el 31 de diciembre, cosa que por cierto tiene su eco legendario también en el «sesit», el «tefelin» y



el «nezuzah» hebreos que ya examinamos en un capítulo de este mismo libro como uno de los ritos que aluden a la gran catástrofe atlántica.

(5) Véase, como muestra de la sabiduría de Confucio esta muestra de los primeros capítulos del *Chung-Yung*: «El orden establecido por el Cielo se llama *Naturaleza*. Lo que es conforme a la Naturaleza se llama Ley; el conocimiento de la ley se llama instrucción. La Ley no puede variar ni en el espesor de un cabello; si variase, no sería Ley, por eso el sabio investiga sobre lo que no se ve y no se oye (lo Oculto)... hasta lo más remoto. Antes de que las pasiones hayan nacido en el alma, ésta se encuentra en el estado de *en medio*; cuando se han levantado estas pasiones y alcanzado una medida justa, se llama equilibrio. El medio es la gran base de la Naturaleza (*Tau*, balanza, nombre que acaso haya dado el nombre al propio *Tao* chino). Cuando el medio y el equilibrio son perfectos, el cielo y la tierra están tranquilos y todas las cosas evolucionan. El sabio se mantiene invariablemente en el medio; el vulgo lo viola, a causa de su corrupción. Kung-tsé ha dicho: ¡Oh cuan sublime cosa es el medio invariable pero cuan pocos saben mantenerse en él!... Así el emperador Chun examinaba las respuestas *más mínimas* de los que le circundaban ocultando las malas y publicando las buenas».

«El camino de la virtud, añade, es áspero y poco transitado; los hombres iluminados por la celeste luz son los únicos que pueden seguirle. Todos por ignorantes o groseros que sean, pueden aprender la sencilla ciencia de conducirse bien, pero a nadie le ha sido concedido el alcanzar la perfección en semejante ciencia. El cielo y la tierra son grandes, en verdad, pero el hombre encuentra en ellos imperfecciones. La moral es la ley de todas las inteligencias, ella radica en el corazón de todos los hombres e ilumina desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo de los abismos. Aquel cuyo corazón es recto y siente hacia los demás lo mismo que por sí propio, no se aparta de la ley moral del deber prescrita a los hombres por su naturaleza racional; no hacer a los demás lo que no desea que le hagan a él», etcétera. (Véase la traducción de don Salvador Valera en **EL LOTO BLANCO**).

En nuestros mismos días el dictador, general Chang-So-Lin ha celebrado con gran solemnidad y siguiendo la costumbre de los emperadores, la fiesta de la adoración de las *Tablas de la Ley*, de Confucio, que se hallan archivadas en la «Sala de la Perfección». Sin detallar mil cosas admirables que el lector puede encontrar en las mismas enciclopedias; vaya esta sola muestra que copiamos también de Josy Morison (Shanghai, 1927):

«La «Geografía histórica y estadística del Imperio de la China», cuya primera edición fue publicada en 1744, consta de 366 grandes libros, de los cuales los 342 primeros están dedicados a describir las 18 provincias del Imperio y los 14 restantes a la descripción de los países extranjeros. La China puede enorgullecerse de poseer la obra más detallada, minuciosa y completa que existe en el mundo; pero de escaso valor práctico para la educación general. El libro de las Mutaciones, el libro de los Ritos y los otros tres que forman los Kings, suman más de 6.000 volúmenes; las conversaciones filosóficas de Mencius forman 732 volúmenes; la historia de las dinastías, 3.681 volúmenes; la escuela de Confucio 1.691 volúmenes; los libros escolásticos, elementales, la cronología, la secta de Lao-tsé, etc., etc., hasta un total de 80.000 volúmenes en filosofía, moral, religión y ciencia, forman el espíritu del sabio desde su más tierna juventud con evocaciones de un mundo que tiene más de cinco mil años de existencia».

«Se comprende el estupor del pueblo chino al chocar con el occidente materialista. Ellos nunca dieron valor a las riquezas, y creyeron ingenuamente que «la sabiduría es superior a las piedras preciosas». Cualquier familia china se conforma con ver a todos sus vástagos comer el arroz alrededor de la misma marmita, ofrecer flores y frutos en el altar de sus muertos y honrar pública y privadamente a sus ancianos padres vivos. Esta es la verdadera, la clásica, la vieja educación tradicional, que une y relaciona las vastas tierras pobladas por la raza».

(6) Aparte de lo que quiera pensarse acerca de la realidad de las comunicaciones entre el mundo visible y el invisible, es decir, entre nosotros y «nuestros jinas queridos o almas de los muertos» hay una que siempre hemos tenido por indudable y es la contenida en el célebre mito galaico-astur de *La Huestia* o *Santa Compañía* respecto al cual hemos publicado recientemente en el periódico *La Libertad* un trabajo-resumen que, a petición de varios teósofos que nos insinúan desearían conservarle en páginas de libro, reproducimos, y que dice así:

La ortodoxia católico romana hace bien en acoger con benevolencia ciertos mitos religioso-populares, que si no están en los Evangelios canónicos, tampoco lo están otros como el de «La Verónica», el del «Judío errante», el del «Buen y el Mal Ladrón», algunos de los cuales figuraba entre los 72 evangelios apócrifos — «apócrifo», etimológicamente, quiere decir «oculto» — quemados por el Concilio de Nicea.

Uno de los más piadosos, más verdaderos, es el mito galaico-asturiano de «la Huestia o Santa Compañía», pavor de las gentes de pueblo y raíz de bellísimas composiciones en la literatura universal.

¿Qué es, en esencia, la Santa Compañía?. Pues una «hueste» o «Huestia» de astrales fantasmas, que acercándose procesionalmente en doble hilera hacia la casa del que de allí a poco ha de morir, aunque a veces goce de aparente buena salud, da «siete vueltas» «dextrorsum» o «sinistrorsum», en torno de aquélla, con sendos hachones encendidos, cantando himnos funerales o salmodiando con sordo bordoneo de rezo, y siendo portadores de un féretro vaporoso en el que ya viene previamente acostado el «doble astral» de la futura víctima, como pronto lo *habrá*, de estar, inevitablemente, el cuerpo carnal «de la misma, tocado ya por el dedo del «Destino».

Aunque de trágica apariencia, como vemos, nada más piadoso para el «elegido» que aquella presentación de entidades hiperfísicas, porque así él puede estar seguro de no hacer solo el gran viaje, sino bien acompañado por la doble hilera tutelar de aquellos sus parientes y amigos ya difuntos, formando en el umbral del «más allá» el cortejo funeral del bien amado que va a nacer entre ellos a la nueva vida de ultratumba, cual antaño asistieran aquí abajo a su «muerte» como materno feto y a su «nacimiento» en este duro mundo de la eterna lucha. ¡Son los manes, lares y penates grecorromanos que siguen cumpliendo arriba los mismos deberes intuitivos hacia sus sucesores que con ellos tuviesen en aquesta vida!. ¡Son los que, a venir puntualmente, hubieran evitado a la sombra de Melisa, la esposa de Periandro de Corinto, uno de los siete sabios de Grecia, sentir al morir «frío astral», no propiamente dicho, sino frío de abandono, de olvido por parte de aquellos que si determinaron el nacimiento «uterius», también deben asistir a su muerte aquí abajo, que no es sino «segundo nacimiento» arriba. Bien claro lo dice Lucrecio: Cuando el moribundo no alcanza a despojarse de sí mismo arrancándose su corpórea envoltura física, previo el

desgarro del «hilo de oro, luminoso» que, como invisible «cordón umbilical» le liga todavía a ella vése de pie, al lado de su propio cadáver, y se imagina al par que es y que no es el mismo que antes era, la «hueste familiar, llegada en aquel punto y hora, le auxilia con su «compañía santa» y se le lleva, amorosa, cual a «ne-ó-fito» del otro mundo, cortando con sus astrales «manos» el mágico cordón fluídico que, mientras estaba intacto, podía permitir aún al aparentemente muerto el tornar a la vida.

He conocido familias cristianas, devotísimas de San Pascual Bailón, porque éste, «protector de la buena muerte», se encargaba de prevenir del magno acontecimiento a todos los suyos, previa la caída intempestiva de algún objeto adherido a las paredes, como el cuadro mismo del santo o el resonar escalofriante de seriados golpeteos seudoespiritistas, «raps» a lo largo del techo o del pavimento. La señal era infalible: tanto como la del espectro de Hamlet o el de la «Dama blanca», de los Hohenzollern, o la Torre de Londres y la del castillo de Windsor.

En mi libreojo «La Esfinge» (capítulo XI) relato extensamente el caso del célebre «Tío Perote», de Cazorla (Jaen), que involuntariamente veía siempre caer entre las filas de «frailes» de la «Huestia», uno con la cara de la mujer o el hombre amigos, quien de allí a poco moría, efectivamente, aunque no sin tomar sus medidas espirituales, gracias al espontáneo aviso. La «Santa Compañía» es la que siempre, en una u otra forma, previene también a cuantos, gracias a ella luego vaticinan el día y hora exactos de su muerte, sin que en los cien casos de que tenemos noticia falle un ápice el triste vaticinio. Y es mi deber de cronista honrado añadir que estando en Madrid, sin previa noticia alarmante alguna, vi en sueños morir a mi buen padre en la misma forma y sitio alejado donde de allí a pocos días falleció. Mi relato está ampliado y comentado — no sea ello «hacer el artículo» — en otra de mis publicaciones.

— «Non fagan burles, non» — nos decía antaño una buena anciana asturiana de las pocas que todavía se avenían a hablar confiadamente de estas dulces intimidades de la vieja fe celta, como si recelasen de que el Santo Oficio policiaco le oyese tras la caballería —. Cuando era pequeñina — continuó —, fui una tarde al molino sola. Me entretuve en el camino, y cuando di la vuelta para la mía casa, era ya bien de noche. Yo iba rezando, rezando de miedo de mi propia, cuando veo allá lejos venir unas luces que daban vueltas y más vueltas, hasta que, parándose de dos en dos, tiraron monte arriba. Iba a seguir mi camino, sin poderme tener sobre las piernas, cuando siento un frío muy grande en los huesos y oigo un ruido muy raro, que lo mismo podría ser el llanto de un «neño» que el chillido de una corneja o de esas ratas tan grandonas que van al río. Corrí cuanto pude, y al llegar a casa conté a mi madre lo que había visto y oído, y mi madre, santiguándose, díjome que era la «Santa Compañía», y que aquello quería decir que algún vecino se acababa de morir. Rezamos por su alma, y al otro día nos enteramos de que tío Angelón había muerto. Angelón era un hombre muy viejo, del que se burlaban todos los rapaces menos yo, y porque me quería él mucho, quiso avisarme de su muerte y que viera el cortejo de los que acompañaban a su alma al otro mundo... ¡También sentí la «Compañía Santa» cuando el «meu filio» murió allí en la Habana, donde fue a buscar dineros para su vieja!

El profeta Samuel, oficiando de verdadera «Huestia», según el «Libro Tercero de los Reyes», bíblico notifica solemne al rey Saúl, que le ha evocado mediante la pitonisa de Endor, que de allí a tres días vendría a buscarle con otros para llevarle «al mundo de los vivos que parecen muertos». ¿Quién sabe también si esa ley extraña, tan perfectamente

conocida por los buenos sabuesos policíacos, de que el criminal vuelve fatalmente, al cabo de cierto tiempo, al lugar donde cometiera el crimen, no es debido si no a que, rencorosa, la víctima le lleva por la mano allí para expiación de su crimen?. Recuerdo que cuando el célebre asesinato de Jalón, que tanto ruido hizo en Madrid, el jefe de Policía, Sr. Millán Astray, decía a quien quería oírle: «La sombra de la víctima me persigue en sueños, apremiándome, amenazadora, para que no cese en mis pesquisas». La vengadora sombra del muerto — la historia es testigo de mil casos análogos — ligarse suele monstruosamente con el «doble astral» del asesino!.

En esto de «los cortejos astrales en huestia», de seres amados nuestros esperándonos como a viajeros del lado de acá «en la otra orilla del «torrente» proceloso de la vida, los pueblos orientales no les van en zaga a los de Occidente. Bien vivo está el recuerdo de la guerra ruso japonesa, cuando después del triunfo del Japón sobre la Rusia de los zares, un diplomático extranjero se lamentaba, frente a los agasajos al regresar los triunfadores, de que no volviesen, ¡ay!, cuantos salieron para la guerra. «¡No lo crea así — dijo el general japonés que le escuchaba —. Todos vuelven, visibles los unos e invisibles los otros. La gloriosa cohorte de los que cayeron en el campo de batalla vuelve también gozosa en interminable y protectora hueste!».

¿Y qué son sino una variante de la «Huestia» las walkyrias nórdicas, encargadas, según los «Eddas», de conducir a los guerreros, los guerreros del Ideal y de la Virtud, más que los de la lucha bárbara por las ambiciones terrenas — a la excelsa «Walhalia» o Mansión de los dioses?. Cuando Brunhilda se presenta armada de sus celestes armas de walkyria ante los asombrados ojos de Sigmundo en medio de aquellos compases orquestales, solemnísimos, de la inmortal obra wagneriana, ya sabe éste que ha de morir porque la hija de la voluntad de Wotan «oficia en ello de Huestia protectora, como bien pronto lo demuestra protegiéndole vanamente contra Hunding, el perro de la raza de los serviles de Frika». Otra forma de «Huestia», sensual y alegre, adaptada a la férvida imaginación del árabe del desierto, es también la de las huríes coránicas encargadas de acoger amorosas, en sus brazos de eternas vírgenes, al héroe que en la batalla muere. No hay que olvidar que los semitas árabes y los protosemitas nórdicos tienen un mismo tronco para sus mitos.

La literatura universal conoce a la «Huestia» bajo variantes infinitas, tanto que el tema merecería, no un artículo, sino un voluminoso libro. Recordemos tan sólo al «Estudiante de Salamanca», de Espronceda, y quien, muerto en duelo de encrucijada, ve a la «Huestia» de su entierro, y con la voz astral de su propio doble, pregunta aquello de

— Diga, señor enlutado,  
¿a quién llevan a enterrar?

Y la «Huestia» le contesta:

— ¡Al estudiante endiablado  
don Félix de Montemar!  
respondió el encapuchado.

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

Lo mismo Zorrilla, el por tantos títulos continuador de Espronceda, el poeta nacido al lado de la «huestia» del Larra suicida, el que dice de sí mismo («Canto de su coronación en Granada»):

Nací en un cementerio cual flor de jaramago,  
parásito en sus tapias y de su tumba flor;  
nacióronme las alas, volé en el aire vago,  
me transformé en alondra y yo aspiré a cóndor,

Zorrilla, decimos, tiene múltiples pasajes relativos a la «Compañía Santa», el más típico, sin duda, el del Comendador don Gonzalo y su hija Doña Inés, huestia malévolas el uno y huestia salvadora la otra. Ambos fieles a la cita dada por Don Juan en el cementerio en un momento de retadora locura, vienen para acompañarle al otro mundo, en el que, impío, nunca creyó.

El propio Cervantes hace arremeter fieramente a su Don Quijote contra la procesión nocturna que acompañaba a un muerto, creyéndola la «Huestia» misma, y estando en casa de los Duques, ve de noche en el bosque otra «Huestia», trayendo, en lugar del consabido féretro para el «Caballero del Ideal», a la propia Dulcinea, y el medio de que ella fuese desencantada, al tenor de la ciencia endemoniada y torpe de Merlín, el hijo del Diablo y el protoencantador de los encantadores.

Otra característica de la llegada de la «Compañía» es el tintineo de las «campanas astrales», fenómeno mágico del que nos cita una porción de casos hartos curiosos el bueno de Henry Steel Olcott en las páginas de su «Old diary leaves». Son estas «campanas mágicas» las clásicas del «ha oído campanas y no sabe dónde», del dicho vulgar, y también las del consabido «Romance de Delgadina», campanas astrales de la «Huestia», unas alegres y otras tristes, como en el «Don Juan Tenorio» que ella acaso contribuyó a inspirar, diciendo:

Las campanas de la gloria  
por Delgadina sonaban;  
las campanas del infierno  
por su padre repicaban.

Y una procesión de efectivas fantasmas de carne y hueso, una huestia sin corazón, refocilándose en su crimen, eran las hileras de encapuchados inquisidores, llevando a guisa de entes astrales, no el invisible féretro de la víctima, sino a la propia víctima propiciatoria del auto de fe, y todavía hoy, apagado felizmente para siempre ya el brasero inquisitorial, diríanse redivivos aquellos «negros feos» en los aparatosos nazarenos de las procesiones de Semana Santa de Sevilla, con sus tétricas hopalandas, sus cantos funerales, sus cirios encendidos, sus carátulas de histriones dionisiacos y su astrológico cucurucho puntiagudo, que arrancando de su cabeza recuerda y acaso simboliza el negro cono de sombras que la Tierra y la Luna proyectan en el espacio, produciendo con los eclipses respectivos de Luna y de Sol.

Las «rondas de pan y huevo» de la austríaca corte de las Españas, que tan admirablemente nos pinta la pluma de Pedro de Répide, era una nocturna huestia diaria

para pendencieros trasnochadores con «la vida en un hilo» y en pecado mortal además. Por eso ellas les cantaban:

Mira que te mira Dios;  
¡mira que te está mirando!;  
¡mira que vas a morir!;  
mira que... ¡ya sabes cuándo!.

Gustavo Adolfo Bécquer también vio la «Huestia» en muchas de sus «Leyendas» tales como la de «Maese Pérez, el organista, en que ella tocaba el órgano antes de llevarse al pobre músico, o bien en aquellos alocados jinetes astrales de «La noche de ánimas», cabalgando fantásticos sobre las osamentas de sus caballos junto al templario monasterio de Santo Polo de Duero, y avisando así su triste destino al temerario amor que ha ido allí a recoger la cinta olvidada por su amada. Otras osamentas análogas espantaron durante siglos con su «Huestia», luchando como antaño en los campos de Maratón, donde se decidieron los destinos del pueblo rey.

Y ya que de música hemos hablado, añadamos que los fatídicos cuervos del «Sifredo» wagneriano se llegan hasta el héroe, anunciándole con anticipado latín de «Huestia», con su «¡cras, cras!», «¡mañana, mañana!», su destino fatal. Juan Sebastián Bach es visitado «en huestia» por un anciano venerabilísimo, Baltazarini, el gran amigo italiano de Enrique III, que le canta una melodía celeste, le dice ser el dueño del viejo clavicordio que ha comprado, y le señala el sitio del pergamino que así lo acredita. A Mozart, según la leyenda, le visitan también de igual modo dos extranjeros para encargarle un «Réquiem»; se lo pagan; no vuelven por él, y el divino exclama: «¡Este es el «Réquiem» que ha de cantarse en mis funerales!», como de allí poco así fue. Por último la «Marcha fúnebre», de Chopín, tiene una historia semejante, que un autor describe así: «Félix Ziem, de Niza, había dado en su taller de artista una cena a sus amigos Jorge Sand, Chopín, Alfredo de Musset, Balzac, Housaye, Rosaini y Delacroix. En el taller había un piano, un reloj y un esqueleto. A media noche están casi consumidas las bujías, y en el reloj suenan las doce campanadas. Uno de los asistentes pide a Ziem que toque el esqueleto un vals. Ziem lo lleva al piano y con las manos huesosas del esqueleto hace sonar el teclado. Sublevado e indignado, Chopin, arranca el esqueleto de manos de Ziem, colocándolo en su lugar, hecho lo cual, se sienta al piano y empieza a improvisar. Jamás había tocado nada tan hermoso. Los asistentes estaban estupefactos; Balzac inflamado de entusiasmo, parecía transportado al otro mundo. Musset, temblando de emoción astral se acurrucaba en un rincón, mientras que Delacroix y Rossini estaban como petrificados. Cuando cesó la música, reinó un silencio de muerte; las velas se extinguieron y el alba se dibujó, sin que nadie pronunciase una palabra. Por la mañana Chopin escribió de un tirón la melodía acabada de ejecutar, y cuando los amigos le felicitaron por ella, hubo de responder sencillamente: «No es a mí a quien hay que felicitar, sino al espíritu del esqueleto y a los de otros muchos muertos que han venido mediante mí a tocar». La enfermedad del músico se acentuó, y con el viaje a las Baleares tuvo bien pronto un desenlace fatal...».

La «Huestia» y siempre la «Huestia», acompañando astralmente piadosa a todos los buenos, camino de un mundo mejor que subsigue a esta vida, como enseña San Pablo

*Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

cuando dice: «¡Todos resucitaremos; pero no todos seremos mudados!. ¡Sólo merecen ser «mudados» y «acompañados» los que aquí clamaron en el «desierto!».

## CAPÍTULO XI

### LOS IBEROS O VASCOS Y SU CULTO OFITA

*Un eco del shamanismo asiático — Los samanos vasco-caldeos. — El disco de Otañe. — Espíritu samano o parsi-jaino. — Samanos del Paropamiso, la Hircania, Armenia, Galacia, Samaria, Grecia, e Italia. — Los misterios cabiricos de Samotracia. — Ceremonias arias-españolas. — Vacas y bueyes sagrados iberos. — Vedas turdetanos. — Toponimias ario-ibéricas. — Trasuntaciones jeroglíficas. — La España primitiva de Huerta y Vega. — Urano, Bethilo, Horus, Hiperión, Helios, Selene, Atlante y Saturno. — Los tartesios de Cádiz. — Últimos descubrimientos acerca de estos primitivos pobladores. — La Peña Tú y otros documentos. — Prejuicios de los sabios. — La Atlántida, continente histórico. — Bosphoro, Neptuno y Clitone. — Los diez “atlantes” hijos y los pueblos de Tarsis. — Gerión, Euristeo y Hércules. — Briareo. — La Erithrea. — Los clásicos grecos-romanos. — Gadírico, Cotinusa y Bebrix. — Beturia y Antas. — Convivencia de arios y atlantes en nuestro suelo. — ¿Pelascos o vascos?. — “Neptuno” es un nombre simbólico o apelativo. — Neptuno-Pendragón. — Glorias de un pasado remotísimo. — Corrupciones idolátricas del culto sabeo y sobre La Deidad sin Nombre, tartesia. — Llegada de los pueblos héteos posteriores. — Teogonía vasco-ofita. — Ella no fue sino puramente astronómica en sus orígenes. — Los nabateanos sirios y las navias hispánicas. — Diversos detalles sobre estos asuntos históricos-religiosos.*

El Shamanismo asiático respecto del cual transcribimos tan brillante cita de la obra de H. P. B. en el capítulo anterior, tiene ¿quién lo diría?, un maravilloso eco en la prehistoria de nuestro pueblo vasco. ¿Le trajeron los iberos de Asia, los pelascos, los celtas, o quizá los chinos mismos en antiquísimas navegaciones por completo borradas del recuerdo de los hombres?.

No lo sabemos, pero lo cierto es que existió una «Religión de los Samanos» y que sobre ella y sobre el «culto ofita», un meritísimo vascófilo, D. Fernando de la Quadra-Salzedo, publicó varios notables artículos en la revista *Hesperia*. (1). Extractemos las enseñanzas de estos artículos.

Así como en Asia hay «shamanos», hubo, en tiempos remotos, «samitas» en Grecia e Italia y «Amanos o shamanos» en España, pobladores estos últimos de la antigua *Amania* vasca, entre el valle burgalés de Mena y el Pirineo, con puertos como el *Portus Amanus* (hoy Castro-Urdiales), pueblos como el de *Samano*, solar de la muy ilustre familia de este nombre cuyo historial está lleno de primitivas reminiscencias «jinas» y metrópoli en la Edad Media de la Asamblea de gardingos, godos y samanos. Cristalizó dicha raza en los «Otañes», que vale tanto como decir «Otomíes» americanos u «otones» sajones y escandinavos, es decir, «hijos del Woltan» nórdico y maya que como «cabalistas» que hoy diríamos, siempre se caracterizaron por ser grandes protectores de astrólogos y ocultistas.



Florián de Ocampo en la *Crónica general* tiene por caldeos, es decir por orientales, a las gentes samanas del territorio de Bilbao. Hierónimo de Arbolancha, en su poema *Los Avidas* (abas, o antecesores), opina de la misma manera y no hay que olvidar, añadimos nosotros, que la preocupación mayor del sabio catedrático D. Francisco Fernández y González fue siempre la de emparentar a los vascos de Vasconia con otros en las cinco partes del mundo; cosa harto explicable desde nuestro punto de vista «shamano» o «jina» mantenido a lo largo de la presente obra. El «disco o plato histórico de Samano», por cierto kármicamente descubierto por un Otañez, muestra a las claras su identidad con los llamados discos caldeos. La diosa de las Aguas (Isis o la Luna), el prototipo de la magia curadora en todas las teogonías, derrama en el simbólico Disco o plato de Otáñez un «torrente de agua viva» curadora de toda clase de enfermos físicos y morales, como aquella junto al Horeb de la undécima mansión de los israelitas en el desierto (*Éxodo*, c. XVII, v. 1; *Psalmos* 70, v. 15 y 90 v. 8; San Pablo, *Hebreos*, III, p. 8 a 12) a la que la dieran la desinencia jina de *Raphi-din*. Esta «Gemina aquae, o Salus Vmeritana» tiene, en efecto, todo el valor terapéutico de los «lagos sagrados» y las «piscinas probáticas» de que hicimos extensa mención en los capítulos XV y XVI de *El libro que mata la muerte* y por el apelativo de *umeritana* o *imeritana* nos hace recordar a la también ibérica *Imericia Inmeria* o «jinmericia» caucásica.

Por lógica afinidad psíquica, los caballeros del Temple tuvieron Casas suyas en la Samania marítima y en la vieja Amania y las minas de una de ellas se ven no lejos del sitio en que el *Plato* se encontró. Dispersados aquellos, muchos se refugiaron en Carranza y uno de ellos fundó luego la Casa de Carranza de la que vástago ilustre Bartolomé de Carranza a quien persiguió durante 25 años la Inquisición por sus ideas heterodoxas y sus glosas a Valdés y Encolampadio.

Centro de las tradiciones religiosas primitivas, aceptó la región de Amania el diseño románico u oriental, rechazando toda otra arquitectura y hoy se conservan aun reminiscencias de los cultos samánicos a los muertos los «somas, samas o samás», siendo la Huestia un mito samano todavía extendido por todo el litoral cantábrico y del que dimos extensa relación en el capítulo precedente. Numerosas calaveras, como los esqueletos que antaño guardaban el acceso a los templos iniciáticos, pueden hoy mismo ser admiradas allí por los viajeros y el blasón de los *Samá*, es el mismo «ichthus» o pez de los primeros cristianos. Los grandes señores samanos se distinguieron siempre por su rebeldía contra el centralismo romano y en las abadías de Amania, Samano y Liébana se guardó siempre secreta la leyenda de la Atlántida, igual que en los cenobios de la por tantos títulos análoga Irlanda. El descubrimiento de América estaba ya flotando en los viejos ritos samánicos; la tradición de «la gran isla» era popular entre los pescadores de la Barquera y Portus Amamum, quienes es probable llegasen más de una vez a ella con sus periódicas expediciones persiguiendo ballenas y bacalaos. Ya Beato de Liébana, antes de aquel hecho excepcional de la historia había ideado un *Mapamundi* lleno de extraños simbolismos delatores.

La familia jina de Samano acentuó su ocultismo desde el siglo XIV, enlazándose con la casta misteriosa de los La Mella, Lameta o Mella, de donde sale luego el famoso cardenal autor del libro *Spíritu Sancto*, y fray Alonso de La Mella, su hermano, funda en España la secta de los begardos, especie de iluminismo o molinosímo «yogui», adiestrando a sus adeptos en la música, en la danza, la oración mental y la voluptuosidad. Entre tanto,

Samano alcanza puestos palatinos y protege a médicos, astrólogos y demás ocultistas. En *Bibliófilos españoles* se trata de Juan Samano, secretario del rey; los La Mella fundan un rito nocturno en Zamora y en la montaña vasca. El cardenal esquiva, no se sabe por qué, la gesta de familia, su hermano el *Gran Fratrighello*, huye a Granada, donde recibe de los moros la muerte. Más tarde, en los siglos XVII y XVIII sufren las casas de Samano y La Mella dura persecución y los pleitos las arruinan, pero la tradición de ellas no se pierde por eso y el Samano que vive el año 1770 en México, se agrega a la Sociedad de Amigos del país, que es sabido se llamó «la primera escuela laica de España». La preocupación por las disquisiciones mágicas de los Samanos tomó, en fin, tal vuelo que consiguió que dos hombres como Feijóo (*Teatro crítico* y *Cartas*) y Martín del Río (*Disquisiciones mágicas*, publicada en Amberes), las diesen cabida en su ideario con lo que el «tema de la montaña misteriosa» (la montaña de Baal los celestes Lha, mogola y Aim) una vez más tornó a despertar la curiosidad de los doctos.

Hasta aquí nuestro amigo el doctor vascófilo. La sedación *samana* o *samita* a la que él alude no es difícil de establecer desde las regiones centrales de Asia hasta España y está indicada por la misma geología de los alzamientos llamados alpinos «alpinos», o sea, en general la línea de cordilleras que desde el Himalaya y el Paropamisos, a lo largo luego de Hircania caspiana, el Cáucaso, la Armenia, la Galacia con sus derivaciones del Líbano y de la Grecia tanto asiática como europea, viene luego por el Epiro a enlazar con los Alpes, los Apeninos y finalmente el Pirineo y la cordillera Cantábrica hasta Finisterre, o sea la arista N. N. de las cuatro de la gran pirámide orográfica con la cúspide en Pamir o en el Himalaya que hemos descrito en *Hacia la Gnosis*, capítulo titulado «Los senderos hacia la Teosofía».

Si, el espíritu shamánico o parsi-jaino que animara a esta selecta raza de «adoradores del Hogar y del Espíritu» no se perdió ni un ápice en tan largo itinerario emigratorio, pues que considerando a este itinerario sólo a partir del Líbano, vemos ya en el alto Jordán a la Samaria inmortalizada en el Evangelio por aquel «teosófico» encuentro de Jesús con la mujer samaritana junto a la fuente de «aguas físicas y espirituales», en el que se ensalza un día futuro en el que no ya Jerusalén, sino en todas partes se adore a Dios en Espíritu y en Verdad». (2). Por bajo de Sidón, de Damasco y de Tiro, de Biblos, Heliópolis y tantas otras ciudades inmortales vemos a la Samaria Sebaste, o «Bubaste» que diríamos recordando los misterios del buey Apis, a Samachón y a su divino lago de Tiberiade, y más arriba a la región calcídica de esos samano-celtas de Antioquía. Viniendo luego el Mare Phoenicium al Aegaeum hallamos a la sagrada isla de Samos frente a Samita costa en que se alzan orgullosas Colofón, Efeso, Magnesia, Priene y Mileto cuyo solo nombre es un mundo de evocaciones mágicas. Sin detenernos en las numerosas Chalcis griegas, ya mencionadas más por extenso en varios pasajes de *El libro que mata a la Muerte*, ni en aquel Samos de la Cefalonia, isla que ocupa al Oeste del Peloponeso una situación tan parecida a la de Samos en la costa de Ion o Jónica (3) llegamos a la extensísima región de Samos o el Samnium en la península itálica, región de mar a mar que fuera para los emigrados samitas expulsados por las luchas civiles y religiosas griegas lo que muchos siglos más tarde, pues la historia se repite, fuera Norteamérica para los «puritanos», análogamente expulsados de Inglaterra. Y en el Samnium encontramos, como no podía menos de ser, el «espiritismo oriental shamánico-jaino» tantas veces aludido en el capítulo anterior, pues que si abrimos un mapa antiguo de Italia, no vemos en la célebre comarca sino nombres de magia histórica tales como la Cumas, de la Sibila; la Beneventina de las

brujas; la Boviamon Vetus del Bos, buey o Vaca sagrada; la Compuntenia extraña, la Rómula primitiva, la Abelia de los «abas» o antepasados jinas, lares, penates o «espíritus shamanos», el Promontorio de Minerva, la Nea-polis o Nápoles frente al Vesubio de los otros cíclopes, etc., etc. Y después de recorrer toda la cordillera cántabro-astúrica tropezando doquiera con nombres jinas y samanos vaqueiros como los dados en enfadosa toponimia en *El tesoro de los lagos de Somiedo*, todavía los samánicos varones iniciados hallan en sus inmigraciones por la costa arriba del Cantábrico una región que por su posición marítima frente a las Islas Británicas análoga al «samanium campus» del Ihon o la Troada, fundan la *Samarobriva Ambianorum*, hoy Amiens, dulce retiro en nuestros días de aquel gran intuitivo que se llamó Julio Verne...

Las gentes de todas estas comarcas y de muchas otras occidentales eran arias puras no obstante de estar rodeadas de gentes que la ciencia moderna calificaría de semitas desconociendo que el pueblo llamado semita, como dice H. P. B. no es en sus orígenes, sino una tribu de los arios asiáticos expulsada de la Aria-Vartha por su excesivo materialismo y «dura cerviz», que dice la misma Biblia. Si los nombres arios de A-braham (el ex brahmán), Sara (la Saraswati hindú) etc., no lo demostrasen, ahí están las gentes lunares o pandavas del *Mahabharata* y su éxodo primero a las regiones del Penjab y del Guzérate para demostrarlo, como veremos al tratar del judaísmo. Gentes *aré-vacas*, de las que tomaran su denominación los vaceos y arévacos de nuestra historia primitiva (arios adoradores de la vaca); su huella es harto notable en toda la península ibérica (4) y sus ritos aún se conservan en muchos pueblos, tales como en el de las Fiestas del Fuego, de San Pedro Manrique, descritas por el correspondiente de las Reales Academias de Medicina y de la Historia D. Mariano Iñíguez y Ortiz en el Boletín de la Sociedad Española Antropología, Etnografía y Prehistoria (octubre o noviembre de 1924). Los sampedranos — no los forasteros — ni más ni menos que los altos brahmanes en la ceremonia anual del Fuego, «pasan con los pies descalzos y *sin quemarse* sobre la hoguera de la noche de San Juan (fiesta aria del solsticio de verano), a presencia de las «móndilas», tres muchachas vírgenes, de la localidad, elegidas por sorteo, especie de vestales de Ceres, de Amazonas del Monomatapa o de Mamaconas incas, ofrendadoras del «pan solar» en análogas ceremonias, y que llevan sobre sus cabezas sendos canastillos adornados con cintas de seda, conteniendo pan y tres «arbujuelos». (*Noticiero de Soria*, 20 de noviembre de 1924). A darnos estos datos nuestro amigo D. Andrés Serrano, añade por su cuenta aludiendo el rito brahmánico de «la purificación por los cinco productos de la Vaca, especie de penitencia que lo lava todo (*Por las grutas y selvas del Indostán*, capítulo VI): «hay que mencionar también otra costumbre de aquel pueblo, que consiste en locionarse y friccionarse el cuerpo muchos de los asistentes a dicha fiesta con excrementos de vaca. No en vano el clásico Varrón dijo que ario-zendos poblaron a España mucho antes de la venida de los fenicios, o sea antes del siglo XIV anterior a nuestra Era. El culto del Dios del Fuego, en efecto, es muy común en la provincia de Soria, y de él se conservan reminiscencias análogas a las de San Pedro Manrique, en Duruelo de la Sierra — la misteriosa sierra de la Demanda, añadimos nosotros —, de los antiguos Pelendones, en Durango o Bracos y en Uxama u «Oxama», «la ciudad del Óx, Buey o Vaca sagrados». No hay que olvidar en fin, que las mujeres de este pueblo son las más varoniles de la comarca y no le van en zaga a los hombres en el arte clásico de exponerse al fuego de las hogueras, sino pisándolas, saltándolas».

---

No es de extrañar, pues, que tanto el Sr. de la Quadra-Salcedo, hoy, como antes Florian de Ocampo y Jerónimo Arbolancha a quien cita, admitan el carácter parsi o caldeo de los samanos pirenaicos, gentes que, lejos de confinarse en las regiones que indica, hubieron de extenderse más o menos por toda la Península, especialmente por la zona galaico-cantábrico pirenaica. Nombres que aparecen en el *Atlas antiquus*, de Henri Kiepert, como los de Segisamo o Segisamano, Virovesca, Deobriga, Alba, Oearso, Pampaelo, Numancia, Oxama, Osca, Iturisa, Iaca, Alba, Calagurris y Areva y otros como los de Lutia, Sumancia, Titia, Segoncia y Segóbrica, sin olvidar a la «Melarica o negra» Libia del Ebro, son demasiado elocuentes por sí, sin que tengamos que decuplicar la lista con las numerosas toponimias parsis del citado *Tesoro de Somiedo*, al que remitimos al lector que quiera ampliar asuntos tan interesantísimos de nuestra historia. El *achu*, «lanza quiritaria» del kurú u «hombre solar», si se tuviese en cuenta en sus simbolismos, colmaría la medida de tales testimonios ario hispánicos. Los turdetanos, seguros arios también, es sabido tenían sus *Vedas* como ellos, o leyes político-religiosas redactadas en verso como aquellos (Estrabón, 1. III), a las que asigna una antigüedad hasta de seis mil años antes de J. C. y tanto Estrabón como Diodoro y Plinio contaron en las comarcas occidentales de Lusitania hasta medio centenar de príncipes-atlantes. ¿Acaso es violenta, en fin, leyendo por temura ocultista o por bustrófodo griego, *Fir-Veda*, en lugar de «Rif» o *Rig-Veda*, en el título del primero en antigüedad y el más venerable de los cuatro Vedas y cuya conservación desde tiempo casi inmemorial, fue tenido por «verdadera maravilla» por el sabio Max-Müller?. La costumbre también de apiñar las casas en las poblaciones es completamente israelítica. Los primitivos ario-romanos, y probablemente los «ario-iberos» o «celtas» no conocían la llamada por los juristas «servidumbre de luces», porque el espléndido alejamiento de ellas con sus «antojanas» (*anie-janna*) no daba a ello lugar. David en cambio, en el salmo CXXI, v. 3, alaba a Jerusalén, precisamente por lo contrario, o sea por tener las casas contiguas y nosotros tristes semitas en estos como en tantas otras cosas, aun nos gloriamos con la invención del tremebundo y antihigiénico «rascacielos»...

El citado don Andrés Serrano Almería publicó un artículo en *Hesperia* (abril, 1923), bajo el título «El río Areva, de Plinio», artículo encaminado a dilucidar si este río de tan aria significación fue el Arlanza, de Alduino; el Eresma, de Navagiero; el Tera, del marqués de Mondéjar; el Ucero, del P. Flórez; el Esgueva, de Loperráez; el Adaja, de Rives; el Tresma de Sentenach, o el Duero, de otros muchos. Con tal motivo nos dice que el nombre de Arévacos se enlaza con el del Areva y que la raíz *Ar* (inversa de la de *ra* o fuego) es celta y significa «agua», por lo que pueblo lacustre y pueblo ario suele tener el mismo significado histórico, como se ve por el siguiente cuadro:

<b>ALGUNOS NOMBRES IBÉRICOS EN AR Y UR (AGUA Y FUEGO)</b>	<b>SU CORRESPONDENCIA CON CIUDADES Y RÍOS ACTUALES</b>	
Areva	Areva	Río Araviana
Aregrada	Agreda	Río Keiles
Arcobriga	Arcos de Medinaceli	Río Jalón
Turiassone	Tarazona	Río Keiles
Uxama	Osma	Río Ucero
Ures	Urés	Se ignora

---

Urrea	Urrea	Canal de Urrea
Arguijo	Arguijo	Se ignora
Arancón	Arancón	Se ignora
Arlanza (Burgos)	Arlanza	Se ignora
Ariza	Ariza	Río Jalón
Aragón	Aragón	Río Antiguo Arga
Aranda	Aranda	Río Duero
Arévalo (Avila)	Arévalo	Río Adaja
Aranjuez	Aranjuez	Río Tajo
Arnedillo	Arnedillo	Río Baños de Arnedillo
Urbión	Urbión	Río Fuentes del Duero
Cardejón	Cardejón	Río Araviana

Esta lista se podría hacer mucho más larga porque la humanidad, que espiritualmente vive de la montaña (*soma, coronos* o *cronos*), materialmente no puede vivir sin agua, y a toda gran ciudad corresponde siempre un río caudaloso, determinante de su grandeza. Por un lado, en Atlas como el de Kiepert, hay más de doscientas toponimias con la radical *ar*, a los que pueden agregarse las también acuáticas de *ag, ask* y *al*, con lo que casi ninguna palabra de la «acuática» letra A escapa a esta ley de aria derivación. Dignas son también de estudio, las siguientes coincidencias y semejanzas orográficas hispanosuizas, que nos da un sabio escritor:

#### SUIZA

**Arosa.-** Pueblo del cantón de Grisones, a 1.750 metros de altura sobre el nivel del mar, conocido, como Davos y Leysin, por la cura de la tisis, que se practica en él mediante el clima de altura.

**Biel.-** Ciudad del cantón Berna.

**Campo.-** Aldea cerca de Vals (Grisones).

**Castro.-** Pueblo del cantón de Tesino, entre Biasca y Olivone.

**Chillón.-** Castillo antiguo en las orillas del lago de Ginebra.

**Calanda.-** Montaña del cantón de San Gall.

#### ESPAÑA

**Arosa.-** Pueblo y ría de Galicia.

**Biel.-** Pueblo de los Pirineos (provincia de Zaragoza).

**Campo.-** Pueblo de la provincia de Huesca.

**Castro.-** Pueblo de la provincia de La Coruña; además hay **Castro** Urdiales, **Castro** de Oro, **Castro** de Rey, etc.

**Chillón.-** Pueblo cerca de Almadén (Ciudad Real).

**Calanda.-** Pueblo de la provincia de Teruel.

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

**Guarda.-** Pueblo de la baja Engadina (Grisones).

**Molins.-** Pueblo en la parte retorromana del cantón de Grisones. (En alemán, Muehlen).

**Quinto.-** Pueblo del cantón de Tesino, cerca de Airolo.

**Randa.-** Pueblo del cantón de Valais

**Selva.-** Pueblo del cantón de Grisones, en el valle del Vorderrheim, ruta de Oberalp.

**Sax.-** Pueblo del cantón de San Gall.

**Santa María.-** Pueblo en el valle de Muenster, y otro en la alta Engadina (Grisones).

**Torre.-** Pueblo del cantón de Tesino, cerca de Castro.

**Villa.-** Pueblo en el valle de Lugnez (Grisones), y otro en el valle de Hérens (cantón de Valais).

**Guarda.-** Pueblo cerca de Logroño.

**Molins** de Rey.- Pueblo de la provincia de Barcelona.

**Quinto.-** Pueblo entre Zaragoza y Caspe.

Puig de **Randa.-** Montaña de Mallorca.

**Selva.-** Pueblo de Mallorca.

**Sax.-** Pueblo de la provincia de Alicante.

**Santa María.-** Pueblo de Mallorca. - **Santa María** de Nieva. Pueblo de Segovia, etc.

**Torre.-** Pueblo de la provincia de Logroño.

**Villa** del Prado.- Provincia de Madrid. - **Villa** del Río.- Provincia de Córdoba. - **Villa** del Rey. - Provincia de Cáceres.

Semejanza he encontrado con los nombres siguientes:

### SUIZA

**Arbaz.-** Pueblo del cantón de Valais.

**Brione.-** Pueblo y balneario del cantón de Grisones.

**Erlach.-** Pueblo en las orillas del lago de Biel (Berna).

**Ferrera.-** Pueblo del cantón de Grisones.

**Flex.-** Aldea cerca de Molins (Grisones).

### ESPAÑA

**Arbas.-** Pueblo de la prov. de León.

**Brión.-** Pueblo de la provincia de La Coruña. - **Briones.-** Pueblo de la línea de Zaragoza-Bilbao.

**Erla.-** Pueblo de la provincia de Zaragoza.

**Ferreira.-** Pueblo de la provincia de Badajoz.

**Flix.-** Conocido por su fábrica electro-química (línea de Zaragoza-

**Loeche**-les-Bains (cantón del Valais), balneario muy renombrado desde el siglo XV.

**Salins**.- Pueblo del Valais, frente a Sión, al otro lado del Ródano.

**Sorte**.- Pueblo del Tesino.

**Sihl**.- Río del cantón de Zuerich.

**Reuss**.- Río que forma el lago de cuatro cantones.

**Realp**.- Pueblo del cantón de Uri.

**Valzeina**.- Pueblo de Grisonnes.

**Vals**.- Pueblo de Grisonnes.

**Prada**.- Pueblo de Grisonnes, cerca Coira.

**Bodio**.- Pueblo del valle del Tesino.

**Capella**.- Pueblo del cantón de Grisonnes, cerca de Scans.

**Vrin**.- Pueblo del valle de Vrin (Grisonnes).

Mora del Ebro).

**Loeches**.- ¿Quién no conoce las aguas de este pueblo, de la provincia de Madrid, y sus efectos?.

**Salinas**.- Pueblo de la provincia de Alicante. - **Salinas**.- Pueblo de Guipúzcoa.

**Sort**.- Pueblo de Cataluña.

**Sil**.- Río de Galicia.

**Reus**.- Ciudad de Cataluña.

**Rialp**.- Pueblo de la prov. de Lérida.

**Valsrin**.- Pueblo de la provincia de Segovia.

**Valls**.- Pueblo de Cataluña.

**Prado**.- Pueblo de Pontevedra.

**Bodión**.- Río de la prov. de Badajoz.

**Capdella**.- Pueblo de la provincia de Lérida.

**Verín**.- Balneario de Galicia.

Con esta ocasión encontramos en el mapa de Suiza, además, otros nombres puramente «castellanos», como son, por ejemplo:

**Gallina**.- Así se llaman unas praderas (Alpes) en el Val d’Ambra (Tesino).

**Cresta**.- De este nombre hay varios pueblos en el cantón de Grisonnes.

**Ayer**.- Pueblos, uno en el valle de Tinal y otro en el valle de Herémence (Valais).

**Carrera**.- Pueblo entre Versam y Valedoras (Grisonnes).

**Frasco**.- Pueblo del cantón de Tesino.

**Cama**.- ídem id. id. (valle del Mesocco).

Piz **Sol** (piz, pico).- Montaña en el cantón de San Gall.

(La **gallina**, con su **cresta**, fue **ayer** a la **carrera** a tomarse un **frasco** en la **cama** al **sol**). ¿Es castellano?.

Por otro lado la palabra latina «corona-coronae», viene de «Coronos» o Cronos, uno de los sobrenombres de Saturno o **Sat-ur-anas**, el fuego o Espíritu «salvado» o manifestado en las Aguas (Ascuas de «Oro del Rhin wagneriano, Espíritu de la Divinidad flotando sobre

las aguas). Por otro, en fin, si *Ur* es «fuego», su femenino, el *ura* vasco, es «agua», todo al tenor de las siguientes transmutaciones jeroglíficas:

**O** — Lo Abstracto e incognoscible, la Deidad Sin Nombre y sin culto de los primitivos tartesios del Jardín de las Hespérides, la Esfera del Espacio sin límites o (Parabrahmán).

**OI**, o bien **IO** — La primera Manifestación o Mónada (Parabrahmán-Mulaprakriti). Ella se retira luego al silencio y obscuridad (Sigé) emanando la Dúada de «la cruz en el círculo» que ya vimos, o bien, en otra forma, el doble rayo o «ángulo» que sigue:

**A** — El Logos, el primer «Fuego brillante» o manifestado, hijo como dicen las *Estancias de Dzyan*, del oscuro Fuego Oculto.

**V** — Este mismo Fuego, reflejado ya en las Aguas y constituyendo con ellas la sagrada *Tetracis* del Cosmos o la Armónica Manifestación.

**A** y **V** comienzan después su concordada y recíproca actividad en la vida, tomando la letra **R**, símbolo como dice la Maestra, del movimiento o marcha de la letra **P** y así tenemos:

**PA**, (Padre); **AAA** o **VVA** (Madre); **AP** (Serpiente).

**RA** o **AR** —, Fuego activo vital.

**RV**, **RU** o **UR**, y **AUR**, Agua, cuerpo formativo o «lunar» *eidolon*, «doble», de los griegos, *tatua* o «envoltura», de los arios, ecétera).

**ARA** — Fuego y Agua juntos, Tierra, Altar, Hogar.

**AL** y **ALM**, árabes (por el cambio fonético de la **R** en **L**, al modo de los ingleses pronunciando aquella), con significados análogos.

**AD** y **ADAD** o **DADA** — Jeroglíficos del Sol y de la Luna, y de estos dos unidos dando vida a la Tierra y los seres que la pueblan (Brahmâ-Vach-Virah, o «Toro», «Vaca» y «Ternera»).

**OD**, **OT** y **OTO** — Variantes cabalísticas de **AD** y **ADAD**, de la que ya dimos ejemplos al hablar del dios **TOT**.

**AB**, **ABA** y **ABAD** — El Primer Hombre (**AD-AM** el Kadmon cabalista); los Antepasados y la patriarcal autoridad de ellos.

**AVRAV** — «Aurav», «Auros» u «Oro» (Horus), el Sol en su genuina significación «masculina» por un lado, como paternal dador de la vida, y «femenina» por otro como «satélite» o «luna» de otro Sol más excelso e invisible (Véase *Conferencias teosóficas*, capítulo de «Astronomía y Astrología»).

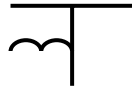
**AR-GA**, o, por contracción simplemente **GA**. — La Luna, nuestro Padre-Madre en exacta simbología (Véase el capítulo «Deus-Lunus» de nuestra *Simbología Arcaica*). La nave **ARGOS**, el «Arca» salvadora.

**AR-GA-MA-SA**. — «Argamasa», en castellano, o trabazón de las piedras en los edificios, formada por la aplicación de la mezcla trina de cal viva («fuego» u óxido de calcio que pasa a hidrato por el agua), agua «lunar», «terrestre» arena juntas lastres en uno por la sílaba *sa* o *as*.

Con éstos jeroglíficos troncales arios podemos formar la inmensa mayoría de los nombres celtibéricos, sobre todo si a ellos se agregan los «lunares» jeroglíficos siguientes:

**LAT**, **LAT-ONA**, **LAT-ANAS**. — La Luna para orientales y latinos a partir de la letra sánscrita:





símbolo del «Ave» o «Espíritu» crucificado en la T o Tau por la Manifestación, y de aquí las gentes troyanas o latinas del **LA-TIUM**.

**TAL, TAUL, TOL y TALASA**, o simplemente **LASA**. — Radical «lunar», «lacustre» o acuática de tantos «pueblos de río, como Tolemaida, Toledo, Tolosa, Talavera y de la que ya hablamos en el capítulo del **ANA-HU-AK**, al ocuparnos de los tol-tecas.

**UR-ANAS**. — Urano el dios más excelso o cielo de la Teogonía de Hesíodo, desposado con la verde **GAIA**, Cea, o la Tierra, no en el sentido ulterior del astro, sino en el de **TARA**, la Materia Primordial (Mulaprakriti).

Como dice acertadamente la *España primitiva, Historia de sus reyes y monarcas, desde su población hasta Cristo*, por el Dr. don Francisco Xavier Manuel de la Huerta y Vega (dos tomos en 8º., Madrid, 1738, obra rara de la que tanto partido sacamos para la nuestra *De Sevilla al Yucatán* y de la que parece hay un raro ejemplar en la biblioteca del Instituto de San Isidro, en Madrid), entre los hijos que a Urano señala Sanchoniaton (el Hesíodo y el Homero de los pueblos fenicios), el primero fue Saturno y el segundo **Beth** o **Betilo** (segunda letra del hebreo), «inventor de las piedras animadas de este nombre», o sea el Prometeo sirio, ya que el Fuego aquel de Uranos transformó a los «hombres-animales» u hombres-estatuas a lo Pigmalión, en divinos «hombres de pensamiento», lo que fue causa de su destronamiento del cielo y de su residencia en la tierra, como luego Saturno-Jano, para enseñar a los hombres la astronomía o celeste doctrina de la sabia adoración sin culto de los Lha, Dragones y Serpientes de soles y planetas, (Sanchoniaton, Apud Eusebio, 1. I, c. 10; Brochart, *Geographia Sacra*, 1. II, c. 2). «Junto a Heliópolis de Siria («la ciudad del Sol» entre el nacimiento del Orontes, el Jordán y el Lita), dice el autor, Asclepiades subió al monte Líbano y vio muchos «betilos» (léase, no piedras mágicas de adivinación, *calcis* o piedras de cálculo, sino los iniciados que con ellas operaban mágicamente), betilos de los cuales se cuentan grandes «milagros» (hechos mágicos), como refiere Damascius. Para librarse Urano de la persecución de su hijo, peregrinó por Egipto y el mar Rojo hasta Ceilán o Trapobana (Diodoro Sículo, *Bibliotheca*, 1. VI). El tercer hijo de Urano fue **Horus** (el Sol), que, muerto en el mar (Diodoro, 1. IV), dejó su «trono a **Regina** (Regina-coeli, Diana, Latona, o la Luna), esposa de Hyperión, y de cuyo matrimonio nacieron dos hijos **Helios** y **Selene** (el Sol y la Luna para los griegos). Los hermanos de Hyperión (Titanes, hijos de la Tierra), llenos de envidia y temerosos de que estos niños heredasen el reino, dieron muerte al padre, y al niño Helión le echaron en el Eridano, donde se ahogó. Cuando supo su hermana Selene la noticia se precipitó desde el techo de su casa» (Diod., 1. 5, c. 67). De aquí la fábula de Phaeton y su carro. El Eridano no era el Po como Ovidio pretende, pues que Dionisio de Halicarnaso en su *Descripción del Orbe*, dice: «Verás los Montes Pirineos, y los Celtas, poco distantes de las fuentes del Eridano; allí de noche, en la desierta ribera, lloran las Híades a su Phaeton ahogado». Igual sostiene Juan Tzetzes (1. 2, *Chil*, c. 36). Era el Ebro (por Lérida o Ilerta, de Il, ciudad y Eróla, tierra). Después de la muerte de Hyperión, los hijos de Urano dividieron el imperio. De ellos los más ilustres fueron Atlante y Saturno. Al primero le tocaron en suerte los lugares vecinos al Océano y a sus pueblos los llamó de su nombre, como también a un gran monte vecino (Diod. íbidem). Saturno reinó

en Sicilia, Libia e Italia, pero su mayor poderío estuvo en los lugares puestos al Héspero (España).

De esta un tanto pesada y abigarrada cita se deducen cosas del más alto interés. Es la primera la de la «guerra del cielo» o recuerdo de la humana evolución. Urano dota al hombre animal del superior fuego del Pensamiento, para lo cual «renuncia a su propia Mente», como los Makaras védicos, para dársela al hombre, y en su peregrinación o hégira por la Tierra da vida a los «hombres solares» (caurios, curús o quírites) representados por su hijo Horus, el Sol, cuya doctrina fue con él sepultada en el mar, (catástrofe atlante; vencimiento de los kurús por los pandavas, en el Mahabharata), sucediéndole el culto lunar de la «Regina-coeli» de los pandavas y los ya degenerados cultos griegos de Helios y Selene. Los gigantescos titanes o genios del mal, aun se dan trazas a acabar con éstos (persecución del niño Helión-Moisés) poniéndose en su lugar, es decir, introduciendo entre los hombres la idolatría o antropolatría de la que el Paganismo de los últimos tiempos es una buena prueba, y que tan tarde y tan a duras penas entró con fenicios y griegos ulteriores en el país de «el Dios desconocido y sin nombre» del templo de los tartesios de Gades.

Don Pelayo Quintero Mauri, presidente de la R. A. Hispanoamericana, en la sesión del Congreso de Cádiz del 2 de mayo de 1927, leyó un notable trabajo suyo sobre las *Creencias religiosas de los primitivos pobladores de Cádiz, deducidas de los hallazgos efectuados en las excavaciones de Puerta de Tierra*, trabajo del que extractamos lo que sigue:

“Dice Costa en *La religión de los celtíberos*, que la religión de los españoles en su forma más primitiva era eminentemente naturalista, como lo habían sido en sus orígenes la védica y la helénica. Esta opinión se refiere a los celtíberos, pues los vedas y helenos, además, rendían especial culto a los muertos; aspecto religioso plenamente confirmado en lo referente a las creencias de los primitivos pobladores de la isla gaditana. Isla ésta confundida muchas veces por historiadores y geógrafos con la actual de León y con la antigua Tarteso, y que, a nuestro modo de ver, no fue poblada por celtas ni íberos, sino por una tribu asiática venida por mar, costeando el África, y que, llegada del Asia, y dedicada a la pesca y al comercio, sirvió de intermediario entre los íberos, celtas y ligures, con los sirio-egipcios afines suyos y probablemente del mismo idioma”.

“La constitución geológica de la isla gaditana abarca los terrenos triásicos, jurásicos, cretáceos, eocenos, miocenos, pliocenos y postpliocenos. En estos terrenos suelen aparecer fósiles vegetales, pero no hay noticia de hallazgos de fósiles animales, ni tampoco restos de útiles de la edad de piedra, tan frecuentes en el interior de la Península, indicio de que la isla no fue habitada por el hombre prehistórico, sino que desde el primer momento la pobló gente ya civilizada, que trajo su religión y su arte”.

“Corresponde la zona más superficial de exploración al período histórico ibero-romano, período que, si por lo que a Cádiz se refiere, no ha sido suficientemente estudiado desde el punto de vista arqueológico, es lo bastante conocido por sus analogías con los hallazgos del resto de España, para suponer una religión análoga, mezcla del culto celtíbero de que nos habla Estrabón de un Dios sin nombre, con una idea de otra vida, que ocasiona el culto fúnebre, y que, mezclada con ciertas supersticiones, hijas de la convivencia con griegos, púnicos y romanos, nos explica el hallazgo de enterramientos de diversa índole, inmediatos unos a otros, y así, han aparecido en la misma zona sencillas tumbas en que el

cadáver se colocó en tierra y muy superficialmente, al lado de verdaderos columbarios, o de urnas cinerarias colocadas en línea y resguardadas con piedras, como en las necrópolis ibéricas y alrededor de las cuales hay muchas veces grandes masas carboníferas con restos de cremación de animales; de conformidad con el ritual fúnebre de que nos habla Apiano, seguido para los funerales de Viriato. Por el ajuar correspondiente a este período deducimos que la mayoría de los pobladores de Cádiz, en el siglo anterior a J. C. profesaban una religión muy semejante o igual a la que resulta de las numerosas necrópolis ibéricas estudiadas por el Marqués de Cerralbo, con una teogonía, en que los dioses principales eran el Sol y la Luna, y en la que estaba muy generalizado el mito Solar de la Rueda. Los útiles del culto fúnebre, como el *cupeto*, *lucerna*, *patera*, *simpulo*, *cratera*, *prefericulum*, *acerra* y *turibulun*, han aparecido con frecuencia, y son semejantes a los de la necrópolis de Carmona”.

“La segunda zona, que alguna vez aparece mezclada con los restos de la superior y de la inferior, queda situada a una profundidad de más de dos metros de la actual superficie, y siempre sobre las sepulturas correspondientes a mayor antigüedad. En cuanto al período histórico de los hallazgos correspondientes a ella pudiéramos titular *púnico* o mejor aún, *tárteso*, entre los siglos VII al V antes de Jesucristo, cuando los tártesos declaran la guerra a los gaditanos y éstos llaman en su ayuda a los cartagineses”.

“Pertencientes a esta zona y a este período, son la mayoría de las joyas y útiles encontrados, y a los cuales, con gran impropiedad, suelen llamarse fenicios, como si este pueblo hubiera tenido arte propio o religión determinada. Buena muestra de ello la tenemos en las tumbas encontradas, pues mientras en Ibiza, Cartago y otros sitios emplearon las cuevas o cámaras sepulcrales, que no eran otra cosa sino una derivación del *hipogeo* egipcio, en Cádiz adoptan la forma *dolménica*, construyéndolas con pequeños sillares, a semejanza de la tumba hebrea de que nos habla el Antiguo Testamento, al referirse al sepulcro de Abraham en el campo de Heteos, y que del mismo modo que las cámaras sepulcrales de Ibiza, con derivación de los hipogeos; tales construcciones dolménicas son una degeneración de las primeras tumbas construidas en Cádiz, de que luego trataremos. En estos enterramientos, es donde con más abundancia aparecen escarabeos, amuletos, fetiches y otros objetos representativos de una teogonía, con profusión de divinidades iguales o similares a las de los pueblos asirio, egipcio y griego; idolatría que demuestra ya la confusión de razas operada en el pueblo gaditano; pero entre cuyo significado siempre se destaca el simbolismo solar, del culto originario. Estas modestas sepulturas suelen tener como ajuar algunas pateras, jarros y lucernas, y siempre pequeños ungüentarios de barro del tipo púnico y griego, idénticos a los que aparecen en la costa de Marruecos”.

“No conocemos inscripciones correspondientes a ellas, salvo algún jeroglífico en los escarabeos, y en cuanto a monedas, las que se encuentran en los alrededores — nunca en las sepulturas — corresponden a los tipos más antiguos de las gaditanas, y por lo tanto, anteriores a la entrada de los cartagineses en el año 236 antes de Jesucristo, en las cuales vemos como tipo la cabeza de Hércules, el atún y el delfín, símbolos relacionados con el culto solar”.

“La tercera zona, es la de mayor interés para nuestro estudio, tanto por su mayor antigüedad como por ser la que nos da más completa idea de la religión de los primeros pobladores de Cádiz, a causa de que la forma de enterramiento y el ajuar es igual en todas las sepulturas halladas. En aquellos tiempos, como en todos, si bien la muerte iguala en el

hecho de morir, no igualó en la forma de sepultar, aun entre los que profesaban iguales creencias, así es que vemos diferencias notabilísimas en cuanto a los materiales empleados para resguardar el cadáver, pero no en lo que se refiere a la idea de la otra vida”.

“Puede pues sustentarse, con grandes probabilidades de acierto, la afirmación de que los primeros pobladores de la isla en que se sienta la actual ciudad de Cádiz rindieron culto al Sol como único Dios, al principio; pero después, con los mitos y fetichismos correspondientes a los diferentes pueblos que pasaron por la célebre Gades, dejando su influencia y supersticiones, aun cuando conservando siempre la divinidad suprema, significada por el astro Sol, engendrador de la vida, que luego se simboliza en una divinidad más humana, que es el Dios tutelar de la ciudad, o sea **Hércules**, divinidad o más bien patrono, que nace de la confusión por el pueblo, entre el objeto del culto y el sacerdote que lo tributa, que al morir pasa a ser la misma divinidad. Los **Hércules**, en nuestro concepto, no son otra cosa que supremos sacerdotes del culto solar que en Cádiz se personifican, bien con la figura humana con piel de león, bien con el toro (emblema también solar), bien con el atún (sol que muere y riqueza principal de los gaditanos, que llega de donde el sol se oculta), o bien ya con los atributos del culto como el **ara del fuego perpetuo**, los **rayos alados**, la **columna** y la **paloma**. El pueblo egeo, cuya teogonía, monoteísta en el fondo, parece que se hace politeísta al significar en su culto los diversos fenómenos relacionados con el Sol, rinde culto al **Pilar** y a la **columna**, a las **grande piedras**, a los **aerolitos**, o «zeus keraunos» (dios rayo), a la **paloma**, a los **árboles**, al **escudo**, y al **hacha**, que no son otros dioses, sino símbolos del único, el **padre Sol**”.

“En el Santuario de Cnosos se encontraron tres columnas de barro y sobre ellas tres palomas de la misma materia, representación que guarda gran semejanza con el **pilar** para el **fuego sagrado** y las dos columnas, de que nos hablan los historiadores, que existían en el Templo de **Hércules, de Gades**”.

“La **Puerta de los Leones**, de Micenas, en la cual se afrontan dos leones a los lados de una columna, no es sino otro símbolo solar o hercúleo. La diosa Abeja de Melisa que cría al niño nacido de la tierra, y que también encontramos en Cádiz, símbolo es también del Sol como sostenedor de la vida. Los **cipos** y **pirámides** estucados de blanco que aparecen en Cádiz, los vemos entre los egeos y los griegos. Estos solían escribir en ellos: «Aquí está Heracles», lo cual nos dice que eran representación solar”.

“La mitología astronómica, es indudable que debió tener en Cádiz gran preponderancia, no atreviéndonos a afirmar si la causa de ello fue la influencia caldea o su situación especial geográfica, rodeada de mar y cielo, sin montes ni ríos y sin más alternativas que el día y la noche, con las estaciones del año y sus fenómenos naturales. Así, Estrabón considera a los gaditanos como buenos astrónomos, y Apolonio nos dice que vino a Cádiz atraído por la fama que de los conocimientos filosóficos y de las cosas divinas tenían sus moradores, lo cual nos permite suponer que los gaditanos profesaron una religión semejante a la descrita en diversos jeroglíficos del primitivo Egipto, basada en una sola divinidad con dos representaciones: **Ra**, sol naciente y **Atún**, sol poniente, aspecto religioso que vemos muy marcado en la religión de los gaderitanos”.

“El **Templo de Hércules gaditano**, según Filostrato, tenía su puerta mirando a oriente, para que al salir el Sol, iluminara el templo; cosa análoga sucede a los primeros templos de Heliópolis, que, según los textos jeroglíficos, correspondientes a la época de los primeros Faraones de la V dinastía, eran a cielo abierto, con un patio central de forma

rectangular y dentro del recinto un mastaba, coronado por un obelisco de piedra blanca, representación del Sol, y ante el cual se colocaba la mesa de ofrendas”.

“El hombre, cuando quiere representar a sus divinidades, lo hace no solamente con los atributos del culto, sino con la forma material de los bienes que dichas divinidades le proporcionan y, por ello, una representación de Hércules, es el toro, que, a la par que expresa fuerza, expresa que la riqueza de los gaditanos llega por el lado del saliente de la isla, como el atún que llegaba por el lado que el sol se oculta, es la representación de Atún o sol poniente. Las primitivas artes de pesca, donde se reunía este animal, recibieron hasta la época romana el nombre de «atunaras», palabra que puede descomponerse en «atún» y «ara» o casa del Dios Atún, y por ello en las monedas y otros objetos se ven representados el símbolo del pez, con una estrella y la luna, emblemas todos ellos nocturnos, y, del mismo modo, que para los tartesos, sabemos que Hércules era el Sol naciente y se expresaba por medio del toro — muchas veces con un pequeño sol encima —, el atún era para los gaditanos el Sol poniente, o sea el Atún de Heliópolis”.

“Este mito esencialmente regional se perdió en la tradición, con más facilidad que otros adoptados por varios pueblos, y por ello los árabes ya desconocen el nombre de «atunaras» y dan el de «almadrabas» a los corrales que, con redes, se forman para la pesca del atún (del árabe *almazraba* = circuito). En el *collar elioástico*, encontrado en una de las tumbas mejor construida en *Punta de Vaca*, tenemos la representación del *Sol naciente* por las cuentas esféricas de oro, y el *Sol poniente* por las cilíndricas de ágata. El disco y semidisco de cobre bruñido que colocaban los gaderitanos sobre el pecho de los difuntos, semeja al astro-rey cuando se oculta y puede significar el espíritu del muerto que sigue el mismo curso del sol. El pomito de barro sobre el pecho tal vez sea el símbolo de la vida que esparce el Sol”.

“Dado lo expuesto y la repetición de símbolos y útiles encontrados, deducimos que la religión de los primeros habitantes de la isla de Cádiz fue monoteísta, basada en la teoría del curso solar relacionado con la vida humana, semejante a la egipcia de Heliópolis, personificada por Ra y Atún, que en Gades es sustituida por *Hércules* o *Melcarte* (patrono de la ciudad) y por *Astarté* o la Luna, representaciones de la generación. El deseo de representar las diferentes ideas que emanan de esta tríada simbólica, ocasionó después el culto idólatra y de sus fetiches, pero siempre con la principal acepción de un *Dios único* o *Padre Sol*”.

Hasta aquí el Sr. Quintero, con cuyas apreciaciones hay que coincidir, salvo en la timidez con que alude a la filosófica grandeza de la Religión Solar o Natural, de la que todas las ulteriores han derivado sus dogmas y su materialismo con falsa capa de espiritualidad psiquista, como dice H. P. B. Pese a los doctos de hoy, la introducción del método teosófico-analógico en la ciencia de la prehistoria está llamada a engrandecer y revolucionar a ésta. Los que con criterio ora meramente cristiano, ora sólo positivista, cultivan la prehistoria hoy, nos recuerdan a esos excelentes conocedores de una lengua extranjera que se ponen a traducir textos técnicos de una ciencia que desconocen, y que aquí es la Ciencia de las Religiones y Religión de las Ciencias, por otro nombre Teosofía. ¿Cómo, en efecto, juzgar lo antiguo con criterio puramente moderno?.

Tengo a la vista la interesante Memoria de D. Juan Cabré Aguiló (segunda de las publicadas por la Sociedad Portuguesa de Ciencias Naturales, Lisboa, 1916), titulada *Arte*

---

*rupestre, gallego y portugués*, y en ella leo: «Del arte rupestre estilizado, de ese que se aparta de los linderos del naturalismo y ha penetrado por completo en el campo del emblema, no se ha podido fijar sincera cronología. El dato más cierto que se posee sobre ello es que la mayoría de dicho arte pertenece a las épocas neolíticas y principio de los metales... De las épocas intermediarias entre estas edades y la Paleolítica en la Península Ibérica, faltan en absoluto documentos. Las placas de pizarra, portuguesas y españolas de Extremadura, representativas de la diosa femenina funeraria — como los ídolos neolíticos de Siret — acompañaban a los difuntos en su última morada y por ello se las encuentra siempre en los enterramientos».

Precisamente en la citada Memoria del señor Cabré viene también una espléndida lámina en color, reproducción de la Lámina II de la *Memoria Segunda de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas de Madrid*, con la composición general de la **PEÑA Tú** (Nueva Asturias).

Sí. Los ojos cristiano positivistas de éste y de otros sabios, ven en la expresada *peña* «la representación de la divinidad funeraria» que para todos fuera siempre Phoebea, Ataecina, Diana o la Luna, nosotros, por el contrario, no vemos teosóficamente en ella sino «la representación de la divinidad masculina», suprema de cielos y tierra, o sea el **Sol**, en su séptuple aspecto emblemático con que se le representa en todos los monumentos y teogonías arcaicas.

La sublime poesía, en efecto, de aquellos primitivos adoradores de la Madre-Naturaleza y del Dios Desconocido y sin Nombre del templo de Gades o de la Selva drúidica, no podía hacer mejor emblema de la memoria del muerto en cuestión, sepultado bajo la *peña*, que representarle *como un sol*, dentro del paralelismo perfecto o *teosófico* que media entre el sol-hombre que se sumerge en las tinieblas de la Muerte para resucitar triunfal en la Vida futura (*ego sum, resurrectio et vita*), y el sol-astro que en las aguas occidentales se sumerge también para resurgir esplendoroso, dándonos después un nuevo día.

Esta nuestra «hipótesis» explica así las particularidades curiosísimas que se advierten en la inscultura de la Peña-Tú y en las otras siete que de Cabré tomamos en la precedente nota, a saber: la de que siempre en estas insculturas aparece el «dios-sol o el dios-hombre osirificado» bajo un manto o vestido con el jeroglífico de las aguas, o sea con las líneas, ya paralelas, ya sinuosas y de marcando triángulos, ya, en fin, formando cuadrados (el cuatro es símbolo pitagórico de «lo femenino», y «de las aguas», como es sabido), representación harto más dentro del espíritu religioso de aquellas edades, que no le suponen Cabré y otros, creyéndolas «labores del tejido de las telas que usaron las mujeres neolíticas».

Del mismo modo se explica el por qué del nombre de **Tú**, en infinitas lenguas aborígenes, equivale a «Dios» (y de aquí el divino *Tu-pan* de tantos indios actuales, equivalente al *Pantheos* o «todos dioses», de los cerámicos griegos). Además, como la **u**, originariamente, no es sino una doble **i**, **Tú** es el dios **Tî** de las dinastías primitivas chino-atlántidas, y el dios **It**, «el Salvador» o **Kwan Yin** de las teogonías tibetanas, el Xishusthos, Noé, Quetzalcoatl, etc., de la universal leyenda del Diluvio, y, en fin, el dios **It** o «Dios Término» (¡término de la Vida en la Muerte y de la Muerte en la Vida Eterna en que se resucita!) de vascos, etruscos, pelagosos y demás gentes protomediterráneas.

Tan es así, que la propia Biblia viene a servirnos como siempre de preciosísimo documento histórico de los protosemitas — los protosemitas occidentales salvados de la catástrofe atlante, que es a los que el Génesis se refiere, no los semitas de la Siria — puesto que en el capítulo X de este último y tan simbólico libro se nos dice: «1. Estas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cham y Japheth. 2. Hijos de Iapheth — el Iao, Io, Io sapho, etc., de nuestra «hipótesis» teosóficas —: **Gomer** (tronco de los de Galicia o Galogrecia, según la nota del P. Scío de San Miguel); **Magog** el Mago (tronco de los getas, escitas y tártaros, del mismo); **Madai** (de los macedonios, aunque Madai es también un dios de la teogonía centroamericana); **Javán** (Iavan, Io-anas o Juan precursor de todos los pueblos griegos «jonios», o **ionios**, según el mismo comentarista); **Thubal** o «Tú-baal», también de la Tethú-bal portuguesa, el «dios-Tú», de la peña en cuestión (tronco, para Scío, de los iberos de allende el Ponto Euxino, o más bien según San Jerónimo, de «los aborígenes españoles, que antiguamente fueron llamados **iberios**»); **Mosoch** (tronco de los moscovitas, y en general de los **turanianos**, del dios solar **Ra-tú**), y **Thiras** (antecesores de los tracios y demás gentes balcánicas del célebre itinerario del culto de Io desde la Atlántida a la Persia protohistórica a través del **Bos-phoro** (el Gau-tama oriental o «conductor de la Sagrada **Vaca**»)).».

De dichas insculturas se pasa insensiblemente a otras como la **Losa sepulcral de Solana de Cabañas** (Cáceres), descubierta por nosotros en 1897 y donada al Museo Nacional, donde, sin duda por ser el descubridor «iluso teósofo» y, como tal, hasta una especie de relojero de Yecla, «se tuvo por apócrifa» hasta que los estudios ibéricos del marqués de Cerralbo y otros «la pusieron sobre el tapete» y en las salas del Museo.

Otra cosa interesante de la cita es la alusión al comienzo de las míticas dinastías hispánicas de las que el Padre Mariana y después Huertas y Vega tanto se han ocupado, y con justicia, por cuanto después dichos reyes fueron «osirificados» como dioses o jinas, y su supersticioso culto dio así lugar al Paganismo de los últimos tiempos, empezando por el gran conductor, o salvador de los pueblos de la Buena ley antes de la catástrofe, y a quien Huerta llama Bofóro o Neptuno. A propósito de este nombre no debemos olvidar que él viene de **nephtin** que significa no sólo «la última tierra del orbe», sino también «el hijo de Neith», Athenea, la nueva Atem, Minerva o la Luna. Platón, en su **Atlántida** dice que habiendo costado Neptuno la isla Atlántica engendró varios hijos en una mujer mortal, de ésta llamada Clitone, hija de Evenor «el nacido de la Tierra u hombre primitivo», y de Leucipa. Clitone, después del matrimonio con Neptuno, fue por éste llamada Minerva Neith quien edificó en Grecia, a Atenas y en Egipto a Sais. Un simbolismo del Sol y la Luna.

No hay que decir que todo esto, más que con la «historia ibera» propiamente dicha, se relaciona con la «historia atlante» de los últimos tiempos, dando una vez más la razón a H. P. B. cuando afirma que «la Atlántida sería el primer continente histórico al que se prestase más atención, desinteresada de prejuicios cristianos — a las leyendas y tradiciones de todos los pueblos», especialmente del ibero o **hebreo occidental**. Así, sigue diciendo de la Huerta, que Bosphoro o Neptuno y Clitone dejaron diez hijos que ésta dio como gemelos a luz en cinco partos, y que fueron Atlante y Gadiro; Ampheres y Eudemon; Mneseo y Autochthon; Elasipo y Mestor; Azaes y Diaprepes. El primogénito fue Atlante y de él tomó el mar vecino su nombre. Todos estos príncipes y sus sucesores dominaron durante muchos años allí y en muchas islas y tierras y aun aquellas que hay desde el Egipto al mar Tirreno, como dijimos. La primera generación era la de Atlante y siempre el rey que moría dejaba el

reino a su primogénito del cual imperio son Tarteso, la del Guadalquivir; Tarifa; Cartheya, etc. Al Tajo le llamó Claudiano «Tartesiaco». Cádiz se llamó primitivamente *Tartesso* (Hesichio in Gale; Stephan, in *Tartessus*, Avieno, de *Or. Marítim*, Salustio, 1. 2 Hist.; Aristóteles, in *Mirabib.*; Strabón, 1. 3. Pausanias, in *Eliacis secundis*; Marcial, 1. 8 *epigram.* Ovidio 1. 15. *Metamorph*; Pomponio, 1. 2. cap. 6, Polibio, 1. 3.). De la *Tartesia de Gerión* habla también Homero en la *Iliada* (v. 485-486 libros I al VIII) y en la *Odisea* (v. 563, libros I al IV).

«El historiador Hecateo Milesio afirma que el Gerión contra quien Euristeo envió al Hércules Argivo para robarle los bueyes y llevarlos a Micenas, no pertenece en manera alguna a España, ni Hércules fue enviado a la isla Erythrea sita en el Océano, sino que el reino de Gerión estaba en el continente de la Grecia cerca de Ambracia y los Amphilocos» (Arriano, *De rebus Alexandre*, lib. 2). Esto merece poca fe. Hecateo floreció en tiempos de Ciro y Cambises; escribió varias historias y Genealogías y la descripción de todo el mundo conocido. Uno de los que auxiliaron a Júpiter para restaurar en el trono a su padre Uranio fue su hermano Briareo. Aristóteles escribe que las Columnas que ahora se llaman de Hércules se llamaron antes de *Briareo*, pero después que Hércules limpió el mar y la tierra y mereció de los mortales culto divino, se olvidó el nombre de Briareo por el de Hércules» (Aeliano, *Variar. Histor.* 1. 5. c. 3).

«Los celtíberos y sus vecinos del Septentrion veneran en el plenilunio a cierto Dios innominado y con sus familias consumen toda la noche en su festividad con danzas en sus puertas, dice Estrabón (libro 3º.) Los tirios viniendo del mar Rojo llamaron Eriphrea a la que los Paenos en su lengua Gadir, esto es vallado. En esta se prueba con muchos monumentos que reinó Gerión». (Solino. Cap. 36). *Erythrea* es la *Erithra* de Turnebo (lib. 23. *Adversar*, cap. 7); la *Erythia* de Hesiodoro y de Propercio (lib. 4. *Eleg.* 10.) y la *Erytreea* de Ovidio (lib. 1); la *Erythia* de Pomponio Mela (1. 3. c. 6), Estrabón (1. 3), Plinio (1. 3. c. 1), y Propercio (1. 4, 10).

Plinio concuerda con Herodoto en distinguir la isla Erythia de la de Cádiz, al decir que «Gerión habitó fuera del mar, en la tierra que los griegos llaman isla Erythia enfrente de Gades, que está fuera de las Columnas de Hércules (Herodoto 1. 4). «Por la abundancia de ganado los phenices llamaron isla de Astaroth o de las ovejas y después Astorella o Astarta. Y así otros la llamaron Aphrodisia y otros isla de Juno» (Brochart, *Geograph, Sacr.* 1. 1, cap. 34). Es también la Belisama y Urania, Reina del Cielo (Seldeno, de *Düs Syr. Syntagm*, 2, c. 2.). «Puso en su cabeza las insignias del reino que eran la cabeza de un toro (Sanchoniaton apud. Eusebio, libro. 1, capítulo 10) y con aquellas insignias peregrinó por toda la Tierra, prosigue Sanchoniaton y por esta cabeza de toro que traía en la suya, añade Huerta y Vega (1, 196) quieren muchos eruditos modernos que sea la misma **IO** que la fábula quiso peregrinase en figura de vaca y otros quieren que sea la misma Europa, que se finge robada por Júpiter en figura de toro, y así afirma Luciano (de *Dea Syriae*) que lo entenderán los mismos fenicios y en honor de ella y de Hércules llamaron *Alpha* a la primera de las letras que, como Hesichio dice, significaba *cabeza de toro* (Plutarcho, de *Cadmo*). La ciudad de Calpe es antigua y memorable. Primitivamente fue estación de las naves de los españoles. Esta dicen algunos que la fundó Hércules, entre ellos Timosthenes, quien refiere se llamó Heraclea y que se muestra aún el gran circuito de sus muros y arsenales» (Strabon, 1. 3). Los fenicios llamaron a Hércules *Mel-cartho*, y de aquí la ciudad de Cartheya. (Philón, de *Praeparatione*, libro 1, c. 10). Maleo equivale a rey (Hesichio;



Arriano in *Periplo*; Eunapio, in *vitae Porphirii*). Daniel Huetio, (Demonst. Evang. proposit 4) llama a Hércules Palemón y Portuno. Hércules casó con Pyrene, hija de Bebrix y se le llamó *Charops*, que, según Lilio Gyraldo quiere decir «el de los ojos verde oscuros».

Diodoro (1. 4) y Aristóteles (*Mirabil. Auscultat.*) relatan el viaje de Hércules contra los celtas por sus crímenes contra los peregrinos, venciendo a Albión y a Bergión. (Lluvia de piedras). Entre los orientales que les acompañaba vinieron fenicios de Dora o Doro. Los celtas dieron a Hércules el sobrenombre de *Ohmio*. Pintábanle un hombre anciano, de cuya boca salían muchedumbre de cadenas, con las cuales, prendiendo por los oídos a un gran número de hombres, que le cercaban los llevaba tras de sí» (Luciano, in *Hercul.*). Hércules pasó igualmente los Alpes según Silio Itálico (libros 2º, 3º. y 15º.); Cornelio Nepote in *Annibal ad Alpes*; Plinio, (1. 3, c. 17 y 20) y Justino (lib. 24) dicen que se le erigió un ara en los Alpes. De las indicaciones de Cornelio Tácito (*de Mor. Germ.*, cap. 34) se colige que también estuvo en Alemania. Además entre Estokolmo y Tylge, según Pedro Classen se le llama *Hercoll* y Antonio Jacobion habla de Herhamber que quiere decir *escollo de Hércules*. La segunda columna la colocan en el estrecho que une al Báltico con el Océano, llamado por Vagenario *Koll*, esto es, *columna*. Pedro Classen, Antonio Jacobo, Bureo y Blean las colocan en la isla Maggeró en la costa septentrional de Suecia, a cuyas cumbres algunos de estos escritores llaman *la Madre con sus hijas*. Pedro Classen dice: «Cuatro son las columnas de Hércules: *Stappen*, que quiere decir columna, *Storestappen* (gran columna), *Hongstappen* (columna excelsa) y *Borestappen* (columna del Bóreas) «Y penetró los ocultos retiros del mar causando miserias a los hombres». Eurípides in *Hercul. Fur*. Abraham Ortelio, in *Theatr. v. Herculis Arae*, dicen que dio su nombre a Inglaterra.

«Conviene no olvidar que hubo tres Atlantes: uno Mauritano, que es el máximo; otro Itálico que fue padre de Electra y abuelo de Dardana fundador de Troya. El tercero fue el de Arcadia, padre de Maya, de la cual nació Mercurio. Virgilio, por la semejanza de los nombres aseveró que Electra y Maya fueron hijas de Atlante el máximo (Servio, in *Aeneida*). En realidad fueron cinco: 1º. el de Platón; 2º. uno de los titanes, padre de Héspero; 3º. aquel al que Servio llama el máximo; 4º. el fundador de la dinastía de Arcadia, y 5º. el de Italia, padre de Electra; y 6º. el que nosotros agregaríamos con el nombre de *Hércules Ógmico*, tan admirablemente descrito en la obra de Rolt-Brash *The ogam inscribed monuments in the Bristish Island*, a la que se refiere por entero el capítulo VII de nuestro libro *De gentes del otro mundo* y el XXVI de *El libro que mata a la Muerte*, a los que nos remitimos».

A Gadírico, cuarto rey de Iberia según de la Huerta, sucedió Bebrix, — ¿Berberís? — su nieto, hijo de Cotinusa, que fue la que dio nombre a la isla de Cádiz, a quien los griegos denominaron por ello *Cotinusa*, de *cotino*, acebuche, árbol que ingertado por la sabiduría atlante constituyó el olivo de Minerva y de Atenas, como se ve en Rufo, en Festo Avieno (*Or. Marit*) y en Dión Casio (de Sit. Orb. Plinio (lib. 1. cap. 22) dice «Maiorem Timaens Cotinusam apud eos vocatam ait».

De Bebrix habla Silio Itálico en su libro 3, *Guerras Púnicas* y parece que pobló todos los Pireneos, Navarra y Vizcaya, cuyos límites señalan Estephano y Lucano junto a los Iberos, confirmándolo Marciano Heracleota y aún Escalígero en su estudio sobre el Cronicón de Eusebio. De ellos pasó una colonia al Asia y a la Bitinia. A esta Bebricia Bithímia arribaron Hércules y luego Jasón con los Argonautas que expulsaron a su rey *Amico*. Butes, hijo de Amico, fue arrojado a Dregano de Sicilia, en donde le hospedó

*Lycasta*, famosa ramera que, por su hermosura se llamó *Venus Ericina*. Virgilio (lib. 5, *Aeneida*) escribe que Butes fue muerto sobre el sepulcro de Héctor y su hijo Eryx, muerto por Hércules en la lid de los *cestos*, fue sepultada en la cumbre del monte Drepano, que por él se llamó Erycino, y allí se fundó la ciudad de *Eryca* y su templo a Venus Ericina su madre, venerada por los romanos, y el escoliador griego (lib. 6 Estrabón), hizo a Erix hermano de Eneas. De Tarsis y de sus iberos se ocupan también Sexto Julio Africano; Heliogábalo en su *Cronicón* (tomo I de la Biblioteca de Felipe Labbé); Eusebio de Cesárea y el anónimo de Escalígero en su *Chronica barbarorum*, añadiendo que de Tubal descenden los tesalios; y, en fin, el *Criticón alejandrino* y la *Cronografía* de Sinceleo (c. 23, v. 1, 6, 10 y 14). El árabe Rafís, cuyo manuscrito se conserva, hace también memoria de Pan, rey de Iberia, al que luego siguieron 53 reyes, el último de los cuales fue muerto a manos del Hércules griego. Luego siguieron Latino y otros 71 de la estirpe troyana de Eneas, sin duda, como los fundadores de Roma según la *Eneida* de Virgilio. *Betilo*, dio, por otra parte, su nombre al río Betis, o Guadalquivir y a su comarca betúlica. *Antas* fue una región africana (la de «las antas y dólmenes», tan comunes en ella) que dio reyes a Egipto hacia la undécima dinastía. En ella existió la ciudad Ataeopolis, cuya última columna fue arrebatada por las aguas en 1821. Diodoro cuenta que Anteo fue uno de los generales de Osiris y la fábula griega habla de Anteo, hijo de Neptuno y de la Tierra (¿Clitone?) y rey de Libia, cerca de las Columnas de Hércules. El atlante *Evenor*, en fin, dice Huerta, acaso es el mismo *Agenor*, rey de Tiro, de Hesiodo, padre de Europa o Io, raptada por el Júpiter griego, dios que en tantos conceptos se parece al Neptuno ibero, todos ellos por supuesto, imágenes deificadas, de los Reyes divinos preadámicos o venustos «Dragones y Serpientes» que bajaron a guiar a los infantiles pueblos de la Lemuria y la Atlántida.

Por encima de este verdadero caos de citas cuya ordenación y desarrollo supondría más espacio del que disponemos, resalta el hecho ya indudable de la primitiva convivencia en nuestra península de los primeros pueblos arios con los últimos restos atlantes y el de que aquellos vinieron de Asia en tiempos muy anteriores a los de los fenicios.

Hay, en efecto, en las alturas bactrianas que separan las fuentes del Oxus y del Indus, o sea en el entronque de los montes Imaus con el Paropamisio la escítica montaña de *Aska-tankas* (*Ala-Tau*, con interrogante, para Kiepert) desde donde se inicia hacia todo Occidente una ininterrumpida serie de nombres de radical *ar* que sigue hasta Armenia, por bajo de la Calchis o Cólquida del Vellochino de Oro y de la Iberia caucásica y después hacia el resto del Asia menor y centro y mediodía de Europa. De estos nombres, nos interesan especialmente para el probable origen del nombre del pueblo *asko* o *vasco*, es decir del genuino pueblo ibero, el del lago *Ascania* en la alta Frigia no lejos de Celaene (Selena o Apanea); el del otro lago *Ascania* en la Frigia menor de la Propóntide, no lejos de la Calcedón del Bosforo y del célebre puerto de la galilea Ascalon en la Siria o sea vecino a la Samaria Sebaste al principio indicada como la región palestina shamana o samita por excelencia. La región *ofita*, en una palabra, de la caldea «adoración» del dios Nebo o «la Sabiduría primitiva», traída por los *Pelaskos*, *Paleo-askos*, *Pelaskos* u «hombres del piélagos marítimo, cuyo símbolo mítico es «Neptuno», como ya hemos visto y por cierto que este nombre no es, a nuestro juicio, sino un nombre apelativo y simbólico sobre el que conviene detenerse. El verdadero nombre clásico de Neptuno es, efectivamente, el de *Poseidon*, como el de la última isla atlante sumergida hace unos once mil años, y de él así llamada, según los célebres *Diálogos* de Platón. «Neptuno» es, con arreglo al bustrófodo o

temura ocultista, *Pent* o *Penta unus*: «los Cinco dragones en Uno». Así el mítico esposo de Clitone (¿útero?), como el *Pen-dragón* y el *Uter Pendragón* del *Baladro de Merlín* con el que trabaremos conocimiento después al tratar de Libros de Caballería, tan «iberos» y tan «orientales», no es sino una preciosísima supervivencia de aquellos «Dragones celestes» chinos (los cinco planetas visibles «Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, con exclusión de la Triada Sol-Luna-Tierra) y de sus prototipos terrestres los Guías o Reyes divinos de ellos, bajados como tantas veces llevamos dicho. El «Dragón-síntesis» de todos ellos; el dotado de la plenitud sabea de aquellos astros; el Narada y el Asuramaya atlantes de *La Doctrina Secreta*, el Henoch y el Thoth Hermes egipcio; era el pentápedo Conductor de la elegida hueste por él salvada del piélago que sepultó a la Atlántida llamado, a causa de ello, *Neptuno*, «centauro» efectivo también, que quizá dio pávulo mitológico al mismo «Caballo dodecápodo del monje iluminado Cosme Indicoplesta...

Aparte de todo esto, «Asia», etimológicamente, es «semilla», y «vascos», «haskos» o «éuscaros», son los de la raza del «Sol» y de Ra, Ar, Al-Ar, Ariel o «el Cordero de *Aries*, el signo equinoccial que desterró de su puesto a *Taurus* hace cerca de cinco mil años, como hace unos dos mil años (época celta de las últimas invasiones calkas o calcídicas), *Piscis*, «los peces», le desterrara a él y como, muy en breve ya, este último signo dejara de ocupar el «punto vernal» o de primavera, pues que por la lentísima precesión equinocial cuyo ciclo es de 25.920 años o sea una simple «estación» del año heliacal del *kaliyuga* ario, va a ser sustituido por el de *Acuario*, signo tan importante en Ocultismo.

Volviendo al pueblo vasco o ibero, recordemos que para el gran intuitivo Humboldt (*Recherches sur les hommes primitifs de l'Espagne*, trad. Marrast Frank, 1866), como para Leibnitz, Hervás y Panduro, y Max-Müller, los *eusknes*, a quienes los extranjeros llamaron «iberos», no hablaban sino la lengua vasca repartida en multitud de dialectos por España y Portugal, nosotros diríamos que por medio mundo recordando los estudios de Fernández y González; los del Príncipe Luís L. Bonaparte (*La langue basque et les idiomes finnois et américaines*), los de Théodore de Abbadie (*Estudio gramatical de la lengua éuscara*) en los que se liga al vasco con el sánscrito, el georgiano y otras lenguas de América, de África y de Tartaria, los de Eichhoff, Chaho, Maury, Schleicher, Astarloa, Erro y otros que en Cantú se citan. Como el cambio entre la *e* y la *i* y la contracción es tan frecuente en todas las fonéticas, «ibero», «hebero» o «hebreo» son en el fondo una misma palabra, tan despectiva entonces en los labios de los extranjeros como lo ha sido y aún lo es la de «judío». El culto ofítico ibero o vasco del que pronto vamos a hablar, y el «odio a la serpiente» que aún hoy por prejuicio religioso ancestral perdura, contribuiría no poco a ese desprecio, pues, en nuestros tiempos llamados de «tolerancia religiosa», se desprecia todo el Sabeísmo caldeo, pese a las sublimes lucubraciones de Flammarión que de un modo todavía positivista y tímido ha empezado gloriosamente a resucitarle en nuestros días, con un «sabeísmo inconsciente» al que en reciente artículo hemos llamado *La Religión Flammariónica*. (5). ¡Sólo en el ibérico nombre de *Sevilla* vemos recordada a *Hevila*, hijo de Chus y nieto de Chann, la despreciada «raza cainita»; a *Hevila*, hermano de Ophir, hijo de Jectán, hijo de Heber, hijo de Sem; a *Helvilath*, «la tierra rodeada por el paradisiaco río Phison (u *Ophis*) donde hay oro y pedrería» y la *Hevila*, región típica de la Cólquida del *Vellocino!*.

---

Sin embargo de este despreciado pueblo, o por lo menos injustamente tratado en todos tiempos se puede decir, glosando a Cantú, como hemos dicho en otro lugar:

«La pureza de costumbres entre los iberos; las notables leyes de sucesión entre los cántabros, que enaltecieron a la mujer hasta el punto de preferirla al varón en las sucesiones; la existencia de la aristocracia de las canas y de la virtud en Lusitania; el empleo de la escritura en todos ellos, llegando entre los turdetanos a contar con leyes redactadas en verso, como las de los Vedas indostánicos, y que más que nada, la completa independencia al par que la confraternidad entre unas y otras tribus que sólo así podían evitar los males sin cuento de los grandes imperios, demuestran que en los tiempos primitivos se respiraba en España una atmósfera de libertad, como quizá no se haya conocido otra en todas las ulteriores épocas de su historia y la prueba mayor de ello es la de que en Sagunto como en Numancia; en Cástulo como en Estepa, prefirieron antes que perder su libertad, perder su vida».

«Samnios, focences, rodios, etc., hallaron en el pueblo ibero la hospitalidad debida a su infortunio. Espectáculo grandioso fue, sin duda, el de la convivencia en un mismo territorio de pueblos tan distintos y una democracia como quizá no se ha vuelto a conocer nunca fue institución universal entre todos estos pueblos durante largos siglos. Las colonias griegas-españolas eran verdaderas repúblicas autóctonas, al igual de las indígenas. Cada tribu o colonia tenía un jefe, o bien tres presidentes electivos, verdadero poder ejecutivo. Una asamblea legislativa compuesta de los más ancianos y más sabios, decidía además en los asuntos más difíciles y un poder judicial constituido en algunas ciudades griegas por quince magistrados aplicaba sus leyes admirablemente justas. Reinaba, en fin, entre los naturales un espíritu federativo, algo debilitado por el regionalismo al que tan propensa ha sido siempre nuestra patria, y la presencia del pueblo en las asambleas; la infantil religiosidad de los tiempos; el respeto al anciano, a la mujer, al niño y al desvalido; la fidelidad a sus pactos; la santidad de sus juramentos caracterizan maravillosamente a esa verdadera Edad de Oro de la España primitiva, que acaso no se ha reproducido en ella nunca, ni aún en las épocas ulteriores de sus mayores glorias. Los primitivos españoles, adoradores de la Divinidad sin Nombre y sin otros templos que el templo Único de la Naturaleza, no conocieron el grosero politeísmo hasta que le introdujeron los fenicios. Tampoco conocieron esas dos maldiciones de la sociedad antigua y... de la moderna: la esclavitud del hombre por el hombre y el envilecimiento de la mujer hada de sus hogares idílicos regidos, más por el matriarcalismo que por el patriaralismo».

«Cuantos navegantes arribaban entonces a las playas hespéricas en ínfimos navíos, regresaban a sus patrias de Oriente contando verdaderas maravillas de gigantes y pigmeos; de atlánticos jardines de áureas manzanas que no serían acaso sino limones y naranjas; de grifos, ninfas, silenos, huestias, ñuberos, ventolines, busgosos, náyades y otros mil seres de lo invisible, heredados de las tradiciones occidentales de los Eddas escandinavos. Otras veces se hacían lenguas de mil leyendas, cual la de Solón sobre la Atlántida o la Merópida de otros clásicos, ya que en tales pueblos el idealismo dominó felizmente siempre sobre las groseras realidades de la vida».

«La Fenicia, la primera corruptora de este estado idílico comenzó comerciando con los naturales de España y al tratar de tiranizar luego, encontró una resistencia heroica. El primer movimiento nacional propiamente dicho de España encierra a los falaces tirios en Gades cuando el joven pueblo cartaginés anhelaba ya aquende el Estrecho aventuras dignas

de sus instintos. So pretexto de ayudar a sus hermanos los fenicios, sustituyéndose así en nuestro suelo un pueblo asiático por otro eminentemente africano. África reivindicó así los derechos de su vecindad con España, cosa nada nueva, pues ya antes acaeciese, según todas las muestras, en los tiempos prehistóricos con el Hércules líbico o Hércules egipcio y tornó a acaecer siglos más tarde, con árabes, berberiscos, almorabides, almohades y benimerines».

«Cartago desde sus costas espiaba así los más pequeños movimientos de la víctima elegida. Amilcar y Asdrúbal profanan con sus ejércitos el pacífico santuario celtibérico; los mallorquines son llevados de honderos temibles contra Roma; los Barcas triunfan sobre los Hannones en el senado africano y las dos fieras mediterráneas que han esgrimido sus garras en Sicilia vienen a luchar cuerpo a cuerpo en España, porque el cartaginés provoca a nuevas luchas pisoteando la libertad saguntina sin advertir que con ello labra también por kármico castigo, cadenas para su patria...».

«A partir de la epopeya saguntina, la suerte de España es la de toda la antigüedad... Volviendo Aníbal la espalda a las humeantes ruinas de Sagunto y no encontrando obstáculos capaces de contener su marcha en la Naturaleza ni en los hombres, se encamina derechamente a la Ciudad Eterna, con huestes también españolas. Cuatro espantosas derrotas ponen a Roma al borde de la destrucción».

«Pero los romanos habían abierto el templo de Jano como siempre que, por causa de las guerras veían en peligro su república, es decir habían vuelto los ojos hacia la religión *jina* o *jaína* primitiva, la del Dios sin Nombre, como los iberos y todos los pueblos primievales; la de la perdida Sabiduría de las edades, profanada por el idolátrico paganismo, y Roma mientras tal hiciese no podía, según las profecías de los libros sibilinos conservados en el Capitolio en urna de pórfido... Surge entonces el primero de los Escipiones, comprendiendo, igual que Aníbal la decisiva importancia de España en el resultado definitivo».

«¿Para qué recordar los subsiguientes acontecimientos?. Mucho tiempo estuvo en suspenso; merced a los naturales, el resultado de aquella lucha de romanos y cartagineses en España. Aníbal llevaba consigo miles de españoles; con muchos más quería socorrerle Asdrúbal pasando, como él, a Italia. Los dos hermanos Escipiones aliados con otras tribus peninsulares, detuvieron a éste y cuando Aníbal había creído llegado el momento de concluir con Roma es cuando su rival Publio Escipión advierte que la salvación o la ruina de Roma están, no en Italia, sino en España: de Tarragona a Cartagena, de Cartagena a Cádiz solo registró triunfos, porque nadie, como no fuese después de Sertorio, supo usar generosidad con los siempre nobles y altivos naturales. Indíbilis y Mandonio, cual antes Istolacio e Indortes — nombres que parecen indostánicos — personificaban a nuestra patria de entonces y tenían, con razón, por tan enemigos a los romanos como a los cartagineses. Faltos de fuerzas, aunque sobrados de valor, no pueden oponerse de igual a igual a unos ni a otros y, amando a Escipión quizá por sus virtudes odian a Roma con intuición admirable. Desde Escipión que inició la conquista de España hasta Augusto que la terminara, abundaron los ejemplos de sublimes sacrificios por la libertad amenazada, y clavados en cruces ignominiosas aquellos casi invencibles celtas, entonaban, llenos de fe santa, los mismos himnos sacro-guerreros que los llevaron muchas veces en alas de la victoria, como ardieran antes con sus familias y sus bienes los de Numancia, Cástulo, Estepa y Monte

Medulio... para surgir más tarde, con igual espíritu entre las breñas de Sobrarbe, Ribagorza y Covadonga...».

Como hemos visto la generalidad de los autores reconoce, pues, el carácter vasco de los iberos, ya sea que estos últimos viniesen de la Iberia del Cáucaso como uno de tantos pueblos mediterráneos accadio-caldeos, bien que acaeciese a la inversa (clásico itinerario de Io) de la Atlántida a la Cólquida por los pueblos del luego latino mar poco antes de la gran catástrofe. Ambas hipótesis, además, son probables y aun pueden ser admitidas ambas a la par, con diferencia de siglos, asignando a la corriente de Occidente a Oriente (la atlante) una fecha superior a los 9.000 años antes de nuestra Era y la inversa (la aria) de los 2 a los 3.000 años, o sea de 6.000 años después. Por supuesto que la hermandad fonética uralo-altaica, la identidad entre el tipo cromagnon o guanche, las características de este gran pueblo que un mal entendido Cristianismo viene deformando desde hace casi veinte siglos, le identifican con todos los pueblos *kalcas* o del tronco celta, tanta veces citados en el curso de esta obra y sus restos, hoy esparcidos por las dos vertientes española y francesa de los Pirineos, están clamando por teósofos cultos e inteligentes que se consagren seriamente su estudio en relación con los demás pueblos de la gran familia indoeuropea o aria.

Los vascos, como verdaderos acadio-caldeos mediterráneos, no atlantes como suele creerse, tienen una teogonía perfectamente aria, que arranca del simbolismo de la Serpiente *Sugé*, o de la eternidad, serpiente primera y última o *Le-heren* que se muerde la cola cual la egipcia, alfa y omega de todas las cosas, de la que todo ha emanado y en la que todo ha de ser reabsorbido en el último día de los tiempos. Esta es también la serpiente *She-sha* o *Ananta* que en los Vedas constituye el dulce lecho de Vishnú o de el Logos en su cósmica manifestación; el negro e invisible Mar Insondable del que emana el Fuego Creador al que los Vedas llaman Agní. También es *Sugé* el *Sigé* cabalístico, el ápice superior de la Primitiva Trinidad compuesta de *Sigé*, *Bithos* y *Ennoia*: el silencio y la Oscuridad de donde surgió la Vibración y la Luz.

*Iao*, el Desconocido Espíritu del Cosmos o más bien **IAV** en jeroglífico, deja caer sobre el antes informe o indiferenciado «Huevo del Mundo» (Caos, Substancia primordial, Raíz de la Materia o Mulaprakriti) en el que yace dormida *Sugé-Leheren*, una gota del agua de su clepsidra o reloj de los tiempos, fecundándole al son de las «siete trompetas de bronce de las siete eternidades» y despertando así a la Gran Serpiente quien por sus siete bocas, lanza otros tantos torrentes de Fuego creador que consume los restos de los viejos mundos, mientras que con su cola amasa la materia de los mundos nuevos y una vez hecho esto, como la cabalística Sigé o el «eterno Padre-Madre envuelto en sus siempre invisibles vestiduras» que dice el poema de Dzyan, retorna al silencio y a la oscuridad.

Mr. Chaho en interesantísimo artículo comentado por el señor Garrido en la revista *Hesperia*, artículo un tanto mutilado por los prejuicios al uso, añade que los magos de Euskaria enseñaban asimismo que la Tierra, como ser vivo, iba pasando por sucesivos cataclismos por el fuego y por el agua (años heliacales o platónicos) por analogía entre el ciclo de precesión de los equinoccios y el de rotación y traslación de la Tierra, pues que la tal gota de agua fecundadora es el número 60 (igual a 5 x 12) o sea cinco veces un cambio total en la posición de los doce signos del zodiaco es decir 5 x 26.000 años, cantidad igual a 130.000 años, en realidad 144 mil años, que es «una estación heliacal», o bien la tercera parte de un kaliyuga de 432 mil años, con lo que estas cronologías pueden ya enlazarse con

las tamiles a las que se refiere el capítulo de Astronomía y Astrología, tomo II de nuestras *Conferencias teosóficas*.

Estos «magos de Euskaria» no eran otros sino los *jaon-aztiak* astrólogos a quienes los romanos comparaban con los mejores augures de Hungría-Bohemia y con los profetas o bardos escandinavos de Voluspa. Un recuerdo de sus «antros» es la cueva de Zugarramurdi, otro el *Aquelarre* o «campo del chivo», ¡del chivo mismo de los Templarios y de tantos otros ocultistas! y otros la gruta de Balzola, la de Las tres olas, las de Maita o *Ma-aita-garri*, hija de Ariel y hada de los Pirineos, y la de la Dama de Amboto, ya que no las conocidas de Basondo, Altamira, etc., donde el *Baso-jaum* o *Basco-jaín*, especie de dios Pan griego, nos dejara sus «rupestres» pinturas de bisontes y de otros «bueyes simbólicos». *Aitor* y *Ariel* son, por supuesto, desinencias del «Dios desconocido», como la propia de Adonai o Jehovah, uno de los *helios-jinas* o Elohim. Ecina, Egina o «la jina», es uno de los más antiguos mitos ibéricos que por su fusión con el dios Aten de los libios y egipcios vino a formar la *Adegina* de Turóbriga y de los machos cabríos en bronce de Mérida y de los Arenales, (colección del marqués de Castro-Fuerte) y la *Ataecina-Saga* de las inscripciones ibérico-romanas números 5297 a 5304 y otras del *Corpus inscriptionum latinarum* y 731 del *Suplemento*, de Hübner, es decir, Pro-serpina, la «serpentina» Luna, aludiendo al movimiento epicicloidial o. serpentino de este astro al ser arrastrado por la Tierra en torno del Sol, diosa cantada por los más antiguos poetas de la Península, que dijo Hübner al ocuparse del *Poema belingüe de Mérida* existente en Plasencia (*Corpus*, número 562), la celeste, terrestre e infernal esposa, en fin, del dios Plutón ibérico conocido por Dulovio, Endouolico, Enduollico, Enobolico, Endovelico, Indoueleco, Endovilo, Edovio, Eaco, Iaco y Duelo, cien probables nombres de Plutón, Helios o el Sol, de los nuestros también como los de Eaeacus. Arronidaecus, Brigaecum, Callaecus, Ceceaecus, Cerenaicus, Lubaecus, Lubianus, Lubaeni, Lamaecum, Gabalaica, Avelus, Abelius, Avelicus, Avellicus, Aventio y Tancinus, este último con más de 40 inscripciones votivas, la mayor parte en el dicho *Corpus*.

Apurar el tema luni-solar ofita supondría el volcar aquí, entre otras obras notabilísimas, las *Religiones de Lusitania*, de Leite de Vasconcellos; la *Historia de los Heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo (a pesar de sus prejuicios que tanto daño han hecho a esta clase de estudios); la obra de Joaquín Costa, el Padre Fita, y cuanto se ha publicado sobre las pinturas rupestres y sus cuevas por Cartailac, Brenil, Hernández Pacheco, Cabré, Dussaud, etc., sin olvidar a Quadra Salzedo.

Este último, en efecto, bajo el título de *Simbología Ofita* publicó en los números 6 y 8 de *Hesperia* (1922), algo muy interesante que conviene extractar:

«Entre los cultos — dice — cuyo rastro se aprecia hasta bien avanzada la Edad Media, está el ofítico o de las Serpientes. En la pintura rupestre, en la leyenda, en mil documentos históricos pueden recogerse datos preciosos para trazar este capítulo de un libro que tampoco existe: *Las primitivas religiones de España*. El culto a la Serpiente como símbolo ora del Bien ora del Mal (agatodemon y cacotodemon) llegó de Oriente a nuestro país. (6). No se había perdido, sin duda, la tradición de la serpiente mosaica. Para la tradición cristiana, a partir del *Génesis* era todo lo ofítico representativo del mal y de la seducción. Los pueblos de contactos israelíticos habían perpetuado en sus simbolismos las sierpes y dragones con cola de ofidio, y los lictores golpeaban los pavimentos marmóreos convirtiendo las varas de cinamono en culebras sorprendentes. La magia circundaba a

Sesostris y a Cleopatra, que domesticaban a los reptiles y con ellos convivían como San Jerónimo con sus tres leones y San Juan con sus águilas soberbias. Por los viejos códices de siete columnas en que se traslada la Biblia del arameo atármata, latín, griego, árabe, candiota, etc., reptaban ofidios enroscándose en rollos y papiros. La serpiente preside los códices de Vigila, los alegatos de Prisciliano y los comentarios de Beato al Apocalipsis. En esta última obra y en su mapamundi lleno de signos y restos de la escritura arbórea de los «ogam», aparece **Pitón**. Al finalizar el siglo VII y el VIII, los iniciados ofitas, señores jinas conservadores de la tradición, sufren, a consecuencia de la invasión árabe un cautiverio peligroso, la imagen está a punto de sucumbir, y se esconden en cajas de hierro y pétreos arcones tesoros sagrados y remotos. Del mismo modo que los Patriarcas ofitas ocultaron su **pitón** y sus mágicos **dragones**, ocultaron los **Abas** o **Abades** cristianos las imágenes de la Madre del Salvador, que pisaría la cabeza del dragón o pitón malo, no del bueno, porque este último no tentó en el paraíso a la primera pareja, sino que huyó del medio satánico de la tentación o sea del **pitón macho**. Como derivación del culto ofítico está la leyenda del hombre-pep de Liérgades o sea de un hijo de este lugar santanderino que vivió varios años en el agua hasta transformarse así en un extraño animal acuático. Sacado el caso mítico de la fábula popular por el padre Feijóo (**Teatro y Cartas**) a él puede añadirse el del vizcaíno Monje de Izaro, franciscano, quien para cortejar a cierta dama atravesaba nadando las cinco millas que hay entre la isla de Izara y la Península. Tales leyendas celtas se extienden por todo el litoral cantábrico, adquiere formas literarias y musicales inestudiadas, pasa luego a los códices monásticos y de allí a las primeras relaciones de la novela caballeresca. La onomástica del ciclo de Amadis y de los Palmerines abunda en Vizcaya y Cantabria y existe un paralelo entre el dragón que es despedazado en las inmediaciones del castillo de los Palmerines y aquel dragón o sierpe de la antigua fortaleza de Arcemega un caballero de la Casa de Osorio, de que nos habla Lope García de Salazar. La leyenda del dragón vencido por el caballero, extendida por todo el mundo, tiene especial representación en la vieja Cantabria como era lógico tratándose de señores ofitas en los valles y en la marina del antiguo territorio de idubedas y caldeos. El caballero Perseval o Parsifal de la mitología nórdica dio nombre a los primogénitos de las tribus **ophitas** en recuerdo del vencimiento sobre el dragón o serpiente. Se supone que uno de los caballeros principales ofitas fue el conde Don Vela o Vigila revelador de armas o custodio de tesoros, venerado por santo su incorrupto cuerpo en su sepulcro de Santa María de Respaldira (Aniáx, Lanuza, Sandoval, López de Haro, Valbuena, etc.).

Uno de los antiguos territorios de Cantabria es el valle de Mena, con título de Real, país donde adquirió relieve la arquitectura románica. Están acordes los últimos estudios en señalar a ciertas figuras de dicho género de construcción como símbolo de cultos pretéritos. El monasterio o abadía tipo puro es el de Santa María de Siones, fundado por la Casa de los Díaz de Mena. Una de las más nobles figuras es la de un ser humano que devora a una colosal serpiente cuyas anillas se enroscan hacia la cola en el busto del tragante, que abre una desmesurada fauce. Representaciones tales son frecuentes en lo románico. La genealogía de la Casa de Vizcaya, que comienza según la leyenda en Don Zuria o Fromm, tiene su comento en el **Nobiliario** portugués-vizcaíno y allí se narra cómo una infanta de Escocia, que llegó a Mundaca, tuvo habitación con un fauno coendriago o misterioso ser que era culebro y habitante poderoso de aquella costa, que tal es la palabra del **Nobiliario**, empleada también por García Salazar en la **Crónica de Vizcaya**, que imprimió Barahonda y



ha reimpreso Guerra en la *Revista de Heráldica y Genealogía*. Recogió esta leyenda y origen ofítico de los Señores de Vizcaya el insigne Herculano, a quien aún no se ha tratado por la Historia española con toda la admiración a que es acreedor. Alejandro Herculano recogió las noticias del *Nobiliario* del Conde Barcelos en diversas leyendas, entre ellas la que corre con el nombre de la dama de pie de cabra, haciendo verdaderos bosquejos históricos-literarios de la vida en Vizcaya en los albores de la Edad Media. Otro de los manuscritos que recoge la leyenda del Conde Barcelos que hemos visto, pasó Salazar a las obras de Herculano y a los comentarios de diversos historiadores es la llamada *Crónica de Ibarguen*, sobre la cual emití, a petición de la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya, largo informe de su contenido.

## NOTAS AL CAPÍTULO XI

(1) Por curiosa coincidencia, en el N.º 2 de dicha revista en que apareció el trabajo sobre los shamanos vascos del Sr. De la Quadra-Salcedo, se publicó el capítulo I de nuestro *Velo de Isis*, y en el cual hicimos notar que la simbólica Introducción de *Las mil y una noches* arranca también de dos hermanos shamanos: *Schah-zaman*, rey de Samarcanda, llamado «el rey del Tiempo o de los siglos» (el jina para quien nuestro pasado, presente y futuro son una cosa misma) y *Schah-ariar*, el hombre ario, el que mantiene su vida a costa de cruentos sacrificios, sean estos el simbólico de «las cien doncellas», sea el de la continua destrucción de las formas, a diferencia de los «jinas» o «espíritus» que de fuerzas naturales de luz, calor, electro-magnetismo terrestre como el de las auroras polares, etc., mantienen quizá su vida. El nexo geográfico entre el shamanismo centroasiático y el de los pueblos samitas que más adelante seriaremos a partir de la Samaria sebástica de Palestina es el de los pueblos zendos o parsis a los que hay que atribuir la paternidad de la primitiva colección de leyendas y cuentos populares que constituyen el iniciático libro por todos conocidos.

(2) El nombre de Gartzin o Garizin del monte sagrado de los samaritanos al que se alude en este pasaje del Evangelio, viene del sánscrito *Garis* o *Gathis*, la puerta (*jano* o *janua* en honor de Jano, en latín). Puerta marítima y más que puerta fue la región de Samaria, Sidón y Tiro, para las emigraciones a España.

(3) Tan purísima y primitiva era la religión shamánica que doquiera aparecen shamanos emigradores allí la espiritualidad más excelsa resplandece. Por eso la Maestra nos habla en cien partes de los *Misterios de Samotracia* y de sus Kabires, Viraj, «varones divinos» o «Fuegos santos», creadores en siete lugares distintos de la isla Electria (simbólicamente la Tierra entera, más que la Samotracia) de otros tantos tipos de Humanidad: «los cinco Dragones chinos» por nosotros indicados con más el 6.º y el 7.º de las Américas. «La Samotracia, dice H. P. B. fue colonizada por los fenicios (los de la Samaria Sebaste, ya dicha) y antes por los misteriosos Pelasgos, que vinieron de Oriente».

(4) Estas ideas acerca de los antecesores de los célebres «vaqueiros de alzada» cántabro astures están ampliamente desarrolladas en nuestros libros *El tesoro*, etc; *De gentes del otro mundo* y comentarios a *Por las grutas y selvas del Indostán*, por lo que no las vamos a repetir aquí. Recordemos tan sólo que todas las religiones orientales son a base del culto a la vaca y el «proto-vaqueiro» de ellas *Gautama* el Buddha o «el conductor de la Vaca» aludiendo al misterio de la «Vaca astral» o «de las cinco patas», que campea por sobre todos estos mitos. Por supuesto, como dice H. P. B., la Isis con cuernos de vaca «es la Luna y semejante alegoría llegó a Grecia desde la India, donde *Vach*, «la Vaca melodiosa» del *Rig Veda* produjo, como dice el *Bhagavata Purana*, a la presente humana, humanidad

pitris lunares representada en el *Aitareya Brahmana* como perseguida por la pasión ilícita de su padre Brahmâ, quien la cambió en un game.

La Vaca, añade, era, en efecto, en todos los países el símbolo del poder generador pasivo de la Naturaleza, la Isis, Vach o Venus, madre del prolífico Dios del Amor, o de Cupido, pero al par es el símbolo del Logos, representado entre hindús y egipcios por el toro, como lo atestiguan todos *Bueyes* sagrados, como el Buey Apis, porque en la Filosofía Esotérica la Vaca es el símbolo de la Naturaleza Creadora y el Buey «el Espíritu que la vivifica», como demuestra el Dr. Kenealy. De aquí el simbolismo de sus cuernos, análogos a los de madera de Satín judíos, que otorgaban un derecho de asilo a los criminales, que lograban asirse a ellos». El capítulo II del Corán, todo lo perdona asimismo por la *Vaca*. «Toro», «Vaca» y Ternera (la ternera de Parvadi) venían a ser así como el símbolo de ja Trinidad astronómico-caldea a la que alude Plutarco cuando dice (introducción a nuestra obra *La Esfinge*) que la Tierra ha dado el cuerpo al hombre; la Luna, el alma, y el Sol el espíritu, constituyendo estos tres astros las sucesivas «moradas humanas» en los ciclos de las encarnaciones. Esta misma Trimurti iniciática perdura hoy, como es sabido, en el decorado astronómico de todas las logias masónicas.

Concretándonos a España añadiremos a lo enumerado en aquellos libros lo que dice D. Vicente Risco en *A Nosa Terra* a saber que «Yo veo en el símbolo de la Vaca Astral la representación de la fecunda Naturaleza».

...«El nombre griego clásico de la Vaca Astral es *Io*, derivado de *Iao*. Iao aparece una inscripción gnóstica en Astorga, y que según asegura el Dr. Macías y el P. Fita, es de origen priscilianista. Prisciliano, altamente instruido en las ciencias sincréticas de su tiempo, y también según se presume, en los propios misterios del druidismo (cuyos recuerdos más o menos lejanos aun se conservaban, dado que muchos de ellos hasta han llegado a nosotros y a nuestra propia *fouce* simbólica en recuerdo más o menos consciente de la liturgia drúidica), Prisciliano, decimos conocía con toda seguridad la importancia del nombre de *Iao*, y más de la Vaca Astral, pues que se sospecha si bebió de su leche, o sea la de la sabiduría aria».

«Cúmplenos asimismo, el fijarnos bien en la afinidad del gallego, por las vocales y los finales en diptongo, y ya que esta es ocasión oportuna, anotemos una curiosa toponimia de mi tierra de Caldelas: *Montem-iao*...»

«Inspirado estuvo Antón Villar Ponte al hablar de la ofrenda de *leche* y de *miel*, o leche de la Vaca Astral (Sabiduría de la Tierra) y de nuestra doctrina... Nosotros, en efecto, conservamos el *panteísmo celto-ligur*, que es consustancial con nosotros. Hace poco que tropecé con un opúsculo del ilustre Dr. Novoa Santos, y en el que vi que su *intuición introspectiva* no era sino la leche de la Vaca Astral».

«La Vaca anda, pues, entre nosotros, y en el fondo del Alma todos somos adoradores de la «Vaca Amarela». Cosa que demuestra que hay cierta región en el mundo en la que los sonos más fantásticos son los más ciertos; pero no conviene olvidarnos de que semejante comarca no pertenece al mundo de la materia. Este asunto, además, se relaciona con otro de gran importancia también: el de la verdad de la leyenda con independencia de la verdad histórica, cosa probada primero por los alemanes románticos como Federico Schlegel, luego por Schleiermacher, y, en fin, por los simbolistas franceses como Mallarmé y Villiers de l'Isle Adam. Esto, por supuesto nada tiene que ver con la verdad histórica de

la leyenda que aprovechara una moderna escuela alemana. Quédese, pues, ello para otro día».

Nosotros, por nuestra cuenta, añadimos que no hay más que ojear la *Historia de Galicia*, del agustino Felipe de la Gándara, o la misma del jesuita Juan Alvarez Sotelo, para encontrar en veinte detalles históricos uno de la *bermeja vaca*. Es más, en un solo número del *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense* (Noviembre de 1912) y en un solo epígrafe del artículo del Sr. Martínez de Salazar, «La fauna en la toponimia gallega», nos encontramos con todos estos *baeyes* o *bois astrales* que jamás comieran la yerba de las verdes praderías gallegas: el *Boy-Cornello*, el *Boy-Louro*, el *Boy-Mazán*, el de *Rego*, los de la *Cabeza*, *Río*, *Carballo*, *Meja*, *Val*, *Pena* y *Sacar de Bois*, este último de etimología bien oriental que hubo de sumir en confusiones al propio etimologista galaico P. Sarmiento. Todo ello por supuesto, sin contar a la famosísima *Vacca-Vaccella Becerra* o *Beicecorra*, que, para aquél, como para nosotros, no es sino *el Diez*, es decir, **IO** (Isis, Diana, Ataecina, Phoebea, etc.); ni al *Flavio Am-bacio* y a la *Proti-Vacaide*, de las suscripciones inéditas de Astorga, números 19 y 21 (Bol. de septiembre de 1912), «nueva esta última, según el culto Marcelo Macías, en la epigrafía peninsular». No hay que olvidar tampoco que como demuestra con irrefutables pruebas documentales, Mr. G. Forsdyke, conservador auxiliar de la sección de arqueología griega y romana del Museo Británico londinense, los cretenses de hace cuatro mil años practicaban ya la peligrosa lidia con toros bravos. En los tiempos que llevan el nombre de Edad Micénica o Minoana, que tuvo su origen en la célebre isla de la Hélade gloriosa, el «astado bruto» era considerado como el rey de los animales; más aún: como la creación principal de la diosa de la naturaleza, reverenciada por los cretenses. En su honor se celebraban periódicamente, en palestras, juegos y fiestas públicas, que a veces finalizaban ofreciendo víctimas humanas al toro bravío. Las leyendas Helénicas de fecha posterior conservan el recuerdo de estos ritos sanguinarios. Así por ejemplo, la del Minotauro, el monstruo de Cnosos, al que rendía Atenas nueve veces al año el terrible tributo de catorce doncellas y jovencuelos nobles, y al que puso término Teseo, propinando un soberbio golletazo al cornúpeto insaciable de carne fresca. Dado el carácter de las fiestas cretenses, parece lógico que entre los esclavos y prisioneros destinados a combatir con el toro sin otras armas que las manos y los pies, llegase a crearse, por selección natural, una raza especial de lidiadores, dotados de un vigor y una ligereza de que hoy no puede tenerse idea. Algunas pinturas del palacio de Minos, en Cnosos, descubiertas allí en 1903 por el arqueólogo inglés Sr. Artur Evans, revelan la forma en que se efectuaba el peligrosísimo juego. Un luchador se prepara a dar un salto mortal sobre la fiera galopante, mientras una muchacha sujeta las astas del toro, disponiéndose otra bella lidiadora a recibir en sus brazos protectores al que realiza tan difícil ejercicio acrobático. Otra notable obra escultórica de la misma época, presenta, de un modo más claro, la realización de este viejo *tour de forcé* taumático.

Infiérese sin ningún esfuerzo que los juegos a que tan aficionados eran los cretenses habían de ser frecuente ocasión de desgracia, y en apoyo de esta conjetura pueden presentarse otros testimonios de la época. La emoción trágica, el sufrimiento y la sangre constituían, sin duda, los elementos esenciales de esos regocijos populares. Y tales elementos son los que han venido transmitiéndose, primero al circo romano y luego a los cosos españoles y latinoamericanos. Formas incruentas de estas fiestas era la captura y dominio del toro por medio del lazo, y que se practicaba a pie o a caballo, como hoy lo

realizan los *cowboys* y *cowgirls* norteamericanos, y la lucha a brazo partido con el cornúpeto que aún llevan a cabo los *forcados* en las *touradas* portuguesas. Supónese que la caza del toro a lazo y a caballo debió nacer en Tesalia, y tanto esta forma de los juegos tauromáquicos como las restantes pasaron más tarde a Roma, probablemente en los tiempos de Julio César. Alaba Plinio la fuerza y la destreza de los luchadores romanos, que lanzando el nudo corredizo, a pleno galope, sobre el cuello del toro, lograban estrangularlo en pocos segundos.

La Vaca, dice Gonzalo Morenas y de Tejada, tuvo un profundo y extenso altar en el alma ibera. Pero el rito no se inició aquí accidentalmente, sino que nos vino por caminos, en expediciones épico místicas, desde el corazón fastuoso y deslumbrante del Oriente primitivo. Ya sabéis que la significación de Buda es la de conductor de la Vaca. Y las teogonías orientales nos hablan del más remoto cincelador de misticismos, retirándose al monte Gallo con la Gran Vaca, alimentándose sólo con el líquido fructífero de sus ubres plenas. En Asiría, las doncellas destinadas al culto habían de consagrar su virginidad a la Vaca, y en este ciclo, que pudiéramos llamar «pascual», ayunaban, siendo su único alimento «la blanca leche»... En fin, el culto a la Vaca es tan general y extenso en el mundo antiguo, que no es menester mencionarlo como hecho escondido. De él conocemos infinitos testimonios gráficos, que llenarían con su historia e interpretación varios volúmenes de cientos de páginas. Pueden examinarse en bronce, en mármoles, en piedras, aras, lápidas, cipos, cerámicas, monedas, medallas conmemorativas, mosaicos, etc., desde las primeras ruinas de Troya hasta las de los monumentos solares de toda América. Y en los preciosos papiros de la biblioteca de Constantinopla (que nadie logra descifrar perfectamente, y en los que se leen frases vascas, palabras magas y significaciones quichuas, lo que nos hace sospechar el lenguaje ibero-arcaico) hay representaciones de sacrificios a la Vaca. Vemos también que inmolariones bovinas no se verifican más que en los días cumbres de los calendarios, mayas, vedas y persas, al igual que en los que con ellos guardan afinidades. Vemos que su «toponimia» ha dado nombre a infinitas ciudades del mundo, mientras tiene representación escasísima la de los demás animales. Vemos que las razas prístinas, en las rutas por ellos marcadas, en los campamentos levantados, etc., etc., testimonian su fe a la Vaca. Y vemos que antiguamente el sentido epigramático y obsceno no hiera a la Vaca, costumbre que, quizá inconscientemente, se conserva en Grecia y en la Roma de la República y de los Césares... Vemos que en Belén la Vaca vigila al Redentor, en una asociación de íntimas iniciaciones que guardan entre sí todas las teogonías, hasta las más opuestas.

El culto de las Siete Vacas simbólicas — recuérdese el bíblico sueño de Faraón, interpretado por José — llega desde el remoto Oriente a España, abriendo «las rutas ganaderas» a través de los pasajes. Acaso lo traen raza o pueblo de descendencia atlante, y ya tenemos los nombres que tanto hemos de repetir, Hércules, Gerión, Tubal, Thobel, etc., que son los conductores de la Vaca y de su rito desde Oriente a Occidente.

Eugenio Noel, glosando de manera magnífica el elemento prehistórico de la exposición sobre «El arte de la tauromaquia», tan interesante y tan sugeridora, que se celebró en Madrid el pasado año, nos revelaba infinitos testimonios gráficos del culto a la Vaca en Iberia. Por nuestra parte, a ellos hemos de añadir los «tauros de Toumidor», la lápida de Uxama, las efigies de las monedas celtíberas, la cerámica numantina, los numerosísimos pueblos cuya inicial es táurica; en fin diremos que, para concretar un poco,

necesitaríamos numerosas páginas. El culto se acentúa más en los litorales galaico y astur, y continúa con degeneraciones aun entre los mismos romanos, etc. Hay revisionista concienzudo de valores históricos que en breve ha de demostrar librescamente que la cierva de Sartorio no fue tal Cierva sino Vaca.

Después, las tribus inmigradas, en su necesidad de peregrinar, bien por anhelos de expansión comercial, bien por ser vencidas y tener que dejar tierra libre a otras «gens» invasoras, al cabo de algunos años emigran y a su retorno nos traen una fe nueva, como la de los dioses metálicos, las deidades nautas de los fenicios, los simbolismos más depurados de las iniciaciones ya precristianas. Y el culto a la Vaca es abandonado por ellos, mientras los indígenas siguen conservándolo hondamente; los testimonios arqueológicos nos demuestran cómo el pez ha vencido a la Vaca en algunas regiones, por medio de monedas, inscripciones de aras y cipos. Y esta lucha mítica no se verifica pacíficamente; sabemos que lo más fundamental entre los antiguos es su vida religiosa: es el nexo que más los une, y que si se rompe, altera bien viril y guerreramente la vida de la «gens», sobre todo las más próximas entre sí. Y así fue. Los adoradores de la Vaca hicieron guerra a los apóstatas de las piscinas míticas. Y estos correspondieron a ello despreciando a la Vaca, desnaturalizando su culto con algarabías grotescas, zahiriéndole, en fin, de todos modos; y entre los testimonios arqueológicos que más nos prueban esto se halla la «piedra» de Cluena, en la que vemos una Vaca en actitud de lidia, frente a un guerrero que le opone su escudo y empuña la espada gallardamente; el carácter y la factura de la obra es ibérico con influencias griegas, y sobre todo romanas. Después en algunas pinturas rupestres, vemos a un animal, que interpretamos que es un toro, y que es perseguido por varios cazadores. El odio a la Vaca se desarrolla intensamente, cada día más; ya se la acosa a caballo, en cercas, y vemos algún testimonio en bronce, en que la Vaca acomete y pone en huida a sus perseguidores, y otros muchos, como los de la citada exposición del arte de la tauromaquia. Y el hecho de que estas manifestaciones arqueológicas se concreten sólo a Iberia, y no aparezcan más que en ella, con la excepción de algún gráfico en Galia, nos lleva a pensar que también es sólo en España donde se lidiaron los toros y las vacas originariamente, con la excepción, también en Galia, de los «toros de Languedoc», que se corren en manadas y son zaheridos con largos y afiladísimos lanzones.

Sentado esto, y añadido que aún hoy día hay pueblos castellanos del corazón de la antigua celtiberia, como Medinaceli (Soria), en donde se corren vacas a la manera de los testimonios antiguos, y sobre todo la noche de ánimas, perseverando en un rito absolutamente ibero, denominado con palabra ibera neta, como es la fiesta del «toro jubilo», que es «costumbre inmemorial», según el cronista popular del Concejo medinacelense del siglo XVIII, no es muy aventurado afirmar como nos place hacerlo, que el origen de las corridas actuales de toros es una degeneración cruel y maligna, una burla del culto a la Vaca entre los fundadores de «Iber-ia».

Folklóricamente también hallamos el testimonio en una copla popular en Galicia, que nos ha llegado muy modificada, a través de los siglos, y que para nosotros, no tiene duda, entraña un simbolismo y encierra un reproche de los iberos fieles a la Vaca, para los que apostataron en la peregrinación, y luego al regresar, no atreviéndose a formar con los que la acosaban, burlándose de ella, manteníanse tímidamente a la expectativa. Indudablemente, de generación en generación, de siglo en siglo, fue transmitiéndose con las

modificaciones de vida e idioma, hasta perder su clarísima finalidad y obtener un prestigio ocultista. Dice así:

«¡Vaqueiro, chincheiro  
de mala nación,  
vendistes la Vaca  
dijiste que non!!»

(5) De dicho artículo de *La Libertad*, transcribimos:

Contemporáneo de Tolstoi y de Blavasky, fue Camilo Flammarion, «el poeta del cielo». Educado en un seminario, como Renan, se salvó por ello del proverbial «embrutecimiento científico», y cuando la todavía no bien comprendida «duda cartesiana» cayó sobre él en el «Bureau des Longitudes», lo hizo ya sobre un fondo místico, que le llevó a ser discípulo de Blavatsky unos años. Porque conviene no olvidar que el autor de la «Pluralité des mondes habiteés» perteneció a la Sociedad Teosófica fundada por ésta (H. S. Olcott, «Old diary leaves», tomo II, cap. I), si bien cuando Blavatsky, con ocasión de su loca prodigalidad de fenómenos de Magia, se vio calumniada por la Real Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, hubo de abandonarla, echándose en brazos del espiritismo, que hacía furor entonces, a raíz de los descubrimientos sensacionales del sabio William Crookes sobre «medida de la fuerza psíquica» y sus experiencias con el espectro de «la sílfide Katie King», en el doble de la joven médium Florencia Cook.

Mas, como el talento es siempre el talento, y el genio siempre el genio, ha resultado lo que menos podía esperar el superficial observador, a saber: que en torno a los maravillosos ensueños místico-astronómicos del poeta del cielo, como en torno de las adivinaciones científico literarias del intuitivo Julio Verne, y como siempre acontece en torno de los grandes revolucionarios del pensamiento, que nunca soñaron lo que los discípulos habían de hacer con sus doctrinas, se ha fundado, sin declaraciones dogmáticas, sin papas y sin concilios, lo que muy bien pudiera llamarse «la Religión Flammarionica». ¿Su canon?. La teosófica «Religión natural, esbozada en aquellas tres joyas de «Dios en la Naturaleza», «Últimos días de un filósofo», «Lumen: narraciones del infinito: historia de un cometa», o con las demás de su ingente biografía, donde, ábrase por donde se abra, saltan frases de sublime sabiduría tradicional antecristiana, cual las relativas a Thales de Mileto y de la Escuela jónica que aceptaban como un dogma científico la habitabilidad de los astros y su comunicación espiritual con la Tierra, ya que ellos estaban, ¡notable anticipación del moderno análisis espectral!, formados por las mismas substancias que ella: o las disfrazadas teogonías de Anaximenes, Anaximandro, Empédocles, Aristarco de Samos, Lencipo, Pherecides de Siró, Diógenes de Apolonia y Arquelaos de Mileto, ecos lejanos de las simbólicas de Hesiodo y de los Vedas, o, en fin, de los pitagóricos y antepitagóricos, Xpensipos, Xenócrates, Hiponax de Regium, Demócrito, Heráclito, Metrodoro de Chío, Ocellus de Lucania, Diógenes Laertio, Timón de Locres, Philolao, Arquitas de Tarento, Séneca y Heráclito, sin contar al gran platónico Plutarco, que fue más expresivo que nadie acerca de las respectivas relaciones del cuerpo, el alma y el espíritu del Hombre con la Tierra, la Luna y el Sol y el destino de aquel a través de éstos.

¿Queréis doctrina religiosa?. Pues leed aquí y allá en la gloriosa labor del régulo de Juvisy: «Hay verdades que son superiores a la Tierra, como hay sentimientos superiores a

nuestra razón; «el Universo es un Ser viviente (Logos), y cada mundo, una simple molécula de aquel gran Cuerpo»; «la Eternidad es la negación del Tiempo»; «el Mundo visible está muy lejos de abarcar al Mundo real»; «no hemos avanzado ni un paso con nuestras pobres ciencias, y aún nos hallamos en el vestíbulo del Infinito»; «la existencia actual es como un sueño (la «maya» budista de la que despertamos al morir para nacer a mundos superiores), y durante la vida no tenemos conciencia de nuestras existencias anteriores, del mismo modo que cuando soñamos no nos acordamos de nuestros sueños precedentes»; «las almas son simientes de humanidades planetarias cada vez más perfectas», etc., etc..

«Hijo del pueblo», como Tolstoi, prefirió el espiritualismo a lo Allan Kardec al positivismo, a lo Compté, o a lo Buchner, y en sus «Mundos imaginarios y mundos reales», como en todo lo mucho que escribiese entre los veinte y los ochenta y tres años se aleja de aquel «materialismo espiritual», de los que lo esperaban todo de comunicaciones medianímicas, para idealizar la ciencia en busca de una vaga fe místico-artística. Por eso puede asegurarse que, sean las que fueren las creencias del, sabio «de la gente ilustrada, en su fondo íntimo» la «religión flammariónica» es como ellos, quizá sin que se den cuenta, porque no puede ya cifrarse todo en un mundículo como el nuestro, que es menos de la milésima parte del volumen de Júpiter, menos de la millonésima que el volumen del Sol, casi media diezmillonésima del de la vecina Sirio, y menos de una trillonésima de trimillonésima de otros soles y otras nebulosas, a distancia de miles de años de luz de la isla del espacio infinito en la que, como topos, nos movemos...

Este es ya el presentimiento práctico de la gran revolución moral del corazón con la cabeza, de una ciencia religiosa, y una religión científica, una adivinación quizá del magismo parsi, el astromisticismo caldeo y el sufismo musulmán, una religiosidad sin dogmas de una futura edad que a vuelo de aeroplano se nos viene encima y no muy alejada de las doctrinas de aquellos pitagóricos que, discípulos, al par, de Egipto, Persia e India, podían demostrar la existencia de Dios, (el Verbo gnóstico) y la inmortalidad del alma humana con teoremas matemáticos.

Así, cuando las discutibles «comunicaciones» de la mediumnidad se agotan o resultan triviales y estériles, y las cerradas doctrinas tolstoianas y apostólicas caen, faltas de la indispensable comprobación científica, la doctrina flammariónica, como fragmento no más de la vieja Sabiduría perdida, nos preparan místicamente tanto para «la experimentación fatal de la muerte», cuanto para otras doctrinas superiores a base de la Magia, sin adjetivos.

(6) El Sr. Nogales, glosando las enseñanzas de Eliphas Lévy y de otros, dice también en *Hesperia* (nº. 192):

«Python, el serpentón más horrible que ha podido crear la imaginación humana, simboliza el espíritu maldito de la Tierra, proyector constante de un fluido fatal para los seres que la pueblan. Es, al mismo tiempo, y con una fuerza igual, al absorbedor o aspirador del fluido vital; una suerte de colosal vampiro que dejara en nuestras venas la pozoña de una esencia maldita después de robarnos la vida. Los enfermos y las naturalezas nerviosas, siervas de las pasiones, son las víctimas de Python. Python es el símbolo de la luz astral pasiva, especie de fosforescencia en vez de luz propiamente dicha; por eso a las sonámbulas pasivas se las llama Pytonisas, adivinatoras por la fuerza *óbica*, que ya veremos en qué consiste, y en oposición a la fuerza *odica*. Moisés dijo: «Malditos los que



adivinan por **ob**, porque ellos evocan la fatalidad». La pytonisa de Delphos que adivinaba por **ob**, sentábase en un trípode ancho, bajo y con el asiento perforado, encima de un gran agujero abierto en la tierra, aspirando, por sus partes inferiores, el fluido astral de Python o fuerza **óbica**, cayendo en sonambulismo y pronunciando palabras incoherentes que dado su sentimiento vago, eran interpretadas como oráculos. Todos conocen la bella fábula de Tyresias que ha dado origen al caduceo de Mercurio; sorprendidas dos pequeñas serpientes en el acto de la unión fueron separadas brutalmente y a pedradas por el joven Tyresias, al cual castigó Venus convirtiéndolo en un ser andrógino. En el mundo las serpientes emblemáticas éstas, deben estar unidas, pese a Tyresias; en el caduceo de Mercurio la de la izquierda es **ob**, la de la derecha **od**, símbolos de los principios del Mal y del Bien que se buscan para acoplarse constantemente, y que se unen efectivamente en el **Aour** (globo de oro que remata el caduceo), luz serena, equilibrada: Dios. Por eso no es ninguna herejía decir que el Mal también está en Dios, como el Diablo, que es una misma cosa. El demonio es la serpiente **ob**; el ángel, el santo, es el **od**. Ambas se funden en **Aour** o Dios. El Mal, lo que tiene en sí de realidad para nosotros, es ser la afirmación del desorden; pero éste, en presencia del Orden divino y Eterno, no tiene más que un carácter transitorio y relativo. La afirmación absoluta del Mal sería la negación absoluta de Dios, que es el Bien absoluto, lo que resultaría un absurdo. Prudhon ha dicho «Dios es el Mal», en el doble sentido del Bien mal definido y mal comprendido, y del Dios inverosímil que hacen los hombres idólatras y ciegos. **Ob** es, en el caduceo y fuera de él la serpiente representativa del Diablo, de la fatídica vida torcida: **Od**, la que representa al Santo, la vida libre sin encadenamiento de pasiones, austera, recta y bien dirigida. Ambas marchan al globo de oro que es su finalidad: Dios. Una es la blanca, otra la negra; una luz solar; otra, luz lunar; una, luz astral; otra, fosforescencia espectral; una es la Python que se arrastra por el fango del diluvio, según las Escrituras Sagradas; la otra es la del bastón de Esculapio, que sube por él o por la copa, para curar. Una es la serpiente tentadora y maléfica del Paraíso; la otra aquella célebre del Desierto que curaba a cuantos se acercaban; son contrarias pero pueden asociarse y se asocian, para no confundirse más que en el infinito-Dios. Una es sombra, otra es luz; una es proyección de la otra. En realidad son una sola, simbolizando en nuestro emblema teosófico la Eternidad, la Vida Una e Indivisible. Una es Mal, otra es Bien, El mal es la sombra del bien. Jesús dijo: «Es necesario que haya escándalo. El mal es un bien negativo. Cuando nos vamos a dormir tenemos esperándonos dos serpientes; una la de Esculapio, vital, regeneradora, caliente; otra la de Python, venenosa horrible, viscosa y fría, porque el sueño, aun más que la vigilia, es un baño de luz de la vida, **Od**; o es la fosforescencia de la muerte, **Ob**. El que es bueno, generoso, consolador y atento a los *Misterios del Espíritu* se envuelve, al dormirse, en **Od**; pero el que va al sueño con pensamientos de odio y mentira, no dando importancia a los *Misterios del Espíritu*, enrosca en su cuerpo **Ob**».

A estos tristes extremos ha llegado en las Edades Media y Moderna la purísima ciencia astronómica de soles y planetas o «dragones y serpientes» de los ofíticos iniciados caldeos. ¡Con razón dice H. P. B. que «los dioses de nuestros padres son nuestros demonios»!.

## CAPÍTULO XII

### ¡SIEMPRE Y POR SIEMPRE EL PROBLEMA DE LA MAGIA!

*Los «Dragones» de las «Estancias de Dzyan». — El origen del Fuego y su culto. — La serpiente «Shesha» de la eternidad y la astronomía moderna. — Nombres venerandos de una misma Entidad salvadora. — Los Espíritus-Guías de los astros. — Jerarquías celestes. — La raza del Sol y del Cordero. — Dravidas, drusos y druidas. — Cultos primitivos que vuelven. — Los bardos. — La fábula de Merlín, «hijo del diablo». — La literatura caballeresca como literatura «jina». — El «Baladro» de Merlín y la literatura universal. — Lo que cuidó de callar el texto por no chocar con la religión establecida. — «Poridades del Sancto Grial». — «Myrddhin», el jina. — Un hijo «bueno», del Diablo «malo». — Mixtificaciones monacales. — Merlín, Hércules ógmico. — El Merlín de los adulterados textos que conocemos. — Los rábsodas. — Obras literarias posteriores. — El «Baladro» de Borón y de Vivas. — Entran en acción las «Potestades del aire» que diría San Pablo. — La obra del abate Villars «El conde de Gabalis». — Una triste sátira contra el Ocultismo. — Los «elementarios» de los cabalistas. — Íncubos y súcubos. — Los espíritus de la Naturaleza. — Los demonios, intermediarios entre los dioses y los hombres. — Peligros de la necromancia. — Hechicería y Psiquiatría. — El muerto sentido de la unión sexual en la interpretación necromante de los grandes mitos. — Los análogos de Merlín en la Mitología religiosa universal. — «Hijos divinos» de los Dragones chinos. — La infancia de Merlín. — La torre de Babel, bretona. — Los Pendragones y la batalla de Salabres. — Piedras mágicas irlandesas. — Los cantos osiánicos. — La raza mágica primitiva. — Zoroastrianos occidentales. — Los druidas. — La Tabla Redonda. — Ligures y etruscos. — El nacimiento de Artús. — Un «Herodes» bretón. — Artús, Ginebra y Lanzarote. — El ciervo del pie blanco. — El caballero moro y la demanda de Agroval. — Nombres que aquel recibe en los diversos pueblos. — Una mixtificación monástica. — Otros interesantes detalles del «Baladro» de Merlín. — El romance «Tres hijuelos había un Rey...». — Fecundas deducciones para el problema de la Atlántida. — Nórdicos y libio-iberos. — El eslabón perdido. — Más y más detalles sobre estas intrincadas cuestiones de la protohistoria universal.*

**T**ras el imborrable tema de los «Dragones» anteriormente diseñado, está toda la primitiva Religión Solar o de la Naturaleza (Sabeísmo), hasta aquí pretendida ocultar tras el Velo de Isis de nuestras pasiones y nuestra antropolatría, por lo que con razón dice la Maestra que el período que comienza en Buddha y Pitágoras terminando con gnósticos y neoplatónicos alejandrinos, es el único foco donde la historia hace converger por última vez los refulgentes rayos de luz espiritual de las Edades no oscurecidas por el fanatismo.

Las antiquísimas *Estancias de Dzyan*, poema cuyo comentario constituye *La Doctrina Secreta*, de H. P. B., nos hablan de aquellos Dragones diciendo: «...Hijos de la Tierra, oíd a vuestros instructores los Hijos del Fuego. Sabed que no hay ni primero ni último, porque todo es el Número Uno (el Alfa y el omega del Apocalipsis), que procede de lo que no tiene Número (la Nada-Todo, lo Inefable, lo Incognoscible). Aprended lo que nosotros, que descendemos de los Siete Primeros, lo que nosotros, que hemos descendido de la Primitiva Llama, hemos aprendido de nuestros Padres (los lunares Pitris)... Los Siete Primitivos dragones, los Siete Primeros Soplos del Dragón de Sabiduría, produjeron a su vez el Torbellino con sus sagrados Alientos de Movimiento Circulatorio (*Ruedas*, de Ezequiel, espirituales Torbellinos, de Descartes)... He aquí el comienzo de la Vida: primeramente lo Divino, el Uno, que procede del Espíritu-Materia; después lo Espiritual: los Tres, emanando del Uno-Unico, los Cuatro igualmente emanados y los Cinco, de los cuales proceden los Tres, los Cinco y los Siete Resplandecientes (los cinco planetas con el Sol y la Luna); Ellos son, ¡Oh Lanú! (discípulo) los que velan sobre ti y sobre tu Madre Bhumi (el planeta Tierra)... Aquel es la Raíz que jamás perece; los demás son Rayos, Llamas y Chispas de una «Luna» que se refleja en las movientes Ondas de Vida de la Tierra. La Chispa (Mónada evolutiva) pende de la Llama por el más tenue hilo de Fohat. Atravesando los Siete Mundos de Ilusión o Maya, se detiene en el Primero, y es un Metal y una Piedra; pasa al Segundo hecho ya una Planta; la Planta prosigue a través de siete cambios, y es un Animal Sagrado. De los atributos combinados de todos ellos se forma el Manú Pensador (el Hombre consciente). ¿Quién lo forma?. El quintuple Lha (Dragón) ¿Y quien perfecciona el último Cuerpo?. (su cuerpo astral y físico) Pez, Pescado, Soma... Desde el Primer nacido el Hilo entre el Silencio Vigilante (la Tríada divina o superior del Hombre) se hace más y más fuerte y radiante a cada cambio (evolución). La luz del sol de la mañana ha llegado a ser gloria al mediodía. «Esta es tu Rueda actual» (ciclo evolutivo), dice la Llama a la Chispa, «Tú eres yo misma y además mi imagen y mi sombra; yo me he revestido de ti y tu eres mi Vahan (conductor) hasta el día en que te sea dicho: «Sé con nosotros», el día que vuelvas a ser en mí misma y en otros tú misma y yo». Entonces los Dragones Constructores, terminada su primera Vestidura (evolutiva) desciende sobre la radiante Tierra, reinando sobre los Hombres, que son ellos mismos... (El «dioses sois y lo habéis olvidado» de Pitágoras, David y Jesús)...».

Y luego de una amplísima antropología de las dos primeras razas humanas, dicen las *Estancias*: «la tercera Raza dio nacimiento a la Cuarta: los Suras (dioses) se convirtieron en Asuras (no dioses). El primer vastago en cada Zona, era del color de la luna; el segundo, amarillo como el oro; el tercero rojo; el cuarto color castaño, que se tornó negro pecado. Los siete siguientes retoños humanos principiaron a mezclarse. Entonces las gentes de la Tercera y Cuarta Raza crecieron en orgullo: «Somos los reyes; somos los soberanos» y tomaron esposas de hermosa apariencia de entre los sin mente y de entre los de cabeza estrecha y criaron monstruos, demonios maléficos, machos y hembras con mentes pobres y también Khados (Hechiceros); construyeron templos para el cuerpo humano donde rendían culto a varones y hembras: entonces el Tercer Ojo (el de la Intuición espiritual) cesó de funcionar. Ellos construyeron enormes ciudades con piedras y metales raros; labraron con ellos sus propias imágenes y las hicieron adorar. El Fuego terrestre había destruido la tierra de sus padres; las grandes Aguas vinieron y sumergieron sus islas. Los buenos fueron todos salvados, y los malos destruidos. Pocos hombres quedaron: unos

amarillos, otros castaños y negros, otros rojos, pero los del color de la luna habían desaparecido para siempre. La Quinta Raza, vastago brotado del Tronco santo, quedó y fue gobernada por los primitivos Reyes Divinos. Las Serpientes que volvieron a descender sobre la Tierra, haciendo las paz con los de la raza aquella a quienes enseñaron e instruyeron...».

Hay que poner gran cuidado, añade H. P. B., en distinguir en las teogonías a los «Dragones de Fuego de la Sabiduría» y los «Hijos de la Niebla del Fuego». En el gran Libro de los Misterios se nos dice que los siete grupos de Pitris lunares o «antecesores» que crearon a los Hombres, los tres superiores eran santos y buenos; los otros cuatro eran más pasionales y menos celestes y sus creaciones fueron como ellos. Todos están personificados en las religiones exotéricas por Agni-Abhí-manin, el primogénito de Brahmâ (el Logos cósmico) y por Svaha, una de las hijas de Daksha, pero los tres últimos: Pa-vama-mana, Pa-vaka y Shuchi, por su mismo «fuego pasional», fueron condenados por el sabio Vashistha a nacer una y otra vez. En honor de todos estos Dioses o Dragones del triple fuego creador, físico, psíquico o pasional y espiritual fue instituido en la más remota antigüedad el culto al Fuego (1), hoy despreciado por supersticioso, no obstante yacer tras multitud de ceremonias cristianas (la del Sábado-Santo a la cabeza) y de haber dicho Lenormand en el prefacio de su obra *La Magie chez les Chaldéens et les origines accadiens* «que la historia de ciertas supersticiones constituye uno de los capítulos más extraños e importantes de la historia del espíritu humano en sus desenvolvimientos», y haber añadido el escéptico Boulanger, en su *Régne des Dieux*, citado por H. P. B.: «Las tradiciones colocan antes de los primeros reyes humanos el de los Héroes y el de los Semi-dioses, y más antiguamente todavía el maravilloso de los Dioses (Dragones) con todas las fábulas consiguientes a la Edad de Oro, siendo muy sorprendente el que tan interesantes anales hayan sido rechazados por todos nuestros historiadores, no obstante haber sido admitidas y reverenciadas las ideas que representan por todas las naciones antiguas y aún por algunas que siguen haciendo de ellas la base de su vida diaria. Semejantes consideraciones parecen ser merecedoras de un juicio menos precipitado... Los antiguos, de quienes tenemos todas esas tradiciones *que nosotros rechazamos porque ya hemos dejado de comprenderlas*, debían tener sus buenas razones para creer en ellas, razones derivadas de su mayor proximidad a las primeras edades y que nosotros rehusamos aceptar porque las han anublado los tiempos posteriores».

Una gran parte de las «buenas razones» en que se apoyara semejante tradición eran «razones astronómicas», porque en Religión, como en Ciencia, *todo baja del Cielo*, o, como dijo Uriel («el Ur», el primitivo Fuego) a Enoch-Hermes: a los «Conductores» (Genios, Dragones, Espíritus Planetarios) de las Estrellas, del Sol y de la Luna, y a ti, por su intermediario, *os han sido reveladas todas las cosas* del Cielo y de la Tierra.

La base «dracóntida» de tamaña revelación arranca de la Serpiente de la Eternidad o «Serpiente Shesha» que para los hindúes primitivos era el lecho de Vishnú (el Logos, «el Número Uno cósmico, que procede de lo que no tiene Número») y para la ciencia moderna es esa doble corriente de los treinta y cinco mil millones de soles como el nuestro que constituyen la nebulosa de la Galaxia, según los últimos descubrimientos de Kaptein, corriente doble, o de doble dirección, cual el del cuerpo de una inconmensurable serpiente que sobre sí misma se enrosca arrastrándolo todo en su movimiento; corriente o «río Eridano de la Eternidad» en la que soles como el nuestro, millón y pico mayor que la Tierra, y soles como Canope millón y pico de veces más voluminoso que nuestro Sol, no

representan cada uno, con sus cortejos de planetas y de vidas lo que un mísero grano de arena en la inmensidad del Océano; serpientes, en fin, cuya longitud apenas si puede medirse por miles y millones de «años de luz», o sea tomando como unidad el espacio recorrido en un año por el rayo luminoso cuya velocidad es, según todo el mundo sabe, de unos trescientos mil kilómetros por segundo...

La tradición ocultista conservada en los drúidicos y en los Santuarios orientales, consigna que la revelación de tamaño Misterio de misterios fue hecha a Seth o Sat, (el Primer Manifestado) en los comienzos de la raza lémur o tercera; a Enoch, Henoch, Thoth-Hermes, en la cuarta raza o atlante; y a Xistruros, Noé, Neptuno, Quetzalcoatl, Narada, etc., en la quinta raza o aria, pues todos estos nombres venerandos, uno distinto por cada lengua y pueblo, son, sin embargo, el mismo en sentido ocultista para todos, como saben muy bien los «enoichion», videntes iniciados (Java-Aleim) y como han intuido en nuestros propios días hombres que en múltiples maneras han echado los cimientos de nuestras ciencias. Kant, dijo en su *Traümeines Geistesehers*, «confieso que me siento inclinado a admitir la existencia de naturalezas inmateriales en el universo y a incluir mi propia alma entre esta clase de seres. En lo futuro, no sé cuándo ni cómo, se demostrará que el alma humana permanece, aun en esta vida, en conexión con dichas naturalezas inmateriales del mundo espiritual y que, recíprocamente, ésta obra sobre aquéllas y de ellas recibe sutiles impresiones inconscientes» (inspiración, soplo de las «musas»). Kepler, creía que un Ángel o Espíritu director (Amsaspand, de los zoroastrianos; Altos devas de los indúes, etc.) guía a cada astro (que viene a ser su cuerpo físico, al modo del nuestro), opinión sostenida también por Santo Tomás en su *Suma theologica*. R. Wallace afirma que la evolución fue y es dirigida por Inteligencias superiores, y cada estrella o planeta, según Yung (poema *Las Noches*) es una Casa de Devoción; casas que, como dijo Wágner al morir su gran amigo el poeta Wieland, muy bien pueden ser dirigidas por las almas de los hombres superiores luego que, triunfadoras, abandonan la Tierra, todo al tenor también de aquellos «olvidados o descuidados pasajes» de Pitágoras o Platón que según Hunt hablan de Jerarquías celestes y de Rectores o Cosmocratores planetarios. De ellos el *Epinomis* hace, según H. P. B., extensa mención, poblando el universo de seres invisibles ligados más o menos a cuantos «astros», o manifestaciones de organizada materia cósmica, conocen nuestras ciencias y según hindúes y herméticos, cada estrella física está dotada de un Alma individual al modo de como también está dotado de ella nuestro físico cuerpo y no hay ningún absurdo científico en admitir con el sabeismo o shahmanismo, «dioses astronómicos» dirigiendo los sidéreos destinos, cual nosotros, ínfimos y caídos «dioses» (microcosmos), dirigimos en la Tierra los destinos y la obra de nuestros cuerpos y aun de nuestro mismo planeta...

Sin la influencia, inspiración o guía, según los casos, de aquellas interminables Jerarquías a las que en el mismo *Prefacio* de la Consagración en la Misa católica se alude con los nombres, asiáticos todos en su origen, de Ángeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, Dominaciones, Tronos y Potestades, los hombres nada seríamos en verdad, como nada es el niño en sus primeras edades sin sus padres y maestros: ¡Piedras, plantas o animales humanos, como aquellos de la Antropogenia vasca citados en el artículo de D. Julio Garrido del capítulo anterior, y que sólo recobraron su divina y primitiva forma mediante el cántico redentor de *un ave luminosa* («kalahamsa», «pájaro mágico» de nuestra también angélica y divina Tríada Superior de Atma-Buddhi-Manas)!. «Luego que la posteridad de tales hombres atlantes oyera el divino canto, fuese, se dice, al Asia,

constituyendo *la raza del Sol y del Cordero, Ra, Ar, Ar-io, Aries*, porque *Asia*, en vasco es «cordero», pero otra parte de estos patriarcas se hubieron de quedar en Occidente, recibiendo entonces el nombre de *éuscaros*. Tales gentes asiáticas, verdaderos Tuatha de Danand de la leyenda, regresaron más tarde a la tierra de sus mayores, a la verde Erín, a la abruta Bretaña, a la feliz Hesperia, pasando antes por esa región de Siria y del «culto ofita o sabeo» de la Samaria Sebaste, por la Tebas Egipcia, por las altas regiones del Cáucaso y de la Anatolia...

Por eso los primeros «dracóntidos u ofitas» que acaso por dominar el piélago con sus naves se denominaron también *Pelasgos*, y *Dorios* o «Rodios», por sus áureas tradiciones solares, quizá fueron los *drávidas*, que en el Líbano se llamaron *drusos* y en Occidente *druidas*. Esta es probablemente la raza superior que sorprende hoy la más reciente Paleontología conviviendo con gentes inferiores atlantes, a las que aleccionaron protectoras. Ella es también la base para la discusión, siempre renovada, acerca de la superioridad de Oriente o de Occidente, palabras estas últimas que pierden toda su significación desde el momento en que admitimos las emigraciones y mezclas de pueblos prehistóricos a que hacen referencia los párrafos anteriores.

En tal sentido los druidas (como pueblo, no como sacerdocio), son en Europa anteriores a los celtas, porque estos últimos pueblos arios, pueblos lunares, salidos y quizá expulsados del país de Kalkas en el Gobbi hacia el año 2.500 antes de nuestra Era, no llegaron a Occidente sino mucho después de la catástrofe. En el panorama pues, de los siglos antes de nuestra era, los druidas aleccionaron superiores primero, a los restos atlante-europeos y luego a los ario-celtas o «proto-semitas» que vinieron a mezclarse con éstos a la manera como en el siglo V al VII de nuestra Era, se mezclaron los godos invasores con los hispano-romanos invadidos. Así siguieron las cosas hasta la Edad Media y la desaparición o mejor «ocultación» de las iniciaciones druidas bajo la acción absorbente del Cristianismo.

Hoy las recientes fiestas drúidicas en el País de Gales empiezan a despertar un interés social orientado hacia las primitivas creencias de la Religión de la Naturaleza, con su templo en el bosque sagrado y misterioso bajo la bóveda celeste tachonada de estrellas, cuando ya la gran Custodia de los Cielos e imagen la más augusta de la Divinidad, se ha ocultado majestuosamente tras el horizonte después de fecundarlo todo con sus vitales fulgores y cuando la luna llena se eleva por el otro lado del bosque como Hostia Santa saturando el ambiente con sus argentinos rayos de casta melancolía.

«Las fiestas anuales de los druidas, dice *La Esfera*, han tenido este año inusitada brillantez. Durante ellas han sido iniciados en la Orden los duques de York, confiriéndoseles el título de «Bardos de la Isla de Bretaña» con sus nuevos nombres bárdicos Albert y Betsi (Isa-bel, Isis la hermosa). Las fiestas de este año de 1926 han tenido por escenario a Swan-sea (el mar del Cisne) en el condado de Gales del Sur. Durante muchos años se han celebrado estas fiestas en Carnavón. Parece que en otros países existen también asociaciones bajo la advocación de los antiguos druidas y consagradas a diferentes fines científicos, artísticos y morales. Hacia 1780 fue fundada en Londres una Sociedad titulada «Antigua Orden de los Druidas», cuya base era un compromiso de adhesión, de mutuo apoyo entre sus miembros: una novísima francmasonería, o fraternidad, en fin. Después extendiéronse estas asociaciones a los Estados Unidos, Francia y Alemania, teniendo por fin primordial el servicio de Dios y el fomento de las ciencias y las artes. La

rama americana suele dedicar sus afanes al cultivo y propaganda de la filantropía y la alemana a la educación y dignificación del hombre».

Un estrecho parentesco liga a las primitivas Corporaciones de los druidas en sus iniciaciones y misterios, con arios, caldeos y griegos. Es prueba harto clara de lo primero la cantidad de nombres druidas derivados del sánscrito, entre los que descuellan el de *swan*, cisne; *eisteddfods*, «fiestas del Este u orientales»; *Gozsedd* o Good-sir, Asambleas de la Orden y cuantos otros llevamos apuntados en el capítulo VII de *De gentes del otro mundo* que no habremos de repetir aquí. Aria es también la ofrenda de flores y frutos presentados por niños y doncellas durante las fiestas a los dignatarios de la corporación; el simbolismo de las figuras todas del ceremonial, tales como el «Cuerno de la Abundancia» (la fecunda Madre-Tierra, con su caperuza o cono de sombra productora de los eclipses de Luna), y la «Espada de la Paz», aquella Espada mágica que era uno de los cuatro dones o cosas mágicas aportadas de sus éxodos por los Thuata de Dannand, la Espada de Wotan-Sigfredo que tanto papel juega en la *Tetralogía* de Wágner con cargo a los más puros de entre los mitos célticos, la Espada hoy quebrada sobre la que tan tiernísimo lloro hiciese Don Galbán en el mito caballeresco; la Espada de la eterna Justicia o Karma de las Esferas; la Espada, en fin, que figura en ciertos altos grados de una institución iniciática moderna que no tenemos para qué volver a nombrar. Por lo que respecta a su carácter caldaico, el druidismo conserva el «culto de los astros», no en el grosero sentido de adoración ciega que se le ha atribuido calumniosamente por religiones posteriores profanadoras con su ignorancia o malicia de las primitivas verdades de la Religión-Sabiduría, sino en el de considerar, con Yung, a los astros como otras tantas «casas de devoción», es decir, mundos habitados donde otros seres pensantes rindiesen al Misterio Natural el mismo homenaje de respeto que aquí en la tierra le han rendido siempre los selectos de la Humanidad, es decir, los iniciados de todos los tiempos y países, por encima de las groseras supersticiones idolátricas del vulgo ignaro bajo la férula fatal de sacerdocios explotadores. La luna llena del solsticio, es hermana gemela de otras lunas védicas como la de Bairam; la noche de San Juan (no el santo cristiano de dicho nombre, sino Io-agnes, el Cordero de Io, Ra, Wotan o Marte, y en el más alto sentido, Io eve o Jehovah) en conmemoración del solsticio de verano que es la plenitud del año y el triunfo del Sol, es la misma noche de Akbar tan elogiada como divina por hermosos versículos del Corán. El mismo Teutates, es el *Zeus-Katiabathes* del primitivo paganismo antes de degenerar en la antropolatría necromante de los últimos tiempos; el Ziaus, Dhyans o Dios: Koilon, o el Espacio Cóncavo de donde todo emana con la vida y a donde todo retorna con la muerte que no es sino mera transformación o germinación para una vida ulterior, pues conviene no olvidar que, como tardó más en recibir la corrupción latina, el mito nórdico, idéntico en el fondo al griego como a todos los demás de las antiguas edades, se conserva más puro que el griego que nos es tan familiar.

El mismo «bardo» que ha llegado hasta la Edad Media sucumbiendo al fin en ella bajo la delectérea acción del pujante Cristianismo, era ya en sí quizá una degeneración del bardo genuino, el rapsoda cantor de las grandezas naturales y de los hechos heroicos de los hombres superiores, los hermanos mayores de la infantil Humanidad. Todavía, sin embargo, se trasluce en los «tres grados iniciáticos» de las instituciones del día («druidas», o sabios; «bardos», o poetas, y «ovatos», novatos, catecúmenos o aprendices). El poeta o rapsoda era más bien el «compañero» que el «maestro» y como tales compañeros, ellos

acabaron por hacer al Maestro, traición como en el conocido mito de Hirám, por cuanto los vemos en la Edad Media pactando, hipócritas o cobardes, con el nuevo medio religioso dominador, con aquella frase, repetida siempre como glosa final, de «nosotros cantamos las viejas glorias de nuestros antecesores, glorias en las que, sin embargo, no creemos, pues que nuestra creencia es sólo la de Dios Trino y Uno, Creador del cielo y de la tierra, etc., etc».

El «druida» no era un sacerdote en la interesada y corriente acepción actual del vocablo, sino un maestro iniciado de la gran Corporación a cuyo cargo estaba la conservación de los altos secretos de la Religión rectamente sentida y entendida, en el concepto, no de creencia, sino de «ligadura, sagrado vínculo de fraternidad entre los hombres y los dioses», y los excelsos principios de artes, ciencias e historia, lejos de la profanación egoísta de los vulgares «Druidas» del Norte; «drávidas, de la India y «drusos» del Líbano, tenían sin duda idéntica filiación acadio-pre-caldea y sus conocimientos astronómicos eran los mismos de los hindúes tantas veces aludidos en el curso de este libro.

Lo que sí hubo de acaecer en los últimos tiempos fue que el Colegio Sacerdotal druídico fue perdiendo sus claves sapientísimas y sus virtudes originarias, tratando de conservarlas sus sucesores mediante apelación a la Magia negra, es decir, pasando de dominadores taumatúrgicos de los elementos («Potestades del aire», que diría San Pablo), a esclavos de ellos por el derramamiento de sangre (tragos-odos, tragedia) de la que fuera triste testimonio la célebre «encina de Doner», cuajada de calaveras de las víctimas y fervorosamente cortada por San Bonifacio, por que allí los romanos y francos, como en América los españoles, tuvieron como razón histórica de su llegada la de la abolición de tan espantosa monstruosidad, hija de la degradación de una ciencia religiosa purísima y del delirio cobarde de las multitudes. En realidad lo que pasó más bien fue que la decadencia de los celtas en contacto con los pueblos post-atlantes por ellos dominados, los hizo contagiarse con la necromancia de éstos, perdiendo el lazo espiritual con sus shamanos, jinas o druidas. La fábula muy posterior de Merlín, «hijo del Diablo» y más sabio que el diablo mismo, se refiere a esta caída.

El nombrar a Merlín hablando de «Dragones celestes» nos obliga a un detenido estudio de este «brujo druida» y del famosísimo *Baladro* en el que hombres de la altura de Cervantes y de Wágner han libado la esencia de sus inmortales obras.

En el título del capítulo XX de *El Libro que mata a la Muerte* sentamos el aserto de que la literatura caballeresca en los albores del medioevo es una literatura jina o jaína venida a Europa con la invasión de los braquicéfalos caldeos, kalkas o calcidios, hacia el año 2.400 antes de nuestra Era, o quizá mucho antes con los *Thuata* o los *Pelasgos*. Hoy podemos añadir algunos datos que creemos de interés a guisa de crítica del célebre *Baladro de Merlín* y de su segundo tomo titulado *La demanda del Santo Grial* o *Graal*, (2) tal y como ambos han llegado hasta nosotros.

El *Baladro*, que es un abigarrado conjunto de leyendas y mitos relativos a la protohistoria de las Islas Británicas y occidente de Francia, es por ello, así mismo, una especie de *Mil y una noches* europea donde, bajo pretexto de historiar el feliz reinado del rey *Artur*, *Arthus* o *Suthra* («hilo de oro de la Verdad primitiva») y la Demanda del *Santo Vaso* o Grial que tan próspero le hiciese, revive y encapsula en su mito tradiciones parsicaldeas de aquellos pueblos de Oriente, conservadas como vagos restos de los rapsodas o bardos religiosos y que de otro modo se hubieran perdido. La leyenda de Hércules, Alcide o



«el señor Harículas» (el *Arjuna* del *Mahabharata*) se transparenta en ellos y en ellos también toma origen toda la literatura posterior en especial esas obras maestras que se llaman *La Celestina, o tragicomedia de Calixto y Melibea*, de Rodrigo Caro; *El valeroso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, y *El Lohengrin, Tanhäuser, Parsifal y Anillo del Nibelungo*, de Wágner, etc., y por cuyo solo hecho quedaría justificadísimo el estudio teosófico de aquel.

Claro es que nuestra interpretación del *Baladro* tiene que diferir de las hasta aquí dadas por los autores tanto o más que diferir puedan las ideas positivistas al uso y la idea ocultista que a nuestro juicio le preside y anima, razón por la cual, de antemano nos declaramos vencidos y aceptamos resignados el acostumbrado epíteto de locos o de fantaseadores con que premiarse suele este género de nobles cuanto desinteresados estudios por los que luego acaban copiándolos y desnaturalizándolos, sin saber que con tal hecho sellan su obra con el estigma de un kármico y ulterior castigo, pues, «la cosa, donde quiera que está, clama por su dueño», al tenor del aforismo latino.

Desde luego hay un hecho indudable y es que el texto que comentamos ha callado lo más fundamental del primitivo y hoy perdido texto, pues que dice (355): «Sabed que es gran cosa esto del Sancto Grial si todas las aventuras de él contase, y más la postrera tercera parte de este libro que es de mayor pieza que las dos primeras; más lo que dexo en esta partida postrimera deste libro está todo en el cuento del «Baladro», a lo que el comentarista agrega: «O el autor se equivoca, o el Baladro a que alude no es el mismo que nosotros conocemos porque no consta en él las aventuras del Santo Grial». Y en otro lugar (52) al hablar del «sepulcro del pagano», dice el texto: «Señor, lo que me vos preguntases vos diré yo que esta aventura auia tres cosas: la tumba, el cuerpo y la voz (lamento, baladro); mas esta aventura no oso trasladarla Ruberte de Brucon en francés (el autor del que se hiciese aquella traducción castellana) porque tañe a las poridades de sancta yglesia (no las quiere descubrir porque no conviene a home lego) e de la otra parte dudaba que si descubriese las poridades del Sancto Grial así como el latín las cuenta, que los homes que no saben tanto e las leyessen, que no cayesen en yerro, ca por esto podría venir que su libro seria de fe que ninguno no le viese ni le leyesse, lo que el no quería de ninguna guisa e por esto prometí de deuisarla en la tercera parte del libro que deuisa la Demanda del Sancto Grial, las proezas de los cavalleros de la Mesa Redonda e las maravillas que allí fallaron e como se fue de Inglaterra a la cibdad de Sarras, e bien sabía todos que la philosophia que ay contenia no querría el deuisar, ca seria echado de sancta yglesia, mas quien esto quisiere bien saber trabaje de ver el libro en latín que les fara llanamente entender las grandes cosas del Sancto Grial, que nos no devimos allanar las poridades de sancta yglesia, ni yo Joanes Biuas no vos diré ende mas de lo que el vos diré, ca soy frayle e no quiero mentir». Estas grandes cosas que el buen monje Joanes Biuas o Vivas no las quiso aclarar por afectar a la doctrina de la Iglesia, no son, probablemente, otras que las que venimos sosteniendo en nuestras interpretaciones en especial la relativa a un Santo Grial astronómico o sabeo originario, muy anterior, no ya a la predicación del Cristianismo en aquellas islas, sino a la fecha histórica del propio Cristianismo. Pero, como todo lo relativo a los cantos osiánicos o de los bardos, monjes nada escrupulosos, terribles destructores o falsificadores al modo de los de la Tebaida de todo cuanto por hacer referencia a la venerable y sabia antigüedad, perjudicaba a la implantación de las nuevas ideas, la leyenda original de Merlín, de Artus y del Grial fue adulterada, vuelta del revés, mejor dicho, hasta el punto de hacerla de

---

imposible reconstitución a menos de apelar a los conocimientos que felizmente nos proporciona hoy el estudio de las religiones comparadas o «Teosofía». Es ello en suma: la ímproba tarea de reconstituir un bellissimo mosaico con infinitos fragmentos dispersos por doquiera y, algunos, quizá, perdidos.

La idea fundamental del *Baladro del sabio Merlín*, es, a nuestro juicio ésta: En época remotísima, muy vecina a la de la Atlántida y hoy tenida por fabulosa, el reino de Londres en la Gran Bretaña alcanzó una prosperidad inmensa, sólo comparable a la tan ponderada de Persia o Ario-India a la que, bajo el velo árabe de posteriores traducciones y refundiciones, aluden todos los cuentos de *Las mil y una noches*, especialmente el de *Beder* o *Bedreddhin* (el «jina») *rey de Persia y Giauhara, princesa de Samandad*, capítulo VIII de nuestro libro *El velo de Isis* y precedente obligado del presente estudio. Semejante prosperidad del reino de Artur, fue debida a dos cosas: a la fundación de la *Tabla* o *Mesa Redonda*, logia de caballeros los más selectos entre los selectos, presidida por el rey según los consejos del mago Merlín, y al consiguiente logro o conquista del Santo Grial cuya «Demanda» emprenden, cada cual por su lado, aquellos caballeros. ¿Quién, pues, fue Merlín y qué fue el Vaso Santo?, son las dos primeras interrogaciones que nos salen al paso.

Merlín, para la leyenda que aquellos monjes nos han dado, es pura y simplemente, como en el texto actual del Baladro se expresa: «El hijo del Diablo». ¡Esto se dice, pero aún en los mismos textos adulterados, únicos que poseemos y en donde así se consigna, el tal hijo de «el enemigo del género humano» resulta, sin embargo, un hombre de bien y un perfectísimo caballero, como pronto veremos!.

Ya lo indica así la astuta intuición del mismo Cervantes en aquellos versos inmortales del «desencanto de Dulcinea» (la Dulcinea de todo caballeresco ideal), que dicen:

«Yo soy Merlín, aquel que las historias  
cuentan que tuvo como padre al diablo,  
¡mentira autorizada por los tiempos!  
Príncipe de la Mágica y monarca  
y archivo de la ciencia zoroástrica,  
émulo a las edades y a los siglos  
que solapar pretenden las hazañas  
de los andantes bravos caballeros  
a los que tuve y tengo gran cariño.  
Y pues que es de los encantadores  
de los magos o mágicos contino  
dura la condición, áspera y fuerte,  
la mía es blanda, tierna y amorosa  
y amiga de hacer bien a todas gentes».

por lo que, habiendo llegado hasta Merlín en las cavernas lóbregas del Dite donde estaba su alma entretenida en trazar ciertos rombos y caracteres astrológicos u horóscopos, la doliente voz de Dulcinea, de ella se compadece y da al Caballero del Ideal, el ingenioso hidalgo Alonso Quijano el bueno, el único medio posible para que pueda ella ser mostrada

---

de nuevo a la luz del mundo o «desencantada», a saber: el castigo a la animalidad de Sancho con «azotes que le escuezan, le amarguen y le enfaden», ya que, en el cervantino simbolismo, Sancho es la contraparte grosera o material del símbolo quijotesco, es decir, con el sacrificio de la Bestia, para que, a través del Hombre, pueda nacer el Ángel o «la divina Tríada»...

El considerar a Merlín en los *Baladros* corrientes como «hijo del Diablo» no es sino una mistificación monacal, como aquella otra que a raíz de la invención de la imprenta, levantaran también los monjes contra Juan Fust, socio capitalista de Gutemberg en Maguncia (1449 a 1455) así que notaron que la nueva invención les privaba de las cuantiosas ganancias que aquellos tenían con las copias de los manuscritos, según dice en reciente artículo en *El Sol*, don Francisco Bertrán, bajo el título de *El supuesto pacto de Fausto con el Diablo*, calumnia que fuera base luego de las leyendas del Dr. Fausto; de la magna epopeya de Göethe; de la célebre ópera de Gounod, etc., etc. Si esto han hecho ayer aquellos desaprensivos, y si esto hacen aun hoy mismo con pobres ocultistas cual el que traza estos apuntes (3), ¿Cómo no habían de hacerlo mejor y más a mansalva en épocas de letal ignorancia y especialmente tratándose, no de mísero negocio pecuniario, sino de volver del revés precisamente con ello «la Religión de la Naturaleza y de la Ciencia», haciendo de los «dioses» de ella «los astros de Dios» despreciables «diablos» con arreglo al repetido aforismo de H. P. B. de que «los dioses de nuestros padres son nuestros demonios»?.

En efecto, la palabra «Merlín», como dice la *Enciclopedia* francesa, es corrupción de la celta *Myrddhin*, palabra bien hermana de aquellas de *Nureddin*, *Bedreddhim*, *Aladdhin*, etc. que con tanta frecuencia saltan en *Las mil y una noches*, y que equivale quizá a «el jina, jin, o djin *Myr*, es decir, una simple inversión por ternura o bustrófodo de la de *rym* o *ram*, «un hombre solar», un Iniciado, en suma y cuyo significado es *Ambrosia*, palabra que a su vez equivale a la latina *Myrrha* o *mirra*, el *ζμόρνη, μύρρα* griego, «arbusto de Arabia, de quince codos, que destila lágrimas de las que se saca un incienso el cual hace incorruptibles a los cadáveres» (Plinio *Hist. Nat.* XII, 15-16). Tal nombre se aplicó a la hija de *Cinyrae*, rey de Chipre que, presa del nefasto amor de su padre, huyó a Arabia, y que no es sino el trasunto del mito puránico de la Ninfa *Pramlocha*, «la de las gotas del sudor», símbolo de la procreación asexual de la segunda Raza-Raíz, por «esporos» o «gotas de sudor». Este nombre también solía aplicarse, según Calepinus, a cuantos son dulces o de *mirífico* carácter como aquel *Hércules ógmico*, prototipo del Merlín artúrico, al que Rolt Brash (*The ogam iuscribed monuments of the British Island*) nos da la preciosa descripción que sigue: «Los galos, en su lenguaje, llaman a Hércules, *Ogma* (mago) y hacen de él un extraño simbolismo, como un hombre de ancianidad extrema, casi calvo, con un mechón de cabellos de plata sobre la rugosa frente y el rostro tostado como el de un viejo lobo de mar. Podría tomársele por un Caronte o un Jafet de las riberas infernales, si no se viese en él también a Hércules con todos sus conocidos atributos. Aparece seguido de enorme multitud, a él ligada por diminutas y frágiles cadenas de oro y de ámbar de la más hermosa apariencia, cadenas que, lejos de atar con fuerza, establecían la dulce y *mirica* ligadura con el caudillo amado, y lo más raro del caso es que el pintor en cuestión, no fijaba en las manos de Hércules tales cadenas, sino que salían de su propia lengua. Uno entonces de aquella nación me dijo: «yo te esclareceré la pintura, Oh extranjero. Nosotros no simbolizamos la elocuencia en Mercurio, sino en Hércules, más

poderoso, y lo representamos viejo porque es a tal edad cuando la elocuencia llega a su madurez. La juventud es un estado vacilante y frívolo. A medida que la edad avanza, avanza con ella la venerabilidad. Los serenos ojos del discernimiento empiezan a abarcarlo todo; de todo se informa y a todo provee mejor. Por eso preferimos la edad madura a la juventud y nuestro Néstor, cuando habla, destila mieles por su boca. Los viejos oradores troyanos fueron celebrados por su dulce voz y recuerdo muy bien que semejante poder sobrehumano de la elocuencia fue el que hizo colocar a Hércules en el número de los dioses, Dada la relación que guardan los oídos y la boca no tiene nada de extraño que la dulce cadena de la persuasión se represente así desde la lengua del instructor hasta los oídos de los discípulos».

El significado sólo de «ambrosía» aplicado a Merlín revela bien a las claras cual fuera el primitivo carácter mítico de este mago, a saber: «un shamano», «un jina», un dios al estilo de los del paganismo, un ser, en fin, de los de «la tercera creación» de los *Puranas*, porque, como dice H. P. B. (Pensamientos sobre los elementales. *Sophia*, 1833, p. 191), «los *urdhwasrota*, los dioses, son llamados así porque la sola vista de los alimentos tiene para ellos el lugar de la comida pues, como agrega un comentador del *Vishnú Purana*, hay satisfacción en la mera contemplación de la ambrosía». (El *maná*, de los israelitas en el desierto; el *soma* espiritual). Por eso quizá a los muertos se les depositaba comida en la tumba. El texto quiere decir, sin duda, que tales seres viven de «los fluidos terrestres», de las corrientes magneto-eléctricas, luminosas, etc., de la Tierra, pues ya la misma ciencia conviene en que las fuerzas físicas son fluidos.

La leyenda de Merlín, como no ha escapado a la penetración de los críticos, es un cuento más de aquel famoso libro persa, popularizado por los bardos celtas en poemas varios ninguno de los cuales conserva ya su forma primitiva en los textos galeses o gaedélicos, armóricos, cornualenses, cámbricos, siluros, etc., de los siglos VI al X y que no fueron sino sus plagios o refundiciones. H. de la Villemarque ha tratado de reconstituir la primera fase histórica legendaria posterior a los romances franceses, tales como el de Robert de Borón, fase ya muy adulterada también por ellos. El texto más antiguo, añade la *Enciclopedie* es la *Chronique latine* anónima, atribuida a Nennius (fines del siglo X), la que nos habla del rey bretón Wortigern, de su crimen y de la fortaleza inexpugnable, especie de torre de Babel legendaria o de Round-Tower de los Tuatha, y de Myrddhin consejero del rey Uter Pendragón o *Ambrosía* del que luego tomó el nombre. Geffroy de Monmouth a principios del siglo XII, les dio a sus personajes un carácter de caballeros cortesanos que ellos nunca tuvieron, ampliando en 1135 los versos de Nennius en prosa latina, a petición de Alexander, obispo de Lincoln. Después Geffroy hizo con cargo a las *Profecías* o poesías populares bretonas atribuidas a Merlín, una *Historia regnum britaniae*, y una *Vitae Merlini* en verso, cuyo asunto principal es el siguiente:

El Merlín o Myrddhin de los muy posteriores y adulterados textos que conocemos, reinó antaño en la Bretaña meridional o francesa. Derrotado por los *Sansones* (Saxones o Sajones) fue asaltado de locura furiosa (furor de Orestes, frenesí mántico al modo del de «Orlando el furioso», don profético, inspiración etcétera), y se retiró a la selva de Caledonia, alimentándose allí sólo de bellotas, y guareciéndose bajo el tronco de un árbol con la única compañía de un lobo, el lobo de Welso-Wottan, que Wagner diría, y que le seguía doquiera. Gwendoloena, su esposa, y la reina Gamieda, su hija, dolidas de su ausencia, envían a buscarle con un sabio y viejo bardo su antiguo compañero llamado

Taliesin (de Talía, la Tierra, o el «hombre terrestre» como si dijéramos), quien le trae a la fuerza, cargándole de cadenas. Entonces Merlín, predice terribles siniestros, eventos que, efectivamente les acaecen a todos, y a su hija le anuncia la muerte repentina de su marido, muerte que ocurre el mismo día de las bodas. Aterrada la Corte, se le permite volver a su retiro a Merlín, pero ya en compañía de Ganiada y del bardo, constituidos en fieles discípulos suyos.

En cuanto al otro autor de la vida de Merlín, el monje del Franco. Condado Robert de Boron o más bien Helie de Boron, es probablemente mítico. Su obra, base del *Baladro* de la Biblioteca Nacional que conocemos, enlaza ya a las primitivas leyendas célticas del Merlín iniciado y augusto consejero shamano o samabodi el rey Artús, con la historia, a todas luces posterior, del Santo Grial, no siendo ésta la única de sus mixtificaciones, pues que en los principios de la misteriosa historia céltica el «poema de Merlín» no fue sino una parte de la riquísima antología en verso que constituía el tesoro tradicional de los rapsodas o bardos occidentales, como aquella otra de los rapsodas helénicos en las que libaran su inspiración Hesíodo y Homero. Perdido el poema de Boron, retorna en prosa del siglo XIII, con las siguientes adulteraciones y en esta nueva forma a los relatos de Nennius y de Geffroy se agregan otros cuentos de origen más o menos monástico, que hacen de él el abigarrado e inconexo texto que conocemos. Especie de Antecristo, ya es entonces Merlín, al pintar de sus mixtificadores, el hijo de la virgen bretona que una noche descuidó poner su sueño bajo la protección de Dios, en la forma que vamos a ver. El criterio más seguro para hallar las falsificaciones monacales ulteriores de este personaje augusto, verdadero «conde de Olinos que fue niño (adepto) y pasó la mar», como de D. Galván y de Morderec, Feirefiss (o *Fire fils*), Quen, etc., es el de «volver del revés» sencillamente las tintas sombrías de sus personalidades en los textos medievales conocidos, con la seguridad absoluta de que el hallazgo de otros textos más antiguos (algunos descubiertos ya) les han de tornar en su «angélico» carácter jina, del que les desposeyeran malévolamente unos ignorantes y desaprensivos mistificadores.

El nacimiento de Merlín puede resumirse así, según el *Baladro* de Boron y de Vivas:

Presintiendo los demonios (seres perversos de lo astral en el mito cristiano) el triunfo de la Verdad por el próximo hallazgo del Santo Grial, se reúnen en consejo (cap. I) como luego aparecen también reunidos en el palacio del *Pandemónium*, en el poema inmortal *El Paraíso Perdido*, de Milton (que en el *Baladro* toma origen), y así como en este poema deciden tras madura deliberación que la Serpiente tiente a Eva y ésta a Adán determinando la Caída del género humano, deciden en el *Baladro* engendrar hombres perversos que impidan aquel hallazgo, cosa imposible fisiológicamente para ellos, salvo para uno llamado *Enkibedos*, que, más que efectivo demonio, es un silfo o elemental del aire, que diría la literatura cabalista rabínica ulterior y el cual tiene facultades para así lograr descendencia engañando a una mujer.

En tal engaño se prepara de este modo: Un diablo (c. 4) inculca perversas sugerencias a la que ha de ser abuela de Merlín, esposa de un rico hombre de Londres, el cual, como Job, experimenta toda clase de calamidades en sus bienes, pero lejos de tener la paciencia de éste, al perder también a su hijo primogénito, se suicida y la mujer le imita poco después, dejando tres hijas (las famosas «tres hijas de Elena; tres eran, tres, y ninguna era buena», del viejo cantar español). La segunda de ellas cede en efecto, a la sugestión

demoníaca; se entrega a un hombre y es ajusticiada por adúltera; la tercera hija, por consejo de una celestina como en la célebre obra española ulterior de este título, se prostituye, pero la primera por consejo de un hombre bueno, ermitaño, llamado Blaysen, resiste a toda sugestión, no obstante lo cual, Enquibedos, el silfo o «habitante de los aires», se une con ella en sueños, una vez que ella descuidó el tener encendida la luz. De esta unión nace Merlín, mal llamado así en las crónicas «el hijo del diablo», porque, en la verdadera literatura de magia negra medieval en la que hay que clasificar al *Baladro*, se cuida siempre de hacer distinción entre los demonios, enemigos de Dios y de su Hijo Jesucristo y las criaturas de los cuatro elementos: salamandras (del fuego); sílfides (del aire), ondinas (de las aguas) y gnomos (de la tierra), al tenor de la célebre obra, necromante también, del abate Villars, que lleva por título *Le Compte de Gabalis ou entretien sur les sciences secrètes*, en el ejemplar que poseemos editado por el *Theosophist* francés, y *Sub-humanos* o los *Elementarios de la Cabala* o *Physio-Astro-Mystic*, en la edición inglesa de Robert H. Fyer, Bath, 1886, que parece más completa. (4).

El tan culto como desgraciado abate de Villars cita el caso del nacimiento de Merlín como uno de tantos de la mala magia tradicional inspiradora de religiones exotéricas en estos, por otra parte, elegantes términos:

«¡He aquí la ignorancia y la falsa piedad de estos desdichados tiempos!, interrumpió en tono irritado el Conde. ¿Por qué entonces no borran del Santoral al más grande de los anacoretas y queman sus estatuas...?. El silfo que disertó con el patriarca San Antonio acerca de la Naturaleza es para vos, acaso, un «pájaro de presa» del Demonio; es con un trasgo con quien este hombre incomparable conversó acerca del Evangelio?. Atanasio y Jerónimo serían hartamente indignos del predicamento de que gozan entre nuestros sabios el haber elogiado con tanta frecuencia a un hombre que trataba a los diablos tan humanamente. Si él tomaba a este silfo por un diablo hay, o que callar la aventura, o suprimir aquel apostrofe tan patético que el anacoreta, más ferviente y crédulo que vos, dirigió a la ciudad de Alejandría, y si se toma al tal silfo como una criatura teniendo derecho a la redención de igual modo que nosotros los hombres, y si esta aparición es, a juicio de aquellos, una gracia extraordinaria que Dios hiciese al santo a quien biografiaban, ¿O vais vos a ser más sabio que Atanasio y Jerónimo y más santo que el divino Antonio?. ¿Qué hubieseis vos dicho de este hombre admirable si hubieseis sido del número de los diez mil anacoretas a quien él contó todos los detalles de su conversación con el silfo?... La caridad de los Filósofos les mueve a consagrarse a la inmortalización de las sílfides, pero la naturaleza hace que también deseen verlas a éstas fecundas. Cuando gustéis os haré ver en los aires estas familias filosóficas y ¡feliz el mundo si en él no hubiese más que ellas y no existiesen los hijos del pecado: los hombres que nacen por la vía ordinaria, hijos concebidos por la voluntad de la carne, no por la de Dios, hijos de la ira y de la perdición, en una palabra: hijos del hombre y de la mujer!. Jamás fue voluntad del Señor, en efecto, que el hombre y la mujer tuviesen hijos al modo como los logran. El designio del Sabio Artífice era hartamente más noble, pues se proponía poblar al mundo de bien diferente manera a como luego lo fue. Si el miserable Adán no hubiera desobedecido tan groseramente la orden que había recibido de Aquél de no tocar a Eva, contentándose en cambio, con el resto de los frutos del Jardín de la Voluptuosidad, las inenarrables bellezas de las Ninfas y las Sílfides, el mundo no pasaría hoy por la vergüenza de verse invadido y lleno por hombres tan imperfectos que podrían pasar como monstruos respecto de los hijos de los Filósofos».

He aquí alzada necromantemente, es decir, con vistas a la locura y el crimen, por el malogrado Villars, la punta del velo que oculta cien maravillosos mitos religiosos, tales como el de las walkyrias nórdicas; las huríes coránicas (dragones, salamandras de *ur*, fuego) y todos los riquísimos panteones, védico, griego y caballeresco, y «los hijos divinos» de la Historia entera, mitos que «son camino abierto hacia la magia negra al ser ellos tomados en el muerto sentido de la unión sexual y no en el sublime de la unión (yoga) entre el alma humana y el Divino Espíritu o Dhyan Chohan que la cobija, por encima de la animalidad de todo sexo, como, siguiendo a H. P. B., hemos comentado en el capítulo I, Parte 4a. de *El tesoro de Somiedo*, etc., etc.

Luego el misterioso *Conde de Gabalis*, nos habla de multitud de tales hijos «divinos», historiando a su modo necromante, sus orígenes en esta forma:

«Se atribuye a los demonios todo cuando debe ser atribuido a los habitantes de los elementos. Un minúsculo gnomo se hizo amar de la célebre Magdalena de la Cruz, abadesa de un monasterio de Córdoba en España. El la hizo feliz desde los doce años y con ella continuó su comercio durante unos treinta. Un director espiritual ignorante persuadió a sor Magdalena de que su amante era un duende, obligándola a pedir la absolución al papa Paulo III. Sin embargo, es imposible que el tal fuese un demonio, porque toda Europa supo y Casidoro Remains lo ha transmitido a la posteridad el milagro que todos los días se operaba en favor de la santa joven. Este doctor la hubiese dicho en tal caso que el silfo que se immortalizaba también con la joven Gertrudis, religiosa del monasterio de Nazareth en Colonia, era asimismo un diablo... Creedme, hijo mío, que el Demonio tiene en la región de la muerte ocupaciones mucho más tristes y más conformes al odio que él siente hacia el Dios de la pureza, pero así es como cerramos los ojos voluntariamente. Se lee por ejemplo, en Tito Livio que Rómulo era hijo de Marte. Los «espíritus fuertes», dicen que esto es una fábula; los teólogos, que era Rómulo hijo de un diablo incubo; los burlones se figuran que la joven Rea Silvia, «habiendo perdido sus guantes» trató de salvarse de la deshonra diciendo que un dios se los había robado. Nosotros, en cambio, que conocemos la Naturaleza y que Dios nos ha traído de tales tinieblas a su admirable luz, sabemos que este pretendido Marte era una Salamandra macho que se desposó con la joven Silvia haciéndola madre del gran Rómulo, héroe que, después de haber fundado a su Ciudad Eterna, fue arrebatado por su padre en un carro de fuego, como Zoroastro lo fue por Oromaces su padre. Otro salamandro fue el padre de Servio Tulio. Tito Livio dice que este último fue el dios del fuego, engañado por el parecido, y los ignorantes han hecho el mismo juicio que del padre de Rómulo. El famoso Hércules, el invencible Alejandro eran hijos del más excelso de los silfos. Los historiadores ignorando esto han dicho que Júpiter era su padre y decían la verdad en el fondo porque, como sabéis ya, habiéndose erigido estos Silfos, Tritones y Salamandros en divinidades los historiadores que les creían tales, llamaban «hijos de los dioses» a cuantos así nacían. Tal fue asimismo el divino Platón, el más que divino Apolonio de Tiana, Hércules, Aquiles, Sarpedon, Eneas el piadoso y el famoso Melchisedech. Si no sabéis quien fue el padre de este último, porque San Pablo, que lo sabía, no quiso decirlo por no revelar los misterios cabalísticos, os diré que este rey de Salms era hijo de un Silfo y fue concebido en el Arca por la mujer de Sem. La manera de sacrificar de este pontífice era la misma que su prima Egeria enseñó al rey Numa, al par que la adoración de una Divinidad Suprema sin culto alguno y sin Nombre, merced a lo cual los romanos, hechos ya idólatras, quemaron los santos libros de Numa que Egeria le dictó...

Retrocediendo más en los tiempos os diré que Zoroastro, fundador de la Magia, tuvo el alto honor de ser hijo del salamandro Oromasis y de Vesta, esposa de Noé. Después de muerta Vesta fue elevada a genio tutelar de Roma y el fuego sagrado que exigió ella fuese conservado perpetuamente por las vírgenes vestales con tantos cuidados, lo era en honor del salamandro su amante. Además de Zoroastro, de los amores de Oromasis y de Vesta nació una joven de gran sabiduría y de extremada belleza, la divina Egeria de quien Numa Pompilio recibió todas sus leyes. Ella obligó a éste a edificar un templo a Vesta su madre y a que en él fuese perpetuado el Fuego en honor de su padre. He aquí toda la verdad de la fábula. Guillermo Postel, el menos ignorante de cuantos han estudiado la cabala de los libros corrientes supo que Vesta era la mujer de Noé pero no habiendo los libros secretos de la vieja Cabala, de los que el príncipe de la Mirándola adquirió un ejemplar a tan alto precio, confundió las cosas y creyó solamente que Egeria era el genio tutelar de la mujer de Noé. Nosotros, en cambio, hemos aprendido en dichos libros que Egeria fue concebida sobre las aguas cuando Noé erraba sobre las olas vengadoras que cubrían la tierra. Las mujeres estaban reducidas a este pequeño número de las que se salvaron en el Arca Cabalística que este segundo padre del mundo había construido. Este hombre insigne, lamentándose de ver el espantoso castigo con que el Señor penaba los crímenes derivados del amor de Adán hacia su Eva, viendo que Adán había perdido su posterioridad prefiriendo a Eva sobre las hijas de los elementos, y quitando a los salamandros y silfos que se hiciesen amar por ella, Noé, repito, escarmentado sabiamente por el funesto ejemplo de Adán, consintió que Vesta, su mujer, se entregase al salamandro Oromasis, príncipe de las potestades ígneas y persuadió a sus tres hijos a ceder sus esposas a los respectivos príncipes de los otros tres elementos. El universo se vio así poblado en poco tiempo por hombres tan heroicos, sabios, hermosos y admirables, que su posterioridad deslumbrada por sus virtudes los acabó tomando por divinidades. Uno de los hijos de Noé, rebelóse contra el sapientísimo consejo de su padre y no pudo ya resistir a los atractivos de su esposa, cual Adán no resistiese a los de Eva, pero como el pecado de Adán había ennegrecido las almas de sus descendientes, la falta de complacencia que Cham tuvo hacia las sílfides marcó con su estigma a toda su posteridad y de ahí viene, dicen los cabalistas, el tinte horrible de los etíopes y demás repugnantes pueblos que fueron condenados a morar en la zona tórrida en castigo al ardor profano de su padre...».

«Cuando leáis, dice en otro momento el Conde, que el célebre Merlín nació sin la intervención de hombre alguno, de una religiosa, hija del rey de la Gran Bretaña y que predecía el porvenir con más seguridad que un Tiresias, jamás digáis con el pueblo que era él hijo de un demonio incubo, pues que no los ha habido jamás, ni que profetizaba por arte demoníaca, porque el Demonio es el más ignorante de todas las criaturas según la santa Cabala. Decid más bien con los Sabios, que la princesa inglesa fue consolada en su soledad por un silfo que se compadeció de ella, que tomó a su cargo el distraerla, logrando hacerla feliz, y que Merlín, el hijo de entrambos, fue educado por el silfo e instruido en todas las ciencias, logrando aprender a realizar cuantos hechos maravillosos se nos refiere en la historia de Inglaterra...».

No sigamos copiando más impías y solapadas sugerencias contra la Fuente santa de la Humanidad y contra la Cruz que es Redención, del sexo sin aberraciones peligrosas. (5). Lo transcrito basta para dar el debido marco mítico y necromante a los absurdos comienzos del *Baladro* de Merlín. Pero antes de seguir con éste recordemos de pasada otras



necromantes supersticiones de los chinos sobre sus «Divinos dragones» y los Merlines que por consecuencia de su enlace con los humanos vinieron al mundo de los mortales.

Uno de estos celestes hijos lo fue Chennung. Según la «Historia de los tres primeros emperadores», la princesa Ngan teng lo concibió del «dragón celeste» y le dio a luz en las riberas del río Kiang. La criatura salió con ojos de dragón, cabeza de toro y cuerpo de hombre. A las tres horas de su nacimiento, ya andaba sólo, al quinto día hablaba concertadamente y a los siete le salieron todos los dientes y bien pronto se constituyó en un Instructor tal que son innumerables las invenciones útiles que a él se debieron. Su sucesor Hoan-Ti, fue dado a luz durante un embarazo de 21 meses en la «Montaña de la vida» donde su madre Fu-pao se había sentido fecundada por un rayo. Habló desde el vientre de su madre, y antes de los diez años ya había inventado el arte de gobernar y los rasgos escriturarios del complicado alfabeto chino, a imitación de las huellas de las patas de los pájaros sobre el lodo... Alfonso Otón nos describe por extenso las maravillosas proezas de Hoang-tí y nos habla luego de su sucesor Kim Tien Cheu, cuya madre Niut-se al pasar junto a una de las Islas floridas, vio una estrella irísea y de ella concibió en sueños a este glorioso príncipe, como Nin chu, bajo el efluvio lunar concibió a Kao-Yang-Che, el primer astrólogo y cronógrafo, sucesor de aquél y cómo, en fin, Kin-Tu fue visitada en sueños por el **Dragón rojo** y de él concibió a Yao, al tenor del prototipo astral que el Dragón le mostrara. Yao, al cumplir los setenta años de su reinado, vio en su palacio, como el rey Artús en su corte, los hechos más extraordinarios y gloriosos en una verdadera edad de oro cual la que el reinado de este príncipe bretón trajo, gracias a los consejos de Merlín, al reino de Londres.

Viendo el paralelo absoluto entre estas últimas leyendas chinas y las del **Baladro** llega uno a pensar si entrambas no provienen del mismo origen mítico y si el pueblo bretón como el ibero y el galo no sufrieron en tiempos protohistóricos invasiones de los primeros navegantes chinos, conocedores ya de la brújula y precursores, por tanto de persas, fenicios y griegos en sus visitas hacia Occidente.

En efecto, el nacimiento y la infancia de Merlín, son los de cualquiera de aquellos «hijos de Dragones celestes» y, como tal, el Baladro nos cuenta que, todavía en el vientre de su madre, empieza ya a defenderla contra la calumnia de su tía la prostituta, que la acusa de haber tenido relaciones ilícitas con el «hombre bueno», su consejero. Noticioso del caso el juez, la condena a muerte, pero éste consigue que, estando embarazada la inocente víctima, sea confinada en una torre, en compañía de dos mujeres que la asistan hasta que dé a luz. Entonces Merlín, a guisa de Oráculo de Delfos, habla con voz poderosa, diciendo a las espantadas mujeres: «Mi madre no sabe quien es mi padre, mas yo sé mejor quien es mi padre que no el juez quien es el suyo, y la madre del juez sabe mejor quien es el padre del juez que no mi madre quien es el padre mío», logogrifo de palabras, que, una vez nacido Merlín, echa él en cara del propio juez, consiguiendo así que se suspenda de nuevo la sentencia hasta esclarecer esta supuesta calumnia contra la dignidad del juzgador. «Si tú sabes que mi madre tal cosa desaguizada hizo, pruébamelo y yo te haré justicia», dice espantado el juez al niño; «yo te lo probaré», replica éste, añadiendo: «tu eres hijo de un clérigo, el cual ahora mismo, temeroso de ser descubierto, se está arrojando al río». Comprobado el caso, la madre del juez es condenada a muerte, y la de Merlín absuelta. (11-23).

No hay que detenerse a detallar conexiones míticas con el anterior relato. Una de las más notables es la de la leyenda del Brabante relativa al Caballero Helias, defensor, al modo merlínico, de su madre la infanta Isomberta, y base de la del *Caballero del Cisne* o *Lohengrin* en la que se inspiró Wágner para su obra de este último título. Su significación astronómica puede verse en la pág. 207, t. I de nuestras *Conferencias teosóficas*.

Muy niño todavía Merlín, entra de lleno en la vida pública y en su misión tutelar de profeta.

Cuenta, en efecto, el *Baladro* de Borón que es el que seguimos que en la Gran Bretaña reinaba a la sazón el rey Constantenes que al morir dejó tres hijos: Maines, Padragón o Pendragón y Uter, bajo la tutela de Veringer o Berenguer, que otros llaman Wortinger. El rey Maines guerrea con los paganos de Sansoña (que no es la Sansueña o Zaragoza del Quijote en el retablo de maese Pedro, sino la tierra de los *sansones* o sajones), y mientras Berenguer insinúa a sus sicarios la conveniencia de que fuese él nombrado rey en lugar de sus pupilos. Estos, entonces, le matan, y los otros dos niños huyen a «Burgos» (no nuestra Burgos, sino más bien la Bourges, francesa). Ya rey, casa Berenguer con *Anguis* (culebra), hija del rey de los sansones, y manda hacer una torre inexpugnable para guarecerse en ella contra cualquier rebelión de sus súbditos en favor de los niños desterrados, es una especie de *Round Tower* como las de este título de los Tuatha de Danand, tan admirablemente estudiada por Henry O'Brien en su obra *The Round Towers of Ireland*, de la que poseemos un ejemplar muy raro.

Esta «Torre de Babel» del malvado usurpador, como la clásica de los titanes babilónicos, se caía cuantas veces se intentara levantarla. Consultados al efecto siete clérigos astrólogos, estos atribuyen el fenómeno de que no tramaba la argamasa de la torre porque precisaba mezclarse con ella «la sangre inocente de un adolescente, nacido sin padre», cuando, en realidad, lo que habían adivinado con su necromancia es que había ya nacido el niño Merlín, predestinado a acabar con su funesta preponderancia. El rey ordena buscar a tal niño por todo el reino y los mandaderos le encuentran al fin, pues que él mismo se presenta a ellos diciendo: «Yo soy aquel niño a quien buscáis y que nació sin padre, y yo os diré además el misterio del por qué la torre se cae». Además, camino de la Corte les dice a sus acompañantes: «ese hombre que camina delante de nosotros hacia Roma y que acaba de comprar un par de zapatos, no los romperá, pues va a caer muerto de aquí a un instante», como en efecto así ocurrió. Asombrado quedó el rey ante la sabiduría del niño y más cuando éste le dijo, después de hacer comparecer a los astrólogos: «La torre se cae porque bajo de ella hay una grande agua y bajo aquella agua están dos dragones que no ven nada y el uno es bermejo y el otro es blanco. Ambos dragones yacen bajo sendas losas, son muy fuertes y cuando sienten el agua sobre sí, se mueven, derribando la torre». En efecto, sacada por el niño la tierra, desalojada el agua y levantadas las losas surgieron los dos espantosos dragones y, así que se vieron, entablaron fiera lucha durante tres días hasta que el blanco destrozó al rojo, muriendo tres días después (27-41). Merlín hace perdonar entonces la vida a los perversos astrólogos y da la clave del misterio de los dos dragones que no son, a nuestro juicio, sino los respectivos símbolos de las dos Magias que lucharon en los días de la Atlántida y que desde la catástrofe yacía sepultados bajos las aguas. La época feliz del advenimiento de Merlín volvía a poner frente a frente a aquellas. Sin embargo, el Baladro de Boron da otras interpretaciones adecuadas a los problemas de su época y hace de los dos dragones en cuestión el símbolo de los bretones y sajones en lucha y se extiende luego en lo

que él llama *Profecías de Merlín*, entre ellas las relativas a la invasión de los moros en España y a diversos reyes castellanos, enlazándose con las célebres *Lamentaciones*, de Mingo Revulgo. (42-53). Después Merlín se retiró a *Biuerlanda* (Irlanda) al lado de su cronista el «hombre bueno» Blaysen.

Muerto el usurpador Berenguer, y sucediéndole en el trono Anguis, su esposa, el joven Pendragón decide reconquistar el trono de su padre, cercando a ésta en una fortaleza donde resistió durante un año. Exasperado Pedragón manda buscar a Merlín por todo el reino de Irlanda en demanda de sus consejos sabios. Los comisionados tropiezan con un viejo pastor (reyes pastores egipcios), quien les dice que no tomará el rey el castillo hasta que Anguis no muera, y que nadie podrá encontrar a Merlín (era él mismo, el pastor), si no viene el propio rey en persona a buscarle según la costumbre china y japonesa de los *shamanos* o shamabosi de la Montaña Sagrada con los reyes que solicitan sus consejos. (*Páginas ocultistas. Una vida encantada*). Tropiezan luego con un niño que les dice igual, y luego con un gallardo y lujoso joven que les dice de parte de Merlín que Anguis ha muerto. Por supuesto que Merlín como verdadero Proteo capaz con su magia de presentarse bajo todas las formas imaginables, toma estas y otras apariencias para confundir a los emisarios. «Aunque le veades a Merlín no le conoceréis» les dicen todos a los comisionados y ellos filosóficamente responden: «en efecto, no hay hombre en el mundo que le pueda bien conocer». Mientras que acaecen todas estas mágicas fantasmagorías a los emisarios, Anguis va de noche a matar a Uter el hermano de Pendragón pero Uter, prevenido por Merlín que se le aparece en diversas formas al par que se mostraba con otras tantas a aquellos, mata a la perversa «Serpiente». Todas estas cosas que maravillan ala Corte entera, llenan de envidia a cierto perverso rico-home palatino quien quiere a prueba a Merlín para sacarle como impostor. Al efecto se finge enfermo y le hace llamar para que le diga si morirá o no. Merlín le responde que no morirá de aquella fingida enfermedad y sí de muerte violenta, despedido de su caballo; disfrazase más tarde el perverso y al hacerse visitar en su lecho, predícele el sabio que morirá colgado por los pies. Una tercera vez, le asegura que morirá ahogado. El infame créese victorioso frente a tres profecías tan distintas de muerte, pero bien pronto, al pasar un puente es despedido de su caballo contra la barandilla, queda colgado de ella por los pies y su cabeza cae dentro de las aguas que le ahogan... (54-76). De allí a poco los sansones o sajones invaden el reino. Merlín profetiza el triunfo de los dos regios hermanos pero comprando cara la victoria por la muerte de uno de ellos, como así sucede, pues en la fiera batalla de Salabres son deshechos aquellos y muere Pendragón volando su alma al cielo en forma de dragón bermejo. Uter es proclamado sucesor y en honor de su hermano muerto toma el sobrenombre de *Pendragón* y Merlín para inmortalizar tal victoria hace venir mágicamente de Irlanda unas piedras sacras tamañas como peñas (*menhires*, piedras de gigantes), imposibles de ser movidas de su lugar por fuerza de gente y sí por el arte mágico en la que era consumado maestro.

Al llegar aquí nos habrá de perdonar el lector una larga digresión.

Estas piedras arrancadas del sacro campo llamado «Corona de los jayanes y gigantes» (*Crownlech*) en Irlanda llegaron a través de las aguas del mar hasta el cementerio de Salabres donde Merlín irguió por su ciencia, manejándolas como si ligeras plumas fuesen (77-86) y son, por supuesto, las características de todos los monumentos megalíticos extendidos por el Occidente de Europa, España y norte de Marruecos hasta Argelia o más bien el Egipto, pues que las grandes cámaras egipcias tales como las recientemente

escavada de Tutankamen, tiene un carácter religioso en su disposición que las identifican con los típicos monumentos de Stonehenge, de Jersey, etc. (6). Los templos hipogeos de la India, tales como el de Ellon, debidos a la iniciación jaina, aunque equivocados como Fergusson los crean budistas, no son sino megalitos «eregidos como por titanes y labrados como por joyeros». Por eso Rivett-Carnac, en su clásica memoria sobre la escritura ógmica o en cazoletas (escritura tan común en el oeste de España), parangona las inscripciones occidentales de esta clase con las de Nagpur (o Naga-pur «la ciudad de las serpientes») y de Chandesar en las montañas de Camaon y atribuidas por los indígenas a gigantes. Las más importantes son las de Dwarahat, a 12 millas de Ramikhet (Benarés la Santa). A la entrada de la garganta en que ellas se encuentran, se eleva un templo consagrado a Mahadeva (Shiva), dios de la generación, y las columnas de dicho templo ofrecen inscripciones análogas (típicas también en el Tesoro de Atreo, en Micenas) y que son regadas con aguas del Punjab por las mujeres hindúes para conseguir el ser madres, al modo de los homenajes femeninos a Diana-Bhavani, la Gran Madre («la abuela», la Luna) de los sacerdotes esenios de Efeso, o sea también los consagrados a la Maha-Maya, la madre del Buddha.

Todos estos hipogeos megalíticos, no fueron en su origen sino templos «logias iniciáticas», en los que el canto heroico de los bardos era tan frecuente como pueda serlo hoy en los templos cristianos. Los llamados «cantos ossiánicos» fueron antaño danzas astronómicas en las que iba envuelta la enseñanza de los movimientos planetarios y también la historia de la pasada catástrofe cuyo eco más lejano son los cantos infantiles actuales en los que «Au clair de la Lune» o bajo la luna-llena, alguien, el discípulo, pide «una pluma» al iniciador «Pierrot», diminutivo de Pierre, Pedro, Pátera o Piedra que oculta la entrada al santuario de la iniciación en tantos cuentos de *Las mil y una noches* y también en mitos españoles como el de Juanillo el Oso (*Conferencias Teosóficas*, cap. de Religión, Leyenda y Mito). «Una pluma», decimos, para escribir una «palabra» tan sólo: la sagrada Palabra de la iniciación; o cuando en otro canto harto conocido de los niños franceses, alguien renuncia a «ir ya más al bosque sagrado» cuyos «laureles», igual en sentido literal que en simbólico, están ya «talados» o perdidos, a la que otro niño responde que «el más fuerte; la más bella» irán sin embargo a recoger con veneración tan sagrados restos. Otros muchos cantos españoles, de druídico origen también, sin duda, nos hablan en igual sentido, tal como en el intitulado «¡Al ánimo!» y en el que se canta cómo se ha roto la puente» («el puente del arco-iris» de la leyenda nórdica, la tierra atlante, puente sumergida entre los dos continentes); cómo hay que «mandarla componer» (por nuevos pontífices), para lo cual el otro grupo del diálogo «a la griega», dice, «no tener dinero» o fuerzas, a lo que el primer grupo contesta que él le tiene o sea que «está dispuesto a hacerlo», y al punto recibe del otro el debido homenaje a su superioridad. El cántico de «¡Sal, serafín, del monte!», alude asimismo a los Seres superiores de la sagrada selva, que a veces se muestran a los mortales.

Por supuesto que aquellos cantos guerreros ossiánicos (o de *Socias*, los misterios de la lucha anual del Sol a lo largo de los doce signos del zodiaco), aunque se hayan interpretado después como cantos guardacedores de los hombres en sus criminales luchas bajo la acción malvada de los «elementales» o «entidades del Mal», no eran sino cantos sagrados primievales de la lucha del Guerrero del Ideal o Candidato a la Iniciación (Sigfrido, el caballero andante, etc., etc.) con estas últimas entidades de lo astral o

## *Mario Roso de Luna – El Simbolismo de las Religiones del Mundo*

---

«Príncipes y potestades del aire» que diría San Pablo, y todo ello es una alusión continua a las fiestas de los druidas.

El texto fragmentario de estos cantos es como sigue:

Au clair de la lune,  
mon ami Pierrot,  
prête-moi ta plume  
pour écrire un mot...

Nous n'irons plus au bois,  
le laurier y sont coupés,  
le plus fort, la plus belle  
iron le remaser.

¡Sal, serafín del Monte,  
sal, serafín cortés,  
yo, como buen cristiano,  
yo me arrodillaré!

(Aquí se ve la intromisión ya de la religión ulterior, como en las protextas finales de los bardos).

- Al ánimo y al ánimo, que se ha roto la puente.
- Al ánimo y al ánimo, mandadla componer;
- Al ánimo y al ánimo, no tenemos dinero;
- Al ánimo y al ánimo, nosotros lo tenemos;
- Al ánimo y al ánimo, ¿de qué es ese dinero?;
- Al ánimo y al ánimo, de cascarón de huevo;
- Al ánimo y al ánimo, ¡pasen los caballeros!
- Al ánimo y al ánimo, ¡pasen *ustés* primero!

La poética nota de hogar ario dada por los «Soles mexicanos», tiene aquende el Atlántico su eco ario en el célebre canto druídico conocido en Francia por *La bergère* o *La pastorcita* y en el que un pastorcillo caritativo y noble encuentra perdida en el bosque, en medio de la noche y de la tempestad, a una pobre pastora, a quien lleva caritativo hasta su cabaña al lado de su alegre hogar, donde la madre y la hermana del joven acogen a la desvalida pastora, la reconfortan, la dan de comer, la protegen durante la noche y luego piden su mano para el pastorcito. No podemos renunciar al placer de dar en su lengua nativa, esta hermosa pieza de literatura prehistórico-ocultista. Ella dice, en efecto;

Il pleut, il pleut, bergère,  
Rentre tes blancs moutons;  
Allons sous ma chanmière,  
Bergère, vite, allons.  
J'entends sur le feuillage

L'eau qui tombe a grand bruit;  
Voici venir l'orage,  
Voilà l'éclair qui luit.  
Entends tu le tonnerre?  
Il roule en approchant;  
Prends un abri, bergère,  
A ma droite en marchant.  
Je vois notre cabane,  
Et tiens, voici venir  
Ma mère et ma soeur Anne  
Qui vout l'étable ouvrir.  
Bonsoir, bonsoir ma mère;  
Ma soeur Anne, bonsoir  
J'amène ma bergère  
Prés de vous pour ce soir.  
Va te secher, ma mie,  
Auprès de nos tisons;  
Soeur, fait lui compagnie.  
Entrer petits moutons.  
Soignons bien, o ma mère,  
Son tant joli troupeau;  
Donner plus de litière  
A son petit agneau.  
Ne rougis pas bergère;  
Ma mère et moi demain,  
Nous irons chez ton père  
Lui demander ta main.

Es indudable, que en estos asuntos es más verdad que nunca el dicho evangélico de que la letra mata y el espíritu vivifica, porque tomado en el sentido localista y egoísta que se suelen tomar entre irlandeses la cosa, carece de interés para la ciencia de las religiones, pero en el alto sentido en que lo tomamos nosotros, aparecen siempre en el fondo las tres grandes verdades históricas: los tres postulados esenciales de aquella ciencia, a saber: el éxodo de Io; la catástrofe atlante y el origen de todos los pueblos ario-caldeos, indoeuropeos, caldeos parsis o como quiera decirse, ya que el llamado «pueblo semita», pese a las clasificaciones etnológicas corrientes, no es de raza distinta del «ario» sino una rama aria degradada y extendida después por todo el continente europeo, Asia menor, Siria, etc., en los albores de la historia, o sea muchos siglos antes de las invasiones parsi-caldeas, pueblos trogloditas a la manera de aquel de que habla Diodoro Sículo «habitantes de los agujeros de las rocas», antes de los siglos XX al XIV que precedieron a nuestra Era.

«La huella histórica de las invasiones arias, decimos en otro lugar, no ha podido borrar en Europa ni en América las misteriosísimas que en todas las partes del mundo ha dejado la Edad de Piedra, con sus megalitos, sus pictografías, sus jeroglíficos ógmicos y de otras clases, precursores de los hierogramas egipcios, cuneiformes, mogoles, sánscritos, etc. Mas la huella de semejante pueblo precaldeo de una y otra orilla del Atlántico, no está sólo

en sus ruinas, sino también en sus tradiciones religiosas o mito-peicas, tocadas de un carácter común, cual si unos y otros fuesen originarios de un continente conector: la Atlántida de los Sacerdotes de Sais, revelada por éstos a Solón y conservada en los incomparables *Diálogos* de Platón, el Divino. Semejante continente va poco o poco pasando del terreno de la fábula al de la ciencia más positivista, gracias a los estudios prehistóricos de druidas y libio-iberos, por un lado; de maya-quichés y nahoas, por otro; pero no puede entrar de lleno en este segundo terreno sin un estudio comparado de las lenguas, tradiciones y supersticiones de unos y otros países, estudio cuyo obligado prólogo es el de cuantos documentos jeroglíficos de ellos se hayan podido conservar». Por eso había que ligar las enseñanzas deducidas de aquellos códices mexicanos, con toda la prehistoria del Viejo Continente, o de la Edad de Piedra, que ya Trogo-Pompeyo denominó *escítica* (turianos e hiperbóreos), raza que, según el extracto de Justino que transcribe la clásica obra de A. Bertrand sobre la religión de los galos, irradió sus fulgores por el mundo; raza troncal, en fin, que se ha designado por cien nombres, tales como el de *hiperbórea y escítica*, por Herodoto; *preariana y mágica*, por Plinio; *megalítica*, por los antropólogos modernos; *protosemita*, por Scott Elliot; *atlante*, por H. P. Blavatsky; *protodanesa, escandinava y nórdica*, por Worsae, Evans, Nilson y Montelius; *druida*, por Bertrand; *vasca o precaldea*, por Fernández y González; *turania occidental*, por Lenorman; *mediterránea*, por Sergi; *libio-ibera*, por Antón, etc., etc.; pues, como dijo Bunsen, al comentarla admirable obra de Lenorman *La magie chez les Chaldéens et les origines acadienes* (págs. 190, 238, 325, etc), «todo se aúna para llevarnos a considerar a una misma sola raza de la Humanidad como implantadora, en una antigüedad prodigiosamente remota *que no podríamos reducir a guarismo*, de las supersticiones mágicas que les son características en la cuenca del Eufrates y el Tigris», frases comentadas por Bertrand con estas palabras: «La hipótesis de Bunsen resulta hoy un hecho apoyado por sólidos argumentos, y que cada día alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva, habrá dado un paso gigantesco la historia primitiva de la Humanidad». Este día — dice proféticamente el genial arqueólogo — nos parece ya muy vecino»; y no será otro — añadimos nosotros — sino aquel en que la prehistoria eurásico-africana y la de América se den la mano sobre las aguas del Atlántico, aguas que nos ocultan al continente ancestral, en su seno sumergido».

Todos los irlandeses y escoceses de tradiciones nobiliarias opuestas a las anglosajonas posteriores se dicen descendientes de uno de los tres hijos de Miliesio: Eber, Ihr y Eremon. Eber o Heber es, desde luego, el tronco parsi o protocoldeo patriarca u origen del pueblo *ibérico o hebreo*, si nos es permitido hablar así de los pueblos aparentemente tan distintos gracias al caos producido en las mentes de los hombres de ciencia por su afán de localizar a las gentes israelitas en Egipto y Palestina, cuando el verdadero «sionismo» obliga a considerarlos como progenie de Io, según vamos viendo en el curso de este estudio. El abolengo parsi que apuntamos — harto análogo por cierto al de tantos de nuestros pueblos astures — aparece en el mismo nombre de *Munster* o *Mun-istar* los «hombres de la Estrella», es decir, los zoroastrianos propiamente dichos, habitantes de aquel ínfimo reino de la verde Erin, *Ir-landa* o «Irania» del Atlántico.

*Ihr* o *ir* es el segundo de los «iranios» hermanos milesios de *Ir-landa* («Tierra de Ir, Ar o Ra») de la aristocrática tradición del Ulster, *Al-istar*, o, siempre y por siempre la zoroastriana «estrella»; la astrología caldea; los celestes misterios de la Virgen de los

Cielos, **IO**, **IO-ANAS**, la Iana, *Gñana*, Gnosis o conocimiento iniciático de la sagrada tradición básica de todo, en Oriente como en Occidente.

Siempre que Tucídides tiene que nombrar *Iaco*, *Inaco* o Baco, supuesto rey en el siglo XX antes de J. C. le llama «el padre de Io, la diosa robada por los fenicios», es decir, Io-pytar, Iove o Júpiter.

Heromon o *Her-mon*, el último o menor de los tres hijos de Milesio y Scota, es por un lado el Herminio germánico y por otro el *Hermes* greco-egipcio y el *Ari-man* zoroastriano. Es, en efecto, el «hermano menor» por representar una nueva forma de la astrología parsi-caldea relacionada con el mito de Satán y acerca del cual disertaremos en otro lugar. De él se honran con descender los reyes de Irlanda. En cuanto a Scota, la esposa de Milesio, se la considera como hija de Faraón, rey de Egipto, y hermana menor de la esposa de Salomón el «fundador del templo de Jerusalén».

Socoto, Scota o Escocia es la primera mansión del éxodo israelita, mansión que, naturalmente, no se refiere a lugar alguno de entre Egipto y Palestina, como entienden los habituales partidarios de la «letra muerta», sino al arranque del éxodo de **IO** desde la Atlántida hacia Europa (salida de los Tuatha de Danand hacia Oriente). El Pharaon egipcio, por su parte, no es sino el *Far-iseo* o rey atlante con cuya hija se casa Solimán o Salomón, el «hombre solar», es decir, una nueva alusión a la caída o vencimiento colectivo de los «hijos de Dios» (caurios, kyrites) de que se habla en el Génesis, cuando se unieron a las hermosas hijas de los hombres, «las «cincuenta» doncellas que hemos visto en el relato de **IO**, porque en el fondo de la recta interpretación ocultista del Mahabharata, no hay sino el problema del sexo, que es el problema de la Iniciación y del destino mortal o inmortal de los hombres, como demostramos en reciente libro.

El *Boletín Irlandés*, al ocuparse de este asunto en 1921 añade:

Para darse cuenta de la antigüedad de la asociación hispano-irlandés basta saber que la colonización milesiana comenzó el año siguiente a aquel en que Salomón fundó el templo de Jerusalén. En efecto; los historiadores aseguran que Scota, la esposa de Milesio, fue hija del Faraón, Rey de Egipto, el cual dio otra hija suya en matrimonio a Salomón.

Es de interés saber que el león, que con tanta frecuencia se halla en los escudos de armas de antiguas familias irlandesas, tiene también relación con Milesio, el cual ostentaba tres leones en su escudo y estandarte, para conmemorar una hazaña realizada por él en tierras africanas, y que consistió en matar tres leones en una mañana.

Estos tres leones fueron luego divididos entre sus hijos Eber y Eremon y su nieto, cada uno de los cuales llevaba un león en diferente color en su escudo y bandera.

Hablando de la colonización milesiana de Irlanda, John O'Hart, investigador profundo del origen y procedencia de la nación irlandesa, dice:

«Es un hecho curioso, con respecto a la colonización hispano milesiana de Irlanda, que siempre ha existido una notable afinidad entre los pueblos irlandés y español. En años recientes no ha sido ésta tan aparente, porque la mayoría de la raza irlandesa se ha establecido en América y otras tierras, y la corriente de emigración irlandesa, ya no se dirige hacia el continente europeo. Pero durante los siglos en que los irlandeses veíanse obligados a salir de su país natal y buscar un refugio en el continente, hallaron en España como una segunda patria. La relación de sangre de España e Irlanda ha sido siempre en aquel país, no sólo una afinidad de sentimientos, sino un hecho legal. A un celta irlandés de



pura sangre, en los tiempos más prósperos de la Península, se le admitía su título de nobleza sólo con probar que era un descendiente milesiano.

Un gran número de irlandeses figuraron así entre la nobleza española y portuguesa de aquellos tiempos. Una quinta o sexta parte de la actual nobleza de España y Portugal lleva nombres que son irlandeses, si bien ligeramente españolizados. La mayor parte de los jefes irlandeses emigrados, que fueron expulsados por Mountjoy, Strafford y Cromwell, se dirigieron a España. Fueron hombres que se hicieron hidalgos, naturalmente muy católicos, caballerosos, altivos, galantes y de refinados gustos y costumbres. En el último período medieval hubo todavía un muy íntimo intercambio entre los dos pueblos. Varias casas irlandesas, arruinadas por las confiscaciones, recobraron sus fortunas uniéndose en matrimonio con otras de la nobleza española o dedicándose al comercio en España. Aun en los tiempos presentes son comunes los nombres irlandeses en las Bolsas de Cambio en las principales ciudades de la península ibérica».

Estas relaciones entre los dos países más occidentales de Europa no son de extrañar. La obra de Rolt-Brash, *The ogams*, etc., nos da numerosas pruebas de ellas, cosa harto lógica porque, como dice Cornelio Tácito en su *Vita Iulii Agrícola*, «los rojos rostros de los siluros; sus cabellos ensortijados y su vecindad con España hacen sospechar que los antiguos iberos pasaron el mar y ocuparon las islas Casitérides (Gran Bretaña e Irlanda o «islas del estaño»). En tal sentido hacen indicaciones el obispo Jornandes (*Historia Gothorum*); Plinio (*Cuestiones naturales*, 1. IV, capítulo 16); Solino, Ptolomeo (1. II, c. 2 y 3); Tácito (*Annales*, 1. XII) y Séneca (*Oración por Claudio*). Por otra parte, Digton, en su magnífica obra sobre los libios-iberos, demuestra con las etimologías de más de doscientos nombres que el pueblo ligur (Francia del Ródano), era ibero también. La misma palabra libios pasó a la de *liguree* por la conocida ley fonética del vasco (Fernández y González, *Diccionario Vasco-Caldaico-Castellano*) que convierte a veces la *v* en *g*. «En un tratado romano sobre agricultura, cuyo nombre no recordamos, se habla de los habitantes de la península ibérica como de *basculi* y *atlantici*». El comercio de estaño con las Casitérides, muchos años antes de los fenicios del siglo XIV (antes de J. C), se hacía por rías gallegas como la de Muros, para llevarle luego a Huelva y, con sus cobres, fabrican el bronce. Es leyenda conocidísima en toda Galicia que el valle aurífero del río Eo (¿Iao?) no fue roturado durante mucho tiempo teniéndole por sagrado, por su misma consagración al dios druida.

Dechelette dice que antes de los celtas vinieron los ligures y que el punto de partida de la edad de bronce hay que buscarlo en Egipto (Libia). Los neolitos conocían el cobre, el estaño y el plomo, sin emplearlo, como los egipcios tampoco sacaron partido del hierro. La edad del bronce o sea la de los pueblos antehelénicos (jonios, pelasgos), acaba en el siglo XII antes de J. C. con la invasión dórica o ródica de Grecia, que tantos monumentos (talayots, navetas, etc.), dejó en toda la región mediterránea. Ligures, iberos o «taurinos» (de *tauros*, toro) fueron los pueblos entre el Po y el Dora; los etruscos de Italia no fueron sino «heteroscos» u «otros vascos», es decir, iberos con sus célebres puertos y ciudades de Luna, Populonia, Mantua, Melpo, Rávena, Butro, Arimino, etc., combatidas por los galoceltas posteriores. A dichos pueblos hay que referir esas «leyes en verso al modo de tartesio» llamadas *Siete Tablas engubinas* donde Gori-Lami y Bardetti creyeron leer las lamentaciones de los pelasgos (¿una especie de *Baladros de Merlin!*) por su caída bajo los dorios invocando a *Iovi-Grabovi*, a *Júpiter Grabovi*, a *Enos*, *Enoch* o *Jano*. (7).

Estos son los ligures del Pseudo-Hesiodo, tipo físico de razas superiores, de razas nobles (fineses, turcos, húngaros, vascos, tuathas, etc.); la población megalítica («de las grandes piedras», esas mágicamente aportadas de Irlanda por el sabio «Hércules-Myrddhim») que se ha celtizado un día, según la expresión de Henri Martín (Cantú, *Discurso sobre la Historia*); el pueblo de los dólmenes, menhires, crownlech, etc., extendido desde España, Irlanda y Noruega, hasta el Cáucaso georgiano e ibero y que, como su símbolo el *conde Olinos* o el siluro *Morien*, «fue niño (iniciado) y pasó la mar», por lo que «pelasgo o pelásgico», del piélagos marítimo) es su nombre mejor entre los infinitos con que aquí y allá les recuerda la historia; el pueblo característico, en suma, del camanismo druida finés, mogol y occidental, contra el que, por conservar mejor que nadie la primitiva Religión de la Naturaleza, bien a diferencia de los supersticiosos celtas, fracasará siempre el Cristianismo, que es sólo el último y peor conocido vástago de aquélla. Entre los infinitos pueblos de sangre ario-atlante ya dichos: gente *togata*, dolicocefala que diría Boris de Saint-Vicent, penetraron más tarde las emigraciones celtas (gente *bracata*, braquicocefala) y el druidismo ya no fue *raza* sino secreto *sacerdocio iniciático*.

Donde quiera que aparezca una leve alusión a la raza solar «kurios» o «kírites», allí hay una influencia superior de los druidas, y donde quiera que, por el contrario, asome una alusión a la raza lunar, allí están ya los pueblos inferiores o «semitas» «los expulsados del Edén o Gar-edén», y los supervivientes más vulgares aún de las gentes atlantes sepultadas en el mar, u hombres terrestres propiamente dichos.

Son o merecen ser druidas por su elevación moral, los primitivos *chatriyas*, jinas o «divinos guerreros» del jainismo zoroastrismo que ya vimos en capítulos anteriores, casta superior a la sacerdotal o brahmánica y *lunar* que vino después; los «kurús» del Mahabharata; los dorios o «daurios» de las islas griegas; los acadios pre-caldeos del Asia Menor, del Mediterráneo y de la Biblia (profetas iniciados, siempre en oposición con los levitas o sacerdotes); los habitantes primitivos del Lacio, gentes de Jano o Jinas, cuyo culto ario, druídico, astrológico o de la Religión de la Naturaleza («Rama» o Remo) fue falsificado por Rómulo o «Rámulos» como demostramos en el capítulo correspondiente de *El libro que mata a la Muerte* y al que se volvía después «abriendo el templo de Jano» en los momentos de guerra, calamidad o peligro, y los pueblos superiores de la historia primitiva de España relegados al desprecio en su carácter originario por historiadores como el Padre Mariana. No olvidemos que el griego y el latín, que coinciden en cuantas palabras hacen referencia a la agricultura y a las artes de la paz, no lo hacen en las que se refieren a la caza y a la guerra.

«*Teutates*, el gran caudillo de los druidas, no es sino el Zeus griego posterior, quien, después de vencer a los titanes atlantes, recorrió todo lo descubierto de la Tierra deseoso de repartir sus beneficios entre los hombres, y como era un ser superior (a la manera de Saturno cuando descendió al reino de Jano en el Lacio) y poseía en el más alto grado iniciático todas las virtudes, se enseñoreó bien pronto del mundo entero, premiando a los buenos y castigando a los malvados. Después que abandonó la Tierra, los pueblos le dieron el sobrenombre de *Zeus*, es decir, «el que vive», porque él había enseñado el bien-vivir a los hombres. He aquí, en compendio, dice Verdaguer, lo que los atlantes refieren del primero de los paganos dioses».

Los pueblos megalíticos en suma, los «bretones» del *Baladro* de Merlín, al vencer a los sansones o sajones celtogermánicos, hicieron traer para el cementerio de Salabres,

mediante la magia de Merlín, las viejas piedras sagradas de Irlanda, dice el texto de aquella simbólica y hoy desnaturalizadísima crónica bretona, pero aparte de su histórico y exotérico sentido literal, nosotros más bien creemos que lo que hizo el «hijo del diablo» fue restaurar las drúidicas iniciaciones en aquellas sagradas cámaras de los dólmenes nuevamente erigidas a consecuencia del triunfo: «alzar columnas», que se dice todavía en simbolismo masónico, como las dos celebérrimas de Hércules en las de Calpe y Avila gadíricas no fueron tampoco sino instituciones iniciáticas ya que en el lenguaje filosófico de los pelasgos, erigir una columna, o fundar una ciudad, no era sino crear una institución iniciática cuyo puro fuego espiritual y físico era conservado en la alta acrópolis, a cuyos pies se agrupaban luego los hogares para la vida ordinaria, como bajo las alas de la gallina se cobijan sus polluelos...

Después de la larga digresión que precede volvamos al **Baladro**.

Luego de rendido así imperecedero homenaje, a los héroes de Salabres, Merlín llamó aparte al nuevo rey Uter Pendragón y le habló de esta manera: «Señor, tened presente que yo sé todas las cosas hechas, dichas y pensadas, no por natura diabólica, sino porque Dios me dio seso y entendimiento para que todas las cosas supiese. Y he de añadir que después de sepultar Joseph de Abarimatia a Jesús, fuese a una tierra yerma, con su familia, donde padeció hambre. El Señor entonces le dijo que hiciese una Mesa en nombre y símbolo de la de su última cena y así la hizo.

Ahora Merlín os manda hacer la tercera en Cardám o en Galaz, y en ella, a más de las que han de ocupar los vuestros caballeros, dejaréis una silla vacía para el que ha de venir, y haya allí corte tres veces por año». Luego de dado el consejo y para hacer recaer la gloria de la obra sobre el rey y no sobre él, Merlín se retira de nuevo a Irlanda, y se constituye así por el rey la logia de los caballeros llamada de la Mesa o Tabla Redonda. Afectará esta forma porque en ella no habrá distinción de cabecera o presidencia, sino que todos cuantos gozarán por sus hazañas del altísimo honor de a ella sentarse, serán **Pares** o iguales al propio rey (distinción soberana encarnada entre todas aquellas gentes irlandesas, bretonas y ligures o shamanos pirenaicos que tan honda huella han dejado en la historia de las libertades políticas de Europa). (8). La silla vacía aguardando al «sin par», al «elegido», al «Deseado».

Dicha silla llamóse también «la silla peligrosa», porque varios caballeros que se creyeron con títulos bastantes para sentarse en ella, al punto fueron tragados por la tierra. Las fiestas de la Mesa Redonda o «reuniones de la logia», tenían por fechas invariables la de Todos los Santos (jinas, shamanos, hermanos fallecidos), Navidad (solsticio de invierno; nacimiento del Dios-Sol) y Pentecostés (bajada del divino Fuego Paráclito y Regenerador). (86-92). Esta última fiesta del Fuego Sagrado no es sino la copia de la Fiesta de Beltene o **Baal-tannais** que, según O'Curry en *On the manners and customs of the ancient Irish*, se daba una vez cada tres años en Tara (**Arat**), la santa capital de Irlanda, en presencia de los cinco reyes y cinco reinas (**Pendragones**) del país, celebrándose el día primero de mayo (que era el día pagano de la fiesta de Santos y Difuntos), aunque en Escocia se conmemorasen en primero de junio. **Εστίρ** (el hogar), era la más antigua de las divinidades de estas gentes (culto ario a los shamanos invisibles); a ella, antes que a Júpiter y a Athenea de los tiempos muy posteriores, se hacía la primera invocación (Pausanias, V, 14), y era tanta la espiritualidad de estas fiestas y de los caballeros que en ella tomaban parte, que el **toparch** Laoghairé, el sacerdote-rey o «inca» de dicha fiesta del **Fire-God** en **Tara** protegió

al cristianismo desde la misma llegada de San Patricio a Irlanda en el año 432, cosa que hace a Rolt Brash entonar ditirambos a la inmensa tolerancia de las gentes del Gaedhil o galo-irlandesas y bretonas, cuyos caracteres alfabetos tan arcaicos han sido objeto de estudio por Spencer en su *Wiew of Ireland*.

Viene luego en el *Baladro* un punto muy interesante: el de la seducción de Iguerna por el rey Uter Pendragón y el nacimiento del rey Artús, pasaje en el que, tomando la cosa al pie de la letra, no queda muy bien parada la idealidad de Merlín. Veámoslo.

El duque Titugel o Tintuguel llega a la Corte con su bellísima esposa Iguerna de la que al punto queda prendado el rey. La honrada dama resiste a la seducción de éste, y su esposo, para librarla, la confina en un inexpugnable castillo y desde otro también suyo se alza en armas contra su rey. La lucha entre los partidarios de entrambos es larga y enconadísima. Entonces Merlín, regresando de su retiro, se presenta sucesivamente al rey en sus tres formas de Proteo: como viejo leñador, como jorobado bufón, como joven arrogantísimo y, por último, en su verdadera personalidad de sabio consejero, diciéndole al rey Uter el modo como puede lograr satisfacer su pasión y es el ir de noche ambos hacia el castillo de Iguerna, ungidos previamente con el jugo de cierta hierba mágica que hace tomar al rey la figura del conde Tintuguel y a Merlín y a dos guerreros la de tres criados de la confianza del conde. El castillo les es abierto; Iguerna, engañada así por las mágicas apariencias, se une con el rey creyendo hacerlo con el conde su esposo, el cual en aquellos momentos, al intentar una salida nocturna de su lejano campamento, ha sido muerto por las huestes del rey. Merlín como premio a su servicio, ha pedido que en su día le sea confiado a su custodia el fruto de aquella unión: el niño que andando el tiempo ha de ser el glorioso rey Artús.

Tomado así el texto al pie de la letra, a más de ser la acción de Merlín de la más perfecta y odiosa necromancia, hace del rey fundador de la excelsa logia de la Tabla Redonda un completo rufián, pero si intentamos desentrañar el sentido esotérico del cuento, el juicio cambia por completo. En efecto, el nombre mismo de Iguerna no es sino el de *Hibernia*, o sea el latino de Irlanda y su unión con Uter rey de la Gran Bretaña, no es sino el simbolismo augusto de la feliz unión de las dos islas, como base del poderío físico y espiritual de los países del *Reino Unido*, bajo el cetro de Artús el hijo de entrambos y el consiguiente promovedor de la demanda del Santo Grial que llevó al país bretón al pináculo de la idealidad caballeresca.

En tal sentido, la acción de Merlín lejos de ser reprobable es de sublime espiritualidad, máxime si se tiene en cuenta que al realizarse la nocturna unión del rey y la condesa, ésta ya era libre de hacerlo en el sentido legal, puesto que su esposo legítimo el conde acababa de morir, cosa, si bien ignorada a la sazón de todos, era ya conocida por la ciencia vidente de Merlín, aparte de que ya sabemos que estas cosas tomaron el carácter de magia negra o magia blanca según ella sean tomadas en el muerto sentido de la unión sexual o en el trascendente y espiritual en que en nuestro *Wáagner mitólogo y ocultista* se toma también la unión de los hermanos (los hermanos espirituales y «welsungos») Sigmundo y Siglinda, de la que nace el héroe Sigfredo en *El anillo del Nibelungo*, trasunto fiel de esta fábula de Artús que acusa la nórdica filiación de las dos. El amor de Tristán e Iseo es otro simbolismo análogo y más aún el propio sentido esotérico de la simbólica *Guerra de Troya*.

Los desposorios del rey y de la condesa Iguerna se celebran de allí a poco con inusitada pompa. Además el rey casa a su hija mayor Helena con el rey de Organia, a la menor con el rey Orián y a la hija de Iguerna y del conde con el rey Loe, de donde nacen diversos héroes que años más tarde han de brillantar los fastos del reino y las páginas de la *Demanda*, tales como Galbán, Agrauaín, Garriete, etc., y no hay que olvidar que, como dice H. P. B., la tradición no ha desfigurado los hechos hasta el punto de no ser ellos reconocibles, y las hazañas del rey Artús y de sus caballeros de la Tabla Redonda son cuentos de hadas al modo de los de los persas juzgando por apariencias, pero que encierran hechos muy reales de la historia de Inglaterra (93-123).

Con arreglo a lo pactado, Merlín se encargó de la custodia y crianza del recién nacido Artús a quien su madre sólo ha visto en el momento de darle a luz. Pasan los años; el niño se hace hombre bajo los cuidados de Antor («el de las *antas* o dólmenes, el jina, en fin), y a la muerte del rey Uter Pendragón, se presenta en la Corte como caballero desconocido y novel en el momento en que los caballeros cortesanos andan perplejos respecto de a quien nombrar como sucesor. Las rogativas decretadas al efecto por todo el reino logran provocar un fenómeno mágico extraordinario, a saber: que aparece bogando Támesis abajo, en la fiesta de Navidad, un enorme «padrón» (piedra de It o hito, al modo de los *men-hires*), en cuya rocosa mole aparece hincada hasta la empuñadura una recia espada y sobre aquel padrón la leyenda que reza que el que logre sacar tal espada de su pétreo vaina es el predestinado por Dios para rey, todo al modo de lo que se cuenta en las *Sergas*, en las que el muy esforzado caballero Esplandián, hijo del ínclito rey Amadís de Gaula (c. 14, 1. II del *Amadis*) o también al modo de la *Espada de Wotan*, clavada por este dios-welsungo o «lobo» en el tronco del *Árbol del Mundo* durante las bodas de Siglinda y el «perro» guerrero Hundin, en *La Walkyria* de Wágner. Entre el asombro de los circunstantes, el joven arranca la espada del padrón y la vuelve a hundir en él una y cien veces, como si la piedra fuese de manteca. Prelados, caballeros y pueblo le reconocen como rey, pero se difiere la confirmación para la Candelaria («fiesta del Fuego del Espíritu»). En el mismo momento de la consagración, nace Lanzarote, «el Sol», el «Espíritu del Lago», octavo hijo del rey Van de Benoist, noveno vástago del linaje santo de Nacián «el mejor caballero del mundo», en fin, excepto su hijo Galaz (zagal, chela, discípulo) que luego fuera el feliz terminador de la Demanda del Santo Grial. Ante tales acontecimientos venturosos, y esclarecido el origen regio de Artús por Merlín y enaltecida su madre Iguerna, Blaysen, el cronista irlandés de tantas hazañas bajo el dictado del sabio Merlín, se preocupa de dar adecuada cima al libro que va escribiendo, y Merlín le responde: «En la mata (selva) de Vadaliám, al medio día del primero de mayo, ante la cruz aventurosa (encrucijada de aventuras) os contaré de aquí a ocho meses las aventuras del Santo Grial y así con él podéis dar cima a vuestro libro». «Yo te enseñaré — ha dicho antaño el sabio Merlín a Blaysen (24) — el amor de Dios y la alegría perdurable, por cuanto se me ha permitido por Él ver en el porvenir y te contaré la muerte de nuestro señor Jesucristo y lo relativo a la hacienda de Joseph de Abarimatia y todo hecho de Elni y de Perrón y tu harás con ello un libro. Luego enviarán por mí de contra Oriente y aquellos que me vinieren a buscar jurarán a su señor que han de llevarle mi sangre, matándome, pero cuando ellos me vean y oigan no tendrán valor para hacerlo y cuando yo con ellos me vaya, tú irás para aquellos que tienen el Santo Grial, en el castillo de Corberic, en casa del rey Pescador, donde le llevó Clayn y escribirás en tu libro cuanto a mí me advino o me sucediere de aquí

en adelante, «e otrosí» todos los fechos (hazañas) de los grandes hombres de esta tierra y este libro por siempre será traído o oírlo han de grado en muchos lugares e tu llevarás este libro cuando yo me fuere con aquellos que vinieren a buscarme e ponerlo has con el libro de Joseph e cuando ambos libros fueren juntados resultará un hermoso libro muy sabroso de oír sobre las ciertas palabras (promesas) que Jesucristo dijo a Joseph de Abarimatia».

«Sabe por verdad (26) que la santa historia del Santo Grial es llamada así por tal nombre porque fue la de su preciosa sangre cuando la cogió Joseph Abarimatia en un vaso así llamado y éste le metió en un «monimento» (monumento) que el tenía para sí en su huerto, sepulcro donde nunca otro hombre estuviera (¿huerto de Jetsemaní?). Después de sepultar Joseph de Abarimatia a Jesús fuese con los suyos a una tierra yerma, donde padeció hambre y él le dijo que hiciese una mesa en nombre de la de su última Cena y así lo hizo, comenzándola así como yo vos digo a quinientos cuarenta años después de la pasión de Jesucristo».

Una vez posesionado del trono de su padre, Artús trata de tomar esposa y, siempre por consejo de Merlín, elige a la princesa Ginebra (¿*Jin-arba*, del árbol o familia de los jinas conquistadores?), hija del rey Leodogam de Tremileda («el mayor León») quien conserva con religioso respeto en su inexpugnable castillo la ínclita **Mesa Redonda** o «logia» que antaño creasen Merlín y el rey Uter Pendragón. Merlín va en persona a solicitar la mano de Ginebra para Artús, y el rey Leodogam se la otorga, juntamente con la **Tabla Redonda** como dote, llorando, dice el texto, «más por la separación» de los cien caballeros de ella, que por la de su propia hija». Presididos por un santo ermitaño (el «Gurnemancio» del *Parsifal*), llegan los cien caballeros y el primer cuidado de Artús es completar el número de los de la **Tabla Redonda**, agregando cincuenta caballeros más para que el sagrado cupo de los 150 que había de tener aquella, resultare perfecto (cabalísticamente «el cinco y el uno en el círculo») en el día de las bodas. El **Baladro** y la **Demanda** dan la lista de dichos caballeros; en nombres simbólicos habría no poco que estudiar, pero para los cincuenta puestos dichos sólo se logra reunir cuarenta y ocho, quedando vacantes dos sillas todavía. Una de ellas la ocupa el rey Pelinor, matador de Loc, padre de don Galván, previo su vasallaje, y así la mesa tiene en cada lado dos reyes, «comenzando y acabando en rey», como dice el texto para expresar el regio carácter de los demás caballeros, sus *pares* o sus iguales. Es la fiesta de Pentecostés; el arzobispo de Concurbel bendice la Mesa y por las aguas arriba del río aparece flotando un pesadísimo padrón y embutida en él hasta la empuñadura una gruesa espada «que sólo Lanzarote podría abarcar». Sobre las aguas flota la Doncella del Lago o de la ínsula de *Letuux* y a la vista del prodigio antes de que nadie pudiera evitarlo, un caballero asistente a la Mesa, señor en Irlanda, se tira al río por una ventana de las del salón y otro, en lugar de ahogarse en él, echa arder hasta no dejar ni pavesas. Galbán y otros intentan inútilmente sacar la espada de su pétrea vaina, cosa que realiza al fin Lanzarote, con lo que el padrón se hunde en las aguas y da comienzo el solemne banquete del primer día de Pascua, con la asistencia de los 149 caballeros (Erec y Helayn en los puestos de los dos desaparecidos), es decir faltando sólo el de la **silla peligrosa** que espera «al elegido que está por venir».

En el solemne momento del banquete, he aquí que a deshora y sin saberse cómo, penetra en la sacra estancia un fugitivo ciervo seguido por un sabueso y 30 canes más que le van a los alcances, y tras de todos una bellísima doncella, Diana cazadora vestida de verde y con un cuerno de marfil y oro a la espalda. El ciervo, acosado y mordido en «el pie

blanco» por el sabueso, salta irreverente sobre la mesa y escapa. Un caballero de los asistentes coge al sabueso y desaparece con él y, momentos después, llega otro caballero desconocido, quien, con notoria irreverencia hacia el lugar y los asistentes, arrebató a la bella cazadora, desapareciendo con ella también. El rey Artús, levantados manteles, da orden de vengar los tres desaguisados y ordena a Galván que le traiga el ciervo; a Tor que se haga con el sabueso y con su dueño, y a Pelinor que rescate a la raptada doncella y traiga vivo o muerto a su raptor, todo ello antes de que fuese finada la Pascua que se celebraba.

Mucho se ha investigado por los autores acerca de esta aventura de la Mesa Redonda. Don Eduardo de Laiglesia al estudiar en la *Revista Crítica Hispanoamericana* (t. III, n. 1; 1917) los orígenes del romance popular castellano de *Tres hijuelos había el rey...* copia de Wolf-Hofmann (*Primavera y flor de Romances*, Berlín, 1856, II, n.º. 147) la preciosa versión que sigue:

«Tres hijuelos había el rey, — Tres hijuelos que no más;  
Por enojo que hubo de ellos —. Todos malditos los ha.  
El uno se tornó ciervo — El otro se tornó can,  
El otro tornóse moro, — Pasó las aguas del mar...  
Andábase Lanzarote — Entre las damas holgando;  
Grandes voces dio la una — «Caballero, estad parado;  
«¡Si fuese la mi ventura, — «cumplido fuese mi hado,  
«Que yo casase con vos — «Y vos conmigo de grado,  
«Y me diésedes en arras — «Aquel ciervo del pie blanco!».  
«¡Dároslo he yo mi señora, — «De corazón y de grado,  
«Si supiese yo las tierras — «Donde el ciervo era criado...!»  
Ya cabalga Lanzarote, — Ya cabalga y va su vía,  
Delante de si llevaba, — Los sabuesos en trailla,  
Llegado ha a una ermita — donde un ermitaño había;  
— «Dios te salve, el hombre bueno —. Buena sea tu venida;  
«Cazador me parecéis — A juzgar por la trailla.  
— «Dígame tú, oh ermitaño, — Tú que haces la santa vida,  
«Ese ciervo del pie blanco, — «¿Dónde hace su manida?»  
— «Quedáisos aquí, mi hijo — «Hasta que sea de día,  
«Contaros he lo que vide — «Y todo lo que sabía.  
«Por aquí pasó esta noche — «Dos horas antes del día,  
«Siete leones con él — «Y una leona parida,  
«Siete condes deja muertos, — «Y mucha caballería,  
«Siempre Dios te guarde, hijo — «Por doquier que fuer tu ida,  
«Que quien acá te envió, — Poco quería tu vida.  
«¡Ay, dueña de Quintaños, — «De mal fuego seas ardida,  
«Que tanto buen caballero — «Por tí perdiera la vida!»

Pero las investigaciones de los autores adolecen siempre del estrecho marco positivista al uso, por no conocer o querer apartar de ella, si es que la presiente, la gran verdad iniciática que ya reseñamos al tratar en el capítulo II de nuestro *Velo de Isis*, de la que creemos también es la primitiva introducción a *Las mil y una noches*, libro que tantas

---

analogías de origen tienen con todas las leyendas orientales del *ciclo artúrico*. En este capítulo, en efecto, comentamos el sentido esotérico de aquellos tres jaiques que llegaron tan oportunamente para salvar la vida del pobre hombre que, «por haber comido dátiles» (siempre el símbolo de sexo) iba a ser muerto por un terrible *afrite*. El primer jaique conducía a una corza o cierva, que no era sino su propia mujer castigada así con tamaña metamorfosis por ser estéril y haber querido por celos transformar en Vaca y en Ternerillo a la esclava y al hijo que de la esclava Agar (Agra, la luna) y a su hijo Ismael, ambos refugiados en el desierto huyendo de las persecuciones de la celosa Sara, como también huyesen las madres de tantos otros dioses frente a la saña de la celosa Juno, la Fricka de los griegos. Es decir, siempre el gran pecado de haber dado muerte a la religión primitiva de la *Vaca* o de Io (la Luna) y a su iniciático culto.

El lay de *Tyolet* y el *Lanzarote* holandés tratan del «ciervo del pie blanco» y, como dice Laiglesia, en aquél, que es el mejor conservado, el tal ciervo era en realidad un caballero transformado por arte de magia en ciervo, encantamiento que terminaría el día en que otro caballero cortase el pie blanco y le tornase así a su primitivo ser. *Tyolet*, o sea Lanzarote, logra cortar el pie al animal, pero otro mal caballero le arrebató la victoria. Más tarde, sin embargo *Tyolet* (*Talio*, el «hombre terrestre») logra hacer valer su derecho obteniendo, en unas versiones, la mano de la doncella, y renunciando a ella, en otras. El ciervo-caballero enseña al héroe las leyes de la caballería andante (reglas de la Magia tradicional) y *Tyolet* (verdadero Parsifal, wagneriano) adopta tal nombre de *chevalier-beste* al llegar a la corte del rey Artús. En cuanto a la doncella mandadera añade Laiglesia, es un personaje típico en las novelas artúricas, y, respecto a la dueña Quinafona «la que escanciaba el vino», no aparece rastro en estas últimas, pero en el poema de Wolfram de Eschembach tenemos una dueña análoga Malaut o Malehaut («altos males») simbolizando a la mala magia que a tantos caballeros pierde. El perro-guía o sabueso del poema holandés que lleva al caballero al lugar donde el ciervo «hace manida» («humana habitación»), en sustitución del ermitaño castellano, es también artúrico y aparece asimismo en *La mule sans frainz*. En realidad es el análogo de los «dos perros negros» del jaique segundo en *Las mil y una noches*, y también del cisne de Lohengrin de la leyenda del Brabante que lleva doquiera que hay aventuras a su hermano Helios, en símbolo del alma humana que es el vehículo del divino Espíritu. En cuanto al «falso demandante» que trata de disputar a *Tyolet* el premio de la hazaña, es un tipo originario del *Tristán*, que sigue hasta aparecer en la legendaria historia del combate de nuestro Guzmán el Bueno con un terrible león: «el dragón de Weiveford» del *Tristán*. *Tyolet*, *Morien*, *Perceval* y el ciervo del pie blanco, pueden considerarse derivados de una fuente común, que para nosotros no es sino el símbolo del Hombre-héroe vencedor de todos los obstáculos (pruebas) que se oponen a su iniciación. Si no estuviese tan intencionadamente alterado por manos pecadoras el *Baladro*, quizá pudiera verse bien que los «tres hijuelos que había un rey» eran las tres grandes razas que se salvaron de la catástrofe atlante: una la de Io, «que pasó el mar»; otra la del «ciervo del pie blanco», símbolo de la magia buena y otra la de los viles «sabuesos» necromantes que de entonces acá la persiguen. El rey, o, Jehovah maldecidor de ellos tiene su reflejo quizá en el usurpador Beringuer, del *Baladro*, que mata o destierra a los tres hijos del rey de Bretaña, al comienzo del texto de aquél. *Isea la brunda*, de la leyenda tristánica es la eterna *Sophia-Achadmoth* de los gnósticos, «la mente superior» con la que ha de unir su «mente inferior» el caballero-héroe.



Fundándose en el estudio comparado del *Tyolet*, de *Tristán*, *Morien*, *Perceval*, *Parsival*, *Caballero del Cisne*, *Mule sanz Frainz*, *Ciervo del pie blanco* y *Romancero español*, he aquí como resume la historia generatriz del mito el Sr. Laiglesia:

«Un rey maldijo a sus tres hijos. El primogénito, por efecto de la maldición, se convirtió en ciervo ya su alrededor y para hacer más difícil el desencantarle, siete fieros leones le defienden. Sólo podrá volver a su figura humana cuando haya un caballero lo bastante valiente para acercarse a él y cortarle el pie blanco. Mas para guiar al que emprenda la demanda a través de las tierras infectadas de fieras y erizadas de dificultades, sólo hay uno: el otro hermano maldito, que se convirtió en perro. Esta aventura únicamente podía terminarla el otro hermano a quien la maldición convirtió en moro, tiñendo de negro su faz. Una doncella recorre el mundo en busca del caballero, al que ofrece su mano si logra terminar la aventura. Un caballero de la corte emprende ésta, pero, temiendo sus grandes peligros, la abandona. Tras él parte el que ha de acabarla siguiendo al perro-guía. Encuentra en su camino a un ermitaño, quien le aconseja desista de su demanda. Combate con los leones y hiere al ciervo, que se convierte en un caballero. Interpolación de la historia del falso demandante. Matrimonio del caballero con la doncella mandadera».

El romance, así resumido, resultaría una infantil trivialidad, si no hubiese en él un profundo esoterismo relativo a los últimos tiempos de la Atlántida, relacionados con los protohistóricos a que los romances occidentales aluden. Los «tres hijos del Rey» son las tres grandes divisiones humanas que se operaron a raíz de la catástrofe: la Iglesia triunfante, la paciente y la militante, que diríamos remedando el lenguaje cristiano. La primera está representada por «el fugitivo ciervo que se oculta» o hace inaccesible a todo contacto humano, y simboliza, por tanto, lo que en diferentes ocasiones hemos denominado «el mundo superior o de los jiñas», invisible para nuestra vista animal, pero que siempre está a nuestro lado mismo y siempre es perseguido, como el ciervo. La segunda división humana o «paciente» es la nuestra que, a consecuencia del pecado atlante, «fue transformada en can», es decir, limitada a una vida puramente animal, aunque por la divina chispa que en ella arde apagadamente «siempre está a caza del ciervo del pie blanco» y a todos los héroes al estilo de Lanzarote, puede conducir a su «manida», o sea llevar hasta la iniciación. La división tercera, la del otro «que se volvió moro y pasó las aguas del mar», es la aria progenie de Io por él representada: la de los Prometeos, lobos, welsungos o divinos rebeldes, héroes caballerescos como aquél y a quien el Sr. Laiglesia consagra estas palabras: «Dos son los *moros* que encontramos en la leyenda artúrica, y no puede atribuirse a mera casualidad el que las dos citas estén contenidas, una en el *Parsifal* de Wolfram von Eschembach, y la otra en el propio *Lanzarote* neerlandés y en ese episodio que hemos citado como gemelo del ciervo del pie blanco. Feirefiss y Morien, tales son los nombres de los caballeros hijo el uno de Gannuzeth y de una princesa mora y, por tanto, hermano de Parsifal y el otro sobrino del demandante del Santo Grial. Prescindiendo de las analogías que encontramos entre Tyolet y Perceval, podemos afirmar que Feirefiss y Morien son una misma persona. Extrañísimo es que se haya creado un personaje de este género, y que se le haya colocado tan cerca del conquistador primitivo del Grial, ya que Feirefiss es hermano suyo y Morien hijo de Agroval y por tanto, sobrino del héroe galés. Y sin embargo, este es un episodio que si bien no puede remontarse a los primeros tiempos de formación de esta leyenda, ha de considerarse como inherente a ella en todas sus formas literarias. Este caballero, cuya sola vista daba espanto, más alto que el mayor de los de la Tabla Redonda,

con la tez más negra que la noche, *pasó las aguas del mar* para buscar a su padre y hacerle cumplir la promesa que otorgó a su madre de casarse con ella — simbolismo, añadimos nosotros, de la reconciliación de la Magia con la Humanidad —. Pero al emprender la demanda de Agroval, uno de los demandantes (Lanzarote) mata una horrible sierpe, y herido por ella, *después de cortarle el pie*, ve como otro caballero, aprovechándose de su estado, que agrava hiriéndole de nuevo, le arrebató el pie cortado para ofrecérselo a una dama que había prometido su mano a quien matase al fiero dragón. Tyolet, Tristan, el ciervo del pie blanco, Perceval, todos conservan elementos diversos de estas aventuras que con cierta unidad se nos cuentan en Morien, y que, sin embargo, contienen una versión decadente e interpolada. Pero de todo ello resulta que, unida a la leyenda del ciervo, existía otra de un caballero moro, y que a esta se refiere el citado romance en su verso cuarto».

Dicho «caballero moro», que tantas analogías guarda también con un excelso Adepto bien conocido por los teósofos, es el Manú de la raza de Io en su éxodo atlante hacia el Asia y tiene un nombre preminente en cada pueblo. Así los hebreos le llaman *Noé* o *Moisés*; los aztecas, *Muisca*; los griegos, *Orfeo* y *Mercurio*; los latinos, *Neptuno* (Pentannus, «el héroe de la pentalfa» o Pensamiento); los bardos irlandeses, *Ogma el grande*; los egipcios, *Thoth-Hermes*; los caldeos, *Xisthruros*; los parsis, *Zoroastro*; los primitivos arios, *Ra, Ar* o *Ares*; los nórdicos, *Odin*; los libios, *Dido*, etc., etc. El es el que arranca la lengua (verbo) a la *Bestia*, mala magia atlante y el que se ve suplantado por «un falso demandante» que le quiere arrebatarse su triunfo por las malas artes de aquella, pero que es, *o será* confundido al fin...

Surge además en el curso de estas leyendas «la Demanda de *Agroval* o de *Agrawala*», que es el origen prístino de la «demanda del Grial»; la demanda de la Primitiva Sabiduría luni-solar perdida; «el secreto de la Luna», o de los lunares Pitris, no el de Cáliz alguno de una leyenda posterior, novísima, interpolada por los monjes del medioevo a favor de la analogía fonética de «graal» «grial» y de «a-groval», si bien ni aun en esto han sido ellos afortunados, como no lo fuera tampoco «el falso demandante», porque todavía, aún dentro de la versión de «cáliz», «pátera», «grial», etc., surge el simbolismo astronómico de las «copas», de Sukra y Manti o cono de sombras proyectadas en el espacio por los dos opacos astros la Luna y la Tierra, conos productores de la noche y de los eclipses, como hemos demostrado en el capítulo «Parsifal» de nuestro *Wagner*, y en el de «La demanda del Santo Grial» de *Del Árbol de las Hespérides*, pasajes a los que remitimos al lector deseoso de más detalles para no alargar más este ya excesivamente largo capítulo. (9).

El «caballero moro», por otra parte, nos obliga a nueva disgresión acerca de su «libio ibérico» pueblo.

El profesor D. Manuel Antón, examinando las escuelas de Sergi y de los antropólogos alemanes acerca de la raza nórdica, ha demostrado que la identidad antropológica más absoluta media entre nórdicos y bereberes (libio-iberos, cromagnones, guanches, razas del Atlas, neolitos, etc.). Es verdad que el clima y la mezcla de otros elementos (hiperbóreos, para los primeros; amarillos y negros, para los segundos), los ha diferenciado en cuanto al color de su piel, ojos y pelo, pero el elemento craneoscópico de ambos es el mismo: la dolicocefalia. La gran «cuña» braquicéfala ulterior, venida de la Tartaria, alcanza a Francia, algo de Inglaterra, y poco o nada a España. La región de los megalitos, que se creía exclusiva del norte de Europa, es más pura, más rica en Argel, Marruecos y aun España. Hasta bien entrada la dominación musulmana, los berberiscos

enterraron en éstos y los recuerdan sus tradiciones, mientras que los pueblos nórdicos ignoraron el destino de ellos hasta que lo descubrió la ciencia. Estos libio-iberos alcanzan hasta ciertos sitios de Rusia, Grecia, Asia menor y, como veremos después, hasta la India misma. Nórdicos y berberiscos son monógamos; conocían a maravilla las artes agrícolas e hidráulicas; su régimen era y es la aristocracia militar; su patria no se limita a la familia, como para el nómada semita, sino que es también la tierra donde se asienta el aduar, la *jarka* o tribu y la yema, bajo el caid o «césar»; la mujer va al combate, como entre los nórdicos, auxilia al guerrero en él (amazonas) y le estigmatiza cuando huye, por todo lo cual la descripción que de las costumbres germanas nos dejara Tácito, les es aplicable por completo y, como los germanos y galos, conservan sus danzas sagradas en el bosque, como las del Rabinal Achi también, de América. Taylor se ocupa de los escoceses como iberos y Moris de Saint Vicent se inclina a la misma opinión respecto a los del Asia menor. Los *juktan*, palabra tan análoga a la de *yucatán* son como los mayas «sabeos arábigos». Cuando el misterio de pueblos como Shechelmesa y Cerne, sea esclarecido, llegarse a la evidencia de que en tiempos en que la Mauritania estaba unida con Iberia por el entonces *istmo* de Gibraltar, y el extenso desierto de Sahara era una comarca fértil y marítima, los hipogeos espléndidos de tales gentes africanas enlazaban sin solución de continuidad a los de Egipto y a los dolménicos. Por eso arqueólogos de hoy, cual el Sr. Bosch y Gimpera, nos hablan de que las grandes estaciones neolíticas ibéricas de Torralba, Anguita, Olmeda, Higes, Suzaga, Océn, etc., sin olvidar a las extremeñas (10) proceden de la llamada «cultura almeriense» y ésta, a través de la del noroeste de África, de la colosal cultura sahariana, es decir, Atlante, de las que tantas preciosidades se están hoy encontrando en los montes Sarsar y Gani (nombres que parecen persas), en Maal-lem o Maha-lem de Babasa, tribu de Jolot, en Dal, en Bedana el Garha en el santuario de Emlah y en todo el camino de Keruba en aduares desde Tánger a Alcazarquivir, a parte de los mil objetos de tal cultura atesorados en el Museu Arqueológico de Tetuán por nuestro amigo D. César Luis de Montalbán, justificándose una vez más la intuición de Verdaguer cuando canta en su Atlántida (canto 2°):

«Húndase mi imperio que ha derribado a tantos otros. Aquel que despertó a nuestro paso por Oriente, con nuevo soplo vital dará al viento nuestros huesos, nuestras cenizas y nuestra historia. — Mañana los claperes y los dólmenes, alzados por nuestras manos, cual hijos bastardos, no sabrán pronunciar nuestros nombres y responderán tan sólo: «rastros somos de unos gigantes que fueron», a los siglos que indaguen nuestro origen y nuestra existencia. — Y al hacerse mención de sabios, esforzados y diestros guerreros volveránse sus ojos donde nace el sol y quizá olviden haciendo gala de inspiración los nuevos maestros, que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente. Mas no: los mares que nos sepultan, proclamarán con irresistible lenguaje la gloria de los que dejamos en Egipto en el magisterio del mundo, pues antes de que Grecia existiese, ya éramos gigantes aquí».

La intuición de Verdaguer ha sorprendido, en efecto, una trascendentalísima verdad que los sabios y astutos brahmanes no ignoran, por supuesto, y que es «hilo de oro» o *suthra*, de la misma personalidad mítica de *Arthús*, el héroe caballeresco occidental. Para demostrarlo nos basta transcribir lo que Helena P. Blavastky nos refiere en el capítulo VIII de *Por las grutas y selvas del Indostán*:

«Los *bils* — en bustrófodo *libs* o *libios* — son las tribus más salvajes, intrépidas y supersticiosas de todo el Indostán, extendidas por el territorio de Jamas, al oeste de la Ciudad Muerta y de toda la cordillera de los Vindyas. Opinan los orientalisias que el nombre de *bils* o *bhils* viene de la raíz sánscrita *bhid*, que significa *separar* y Malcohn supone, en consecuencia, que aquellos *bils* no son sino gentes que se apartaron de la fe brahmánica primitiva siendo excomulgados o *malditos* por ello. Esto tiene visos de probabilidad, pero las tradiciones de la tribu enseñan algo que parece diferente y, sin duda, en este problema, como en tantos otros, es preciso penetrar a través de las espesas malezas de la fantasía antes de lograr descubrir la genealogía de tan extraña tribu. Un *dhani* (¿dhyani?) nos informó de que los *bils* descienden de uno de los hijos de Shiva o Mahadeva y de una preciosísima mujer a la que encontró en una remota selva del otro lado del Kalapani o «negras aguas del océano». Esta feliz pareja tuvo muchos hijos, uno de los cuales mató al buey favorito de su abuelo Maha-deva, siendo desterrado en castigo por su padre al desierto de Jod-pur. Confinado así en el más recóndito rincón del Sur, sus descendientes tardaron muy poco en exterminar a todos los habitantes de la región y todos heredaron si, la hermosura de sus antepasados, el vigor del padre y los azules ojos y nivea tez de la madre, pero también su carácter pendenciero y su tendencia al crimen... Por supuesto el buey Nardi (*Dinar*, de los zoroastrianos, *Apis*, de los egipcios), es hijo del Padre Creador, por mejor decir su *Hálito* o *Verbo* y Ammiano Marcelino revela que existe cierto libro con la *edad exacta de Apis* y añade que ella es el hilo misterioso de la cosmogonía y de sus cálculos cíclicos, por lo cual sin duda, los brahmanes ven en el buey Nardi el símbolo mismo de la continuidad de la vida en nuestro globo».

Llegados aquí en nuestra aparentemente desordenada investigación, nos asalta una emoción que se parece al «vértigo de las alturas», porque, a partir de los sencillos cuatro versos de lo que científicamente podemos llamar ya *El pórtico de la Atlántida*,

Tres hijuelos había un rey — tres hijuelos que no más.  
Por enojo que hubo de ellos — todos maldito los ha.  
El uno se tornó ciervo — el otro se tornó can.  
El otro se tornó moro — pasó las aguas del mar,

aparecen conexiones míticas maravillosas, algunas de las cuales resumiremos así:

1. El *Padre Creador o Emanador*, el Padre Sol o (*Brahmâ*) tiene un buey favorito: *Nardi*, *Dinar* o *Apis* (la Luna o Deus hunos, masculino siempre en cosmología).
2. Sus hijos los *bil*, *libios* o *atlantes*, inmolan a este Buey o Vaca sagrada (ceremonias del sacrificio de la *Vaca* entre los semitas que pueden verse comentadas en el capítulo de este nombre en *De gentes del otro mundo*); esto es, abandonan la Religión natural, en suma.
3. Dichos hijos tienen tan perversas cualidades (las características cualidades *européas* tan evidenciadas aun hoy con la gran guerra y su postguerra) por haberlas heredado de su madre, la hermosísima mujer que el padre encontró en las selvas de Occidente y con la que se unió sexualmente al punto «por haber perdido el juicio», como el *Karaptanos* ofita, el *Indra* hindú, el *Noé* bíblico, etc. Son, pues, ellos la verdadera *raza adámica* nuestra, que dicen los parsis, sucesora de otra raza superior de

- «dioses» por parte del padre y de «animales-hombres», por parte de la madre: la gran maravilla de Hermes de la unión del ángel y la *bestia* o «caída de los hijos de Dios con las hijas de los hombres», del relato bíblico.
4. El *Baladro* de Merlín, se refiere también a esta caída en los episodios de Artús, con la doncella de la selva (*Demanda*, 189) y de Merlín con Nemina (*Bal*, 324), cual David con la mujer de *Ur-ias*; Salomón, Sansón, etc.
  5. Las raterías de los *bils* nada respetan; hasta su forma de matrimonio es la del rapto de la doncella, y todas sus epopeyas (*Ramayana*, *Iliada*, *Clareo* y *Florisea*, robo romano de las sabinas, *Herminio* y *Tusnelda*, etc.), alegorizan esto, enaltecándolo en su doble sentido literal y de símbolo.
  6. Se llaman *bils* o *libs* de la raíz «separar», porque, en efecto, los primitivos territorios líbicos fueron separados, desgajados del territorio madre de la Atlántida, merced a la catástrofe.
  7. Mejor aún pueden recibir esta denominación de *bils* por haber sido excomulgados, malditos («Todos maldito los ha», que dice el romance). Son también los *villanos*, los *viles*, los *atrabiliarios* de nuestros lenguajes.
  8. Su territorio actual en la India es el de *Jamas* o *samaj*, con todas las consiguientes correlaciones shamanas y *dracóntidas* que no habremos de detallar como tampoco nos ocuparemos de *Jod pur* o *Sod-pur*.
  9. La exterminación de los pueblos invadidos por los *bils* no tiene nada que envidiara otras mil, operadas en los vencidos por los pueblos occidentales.
  10. El *deicidio* de Nardi, el hijo del Dios Shiva o de la tercera persona de la Trinidad brahmánica, parece el precedente de tantos otros deicidios de las tradiciones religiosas ulteriores de las que no vamos a hablar.
  11. *Nardí-Didar* es la base fonética de la abnegada *Dinar-zada* o *Dinar-shadac*, que se encarga de despertar todos los días al rayar el alba a su hermana *Shachari-zada*, «la sacrificada» para con sus divinos relatos evitar que la mate el sultán. *Dina* es palabra que puede seguirse a través de la demopedia universal, porque es *Diana*, la diosa lunar y su doctrina.
  12. Nardi es la *Vaca* que aparece en la primitiva introducción de *Las mil y una noches*, al lado de «los dos perros» y del otro jeique, y que es «transformada en cierva».
  13. Artús, persiguiendo a un ciervo tiene el encuentro con la doncella narrado en la *Demanda* como el hijo de Shiva le tiene con la europea madre de los *bils*. Esta descendencia es, sin embargo, tan ilustre que de ella hablan siempre con respeto los propios brahmanes porque, acaso son los hijos del padre amarillo y de la madre blanca («sol y luna») de que hablan las Estancias de Dzyan.
  14. La maldición de los *bils*, como la de Caín, la de Can, la de tantos otros divinos rebeldes de las teogonías, son análogas a la del «que se volvió moro» en el romance o sea el *welsingo* o *lobo* nórdico que ha de obligar al padre a casarse con su madre; el Prometeo, en fin, que ha de robar el paterno fuego celeste para su madre la viuda, la abandonada Humanidad.
  15. Si por un lado en la leyenda de los *bils* o *libs* aparece el dios *Shiva* como tronco de dicha raza, en los libros caballerescos, por otro, aparece la preminente figura de *Percival* o *Per-shi-va-al* rey del Graal o de *Agra-val* como si fuese el descendiente de aquel y el que «se volvió moro y pasó las aguas del mar».

16. *Agraal* o *Adro-bal*, en bustrófodo nos da la palabra *Bal adro*, título de la obra de *Merlín* o *Myrr-ddhin*, y si nos fuese permitido filológicamente añadir a aquel una *ene* tendríamos *Andro-bal* o *balandro* nombre aplicado en castellano a los barcos de un solo palo, acaso como aquel en que Moria-Olinos «pasó la mar». No olvidemos tampoco, al efecto, que *andros* en griego es varón, como *jinós* es mujer y que los «reyes divinos» de la tradición ocultista universal eran *andróginos* o bisexuados. Por eso a algunos de sus simbólicos personajes, como Galaz o Percival de Galaz, se les hace vírgenes...

¿A qué seguir con más deducciones?. Notemos, sin embargo, que en los monumentos megalíticos aparece para designarlos la palabra céltica *cairn* o «cementerio de gigantes», y que la sepultada capital de los atlantes gigantes se llamó *Cerne* (cairne, por la guna), y *Cerne* o *cirene* es la raíz también del nombre de la *Cirenaica* africana que tantos atlantes secretos guarda bajo sus arenas abrasadas.

Costa (Sobre el periplo de Hamnon, *Revista de Geografía Comercial*, julio-sept. 1886) nos enseña que Plinio (VI, 31-36), nos habla de varias Cernes africanas diciendo: Polibus in extrema Mauritania contra montem Atlantem a terra stadia octo abesse prodidit Cernem. Aviceno añade: Terminus Aetiopum populos adet última Cerne. Queriendo aquel autor emplazar la isla Cerne del periplo de Hamnon en algún lugar africano actual, vacila entre colocarla en la península (Gezira) del Shemmish (Lixus) o en Alcazar-el-kabir (el *Alcázar del cábir* o «de la grandeza») inclinándose a lo segundo, pero don Teodoro Cuevas en su *Estudio del bajalato de Larache* (Bol. de la Soc. Geográfica de Madrid, 1883-84) y en su *Informe a la Real Academia de la Historia* (imprenta de A. J. Lugarío y compañía, 1887), no acepta ninguna de las dos hipótesis, añadiendo: «El historiador árabe *At-tabai*, en una obra que alcanzaba hasta el siglo X, se ocupó de la tradición berberisca relativa a una ciudad esplendorosa de la región occidental, expugnada por siete muros de diferentes metales (la legendaria «Ciudad de las Puertas de Oro» o bien «la Ciudad de las murallas de Bronce», de *Las mil y una noches*), y hasta parece aseveró que casi en sus tiempos se conservaba aun en una ciudad del interior de Marruecos una cúpula metálica procedente de uno de aquellos edificios. Todavía existe un resumen del trabajo de *At-tabai* hecho por Recesmundo y dedicado a Alhaken II. León el Africano, intrépido granadino del siglo XVI, el mejor explorador del África, cuyas obras copian la mayoría de los autores, acaso no ignoró esta leyenda y el notable explorador catalán Badía que por indicaciones de Godoy, el ministro de Carlos IV, pasó al imperio mauritano bajo el nombre de Ali-Bey, nos hablan también de la legendaria ciudad a la que *At-tabai* se refiere. Tissot, en fin, en su *Geografía de Mauritania*, supone que el antiguo *Oppidum novum* romano ha sido el asiento de una de las dos Cernes, cuando lo más probable es que Cerne existiese en las impenetrables selvas de los *Pharusios* de la región de Sus, gentes extrañas situadas según afirma Plinio entre los etíopes porrosos y el Atlántico, «porque no hay que olvidar que los *beres* o *beres-beres* no sólo se extendieron al norte hasta la Iberia y la Liguria, sino al sur, hasta la Etiopía» (Fernández y González). Los georgianos del Asia menor también se honran con el dictado de *beres* y parece efectivamente son *i-beros* o *beres* llevados desde Mauritania, porque, como dice Cantú, «la etnografía no encuentra vestigios en Europa de razas africanas, pero la historia las recuerda» y no hay que olvidar por otra parte que «fue cerrada política de los cartagineses el mantener entre sombras los extremos límites de su tráfico que

alcanzó acaso hasta América, límites tan diferentes por lo remotos, de los ulteriores de Roma, para lo cual daban muerte a todo extranjero y destruían todo buque que hallasen más acá de Sicilia en dirección a las Columnas de Hércules (Gibraltar). Al sucumbir Cartago, — víctima del terrible karma histórico que con ello se crease, añadimos nosotros —, sus tesoros geográficos quedaron sepultados en el olvido; quemados sus archivos y bibliotecas y muertos sus ciudadanos, porque Roma cuidó siempre más de la guerra que del comercio» (Cuevas). Ello sin embargo no ha podido evitar el que hoy arqueólogos de la talla de Leonardo Tristán o de la de Kuhn de Prorok, conde de Byron, buceen felizmente en aquellas ruinas venerables y que literatos como Flaubert nos den inestimables lecciones de arqueología cartaginesa envueltas en la impecable prosa de su *Salambó*. (11). Siguiendo este camino acaso llegue un día en que deje de ser legendaria para ser histórica, aquella *Ciudad atlante-africana de las Puertas de Oro*, de la que Cuevas dice: «¿Qué pensar del perímetro en perfecto círculo que ocupaba la tal ciudad; de los triples fosos circulares que la circundaban; de su simétrico revestimiento de sillares de colores; de sus murallas chapeadas de bronce, estaño y talco; de sus templos suntuosos; de sus estatuas de oro y plata y del linaje divino de sus reyes, entre los cuales descollaba Atlas que sostenía sobre sus hombros la bóveda celeste?...».

Hoy por hoy en el estado en que se encuentran estos estudios sobre la Atlántida, todos los ojos se vuelven hacia la misteriosa *Sedyelmesa* o *Sekelmesa* del oasis de Tafílete y hacia esa inexplorada cadena central del Sahara, en parte sepultada bajo el mar de arena que por extrañón paralelo con las análogamente sepultadas en los desiertos de Gobbi y del *Tibet*, lleva el nombre de *Tibessi* o *Tibersi*. Dicha ciudad, que ha llegado hasta los tiempos históricos (León el Africano, Fournel - Tissot y Mármol), fue la cuna de la actual dinastía de los *filalitas* (*¿filaleteos*, o sinceros «amantes de la verdad», es decir, «teósofos»?) sucesora de los almorávides de Marrakez y de los almohades y benimerines de Fez, tan célebres por sus invasiones en España y por las cruzadas que aquí se plantearon contra ellos; gentes de cultura poco conocida como la de los *benimeruán*, de Badajoz, y que, de cuando en cuando surgen del desierto con desconocido vigor y son árbitros a poco con sus invasiones desde el continente *negro* hasta las orillas mediterráneas, ni más ni menos que también lo fueron en la historia del resto de Europa sus por tantos rasgos análogas tribus tártaras del Altai, ulgurios, turcomanos, buidas (*¿druidas?*) usbecos, tártaros y selgúcidas de Cantú; gentes, en fin, bien conocidas de Orígenes (1. XIV, c. 6) y de San Isidoro de Sevilla, descendientes u hordas de *Sardo*, el hijo de Hércules y de Norax, nieto de *Melkart* o Mercurio, que partieron de Libia y de Tarteso, para poblar las islas del Mediterráneo. Ellos dejaron doquiera la partícula inicial de *Mela*, «negro», en griego, como sello de su tostado color, y dejaron también su «Dragón» o «divina Serpiente», cuidada por la Vestal suprema al par que el Fuego sagrado, serpiente simbólica sin la cual el propio dios de la Medicina, Esculapio, no podía intentar curación alguna; serpiente que, cuando el Senado romano envió su célebre embajada a aquel dios, se dirigió por sí sola al templo de su amo alzado en una de las isletas del Tiber, por lo que no había Bacante que no la enroscase en su cuello, ni mago a quien ella no visitase en su tumba. El símbolo en fin, de todos los dioses, en especial de Thoth-Hermes, de Seth y de *Hea* u *Hoa*, («la Tierra», la tercera Persona de la Triada *Sol-Luna-Tierra*, de los caldeos), y también de Serapis, Plutón, Esnum, Knepp e Isis y «la protectora puránica de la ley de Buddha»... «Tribu alada», en fin, esta de las Serpientes simbólicas, representativa doquier de las epicicloides órbitas de los astros del

primitivo culto hacia ellos o más bien hacia sus *Espíritus directores* en toda la sabia o *sabea* antigüedad.

Por eso hasta historiadores como Cantú no pueden negar ya, aunque quieran, la evidencia de los conocimientos astronómicos de todas estas gentes antiquísimas, y nos hablan de los 12.000 años de observaciones celestes de los etruscos y de los 710.000 años de observaciones caldeas, es decir, cuando las dos últimas catástrofes atlantes no habían acaecido y se hallaba en su infancia el pueblo ario, añadiendo que todos los estadios antiguos eran, como nuestro metro, partes alícuotas de un meridiano terrestre, o sea de 57.000 toesas en el egipcio, el caldeo y el olímpico, todo aparte de las abrumadoras cronologías tamiles que hemos estudiado en nuestras *Conferencias Teosóficas*, capítulo de «Astronomía y Astrología» y de los textos de Plinio (*Hist. Nat.* II, 3); de Estrabón (*Cosmogr.* I. I) y Séneca (*Presagios*), que afirmaban la redondez de la Tierra y la posibilidad de llegar a las Indias por el camino de Occidente, o sea por aquellas «islas lejanas» o *Thules* de las que el mar echó un día a los atlantes hiperbóreos, los cuales, al decir de Teopompo, se establecieron en lo que después se llamó la Galia.

También los hiperbóreos, «los libios del Norte», que podríamos decir, conservaron varios siglos después en sus *runas*, en los cantos de los bardos y en las recopilaciones poemáticas de estos cantos, tales como los llamados *Eddas* o «Vedas», las más puras y espirituales doctrinas científico-religiosas primitivas, y el día en que se haga verdadera luz sobre ellas, será un gran día de redención. Evidenciado quedará entonces, en efecto, que la cosmogonía religiosa nórdica, como la védica, tras su ropaje poético, envuelve cuantas ideas creemos hoy patrimonio de la ciencia moderna. Así, para los escandinavos, todo salió de *Eli-wagar*, las aguas del caos (*wagar*) fecundadas, como en el *Génesis*, por los Eloim o Helio-jinas (*Elí*, el Sol Oculto). Estos «jinas solares» o *Dhyanchohanes* védicos, por ser los «siete primitivos», fueron llamados *Ases*, *Ae-sar*, *Asam* o *Easam*, palabras todas derivadas de *As*, el *Fuego Uno Emanador*, los cuales realizaron entre los Vedas, como ya vimos en este mismo capítulo, tres creaciones antes de la del hombre, la principal la de los dioses o «Duendes de luz» con residencia en el *As-gard* bajo el Árbol del mundo, *Lerad*, el abeto del *Wal-halla*; la siguiente la de los *jotuns* (*¿katuns?*) los perversos gigantes (Asuras, daimones), versadísimos en malas artes de magia y con quienes los dioses mantienen guerra perpetua símbolo de la lucha de los poderes benéficos y maléficos en la Naturaleza. La tercera creación, es la de los enanos y duendes de *Odin*, el principal de ellos *Iwaldi* o *Ubaldo*, el enano de la Muerte que esconde la vida en las profundidades del Océano, y luego se ve forzado por los dioses a hacerla subir a la tierra a su debido tiempo, vida simbolizada por *Iduna*, la hermosa doncella hija del enano, proveedora de las «manzanas de oro» que mantienen en eterna juventud a los dioses y que es madre de la vida cuando *Bragi* o *Brigi* «el brillante Soñador de la Vida (ideación sin mancilla), cruza dormido la silenciosa inmensidad de las aguas, simbología harto más poética que la que pueda encontrarse en la mitología greco-latina, tan parecida a veces a la nórdica. (Véase el *Glosario Teosófico* de H. P. B.). La última creación o cuarta de los Ases escandinavos, es la de la humanidad de *Yuma* y *Yuman-Awa*, para la cual el dios *Lodur* dio sus propios huesos y sangre, etc., hasta llegar, en fin, al diluvio atlante, tradición perfectamente conservada, según la cual *Wandú* y *Wejas*, los dos gigantes del agua y del aire, desencadenaron los elementos del lago *Llyn-Llion* produciendo la catástrofe de *Cawdd*, de la que sólo se salvaron *Bergelmir* y su esposa, y también *Dwy-fan* y *Dwy-fach*, pobladores



de Bretaña... ¿A qué apuntar más analogías de nombres *arios* y de leyendas *bíblicas* del norte, si ya Brochart en su *Geografía Sacra* cuidó de demostrarnos que son *hebreos*, (es decir, *ario caldeos* según nuestra doctrina de ser el pueblo semita una tribu aria expulsada de la Ariana por su excesivo sensualismo), todos los nombres antiguos?. *Kallak*, por ejemplo, es el nombre del primer hombre entre los groenlandeses y *Kallak* también el del lago salado de Ceilán que se dice formado por las lágrimas de la primera mujer...

No sigamos con las analogías. Ellas prolongarían con exceso el capítulo. Sólo con *Loke* o *Logo*, «la llama errante», «el incoercible dios» (Verbo) del *Oro del Rhin* de Wágner, había para escribir largamente. Él es el *Narada* puránico; el «enredador» el «cara de mono» y demás epítetos poéticos alusivos a la tremenda perturbación que en el mundo animal humano causa el siempre rebelde y luchador *Pensamiento*, broche de oro, como en el *Caballero del Cisne*, entre la Materia y en el Espíritu: la Pentalfa sagrada, símbolo de los rosacruces y de sus antecesores los *Pendragones* caballerescos con los que ya tropezamos en el *Baladro*; la «Espada de dos filos», en fin, o de la doble Magia de la Diestra y de la Siniestra, que tan admirablemente representada está en *El caballero de las dos espadas* de este último libro, al que retornamos con ello diciendo que antes de que lleguen las solemnes escenas del Santo Grial en el *Baladro* acontecieron en la corte durante varios años sucesos que sólo de pasada narraremos.

Uno de estos sucesos, análogo al de la «incestuosa» unión de los dos hermanos (espirituales, que no materiales), Sigmundo y Siglinda, de *La Walkyria*, es el de la unión del rey Artús con su hermana Helena (Selena) mujer del rey Loc de Otonia sin saber que tal hermana suya fuese. Esta leyenda, hija del eterno simbolismo de Arthús (el Sol) y de Helena (la Luna), causa semejante a la de la mítica *Guerra de Troya* no precisa que nos detengamos en ella. De la unión nació Morderec (el hombre mortal), por quien después fue hecho mucho mal y quien le trajo después a la muerte como se dirá en la historia de Lanzarote del Lago). (143).

Otro suceso es el del terrible sueño de Arthús con la Sierpe (profecía de su hermana embarazada), y luego su encuentro al pie de una fuente con la *Bestia ladradora* cuando persigue a un ciervo (¿el ciervo del pie blanco?). El horrible monstruo tenía la cabeza y el cuello de oveja, blancos como la nieve; patas y pezuñas como el carbón, y el cuerpo y el «alcafar» (caderas) como raposo, su tamaño no era muy grande, pero en su vientre ladraban desafortunadamente unas dos docenas de canes. Palomades el pagano la perseguía hacia un año porque le había dado muerte a once de sus doce hijos y, según Merlín, era una de las maravillas del Sancto Grial. «La Bestia habrá de seguir haciendo estragos, dice el sabio, hasta que os revele el misterio, el que aún no ha sido engendrado y que ha de nacer del caballero que sigue a la bestia: el «loco casto», Perseval de Galaz (152). No hay que añadir que el terrible endriago no era sino el símbolo del sexo extraviado, porque, a la manera del «hijo del gigante de la ínsula del Diablo», en el *Amadis de Gaula* (III, 11), nació a causa de la mala magia de una hija del rey de Londres Idomedes, la cual, después de conocer las siete Artes, se consagró a la magia y se enamoró de su casto hermano, al que en castigo de su heroica pureza, calumnió, como en la leyenda mosaica de la mujer de Putifar con José, haciéndole su padre ser devorado por los perros: ¡los mismos perros que eternamente ladraban en el vientre de la mujer infame así transformada en *Bestia Ladradora!*

El terrible sueño de la Sierpe por el que Artús recibió la revelación de que un niño que nacería aquel primero de mayo le destronaría andando el tiempo, es una especie de

leyenda bretona del rey Herodes, porque Artús, para evitar su sino, mandó que fuesen recogidos en la Torre de los Desheredados todos los niños de la región. Otros, con Morderec, fueron metidos y abandonados en una nave sin nadie que la gobernase, pero este último, cual el Moisés bíblico, al zozobrarla nave en alta mar, se salva, por quedar a flote su cunita, dando tiempo para que le recoja un pescador y le entregue al duque Nabor, quien le hace criar en compañía de su hijo, el que luego fue el leñador hercúleo Sacramor («sacro-amor»), uno de los compañeros de Tristán (152-186).

Cuando Artús ha negado el tributo al emperador de Roma, véese atacado en el bosque de Cameloc («Kama-loca») por el más fiero de los caballeros, quien le rompe la espada y le habría muerto a no ser por el auxilio oportuno de Merlín, que sumerge al agresor en un profundo sueño magnético y promete a Artús otra espada, la célebre espada *Escalibor*. Para ello le lleva Merlín a Artús a una montaña misteriosa de contra el mar y en la que encuentran un gran lago sagrado en cuyo centro ven un brazo de mujer, saliendo de las aguas con la espada en la mano, se la ofrece. Para cogerla, como es de rigor en tales casos mágicos, tienen ambos que caminar sobre las aguas del lago. «La vaina de la espada vale más que siete espadas juntas, le dice Merlín después al rey, porque está hecha de un cuero de tal virtud que el que consigo la traiga no perderá jamás sangre por heridas ni recibirá llaga mortal en que la espada no sea sacada de ella sino con razón. No sabréis su alto precio hasta que por vuestro mal la lleguéis a perder». (164-176). Por supuesto, semejante *vasca* espada que, al tenor de la clásica frase toledana «no ha de ser sacada sin razón, ni envainada sin honor», es la eterna Espada del Conocimiento, don divino que basta para hacer un dios del hombre; la espada *Nothunga* de Sigfredo, que el héroe ha de forjar con su propio esfuerzo; la «espada quebrada», en fin, de ciertos grados iniciáticos modernos y la «espada del llanto» de don Galván, sobre cuyo simbolismo disertamos largamente en el capítulo «Sigfredo» de nuestro *Wagner*, capítulo que, cual todos los demás del gran mito nórdico wagneriano, habría que traer aquí para parangonarle con su gemelo el de Artús, y es harto curioso que así como el *daimon* protector de Sócrates jamás le encaminaba a la acción, sino que le preservaba con su consejo contra el error, y como la walkyria Brunhilda protegía con su escudo a su héroe Sigmundo contra los golpes de Hunding en la lucha, pero sin darle ella contra golpe alguno por su cuenta, Merlín, en la citada lucha con «el caballero del tendejón», no le ayuda a Artús en el ataque contra éste, limitándose a protegerle, porque es regla absoluta de ocultismo que el héroe humano ha de hacerse a sí mismo, correspondiéndole en absoluto la acción y la iniciativa de la acción sin que su Yo superior «Dama», «Walkyria» o «Merlín», haga otra cosa que iluminar su sendero con la luz de la conciencia y le para los golpes mágicos de «los hermanos de la Sombra» y de «las Potestades del aire», que él, por la falta de la visión astral, no puede prever. Ya lo dijo, sabia H. P. B.: «Todo reflejo protector de los Poderes superiores en el hombre, al dejarle irresponsable, tienen que ser por fuerza limitados y temporales para no privarle de progreso», como una protección paterna prolongada demasiado sobre el hijo púber puede constituirse en perjuicio de éste, más que en beneficio. En cuanto a la espada *Escalibor*, Artús la pierde, en efecto, más adelante de este modo:

Merlín enamorado de *Morgaina* (quiere decir, iniciando a esta hermana del rey Artús en los secretos de la Magia), revela o permite que Artús revele el misterio de la vaina de la espada regalada por la Doncella del Lago (la Magia blanca) a su dicha perversa hermana (personificación de la Magia negra). Morgaina entra en codicia de la vaina para

destinarla a la espada de su amante «Ebron, el follón». En cierta ocasión que el rey le deja la vaina bajo custodia, da a hacer Morgaina otra idéntica a un experto artífice, a quien, para que nunca pudiese revelar el secreto, mata además una vez que le entrega perfectamente imitada esta última y ella se la cambia al rey. Privado así de protección tamaña, es gravemente herido en un encuentro y el amante de Morgaina se lo confiesa todo al rey, pero éste, creyendo más en la inocencia de su hermana que en un supuesto hurto de la vaina, da muerte injustamente al delator.

Otra «espada» no menos famosa y simbólica aparece por las pesadas páginas del *Baladro*: «la espada de la doncella de la ínsula de *Anelón*» («la tierra de los abuelos o antecesores atlantes») espada que jamás pudo caballero alguno sacar de su vaina hasta que lo logra *Baalín*, «el niño salvaje de Uberlanda» especie de joven Parsifal wagneriano. Espada de «mala magia», no puede ella introducir en el mundo sino ruina y desolación, como la misma doncella advierte a Baalín, al decirle: «si hecha ya la prueba de vuestro esfuerzo, no me devolvéis mi espada, os vendrá por ende mucho mal, pues con ella, antes de dos meses, mataréis, entre otros buenos caballeros, a *Baalan* vuestro hermano y antes de un año, con ella mataréis a un gran caballero y con ella por éste seréis vos muerto también». El joven, vanidoso como todos a su edad, desoye el consejo, y no sólo no devuelve la espada, sino que decide llevarla siempre al par que la suya propia, por lo que hubo de llamarse «el caballero de las dos espadas» en las mil aventuras heroicas que luego realizó y que no habremos de detallar. La escena de la lucha entre las dos ramas o senderos de la Magia, representadas por las dos doncellas *la de la ínsula de Anelón* y *la del Lago*, recuerda la de los dos magos de Faraón con Moisés y se relaciona después con la muerte del terrible Rión u Orion que ha puesto en peligro la existencia misma del reino de Artús con sus correrías y a quien «el caballero de las dos espadas», símbolo de la humanidad que lucha y fluctúa entre aquellas, da muerte, como da luego muerte a su hermano sin conocerle, y mata a otro caballero, el mejor del mundo y es muerto a la vez por él con la misma espada, con arreglo a la siniestra profecía, que sabido es que las armas de la mala magia, por bien que de momento puedan producir a veces («pacto con el demonio», «justificación de los medios con el fin», etc.), en definitiva son fatales para quien los emplea, como fatal fuera aquella para Balín y para su hermano Balan, nombres entrambos de tan bíblico y simbólico recuerdo que justificarían el ser tratados con más extensión, como los demás pasajes relativos a ellos y que vienen a constituir un como libro caballeresco distinto, dentro del *Baladro* (191-300). Símbolo «el caballero de las dos espadas» de la humanidad sobre la tierra, busca «al caballero desconocido», a «la doncella invisible»; al prisionero *Vandemagus* o «Juan el Mago», a Merlín, invisible también en la floresta de *Armantes*, o *Ari-man-tis*; a la virgen transformada en león; a «los fieros caballeros de los tendenjones» hurtadores de doncellas «sabeas o sabinas» como todos los Rábanas, París, Herminios y romanos primitivos que en el mundo han sido; «al caballero invisible de la lanza», especie de *Klingsor del Baladro*; a las doncellas vampiresas del castillo misterioso en la que toda doncella se le sacaba sangre hasta extenuarlas con el inútil propósito de salvar a la dueña, a quien sólo supo curar en su mágica dolencia el caballero sin mancha Perceval de Galaz, etc., etc. y así, de aventura en aventura, sigue esta parte del «*Baladro*», hasta llegar a enfrentarse nada menos que con el sublime retiro del Sancto Grial y en él cometer la funesta locura que tan cara costó al mundo y que se resume así en el

«Baladro» (donde a veces, por error de copia o de adaptación se suele confundir por eufonía el nombre de *Baalín* con el de *Galván*):

«El caballero de los rubios cabellos» en el curso de sus aventuras por toda la tierra bretona tropieza con la corte del rey Peleas, el guardador del Santo Grial. Al llegar a ella se le advierte por los cortesanos que el regio señor tiene una armadura que le hace invisible cuando la viste, por lo que con él jamás se puede *justar* (luchar en torneo), ya que cuando está visible por no llevar aquélla, sería villanía según las reglas caballerescas el combatir con él. Acogido Galván por el rey con gran pleitesía y sentado por él a su mesa, al advertir éste que aquel no comía haciendo el honor debido al regio banquete, le da en la mejilla para afrentarle, y Galván le hiere con la espada. Peleas, defendiéndose, apalea a Galván y con el tarazón de la lanza «parte por el *aria* (empuñadura) la espada de Galván, como en aquel terrible encuentro del Sigmundo y el Hunding de *La Walkyria* en el que la «lanza de los pactos» del dios Wotan, rompe en dos la libre espada del héroe welsungo, no sin que, andando el tiempo, la tal lanza sea rota a su vez en pedazos por la espada de Sigfredo. Galván, al verse desarmado, corre como un loco de una en otra rica cámara del palacio hasta llegar a la última infinitamente más portentosa que las otras y en la que, sobre purísimo altar o Mesa, aparece la Sagrada Lanza, destilando la Divina Sangre de que está teñida sobre el Santo Vaso de Grial. Ciego por la ira, y saltando por todo respeto, Galván toma en sus manos la bendita Lanza y con ella hiere a Peleas «con herida que nunca querrá sanar», como dice Wágner en su *Parsifal* al llevar al último de sus dramas líricos y primero en mérito en opinión de muchos, estos simbólicos pasajes. En el momento de la sacrílega acción de un profano empuñando violentamente la bendita Arma para herir al rey, un deslumbrador relámpago fulgura cegando a todos y un horrísono trueno, seguido por violento terremoto y viento abrasador, conmueve al palacio hasta sus cimientos, mientras baja una voz de lo alto diciendo: «Ahora comienzan las aventuras del reino aventurado que nunca jamás fallecerá (desfallecerá), hasta que sea caramente comprada el fecho de aquel que la Santa Lanza tomó con sus manos *lixoyas* e viles conque llagó al mejor hombre de los príncipes». La muerte y el espanto hicieron presa en la mayoría de los habitantes del castillo y en toda la comarca circunvecina donde los árboles se secaron; las aguas se escondieron, los montes se desgajaron y una yerma soledad maldita envolviólo todo bajo su manto de desdicha... Y en el sepulcro de Baalín el profanador, unas letras de oro sobre el mármol perpetuaron tamaños sucesos rezando: «aquí yace Baalín, el caballero de las dos espadas, que fizo con la vengadora lanza el golpe doloroso por el que el reino de Licornis es tomado en cuita y destruimiento». Finalmente sobre el sepulcro, hubo Merlín de realizar infinitos fenómenos y mágicos encantamientos que la historia impía bajo el lecho del olvido sepultó... El encantamiento duró hasta que Lanzarote, hijo del rey Van de Benoit le deshizo mediante el anillo que traía de la Doncella del Lago, historia separada de ésta por su mucha longitud».

¿Qué mejor alusión que esta última a los estragos que siguen en todo *Caballero del Ideal*, al abandonar por cualquier otra *Espada* o «Conciencia» la sublime *Espada* de su propia y divina Luz?. Quien de tal modo pretenda penetrar en el Santuario de Agroval, no beberá en él el sagrado licor de Soma o Elíxir de Vida, y las consecuencias serán tan fatales y desastrosas para él como para el mundo...

La segunda parte del *Baladro* de Merlín que existe en nuestra Biblioteca Nacional, se titula, como dijimos, *La Demanda del Sancto Grial con los maravillosos hechos de*

---

*Lanzarote y de Galaz, su hijo* y es, según Clemencin, libro distinto del de *Lanzarote*. En ella, después de la aventura del ciervo («el del pie blanco»), del sabueso y demás canes que a éste seguían y de la doncella cazadora, acabadas respectivamente, a toda satisfacción por los tres forzados caballeros Galván, Tor y el rey Pelinor, llegan al fin *Tristán y Galaz*, el caballero a quien esperaba vacía durante tanto tiempo «la silla peligrosa», y al así completarse en el tercer día de *Pentecostés*, el cupo de los 150 caballeros de la Tabla Redonda, el Divino Espíritu representado por el Grial Sancto, desciende sobre la augusta Asamblea con la misma majestad que la gloria de Jehová sobre el monte Sinaí. Insensato sería en nosotros el tratar de describir el sublime momento de cuya representación simbólico musical todo hombre culto ha gozado con la obra wagneriana de *Parsifal* libada por el coloso de Bayreuth en estos libros caballerescos, y por su música engrandecida. Esta Cena Eucarística, cristiana en los textos que los monjes nos han servido, y oriental perfecta, en aquellos otros que ellos copiaron, adulterándolos, es en todos y cada uno de aquellos Caballeros del Ideal asentados en torno a la redonda Mesa, la realización del prodigio (*Karistos*) de su propia y heroica *Superación (eu-karis-tos)*. Todos reciben por ello «en cristiano», los sagrados «Pan y Vino Transubstanciados», y en pagano el «Divino Elixir de Vida» de la Inmortalidad, las copas *Sukra* y de *Manti* de la *Trai-vidya*, el Misterio de Tri-Uno de la eterna Doctrina Caldea de la Tierra, la Luna y el Sol, al tenor de aquella iniciática sentencia de Plutarco de que la Tierra nos ha dado el cuerpo; la Luna, el alma, y el Sol el Espíritu, por lo que el Justo, el Iniciado, aun en medio de las miserias de esta vida es, a la vez un habitante de la Tierra, la Luna y el Sol, y su ascenso o descenso por estos tres astros constituyen el Ciclo de Necesidad de sus desencarnaciones y encarnaciones...

## NOTAS AL CAPÍTULO XII

(1) Grim, en su *Deutsche Mytiologie*, da con Ovidio (*Fastos* V. p. 720), siete hipótesis acerca del origen del Fuego Sagrado de los primitivos templos que las Vestales, Mama-comas, Bayaderas, Sekinales, Druidesas, etc. se encargaban de mantener bajo la protección del Poder público. Philostrato (*Heroica* I. p, 40) describe, según Didot, como él era encendido por medio de lentes (¡de lentes en pueblos que no conocieron, se cree, el astronómico emplear de ella para ver mejor los astros!), con proscripción absoluta del pedernal, luego empleado por la Iglesia el Sábado Santo, y como, a falta de lente, se extraía por la frotación de dos maderos («fuego eléctrico-sexual»), o sea por el *arami* de los hindúes. Las fiestas del Fuego, a las que se refiere Ovidio eran las *Pali-lias* (en honor de Pallas-Atenea) se practicaban en Roma desde su fundación. Bossuet dice respecto de ellas: «Danzar en torno del sagrado Fuego», celebrarlas con juegos y banquetes, arrojar en él hierbas acogidas en ayunas antes del mediodía, llevando parte de ellas consigo todo el año y guardar en la casa tizones del Fuego sagrado (como se conservan aun hoy, pudo añadir, las palmas benditas del Domingo de Ramos), eran ceremonias de toda la antigüedad.

«En un viaje que hicimos a Gabon, dice el Dr. Kuntz, en una época en que apenas se conocía el gorila, nos preocupó mucho lo que acerca de él se contaba. Al decir de los negros, sabía hacer fuego. Como muchas veces se ha hablado de monos civilizados que sabían encender un hornillo para calentar el café de su amo, el hecho merecía examinarse. Lo que hoy se sabe de las costumbres del gorila, dejará suponer que no nos costó gran dificultad en asegurarnos de que su reputación era exagerada en este punto, como lo es en tantos otros».

No solamente los monos no saben procurarse fuego, sino que hasta es probable que los hombres no lo hayan sabido siempre; y la fábula de Prometeo, como el culto de Vesta, parecen atestiguar, la una, que el hombre inventó el arte de hacer fuego, y el otro, la dificultad de conservarlo a causa de la ignorancia o de la insuficiencia de los procedimientos empleados para producirlo en los tiempos primitivos.

Esta cuestión tan interesante acerca del origen del fuego, ha sido objeto de numerosos estudios. La Sociedad antropológica de París la discutió en 1870. Los Sres. Dureau, Broca, Leguay, Houzeau, y más recientemente Joly, y aun la señorita Clemencia Royer, han estudiado en Francia este punto. En Alemania, Adalberto Kuhn; en Inglaterra, Wilson, Taylor, Lubbock y los muchos autores que se ocupan al otro lado de la Mancha de etnografía prehistórica, la han abordado de una manera más o menos directa, y todos estos trabajos están acordes en que el arte de hacer fuego ha sido desconocido en alguna época de la historia humana. Se cuenta que los habitantes de las Marianas lo desconocían en la época de Magallanes; y todos los escritores de Grecia o de Italia, han admitido sin duda de ningún género, que los primeros moradores de sus países también lo ignoraban. El Sr. Dureau, cita con este motivo textos de Plinio, en los que se habla del pueblo etíope como desconocedor de los usos del fuego en tiempo de los Ptolomeos, conviniendo los historiadores griegos en

que hubo un tiempo durante el cual los egipcios, los fenicios, los persas y otros, estaban en la misma ignorancia.

¿Cómo llegó el hombre al conocimiento del fuego?. ¿Cómo pensó en utilizarlo?. ¿Cómo consiguió alimentarlo y conservarlo?. En fin, ¿Cómo llegó a descubrir los medios de producirlo?. Estas son las divisiones que corresponden a cada período distinto de la historia del hombre primitivo y que Clemencia Royer introdujo en su estudio.

Ni el calor solar explicado por la naturaleza ígnea del astro; ni las erupciones volcánicas que sólo se hacen sentir en ciertos momentos y en ciertas comarcas; ni el rayo que algunas veces enciende la madera de cierta clase; ni el frotamiento fortuito de las ramas de los árboles unas contra otras; ni la combustión espontánea de los vegetales húmedos, han podido dar al hombre la idea de hacer fuego.

El incendio debió considerarse lo mismo que las erupciones volcánicas, como azote destructor del cual más bien era preciso huir; y las combustiones espontáneas se producen en condiciones que no han debido conocerse sino después de largas observaciones.

En todo caso, el hombre no debió sentir desde el principio la necesidad de reproducir estos terribles fenómenos y temió el fuego mucho tiempo antes de tratar de utilizarlo. Nos pareció algún tanto sutil indagar con alguno de los antropólogos ya citados, si el hombre utilizó primero el poder calorífico o el poder luminoso del nuevo elemento. Es difícil aislar estas dos propiedades, y la distinta utilidad de lo uno y de lo otro depende principalmente del clima y del género de vida de los hombres primitivos. A lo menos es probable que pasó mucho tiempo hasta que lo empleó para cocer alimentos que se hacían, de este modo, más fáciles de masticar y también de más fácil digestión.

Los primitivos medios de producir el fuego, fueron sin duda el eslabón y el frotamiento. La casualidad, según todas las probabilidades, fue lo que puso en camino de descubrir uno y otro de estos dos medios. El primero debía de estar limitado a las localidades en que se hallaba sílice en forma conveniente, y tal vez no se conoció sino en aquellas en que se encontraban piritas de hierro en las inmediaciones de la sílice.

Según una leyenda de Plinio, reproducida luego por Houzeau, Pirode hijo de Cilix fue el que enseñó la manera de sacar chispas con un pedernal.

El procedimiento de frotación conservado en los ritos sagrados de la India con el nombre de *pramantha*, símbolo del fuego y origen, sin duda, del Prometeo griego, debió ser mucho más general. Fue luego perfeccionándose, y todavía en nuestros días, mientras que algunas tribus lo practican teniendo un bastón en las manos y haciéndolo girar con rapidez como se hace para el chocolate; otras le ponen una correa o la cuerda de su ballesta, a manera de arco mecánico. En Tahití, en las islas Samoa, Sandwich, en Nueva Zelanda, es al contrario, frotando la madera por un movimiento de vaivén. Todavía fue necesario escoger maderas inflamables, saber preparar el hogar, presentir la humedad, cosas todas que el huso pronto enseña a conocer. Mucho tiempo después se descubrieron las propiedades de los lentes y de los espejos que los ritos del culto de Vesta hacían, sin embargo, remontar a muy lejana antigüedad.

Ya sea porque la manera de hacer el fuego quedase en el secreto de unos pocos; ya sea porque los procedimientos fuesen muy imperfectos, es lo cierto, que durante mucho tiempo la producción del fuego era bastante difícil para que no se tuviera gran cuidado en conservarlo. De aquí el origen de aquellas congregaciones de sacerdotes, de brahmanes, de vestales y de magos dedicados a la custodia del fuego sagrado; de aquí, las ceremonias que

la tradición ha conservado hasta nosotros, entre otras, las que todos los años hace la Iglesia católica el sábado de Pascua.

El abate Bourgeois, dice que el hombre estaba en posesión del fuego de una época muy remota. De todos modos se conocía por el hombre cuaternario; toda vez que cocía sus alimentos, quemaba sus cadáveres y se valía del fuego para hacer sus piraguas. «Cual sería, dice Alberto Reville, la dicha, la admiración, el encanto, el éxtasis de aquel de nuestros padres que fuese el primero de mostrar en triunfo a la estupefacta tribu el humeante tizón del que había logrado hacer brotar la llama».

Este fue el germen de todas las industrias y de gran influencia para la familia primitiva que se agrupó con el mayor placer en derredor del hogar doméstico».

(2) *El Baladro del sabio Merlín, Primera parte de la Demanda del Santo Grial.*

Nueva biblioteca de Autores españoles, tomo VI. Libros de Caballería; 1a. parte; Ciclo Artúrico, por D. Adolfo Bonilla y San Martín. Bailly-Baillière, Madrid, 1907. El traslado, conservando el castellano antiguo en que se escribiera, ha sido hecho por el llorado polígrafo con cargo al ejemplar que existe en nuestra Biblioteca Nacional, edición de 1535, muy abigarrada, desordenadísima y oscura, como versión que fue ella sin duda de textos de segunda y tercera mano, en ella adulterados. El dicho texto del *Baladro* parece hecho en el año 540 según reza su capítulo 26. Nosotros, al hacer referencias a él, por si se quieren evacuar las citas, encerraremos entre paréntesis el número de los correspondientes capítulos.

(3) En efecto, en cierto libro catalán reciente, de un profesor de Seminario y con prólogo de jesuítico marchamo, píntase al modesto cuanto bien intencionado filósofo que estas líneas escribe, como un hijo del diablo, que por ser bueno, según dicen, se queda al fin en «un pobre diablo»... ¡Dios, *el Dios grande*, no el caricaturizado por los autores de tales insidias, le premie al *piadoso* y *evangélico* autor tamaño parangón de nuestra insignificancia con la grandeza del héroe del *Baladro* y del héroe de la epopeya de Goethe!... ¡Karma, que dirían los teósofos por aquel *buen* sacerdote tan impiamente maltratados!.

(4) No estamos muy conformes con la benevolencia con que le juzgó *Le Théosophist* de Francia al publicar la obra, diciendo de ella: «este libro misterioso, picante, lleno del espíritu galo, prueba que el ocultismo (léase siempre «ciencias ocultas») no interesa sólo a las mentes mediocres. El *Conde de Gabalis*, que fue escrito en 1670, trata de una manera festiva y satírica algunos de los misterios de los *Rosacruces* y el objeto de la obra fue probablemente llamar la atención hacia los estudios de ocultismo, cosa que logró sin duda, a juzgar numerosas traducciones. El tema fundamental del libro es el comercio carnal de los *elementales* con los seres humanos, simbolizando el poder que obtiene el adepto sobre los espíritus-fuerzas de la naturaleza. Semejante idea viene ilustrada en él con numerosos ejemplos de obsesiones de hombres y de mujeres que se entregaran respectivamente a los súcubos y a los incubos de lo astral (de ello habló también Santo Tomás de Aquino en su *Summa*). Tales ejemplos, sin embargo, no son del todo acertados, sino más bien un peligro horrible induciéndonos a pensar por ello si el abate Villars no tuvo el propósito de burlarse de las viejas alegorías, como lo hicieron ciertas sectas a propósito



de la leyenda de Krishna y las Gopis tentadoras. Los amantes de libros raros sobre el misticismo quedarán encantados con poseer semejante libro, pero el estudiante de ocultismo deberá tener gran cuidado de no darle una falsa interpretación literal. El simbolismo del sexo, en efecto, que con tanta frecuencia se encuentra en todas las obras rosacruceanas y en otras, representa una fuerza o un poder bien definido de la Naturaleza, poder mencionado en los Vedas bajo imagen semejante, y que juega importantísimo papel en la alquimia misma. La edición que reimprimimos es la de Amsterdam, de 1671. Se dice que el abate Villars sacó su *Conde de Gabalis* de las primeras cartas de *La Chiave del Gabinetto* del caballero G. F. Borri, obra muy rara hoy, publicada en 1681 pero compuesta mucho antes y sin que el alquimista Borri interviniese para nada en su publicación».

Estas prevenciones del *Theosophist* están más que fundadas, pues que ya dijo H. P. B. en los capítulos IX y X, tomo I de «Isis sin Velo»: «Los más inferiores en la escala de los seres, son aquellas criaturas invisibles llamadas *elementarios* por los cabalistas. Hay de ellos tres clases. Los más elevados en inteligencia y sutileza son los llamados espíritus terrestres, larvas o sombras de todos cuantos, habiendo vivido en la Tierra, rechazaron toda luz espiritual y permanecieron y murieron profundamente sumergidos en el cieno de la materia y de cuyas manchadas almas el espíritu inmortal se ha ido separando gradualmente. La segunda clase se compone de los antetipos invisibles de los que todavía están por nacer... La tercera son los elementales propiamente dichos *que jamás llegan a convertirse en seres humanos*, pero que ocupan, por decirlo así, un peldaño especial en la escala de los seres, y pueden ser llamados «espíritus de la naturaleza» o agentes cósmicos de ella, estando cada uno confinado en su propio elemento sin traspasar jamás dicho límite. Estos son los que Tertuliano llamó «los príncipes de los poderes del aire», (y contra los que el elegido tiene que luchar, según la frase de San Pablo a los colosenses, y no «aliarse con ellos, por vergonzosas uniones sexuales», base de la necromancia solitaria de tantos de nuestros detractores). Se cree que esta clase de elementales tienen tan sólo uno de los tres atributos del hombre. No poseen ni espíritu inmortal ni cuerpos tangibles, sino únicamente formas astrales constituidas por el elemento a que pertenecen en el éter. No tienen individualidad separada actuando, colectivamente. Otros pertenecientes a ciertos elementos y especies, cambiando de forma con arreglo a una ley conocida por los cabalistas. El más sólido de sus cuerpos suele serlo bastante tenue para escapar a nuestra vista física, pero perceptible por el clarividente. Pueden condensar el éter hasta formar cuerpos tangibles, como verdaderos Proteos, tomando los modelos de la imaginación de los que los evocan.

...Los demonios de la tierra, el agua, el aire y el fuego desempeñan el papel de intermediarios entre los dioses y los hombres y presiden a la evolución orgánica de minerales, vegetales, animales y hombres. Los judíos los llamaron *shedim*; los griegos *daimones*; los hindúes *devas*, y los egipcios *afrites*, etc... Además, la doctrina oculta admite que, cuando por razón de grandes crímenes o vicios, un alma humana al desencarnar ha caído en la octava esfera, el *Hades* griego o la *Gehenna* bíblica, la más próxima a la Tierra, un ardiente deseo, un ferviente anhelo puede conducirle de nuevo a la atmósfera terrestre, buscando con avidez el contacto con las personas vivientes constituyendo los invisibles pero demasiado palpables vampiros magnéticos, los demonios *subjetivos* tan bien conocidos por los estáticos de la Edad Media, monjas y frailes, por los «brujos» a quienes tanta celebridad dio el *Marillo de Hechiceros* y por ciertos clarividentes; los «demonios sanguinarios», de Porfirio, las *larvas* y *lémures* de los antiguos; los abominables

sugestionadores astrales que condujeron a tantas desgraciadas y débiles víctimas al tormento y a la hoguera y a quienes Jesús *curaba* en lugar de *matarlos* pertenecen a estas gentes...».

Y en otro artículo sobre *Los elementales* (*Sophia*, 1893) da estos terribles juicios contra el libro del abate Villars: «Hay algo que suena de una manera siniestra en los joviales sarcasmos de su autor quien, a la vez que señalaba con el dedo del ridículo lo que era íntima y propia creencia suya, tenía probablemente el presentimiento de su propio y acelerado *karma* bajo la forma del asesinato, pues, en efecto, la obra fue publicada en París en 1670, y en 1673 era cruelmente asesinado el autor en un viaje de su país natal, el Languedoc, a Lyon».

Para que el lector juzgue de este hecho y a guisa de muestra del estilo de Villars, vea el *Primer diálogo acerca de las Ciencias Secretas* con las que comienza el famoso libro:

«Dios haya acogido en su seno el alma del señor conde de Gabalis, que, según carta que recibo, acaba de morir de apoplejía. Los indiscretos no desaprovecharán la ocasión de decir que este género de muerte es frecuente entre cuantos administran mal los secretos de los Prudentes, y que desde el bienaventurado Raimundo Lulio pronunció la terrible sentencia en su testamento, un Ángel vengador ha cuidado siempre de retorcer el cuello prontamente a todos aquellos que han revelado indiscretamente los Misterios Filosóficos».

«No hay que condenar sin embargo a este sabio señor de ligero y sin estar bien informados de su conducta. El me lo ha revelado y descubierto todo, es verdad, pero se ha cuidado de hacerlo con cuantas precauciones cabalísticas son precisas y es justo rendir a su memoria el homenaje de que era él un celoso guardador de la religión de sus padres los Filósofos, y que se habría dejado quemar antes que profanar la santidad de aquella, franqueándola a cualquier príncipe indigno, a cualquier ambicioso o incontinente sátiro: las tres clases de gentes a quienes Prudentes de todos los tiempos siempre excomulgaban. Por fortuna no soy príncipe; tengo poquísima ambición y se verá en el curso de esta obra que estoy adornado de una dosis de castidad más que suficiente para hacer de mí uno de aquellos sabios. Hallóme además el conde dotado de un espíritu dócil, curioso, nada tímido ni mojigato, y no me hace falta sino un poco de melancolía para poder demostrar a cuantos pretenden maldecir del conde de Gabalis por no haberme ocultado nada, que soy un sujeto harto adecuado para las ciencias secretas. Verdad es que sin melancolía no se pueden hacer grandes progresos, más la poca que tengo no es de despreciar. «Tenéis — me ha dicho cien veces — a Saturno en un ángulo de vuestro horóscopo, en su Casa y retrógado: no podéis, pues, dejar de ser un día todo lo suficientemente melancólico que debe ser un Sabio, porque el más sabio y prudente de los hombres, según nos enseña la Cabala, tenía como vos, a Júpiter en el ascendente, sin embargo de lo cual no se cuenta de él que hayan reído ni una sola vez en su vida, tal era de poderosa la influencia de Saturno, no obstante ser ella mucho más débil que la vuestra». A mi Saturno, por tanto, y no el señor conde de Gabalis, es a quien los impertinentes curiosos deben culpar de que prefiera yo divulgar los prudentes secretos de los Sabios a por mí mismo practicarlos. Si los Astros no cumplen con sus vaticinios, no hay que inculpar al conde y si carezco de la suficiente grandeza de alma para intentar llegar a ser el dueño de la Naturaleza; el trastornador de los elementos; el conversador con las Inteligencias Supremas; el dominador de los Demonios, el engendrador de Gigantes; el que puede crear nuevos mundos, hablar a Dios cara a cara en su imponente

Trono y obligar al Querubín que guarda la puerta del Paraíso terrenal que me permita ir a dar unos paseítos por sus avenidas frondosas, es a mí y no a él a quien hay que maldecir o compadecer, y no ofender impíos la santa memoria de hombre raro diciendo que había sido muerto de muerte violenta por haberme enseñado todas estas cosas».

¡Cuán admirable San Pablo al decir que «el que hace lo que en otro condenara antes, ha pronunciado su propia condenación!». Por eso, continúa H. P. B.; «No hay más que una contestación que dar a aquellos que, haciendo hincapié en cosas semejantes, se ríen del Ocultismo. «*Servitissimo* la da con enojada frase en su introducción *Cartas a mi Señor*, en la obra citada: «Yo hubiera persuadido a Villars que cambiase por completo la forma de su obra, escribe, pues esta forma burlona de llevarla adelante no me parece propia del asunto. Los misterios de la *Cabala* son cosas serias que estudian muy seriamente muchos de mis amigos... Los brujos son ciertamente peligrosos para ser tratados en burla». *Verbum sat sapienti*. Son «peligrosos», sin duda alguna, pero desde que la historia empezó a registrar pensamientos y hechos, media humanidad se ha burlado de la otra media ridiculizando sus más caras creencias. Obras como las del *Conde de Gabalis* tienen que ser analizadas despacio mostrando su verdadero carácter, pues de lo contrario se les haría servir como martillo para pulverizar a aquellas otras que no toman el estilo humorístico para hablar de cosas misteriosas ya que no sagradas del todo. Más verdades se dicen en aquella sátira llena de hechos eminentemente ocultistas y reales, de las que la mayoría de las gentes y especialmente los espiritistas pueden figurarse. Se ha dicho en otra parte que la Magia blanca difiere muy poco de las prácticas de la hechicería excepto en los efectos, consistiendo todo en si es buena o es mala la intención. Muchas de las reglas y condiciones preliminares para entrar en las sociedades de adeptos ya de la *Derecha* ya de la *Izquierda* son idénticas también en numerosas cosas. Por eso dice *Gabalis* al autor: «Los *Sabios* jamás os admitirán en su sociedad si no renuncias antes a una cosa que no puede permanecer en competencia con la Sabiduría: o *sea a tener relación carnal con las mujeres*». Esto es *sine qua non* para los ocultistas prácticos ya sea *rosacruces* o *yoguis*, pero también lo es para los *duggas* y *tadús* del Bután, para los *wodús* y *nagales* de Nueva Orleans y de México, pero con la cláusula adicional para estos últimos de mantener relaciones carnales con *djins*, elementales o demonios, llámense como se quiera, varones o hembras. «*No os hayo conocer ninguna otra cosa* que los Principios de la antigua Cabala», continúa explicando *Gabalis* a su discípulo, y enseñándole que los Elementales, a quien él llama *Elementarios* o habitantes de los elementos (es decir, las salamandras, sílfides, ondinas y gnomos), viven largas edades, pero sin tener alma inmortal. «Tienen que disolverse en la nada, al fin. Por eso, «nuestros padres los filósofos», continúa diciendo el *soi-disant* rosacruz, hablando a *Dios* cara a cara, se le quejaron de la desgracia de tales gentes, y *Dios*, cuya misericordia no tiene límites, les reveló que no era imposible encontrar un remedio para tamaño mal. Les inspiró que del mismo modo que el hombre, por la alianza que con *Dios* había contraído, había sido hecho partícipe de la Divinidad, las *Sílfides*, los *Gnomos*, las *Ninfas* y las *Salamandras* por la alianza que podían contraer con el hombre, podrían hacerse partícipes de la inmortalidad. Así, pues, una *Ninfa* o una *Silfide* se hace inmortal y capaz de alcanzar la dicha a que nosotros aspiramos, cuando tienen la fortuna de casarse con un sabio; un *Gnomo* o un *Silfo* cesa de ser mortal desde el momento en que se casa con una de nuestras hijas». Después de haber soltado esta hermosa prenda de consejo sobre hechicería práctica, el «Sabio» termina diciendo: «¡No, no!. Nuestros *Sabios*

no han cometido nunca el error de atribuir la caída de los primeros ángeles a su amor por las *mujeres*, como tampoco creen que haya puesto a los hombres bajo el poder del *Diablo*... No hubo nada de criminal en todo esto. Eran *Silfos* que trataban de hacerse inmortales. Sus inocentes pretensiones, muy lejos de escandalizar a los *filósofos*, nos han parecido tan justas, que todos nosotros, de común acuerdo, estamos resueltos a renunciar por completo a las *mujeres* para entregarnos a la inmortalización de las *Ninfas y de las Sílides*». Y así hacen hoy ciertos mediums, especialmente en Francia y Norteamérica, quienes se alaban de tener por maridos o esposas a los espíritus. Conocemos personalmente a tales mediums, hombres y mujeres, y no serán los de Holanda los que negarán el hecho, dado cierto suceso reciente entre sus colegas y correligionarios de algunos que escaparon de la locura y de la muerte haciéndose teósofos. Siguiendo nuestros consejos fue como pudieron librarse finalmente de sus consortes de ambos sexos...».

Estas cosas que parecen «cuentos» tienen, sin embargo, una realidad tal, que sobre ellos y sobre sus tristes efectos diarios, podría escribirse todo un tratado de Psiquiatría.

(5) Estas necromancias de *Gabalís*, siguen siendo, por desgracia, de gran actualidad en la literatura, como puede verse en la novela de Anatole France, *La rôtisserie de la Reine Pédauque*, que en mala hora las glosa.

(6) La isla de Jersey, una de las de Sormandía en el Canal de la Mancha ostenta todavía la colina artificial de la *Hougue Bie* o «torre del Príncipe», con la leyenda relativa al terrible dragón que devastaba el país, especie de *Bestia ladradora* hasta que el conde de Hambye en Cotetin, le diera muerte como Sigfredo al Dragón Fafuer. Pero cierto mal caballero, «el caballero follón» o «el falso demandante de los libros caballerescos, enamorado de la esposa de Hambye, mata a traición a este y se presenta a aquella diciendo que la última voluntad del héroe al morir ha sido la de que la esposa al así quedar viuda, vuelva a casarse con el pérfido asesino, que de tal modo logra seducirla. Pero el malvado no disfrutó largo tiempo del fruto de su crimen, porque haciéndole traición su propio sueño, durante éste revela toda la verdad a la castellana de Hambye y es colgado de una almena, construyéndose luego el dolmen para tumba del héroe y luego en el siglo XVIII una capilla expiatoria de aquel crimen que no es a nuestro juicio sino un lejano eco de la leyenda de Isomberta que sirvió de tema a Wágner para su *Lohengrin*.

La exploración de *Hougue Bie* está considerada por la arqueología como una de las más importantes y mejor conservadas del período neolítico y testimonio elocuente del culto antiquísimo allí practicado. Semejante «culto a las piedras», no ha desaparecido aún, dice Salomón Reinach al ocuparse de los monumentos de piedra bruta, y Alfred Maury añade en *La Magie dans l'Antiquité*, «los mogoles, aun después de convertidos al buddhismo y al lamaísmo, conservan hoy mismo su culto. Las piedras rúnicas de Dighton, Massachusetts, Jarmouth, Nueva Escocia y Baffin, etc., son otros tantos venerables recuerdos de una Religión primitiva que guarda aún infinitas sorpresas para los futuros doctos cuando se liberten ellos de tantos prejuicios como tienen contra todo lo que haga relación a las religiones precristianas en las que halla lógico entronque el propio Cristianismo. Hoy se limitan, cuando más, estos doctos a llamarlas «piedras fálicas» al describirnos algunas de ellas, tales como la célebre del *Lia-Fail*, asiento del Trono de Inglaterra en la Abadía de Westminster y de la que hace mención extensa Rolt-Brash. El *Lia-Fail*, de Numa, equivale

etimológicamente a «Piedra del Manú». Este *Lia-Fail* era una gran piedra fálica y simbólica, existente quizá desde los tiempos remotísimos de los *Fir-bolgs*, en *Tara*, la mágica capital irlandesa cuyas ruinas se ven junto a Dublín y cuyo nombre aparece repetido hasta la saciedad tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo. Era de arenisca roja o quizá de sienita, y su procedencia es genuinamente atlante y de mágica negra, al tenor de ciertas investigaciones, tales como las de Rivet-Carnac que nos enseñan cómo ella hablaba sibilina u oracularmente a los reyes de Tara y tronó en son de protesta contra la invasión, ya histórica, de los milesios griegos. No todos los egipcios — *léase siempre atlantes sepultados por la gran catástrofe* — perecieron ahogados en el *Mar Rojo* — *el mar de la raza roja o atlántica, no el conocido mar egipcio* — cuando perseguían al *pueblo elegido*, puesto que algunos pocos pudieron salvarse. Entre ellos estaba *Haythekes* (de *aita*, el padre, en viejo parsi y en vasco), quien, fundado en España el reino occidental cuya capital se llamó *Brigantium*, casó con *Scoto* o Escocia, es decir, emigró a dicho país, llevando consigo la famosa piedra, que le sirvió de trono, tanto a él como a los reyes de Briga, sus descendientes.

Por supuesto, como no se ha ocultado a la perspicacia, de Rolt Brash, en la palabra *Brigantium* (de la que acaso viene el nombre de *brigantes* o ladrones que caracterizó a pueblos como el primitivo romano), se ve la raíz sánscrita *brig*, que significa *extenderse* y que es base, tanto del nombre de *Brahmâ* (germen del mundo) como de *Brige*, *puente*, y de infinitas toponimias de la Iberia del N. O. y de las islas Británicas.

El *Lia-fail*, en fin, fue uno de los cuatro célebres tesoros mágicos traídos por los errantes Tuatha de Damand a su regreso a Irlanda. Los otros tres fueron *La lanza de Wotan* u ogams de los Pactos; la *Espada Invencible de Nuada* o Sigfredo y la *Caldera* o alambique de Dagda, nuestro Pedro el Botero.

No hay que olvidar que, como dice H. P. B., «La palabra Patar o Peter, con la que se ha querido hacer de Pedro *el portero* del Reino de los Cielos y el intérprete de la voluntad de Cristo, coloca a ambos, maestro y discípulo, en el círculo de iniciación, poniéndoles en conexión a ambos con la «Doctrina Secreta». El gran hierofante, en fin, de los antiguos Misterios, nunca permitía tampoco a los candidatos que le viesen ni oyesen personalmente, y dos mil años después de ello, vemos hoy que los Dalai Lamas del Tíbet han estado siguiendo durante los más importantes misterios religiosos del lamaísmo el mismo programa tradicional».

La magia contenida en las tales «piedras» merecería tratado aparte, al que habría que traer también toda la «medicina mineral» introducida en la moderna ciencia a partir del gran Paracelso. Los druidas la conocían seguramente, y Alexandre Bertrand, en su obra sobre *Los Druidas y el Druidismo*, trae una larga lista de piedras mágicas o curadoras de las que entresacamos las siguientes:

**El cristal:** Según Orfeo produce el fuego sagrado solar o de «magia blanca» (los del *pedernal* y aun el por frotación de maderos, son tenidos por «de magia negra»). Poníase el cristal y las piedras preciosas, según Sophus Biigge, en amuletos mágicos, llamados bracteatas (¿virias?, ¿brazaletes como el de los «viriatos» celtíberos que luchaban con los romanos?). En las piedras se tallaban letras de las de las runas.

**Las piedras del rayo:** Son ellas el mítico «achu» de donde acaso deriva nuestra palabra «hacha». Así se denominan por el vulgo las puntas de las hachas de piedra paleolíticas y neolíticas usadas por aquellas gentes prehistóricas, no porque no conocieran

los metales, sino porque ellas eran más eficaces que las armas hechas de estos últimos contra las «armaduras mágicas», medios defensivos que aunque de ellos se ría hoy la ciencia como se rió de la alquimia antes de conocer el radio y sus emanaciones alquímicas. Han existido alguna vez, a juzgar al menos por la universalidad de la leyenda, y en ellas acaso entrase la electricidad, fluido de cuyo conocimiento tanto nos envanecemos. La creencia en las piedras del rayo, según E. Carthailac *L'âge de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*, se encuentran en Francia, España, Inglaterra, Alemania, Holanda, Dinamarca, Irlanda, Suecia, Hungría, Finlandia, Bohemia, Siberia, Mongolia y China, revelando, dice, un origen turanio, o sea en nuestra teoría un origen atlante.

**La galactita** o «diamante real»: Aleja los peligros de la dentición y de aquí las rocas colgantes de los niños de pecho. De ella hablan Homero (*Iliada*, II, 21; *Odisea*, VII, 219), Orfeo, Philoctetes, Helenus y Plinio, en términos que todavía hace sonreír a los naturalistas modernos.

**El mármol o jaspé**: Es agradable a los dioses en los sacrificios y puede según Orfeo, hacer brotar de los altares una ardiente llama, sin necesidad de fuego (como en la famosa *Ecenopegia* de los macabeos).

**El Jade** (especie de lignito o madera fósil): Su mal olor aleja a las serpientes y diagnostica la epilepsia y la virginidad. Cura el histerismo y se emplea en la *axiomancia* o adivinación por hachas. Su nombre de *Gágata* deriva de Gagas de la Licia.

**La Ofita, Serpentina u Ostrita** (de apariencia de ostra): Machaon, hijo de Esculapio, curó con ella a Philoctetes (*Iliada*, II, 121). Para Plinio es de lo más maravilloso que darse puede y, en manos expertas, un talismán de grandes propiedades magneto vitalizadoras. Se cuenta que, por preservar contra las serpientes, Helenus la trataba como a un niño, dándole magnética vida a fuerza de ayunos y oraciones (*Eneida*, VII, 219). Los famosos *Terafines* adivinatorios, como el de Terah, padre de Abraham, parece eran de semejante piedra.

En fin, el *Periliton* (Περίλι Θων) poema citado por Teofrasto, discípulo de Aristóteles, se atribuye a Orfeo. Los dos últimos libros de la *Historia Natural*, de Plinio se consagran a la Magia y a las piedras preciosas, como mil otros trabajos de la antigüedad tales como El libro de Enoch y los de Dercyllos, Nicias Mallotes, Diocles Rhodin y Doroteus Chaldeus.

(7) G. F. Grotefend, director del Liceo Hannoveriano, en su *Rudimenta linguae umbriacae in inscriptionibus antiquis enodata* (1835-37) y Lassen en el *Museo filológico Rhiniano*, 1833, p. 360 y 1834 p. 41, trataron extensamente de las lenguas de Italia central: sabina, toscana, sícula y úmblica, considerando a esta última como madre del latín. El monumento principal de dicha lengua son las Tablas eugubinas, descubiertas en 1444, cinco de ellas con caracteres etruscos y dos más con letras latinas y once líneas de una tercera sin filiación conocida.

Estas tablas dieron origen a las interpretaciones más extrañas. Gori, Lami, y Bardetti pretendieron leer en ellas los lamentos de los pelasgos por las desgracias que experimentarían; para los más son meras fórmulas rituales que interpretan de diversos modos. De la VI de Deuster toma César Cantú (*Historia Un. Aclaración G al I. III*) una que para nosotros alude al sacrificio de la vaca al modo israelita, puesto que juegan en ella los

términos de *Jove Grabove, bos, bove*, etc., relacionados con el nombre de **IO**, la celeste Vaca, y que damos en el capítulo IV de *De gentes del otro mundo*.

No hay que olvidar que, según Cantú, «toda la cosmogonía etrusca se encuentra en el fragmento fenicio de Sanchoniaton». Arbois de Jubainville, al hablar de los primitivos habitantes de Europa, adjudica preponderante papel a los ibero-etruscos-ligures; «el mundo desconocido» de los antiguos, pero que latía en estos últimos, sobre todo en las enseñanzas de los clásicos, iniciados en los Misterios menores, por aquello que dice Fustel de Coulanges (*La ciudad antigua*) de que «el pasado jamás muere por completo, porque aunque el hombre llegué quizá a olvidarle, late siempre en sí y tal como sea en cada época siempre es como el resumen, el producto de todas cuantas le han precedido». ¡Queda, sí, el pasado en lo inconsciente humano, tanto por la ley física de *la herencia*, como por la ley metafísica de las *reencarnaciones*, porque en nuestro inconsciente (superconciencia de la Triada Superior que reencarna) hay una verdadera «estratificación psicológica» al modo de la estratificación terrestre. Así en nuestras propias almas modernas, yace el alma caballeresca medieval; el alma cristiana que la precediese y el alma pagana, «el alma sabia o sabea», mudo y dormido testigo de aquellas remotas épocas!

(8) Sobre la dicha huella histórica de los ligures o ibero-shamanos pirenaicos, permítasenos transcribir lo que respecto del Bearn y sus sabios fueros hemos escrito en *El Liberal*, de Madrid:

«El país del Bearn, o sea la región francesa de los bajos Pirineos, es una de las cunas más egregias de las libertades políticas. Aragón, con sus fueros y su magistratura de la justicia mayor; Inglaterra con su carta magna y Francia con su declaración de los derechos del hombre, no hicieron sino copiar lo que desde casi los tiempos godos tenía fuerza de ley en las costumbres arias y en los fueros de aquellos castos valles pirenaicos que se llamaron señorío de Anaya, Sobrarbe, Ribagorza, etc.

Los vizcondes soberanos del Bearn, a lo largo de las casas Merovingia, de Moneada, de Foix, de Albret y de Borbón, fueron siempre verdaderos modelos de monarcas constitucionales, que diríamos hoy, por cuanto su autoridad estuvo siempre limitada en fuero por una corte o Consejo, asamblea en la que entraban con iguales derechos, al lado del clero y la nobleza, las comunidades, estado llano o tercer estado.

El fuero de Morlaas y el viejo fuero establecían, en efecto, que fuese dicha corte la que coronase al soberano con fórmulas análogas a la célebre y conocida de Sobrarbe de «nos, que valemos tanto como vos, y juntos más que vos, os elegimos por nuestro rey y señor», y se comprometían a mantenerle en su soberanía en tanto que la corte entendiese que permanecía él «fiel a su juramento». «Todo hombre del Bearn, sea noble o no — añadía —, ha de pagar los mismos impuestos».

En cuanto a la justicia, todos los preceptos forales se inspiraban en la igualdad ante la ley y ante los Tribunales, con aquella bella fórmula agregada en la jura de que «el vizconde daría su derecho al pobre como al rico».

Así, con arreglo a fuero, la corte hubo de deponer a la vizcondesa María, última merovingia, por haber atentado contra la independencia del país pretendiendo someterse al protectorado de los reyes de Aragón, y el mismo fuero viejo relata el caso de la elección que siguió a esto. «Acaeció al ser depuesta la vizcondesa — dice — que los bearneses, guiados por la fama de cierto caballero de Bigorre, fueron a buscarle, y a guisa de prueba,

le hicieron soberano por un año, al cabo del cual la corte le requirió el juramento consabido; mas como él se negase a prestarlo, se le dio allí mismo la muerte». Este nuevo apuñalado al estilo de Julio César por Bruto y Casio, se llamó Thibaut, y el fuero agrega: «ítem: después buscaron e hicieron Señor por dos años a Sainttonge, otro caballero de la Auvernia; pero como él se mostrase asaz orgulloso menospreciador de fueros y costumbres, se le hizo dar muerte por un escudero que en el puente de Sarranh lo atravesó de parte a parte con su espada.

Cuenta asimismo el fuero que «después de estas pruebas, recordando los bearneses que la depuesta vizcondesa María, esposa de Guillermo de Moneada, primer barón de Cataluña, había dado a luz dos gemelos, quisieron que uno de ellos fuese el sucesor. Despacharon al efecto «dos homes buenos», quienes al llegar, encontraron durmiendo juntos a los gemelos. Como uno de ellos tenía las manos cerradas y el otro las tenía abiertas, en señal de generosa bondad, tomaron al segundo. El feliz pronóstico del maniabierto tuvo con el tiempo plena confirmación, tanto, que fue designado con el sobrenombre de «Gastón el bueno».

Muerto «Gastón el bueno» sin sucesión, fue nombrado en su lugar el otro gemelo de las manos cerradas, o sea Guillermo Raimundo; mas con la precaución de rodearle de una corte suprema que siguió hasta Enrique II y en la que la mitad de los puestos se repartía entre clero y nobleza y la otra mitad era para el estado llano tan sólo. Únicamente entre todos los soberanos sucesores, el vizconde Mirepeix faltó a su juramento, pronunciando contra un insolvente la pena de prisión, jamás permitida en el Bearn; pero al punto fue depuesto e inscrita en el Foro la sentencia. El crimen que el conde cometió luego matando con ensañamiento a su tío el arzobispo de Tarragona, valióle tremenda condena de la Iglesia. La bula papal le obligó ir hasta Tarragona a pie, en camisa, con el dogal al cuello y vergajos en la mano para que todo el mundo pudiese vapulearle, y a más con la obligación de hacer una cruzada contra los moros durante cinco años y llevar el resto de sus días un cilicio, del que no podía despojarse sino a requerimiento de su esposa legítima en ciertas ocasiones, que el texto de la bula precisa, naturalmente, en latín.

Otra vez interpuso su veto salvador foral aquel prudente Consejo, cuando Gastón de Foix, llamado el Febo por su hermosura, condenó a muerte a su joven hijo, que equivocadamente había pretendido darle una pócima venenosa, en lugar de una pócima amatoria para reintegrarle en la fidelidad conyugal hacia la madre y esposa respectiva, según perversa intriga de su tío Carlos el malo. La memoria de aquel mal marido y peor padre, que de intento o por descuido acabó matando a su hijo, al fin por su propia mano en la prisión, fue solemnemente execrada por el Consejo e insertada en el fuero. Siglos luego, los calvinistas jugaron a los bolos con su calavera.

«Considerando — estampó el fuero después de este y otros horrores de subsiguientes vizcondes — que se han cometido por los soberanos múltiples actos contra fuero, tales como detener a las gentes, meterlas en prisión y condenarlas a destierro o a muerte sin acusación concreta, sin previo proceso y sin oír en él al inculpado y a sus defensores, y, en fin, sin dictar el fallo según la ley la costumbre de la tierra, los soberanos y sus oficiales se abstendrán de ello en lo sucesivo, sin excusa ni pretexto».

Y como el Destino histórico bendice siempre a hombres y pueblos que así practican el ideal de la justicia, sin la cual es imposible la vida política, sus bendiciones cayeron a manos llenas sobre aquel vasconavarro pueblo de Bearn, minúsculo territorialmente, pero,



moralmente, gigantesco. Los soberanos bearnese, después de luchar gallardos contra castellanos, aragoneses, ingleses y franceses, acabaron siendo señores de Foix, reyes de Navarra, duques de Nemours, de Gandía, de Montblanc, de Peñafiel, Castelbón, Marzán, Gabardán y Nebouzán, etc. Las manos de sus hijas fueron humildemente solicitadas por los reyes de aquellos países, y cuando el gran soberano bearnés Enrique IV alcanzó a ceñir la rica corona de Francia, aun tuvo que dar satisfacción plena a los escrúpulos de los mantenedores de las seculares instituciones forales bearnesas con aquellas históricas palabras, equivalentes al «hable Burgos, que por Toledo ya he hablado yo», de los reyes de nuestras viejas cortes castellanas, palabras memorables de que «al coronarse rey en París había dado la Francia al Bearn y no el Bearn a la Francia».

(9) Si dispusiéramos de espacio concederíamos aun más atención al luminoso trabajo del Sr. Laiglesia, hablando del por qué a Tyolet, a Perceval, al «caballero de las dos espadas» se le denomina el *chevalier beste*, al modo de los centauros, símbolo del iniciado que, vencida, lleva por doquiera a su bestia, a su *mule sanz frainz*; el por qué también Lanzarote, el héroe de Lanka o el «lago sagrado» principia sus aventuras con la de *Nohan, No-Jan* o *Jano*, y en ellas lucha la Mala Magia o *Male haut*; el por qué de nombre como *Feirefiss* o *Fire-fils* y *Urien*, «hijos del fuego» o «dragones»; el por qué asimismo de la presentación en la corte de Arthus y en la *Tabla Redonda* que había de establecer el «hilo de oro» (*su-thra*) con la tradición primitiva atlante, de aquel «alto príncipe» (*Moria*) amigo de Lanzarote, señor de extrañas ínsulas y quien, por amor al Caballero del Lago, renunció a sus victorias sobre *Arthús*, declarándose su feudatario y el por qué, en fin, la versión arcaica mejor conservada es la de *Trystrem, Tristán, Tantris* o *Naris*, que diría Wágner. Detrás de todas estas cosas se halla oculta la más completa tradición de la Atlántida que nos es más asequible a los occidentales.

(10) Éstas estaciones neolíticas o *citánias* extremeñas se ven en multitud de sitios. Nosotros las hemos visto en Logrosán, Santa Cruz, Solana de Cabañas, Trujillo, etc. y descrito en la *Revista de Extremadura*. Son a la manera de las conocidas de Santa Iria, Briteiros y demás de la Lusitania. Verdaderos castros de las alturas o *acrópolis* anteriores a las de los griegos, eran las depositarias de los tesoros materiales y espirituales (doctrina iniciática) de aquellos atlantes sobrevivientes, tesoros que como el recientemente descubierto en la Aliseda, por un lado parecen cartagineses o egipcios y por otro nórdicos. ¡Verdaderamente que el mundo era uno en religión y cultura, en aquellos remotos tiempos del atlántico paraíso, con tanta razón conocido como «Jardín de las Hespérides» y teatro de la discordia del «áurea manzana»!.

En cuanto a lugares neolíticos marroquíes, Cuevas nos dice : «El *Vad-guir* y el *Vad-Zir* son dos cuentas fronterizas al Atlas, en la región de las selvas. Vano sería el buscar en el primero señales de grandes centros de los que la historia no registra ninguno. En el segundo, por el contrario, hay gran riqueza de tradiciones históricas especialmente en los pueblos y alcazabas de Tafílete, patria de los *sherites*, junto a la famosa Sigilmesa, que a su vez pudo haber reemplazado a la Cerne de los libios. Buscar sus ruinas sería inútil. Si los restos del gran imperio romano desaparecieron, ¿Cómo no aquellos formados de arcilla o tierra amasada con paja y cocidos al sol?... Al oeste de la península de Shamonish hay un cerro solitario casi tan elevado como el monte de las ruinas. Los naturales, que en todo

creen ver la intervención de los jenn (jinas) refieren que le hicieron con lo que les sobró de Shammish. Acaso es un estímulo como los tan frecuentes en el país, al modo del sepulcro de Anteo (Mela, citado por Tissot) en especial los del Garb. Conviene citar también los restos de Saliel, Rejún, Varur, Vlad Uschej, colina de Duamar, montes de Ota, Gebel Salsar, de Siar, de Drisa, Muyahedín, Amar, Braktsa, Gibel Gami, y desfiladero de Ma el Bared y demás de Beni Gorfet y del Lixus, sitios temidos por los naturales que evitan el pasar junto a ellos sobre todo durante la noche».

(11) Andrés González Blanco nos dice en *La Esfera*:

«Flaubert, antes de crear esta figura admirable de Salambó, pasó tres o cuatro años compenetrado con ella y con su ambiente, reviviendo aquel mundo antiguo, extraño e inexplorado para el hombre moderno, viviéndolo fervorosamente, y no sólo en la lectura de los libros fundamentales de historia y de religiones antiguas que le ponían en contacto con esa civilización que reveló a Europa el *Periplo* de Hannon, sino estudiando la raza y las reliquias de la cultura cartaginesa, sobre el propio terreno, en sus largas y fructíferas peregrinaciones por el mundo oriental... Porque Flaubert no se ha contentado con el documento — el libro antiguo, la inscripción, el jeroglífico —, sino que ha ido directamente al ambiente que deseaba reproducir, y ha recorrido en juveniles peregrinaciones los monumentos antiguos del Egipto, los desiertos de la Nubia, y los calcinados arenales cartagineses, donde el alma de Agustín, el preclaro hijo de la ciudad de Hipona, se incendió en ardores cristianos...».

«Flaubert confiesa ingenuamente que no ha querido emplear la nomenclatura bárbara que pudo sembrar a profusión en su novela. No quiso llamar *Melek* al Dios terrible *Moloch*, ni *Han-Baal* a Aníbal, ni *Hartadda* a la ciudad de Cartago. Ha querido ser claro y sencillo; sólo a la numismática cartaginesa quiere conservar su nombre indígena, así como a las medidas y a los meses, para dar a su obra un carácter severo de reconstrucción arqueológica».

«Hasta para las denominaciones de perfumes y de pedrerías, modestamente, Flaubert, para no abrumar al lector de erudición protocolaria, les aplica los nombres griegos o latinos con que se las designa en Teofrasto, en Ateneo o en Plinio, en lugar de verter sobre el volumen el chorro ardiente y exótico de la tecnología árabe o fenicia».

«Y con todo, este libro, para el cual el autor se preparó en años y años de exclusiva consagración al estudio del griego y del fenicio, y a la lectura razonada de obras monumentales y sólidas, como la de Herodoto, Filostrato, Teofrasto, Plinio, Eusebio, Gesenius, etc...».

«Por eso, del mismo templo de Tania — tan admirablemente descrito por Flaubert en el capítulo V de su novela — queda en la retina y en la mente la visión trágica de las urnas que contenían huesos de niños sacrificados al terrible Dios Baal, en el templo maldito, *ensemble de monuments et de jardins, de cours et d'avantcours*, poblado de ídolos monstruosos y de bestias innumerables — «serpientes que tenían pies, toros que tenían alas, peces con cabeza de hombres devorando frutos, flores brotando en la mandíbula de los cocodrilos, elefantes con la trompa alzada, pasando en pleno espacio, orgullosamente, como águilas» —, el templo maldito donde un gran cinocéfalo guardaba el altar de la Diosa, cuyo manto no podía tocarse sin riesgo de muerte, como le sucedió a Salambó, la hija de Almícar Barca».

## **DON MARIO ROSO DE LUNA**

Mario Roso de Luna fue uno de esos hombres excepcionales que, por adelantarse a los descubrimientos de la ciencia y a los estamentos pensantes de una sociedad actual, espiritualmente poco evolucionada, fue acosado, censurado y perseguido como escritor y como investigador de las ciencias ocultas.

Sin temor a equivocarnos, creo que los portales del reconocimiento internacional están a punto de abrirse para este hombre de visión Cósmica. Su erudición de teósofo, astrólogo, licenciado en letras, ciencias fisicoquímicas, filosofía y derecho sólo fueron complementos externos en el desarrollo de su extraordinaria sensibilidad psíquica.

Su producción bibliográfica, que une a la pureza y belleza de estilo una transparente videncia, alcanza cimas inesperadas en su maravillosa obra **EL SIMBOLISMO DE LAS RELIGIONES**. En cada una de sus páginas aflora el raro sortilegio de un espíritu evolucionado que descorre velos e ilumina sendas ignoradas y planos superiores desconocidos.

**EL SIMBOLISMO DE LAS RELIGIONES** es un análisis clarificador de las distintas religiones. Una no-filosofía, o sea, una especie de iluminación mística, a través de la cual percibimos que todos esos senderos integrados por tantas conformaciones religiosas concluyen por unificarse y fundirse en un mismo vértice: La Unidad Cósmica. **DIOS**.